



4331



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

DE LA FUNDACION DE LOS REYES CATOLICOS

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA,

sin olvidar sus glorias, sus heroismos, sus grandes hechos y sus grandes hombres.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

DE DON JUAN DE ALBARRAN Y DON JUAN DE ALBARRAN.



MADRID

MADRID

ESPAÑA

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, segun está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO VII.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, núm. 86.

1863.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL SIGLO XV

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA

1883

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO VII

MADRID

Imprenta de Manuel Tello, calle de Percebes, núm. 24

1883

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Siglo XVI.

DECENIO SEGUNDO.

AÑO 1511.

Memorable, aunque de infausta memoria, fué para la Iglesia el comienzo del año 1511. El rey de Francia con sus incalificables pretensiones promovió un verdadero cisma, convocando en Pisa un concilio contra el verdadero y legítimo Pontífice.

Firme siempre Luis XII en su desapoderada ambicion, había continuado la guerra en Italia, y había usurpado á la Santa Sede varios dominios, incluso el importante condado de Bolonia. Si este verdadero despojo era incalificable, lo era mucho más aun el propósito de deponer al legítimo sucesor de San Pedro, para colocar la tiara sobre las sienes de un antipapa, de quien todo lo esperaba, habiendo de ser hechura suya.

Julio II, para oponerse al concilio de Pisa, congregó un concilio general en San Juan de Letran, y despues de mil activas diligencias de parte de la Santa Sede, en las cuales se invirtieron algunos meses, el dia 4 de Octubre se solemnizó una alianza formada entre Julio II, Fernando V y la señoría de Venecia, á cuya confederacion, atendido el objeto que la motivara, se dió el nombre de *Santisima Liga*.

Los deberes que imponia esta liga al rey católico consistian en contribuir con diez mil infantes, mil doscientos hombres de armas (caballería pesada ó de línea), y mil caballos volantes (caba-

llería ligera); y aunque los tres coaligados habian de dar su contingente de hombres para la guerra contra los cismáticos, el supremo caudillo, ó general en jefe, habia de ser precisamente D. Ramon de Cardona, virey de Nápoles.

Hallábase á la sazón el sagaz D. Fernando libre de todo recelo, porque la concordia con el emperador le tenia en buena amistad con este, y acababa de aliarse con su yerno el rey de Inglaterra.

Puestas en campaña las fuerzas militares coaligadas, Luis XII, haciendo un supremo esfuerzo, las opuso un ejército más numeroso aun que el de sus enemigos, y dióle por caudillo al duque de Nemours. Este jóven general era, segun la historia, un guerrero de instinto: á su claro talento reunia tan ventajosas disposiciones naturales para la milicia, que á pesar de hallarse en la temprana edad de veintidos años, pasaba, sobre ser muy valeroso, por el más entendido general de Francia.

AÑO 1512.

Hemos antes dicho que Luis XII habia usurpado á Julio II el condado de Bolonia, y sobre él se dirigió D. Ramon de Cardona.

Puso sitio á la ciudad este bizarro caudillo, y aquella estaba muy estrechada y próxima á rendirse, cuando apareció el bizarro Nemours, y fuéle forzado á Cardona levantar el sitio.

Pasó el caudillo francés á Brescia, derrotó á los venecianos, tomó por asalto la ciudad, y fueron tan reiterados y notables sus triunfos, que parecía iba á igualar, ya que eclipsar era imposible, las glorias del Gran-Capitan!

Cardona, imprudentemente y contra la órden expresa de Fernando V, que conocia muy bien cuán de temer era el de Nemours, y que habia mandado á su caudillo que estuviera casi á la defensiva, abandonando una ventajosísima posicion que ocupaba, y en la que hubiera podido sostenerse, marchó en direccion de Rávena, en donde á la sazón el francés se encontraba.

Dióse allí una terrible batalla: mandaba la infantería española el bizarro conde Pedro Navarro; pero aunque tan entendido, no menos imprudente que fuera en los Gelbes, la dejó expuesta á ser blanco de la artillería francesa. Viendo la pérdida que sufría, cargó, como hoy se hiciera á la bayoneta, sobre los lansquenetes; y como los españoles llevaban estoques de corta y ancha hoja, y los lansquenetes usaban unas desmesuradas alabardas, hizo estas inútiles por su longitud el valor español, y los lansquenetes fueron completamente deshechos.

No secundó en aquella ocasion la caballería á los bizarros infantes, y atacados estos por los caballos franceses, al mando de aquel Ivo d'Allegre ya conocido del lector, los españoles tuvieron que replegarse, despues de haber hecho prodigios de valor. Ivo perdió bizarramente la vida.

Dolia á los españoles abandonar el triunfo á sus enemigos, y volvieron á rehacerse, poniendo tan en balanzas la victoria, que le fué preciso al mismo Nemours hacer oficio á la vez de general y de soldado.

Quedó el triunfo, en definitiva, por los franceses; empero le obtuvieron á muy caro precio. El bizarro y entendido Nemours pereció víctima de su arrojo. Al derribarle del caballo un simple soldado español, creyendo poder salvar la vida, exclamó: *¡Soy hermano de la reina de Aragon!* Era en efecto Gaston de Foix, duque de Nemours, y hermano de doña Germana, esposa del rey católico. Estaban, empero, demasiado irritados en aquel momento los ánimos para que el soldado vencedor de Nemours diese valor ni aun comprendiese las últimas palabras de aquel, y el valeroso jóven dejó de existir. Tambien perecieron Ivo d'Allegre y otros buenos capitanes franceses; mas no fué menor la pérdida de los españoles, si bien los principales caudillos sobrevivieron á la derrota.

Desanimados los de la liga, para reavivarla determinó el rey católico dar el mando del ejército al Gran-Capitan, que apartado del cortesano bullicio, permanecia tranquilo en Loja.

Frecuentemente en el mundo sucede que las consecuencias de un bien ó de una desgracia no son las que racional y fundadamente debieran esperarse.

La muerte de Nemours, muy digna de sentirse por las circunstancias que en tan brillante jóven concurrían, fué para la liga una verdadera fortuna. A su importante falta, siguieron las naturales envidias y rivalidades; mientras él vivió, todos encerraban la ambicion en su pecho, porque ante él reconocian su inferioridad; mas habiendo el malogrado jóven desaparecido del mundo, cada caudillo se creia superior á los demás, y más digno de mandar á todos que de obedecer á ninguno.

La discordia entre los jefes produjo necesariamente la indisciplina en el ejército; y como al mismo tiempo el sagaz Fernando V logró de su yerno el rey de Inglaterra que entrase decididamente en la liga y que Maximiliano pactase treguas con los venecianos, comprendió que habia ganado tanto cuanto perdiera el francés, y desistió de nombrar supremo general al valeroso Gonzalo de Córdova, cosa que este sintió sobremanera.

Seria interminable tarea la de explicar todas las infinitas

complicaciones que surgieron, despues de la batalla de Rávena.

Las treguas del emperador con Venecia dieron por resultado la entrada en Italia de 24,000 suizos con veinte piezas de artillería, que arrancaron á los franceses cuanto habian usurpado. Los lansquenets, que eran alemanes aunque al servicio de Francia, sabiendo que el emperador se declaraba auxiliar de la liga y contrario á la Francia, abandonaron las banderas de esta nacion, y casi simultáneamente vió Luis XII á sus guerreros expulsados de cuantos puntos en Italia poseian.

Destruído el poder francés, temió Roma al español y pensó en favorecer al alemán; mas Fernando V atendia á todos estos manejos, aunque la principal parte de su atencion estaba y debia estar fija en Navarra.

CONQUISTA DE NAVARRA.

AÑO 1512.

Hacia muchos años que el reino de Navarra estaba aislado, subsistiendo sin adquirir nuevas glorias y supeditado á la Francia, cuya nacion deseaba hacerle definitivamente suyo. Quizá hubiera logrado su propósito, si un rey como Fernando V no hubiera reinado en el resto de España. Que los derechos de la Francia á la Navarra eran quiméricos y creados por imaginaciones ambiciosas, ya lo hemos demostrado en otra ocasion: ahora solamente resta el que demos una ligera noticia de los sucesos ocurridos en Navarra desde que Castilla y Aragon se unieron para no volver á separarse, y del modo que toda España se unificó para formar una corona poderosa y esplendente.

El glorioso reino de Sancho Abarca y Sancho el Mayor yacia sumido en un triste letargo, arrastrando una existencia muy semejante á la agonía. El rey de Francia Luis XI, manifestó bien ostensiblemente sus siniestras intenciones respecto de Navarra; y fuesen cualesquiera las ideas del rey católico respecto de aquel reino, es lo cierto que no dió muestras de querer apoderarse de él, como hubiera muy bien podido hacerlo, y lejos de eso le protegió muchas veces, é impidió á Luis XI consumir su proyecto.

Doña Leonor de Foix, asesino de su hermana doña Blanca,

apenas ocupó un año el trono; Francisco de Foix, llamado FEBO por su hermosura, nieto de doña Leonor é hijo de Gaston, primogénito de aquella y muerto cuando aun vivia su madre, solo reinó dos años, y á su fallecimiento, que se atribuyó á un activo veneno, subieron al trono doña Catalina, hermana de Febo, y su esposo Juan de Albret, vulgarmente llamado Labrit.

Ya habia muerto la sin par doña Isabel I cuando fué de nuevo amenazada Navarra desde Francia, por Juan de Foix, señor de Narbona, que era tío de la reina doña Catalina.

El pretendiente invocaba en su favor la ley Sálica, y rechazaba rotundamente el derecho de sucesion á favor de las hembras; mas el rey católico se declaró amigo de los reyes de Navarra, y su proteccion aseguró la corona en las sienas de doña Catalina y de D. Juan. Dícese, y no lo dudamos, que al mismo tiempo que esto hacia D. Fernando, secretamente favorecia á algunos turbulentos magnates navarros, como los condes de Lerin, que eran deudos del monarca de Aragón.

Habia otro pretendiente al trono navarro, harto más temible que ninguno: era Gaston de Foix; pero vivió muy poco, aunque fué muy gloriosa su vida: este Gaston de Foix es aquel mismo duque de Nemours que murió en Italia á manos de un soldado español.

Los reyes D. Juan y doña Catalina, libres por un acaso feliz para ellos de tan formidable enemigo, desagradecidos é ingratos segun en el mundo es costumbre, olvidando la reciente proteccion que les diera el rey católico, al cual entonces debian la corona, se unieron á Luis XII de Francia, cuando este monarca, intrusándose cismáticamente en los asuntos de la Iglesia, trataba de deponer á Julio II.

Hallábase á la sazón Luis XII hasta el extremo comprometido. Tenia contra él á casi toda Europa; Enrique VIII de Inglaterra acababa de entrar á formar parte de la *Santa Liga*, y por la Guiena amenazaba á Luis XII; y sin embargo, los reyes de Navarra formaron causa comun con él tan decididamente, que fueron incluidos en union con sus súbditos en el número de los cismáticos, y contra ellos fué pronunciada la sentencia de excomunión, así como fué puesto entredicho en todos sus dominios.

No se limitó á esto Julio II: fué tan allá, que declaró depuestos del trono á D. Juan y doña Catalina, relevó de todo juramento á sus vasallos, y concedió los dominios que formaban el reino *al primero que en justa guerra los ocupase*.

Recibió D. Fernando el Católico la bula pontificia en que constaba la determinacion de Julio II, y lejos de darle publicidad la ocultó, reservó de todo el mundo su contenido, y se diri-

gió á los reyes de Navarra haciéndoles proposiciones de amistad y procurando convencerles de lo útil que podria serles el que prefiriesen la suya á la del rey de Francia.

Despues de hacerles entender las verdaderas intenciones del francés y que la amistad con él era precursora inmediata de la pérdida de la corona, les propuso un tratado de alianza, exigiendo de ellos el que no franqueasen el paso por su reino ni por el señorío de Bearne á las tropas de Luis XII, ni á otra alguna, fuese de la nacion que fuese, si llevaba las armas contra la Iglesia y en favor de Francia. Para seguridad de la concordia les pidió en rehenes al príncipe de Viana, heredero del cetro navarro, llamado D. Enrique, hijo de D. Juan y de doña Catalina.

El rey de Francia, muerto el valeroso y entendido Gaston de Foix en la batalla de Rávena, mandó sus embajadores á Navarra á fin de pedir la mano del príncipe de Viana para una de sus hijas. D. Fernando V al mismo tiempo ofrecia á los de Navarra casar al de Viana con su nieta doña Isabel, ó con la infanta doña Catalina.

Los reyes estaban perplejos, en medio de dos hombres poderosos, de los cuales uno infaliblemente tardaria muy poco en declararse su enemigo. Circulaba por sus venas sangre francesa, y despues de pedir tiempo para reflexionar, comenzaron por negarse políticamente á dar en rehenes al príncipe su hijo, que fue como el preludio de su decision en favor de la Francia.

Comprendió esto mismo el astuto y sagaz Fernando V, y deseando que la enemistad se manifestase franca y abiertamente, hizo decir á los reyes de Navarra que pues no les convenia entregar la persona del príncipe, pusiesen en tercera seis plazas fuertes en poder de caballeros navarros, pero elegidos por el rey católico; reiteró su peticion de que se conservasen neutrales; mas añadió que en el caso de decidirse á auxiliar al francés con el Bearne, le auxiliasen á él con Navarra.

Estas proposiciones dieron el resultado que D. Fernando apetecia; hicieron á los reyes navarros decidirse y manifestar á don Fernando francamente su ingratitud y la enemistad que aquel no temia, pero que dieron en efecto á conocer al decidirse en favor de Luis XII.

Este monarca quiso asegurar la amistad de Navarra, y para afianzarla firmó con sus reyes un tratado de alianza, concebido poco más ó menos en los siguientes términos:

«El príncipe de Viana se desposaria con la hija menor de Luis XII; jurarian mútua amistad y enemistad contra los amigos y los enemigos de Francia y de Navarra; el rey y reina de

» Navarra ayudarian con todas sus fuerzas al de Francia contra
» ingleses y españoles, y el de Francia ayudaria á los navarros á
» conquistar ciertas tierras de Castilla y de Aragon que en lo an-
» tigo habian sido de los reyes de Navarra; que estos enviarian
» al príncipe de Viana para que estuviere en poder del francés
» como prenda de seguridad; que este les daria en cambio los
» ducados de Nemours y de Armañac, con cien mil ducados de
» oro por una vez; que les pagaria cuatro mil peones y mil lan-
» zas que llamaban gruesas por el tiempo que durase la guerra.»
(17 de Julio de 1512.)

Tuvo en su favor Fernando V el saber á tiempo el contenido de este tratado, que los firmantes de él quisieron tener por entonces secreto. Un sacerdote residente en Pamplona tuvo ocasion de quitar al *secretario íntimo* (particular) del rey, D. Juan de Albret, el pliego en que estaba la minuta del predicho tratado, y se le entregó, cuando aun no estaba firmado, al mismo rey católico.

No comprendemos qué mira política pudieron llevar los reyes de Navarra al decidir aliarse con Francia, como no les movieran los lazos del parentesco y las insidias del monarca. Dificilmente podrian resistir al poder del rey católico; porque si bien en otro tiempo el poder de Francia pudiera haberles servido de mucho, no así en aquella ocasion, estando como estaba dicha nacion aislada, y teniendo como tenia á los más fuertes soberanos por enemigos.

D. Fernando, por su parte, luego que recibió la minuta del tratado secreto, dió orden á D. Fadrique de Toledo, duque de Alba de Tormes, para que aprestase el ejército que preparado tenia en Vitoria; acto continuo dispuso otro, acaudillado por su hijo D. Alfonso de Aragon, el arzobispo de Zaragoza, y le mandó situar en la frontera aragonesa, y él mismo se preparó á marchar al frente de una guardia nombrada para su persona, y compuesta de doscientos escogidos caballeros.

Todas estas disposiciones, tomadas con la rapidez que caracterizaba las determinaciones de D. Fernando, coincidieron con la aparicion en las aguas de Pasages del almirante inglés lord Grey, que llevaba consigo una respetable escuadra.

Hallábase en Búrgos D. Fernando, cuando llegó en calidad de embajador de D. Juan y doña Catalina el mariscal D. Pedro de Navarra. Intimidados aquellos al ver las prevenciones del rey católico, y suponiendo que este nada sabia del tratado con Francia, hicieron saber á D. Fernando, por medio del mariscal, su extrañeza al notar tanto aparato de guerra; que si su enojo consistia en no haber pactado una amistad franca y sincera, á lo

que desde luego podian obligarse para aplacarle, era á no dar paso por sus dominios á tropa alguna extranjera, á no ayudar á los que fuesen contra Castilla y Aragon, ni contra ninguno de los que formaban la Santa Liga y defendian la causa de la Iglesia.

Fernando V, que tenia en su poder la minuta del tratado, secreto hasta entonces, dió á la embajada de Navarra el valor que debia, y desentendiéndose de contestar categóricamente, mandó orden al duque de Alba, á fin de que exigiese el paso por aquel reino para dirigirse á Francia.

Tambien exigia lo mismo lord Grey, aunque con más tibieza, en tanto Luis XII hacia acercar sus tropas, apoyado por todo el Bearne.

El rey católico, cansado de dilaciones, dió orden al de Alba para que avanzase sobre Pamplona, y encargó al inglés secundase el movimiento y se uniese al duque. El inglés auxiliaba del modo que auxiliaron siempre los ingleses á los españoles: no se negaba á secundar, sino oponia dificultades: creia más conveniente empezar la campaña por Fuenterrabia y Bayona que por Navarra. El duque de Alba alegaba las órdenes terminantes de su rey, y lord Grey alegaba el no tener instrucciones del suyo para avanzar por donde el de Alba queria.

Entonces comprendió el rey católico lo que debia esperar de las tropas de su yerno, y decidió proceder solo. Quiso, sin embargo, agotar los términos de la prudencia y cortesía, escribiendo por última vez á los reyes de Navarra, sus sobrinos, pidiendo nuevamente el paso para sus tropas, y los viveres necesarios, *que de su dinero pagaria*. No recibió respuesta tan pronto como lo deseaba, y repitió el mensaje, añadiendo que si otorgaban, les ofrecia de nuevo inalterable paz y amistad firme; mas que si le negaban cosa tan justa, comprenderia la enemistad, y él sabia tomar por fuerza lo que injustamente de grado le negaban, *no pudiendo él consentir que Navarra sirviese de único obstáculo para hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia*.

La contestacion fué más artera y solapada, como inspirada por Francia, de lo que podia esperarse de los reyes de Navarra, y D. Fernando V mandó avanzar su ejército. El dia 12 de Julio invadió el duque de Alba el territorio navarro, dando un bando ó manifesto en que aseguraba no se haria ningun daño á los que dejasen las armas y no se opusiesen al paso del ejército.

Tres dias escasos tardó en llegar, casi sin resistencia, á dar vista á las murallas de Pamplona. El rey D. Juan se retiró á

Lumbier: su esposa doña Catalina hacia dos dias estaba con sus hijos en Bearne.

Mucho disgustó á los habitantes de Pamplona la conducta observada por sus reyes, que los dejaron abandonados, especialmente D. Juan. Si su esposa creyó conveniente ocultarse por salvar y cuidar á sus hijos, él debió disputar palmo á palmo el terreno y sostener su vacilante corona.

Comprendieronlo así los pamploneses, y juzgaron que estaba muy cerca de no merecer la corona quien tan fácilmente la dejaba á merced de sus enemigos, enemigos que él mismo con su irregular y solapada conducta y su afeccion á la Francia se habia buscado.

Reunieronse los principales personajes de Pamplona, y de comun acuerdo determinaron entregar al rey católico la capital, sin más condicion ni exigencia que el respeto á sus libertades, fueros y privilegios.

Aceptada la propuesta por el duque de Alba, este, seguido de su ejército, penetró pacíficamente en Pamplona, y allí juró en nombre del rey la conservacion de los fueros, etc. (24 de Julio.)

El primer cuidado de D. Juan luego que llegó á Lumbier fué el de implorar el auxilio del general francés, duque de Longueville, que tenia su campamento en la raya por Bayona; mas el duque, ó no tenia órdenes expresas, ó no quiso auxiliar al fugitivo rey sino con buenas, pero inútiles razones.

Al mismo tiempo las principales poblaciones de Navarra iban imitando el ejemplo de Pamplona, y D. Juan, viéndose aislado, trató de establecer con el duque de Alba una concordia, fuese la que fuese, con tal de salvar una parte de lo que ya como perdido contaba.

Remitió el de Alba el asunto al rey católico, que permanecia en Búrgos, el cual *definitivamente resolvió* quedarse en su poder y bajo su obediencia todo el reino de Navarra por el tiempo que á la seguridad de la empresa en favor de la santa liga conviniese, y que él mismo determinaria el momento y la manera en que convendria abandonarle sin perjuicio de sus reinos de Aragon y Castilla.

Conocido en toda España, como en efecto lo era, el firme carácter del rey católico, todos comprendieron que tal resolucion era irrevocable: casi toda Navarra se entregó, y D. Fernando movió la córte de Búrgos y tomó la vuelta de Logroño, al mismo tiempo que dispuso avanzase con su ejército su hijo D. Alfonso por Tarazona á Cascante, en direccion de Tudela. Esta importante plaza, que se mantenia indecisa, resistió poco á las tropas del arzobispo y se le entregó bajo la misma única condicion que

se rindiera Pamplona. D. Alfonso juró en Tudela, como el duque de Alba en la capital, en nombre de Fernando V.

Hallábase este en Logroño, cuando determinó enviar un pliego á D. Juan de Albret, para manifestarle con qué condiciones y circunstancias habia recibido bajo su obediencia á las poblaciones del reino de Navarra.

Fué portador del pliego D. Antonio de Acuña, á la sazón obispo de Zamora, del cual nos ocuparemos mucho en el reinado de D. Carlos I, porque supo hacerse funestamente célebre.

Marchó el enérgico y activo prelado á desempeñar su misión, mas al llegar á Salvatierra, contra la inmunidad y fueros de su carácter de embajador, fué preso. Si este desafuero hubiera sido cometido por alguna partida de gente de armas irregular, pudiera encontrársele disculpa; empero los soldados que prendieron al obispo, despues de maltratarle é insultarle, olvidando su sagrado carácter y el seguro de representante del rey católico, le arrastraron más bien que llevaron á la presencia del general francés duque de Longueville. Parece que el principal delito del obispo consistia en haber sido él el encargado de publicar aquella bula de cuyo contenido dimos cuenta en otro lugar; y aun le acumulaban el haber dado más fuerza al predicho documento añadiéndole cosas que no contenia.

El rey católico dió orden al duque de Alba para que se apoderase de Sangüesa y de Lumbier, de cuyas poblaciones se posesionó fácilmente el duque; y D. Juan, que, como ya dijimos, estaba en la segunda de aquellas, tomó á buen partido el refugiarse en Francia.

¶ Servia al rey católico de verdadera rémora el inglés, al cual no habia forma de reducir á que secundase con sus tropas los movimientos del ejército español. El francés era muy numeroso y tenia muy buenos caudillos. A las tropas que desde un principio mandara Luis XII se habian unido las que poco antes regresaran de Italia, y además del duque de Longueville, hallábanse como caudillos en la expedicion el de Borbon y el señor de la Paliza.

Sin embargo de las instancias del de Alba, el marqués de Dorset, ó lord Grey, que es lo mismo, proseguia en su primitivo empeño, y sin negarse á realizar lo que se le pedia, con dilatorias y evasivas, solo servia de verdadero estorbo.

Llegóse á sospechar que el yerno de D. Fernando, Enrique VIII, hacia en aquel asunto un doble papel; y aun cuando esto no esté probado, es lo cierto que el rey de Inglaterra aseguraba al de España que estaba de acuerdo con él, y que habia dado á lord Grey las ordenes oportunas al efecto. Lord Grey, sin

embargo, no salia de su sistema de dar largas y contestar evasivas: de aquí se sospechó, y por cierto con sobrado fundamento, que el rey Enrique daba unas órdenes públicamente, al mismo tiempo que comunicaba á su general otras reservadas.

En esta ocasion, como en todas, se dejó ver el egoismo inglés: querian los hijos de Albion que Fernando V se decidiese por la guerra de Guiena, que era lo que á aquellos importaba, dejando para despues la conquista de Navarra; mas el rey católico era demasiado político para no comprender la intencion, y hubiera sido necesario serlo muy poco para no haberla comprendido.

No se contentó Inglaterra con haber servido de obstáculo á la rápida marcha de la conquista, si que tambien desistió de la empresa de Guiena cuando la Francia estaba más estrechada por ambos ejércitos aliados: lord Grey inesperadamente manifestó que su rey desistia completamente de aquella guerra, y que iba á regresar á Inglaterra con su ejército.

El duque de Alba, como quien desea ostentar su poder manifestando que no le hace falta extraña alianza, atravesó los montes y se posesionó de San Juan de Pié de Puerto. Sin embargo, le era muy difícil sostenerse allí, á pesar de que habia hecho cuanto humanamente era posible para fortificar aquella posicion rodeada de empinados riscos.

Vino á complicar la situacion el ánimo que tomó el francés con la retirado de Grey, y el haber proclamado á D. Juan de Albret el Bearne y la Gascuña; y como en Navarra hacia largo tiempo dominaban reyes de sangre francesa y en el reino tenian parciales que no sosegaban, el pronunciamiento del Bearne y la Gascuña coincidió con el de Estella y algunas otras poblaciones de Navarra.

Con tan ventajosos precedentes Luis XII determinó agrupar grandes fuerzas para secundar el movimiento que contra el rey católico se notaba.

Tres grandes cuerpos de ejército acudieron á Navarra contra el de D. Fernando. Mandaba el primero el mismo D. Juan de Albret, con el señor de la Paliza; el segundo, el conde de Angouleme (despues Francisco I, prisionero de los españoles en Pavía), y el tercero, Carlos de Borbon, duque de Montpensier.

El ejército de D. Fernando franqueó los Pirineos por el Roncal; tomó por asalto á Burguete y pasó á cuchillo la guarnicion. D. Juan no comprendió que tenia necesidad de habérselas con un caudillo tan consumado como el duque de Alba, y se detuvo lo bastante para darle tiempo á penetrar en Navarra despues del

triufo de Burguete; y pudiendo haberle quizá derrotado en los memorables desfiladeros de Roncesvalles, le dejó llegar sin obstáculo hasta Pamplona.

Los cuerpos segundo y tercero del ejército francés penetraron en Guipúzcoa, y destruyeron vandálicamente á Irun, Hernani, Oyarzun y otros pueblos. Hecho esto, el conde de Lautrec puso sitio á San Sebastian.

Defendíase con teson la plaza, que encerraba en su perímetro toda la nobleza de aquellas provincias. Ocho asaltos dieron los franceses, y ocho veces fueron con gran pérdida rechazados. El teson de aquellos naturales intimidó á Lautrec y alzó el sitio.

En tanto el duque de Alba tenía á raya las conspiraciones de Pamplona; pero no siéndole posible atender á todas partes, Estella seguía reconociendo á D. Juan, así como, entre otras poblaciones, Tafalla también estaba sublevada.

Confiado en estas circunstancias, penetró D. Juan en Navarra y se dirigió á Pamplona, decidido á sitiaria, como en efecto la sitió, hallándose en ella el duque de Alba.

El en persona defendía la plaza con un teson y arrojo dignos de eterna alabanza, rechazando los asaltos y multiplicándose para encontrarse siempre en el sitio donde mayor era el peligro y en que más falta hacía.

El primer golpe de desgracia que sufrió en aquella ocasion D. Juan fué la entrega de Estella, asaltada y rendida por don Francés (Francisco) de Beaumont, primo del conde de Lerin; y como al mismo tiempo el de Alba era socorrido con víveres, y toda Castilla acudía con tropas para romper las líneas del sitio, D. Juan, cuyo ejército carecía de subsistencias, tuvo necesidad de retirarse.

Enojáronse mucho con la determinacion del ex-rey de Navarra el conde de Angouleme y el general Lautrec, que desde San Sebastian se dirigian á Pamplona, para incorporarse á D. Juan; pero habiendo sabido en el camino la retirada de D. Juan, retrocedieron á penetrar en Francia.

El mismo camino tomó el de Albret, perseguido por las tropas del rey católico, y todos los cuerpos del ejército francés sufrieron mucho; porque estaban en lo más crudo del invierno, y los Pirineos presentaban unos enormes montes de nieve.

El cuerpo de ejército que más padeció fué el de D. Juan, cuya retaguardia fué completamente deshecha en los desfiladeros de Elizondo, y perdió bastantes cañones y parte de los bagajes (Diembre).

La poco honrosa retirada de las tropas francesas, siendo como eran tan numerosas, hizo determinar al rey católico el pasar á

Pamplona. Debemos, empero, advertir que si tan precipitadamente abandonaron á Navarra los invasores fué porque temieron ser cogidos entre dos fuegos, por el ejército del de Alba y por otro que D. Fernando habia formado en Puente la Reina, compuesto de 15,000 hombres y mandado por D. Pedro de Manrique.

Con motivo de haber sido casi simultáneas las empresas de Africa, la de Navarra y las legítimas consecuencias de la liga de Cambray, se creyó iba á salir de su retiro el benemérito y olvidado Gran-Capitan.

Las voces en este sentido circuladas recibieron confirmacion oficial, con motivo de la desastrosa batalla de Rávena, de que ya dimos cuenta. Despues de tan fatal derrota, el mismo Pontífice, de acuerdo con los demás aliados, instó al rey católico para que mandase á Italia al gran Gonzalo de Córdoba, como capitan general de la Santa Liga.

Acedió el rey, que bien conocia, sin que le instasen mucho, lo conveniente y útil de aquel acertado nombramiento, y fué general el jubilo que ocasionó tal noticia; porque los hombres pacíficos la recibian como prenda segura de victoria, y la gente de armas como infalible señal de inmarcesible gloria.

No fué tan pronto el recibir la orden el Gran-Capitan, con muy grande placer suyo, como el acudir de todas las provincias de España los nobles y plebeyos, los jefes y soldados, á rogarle les permitiese combatir bajo sus órdenes y tomar alguna parte en las grandes y memorables victorias que sin duda alguna iba á obtener. Fué tal y tanto subió de punto el entusiasmo y el general regocijo, que infinitos solicitaban *servir sin sueldo* en el ejército del Gran-Capitan, con tal de estar á las órdenes de tan sin par guerrero; y como todos estaban unánimes y conformes en querer seguirle, y como estaba destinado para marchar á Italia, para dirigirse á esta sobran capitanes y soldados; mas en cambio no se encontraba quien quisiera tomar parte en la guerra de Navarra, porque no iba á ella Gonzalo.

El gran prestigio de este varon eminente le fué más perjudicial que provechoso: el rey católico, al parecer al menos, tuvo siempre celos de la gloria de aquel general sin par; y segun los signos exteriores, se arrepintió en breve de haberle nombrado. Esta idea, que pudiera muy bien ser considerada como una mera suposicion, se vió bien pronto corroborada y convertida en infalible certeza.

Cuando con más actividad y presteza se dedicaba, lleno de gozo y placer, el Gran-Capitan á preparar y organizar el ejército que á Italia debia seguirle, llegó á España la noticia de ha-

ber sido derrotados en Novara los franceses por los suizos, y que á la completa derrota de aquellos habia seguido inmediatamente su expulsion de Lombardia. Ya no habia, en efecto, necesidad de mandar nuevas fuerzas militares á Italia; pero debia esperarse que no habiendo quien quisiese alistarse en el ejército expedicionario de Navarra por el afan de seguir al Gran-Capitan, y no siendo ya necesaria la presencia de este en Italia, hubiese con tan justo motivo recibido Gonzalo el nombramiento de general en jefe de la expedicion á Navarra. Quien á tantas leguas de España, sin recursos y casi sin tropas supo dar á su rey la corona de Nápoles, con tropas, con recursos y dentro de España, ¿cuánto hubiera tardado en conquistar á Navarra?

Las generales y legítimas esperanzas fueron, empero, completamente defraudadas: los capitanes y soldados que alistados estaban bajo las órdenes de Gonzalo, la recibieron de marchar á las fronteras de Navarra, y al Gran-Capitan se le dió para suspenderlo todo y volver á su retiro, licenciando sus tropas y abonando las pagas únicamente á los que se prestasen á pasar á Navarra.

Tal orden sirvió de justo y muy acerbo disgusto á aquel hombre benemérito y siempre malamente recompensado; y tomando en él parte todos sus capitanes y oficiales, de comun acuerdo se negaron á pasar á Navarra.

Entonces el Gran-Capitan, que, con arreglo á las instrucciones recibidas, solo podia abonar las pagas á los que pasasen á la guerra del Norte de España, siempre liberal y magnífico, como hijo de la provincia predilecta de Dios, la sin par Andalucía, reunió de su propio peculio más de 100,000 ducados y recompensó con dinero á los soldados, con alhajas á los oficiales; empero esto tuvo ya lugar en el año siguiente.

AÑO 1513.

Casi al comenzar este año falleció el Sumo Pontífice Julio II, y ciñó la tiara de San Pedro Leon X (el cardenal Juan de Médicis).

El cambio de Pontífice hacia predecir que se aquietaria algun tanto la guerra que asolaba la Italia; porque se suponía que el nuevo Papa no seria tan belicoso como Julio II. Al carácter del Pontífice difunto achacaban la guerra; mas pronto se vió que no era aquel quien la sostenia y fomentaba.

Apenas habia trascurrido un mes de la muerte de Julio II, cuando la república veneciana celebró un tratado de confederacion con Francia, á pesar de las activas gestiones que hiciera

el rey católico para que se aliase con el emperador (23 de Marzo).

Viendo Fernando V que sus eficaces diligencias para concordar á Venecia con el emperador habian sido inútiles, creyó conveniente pactar una tregua con Luis XII, como la pactó, en efecto, en 1.º de Abril. Esta tregua causó muy grande enojo al emperador, y segun su costumbre, achacó aquella decision á los manejos del rey católico para impedir la venida de su nieto don Carlos á España.

Poco despues tuvo lugar la famosa batalla de Novara, de la que no há mucho hemos hablado incidentalmente, á la cual siguió un tratado entre franceses y suizos, no habiendo estos llegado en aquella ocasion hasta Paris, segun el comun sentir de autores eruditos y entendidos, por haber salido á su encuentro cerca de Borgoña el mariscal La Tremouille.

Mediante el tratado entre suizos y franceses renunció Francia al castillo de Pisa, y el rey juró no volver á separarse de la obediencia al Sumo Pontífice, y aseguró retiraría de Milan y Cremona sus guarniciones.

A consecuencia de la gran derrota sufrida por los franceses, D. Ramon de Cardona atravesó el Milanésado y pasó á Venecia, que fué por él bombardeada.

Puesto en armas aquel país, impulsado por el célebre caudillo Bartolommeo Albiano, se preparó á rechazar á los españoles.

Cardona, que habia logrado su objeto de imponer á la multitud y adquirir buen botin, de acuerdo con el marqués de Pescara se dirigió á Vicenza, llevando consigo quinientos carros cargados con los despojos adquiridos en su marcha por Milan y Venecia.

Tomó Albiano por temor la retirada de Cardona, y seguido de un fuerte ejército marchó en su persecucion, seguro de alcanzarle, puesto que el vírey español no caminaba ni podia caminar apresurado.

Alcanzóle, en efecto, á menos de una legua de Vicenza, y seguro de su triunfo, como si en la mano le tuviera, dió orden á sus tropas para no dar cuartel y pasar á cuchillo á todo el mundo. No es lo que por más seguro se tiene lo que en el mundo más seguro está.

Cierto es que el ejército de Albiano atacó bizarramente, y que él mismo, compañero de glorias y de hazañas de Gonzalo de Córdoba en otro tiempo, dirigió el combate como experto general y peleó como muy valeroso soldado. Sin embargo de esto, el valor de los españoles rayó en lo fabuloso y traspasó los límites de lo comun y natural.

El ejército veneciano fué completamente derrotado: *cinco mil soldados quedaron sobre el campo; cogieron los españoles todas las banderas enemigas, todos los estandartes, todas las acémilas y veintidos cañones.* De los capitanes mejores el que no fué muerto quedó prisionero, y Albiano debió la vida y la libertad á su brioso y veloz corcel, que le llevó rápidamente hasta Pádua, en donde se encerró. También se salvó de la misma manera, solo que se encerró en Trevisso, el segundo caudillo, llamado Gritti.

Tal fué la memorable, célebre y gloriosa batalla dada en los campos de Vicenza, que dejó á la república veneciana, en pago de su falacia, á merced de los españoles.

No es fácil adivinar cuáles serian las intenciones del virey Cardona despues de tan notabilísimo triunfo; mas antes de que pudiese darlas á entender, acudió Leon X á rogarle suspendiese las hostilidades, porque no podía resultar beneficio á la causa comun de la Iglesia de la ruina de Venecia.

Complació Cardona al Sumo Pontífice, con tanto mayor motivo, cuanto que el francés, á consecuencia del triunfo de España en los campos vicentinos, no pudo demorar la entrega del castillo de Milan; y cumpliendo de mejor ó peor voluntad lo pactado, dejó libre por completo de tropas francesas, la Lombardia primero, y despues toda la Italia.

Todas estas tropas fueron las que reforzaron el ejército francés expedicionario en España, las mismas que en union con las reforzadas tuvieron que volver á penetrar en Francia, por temor de ser cogidas entre el duque de Alba y D. Pedro de Manrique.

Entonces pasó el mismo rey católico á Pamplona, é inspeccionó las demás poblaciones que habian sufrido más ó menos á consecuencia de los ataques del enemigo. Por sí mismo las reconoció y dispuso su reparacion, pensando si entraria en las miras de Luis XII el reforzar nuevamente su ejército é invadir otra vez la Navarra.

Los soberanos, empero, atendian más, por punto general, á lo que más conveniente creian que á los lazos de la sangre ni vínculos de parentesco. Luis XII, vencido con grandes pérdidas y perjuicios en Italia, obligado por un reciente juramento á no hacer armas contra la Iglesia, y aislado todavía, tenia un vivo interés en mantenerse en paz para reponerse. Por esto; olvidándose de que á D. Juan de Albret y doña Catalina le ligaba estrecho parentesco, firmó una tregua con el rey católico. Este fué un golpe de muerte para los ex-reyes de Navarra.

Seguro Fernando V de que por entonces no habia de ser in-

comodado, comenzó á poner en práctica en Navarra la sábia política de que habia usado en todos los puntos que habia conquistado dentro y fuera de España. Al mismo tiempo que disponia todo lo que más conveniente era al orden y buen gobierno de Navarra, á todos los partidarios de los reyes destronados que se le presentaban los recibia con extraordinario cariño; y si habian ejercido algun cargo ú oficio, se le devolvia inmediatamente.

Con tan bien entendida política ganaba D. Fernando de dia en dia partido entre los navarros, y acabó de captarse su afecto por el espíritu conciliador que desplegó para calmar los partidos, uniendo á los que se miraban como enemigos, y más aun con ampliar las franquicias municipales y los fueros al jurar la confirmacion de estos y el mantenerlos incólumes.

Hecho todo así, nombró virey de Navarra á D. Diego Fernandez de Córdoba, el célebre alcaide de los donceles, y tomó la vuelta de Búrgos.

El dia 23 de Marzo tomó posesion de su cargo el alcaide de los donceles, y despues de recibir en Córtes, celebradas en Pamplona, el juramento de fidelidad al nuevo rey, juró el virey gobernar con arreglo á justicia y guardar los fueros del reino.

Hallábase ya achacoso el rey Luis; y deseando D. Juan de Albret y doña Catalina su esposa prepararse para la propicia ocasion de llegar á ceñir la corona francesa un príncipe que personalmente les habia auxiliado, aunque con tan mal éxito, en la guerra contra el rey católico (el de Angouleme), y habiendo oido de sus labios que en siendo rey les auxiliaria, hicieron presente á D. Fernando por medio de una embajada que estaba en el deber de devolverles el reino, y que si no lo hacia, le emplazarian para ante el tribunal de Dios.

El rey católico contestó que habia conquistado el reino despues de haber hecho todas las gestiones pacíficas y amistosas posibles, deteniendo el hacer pública la bula en virtud de la cual Navarra quedaba á disposicion de quien primero la conquistase; que sus armas la habian conquistado, y con ellas y la ayuda de Dios sabia conservarla.

No volvieron á hacer gestion los destronados monarcas, y Navarra quedó definitivamente incorporada á la poderosa corona española. Las glorias de aquel pequeño reino, que tenia muchas, muy antiguas y notables, se unieron para siempre á las infinitas y notabilísimas de Castilla, Leon y Aragon.

Dicese que D. Fernando no tomó otro titulo que el de *depositorio* del reino hasta que perdió toda esperanza de tener sucesion en doña Germana, puesto que á haber tenido de ella un

príncipe, pensaba legarle las coronas de Aragon y Navarra. Vese, pues, que el afecto paternal expuso á este gran rey á incurrir en la misma falta en que incurrieron tantos de sus predecesores, gloriosos y sábios soberanos. Sin el prurito de coronar á todos sus hijos, la ibérica península hubiera desde muchos siglos antes formado una sola y poderosa monarquía. Afortunadamente, en la ocasion de que nos venimos ocupando, Dios decidió la unificacion de la hermosa y rica España, y negó á don Fernando el heredero que tanto apetecía.

En cuanto á la justicia ó injusticia de la conquista de Navarra, deberemos decir pocas palabras. La decision del Sumo Pontífice era en aquellos tiempos efectivamente decisiva; empero como muchos no la darán valor, deberemos decirles que, segun nuestro sentir, la conquista en cuestion tuvo más de justa que de injusta. No la sancionamos nosotros aplicándola la perniciosa teoría de los hechos consumados, porque segun aquella no habria robo, dispénsenos la severidad histórica, hecho en política ó fuera de política, que no mereciese los honores de la justificacion.

Los derechos de los príncipes que ocupaban el trono de Navarra eran bastante problemáticos. Para nosotros, puesto que ellos descendian de doña Leonor de Foix, lo que es vicioso en su origen, ha de serlo forzosamente en todas sus consecuencias. Doña Leonor no debió reinar en Navarra, ya lo hemos dicho otra vez, sino en el caso de haber muerto sin dejar sucesion legítima doña Blanca su hermana. Habiendo sido esta asesinada por aquella, la fraticida mereció en vez de corona la segur de un verdugo; y si para ella no hubo justicia porque la apadrinaba su padre, y su padre era rey, harto poco castigo se la hubiera impuesto con excluirla de los derechos á la corona. En este supuesto, doña Leonor fué reina ilegítima de Navarra, é ilegítimos fueron todos sus descendientes; y habiendo muerto sin herederos el desventurado D. Carlos de Viana y la desgraciada doña Blanca su hermana, últimos príncipes que hubieran podido reinar legítimamente en el reino en cuestion, siendo D. Fernando V hijo de D. Juan II, rey de Navarra, primero de aquel nombre, que fué asimismo padre de D. Carlos y doña Blanca, tenia incontrovertiblemente más derecho á la precitada corona que doña Catalina y D. Juan de Albret.

Hemos visto, sin embargo, que, natural ó estudiada, usó de gran parsimonia para proceder el rey católico, y que si hubiera querido cometer un verdadero atropello, pudiera haberlo verificado mucho tiempo antes, y no lo hizo.

En cuanto á la conveniencia de la conquista, con decir sola-

mente que terminó la grande obra de la unidad nacional, está dicho su mayor y más verdadero elogio.

Tambien dejó entrever aquel gran rey sus intenciones respecto de Portugal, en los reiterados matrimonios que concertó con aquella casa; mas aun estaba muy distante la hora de pronunciarse el eterno decreto.

Hasta el año 1515 no declaró D. Fernando *anexionada*, como hoy diriamos, á Castilla la corona de Navarra. Esta declaracion la hizo solemnemente en Cortes generales celebradas en Búrgos.

Dijimos al ocuparnos de los sucesos ocurridos en el año 1512 que el mal tratado Gran-Capitan, al disolver las tropas que pensaba conducir á la victoria, las regaló con su magnificencia acostumbrada, y se volvió á su retiro, vivamente herido en su honor, y mortalmente airado contra el soberano que tan ingrato con él se mostraba.

En aquella ocasion no quiso disimular su justo enojo; y al contestar á la orden del rey por la que se le preceptuaba la disolucion de las tropas preparadas para partir á Italia, le dijo: «Duéleme, señor, y maravillame á lo sumo hayais tomado con un hombre como yo tal determinacion, sabiendo, como sabeis, que soy más avaro de fama y gloria que de grande hacienda. » Cuanto el mundo vale estimo yo en nada, *comparado con la lealtad á un amigo cualquiera; juzgad de lo que será cuando de mi rey se trata.* Mejor que ninguno debe conocer V. A. á los hombres de tan mezquino corazon como ambicion excesiva, malévolos dignos del desprecio, que me envidian y calumnian. *Yo os reto, señor, con el respeto que os debo, á que me mostreis en qué ocasion por causa mia ha recibido pérdida el reino ó* SUFRIDO VERGONZOSA MENGUA LAS ESPAÑOLAS BANDERAS. *Pero mis enemigos viven á la sombra de la cobarde calumnia, y yo soy tenido en lo que no debo.»*

Esta carta llena de profundo resentimiento, mezclado con tanto respeto como energía, produjo bastante efecto en el ánimo de D. Fernando, que le contestó *casi con sumision*, manifestándole las verdaderas causas de haber suspendido la expedicion, por ser ya absolutamente innecesaria.

Lejos de calmarse el Gran-Capitan, y quizá comprendiendo que en las dulces palabras del rey habia más de capciosidad que de sincera franqueza, le dirigió una carta mucho más fuerte que la primera. Sirvan de muestra los siguientes párrafos:

« »
 « ¿Quién, jamás, ha servido á V. A. mejor que yo? Con la energía de honrado caballero os reto á que nombreis uno, so-

»lamente uno de entre todos vuestros súbditos que haya sido para vos más leal, *que haya tenido más paciencia* y que os haya servido con menos cuidado y desprecio de sí mismo.

»Mal tratado soy, en verdad, mas no lo extraño ni me admira; porque conozco que en serlo *estoy pagando justamente lo que á Dios he ofendido por servir á V. A.* Por mi parte, acostumbrado estoy á sufrir y á pasar por todo; mas dueleme en el corazon el daño que se ha hecho á los que por alistarse para partir á la guerra vendieron sus haciendas y dejaron los buenos y honrosos partidos que tenían, que quizá crean quejarse con razon tambien de mí. Y no crea V. A. que me lamento por lo que gasté para recompensarlos del modo que pude, porque sé que debo gastar todo lo que me queda en servicio de V. A., hasta quedar reducido otro vez á solo llamarme GONZALO HER-
»NANDEZ.

»Ruego á V. A. me dé su licencia para partirme con mi familia á mi ducado de Terranova, para allí concluir mis dias, *ahora que el estado de Italia me deja á cubierto de toda sospecha,* de donde no saldré si V. A. no encontrare en lo sucesivo mejor ocasion y *mejor voluntad* de servirse de mí.»

El rey no accedió, por supuesto, á la peticion de Gonzalo, presentándole razones al parecer plausibles, y le aconsejó que en tanto se ultimaban algunos asuntos que pendientes estaban, era más conveniente permaneciese en su casa de Loja.

D. Fernando, que para desplegar su natural suspicacia necesitaba de muy poco, estaba persuadido, porque así se lo hacian creer los enemigos del Gran-Capitan, que este se habia puesto de acuerdo con el Pontífice para arrojar de Italia á toda tropa extranjera, incluso las milicias españolas, en premio de lo cual el Papa le daría el ducado de Ferrara. Cierto es que aquel habia siempre instado al rey para que fuese Gonzalo nombrado supremo general de la liga y de la Iglesia, y no lo es menos que la última peticion del Gran-Capitan fué en tales circunstancias sospechosa. Débese creer, sin embargo, que la hizo cansado de estar en su retiro, y quizá deseoso de respirar en más ancho espacio, como el águila generosa que no gusta de un sitio en el que no pueda remontar cuanto quiera su raudo vuelo. Debemos asegurar que ningun autor presenta el más pequeño motivo para sospechar de la acreditada lealtad de Gonzalo.

Su respuesta á la indicacion del rey para que regresase á Loja, fué bien lacónica. Se limitó á devolverle los poderes que de él tenia, manifestándole *«que para ser ermitaño no los necesitaba;* que pasaria á vivir á su retiro, contento con el recuerdo de sus servicios y tranquilo con su conciencia.»

Aun quiso probar hasta donde era capaz de llevar el rey su ingratitud para con él, y al efecto solicitó dos encomiendas de las órdenes que vacaron, y recibió una rotunda negativa, aunque basada en que *el rey creía que el peticionario tenía derecho al gran maestrazgo de Santiago*, y porque sabía que *no había dejado Gonzalo de proseguir su pretension con el Sumo Pontífice* para que se le confiriese despues del fallecimiento del rey.

Está probado que hacian algunos cortesanos cruda guerra al retirado de Loja, y que encontraban muy predispuesto al monarca para creer lo que en perjuicio de aquel le decian.

Desde entonces, segun algunos creen, se arrepintió Gonzalo de haber sido paciente con tanto exceso. Créese, y á fé que nada de extraño tendria, que desairado nuevamente, se adhirió á los magnates descontentos que formaban el partido del principe don Carlos, á quien no conocian. No puede culpársele, á ser cierto, porque pocos hubieran sido tan constantes en la lealtad, no habiendo recibido sino ingratitudes en pago de servicios de infinito precio.

Con tal motivo llegó á noticia del rey que Gonzalo meditaba embarcarse en Málaga, para dirigirse á Flandes en busca del príncipe. Fuese esto ó no cierto, es indudable que rompió con el rey toda relacion: prueba de ello es el que no fué á visitarle durante una enfermedad que D. Fernando padeció por entonces. Echóle el rey en cara esta descortesía, ya que no la tomase como muestra de enemistad, y el guerrero respondió «que no había ido á verle porque no pareciera lisonja; puesto que tal moneda ni él la daba ni queria recibirla.

El rey, á quien en todas partes hacia sombra Gonzalo, quiso sin duda tenerle más á la mano para que estuviese más seguro, y le pidió pasase á Valladolid para asistir el dia de Santiago al capítulo de la orden que iba allí á celebrar, y que aprovecharia al paso la ocasion para consultarle sobre varios asuntos de grave importancia, incluso los de Italia.

El Gran-Capitan no queria ya nada con quien tan mal habia con él procedido, y respondió á D. Fernando que le era imposible complacerle, por *causas tan justas como sabidas del rey*; que respecto de consultarle lo creia innecesario, teniendo el monarca á su lado *personas doctas á quienes consultar*. «Y creo,» añadió, complacer á V. A., más que con ir, con quedarme; porque si de veras lo deseáseis, no me hubiérais dado tan corto plazo, para andar tan largo camino.»



AÑO 1514.

En este año nada ocurrió de notable. La salud de Fernando V comenzó á quebrantarse, sin embargo de lo cual continuó ocupándose de los asuntos del reino y de los del exterior.

Pactó despues perpétua paz Enrique VIII de Inglaterra con Luis XII de Francia, para vengarse de Fernando V. Este, que habia estado aliado hasta entonces con su yerno el inglés, tenia acordado con Enrique hacer la guerra á Francia, tan pronto como espirase la tregua que Fernando y Luis tenian establecida; mas lejos de suceder asi, España y Francia prorogaron la tregua, pactando además el matrimonio del infante D. Fernando, nieto del rey católico, con la infanta Renata, hija de Luis XII. Resentido Enrique VIII, rompió con su suegro, á pesar de las eficaces diligencias de la reina doña Catalina, esposa de Enrique é hija de Fernando.

AÑO 1515.

Este año comenzó con la muerte de Luis XII, rey de Francia, ocurrida el día 1.º de Enero. Ascendió al trono, por fallecimiento de aquel, el conde de Angouleme, bajo el nombre de Francisco I. Con tal motivo los asuntos de Europa tomaron diverso rumbo y las alianzas establecidas quedaron sin efecto.

Era Francisco I naturalmente ambicioso; y viéndose rey, empuñó el cetro con grandes pretensiones y con firme propósito de realizarlas.

Uno de sus primeros cuidados fué el de asegurar á los ex-reyes de Navarra que les restituiria la corona, al mismo tiempo que decidió hacerse señor de Italia, y exigir al príncipe D. Carlos la obediencia por el condado de Flandes.

D. Fernando V, en quien la falta de salud no influia para aminorar la gran capacidad y el enérgico corazon, á pesar de sus achaques decidió oponer un dique al torrente del impetuoso carácter de Francisco I. Este parecia prever que el tierno príncipe de Flandes habia de ser su rival y habia de humillarle, segun la natural antipatía que le profesaba. En cuanto al achacoso Fernando, podemos decir que tan activa y sabiamente gestionó, que logró se formase una liga, compuesta del emperador, del duque de Milan y de otros estados que tenian interés en cortar los vuelos á Francisco I.

D. Carlos, sin saber cuyo fué el consejo y sin dar parte al

emperador ni á su abuelo Fernando, se concertó por medio de embajadores con Francisco I respecto de sus estados de Flandes.

Dió en aquella ocasion una pobre muestra de sí el príncipe D. Carlos en dejarse guiar de tan incalificable manera. Los que le aconsejaron sabian que Francisco I era mortal enemigo de España y de Austria, coronas ambas que un día debia heredar D. Carlos; sabian que el francés le miraba personalmente con aversion, y sin embargo, humillaron al tierno príncipe hasta el punto de hacer *que diese al francés el nombre de padre!* Cierto es que el *hijo*, cuando pudo y supo, dió muy duras y memorables lecciones al *padre*.

Concertáronse tambien entonces varios matrimonios: además del de D. Carlos con Renata, hermana de la esposa de Francisco I, se concertó el del infante D. Fernando, hermano de don Carlos, con doña Ana, hija de Ladislao, rey de Hungría, y el del hermano de este, llamado Luis, rey de Bohemia, con la infanta doña María, hermana de D. Carlos y de D. Fernando.

El previsor Fernando V esperaba gran movimiento en Italia, como consecuencia del advenimiento al trono de Francia de Francisco I; y queriendo prepararse oportunamente, trató de arreglar los más urgentes asuntos interiores.

Hallábase cada dia con más delicada salud; empero muy parecido á su inolvidable esposa doña Isabel, nada descuidaba, ni le rendian la enfermedad ni la fatiga. En 15 de Junio, como ya dijimos, declaró solemnemente en las Córtes de Búrgos la definitiva union de la corona de Navarra á la de Castilla.

Despues volvió la vista á su querido reino de Aragon, á donde dispuso se celebrasen tambien Córtes de aquel reino. Celebráronse en Calatayud, y fueron un tanto borrascosas y ocasionadas á serios disturbios.

Pidió el rey á las Córtes un servicio extraordinario, y los ricos-homes y caballeros, que deseaban quedase abolido un derecho que los respectivos vasallos tenian, manifestaron con demasiada claridad que solo otorgarian el servicio pedido por el rey en cambio de la abolicion del derecho. Consistia este en que los vasallos de los ricos-homes, infanzones, etc., podian en casos dados acudir al rey en recurso *por causa y razon de sospechas y miedo de jueces y lugares no seguros*. Llamaban á esto *perhorrescencias*, y los señores de vasallos exigian la abolicion, para que aquellos dependiesen exclusiva y únicamente del respectivo señor, sin que el rey tuviese jurisdiccion sobre ellos.

Decian los magnates que tal derecho era contrario á los privilegios y franquicias del reino, y firmes en su propósito de pugnar hasta conseguir la pretendida abolicion, negaron el ser-

vicio pedido por el rey, ó más bien, suspendieron el otorgarle hasta lograr lo que pretendian.

No faltaban algunos de entre los magnates que defendian el derecho del rey, y de aquí se siguieron algunas rencillas y disgustos, y el enconarse los ánimos de tal suerte, que llegando el disgusto hasta el pueblo, este se puso en pugna con la nobleza.

Hallábase el rey casi postrado; y sin embargo, superior su ánimo á los dolores del cuerpo, pasó á Calatayud, en donde su presencia sirvió de no poco remedio al creciente mal. Sus gestiones y las de su hijo el arzobispo de Zaragoza lograron atraer á muchos magnates, á no pocas ciudades y á todo el clero: solo se mantuvo firme en su negativa el resto de la nobleza, lo que dió lugar á tales disensiones y escándalos, que fué indispensable cerrar las Córtes sin conceder la abolicion solicitada por los magnates, y sin que se votase el servicio pedido por el rey.

Siendo en realidad urgente el allegar recursos, el rey apeló á los préstamos y subsidios particulares; y para no dejar desairada por completo su autoridad, á todos los magnates disidentes los privó de sus cargos y oficios, inhabilitándolos para obtenerlos en lo sucesivo. Hecho esto, regresó á Castilla con su enfermedad exacerbada; porque los disgustos sufridos en Aragon, en el estado en que se hallaba, le perjudicaron notablemente.

Ya de regreso en Castilla, comenzó á cuidar de los asuntos de Italia, cuya guerra crecía en virtud de las diligencias de Francisco I.

Hallábase apostado Próspero Colonna con un ejército suizo, destinado á impedir la entrada en Italia de los franceses; y Cardona debia esperar á dicho ejército, y despues de reunidos ambos, presentar la batalla á las huestes de Francisco I.

En vano esperó D. Ramon de Cardona. El señor de la Paliza sorprendió é hizo prisionero á Colonna, y los franceses penetraron en Italia sin la menor oposicion.

Fernando V, á pesar de su enfermedad, dió cuantas órdenes eran conducentes á cortar el mal que amenazaba; pero su ingratitud con sus buenos servidores fué causa de que el rey de Francia se posesionase de Novara y de su castillo. Doloroso es tener que signar tantas veces la ingratitud de uno de los reyes más grandes y magnánimos que ha tenido la nacion española. Hé aquí el suceso á que aludimos:

En la desastrosa batalla de Rávena, en que tantos buenos capitanes españoles perecieron, quedó prisionero el famoso conde de Olivetto, Pedro Navarro; el que bajo las órdenes del cardenal Cisneros tomó á Oran, y el mismo que conquistó á Bugía y á Castellnuovo.

El que le hizo prisionero, conociendo el valor de aquel guerrero por instinto, pedía por su rescate 20,000 escudos; y el rey católico, que debió apresurarse á pagar el rescate, tanto por agradecimiento á sus grandes servicios cuanto por los muchos que en lo sucesivo podia prestarle, no se ocupó de semejante asunto, y dejó en la prision á su esforzado caudillo.

Comprendió Francisco I el partido que podia sacar de la tibieza de D. Fernando, y pagando los 20,000 escudos, rescató á Navarro: este, agradecido, aceptó el puesto de general que el rey francés, su libertador, le ofreció en su ejército.

No procedió con lealtad, mas puede disculpársele: el conde, apenas se vió libre, remitió á Fernando V el titulo de conde de Olivetto y la patente de general, pidiéndole le alzase el juramento de fidelidad.

D. Fernando, queriendo enmendar el daño, le ofreció remitirle los 20,000 escudos y hacerle muy grandes mercedes; mas el rudo soldado le contestó que habia visto su solicitud en sacarle de la prision, y que ya no era hora de hacerle cambiar de parecer, puesto que debia su espada y su vida al soberano que, no siéndolo suyo, habia sido más cuidadoso de su libertad que el que habia sido su rey.

Este mismo Pedro Navarro fué el que dió á Francisco I la plaza y fortaleza de Novara, y le fué en lo sucesivo tan fiel y útil como lo habia sido á Fernando V en otro tiempo. No duró mucho, empero, al servicio de Francia, y pudo disfrutar poco de su elevado rango en la milicia francesa. Los españoles le hicieron prisionero en una de las subsiguientes acciones, y llevado á Castello-Nuevo, allí pasó encerrado el resto de sus dias, y en aquel castillo falleció.

Poco despues se dió una reñidísima batalla entre suizos y franceses, unidos estos últimos á los venecianos. Asistió á ella Francisco I, y dió muestra de que habia de ser uno de los reyes más belicosos de su tiempo.

Fué igual el valor de ambos ejércitos: vencieron los franceses, aunque no sin grande pérdida; los suizos se retiraron á Milan, de donde salieron al momento con un frívolo pretexto.

Aislado el duque, no pudo resistir, y la ciudad cayó en poder de los franceses, y el duque fué llevado prisionero á Francia. La batalla fué dada en Marignano, y lleva el nombre histórico de *Combate de los gigantes*.

A este notable triunfo siguió la alianza del Pontífice Leon X con Francisco I y con la república veneciana. Veian descender al ocaso al sol de España, y todos se apresuraban á volver el rostro hácia el que brillaba en el Oriente.

El doliente Fernando V, para oponerse á la alianza arriba citada, celebró otra con Enrique VIII de Inglaterra, aunque no se publicó en Castilla hasta fines de aquel año.

En este se sintió tambien enfermo el Gran Capitan, hallándose en su retiro de Loja. Le acometieron unas cuartanas, que ningun cuidado dieron á la familia y amigos de aquel héroe, por no parecer tal enfermedad peligrosa. Tenia, empero, el inmortal Gonzalo de Córdova una enfermedad incurable en la tristeza de su espíritu, pues no podia olvidar aquel hombre eminente el mal pago que habia recibido; que unida tan fatal enfermedad á la del cuerpo, hizo que esta degenerase y se hiciese mortal.

Su esposa y Elvira su hija, que tan apasionadamente le amaban, le llevaron á Granada, uno de los teatros de sus primeras glorias, para ver si la variacion de residencia y de objetos le devolvian la perdida alegría, y con esta la salud; mas todo fué en vano. De dia en dia se le vió agravarse, hasta el 2 de Diciembre, en que falleció cristianamente y con el valor y presencia de espíritu en él connaturales.

Asegúrase que pocos momentos antes de espirar dijo que *solo se arrepentia de tres cosas: de haber quebrantado el juramento hecho al duque de Calabria, y de haber violado el salvo-conducto que dió á César Borgia, entregando á ambos despues en poder de Fernando V, enemigo personal del duque y de César. La tercera no la quiso decir.* Sospechan algunos seria una de dos cosas, á saber: ó el no haber entregado Nápoles al archiduque D. Carlos, hijo de doña Juana y D. Felipe, ó el no haberse el mismo Gonzalo alzado, como pudo hacerlo, con el señorio de aquel reino.

Cando ya no era temible aquel grande hombre, porque solo era un yerto cadáver, y aunque por su acrisolada lealtad jamás debió serlo, el rey Fernando demostró el debido aprecio á su ilustre memoria y á los muchos servicios que le debia la corona. Además de mandar se le hiciesen ostentosas exequias en todas las principales iglesias de España, mandó vestir luto en la corte, y luto vistió él tambien personalmente.

Hiciéronsele honras de cuerpo presente en la iglesia de San Francisco en Granada. En elogio de aquel eminente varon, como caudillo, solo diremos que en derredor del túmulo se colocaron DOSCIENTAS BANDERAS Y DOS PENDONES REALES por él quitados á los enemigos.

Hé aquí una curiosa noticia:

«El sepulcro del Gran-Capitan, obra magnífica de Diego de Siloe, en el monasterio de San Gerónimo, una de las primeras fundaciones del arzobispo Talavera, donde reposaban tambien

» las cenizas de la ilustre duquesa doña María Manrique, su esposa, ha sido en tiempos posteriores lastimosamente profanado, y lo que es más lamentable todavía, los huesos del grande hombre y los de su esposa fueron extraídos y robados, sin que se sepa cuál haya sido la mano sacrilega, ó al menos sin que una pena afrentosa haya marcado la frente del criminal ó criminales que arrebataron á España uno de los más preciosos depósitos que guardaban sus monumentos. Parece que un particular conservaba algunos de estos venerables restos, que pudo reunir á fuerza de celo y laboriosidad el Sr. D. Bartolomé Venegas, restaurador del templo, que hoy es dependencia de la parroquia de San Justo y Pastor. En la parte exterior de la capilla que mira á Oriente hay dos matronas de piedra que representan la Fortaleza y la Justicia, sosteniendo un tarjeton en que se lee: *Gundisalvo Ferdinando a Corduva, magno Hispaniarum Duci, Francorum et Turcarum terrori.*

» Fué creado Gonzalo en Italia duque de Terranova y de Sessa y marqués de Bitonto, y además fué gran condestable de Nápoles y noble de Venecia. Sus estados de Italia le producian sobre cuarenta mil ducados de renta. Su hija Elvira, que heredó sus títulos, casó con su primo D. Luis Fernandez de Córdoba, conde Cabra, con lo cual se perpetuaron en la casa de Córdoba. —Salazar de Castro, *Historia de la casa de Lara*, tomo II, pág. 621.

» Contaba Gonzalo sesenta y dos años al tiempo de su muerte. —(Laf., t. X, cap. XXVII, pág. 427.)

No existió en su tiempo mejor ni más noble caballero, más fuerte y terrible en las lides, ni más bondadoso y humano en el triunfo. Generoso y liberal, hasta rayar en pródigo; grande en sus pensamientos, lo mismo que en sus acciones, fué uno de los más bellos tipos que puede presentar la historia, la cual confiesa en el inmortal Gonzalo de Córdoba, el memorable GRAN-CAPITAN, tantas y tan altas prendas, que más bien que un ser que en realidad existió tal y conforme la historia le describe, parece un héroe de novela forjado por la fértil é ingeniosa imaginación de un poeta.

Dirigió Fernando V una expresiva carta de pésame á la viuda del Gran-Capitan, llenando á este de alabanzas y confesando los *inestimables* servicios que durante toda su vida le habia prestado.

AÑO 1516.

Casi sin vida y con el natural afan de alargar la llegada del rance fatal, pasó el rey á Andalucía, esperando algun alivio en

aquel benigno clima, y se detuvo en un pueblo llamado la Abadía, del señorío del duque de Alba, en donde firmó el tratado de alianza con Inglaterra.

Recibió tambien al ayo y preceptor del príncipe D. Carlos, Adriano de Utrecht, dean de Lovaina, el cual, autorizado por dicho príncipe con poder especial expedido en Bruselas, venia á tratar con el rey católico acerca del gobierno y sucesion de la corona española. Hé aquí lo que en aquella ocasion se acordó entre el rey D. Fernando y el legado de su nieto el archiduque:

«..... El rey gobernaria los reinos de Castilla y de Leon todo
 » el tiempo que viviese, aunque falleciera en tanto su hija doña
 » Juana, y despues de su muerte comenzaria á gobernar su nieto
 » el príncipe Carlos: que entretanto se le darian al príncipe cin-
 » cuenta mil ducados cada año en Amberes, y cuando viniese á
 » España se le asignarian las rentas y derechos de príncipe de
 » Asturias: que para el mes de Mayo próximo por lo menos seria
 » enviado á Flandes el infante D. Fernando, y con la misma flota
 » vendria Carlos á España sin gente de guerra: que el rey pro-
 » curaria con el Papa la incorporacion perpétua de los maestráz-
 » gos á la corona, y que el príncipe se obligaria á señalar al in-
 » fante su hermano una renta igual al menor de los maestrázgos:
 » que á este se le daria el gobierno de los estados de Flandes ba-
 » jo la direccion de la princesa Margarita y de su consejo: que el
 » rey nombraria las personas para los principales cargos y ofi-
 » cios del archiduque Carlos su nieto, las cuales tomarian posesion despues que el príncipe estuviese en España.»

Hacia tiempo que la salud del rey católico visiblemente se resentia y hacia temer por la vida de tan eminente soberano. Laboriosa como aquella habia sido, sin dar tregua ni al cuerpo ni al espíritu; ocupada en dirigir una guerra casi continúa, como consumado general; en pelear y soportar todos los rigores de la campaña como valeroso y sufrido soldado; en cuidar del bien y prosperidad de sus reinos y súbditos; en meditar y disponer las más difíciles combinaciones diplomáticas, no era posible que las fuerzas del espíritu no se resintiesen y las del cuerpo se debilitasen.

Valeroso tambien al ver aproximarse su última hora, como habiase siempre mostrado al silbar de las balas y jabalinas y al zumbar de las piedras y saetas, no perdió ni por un momento su apacible tranquilidad.

Sábese, y es seguro, que anunciarle la llegada del dean de

Lovaina, Adriano de Utrecht, quien tan pronto como tuvo noticia del mal estado de la salud del rey acudió presuroso á visitarle, dijo sonriendo tranquilamente: *Que pase*; y volviéndose á los circunstantes, añadió: *Vamos, viene á verme morir*.

Habló Fernando V breves palabras con Adriano y le mandó marchar á Guadalupe, á donde él pensaba dirigirse. El objeto de su proyectada marcha era el de celebrar capitulo de la órden militar de Calatrava.

No pudo, empero, realizar su deseo. Comprendiendo que su última hora estaba muy próxima, se preparó como cristiano al terrible trance, y otorgó su testamento, que fué el tercero que hizo, ateniéndose en todo lo más esencial al segundo, que habia hecho un año antes en Aranda de Dueño.

La reina doña Germana, que estaba en Lérida celebrando Córtes catalanas, llegó apresuradamente; mas con pretextos cortesanos no la dejaron ver á su esposo hasta despues de estar firmado el testamento; esto es, hasta pocos momentos antes de espirar; porque dicese que era tan redundante y tan recargado de las formas usuales en la curia, que el sacar la copia en limpio fué obra tan larga, que apenas tuvo D. Fernando tiempo para firmarle.

Atento á todo hasta el último momento aquel gran rey, consultó á su consejo sobre la regencia y gobernacion del reino. Era su voluntad quedase de regente el infante D. Fernando, su nieto, á quien mucho queria, hasta que viniese á España el principe D. Carlos. Los consejeros, independientes y atentos al bien del reino, le hicieron ver la edad poco á propósito de D. Fernando, que aun no tenia quince años, y los peligros que aquella eleccion llevaria consigo, pues no estaban olvidados los bandos que en Castilla existieran, uno en favor de D. Carlos y otro en el de su hermano D. Fernando.

Convencido el rey pidió al consejo indicase la persona á quien podria cometerse tan delicada y difícil mision: unánimes los consejeros, propusieron al cardenal Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo. El rey se conformó con tan acertado dictámen, y consignó la eleccion en su testamento.

Por una cláusula del mismo, legó las coronas de Castilla, Leon, Aragon, Navarra, Nápoles, Sicilia, con Murcia, Valencia, Mallorca, condado de Cataluña, señorío de Vizcaya, etc., con más los dominios de Africa y de Indias, á su hija la reina doña Juana y á sus hijos y descendientes de estos, de legitimo matrimonio; varones; y en defecto de estos á las hembras.

Nombró asimismo gobernador general de todos los reinos, á su nieto é hijo de doña Juana, el archiduque Carlos, principe de

Asturias; y durante la ausencia de este al cardenal Cisneros, como antes hemos dicho.

Resignó en su nieto y heredero la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares, y le dejó muy recomendado el que no hiciese variacion en las provisiones de los oficios que dejaba hechas en Aragon, y que en ninguno de los reinos de España, ni en los principales cargos, ni en el consejo, diese entrada á extranjeros, sino que solo admitiese á los naturales de España.

A la reina doña Germana dejó señalada una pension de 30,000 escudos de oro anuales, y 5,000 más mientras se mantuviese viuda. A su querido nieto D. Fernando legó el principado de Tarento, en el reino de Nápoles, con otras ciudades tambien pertenecientes al expresado reino. Dejó igualmente varias importantes mandas para objetos piadosos.

Apenas firmó el testamento, quedó yerta aquella fuerte y temida mano, que tan diestramente manejó el cetro como gloriosamente empuñó la espada. Era el dia 23 de Enero del año 1516, á la una y media de la tarde, cuando dejó de existir D. Fernando V, el Católico, rey superior á muchos de sus predecesores, á ninguno inferior. Falleció en una casa rústica llamada de *Santa Maria*, extramuros de Madrigalejo, en la Cruz de los Barreros. Existe allí una capilla con una inscripcion que dice:

Falleció el muy alto y muy poderoso y muy católico rey don Fernando V, de gloriosa memoria, en el aposento de esta casa, el viernes dia de San Ildefonso entre las tres y las cuatro de la mañana de Enero 23 de 1516.

A pesar de lo que esta inscripcion dice, los volúmenes de los autores más acreditados, así como los manuscritos que hemos registrado, nos inducen á creer que el momento del tránsito del memorable rey fué entre una y dos, y no entre tres y cuatro. En cuanto á decir que fué *por la mañana*, suponemos querrá explicarse que sucedió de dia y no á la madrugada.

Tenia el rey católico cuando falleció sesenta y cuatro años de edad, y hacia cuarenta y uno que habia empuñado el cetro de Castilla, y treinta y siete que era rey de Aragon.

Fué tenido por avaro, porque era parco y aun nimio para gastar personalmente, como lo era para aprobar los gastos que se le proponian. A su muerte se vió que el mundo siempre forma juicios erróneos: murió tan pobre, que no se le encontró suficiente cantidad para pagar las exequias reales. Vióse, pues, á la muerte del gran Fernando V, el Católico, que comprendiendo cuán grandes eran las obligaciones del tesoro y cuán limitadas, relativamente á las rentas, no quiso ser pródigo; porque recto en

su conciencia, deseaba no se hiciesen gastos excesivos, en perjuicio del cumplimiento de las obligaciones sagradas é imprescindibles.

Empresa árdua é irrealizable para nosotros seria la de hacer un digno elogio de este gran soberano: el lector le ha visto más sábio y político que ninguno de los reyes de su tiempo; le ha visto entendido caudillo, valeroso soldado, piadoso señor, que ni economizaba su sangre ni resguardaba su vida por defender la de sus vasallos.

Cupo á este gran soberano la gloria de lanzar de España por completo á los agarenos, consumando la grande obra de la independencia de España, cuya piedra angular puso casi ocho siglos antes el gran Pelayo; cúpole asimismo la de añadir un nuevo entero mundo á su gloriosa corona, y tambien fué el destinado por la Divina Providencia para unificar esta nacion de héroes y formar de varios gloriosos reinos uno solo y gloriosísimo.

Quisiéramos no haberle visto ingrato con tres hombres, relativamente, á cual más eminente cada uno: con el inolvidable Colon, con el celeberrimo Gran-Capitan, y con el gran Cisneros.

Cierto es que si este soberano, grande y digno por tantos títulos, hubiese sido perfecto, hubiera fallado en él, y esto no era posible, la regla comun á que están sujetos todos los seres creados: la imperfeccion, heredada de nuestro primer padre, que fué legada á toda su descendencia en castigo de su soberbia y rebeldía, defectos que tambien de nuestro primer progenitor heredamos.

Fernando V fué excesivamente suspicaz y receloso. No hubo, hay ni habrá hombre grande y distinguido, sin émulos que, envidiosos de una gloria que por su incapacidad no les es posible adquirir, se ensañen con el inocente objeto de sus iras hasta procurar derribarle. En la córte de Fernando sobran, como en todas, los envidiosos: el rey era dado á escuchar y creer; los celos de poder y de mando son terribles; temió sin duda á Colon en Indias, como á Gonzalo de Córdova en Italia y á Cisneros en Africa; creyó que cada uno de estos tres héroes, en el teatro de sus respectivas glorias, iba á crearse un dominio que sus hechos sin duda merecian, dominios que iba él á perder, y así nos explicamos la notable ingratitud de que el gran Fernando V dió visibles pruebas, y que es un lunar que afearía un tanto su gloriosísimo reinado, si no fuese tan irradiante y vivísimo el resplandor que inunda su memoria y que esclarece un defecto que si aisladamente es grande, al lado de tanta gloria y de

tan grandes recuerdos queda disimulado, porque casi desaparece.

Aunque, ya lo hemos dicho, estamos obligados á ser lacónicos, así porque escribimos una historia *general*, como porque tales son los deseos de nuestros lectores, que anhelan reunir cuanto antes sea posible todos los volúmenes que han de formar nuestra obra, no nos es posible dejar de dedicar algunas páginas al importantísimo reinado de los Reyes Católicos. Los mismos que nos piden laconismo serian los primeros á notar esta falta; y si hemos, por complacerles, renunciado á consignar algunos de los trabajos que teniamos anunciados, nos es de todo punto imposible el hacer en esta ocasion lo mismo.

Con el reinado de los Reyes Católicos se verifica el tránsito de la *Edad media* á la *Edad moderna*; con él termina la dinastía de reyes españoles y comienza la austriaca; y es forzoso saber cómo dejaron el reino los inolvidables Reyes Católicos, para poder apreciar despues justa y debidamente los reinados de todos y cada uno de sus sucesores, hasta el nuevo cambio de dinastía y advenimiento al trono español de la casa de Borbon.

Subieron al trono doña Isabel I y D. Fernando V cuando no existia el reino: solo existia una nobleza díscola, turbulenta y sediciosa, y una plebe sumida en la abyeccion y supeditada por los poderosos.

Con recta y firme mano sujetaron á los rebeldes magnates; animaron á los envilecidos plebeyos con la distributiva y equitativa justicia, al mismo tiempo que daban una dura y severa leccion al invasor lusitano.

A pesar de que ambas empresas eran más que suficientes para embarazar completamente toda la atencion de los Reyes Católicos, no por esto dejaron de atender á todos los ramos de la administracion; crearon tribunales de justicia, sistema de legislacion; dictaron leyes sobre agricultura, comercio y moneda; dieron un prestigio al trono de que absolutamente carecia; reformaron las órdenes religiosas, dictaron severas medidas respecto del clero secular, abatieron la verdadera protervia de los magnates, é hicieron comprender al menesteroso que no existen desigualdades ante la inflexible ley.

Tan notable y provechosa trasformacion fué obra de muy pocos años; y al mismo tiempo que atendian á que su grande obra no se desmoronase, antes por el contrario, dándola cada dia mayor solidez y firmeza, expulsaban á los judíos, arrojaban de España la infanda media luna, conquistaban un Nuevo-Mundo, recuperaban los condados de Rosellon y de Cerdaña, pactaban y realizaban ventajosos enlaces matrimoniales con las familias

de los principales estados de Europa, conquistaban de un modo definitivo las islas Canarias, y hacian respetar en todo el mundo el venerando pendon castellano, y en todo el mundo se temia el aterrador rugido del leon, que era présago infalible de triunfo y de gloria para la gran nacion de que fué y es emblema. Por esto con justa razon dice, hablando de los Reyes Católicos, un erudito é ilustrado autor moderno:

«.....Maravilla y asombra, decimos, que no hubiera asunto religioso, moral, político, jurídico, económico, literario, industrial, mecánico ó mercantil que pasara para ellos desapercibido, que se escapara á su atencion, á que no aplicaran especial cuidado y esmero, y que no sufriera una reforma provechosa.»

Veamos ahora las siguientes curiosísimas noticias que del mismo autor tomamos:

«Los Reyes Católicos establecieron dos contadurías mayores, llamadas de Hacienda y de Rentas, cada una con dos contadores. Estaba á cargo de los primeros la administracion, recaudacion y distribucion de la real hacienda; al de los segundos, tomar las cuentas á los que habian tenido empleos rentísticos. Unos y otros tenian su teniente, su asesor, sus contadores de libros y sus escribanos. Todos los dias se habian de reunir tres horas por la mañana, y los martes y viernes por la tarde habian de dar audiencia sobre cuanto ocurriese. De los oficiales contadores, unos corrian con todo lo correspondiente al cargo ó recaudacion, otros con lo correspondiente á la data ó distribucion. Los del cargo eran los de rentas, relaciones y extraordinario; los de la data entendian en lo del sueldo, tierras, acostamiento, mercedes y quitaciones. El *sueldo* era lo que se pagaba á la tropa en general; *tierras* llamaban las consignaciones que en Vizcaya y Guipúzcoa se señalaban á algunos militares de aquellas provincias; nombrábase *acostamiento* lo que se pagaba á los tenientes de los castillos, y *quitaciones* lo que se daba á los empleados civiles. Los contadores de *mercedes* corrian con los asientos de las que los reyes hacian, temporales ó perpétuas, y despachaban las cartas de juro, privilegios, etc.; los de *rentas* extendian las receptorías para su cobranza, y llevaban razon de las fianzas que daban los tesoreros y receptores; los de *relaciones* formaban las de cargo á los tesoreros y receptores de cada partido, con expresion de los juro que en cada uno cupiesen; los de lo *extraordinario* corrian con las relaciones de aquellas rentas en que no habia juro situados. El escribano mayor de rentas intervenia en todo el manejo de la real hacienda, y en sus libros se asentaba lo relativo, tanto á las rentas encabezadas, como á las arrendadas y administradas; recibia

» las posturas y pujas en los remates, despachaba las comisiones
 » y las instrucciones, llevaba la correspondencia con los admi-
 » nistradores, y daba cuenta á los contadores mayores para que
 » proveyesen. De sus libros se pasaban las noticias de lo enca-
 » bezado á los contadores de rentas; las de lo administrado á los
 » contadores de relaciones, etc.

» En la imposibilidad de enumerar en una historia general la
 » multitud de pragmáticas y ordenanzas que expidieron los Re-
 » yes Católicos sobre toda clase de materias, nos limitaremos
 » á citar aquí algunas, para que se vea que no había nada
 » á que no se extendiesen las provisiones de estos solicitos mo-
 » narcas:

« *Médicos, cirujanos, especieros y herbolarios.*—Pragmática de 30 de Marzo de 1476, en Madrid, nombrando examinadores mayores para ellos.

Libre comercio.—Idem de 20 de Enero de 1478, en Zaragoza, designando los que podían pasar por los puertos de Castilla sin pagar derechos.

Diezmo.—Idem de 20 de Setiembre de 1480, en Medina del Campo, prescribiendo su pago y la manera de hacerle.

Contratos.—Declaración de la ley de Toledo sobre ellos, en Talavera, 25 de Octubre de 1482.

Oficios acrecentados.—Provisión sobre esta materia, en Madrid, 26 de Abril, 1483.

Sal.—Que no se introduzca de fuera del reino; Córdoba, á 3 de Setiembre, 1484.

Hermanidad.—Cuaderno de leyes nuevas para esta institución; Córdoba, 7 de Julio, 1486.

Hidalgos.—Sobre las cartas de hidalguía dadas en tiempo de Enrique IV; Salamanca, 28 de Enero, 1487.

Mancebas de clérigos.—Que se guarde la ley de Toledo sobre ellas; Zaragoza, 10 de Diciembre, 1487.—Otra pragmática sobre lo mismo; Córdoba, 18 de Agosto, 1491.—Otra sobre la propia materia; 10 de Diciembre, 1494.

Mujeres públicas.—Lo que han de pagar en las casas de mancebías por botica, etc.; Córdoba, 23 de Agosto, 1491.

Plata y oro.—Sobre la ley y peso de estos metales; Valencia, 12 de Abril, 1488.—Sobre la manera de pesarlo; Valladolid, 13 de Octubre, 1489.

Plateros.—En qué manera han de pagar la alcabala; Medina del Campo, 23 de Marzo, 1489.

Audiencia.—Ordenanzas de la de Valladolid; Medina, 24 de Marzo, 1489.

Corregidores, asistentes y escribanos.—Qué derechos han de llevar; Jaen, 30 de Mayo, 1489.

Construccion y plantacion.—Censo que han de pagar los que edifiquen ó planten en terreno concejil ó de realengo; Jaen, 20 de Junio, 1489.

Portazgos y otras imposiciones, heredamientos y cortijos.—Pragmática sobre estas materias para el reino de Granada; Córdoba, 3 de Noviembre, 1490.

Mercaderes y cambiadores.—Que no tengan sino un solo peso en sus casas y tiendas, y den y reciban por él; Sevilla, 21 de Marzo, 1491.

Pan de los diezmos y tercios.—Calidad que ha de tener; en el Real, 5 de Agosto, 1491.

Mercaderias extranjerias.—Ordenanza sobre lo que se podia importar y lo que se podia extraer; en el Real, 20 de Diciembre, 1491.

Cera y sebo.—Ordenanza para los cereros; Santa Fé, 25 de Febrero, 1492.

Estudios de Salamanca.—Quiénes habian de gozar de los privilegios concedidos á la universidad; Santa Fé, 17 de Mayo, 1492.

Pleitos de hidalguias.—Cómo se habia de proceder en ellos; Córdoba, 30 de Mayo.

Apelaciones de las justicias ordinarias.—Si habian de conocer de ellas los oidores; Córdoba, 31 de Mayo, 1492.

Cria mular.—Real cédula para evitar su propagacion en las provincias de Andalucía; Valladolid, 20 de Julio, 1492.

Blasfemias.—Penas contra ciertos blasfemos; Valladolid, 22 de Julio, 1492.

Estancos.—Que no los haya en el reino; Valladolid, 22 de Julio de idem.

Mulas y acémilas.—Precio máximo que se habia de dar por ellas; fecha idem.

Regidores y concejales.—Que no ocupen tierras y rentas del concejo, y dejen las que tengan; fecha idem.

Sello y registro.—Que no se sellen ni registren cartas sin poner los derechos al respaldo; Barcelona, 11 de Abril, 1493.

Caballos y mulas.—Quiénes los puedan tener; Barcelona, 2 de Mayo de idem.

Boticarios.—De qué cosas han de pagar alcabala; ibid., 18 de Junio.

Letrados.—Que no se les den cargos de justicia sin haber estudiado diez años y tener veintiseis de edad; Barcelona, 6 de Julio de idem.

Clérigos.—Hábito y tonsura que han de traer para gozar del privilegio, bula impetrada de Alejandro VI; 27 de julio de idem.

Indulgencias.—Que no se prediquen ni publiquen bulas ni indulgencias sin ser examinadas por el ordinario de la diócesis y por los prelados del consejo; 1.º de Agosto, 1493.

Bodas, bautizos, misas nuevas.—Limitación en las reuniones para estas ceremonias en Galicia; Barcelona, 14 de Octubre de 1493.

Fiscales de audiencia.—Que tomen la voz en las causas de apelación; Tordesillas, 10 de Junio de 1494.

Brocados, sedas y paños.—Cómo se han de medir y vender en el reino; Medina del Campo, 17 de Junio de idem.

Paños extranjeros.—Que no se vendan desliados; Segovia, 20 de Julio de idem.

Dorado y plateado sobre fierro y cobre.—Ordenanzas sobre esto y otras materias análogas; Segovia, 2 de Setiembre de idem.

Audiencias.—Ordenanzas de la de Ciudad-Real; ibid., 29 de Setiembre.

Cátedras.—Pragmática para evitar dádivas y sobornos en la provision de ellas; Madrid, 18 de Noviembre, 1494.

Oficios de alcaldía, regiduría y alguacilazgo.—Forma de su elección, y que no se puedan vender ni trocar; Madrid, 20 de Diciembre de idem.

Casa de moneda.—Preeminencias de estos establecimientos y sus oficiales; Madrid, fecha idem.

Abogados y procuradores.—Ordenanza para estos oficios; Madrid, 14 de Febrero, 1495.

Navíos.—El acostamiento que se ha de dar por ellos, según las toneladas que hagan; Alfaro, 10 de Setiembre de idem.

Armas.—Las que ha de tener cada uno en el reino; Tarazona, 18 de Setiembre de idem.

Pesos y medidas.—Que sean iguales en todo el reino; Tortosa, 9 de Enero, 1496.

Grados académicos.—Que ninguno se gradúe sino siendo examinado en estudio general; Búrgos, 28 de Octubre de idem.

Montes.—Sobre propiedad de estos; Búrgos, fecha idem.

Delinquentes.—Adónde se han de destinar los que se destierren; Medina del Campo, 22 de Junio de 1497.

Pecado contra natura.—Cómo se ha de castigar; ibid., 22 de Agosto.

Esclavos.—Que nadie compre ni reciba cosa alguna de esclavos ó esclavas que tenga en guarda; Alcalá, 26 de Enero, 1498.

Escribanos.—Que anoten sus derechos al respaldo de las escrituras; Alcalá, 26 de Marzo, idem.

Aposentadores.—Lo que han de dar, y de lo que se les ha de eximir; Alcalá, 9 de Abril, 1498.

Lugares de asilo.—Que los deudores puedan ser sacados de ellos por la justicia; Toledo, 14 de Mayo de idem.

Condenados por la inquisicion.—Que los que se hallen ausentes del reino no puedan volver bajo pena de muerte y confiscacion de bienes; Zaragoza, 2 de Agosto de idem.

Monasterios reformados.—De qué cosas han de pagar derechos; Ocaña, 5 de Diciembre de idem.

Gitanos.—Que tomen oficios, vivan con señores, ó salgan del reino en el término de sesenta días; Madrid, 4 de Marzo, 1499.

Aguinaldos.—Que los aposentadores no los puedan pedir, ni recibirlos aunque se los den voluntariamente; Madrid, 2 de Mayo de idem.

Malhechores.—Asiento con Portugal para la extradicion de uno á otro reino; Madrid, 21 de Mayo de idem.

Judios.—Que no puedan entrar en el reino, so pena de muerte; Granada, 5 de Setiembre de idem.

Cabalgaduras.—Que nadie cabalgue en mula, macho ni trote, con silla ni albarda y freno, sino ciertas personas que se exceptúan; Granada, 30 de Setiembre de idem.

Caballos.—Que no se saquen del reino; Granada, 15 de Octubre de idem.

Juegos.—Cómo se han de cobrar las multas impuestas por ellos; ibid., 23 de Octubre.

Sedas.—Qué personas y de qué manera las puedan traer; Granada, 30 de Diciembre, 1499.

Tundidores, tejedores y pellejeros.—Ordenanzas para los de Haro y Córdoba; en esta ciudad, 23 de Noviembre y 12 de Diciembre, 1478.

Libros extranjeros.—Exencion de derechos para su introduccion; Toledo, 26 de Mayo, 1480.

Naves venecianas y genovesas.—Seguro para ellas en las costas de España; Sevilla, 7 de Febrero de 1485.

Tintes.—Ordenanzas para el veedor de los de Córdoba; Jaen, 11 de Julio de idem.

Almadrabas de Sevilla; puentes y albercas; pesos públicos en varios pueblos; *sangria y acequias en el Guadagenil; consulado* en Burgos; varias cédulas de este mismo año sobre estas materias.

Viñas.—Plantacion de ellas en Granada; ibid., 19 de Febrero.

Calzadas.—Que se habiliten las de Andalucía; *ibid.*, 27 de Febrero.

Lonja.—Que se construya una en Rentería; *ibid.*, 3 de Marzo.

Muelle.—Que se construya uno en Rentería; Búrgos, 3 de Julio.

Albufera.—Que se labre una en la costa del reino de Murcia; Madrid, 12 de Enero, 1497.

Zapateros y curtidores.—Ordenanzas para los de Madrid; Búrgos, 20 de Mayo, 1497.

Arboledas.—Que se repongan las de Medina del Campo; Alcalá, 20 de Enero, 1498.

Lino y cáñamo.—Que no se extraiga fuera del reino; Almunia, 18 de Octubre.

Pendientes de oro y plata, tocas, gorgueras, etc.—Quiénes las puedan traer; Sevilla, 28 de Enero, 1500.

Rectores, consiliarios y secretarios de estudios.—Lo que pueden llevar de propina de las cátedras que vacaren; Valladolid, 24 de Marzo de *idem*.

Barberos.—Cómo han de ser examinados; Sevilla, 9 de Abril de *idem*.

Albítares.—Sobre sus examinadores, y cómo han de usar de sus oficios; *ibid.*, 13 de Abril.

Jurisdiccion temporal en el reino de Galicia.—Que no la ejerzan personas eclesiásticas; Sevilla, 23 de Junio, 1500.

Vestidos.—Los que se pueden usar en Guipúzcoa sin ir contra ciertas pragmáticas; Granada, 30 de Julio de *idem*.

Concejos.—Que todos los concejales firmen lo que la mayoría votare; Granada, 13 de Noviembre, 1500.

Propios.—Que á costa de ellos se reparen puentes, caminos, carnicerías, etc.; Granada, 24 de Diciembre de *idem*.

Muchas y largas páginas pudiéramos llenar todavía fácilmente con añadir á las pragmáticas y provisiones que ligeramente y al acaso acabamos de citar, la multitud de otras que en estos y en los sucesivos años expidieron aquellos monarcas sobre todas las materias. Mas sirva esto de muestra de la activa vigilancia con que atendían á todo; así como los pueblos en que estos documentos están fechados prueban la movilidad casi continua en que vivían.»

Hé aquí probado hasta la evidencia que la solicitud de los monarcas Católicos á todas partes se extendía, y de nada se olvidaba; y al mismo tiempo que confeccionaban y hacían publicar y cumplir tantas y tan diversas pragmáticas y ordenanzas, la guerra contra los hijos de Mahoma continuaba sin tregua, y

se hacian las gloriosas conquistas de Velez, de Málaga, de Ronda, de Baza, de Antequera, de Almería, y tantas como el lector con admiracion habrá visto.

De la misma manera y con igual preferencia, si puede admitirse esta palabra cuando la atencion por igual se subdivide entre diversos objetos, cuidaban del esplendor de las letras.

La reina daba el ejemplo á todas las clases de la sociedad, dedicando á un detenido estudio las pocas horas que tantos y tan apremiantes cuidados la dejaban libres. Los libros de su biblioteca particular prueban por signos bien claros y exteriores cuánto los manejó aquella memorable reina, que, siendo muy notable por la perfeccion con que hablaba el castellano, aprendió varias lenguas extranjerás, y se dedicó á poseer el latín.

En este importante estudio fué maestra de la reina doña Beatriz de Galindo, tan entendida y profunda en la predicha lengua, que fué llamada por antonomasia *La Latina*. Dicha señora fundó el hospital llamado de *La Latina*, que existe en Madrid y en la calle de Toledo, esquina á la plaza de la Cebada.

Cuéntase y se asegura que en menos de un año logró comprender perfectamente lo que en la hermosa lengua de Ciceron se escribia, cosa entonces tan necesaria á una soberana, como que en latín se escribian las notas y negociaciones diplomáticas y todas las obras de verdadera importancia. Oigamos al señor Lafuente respecto de la educacion que hizo dar doña Isabel I á su hijo D. Juan, príncipe de Asturias.

«La educacion del príncipe D. Juan, dice, hijo único varón de Fernando é Isabel, era naturalmente más esmerada y extensa, como á quien destinaba su nacimiento á llevar un día reunidas en su cabeza las dos coronas de Aragon y de Castilla. Es notable el sistema de educacion que para el príncipe su hijo adoptó la reina Isabel. Queriendo reunir las ventajas de la enseñanza colegial y de la enseñanza doméstica, hizo crear para él una especie de escuela compuesta de diez jóvenes de la principal nobleza, de ellos cinco de su misma edad, y otros cinco algo mayores, con lo cual se lograba el estímulo de la rivalidad entre los iguales, y el de la emulacion hácia los más adelantados. Para que fuera instruyéndose insensiblemente en las materias que más adelante habian de ser objeto del elevado cargo para que era nacido, se formó un consejo de personas de cierta instruccion y madurez, en que se discutian y trataban bajo su presidencia puntos de gobierno y de interés público con el atractivo de ciertas formas académicas, á la manera que solian hacerlo los árabes con los príncipes destinados á regir el imperio en los mejores tiempos del califato. Para evitar el hastío o

»el cansancio de los estudios abstractos y graves, se alternaban
 »estos cuidadosa y discretamente con los de las artes de adorno,
 »de utilidad y de recreo, para las cuales tenía aventajadas dis-
 »posiciones é hizo grandes adelantos, especialmente en la músi-
 »ca. El talento, la educacion, el carácter bondadoso del príncipe
 »D. Juan, el conjunto de sus cualidades intelectuales y morales,
 »todo infundia las más halagüeñas y fundadas esperanzas de que
 »á su tiempo sería un príncipe perfecto que reemplazaría digna-
 »mente á sus ilustres padres.»

Este digno príncipe, que probablemente hubiera llegado á ser un gran rey, falleció desgraciadamente, como en su lugar dijimos, apenas habia llegado á los veinte años.

La misma educacion hacia dar á sus hijas respecto á la cultura literaria; y para que más perfecta fuese aquella, hacia venir de Italia los más sabios varones y eminentes literatos. Cuéntase de la más pequeña de las infantas que sobresalió tanto en el aprovechamiento de los estudios, que *Erasmus* la llama *egregiamente docta*. Esta infanta fué la infeliz doña Catalina, reina de Inglaterra, esposa del malvado Enrique VIII, el amante de Ana de Bowlen (Ana Bolena) y de tantas otras mujeres; aquel mismo rey que, airado con el Pontífice porque no autorizaba ni consentía sus lúbricas costumbres, se rebeló contra el Vicario de Jesucristo; el mismo soberano, en fin, á quien la Inglaterra debe los errores del protestantismo. La docta é infeliz doña Catalina fué víctima de la pasión que aquel monarca inglés de infausta y nefanda memoria concibió por la bella Ana.

Tampoco la reina Isabel por cuidar de que sus hijas fuesen instruidas y, si se quiere, eruditas, descuidó la educacion en la parte concerniente á su sexo. Lejos de esto, las instruyó perfectamente en todo género de labores, sin excluir las más humildes y vulgares, y así tomaban la rueca y el huso, como ayudaban á su virtuosa y excelsa madre en la gloriosa tarea de bordar las enseñas que habian de guiar á los valerosos españoles por el sendero de la gloria, ó en la piadosa ocupacion de recamar los ornamentos que debian servir para dar á Dios culto en el augusto templo.

Esta gran reina imprimió su mismo carácter á la sociedad entera: todas las mujeres de ilustre cuna, lejos de desdeñarse, como en tiempos más modernos, de conocer y practicar las virtudes de lo que vulgarmente se llama una *mujer casera*, se honraban y enaltecian con serlo y con demostrar que lo eran; porque la mujer que estaba más alta que todas en la escala social, les daba el ejemplo de la práctica de todas las virtudes domésticas.

Del mismo modo la imitaban en procurar instruirse; y no fué solamente *La Latina* quien de su sexo se hizo célebre por la sabiduría: existieron otras señoras en aquel reinado, émulas de doña Beatriz de Galindez, y entre ellas descollaron la marquesa de Monteagudo y doña María Pacheco. En la universidad de Alcalá explicaba retórica una hija del historiador Lebrija, y en la de Salamanca enseñaba los clásicos latinos doña Lucía de Medrano.

Los individuos de la alta aristocracia, que poco tiempo antes hacían gala de su supina ignorancia, porque creían que demostraba su poder el considerar como innecesaria la instrucción que solo debía adquirir el que necesitaba vivir de ella, se dedicaron á las ciencias y las artes, para no verse abochornados por el bello sexo.

Muchos hijos de los grandes de España desempeñaban cátedras en las universidades. En la de Salamanca y en la de Alcalá, tan justamente célebres, fueron catedráticos de ciencias y de lenguas los hijos del conde de Haro, del de Paredes y del duque de Alba.

Por su parte la reina era tan decidida protectora del talento y de la laboriosidad, que todos hacían gala de ser ilustrados y procuraban distinguirse de los demás. En tiempo de la inmortal Isabel se hicieron célebres las universidades y establecimientos científicos y literarios de Sevilla, Toledo, Alcalá, Salamanca, Valladolid, Granada y Cervera. Cuéntase que solo en la universidad de Salamanca cursaban SIETE MIL escolares.

Como otra prueba más, añadida á tantas, de la solicitud de la reina por los útiles adelantos, y de su perspicacia para comprender lo que más conveniente era á la ilustración de los pueblos, podemos presentar la decisión con que protegió la imprenta, entonces en su infancia.

Tocó también reinar á doña Isabel I en la época en que el inmortal Guttemberg dió al mundo entero su inapreciable invento; y la reina, que comprendió cuanto aquel abarcaba de grande y útil, expidió una carta-orden en Sevilla á 25 de Diciembre de 1477, en la cual mandaba que «Teodorico Aleman, impresor de libros de molde en estos reinos, sea franco de pagar alcabalas, almojarifazgo ni otros derechos, por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros de molde, exponiéndose á muchos peligros de la mar por traerlos á España y ennoblecer con ellos las librerías.»

La protección decidida y el afán con que la ilustre é ilustrada señora protegió el arte importantísimo de la imprenta, hizo que

antes de espirar el siglo XV tuviese ella misma el gusto de ver la imprenta tan difundida en España, que ya habia establecimientos tipográficos en Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Toledo, Burgos, Valladolid, Madrid, Salamanca, Murcia, Alcalá y Zamora.

Esta inapreciable innovacion cambió la faz de España, y todos los ingenios se apresuraban á dar sus obras á la estampa, y todos ellos rendian á la protectora de los talentos y de la imprenta un tributo de justa gratitud, dedicándola los mejores productos de su saber y de su imaginacion. En el número de estos memorables autores se cuenta á Hernando del Pulgar, Alonso de Palencia, Antonio de Lebrija, Diego de Valera, Alonso de Córdova, Diego de Almela, Rodrigo de Santaella, Gonzalo de Ayora, Alonso de Barajas, y otros infinitos. Y si hubo tantos célebres autores, los traductores por cierto tampoco escasearon; que en aquella época se imprimieron en castellano las obras de *César*, *Frontino*, *Plutarco*, *Juvenal*, *Plauto*, *Apuleyo*, *Salustio*, *Ovidio*, *Dante*, *Petrarca* y *Erasmus*, y menos faltaron filólogos que diesen á luz vocabularios y diccionarios.

La amena literatura brilló respectivamente al par de la severa y clásica. Innumerables son los nombres de los poetas de aquel tiempo que la historia consigna: entre ellos recordaremos á un primo del rey D. Fernando, el almirante de Castilla; los duques de Alburquerque, Alba y Medina Sidonia; los marqueses de Villena, Astorga, y Villafranca; los condes de Benavente, Castro, Feria, Coruña, Ureña, Haro, Rivadeo y Paredes, y otros muchos personajes de la corte, sin que faltasen algunos entre las clases de la sociedad menos elevadas, y aun en las humildes.

Fué sin duda alguna el *reinado de los reinados* el de doña Isabel I. Lo mismo florecieron tambien las artes liberales, y el teatro comenzó tambien en su tiempo á dar signos ostensibles de vitalidad.

Autores de gran erudición están contestes en que hasta aquella época las composiciones dramáticas habian estado reducidas á algunos trozos de historia sagrada, puestos en accion dentro del templo por los mismos sacerdotes, y á tal cual pantomima sin argumento y sin forma.

En el reinado de doña Isabel comenzó á tomar forma dramática este género tan importante de composicion literaria. Créese que la primer obra de esta clase fué *La Celestina*, ó sea *Calisto y Melibea*, que se atribuye á Rodrigo Cota, el tío, y que por no haberla terminado este, la concluyó Fernando de Rojas.

A Bartolomé de Torres y Naharro se da la gloria de haber caracterizado la comedia española, así como Fernan Perez de la

Oliva dió impulso á la tragedia: el primero fué extremeño y cordobés el segundo.

Tampoco faltaron excelentes profesores de ese idioma universal que habla al corazón de todos los hombres; porque cuantos están dotados de humanos y dulces sentimientos le entienden: hablamos de la música.

Existía desde los tiempos de D. Alfonso X, el Sábio, una cátedra de música en la universidad de Salamanca, en donde los profesores eminentes en el divino y predilecto arte de Apolo, tomaban la *licenciatura* y se *doctoraban*. En tiempo de los Reyes Católicos fueron grandes músicos Garcilaso de la Vega, padre del malogrado y celebrísimo poeta; D. Bernardino de Manrique; D. Juan de la Encina, poeta además, y Francisco de Peñalosa; estos últimos llegaron á ser maestros en la capilla pontificia.

Si en las artes que se tienen por menos importantes, aunque son el verdadero termómetro que infaliblemente marca los grados de cultura de un pueblo, se vieron notables adelantos, las ciencias sagradas, como las profanas, tuvieron dignísimos representantes en el reinado de los Reyes Católicos, como lo prueban el buen recuerdo de tantos ilustres nombres, entre los cuales citaremos solamente el del gran cardenal Mendoza, al célebre cardenal Gisneros, al virtuoso Fr. Fernando de Talavera, á Fr. Diego de Deza, arzobispos los cuatro, y al ilustrado y desinteresado protector del inmortal Colon, Fr. Juan Perez de Marchena.

Del arte militar nada diremos; porque la conquista del entero reino de Granada; las circunstancias de la misma conquista, tan erizada de dificultades, y la gloriosa manera de darle felice cima, lo dicen por sí mismos mucho mejor que pudiera hacerlo otra pluma mucho más bien cortada que la nuestra.

La artillería especialmente recibió un inesperado impulso. Si bien habia comenzado á recibir alguna organizacion en el reinado de D. Juan II, padre de doña Isabel, estaba el uso de dicha arma completamente en su infancia. Los Reyes Católicos la impulsaron tanto, que de este modo y cuidando eficazmente de sus progresos y perfeccion el célebre ingeniero y artillero Francisco Ramirez de Madrid, se pudo realizar una conquista cuyo solo pensamiento hubiera seguramente arredrado á otra imaginacion menos grande, y á corazones menos fuertes que los de aquellos reyes. Y bastárales á estos el haber contado con el GRAN-CAPTAN, para que fuese por las armas célebre su reinado.

En su tiempo dejaron de dominar la fuerza y el número; ambos se veian obligados á someterse al cálculo y al arte; no se peleaba al acaso; habia un plan preconcebido de contrameta-

cion, de bloqueos, de sitios: á pesar de que los reyes hacian llevar al campamento la pólvora y los proyectiles de Barcelona, de Valencia, de Sicilia, de Flandes y de otros puntos, seguian al ejército multitud de operarios, y sobre el mismo campo se fundian proyectiles y se elaboraba la pólvora; porque al ejército seguian tambien las fraguas y todos los aparatos y útiles al efecto necesarios.

Peró la grande y piadosa innovacion debida á aquella magnánima y humana reina, fué el establecimiento de los hospitales militares. Hasta aquel tiempo solo Dios sabe cuán grande era la desgraciada suerte de los heridos, y cuántos espiraban en medio de los más acerbos dolores, por falta de asistencia, cuando á haberla tenido quizá hubieran salvado la vida. La magnánima Isabel hizo preparar grandísimas tiendas de campaña con camas, cuyas primeras ropas fueron por ella y por sus hijas y damas de su corte cosidas, y de su mismo particular bolsillo sostenia el necesario número de cirujanos, boticarios y auxiliares, costean-do además las medicinas. A este primer hospital se dió el nombre de HOSPITAL DE LA REINA, y su establecimiento, que de tan incalculable alivio sirvió á los valerosos españoles que generosamente derramaban su sangre por la religion, por la patria y sus reyes, dió tal renombre á la magnánima señora y tanto acrecentó el grande amor que ya todos la tenian, que entre los guerreros solo se la denominaba *Mater castrorum* (*Madre de los reales, ó del campamento*).

Era más grande aún y más justamente tenido el amor que la profesaban los débiles, por el teson y carácter con que, lo mismo que su esposo, los protegió contra los fuertes. Los Reyes Católicos hicieron ver que la ley era una misma para todos; y si cuidaron de fortalecer y conservar el poder y prerogativas de la corona sobre una aristocracia desmedidamente ambiciosa y por demás turbulenta, fué en beneficio y ventaja de los innumerables vasallos que, destituidos de fuerza material, estaban siempre á merced de los respectivos señores.

Con este grande y elevado objeto crearon y fomentaron la HERMANDAD, de la cual tan exacta como oportunamente dice el erudito Lafuente que era *una especie de guardia civil*.

Interminable tarea seria la de enumerar las ventajas que la nacion experimentó, como consecuencia inmediata del inolvidable y feliz reinado de los Reyes Católicos. De doña Isabel se ha dicho tanto y tan merecidamente por autores españoles y extranjeros, que no es fácil decir ya más. Entre los últimos hay uno que por ser poco conocido de la generalidad, conviene traslademos el juicio que hace de aquella gran reina, y que hemos tra-

ducido fiel y expresamente para esta edicion. Habla el Dr. *Londynski*:

«En medio de los reyes cristianos de todos los reinos, Isabel (la Católica) permanece todavía hoy la primera entre aquellos que han asegurado el triunfo de la religion cristiana y de la civilizacion. Ninguno ha hecho más en el mundo católico que es-
ta gran reina por la propagacion de la fé y la ruina de los ído-
los, y por la gran causa de los justos, oprimidos por la barba-
rie y el despotismo de los grandes.

«Cuantos han querido pintar á esta gran reina se han reuni-
do para decir: *estaba dotada de todas las virtudes.*

«A las gracias de su sexo, reunia la ciencia profunda de la
justa política. Tenia la integridad del magistrado y tambien las
cualidades del conquistador.

«Ella hizo al mundo cristiano el mayor servicio que le fué
permitido hacer, al rechazar la vergüenza de haber sufrido so-
bre el continente europeo la dominacion de los infieles que,
durante siete siglos, los principes siervos de Cristo dejaron
tranquilamente dueños de una de las más bellas provincias del
mundo.

«A Isabel pertenece toda la gloria de haber purificado el sue-
lo de la provincia de Granada. Ella contribuyó con su podero-
sa voluntad, guiando las armas de su real esposo; ella contri-
buyó tambien como general, lanzando su hacanea delante de
las falanges de Castilla y de Leon, á las cuales Isabel mostró el
camino de la gloria en muchos combates y en muchos sitios.

«Supo apaciguar las guerras civiles y á los ambiciosos que se
disputaban los despojos de las poblaciones españolas; estable-
ció en el Estado una severa disciplina; reformó la licencia de
las órdenes religiosas; protegió al pechero contra los señores;
reprimió enérgicamente los crímenes de toda especie, é hizo,
en fin, respetar las leyes, que antes de reinar ella invocaban
los débiles en vano, cuando los grandes impunemente las de-
safiaban. Jamás Fernando, su esposo, reinó en su lugar; pero
ella frecuentemente reinó en vez de Fernando. Avida de gloria,
celosa de su autoridad *para engrandecer el poder español,*
supo hacer de un reino que vacilaba un grande imperio, ele-
vando la bandera de España á tal altura como jamás ningun
rey cristiano habia visto tremolar la suya: así es que mientras
vivan las tradiciones del mundo cristiano, *el gran nombre de la*
gran Isabel se leerá sobre la primera página del libro de oro
en el que están inscritos los nombres de aquellos que han lle-
vado el estandarte de Cristo.

» Isabel murió con gran sentimiento de sus súbditos y de la Europa cristiana; los mismos moros la pagaron un tributo de pesar, conservando largo tiempo despues de su muerte una profunda veneracion *hacia el nombre de aquella que habia sido la principal causa de su ruina.*

» Se la ha reprochado la creacion del tribunal de la inquisicion; pero guárdense bien, no obstante, de hacer de este suceso un crimen; porque semejante institucion fué para ella un poderoso auxiliar, que la ayudó á establecer el orden en los países insurreccionados, á los cuales llevaba la civilizacion. Ciertas medidas extremas, consideradas como medio de salud, lejos de ser vituperables, deben ser consideradas como actos de una profunda sabiduría. La ferviente piedad de Isabel, su austera sabiduría y su caridad, atestiguan bastante en su favor para hacer comprender que todo cuanto instituyó fué con un objeto de justicia y en favor del restablecimiento de las leyes.

» Isabel la Católica realzó el trono de España é hizo brillar el cetro que la Providencia le habia confiado, para hacer triunfar las verdades de la Iglesia católica, rechazar la barbarie, la ignorancia y el despotismo de la fuerza brutal sobre el débil. . .

» Isabel de Castilla fué grande por sus obras; grande por sus virtudes: colocada entre Isabel de Hungría (Santa Isabel) é Isabel de Inglaterra, se encuentra que reune, bajo otra forma, el espíritu religioso de la una, y que sobrepuja las eminentes cualidades de la otra, bajo el punto de vista del valor y de la habilidad en la administracion de sus estados.

» Isabel de Inglaterra manchó todas sus grandes acciones con una flagrante impureza, y con crímenes cuyo recuerdo afea las más bellas páginas de su historia.

» Isabel de Castilla, inspirada por las virtudes que se derivan de Dios, dejó una historia sin mancha al lado de imperecederos monumentos de la gloria de que supo rodearse, engrandeciendo las Españas y elevando el estandarte de Cristo.

» ¿Puede decirse más en justa alabanza de la inmortal doña Isabel I? Y recuérdese siempre que habla un autor extranjero.

REGENCIA DEL CARDENAL CISNEROS.

Del mismo modo que de la oscuridad del retiro fué sacado Fr. Francisco Jimenez de Cisneros para ocupar la sede primada

de España, fué llamado para ocupar el elevado puesto de regente, cuando se hallaba exclusivamente dedicado á cuidar con sus acostumbrados celo y solicitud de la direccion espiritual de su vasta diócesi. Buscando por sí mismo las necesidades para socorrerlas, procurando con toda eficacia avenir á los desavenidos, trabajando en favor de la virtud contra la desmoralizacion y el vicio hallábase el venerable cardenal, cuando tuvo noticia del fallecimiento de D. Fernando V, el Católico, y de la cláusula testamentaria por la cual quedaba nombrado regente durante la ausencia del príncipe D. Carlos.

Menester eran las circunstancias que en el gran Cisneros concurrían, para sobreponerse á las en que el país se encontraba por efecto de la muerte de D. Fernando.

De una parte estaba el dean de Lovaina, que escudado con los poderes que del príncipe tenia, se contaba como su legítimo representante; de otra, el infante D. Fernando, ó mejor dicho, sus consejeros y allegados, puesto que él por su corta edad pocos obstáculos pudiera oponer á la regencia de Cisneros.

Creíase, empero, el infante D. Fernando con todo el derecho necesario para ser regente: ignoraba el contenido del último testamento de su abuelo, y por el anterior quedaba nombrado regente. Así fué que al tener noticia del fallecimiento del rey católico, expidió órdenes terminantes á los del Consejo, para que inmediatamente se trasladasen á Guadalupe, que era á la sazón su residencia, á fin de determinar lo que más conveniente fuese al bien del reino.

El dean Adriano al mismo tiempo presentó sus poderes, en toda forma expedidos por D. Carlos, para hacerse cargo de la regencia tan pronto como el rey católico falleciese.

Cisneros dejó obrar al Consejo, para ver lo que espontáneamente determinaba, y vió que unánimemente los consejeros contestaron al infante D. Fernando, asegurándole de su respeto hácia su excelsa persona, y que estaban prontos á pasar á Guadalupe para rendirle el homenaje de respeto que le era debido; mas añadieron: *Regem tamen nisi Cesarem habemus neminem* (*Respecto á rey, no tenemos otro que el César*).

Entonces Cisneros, con formas políticas, y pretextando que el infante estaria mejor y más seguro en la córte que en un pueblo tan aislado y pequeño para su grandeza, le hizo trasladar á Madrid para no perderle de vista. Es fama que desde entonces comenzó la actual córte de España á ser de aquella la residencia.

Hecho esto, se dedicó el cardenal á atraer al dean, cosa poco difícil, porque era muy inferior el último al primero en talento.



carácter y práctica del mando; y tan bien supo lograr su propósito, que muy poco tiempo despues el príncipe D. Carlos escribió una carta á Cisneros (en Bruselas, á 14 de Febrero), en que denominándole *reverendísimo en Cristo Padre, cardenal de Espanya, arzobispo de Toledo, primado de las Espanyas y canceller mayor de Castilla*, le llamaba *nuestro muy caro y muy amado amigo señor*. Sin embargo de esta amistad, pronto verá el lector de qué modo trató el príncipe al cardenal cuando aquel llegó á España.

En cuanto al cuestionado punto de la regencia, le decia: *Aunque mi abuelo no os hubiera nombrado, yo mismo no rogara, pidiera ni escogiera para la regencia otra persona, sabiendo como sé que así cumple al servicio de Dios, al mio, y al bien y pro de los reinos*. Estas palabras estaban en manifiesto desacuerdo con los poderes de Adriano; mas este quedó desde entonces en calidad de embajador; resolucion extraña la de tener embajador D. Carlos en la que habia de ser su propia córte, si bien se le supone representante en otro sentido.

A pesar de lo impropio del nombre, quedó Adriano como embajador en la córte; y Cisneros, deseando conciliar los extremos, voluntariamente le asoció á la regencia. Esta prueba de abnegacion de parte del cardenal, tenia menos de importante de lo que á primera vista parecia, puesto que sobradamente conocia Cisneros que Adriano le habia de estar supeditado.

Caminaban perfectamente de acuerdo los dos regentes; porque el dean nada hacia, y solo era un verdadero autómeta: era el cardenal activo y enérgico; Adriano casi apático y dulce de carácter.

No pensaba, empero, el verdadero regente que iba á ser puesta á prueba su energia. D. Carlos, de una manera incalificable, viviendo su madre comenzó á llamarse rey: logró muy pronto que así le denominase el emperador, cosa nada extraña en el que era su abuelo y tanto habia pugnado en favor de los derechos del nieto; mas logró asimismo, y esto era más importante y grave, que le denominase tambien rey el Sumo Pontífice.

De esta suerte apoyado, se dirigió á Cisneros para exigir se le reconociese como rey en España. El regente, que fué siempre esclavo de la ley y acérrimo defensor de lo justo, respetando los legítimos derechos de la reina doña Juana, que, si bien apartada de los asuntos del gobierno por efecto de su inconcebible y eterno dolor, existia, y por efecto de su incapacidad se habia nombrado al mismo príncipe su hijo regente del reino, decidió no cometer tan flagrante ilegalidad. Para dar á su reso-

lucion todo el carácter de grave y solemne que merecia, reunió el Consejo, y de acuerdo con él, manifestó al príncipe lo anti-político é impropio de semejante determinacion.

El príncipe, que contaba tan pocos años que á diez y siete no llegaban, manejado por sus favoritos flamencos, dió por toda contestacion la orden para que inmediatamente se le proclamara rey.

Débase advertir que la mayor parte de los grandes se habian encerrado en una absoluta reserva, porque habian mirado con inexplicable disgusto que un hombre, aunque ya purpurado, salido de una humilde cuna, se les hubiera antepuesto en el supremo gobierno del reino, y deseosos de hacerle mortal guerra, esperaban su determinacion en silencio, á fin de adoptar la contraria tan pronto como conociesen la del regente. Este, para evitar disgustos gravísimos en perjuicio del reino y de los hombres de orden, reunió á los prelados y magnates, para manifestarles su pensamiento de proclamar á D. Carlos, con el único objeto de no dar márgen involuntariamente á grandes trastornos, que pudieran acarrear una guerra civil.

No fué menester más para que la grandeza vigorosa y enérgicamente se opusiese. Tenian un fuerte escudo para hacerse firmes: las leyes del reino y el derecho de la reina.

Encontráronse aquellos hombres turbulentos, que invocaban las leyes y el derecho para despues escarnecerlos, con lo que no podian esperar. Contaban con que el carácter y el corazon de Cisneros estarian enervado el uno y helado el otro, por efecto de la debilidad propia de casi ochenta años que á la sazón contaba. Aquel grande varon, empero, por el cual, si los años pasaban, no hacian sobre él mella alguna, comprendiendo, porque no lo podian desconocer su talento y prevision, las verdaderas intenciones de aquellos hombres discolos y sediciosos, alzando con gravedad la voz, y dándola el acento que una firme é irrevocable decision imprime á las palabras, dijo: *No os he reunido para consultaros; sino para que obedezcais. Mañana mismo será proclamado en Madrid Carlos, y las demás ciudades del reino seguirán el ejemplo de la corte.*

Quedaron consternados los turbulentos: sabian bien que el cardenal pereceria antes que ceder al temor. Creyeron intimidarle; mas viendo que no lo habian logrado, no dudaron que cumpliria lo ofrecido, y creyeron bien: al dia siguiente (30 de Mayo) se verificó la proclamacion de D. Carlos, la cual se repitió sucesivamente en todas las provincias del reino, menos en las de Aragon. Los aragoneses, sin oponerse á la determinacion, manifestaron que la darian cumplimiento cuando el nuevo rey se

presentase personalmente á prestar, como era de costumbre, el juramento en favor de los fueros y libertades del reino. Celo y teson muy dignos y merecedores de elogio.

Vivia á la sazón el cardenal Cisneros en la casa situada en la que hoy es plaza de la Villa, señalada actualmente con el número 4, cuyas accesorias daban al campo, en donde ahora está la plaza del Cordon. Aun existe en el principio de la calle del Sacramento el balcon corrido, cerrado hasta hace muy poco tiempo con los mismos mezquinos y groseros vidrios que se pusieron en tiempo del gran cardenal, por cuyo balcon, imposibilitado por sus achaques de salir de casa, paseaba largo rato para hacer algun ejercicio.

En dicha casa residia cuando, en representacion de los magnates, se le presentaron el duque del Infantado, el almirante de Castilla y el conde de Benavente, para preguntarle en virtud de qué poderes gobernaba el reino. No le habian perdonado la severa leccion que poco antes les habia dado.

El cardenal, con apacible semblante, les respondió que gobernaba en virtud del testamento de D. Fernando V, ralificado en la parte concerniente al gobierno del reino por D. Carlos.

No se dieron por satisfechos los ilustres mensajeros; y como se mostrasen un tanto imprudentes, la habitual energia y fuerte fibra del octogenario cardenal se sublevó de pronto, y haciéndolos asomar al balcon corrido de que antes hicimos mencion, les dijo: *Si los poderes de que os he hablado no son para vosotros suficientes, VED AHÍ OTROS PODERES EN QUE ME APOYO.* Así dijo señalando con el índice de la mano derecha las huestes de infantes, los hombres de armas y la artillería que en el campo (hoy plaza del Cordon) tenia preparados.

Retiráronse, si no convencidos por las razones del regente, sí persuadidos de que era imposible vencerle ni doblegarle; mas comenzaron á hacerle sorda guerra, porque encontraron á la mano el pretexto.

Siguiendo el cardenal la política de los Reyes Católicos en cuanto á robustecer el poder real enflaqueciendo el de los poderosos magnates, creó una milicia verdaderamente ciudadana.

Prefijó las circunstancias que debian concurrir en los alistados, á los que se llamaba *gente de ordenanza*; les asignó su haber, los eximió del pago de todo tributo, en recompensa del servicio personal, y dispuso tuviesen depositadas las armas en una casa-cuartel, á donde habian de acudir ciertos dias de antemano prefijados para cada mes, con el objeto de pasar revista y de adiestrarse en los ejercicios militares.

De esta arma echaron mano los turbulentos, porque compren-

dieron que la institucion tendia á restringir y amenguar su poder. Valladolid fué la primera que se manifestó en abierta rebellion, merced á las diligencias é instigaciones del conde de Benavente y del almirante de Castilla. Dado el ejemplo, le siguieron otras ciudades, como Búrgos, Salamanca y Leon, tambien aguijoneadas por los grandes; y como propalaban que la nueva institucion era contraria á los fueros y libertades del pueblo, fácilmente encontraban eco entre la gente vulgar y de poca instruccion, que no comprendia que en oponerse á aquella medida que tan favorable le era, labraba ella misma los eslabones de su cadena.

Firme en sus decisiones el cardenal tomó todas las medidas necesarias para restablecer el órden, y á fin de lograrlo contribuyó mucho D. Cárlos, que convencido por las razones de Cisneros, el cual le hizo entender los perjuicios que para lo sucesivo se le seguirian si consentia en que su autoridad fuese desobedecida y conculcada, dirigió cartas apremiantes á las ciudades rebeldes, prometió venir muy pronto á España, y logró, robusteciendo con sus autorizadas palabras las providencias adoptadas por el cardenal, que todas las ciudades sublevadas se aquietasen. Solo de Valladolid se refiere que fué la última en ceder, y que lo hizo en virtud de algunos nuevos privilegios que se la concedieron.

Lejos de intimidarse por lo sucedido, el anciano y enérgico cardenal continuó imperturbable su camino. Suprimió algunas pensiones que D. Fernando V habia concedido; hizo revertir á la corona los señoríos donados por aquel en sus últimos años; suprimió varios empleos, rebajó algunos sueldos, hizo escrupulosas pesquisas sobre los fondos que habian sido manejados con muy poca pureza, como los de las órdenes militares, y nada olvidó de cuanto pudiera contribuir á restablecer una economia tan bien entendida como necesaria.

Siendo la verdad la principal y más necesaria circunstancia de la historia, y considerando los muchos perjuicios que pueden hacer los historiadores á la sólida instruccion de los jóvenes, cuando son poco exactos en la referencia de los hechos, creemos conveniente y útil el trasladar aqui una importante nota del señor Lafuente.

Dice así:

«Debemos hacer á nuestros lectores una advertencia con respecto á la historia del reinado de Cárlos V por el inglés Robertson. Este historiador, así al hablar de las reformas á que se refiere el anterior párrafo, como en la introduccion de su obra y como en el discurso de toda ella, siempre y en cuantas

»ocasiones se le ofrece hablar de la nobleza castellana, se expli-
 »ca y produce en el sentido de quien supone que en Castilla ha-
 »bia dominado hasta esta época un sistema de feudalismo igual ó
 »semejante al que habia prevalecido en otras naciones de Euro-
 »pa. Este error trascendental de Robertson, que forma en gran
 »parte la base de su introduccion y de su *Historia de Carlos V*,
 »queda ya demostrado en muchos lugares de nuestra obra; re-
 »conócenle y le censuran todos los buenos críticos, y aunque
 »apenas hay ya quien ponga en duda que en Castilla no existia
 »el señorío propiamente feudal, hemos creído, sin embargo, de-
 »ber hacer esta advertencia para aquellos lectores á quienes
 »acaso pudiera extraviar todavía la lectura de Robertson, sedu-
 »cidos por la celebridad de que por otra parte goza con mucha
 »justicia este historiador.»

Por este tiempo quiso probar fortuna Juan de Albret, el des-
 tronado rey de Navarra. Acudió Cisneros al naciente mal, y en
 una sola batalla le dejó de raíz cortado. El ex-rey tuvo que huir
 para encerrarse en Francia, de donde saliera.

Imposible pareceria sino se supiese cuán privilegiada fué la
 imaginacion del gran Cisneros, y que en tan avanzada edad tu-
 viese tan en vigor sus facultades intelectuales. En todo estaba
 aquel eminente varon, y con razon sobrada se le atribuye el que
 se haya conservado hasta hoy la Navarra, porque imposibilitó á
 los que quisieron invadirla de poder resistir y hacerse firmes.
 Comprendiéndolo así aquel sábio anciano, tan pronto como vió
 vencido á D. Juan de Albret por el bizarro general Villalba,
 mandó demoler todos los castillos y fuertes de Navarra, excepto
 las fortificaciones de Pamplona que renovó y aumentó.

No fueron tan felices las armas españolas en una batalla dada
 contra el corsario Barbaroja, ya rey de Argel y de Tunez, aun-
 que se supone fué el vencimiento causado por la en muchas
 ocasiones perjudicial intrepidez de los españoles.

No estaba, empero, muy satisfecho del nuevo rey el regente,
 ni lo estaba más el pueblo; porque todas las economías que ha-
 cia el segundo marchaban, casi en su totalidad, á los Paisés-
 Bajos á enriquecer á los insaciables flamencos que rodeaban á
 D. Carlos. Además, Cisneros, que en medio de su muy avan-
 zada edad nada olvidaba, habia enviado una comision á la isla
 Española, deseoso de que se estudiase detenidamente y con pro-
 vecho lo que más conveniente fuese á los naturales de aquella.

Una de las medidas que rechazó con más vigor y energia, fué
 la de introducir *esclavos negros* para los trabajos de aquella
 hermosa colonia. Dió para oponerse sus razones, tan cristianas
 como políticas; mas el rey se desentendió de ellas, oyendo á los

que al lado tenían. Estos eran, para el caso, verdaderos ignorantes, y estaban cegados, para aconsejar, por su sórdida avaricia.

Causó esto no pequeño disgusto al cardenal, aunque no vio realizada una de sus predicciones. Ya no existía cuando seis años despues ocurrió una conspiracion en Santo Domingo, fraguada por los mal tratados esclavos.

AÑO 1517.

Cuando comenzó este año, el público enojo iba manifestándose tan á las claras en España, que hacia prever una insurreccion general. Todos recordaban los tiempos de orden, paz y justicia de los Reyes Católicos, y lloraban su pérdida, cada dia más sensible.

Recordaban á la sin par reina cuya prudencia sin límites habia hecho, sin perder jamás la afabilidad ni el respeto, de un esposo ambicioso y dominante un compañero dócil, casi sumiso, que siempre reconoció en ella á la verdadera reina de Castilla; recordaban á aquella excelsa señora que de una nacion próxima á su completa ruina, de un trono semi-derrumbado, de un pueblo casi envilecido, habia hecho una nacion poderosa, habia fortificado el trono y dado gloria y verdadera libertad al pueblo, antes agobiado y abyecto.

Tambien tenia muy presente al gran Fernando V; á aquel rey, digno de eterna memoria, que tan eficazmente cooperó á la grande obra de su ilustre esposa; al que añadió á la corona de Castilla y Leon, las de Aragon, Barcelona y Mallorca, Navarra, Nápoles y Sicilia; al gran político que supo tener á raya á los reyes sus contemporáneos; á aquel soberano sagaz, previsor y cauto, que tan bien supo enfrenar la ambicion de Luis XII de Francia, el cual, dicen, al ver sus floridos ejércitos derrotados, y arrebatado impensadamente de su diestra el cetro de Nápoles, lleno de ira exclamó: *¡Vive Dios, que dos veces me engañó ya ese fementido!* A lo que Fernando V respondió con sosiego: *Miente el bellaco, que le he burlado aun más de diez.*

Uno de los recuerdos más gratos para el pueblo era el cuidado que de los gastos tenia D. Fernando, llevando tan al exceso su economía, que primero le luvieron por meticuloso y despues por decididamente avaro. A su muerte hizo ver cuán distante estuvo la avaricia de ser su vicio dominante, por lo exhausto que dejó su bolsillo particular; y como el pueblo recordaba todo esto, y como veía que todas las economías hechas por el célebre cardenal pasaban á engruesar los bolsillos de los famélicos fla-

mencos; como de público se decia que los más importantes cargos y mejores empleos de España se adjudicaban en Flandes á quien más por ellos daba, la mal reprimida ira del pueblo amenazaba estallar de horrible manera, y el justificado y puro cardenal vivia en el más acerbo disgusto, porque no encontraba medios de sosegar á la multitud; que es muy fuerte y poderosa arma la razon, para que ninguna autoridad se ponga en abierta pugna con ella.

La principal parte del popular enojo iba á chocar contra Guillermo de Croy, señor de Chievres, á quien los españoles odiaban sin conocerle, porque era fama que gobernaba al rey á su antojo, y por él tambien mandaba.

A este gran privado de D. Carlos se atribuia la detencion del nuevo soberano, á quien el regente y el consejo uno y otro dia rogaban viniese á España para con su presencia deshacer la tormenta que aterradora rujia y amenazaba estallar de un instante á otro. Chievres, empero, detenia á D. Carlos, así porque era más fácil y menos expuesto el gobernar á tan larga distancia, como porque temia el chocar de frente con el morigerado, sábio é incorruptible cardenal.

A las reiteradas instancias de Cisneros y del consejo, contestaron mandando á España á un flamenco llamado La-Chau, y poco despues á Amerstoff, que era holandés. Ambos pasaban por hombres muy hábiles y capaces, y el segundo era tenido por persona de firme y enérgico carácter. Unidos ambos al regente para gobernar en España, los gobernantes de Flandes quedaron tranquilos, suponiendo que aislado el cardenal, predominarian los dos extranjeros, especialmente el holandés, cuyo genio era altanero y fuerte; y con tanta mayor razon lo suponian, cuanto que el holandés y el flamenco se hallaban en edad vigorosa, y el español frisaba en los ochenta y dos años. Este, á pesar de tan fuerte razon, que era solo fuerte en apariencia, dió muy pronto buena muestra de sí, desengañando á los engañados.

Sin dejar de ser bondadoso y cortés Cisneros con sus colegas, ningun caso hacia de ellos y continuaba gobernando como único regente; mas resentidos los extranjeros hicieron un dia extender unos documentos, los firmaron y entregaron despues á Cisneros para que pusiese al pié su firma.

El recto cardenal no mostró enojo, ni aun disgusto: dirigiéndose al secretario, le dijo: *Rasgad esos papeles y escribidlos de nuevo.* Hizolo así el secretario; el cardenal los firmó, y los mandó dar curso sin dejar que se estampase en ellos otra firma que la suya.

Por fin, D. Carlos cedió á las reiteradas instancias del regen-

te, el cual, aunque decidido á conservar incólume su dignidad y á ser fuerte hasta el último momento, estaba por otra parte cansado de la incesante lucha que venia sosteniendo, y estaba achacoso además, como debía esperarse de su dilatada y laboriosa vida.

El día 19 de Setiembre desembarcó D. Carlos de Austria en el puerto de Villaviciosa (Asturias), acompañado de sus inseparables flamencos; y todos los grandes, seguidos de numerosas y muy lucidas comitivas, se apresuraron á salir á su encuentro, para demostrarle su adhesion y voluntad.

DINASTÍA AUSTRIACA.

D. CÁRLOS I.

El cardenal, á pesar de su edad y de sus achaques, salió de Madrid para ir al encuentro del joven soberano. Deseaba no ser el último á saludarle y darle sanos y útiles consejos; porque auguraba mal de la llegada de aquella numerosa legion de extranjeros que al príncipe rodeaba, teniéndole asediado y como en prision.

Vana era la esperanza de Cisneros, si la llegó á abrigar, de que hablaria á D. Carlos, y de que sus bien intencionadas palabras hallarian eco en el ánimo del joven príncipe. Si los flamencos aborrecian al hombre incorruptible que hasta entonces habia sido el centinela avanzado contra su tráfico inmoral y su avaricia, no le odiaban menos cordialmente los magnates españoles, cuya altivez habia tantas veces domeñado para enfrenar su desapoderada ambicion; y unos y otros labraban sin perder ocasion en el ánimo del príncipe, para desconceptuar al gran Cisneros y hacerle caer de su gracia.

Ignorante de esta cábala caminaba el cardenal; pero al llegar á Boceguillas se sintió tan enfermo, que le fué forzoso detenerse no lejos de Aranda de Duero, en el convento de San Francisco de Aguilera. Sin embargo, conservando siempre su enérgico y decidido carácter, procuró, aunque con gran trabajo, pasar á Roa, en donde hizo otro pequeño descanso.

Hallábase el rey en el convento del Abrojo, cerca de Valladolid, en tanto en la ciudad preparaban los festejos para recibirle; y cuando el virtuoso cardenal se disponia á salir de Roa, á pesar de su muy quebrantada salud, para dirigirse á presen-

tarse á D. Carlos, recibió una carta de este, «en la que despues »de darle gracias por sus anteriores servicios, á vuelta de ampulosos y falaces cumplimientos de córte, le decia que *despues de realizada la entrevista, le daría su REAL LICENCIA para que se retirase á su diócesi á descansar de sus fatigas, y á aguardar que el cielo le diera la digna remuneracion de sus servicios, que solo el cielo podia darla como él la merecia.*»

Esta carta, modelo de ingratitud y de perfidia, fué un buido puñal que dividió el corazón de aquel hombre próbo, virtuoso y grande. En ella vió unidos el desagradecimiento, el sarcasmo, el desden; y lo que más agobió su atribulada alma, fué el considerar lo que podia esperarse de un rey que de tan incalificable manera procedia con quien tanto se habia sacrificado en su mejor servicio.

La avanzada edad de Cisneros, y más que todo, la enfermedad que minaba su existencia, y á la que él se habia hecho superior, en su afan de ser útil á su patria hasta el último momento, no pudieron resistir el golpe de muerte recibido á consecuencia de la carta fatal. Comprendió que su hora era llegada, y se preparó á esperarla con la tranquilidad propia de su carácter, y con la resignacion del justo. Sin perder un instante el conocimiento, exhaló el postrimer suspiro el dia 8 de Noviembre, pronunciando las últimas palabras del magnífico himno *Te Deum*, improvisado por San Agustin y San Ambrosio: *In te, Domine, speravit non confundar in æternum*, dijo, y exhaló el postrimer suspiro.

Dicen algunos que murió de veneno, segun era costumbre decir cuando un importante personaje fallecia: los autores sus coetáneos nada dicen. Su edad y achaques, unidos al verdadero y destructor veneno de la carta del rey, hacen suponer con sobrado fundamento que la precitada especie es de todo punto falsa. Aun sin tanta edad y sin ages, no es el primer hombre de grandes méritos Cisneros á quien privara de la vida una palabra inconsiderada ó imprudente de boca de un soberano.

De tal modo murió aquel hombre sin par, de quien el ilustrado Lafuente dice: *Religioso, confesor, reformador, prelado, cardenal y regente, grande en la virtud, grande en el talento, grande en la ciencia, grande en la politica, grande en la guerra, grande en el gobierno, grande y eminente en todo.* ¿Qué más podria decir nadie despues de este completo elogio, escrito por quien, sabiendo lo que alaba, jamás aplaude inmerecidamente? Sin embargo, no limita á lo dicho el justo elogio del inmortal Cisneros. Hé aquí otras lineas que dedica á tan gran figura histórica:

«La regencia de Cisneros fué como un apéndice al feliz y vigoroso reinado de los Reyes Católicos, y el gran vacío que dejaba le habian de sentir muy pronto los mismos que, no comprendiendo sus propios intereses, habian censurado ó se habian sublevado contra las medidas de su gobierno que debieron ser más aplaudidas y más populares. Muchas veces hemos tenido ocasion de notar las extraordinarias dotes de este hombre singular, rígido anacoreta, austero franciscano, prelado ejemplar, confesor prudente, reformador severo, apóstol infatigable, administrador económico, celoso inquisidor, guerrero intrépido, político profundo, excelente gobernador; grande en la cabaña, en el claustro, en el confesonario, en el campo de batalla, en el gabinete, en el palacio y en el templo; piadoso, casto, benéfico, modesto, activo, vigoroso, enérgico, docto, magnánimo y digno en todas las situaciones de la vida; figura gigantesca y colosal, que ni ha menguado con el tiempo, ni disminuirá con el trascurso de las edades.»

No estamos tan conformes respecto del modo con que se juzga la dura manera con que gobernó en ocasiones, atribuyendo al cardenal «el haber abierto sin querer la senda del despotismo á los príncipes de la casa de Austria.»

Cisneros, en nuestro concepto, al mostrarse severo ó al robustecer excesivamente el poder real, que es de lo que se le tacha, no tuvo otro objeto que el de dar vigor al cetro y poder al rey, para evitar el que un sin número de reyezuelos menoscabasen los públicos intereses y avasallasen al pueblo. Por lo demás, lejos de haber su gobierno servido de norma al hijo del archiduque Felipe y de doña Juana de Castilla, hubiera sido muy útil le hubiera tenido tan presente, como alejado de la memoria le tuvo.

En cuanto al exceso de celo religioso demostrado en algunas ocasiones, como sucedió con los moros recién conquistado el reino de Granada, nada tenemos que oponer. Los mismos que le tachan, le disculpan: fué hijo de su natural carácter, y lo ejecutó verdaderamente animado de un celo plausible y apostólico: no todos los caracteres son parecidos al del dulce Fr. Fernando de Talavera, ni persona alguna puede desprenderse de aquel con que fué dolado.

Hé aquí una importante nota, referente á los pensamientos de gobierno del cardenal Cisneros, que inserta el erudito Sr. Lafuente:

«Tenemos á la vista dos importantes documentos, que sentimos que la índole y naturaleza de nuestra obra no nos permita insertar íntegros por su mucha extension, en que se ve cuáles

eran los pensamientos de gobierno del cardenal regente, y los consejos que daba al nuevo soberano sobre la manera como habia de conducirse en la gobernacion de los reinos que venia á regir.

»El uno es una *Instruccion* que parece entregó á su co-regente Adriano de Utrech para que la presentase al rey, y está dividida en treinta y dos artículos, comprensivos de otras tantas máximas ó reglas que le convendria observar. El pensamiento que predomina en ellos, fuera de los consejos generales sobre la recta administracion de justicia y sobre la moralidad pública, es que procurara reponer las cosas del reino en el estado en que las dejó la buena reina Isabel, y extirpar los abusos que despues de su muerte se habian introducido y le iba señalando. Entre otros notables artículos lo son los siguientes: el 16, en que dice: «Oiganse cuanto antes, pues es justo y necesario, los procuradores del reino en las Córtes, principalmente sobre las donaciones hechas en perjuicio de la real corona, y por quien no tenia derecho de dar, para que se quiten todos los inconvenientes que suele haber en las Córtes si al contrario se hiciese.» El 21, en que se dice: «Y nunca la mano del rey firme cosa que ignore, ó de la cual no esté bastantemente informado.....» El 23: «Debe enviar por las provincias visitadores que inquieren sobre las exacciones y nuevas imposiciones, para quitar las que hallaren contra lo que disponen las leyes del reino de Castilla.» El 26: «Que en la reformation de la casa del rey nuestro señor y los oficios y gajes de ella se debe tener tal consideracion, que todo lo criado de nuevo ó hecho por via de acrescentamiento despues de la reina doña Isabel, se reduzca á su antiguo ser, como estaba durante su vida, puesto que despues ninguna causa justa ni necesaria obligado há á estos acrescentamientos mas que la sola voluntad.» El 27, en que aconseja al rey que todos los dias haga una nota por escrito de los negocios que tenga que despachar; y que su ministro tenga siempre los memoriales en la bolsa, «porque la memoria es frágil,» dice. El 29, en que le expresa las cualidades que deberá tener su secretario, para que no se deje corromper «y haga honra á su dueño y señor.» Y por último, el 32, en que, respondiendo á los que le objetaren que estas reglas son buenas para cuando el rey haya estado ya algun tiempo en el reino y conozca las personas, dice que «á un buen rey y justo le conviene al principio de su entrada y reinado hacer buenas obras, ejemplares y justas, para que conozcan desde luego las gentes su buen ejemplo y vean que es justo, y así sus súbditos le amarán, temerán y servirán.»

»Este documento se publicó en el *Semanario erudito*, t. XX, pág. 237.

»El otro, que no hemos visto publicado en ninguna parte, y que nosotros (habla el Sr. Lafuente) hemos copiado del Archivo de Simancas (*Diversos de Castilla*, legajo núm. 8), es un *Memorial* de lo que pensaba el cardenal sobre ciertas cosas que era necesario proveer para la gobernacion de estos reinos, presentado despues de su muerte al rey-emperador por uno que dice haber sido criado de aquel insigne varon.

»Contiene este *Memorial* puntos muy interesantes de los que formaban el pensamiento de gobierno del cardenal-regente. Declarábase Cisneros contra la acumulacion de grandes mayorazgos y estados en una sola casa, y para evitarlo proponia que no se permitiese á los grandes casarse con parientes dentro del cuarto grado; «porque si no se tuviese consideracion (decia) á proveer en esto, se podrian hacer algunas casas tan grandes que fuese con el tiempo de mucho inconveniente; y tenia por imposible que ninguna persona pudiese gobernar es- los reinos en la ausencia del príncipe, por la grandeza de los estados.»

»Tenia por muy dañoso que los consejeros y altos magistrados casasen sus hijos ó hijas con los grandes del reino, y proponia que en estos casos se les hiciese renunciar su empleo, porque no podian ser consejeros ó jueces imparciales en los negocios que la grandeza tuviera en los tribunales ó consejos.

»Observando que muchos de los empleados en la casa real, y que habian entrado con poca hacienda, á los cuatro ó cinco años *labraban grandes casas, compraban haciendas, hacian mayorazgos*, y su gasto ordinario era mayor que los acostamientos, sueldos ó mercedes que tenian en los libros reales, decia que «ó lo robaban al rey ó al reino, y era gran cargo de conciencia en el príncipe consentillo.» Y aconsejábale que obrase de modo que conociesen que habia quien pusiera mano fuerte en ello.

»Decia que «en los libros del rey estaban asentadas muchas personas inútiles, que ni los conocia ni sabia quiénes eran, y que estos eran causa de que se dejase de pagar á los que lo merecian y convendrian para el servicio del príncipe.» Y proponia que se remediase este abuso.

»Y por último, decia que «sobre todas las cosas del mundo, deseaba ver remediada la desórden que hay en las cosas de la Iglesia, é se guardase lo que está dispuesto por los sacros cánones, é no lo quebrantasen cada dia los Pontífices solo por

»cobdicia, é por su propio interese, en tanto daño de la Iglesia é
 »peligro de las almas; é si el cardenal fuera vivo suplicara
 »á V. M. que no diera lugar á estas dispensaciones que agora
 »da el legado, pues son contra derecho no interviniendo otra
 »causa justa para que las aya de hacer que el dinero que le dan
 »que no es poco daño del reyno. E lo que mas deseó el cardenal
 »en esta vida fué hallarse en un concilio universal hecho
 »fuera de Roma, donde pudiera tener entera libertad en el re-
 »medio de la Iglesia..... en un pueblo donde los perlados é per-
 »sonas de buen zelo pudieran tener libertad, é reformada la
 »Iglesia se echara á los piés de V. M. para que empleara su po-
 »der contra los infieles..... etc.»

En prueba de que los escasos defectos de Cisneros tienen sobrada disculpa, oigamos á un célebre historiador y entendido crítico; el Sr. Lafuente, á quien, como que juzga en el siglo XIX y con las relevantes circunstancias que en él reconocemos, citamos con frecuencia:

«Mas sus errores y defectos (dice) se le pueden y deben perdonar en gracia de su buena fé y de sus rectas intenciones, de sus sentimientos de acendrada é incorruptible justicia, de su intachable moralidad, de su abnegacion y desinterés, de la pureza de su administracion, de su religiosidad á toda prueba, de la elevacion de sus miras y pensamientos, y de los inmensos beneficios que hizo al país, ya con sus consejos, ya con sus mandatos.

»El hombre que hallándose en la cumbre del poder y de la grandeza, gozando de la dignidad más elevada y de las más pingües rentas de la Iglesia española, no abandonó jamás el hábito de la penitencia; el hombre austero y rígido que necesitó que dos Pontífices le exhortaran y prescribieran por medio de breves que mortificara menos su cuerpo y fuera menos parco, modesto y humilde en el comer, en el vestir y en el trato todo de la vida, el hombre que era tan inexorable consigo mismo en los preceptos de la moralidad, no es extraño que fuera con los otros un tanto intolerante, rígido y severo, y que en su conducta con los demás se trasluciera algo de la aspereza del claustro, á queno quiso nunca renunciar para sí. Tal vez no hubiera llevado su austeridad á tal extremo, si no hubiera creído necesario aparecer como un modelo intachable á los ojos de una sociedad cuya licencia y corrupcion, por lo mismo que venia de muy atrás, necesitaba el elocuente correctivo de estos ejemplos, etc.»

Uno de los hechos que más honran la memoria del ilustrado y virtuoso Cisneros, es la fundacion de la gran universidad que es-

tableció en Alcalá de Henares, á cuya ciudad tuvo singular afición.

Por su misma mano y revestido de los hábitos pontificales colocó la primera piedra, el día 28 de Febrero de 1498.

El plano del edificio fué ejecutado por el arquitecto Pedro Gumiel; y desde entonces no hubo sacrificio que el gran prelado no verificase para llevar á cabo su grandioso y útil proyecto, hasta que, en efecto, le vió realizado, quedando terminado el edificio el día 26 de Julio de 1508, en que se inauguró bajo el título de *Colegio mayor de San Ildefonso*, en honor del santo arzobispo de Tolédo que llevó aquel nombre.

El mismo hizo el plan y reglamento de estudios; llevó los más doctos y acreditados profesores para encomendarles la enseñanza; hizo edificar casas campestres para descanso y recreo, en épocas determinadas del año; asignó para el sostenimiento de la universidad una renta de 14,000 ducados en fincas; creó plazas expresamente para los estudiantes pobres, y fundó un hospital para los infelices que estuvieran exhaustos de recursos.

Dícese que en 1513 Fernando V pasó á Alcalá, y dijo á Cisneros: *Después de comer iré á visitar vuestros colegios y á censurar vuestras fábricas*; que segun es fama, se murmuraba del cardenal los gastos que en Alcalá habia hecho, diciendo en sarcástico retruécano, que era un prelado muy *edificante*.

Salió el cardenal por la tarde á recibir al rey, acompañado del rector y seguido de todo el claustro de catedráticos. El soberano, despues de examinar minuciosamente los colegios, volvióse á Cisneros y le dijo: *Vine con ánimo de censurar vuestras fábricas; pero despues de vistas, no puedo menos de admirarlas*.

No fué esta la única alabanza que salió de los labios de aquel rey, muy parco por cierto para hacerlas: el sábio y virtuoso cardenal, modestamente contestó: *Señor, mientras vos ganais reinos y formais capitanes, yo trabajo por formaros hombres que honren á España y sirvan á la Iglesia*.

Tambien merece especial mencion la edicion famosísima de la *Biblia Poliglota* (tambien se llama *Complutense*, por haberse impreso en Alcalá, antiguamente *Complutum*).

A fin de llevar á cabo la edicion, ni perdonó fatiga ni omitió dispendio. Para compilar el original, reunió una junta de sábios, cuyas sesiones él mismo casi siempre presidia, dirigiendo personalmente los trabajos literarios.

De todas partes hizo traer los más apreciables y raros manuscritos; el Sumo Pontífice puso á su disposicion la inapreciable coleccion de códices del Vaticano; el arzobispo pagó CUATRO MIL

CORONAS DE ORO por siete códices hebraicos; hizo venir de Alemania á España los mejores tipógrafos, y por último, estableció una fábrica de fundicion en su predilecta Alcalá, para fundir los caracteres griegos, hebreos, etc.

Quince años costó el ver consumada la obra, desde que se comenzó á formar el original, hasta que quedó impresa. El grande hombre que la habia proyectado y dirigido, tuvo el placer de verla terminada, aunque pocos meses antes de morir. Comenzóse en 1502, y quedó terminada en 1517.

Al ver aquel sábio y virtuoso varon los seis magníficos volúmenes en fólío, exclamó lleno de justa y natural alegría: *De cuantas cosas árduas y difíciles he ejecutado en honra de la república, nada hay, amigos míos, de que me debais congratular tanto como de esta edicion de las Divinas Escrituras.*

Hé aqui una nota muy honrosa para la memoria de nuestro célebre compatriota, tanto más importante, cuanto que es debida á extranjera pluma:

«El abate Richard publicó á principios del siglo XVIII, en Rotterdam, un opúsculo titulado PARALLELE DU CARDINAL XIMENES, premier ministre d'Espagne, et du CARDINAL DE RICHELIEU, premier ministre de France. Este escritor incurre en el defecto de todos los que se empeñan en prolongar demasiado un paralelo entre dos personajes, buscando semejanzas y analogías en todas las situaciones, lo cual no puede menos de ser muchas veces violento y forzado; pero su trabajo en lo general es excelente, y da abiertamente su fallo en favor del regente español. — Jules Paulet, que escribió en el *Dictionnaire de la Conversation et de la Lecture* un buen artículo sobre Jimenez de Cisneros, ensalza igualmente la supremacía de este sobre el cardenal francés, y dice entre otras cosas: «Jimenez gobernó su época con grandeza y magnanimidad: sus violencias contra los moros de Granada fueron errores de su siglo más bien que suyos. Politico tan profundo como el ministro de Luis XIII, no fué artificioso y falaz como él: Cisneros era franco y leal: grande en los peligros, grande en la accion, grande en el consejo..... Los intereses privados del cardenal español eran siempre sacrificados al bien general: no los sacrificaba así Richelieu..... etc.» — (Laf., t. X, c. XXVIII, p. 165.)

El mismo rey de Francia, Francisco I, prisionero de Carlos I en Pavía, visitó la universidad de Alcalá, á los veinte años de haberse inaugurado.

Salieron á recibirle el rector, el claustro de doctores y SIETE MIL estudiantes. El rey de Francia, despues de haber examinado

todo con minuciosa curiosidad, pronunció estas notables palabras: *Cisneros solo ha hecho en España lo que en Francia ha tenido que hacerse por una serie de reyes.*

— Hé aquí un exacto retrato físico del inmortal Jimenez de Cisneros:

Era de alta estatura, de grave y firme continente, voz robusta y varonil, rostro largo y enjuto, frente ancha y sin arrugas; ojos regulares, más hundidos que prominentes, pero vivos y penetrantes, y aun algo tiernos; nariz larga y aguileña; dientes bien unidos, aunque algo salientes los colmillos; labios gruesos y algo sobrepuesto el superior, aunque sin deformidad; la parte superior de todo el cuerpo bastante más larga que la inferior, y un tanto desproporcionada.

En tanto el pueblo se agolpaba y precipitaba para penetrar en la habitacion donde el gran cardenal, revestido con los hábitos pontificales, vacia de cuerpo presente, y lloraba con sentido llanto, llamándole *padre de los pobres*, besándole los piés y apellidándole santo, en la corte pasaba desapercibida la muerte de aquel sábio y eminente varon; como si con él no hubiera para España desaparecido el último destello de la fulgurante luz que habia hasta entonces sobrevivido, procedente de la brillantísima gloria de los Reyes Católicos.

El nuevo rey habia llegado á España cuando los españoles estaban sumamente disgustados: se veia rodeado de una turba de aduladores, que esperaban ver lo que de él podian obtener, para declararse leales ó traidores; empero la gente de orden, independiente y entusiasta por su madre patria, le habia recibido con cierta repulsion, al ver llegar con él á los que desde lejos tanto habian esquilado á la floreciente nacion.

El día 18 de Noviembre hizo D. Carlos su ostentosa y solemne entrada en Valladolid, saliendo á recibirle varios individuos de la grandeza, entre ellos el duque de Alba, el conde de Benavente y el condestable de Castilla, y á la cabeza de todos el infante D. Fernando, hermano de D. Carlos.

Pasáronse muchos dias en justas y torneos, tomando en ellos parte activa el jóven rey, que era muy diestro y bizarro, y á consecuencia de los cuales no pocos caballeros quedaron heridos y maltrechos.

En este mismo año comenzó á darse á conocer en Europa el funestamente célebre Martin Lutero. Este hombre, nacido en humilde cuna, pero que pudo seguir la carrera teológica, llegó á profesar en la orden de San Agustin, más que por verdadera vocacion, por efecto de un momento de terror, ocasionado á consecuencia de la instantánea muerte de un compañero suyo, cau-

sada en el campo por una exhalacion cuando tranquilamente conversaba con Lutero.

Era catedrático de teología en la universidad de Wittemberg, y á la sazón conocido en Alemania por las doctrinas que predicaba, de esas que suelen llamarse atrevidas, y que deben llamarse heréticas.

El primer paso avanzado que dió el nuevo heresiarca fué sentar noventa y cinco tesis teológicas, todas ellas acerca de las indulgencias; mas para no faltar á la peculiar costumbre de todo hereje, que, á fin de hacer prosélitos, encubren el veneno que el vaso encierra con la miel que en el borde colocan, ni negaba la eficaz virtud de las indulgencias, ni la facultad de los Pontífices para concederlas. Se limitaba á tratar del abuso; y cuando de abusos, falsos ó verdaderos, se trata, las palabras de quien los denuncia entre la multitud siempre encuentran eco.

Débase advertir que los Pontífices Julio II y Leon X habian encomendado á los religiosos del orden de Santo Domingo la publicacion y distribucion de las indulgencias en Alemania, y esto bastó para que se excitase el resentimiento de los agustinos; y Martin Lutero era agustino, y los individuos de esta orden estaban protegidos y apoyados por el elector Federico de Sajonia.

Lamentábanse los agustinos del abuso que los dominicos hacian de la facultad que por la Santa Sede les habia sido concedida, y el superior de la orden propuso á Lutero, á fin de que fuese elegido para predicar contra los reales ó supuestos excesos.

Entonces fué cuando presentó las noventa y cinco tesis, las cuales fueron condenadas al fuego por Fr. Juan Tetzel, religioso dominico y comisario general de indulgencias en Alemania.

Alzáronse diversas voces en pro y en contra de las embozadas doctrinas luteranas, las cuales, poco despues más desembozadas, comenzaron á ser tan perniciosas y heréticas, como que hablaban contra la eficacia de los Sacramentos y contra otros objetos sagrados; pero como tambien hablaban contra los votos monásticos, todos cuantos llevaban á mal la clausura se declararon naturalmente sus secuaces.

En tal estado quedaba la cuestion de la reforma luterana al terminar el año 1517.

AÑO 1518.

Considerábase rey, y estaba en efecto proclamado D. Carlos, á pesar de que vivia su madre, la verdadera y desventurada

da reina doña Juana de Castilla. Sin embargo, ni las Cortés le habian reconocido ni le habian jurado, así como el rey tampoco habia prestado el juramento de costumbre.

No pudiendo esquivar los flamencos la convocacion de las Cortés, muy á su pesar consintieron en que se hiciese la convocatoria, y en el mes de Enero se reunieron los procuradores en el convento de San Pablo de Valladolid.

Ya ocuparon sus puestos los procuradores visiblemente disgustados; vieron que presidian, en representacion del rey, el obispo de Badajoz, D. Pedro Ruiz de la Mota, D. García de Padilla, y dos *consejeros flamencos*, de los cuales el uno, llamado Sauvage, habia sido nombrado gran canceller de Castilla, para reemplazar al irremplazable Cisneros.

El doctor Juan de Zumel, procurador por Búrgos, y hombre de muy enérgico carácter, tomando á su cargo el hacerse intérprete de todos, protestó solemnemente *contra la asistencia de extranjeros á las Cortés españolas*; y no contentándose con esto, manifestó que aquella determinacion la recibian las Cortés y la nacion como ofensiva y afrentosa, y terminó por pedir testimonio del hecho.

Con tal motivo suspendiéronse las sesiones hasta que los ánimos se tranquilizasen y se arreglasen algunas importantes diferencias.

Cierto es que en la historia de las Cortés españolas figuran en primera línea las de Valladolid en 1518. Los procuradores se mostraron tan dignos, independientes y buenos patricios como muy en breve verá el lector.

Era forzoso ante todo evitar un escollo, contra el cual, si no, chocarian inevitablemente todas las resoluciones. Faltaba saber en qué forma podria reconocerse á D. Carlos viviendo doña Juana, y si habian de jurarle las Cortés primero, despues de resuelto el anterior problema, ó si el rey habia de prestar antes su juramento.

Sauvage, el flamante canceller, reconvino á Zumel en el siguiente dia, echándole en cara que acaudillaba á los díscolos é inducia á todos para que no prestasen juramento si el rey no juraba primero guardar los privilegios y libertades del reino. Respondió Juan de Zumel impávidamente que todo era verdad; amenazó el canceller al digno procurador con la pérdida de la vida y confiscacion de bienes por su rebeldia contra la autoridad real; á lo que siempre impertérrito Zumel, contestó que nada temia, si se procedia con arreglo á justicia; que de un modo ó de otro, no seria S. A. jurado sin que jurase primero, y que encontraria á todo el reino unido y compacto, á fin

de no consentir que Chievres y sus compatriotas empobreciesen á España para contentar en parte su insaciable avaricia.

El guante estaba arrojado; y Zumel, terminado que hubo su borrascosa conferencia con Sauvage, se reunió con sus compañeros, los cuales en union con él hicieron y firmaron una petición dirigida al rey en nombre del reino.

Recibióla disgustado el ministro Chievres, manifestando el asombro que le causaba el ver que sin esperar á saber la voluntad del rey, tratase el reino de imponerle condiciones. Imperterbable Zumel respondió tranquilamente «que así convenia; »porque sabiendo S. A. lo que el reino descaba, se ahorra tiempo y se evitaban disgustos.»

La firme y decidida actitud de los castellanos impuso á los flamencos, de quienes el rey era casi prisionero; que no él, sino ellos eran los causantes de todos los trastornos. Y de este mal tuvieron la culpa los Reyes Católicos, que fué por cierto extraño en su saber y prevision, y principalmente D. Fernando, que sobrevivió á su inolvidable esposa. No se comprende el por qué, debiendo D. Carlos heredar la española corona, no se le hizo vivir y educar en España, habituarse á los usos y costumbres de la nacion, familiarizarse con los principales españoles, y acostumbrarse al manejo y despacho de los negocios. Si así se hubiese hecho, ni él hubiera adquirido las relaciones con aquellos extranjeros, á quienes forzosamente habia de querer y estar supeditado, como se quiere siempre y se considera á las personas á quienes desde la infancia se conoce, ni los tesoros españoles hubieran pasado á enriquecer á los flamencos, ni hubiera habido disturbios y contiendas en el reino. Como no se hizo así, apareció en España el rey sin conocer á nadie, con su confianza colocada en los que conocía, sin entender y sin que le entendiesen, porque no sabia una palabra del hermoso idioma español; y con tales elementos dificilmente podrian evitarse las consecuencias de tan desventajosas circunstancias.

Falta de prevision no pudo ser; error tampoco: quizá D. Fernando V, suponiendo tendria más larga vida, y que falleceria antes que él el emperador Maximiliano, su conuegro, acostumbrado á manejar hábilmente los asuntos europeos, dió en su imaginacion la corona imperial de Alemania á su nieto D. Carlos, y la española á su nieto D. Fernando, que se crió en España, á quien quiso con notable preferencia, y á quien, viéndose enfermo y desesperado de sobrevivir á Maximiliano, dejó nombrado regente. Tal vez esperaria que la nacion, que tanto queria al jóven D. Fernando, viéndole regente, haria lo que el

tiempo no habia dado de sí para el rey católico, y lo que por ende no habia podido consumir la política.

Dios en sus inescrutables juicios habia determinado se trocase la colocacion de las coronas, y que un infante español, criado, educado en España é identificado con los españoles, fuese á ser emperador de Alemania, y un infante, aunque procedente del mismo origen, nacido en Gante, criado en Flandes, educado é identificado con los flamencos, viniese á reinar á España. Solo de la expresada manera podemos explicarnos lo que á primera vista parece un error ó una imprevision del hábil y previsor Fernando V.

Delicada por el extremo era la posicion de los flamencos en España; y un dia en que el famoso Zumel fué llamado á casa de Sauvage el canciller, creyendo si seria para prenderle, no solamente la calle se llenó de gente decidida y amenazadora, si que tambien cuanta cupo penetró en la habitacion del canciller, hasta llegar á la pieza inmediata á la en que estaba Zumel, pronta y dispuesta á evitar un atropello.

La entrevista se redujo á sostener una acalorada cuestion en la que el castellano se mantuvo inflexible, y á que en vista de tan inquebrantable teson, quedase decidido que el rey, accediendo á la peticion, juraria primero, y en la forma que se habia solicitado.

El dia 5 de Febrero tuvo lugar la sesion régia. Abrióla el obispo de Badajoz con un buen discurso, aunque largo, en el cual puso de manifiesto los antecedentes del nuevo rey y el estado de los negocios internacionales.

Los procuradores, sin responder palabra, presentaron por escrito la fórmula del juramento, y el rey juró en los términos pedidos.

Suspicaces y recelosos los procuradores, creyendo que en la cláusula relativa á no proveer empleos ni oficios en extranjeros no habia el rey jurado tan terminantemente como se deseaba y como habia hecho en los demás capítulos, pidió Zumel se reiterase el juramento en aquella parte, y que fuese de tan explicita manera como se habia hecho respecto de las demás.

Leida la fórmula, el rey dijo: *esto juro*; y tampoco satisfizo. Dijeron que tales palabras eran de sentido ambiguo y dudoso, porque lo mismo podian referirse á aquella cláusula, que á las antes juradas. Convinose, sin embargo, en que no comprendiendo el rey el castellano, ni sabiendo pronunciar más que muy pocas palabras, la construccion de las lacónicas oraciones que formaba era, naturalmente, con arreglo al idioma que sabia y le era familiar, y no al español, que por completo le era desconocido.

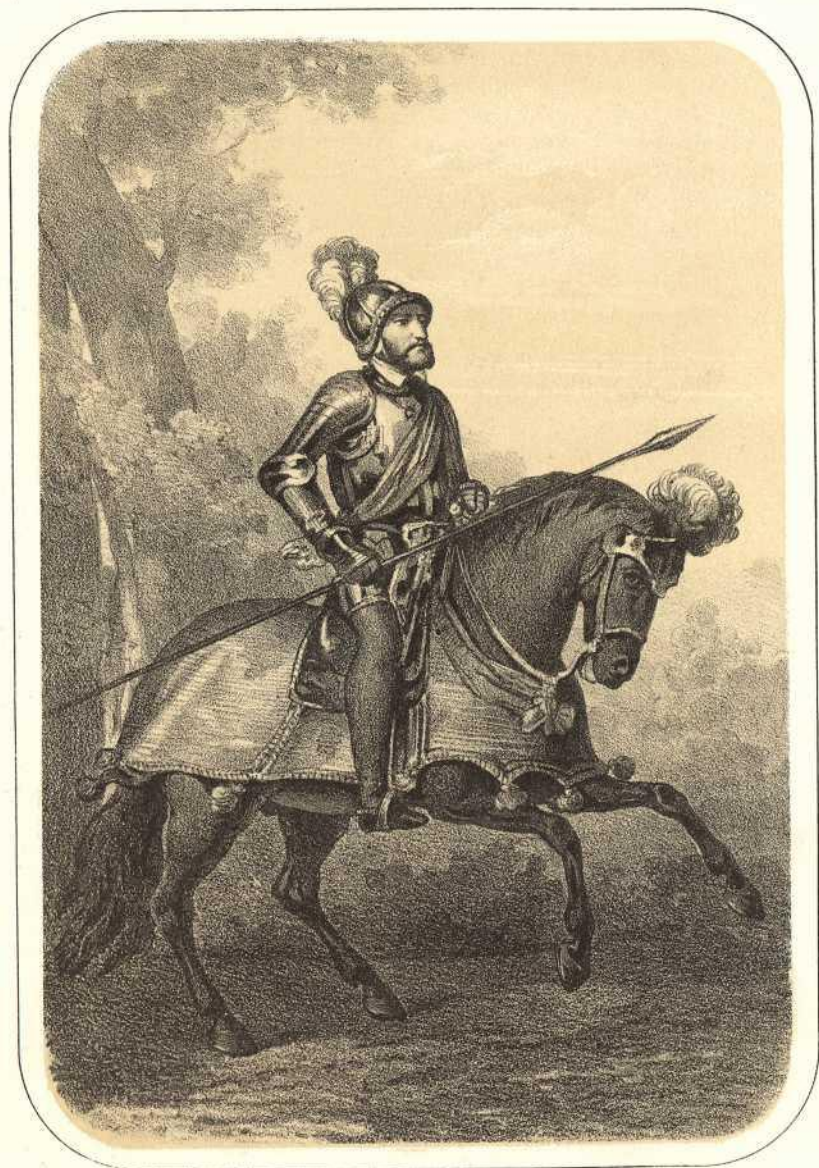
El domingo 7 de Febrero fué jurado el rey solemnemente por las Córtes, prestando los primeros el juramento sus hermanos D. Fernando y doña Leonor.

Como existia la verdadera reina, aunque incapacitada para gobernar, se acordó que las provisiones reales se encabezasen en nombre de aquella y de D. Carlos, precediendo el nombre de la reina, como propietaria, y que ambos las firmasen; y se determinó, igualmente, que si doña Juana llegaba en algun tiempo á recobrar la razon, gobernaría sola como reina, y quedaría D. Carlos como príncipe de Asturias.

Concedieron las Córtes al rey un servicio extraordinario de doscientos cuentos de maravedís, que se abonarian tres años, y bajo la expresa condicion de que hasta espirar los tres años no se pediría ningun otro tributo, excepto en el caso de que ocurriese una necesidad extrema y probada.

Hé aquí las proposiciones que entre las ochenta y ocho que las Córtes hicieron al rey, pasan por las más notables:

1.^a Que la reina doña Juana sea tratada como corresponde á quien es señora de estos reinos.—2.^a Que el rey se case lo más brevemente posible, para que el reino pueda tener sucesion segura.—3.^a Que hasta tanto que esto suceda, no salga del reino el infante D. Fernando.—4.^a Que confirme el rey las leyes, pragmáticas, libertades y franquicias de Castilla, y jure no consentir que se pongan nuevos tributos.—5.^a Que no se den á extranjeros officios, beneficios, dignidades, ni gobiernos, ni cartas de naturaleza, y que se revoquen las que se hayan dado.—6.^a Que los embajadores de estos reinos sean naturales de ellos.—7.^a Que en la casa real solo hagan servicio castellanos ó españoles, como en los tiempos pasados.—8.^a Que se sirva S. A. hablar castellano, para que así se entiendan mejor mutuamente él y sus súbditos.—9.^a Que no se enagene cosa alguna de la corona y patrimonio real.—12. Que mande conservar á los monteros de Espinosa sus privilegios acerca de la guarda de su real persona.—16. Que no permita sacar de estos reinos oro, plata, ni moneda, ni dé cédulas para ello.—18. Que tampoco se saquen de él caballos.—39. Que mande proveer de manera que en el officio de la santa inquisicion se haga justicia, guardando los sacros cánones y el derecho comun, y que los obispos sean los jueces conforme á justicia.—40. Que haga cumplir el legado de veinte cuentos de maravedís que legó el cardenal Cisneros para redencion de cautivos, de otros cuatro para dotes de huérfanas, y de otros diez para un colegio de doncellas pobres en Toledo.—42. Que mande plantar montes por todo el reino y se guarden las ordenanzas



C. MUGICA, Dib. y Lit.

Lit. de J. DORON, Madrid.

Carlos I. (V. de Alemania).





»de los que hay.—48. Que tenga consulta ordinaria para el
 »buen despacho de los negocios, y dé personalmente audiencia,
 »al menos dos días por semana.—49. Que no se obligue á tomar
 »bulas, ni para ello se haga estorsion, sino que se deje á cada
 »uno en libertad de tomarlas.—55. Que ninguno pueda man-
 »dar bienes raíces á ninguna iglesia, monasterio, hospital ni co-
 »fradías, ni ellos lo puedan heredar ni comprar, porque si se
 »permitiese, en breve tiempo seria todo suyo.—57. Que los
 »obispados, dignidades y beneficios que vacaren en Roma, vuel-
 »van á proveerse por el rey, «como patron y presenteros de
 »ellos,» y no queden en Roma.—60. Que mantenga y conserve
 »el reino de Navarra en la corona de Castilla, para lo cual le
 »ofrecen sus personas y haciendas.—68. Que se quiten las nue-
 »vas imposiciones.

»Las demás peticiones versaban sobre otros asuntos de go-
 »bierno interior, que nos parecen de menos interés.»

■ A la peticion 8.^a, relativa á que hablase el rey castellano, res-
 pondió D. Carlos «que ya habia comenzado á ejercitarse en este
 »idioma y se esforzaria hasta lograrlo.» Casi todas las demás
 peticiones fueron otorgadas, y solo respecto del menor número
 respondió que las mandaria ver y proveeria.

■ Terminadas las sesiones, se verificaron suntuosas fiestas; to-
 ros, cañas, torneos, y cuantas en aquellos tiempos estaban en uso
 y más costosas eran.

— Dícese que el rey sobresalió entre todos los caballeros, y pue-
 de creerse; porque es fama que fué muy gallardo en su apostu-
 ra y de un corazon muy animoso. Y los españoles, naturalmen-
 te belicosos, comenzaron á cobrar afecto á aquel rey que tan
 guerrero y valeroso parecia.

— Luego que concluyeron las justas se trasladó D. Carlos de Va-
 lladolid á Tordesillas á visitar á su madre, que le recibió con
 gran placer, así por los muchos años que sin verle habian pasa-
 do, como porque le recordaba á su muy amado y llorado esposo
 D. Felipe.

— Dejó el rey encomendada la guarda de la persona y el cuida-
 do de la casa de la reina á D. Bernardo de Sandoval y Rojas,
 marqués de Denia, y luego tomó la vuelta de Aragon, en cuyo
 reino estaban ya convocadas las Córtes.

— Parecia que los flamencos se habian propuesto malquistar al
 rey con el reino; porque en su viaje le indujeron á que hiciese
 marchar á Flandes á D. Fernando su hermano, lo que él ejecutó,
 contra lo que expresamente habian pedido las Córtes de Castilla.
 Haciales D. Fernando sombra, porque era muy querido de los es-
 pañoles, y hasta su nombre les era grato y de buen recuerdo.

Llegó el rey á Calatayud, y en la iglesia mayor juró los fueros de la ciudad. Prosiguió despues su camino y el 6 de Mayo entró en Zaragoza, hallándose ya expresamente reunidas las Córtes; mas para que le reconociesen y jurasen, hubo más dificultades que en Castilla: no se avenian los aragoneses á reconocerle viviendo la que por reina única y legítima tenian.

Por fin se allanaron á fuerza de tiempo y de controversias los obstáculos, y se le juró rey en union de doña Juana, y en la misma forma que le habian jurado los castellanos.

El rey juró á su vez, tan latamente como se lo exigieron, el guardar los fueros, libertades y usos y costumbres del reino, y obtuvo, con muchisima dificultad, un servicio de 200,000 ducados, bajo la precisa condicion de invertir dicha cantidad en pagar deudas de la corona: esto lo exigieron las Córtes con el objeto de que no fuesen los 200,000 ducados á henchir las arcas de los extranjeros; y era doblemente justa la condicion, puesto que aquellas deudas eran antiguas, y el rey ni de ellas tenia noticia.

En Zaragoza ratificó D. Carlos la paz con Francia, á instancias del cardenal de Viterbo, legado del Pontífice Leon X, á pesar de que acababa de fallecer la infanta Luisa Claudia (hija de Francisco I), con quien debia haberse casado Carlos I, segun un tratado de paz celebrado en Noyon en 13 de Agosto de 1516.

Poco tiempo despues los españoles vengaron la rota sufrida en los Gelbes, cuya isla fué tomada, vengando tambien la memoria de Pedro Navarro y del hijo primogénito del duque de Alba.

Hallándose el rey aun en Zaragoza, y despues de haber ratificado la paz con Francisco I, el cardenal de Viterbo instó á aquel para que entrase en la confederacion con los monarcas francés é inglés, contra el gran turco. Accedió Carlos de buen grado; y dió orden á Hugo de Moncada, virey de Sicilia, para que juntase ejército y armada, y se dirigiese contra el sanguinario Barbaroja.

La expedicion, aunque experimentó algunos desastres, terminó por la conquista de los Gelbes, á los diez años de haberse sufrido el desastre á que antes hemos aludido.

En tanto, la herejía de Lutero se habia propagado, y Leon X se vió obligado á emplazar al heresiarca á fin de que se presentase en Roma, dándole dos meses de término para verificar la presentacion.

El Sumo Pontífice, sin embargo, accedió al empeño del elector Federico, que protegia á Lutero, para que la cuestion se dilucidase en Alemania. A este fin Leon X nombró su legado al

cardenal Gaetano, que habia sido dominico, y le facultó para absolver al hereje, si de sus errores se retractaba; mas en el caso contrario, le autorizaba tambien para que se apoderase de su persona.

Dió orden el cardenal Gaetano para que se presentase Lutero: este resistió en un principio, pero se presentó por fin, y le fué hecha la intimacion para que se retractara, á lo que él contestó pidiendo se le convenciese primero por la Sagrada Escritura.

Siguieronse varias demandas y réplicas, completamente inútiles, y el cardenal pidió al elector de Sajonia enviase á Roma al hereje, ó al menos le desterrara de sus estados.

Excusóse el elector con razones peores ó mejores, porque era el delincuente su protegido; que las doctrinas que predicaba eran muy gratas á los que deseaban tener pocas trabas y poder obrar con libertad en sus acciones. Por manera que durante el trascurso del año 1518 continuó propagándose la herejía, y el heresiarca aumentando el número de prosélitos.

AÑO 1519.

Á principios de este año abandonó el rey á Zaragoza, y despues de recorrer las principales ciudades y poblaciones de Aragon se trasladó á Cataluña, en donde se multiplicaron las dificultades para verificar el juramento.

No solamente puede decirse que se presentaron más obstáculos que en Castilla y que en Aragon, si que tambien debe añadirse que se llegó á creer no se realizaria el juramento, porque públicamente se burlaban los catalanes de la facilidad con que habian accedido los castellanos y aragoneses.

Se invirtió naturalmente mucho más tiempo, y hubo necesidad de echar mano de las intrigas y de los ardidés para lograr que en Cataluña se hiciese un juramento análogo al verificado en los reinos castellano y aragonés, despues de haber prestado el rey el que le correspondia.

Estando en Barcelona D. Carlos, recibió la noticia de haber fallecido su abuelo, el emperador Maximiliano. Habia muerto sin hijos, y segun se dice, quiso legar la corona á su nieto don Fernando, hermano de D. Carlos, considerando que este era ya señor de muchos y muy importantes estados. Cediendo á sus consejeros no lo hizo, y nombró su heredero á D. Carlos, rey de España, de Nápoles y de Sicilia, ó mejor dicho, dejó indicada su voluntad; porque el nombramiento definitivo correspondia á los electores del imperio.



Los partidarios de D. Carlos comenzaron á practicar vivas gestiones en favor de su eleccion; Francisco I de Francia se le presentó como competidor, aunque no tenia la mitad del derecho que D. Carlos; y hasta Enrique VIII de Inglaterra, no sabemos fundado en qué, pretendió la corona del imperio.

El enemigo más temible era el francés, muy hábil en la intriga, y que enviaba torrentes de oro á Alemania para captarse la voluntad general y lograr su propósito.

Entre las razones que contra Carlos I de España presentaba Francisco I de Francia, habia una de gran valor: se apoyaba en la Constitucion del imperio, que expresamente prohibia ceñir la corona de Alemania al príncipe que poseyera la de Nápoles.

Tenia el francés en su apoyo á Venecia, que aborrecia á la casa de Austria: en cambio Suiza apoyaba á D. Carlos, porque de muerte odiaba á la Francia. En cuanto al Sumo Pontífice, ni queria al español ni al francés; porque los mismos peligros veia para la Iglesia y para la paz de Europa en la eleccion de cualquiera de ellos, siendo como eran uno y otro tan poderosos. Por esto Leon X aconsejaba á los electores nombrasen de su mismo seno el emperador.

El dia 17 de Junio se abrió la Dieta de Francfort, y en ella se reunieron los electores, que eran siete, á saber: el arzobispo de Maguncia, el de Colonia, el de Tréveris, el rey de Bohemia, el conde Palatino del Rhin, el duque de Sajonia y el marqués de Brandemburgo.

Quizá los electores, estimando las razones de Leon X, á pesar de las intrigas y gestiones de los competidores á la corona, eligieron á Federico, llamado el Prudente, duque de Sajonia; mas él, tan modesto como verdaderamente prudente, no la quiso admitir, dando á los ambiciosos y al mundo entero un rarísimo y poco imitado ejemplo de abnegacion y de desprendimiento.

En el discurso que improvisó para fundar su renuncia, estableció un paralelo entre los pretendientes, el rey de España y el de Francia; y despues de presentar las circunstancias y cualidades de uno y otro soberano, terminó manifestando que daba su voto en favor del español. Apoyó su dictámen en la cualidad de príncipe hereditario del imperio que concurría en D. Carlos, en ser este el rey más poderoso de Europa, y en otras razones de no menor fuerza.

El dia 28 de Junio quedó elegido rey de romanos y emperador de Alemania D. Carlos I de España (V en Alemania), habiendo votado unánimemente por él todos los electores, excepto el arzobispo de Tréveris, que dió su voto á Francisco I, aunque despues se adhirió al voto general. El conde Palatino fué el co-



misionado para pasar á España á dar al electo emperador la noticia oficial.

Hizo el conde tan precipitadamente su viaje, que en aquellos tiempos ninguno se habia hecho con mayor rapidez. Tardó nueve dias en ir desde Francfort á Barcelona, y encontró á D. Cárlos ocupado en convencer á los catalanes para que le recibiesen y jurasen como soberano de aquel condado.

Colmó de gozo la noticia á aquel jóven soberano, á quien faltaban pocas coronas para tener tantas como años contaba de edad. Entonces dispuso se le diese el título de *Magestad*, que ninguno antes que él habia usado; y por conducto de Mercurino Gattinaro, que por fallecimiento de Sauvage ejercia el cargo de gran canciller, hizo saber á sus nuevos súbditos que se trasladaria pronto á Alemania para tomar posesion del imperio, con arreglo á lo que la Constitucion de aquel disponia.

Los españoles recibieron con pesadumbre aquella nueva que tan fausta parecia; porque la eleccion del rey para emperador la miraban como un nuevo lazo que le separaba tanto de España cuanto le ligaba á los extranjeros.

Y por cierto que sobraba razon á los españoles para estar disgustados; que veian cómo empobrecia el reino, al mismo compás que se enriquecian los extraños. Es fama que en pleno día y sin el menor rebozo salian *recuas enteras cargadas de oro y de plata*; y se asegura que en muy corto espacio de tiempo se extrajeron de España, por Barcelona, la Coruña y Cádiz, *dos millones y medio de cuentas de maravedis*.

Cuéntase tambien, y es muy digno de referirse, que la falange extranjera que al rey rodeaba buscaba con anhelo y preferencia unos doblones llamados *de á dos*, porque eran de dos caras, que estaban muy completos de peso y eran de oro purísimo, casi sin liga ni mezcla. A consecuencia de las diligencias eficaces de los flamencos, apenas circulaba ya ninguno, y cuando por acaso cualquiera español encontraba un doblon de á dos, le saludaba diciendo: *Sálveos Dios, duçado de á dos, que monsieur de Xevres (Chievres) no topó con vos*. En abono de lo que acabamos de decir incluimos la siguiente noticia:

«Alcocer, *Comunidades de Castilla*.—Cabezudo, *Antigüedades de Simancas*, MS.—Sandoval, *Historia de Cárlos V*, cita este adagio en otra forma:

Doblon de á dos, norabuena estedes,

Que con vos no topó Xevres.

» En prueba de que no recargamos este cuadro, citaremos el testimonio de un testigo ocular no sospechoso, porque no era

español, á saber: el ilustre Pedro Mártir de Anglería, que en muchas de sus cartas se lamentaba de estos excesos con expresiones harto fuertes, picantes y duras: «Hasta el cielo (le decia » al obispo de Tuy) se levantan voces diciendo que el Capro (así » llamaba por chunga á Chievres) trajo al rey acá *para poder » destruir esta viña despues de vendimiarla*. No se les ocultaba » que habian de ocurrir estos sucesos cuando el Capro se tomó » para sí el arzobispado de Toledo, contra las leyes del reino, » apenas entró en él, para odio de todo el reino contra el rey..... » Ninguno le acusa. ¿Qué podria hacer un jóven sin barba, pues- » to al pupilaje de tales tutores y maestros? Lo que ha sucedido » con las demás vacantes lo sabes, y no ignoras que apenas se » ha hecho mencion de ningun español, y con cuánto descaro se » ha quitado el pan de la boca de los españoles, para llenar á los » flamencos y franceses perdidos que dañaban al mismo rey. » ¿Quién ha venido del helado cierzo y del horrendo frio á esta » tierra templada, *que no haya llevado más onzas de oro que » maravedis contó en su vida?* Tú sabes cuál ha quedado la real » hacienda por su causa. Omito otras, capaces de hacer perder la » paciencia al mismo Job.....» Epíst. 703, traduc. por el maestro La Canal.—En términos no menos enérgicos se expresa en otras muchas cartas.» (Laf., t. XI, c. II, p. 103.)

El rey, ya emperador, embriagado con la suma de los honores, quiso activar el viaje; que se le hacia tarde y parecia iba á huir ante él como una sombra el emblema de la dignidad imperial.

A fin de disponer su marcha y adquirir recursos, convocó las Córtes para Santiago de Galicia. Súpose el objeto, y que se trataba de cargar un nuevo impuesto, á pesar del acuerdo hecho en las Córtes de Valladolid, y cuando el servicio que en ellas se votó no se habia acabado de cobrar. Todo esto, unido al pleno conocimiento que los españoles tenian de que tales sacrificios no aprovechaban á la nacion ni redundaban en su gloria, aumentó el general disgusto, y Toledo dió la señal de resistencia, dirigiendo una enérgica carta á las demás ciudades de voto en Córtes, tanto para recordarlas *los agravios que la nacion habia sufrido desde la venida del rey*, cuanto para ponerlas de manifiesto los daños que de la ausencia del soberano podrian seguirse al reino.

No contentos con esto los toledanos, nombraron una comision compuesta de dos regidores y dos jurados, para que se presentasen al rey y le manifestasen lo mismo que por carta habian dicho á las otras ciudades.

Llegó el rey á Valladolid, y encontró al pueblo en ese fatal y

temible estado que no es de manifiesto disgusto, ni de completa tranquilidad: estado de latente efervescencia, que al manifestarse á las claras, es humanamente imposible el contenerla.

Comprendiéndolo así el ministro Chievres, al frente del consejo, convocó á palacio á la justicia y á los regidores, á fin de enterarles de lo justificado que estaba el viaje del emperador. Despues de dar las razones en que se apoyaba, aseguró que lejos de retardar su vuelta más de tres años, antes de cumplirse este plazo regresaria; y concluyó por hacerles ver la necesidad en que el soberano estaba de que se le facilitase un servicio de trescientos cuentos de maravedís, los cuales se pedirian á las Córtes; pero que antes queria contar con su apoyo.

Pidió el ayuntamiento un plazo para contestar, pasado el cual se presentó al rey y le rogó encarecidamente desistiese de hacer su viaje á Alemania.

Dícese que el partido flamenco usó del soborno; pero si así fué, se conoció muy poco: el pueblo se presentó en abierta insurreccion, y este trastorno coincidió, para que más fuerza ganase, con la aparicion de los representantes de Toledo y de Salamanca.

Debieron alarmarse mucho los flamencos; porque á pesar de que el dia estaba sumamente destemplado, lluvioso y cruel, salió el rey de Valladolid repentinamente, dejando á los comisionados de Salamanca y de Toledo el simple aviso de que en Tor-desillas los recibiría.

Casi al mismo tiempo que D. Cárlos salia de la ciudad, tocaban todas las campanas de aquella á rebato, y cada vecino, armado mejor ó peor, salió á la calle. Reunidos más de seis mil hombres, tomaron apresuradamente la direccion de la puerta del Campo; mas llegaron demasiado tarde para impedir la fuga, que tal pudo llamarse, del rey. La ira del pueblo fué motivada por la voz que se hizo circular de que los flamencos iban á sacar del reino á la reina doña Juana.

Caro pagaron aquel exceso de lealtad hácia su legitima reina y su amor á la patria independencia. Tan pronto como fué posible se abrió causa á muchos, para vengar el pasado desórden, y unos fueron encarcelados, otros desterrados; algunos sufrieron la horrible mutilacion de ambos piés, y tres sacerdotes fueron paseados en mulos, llevando á aquellos encadenados al sacarlos á la vergüenza; y despues de sufrida tal ignominia, fueron encerrados en el fuerte de Fuensalida.

Era por el extremo alarmante el estado de la nacion; porque cuando esto ocurría en Castilla, y cuando tantas dificultades habia encontrado el rey para ser jurado en Aragon y Cataluña,

hacia tiempo que Valencia, lejos de estar tranquila, estaba en un estado de agonía que parecía perpetuarse, y de incesante alarma.

El despotismo de los fuertes sobre los débiles era á la sazón insoportable en Valencia: puede decirse que en la sociedad de aquel bello reino solo existían dos clases; la de *señores* y la de *esclavos*. La justicia no existía; por consecuencia, el que no poseía medios materiales de resistir, tenía que lamentarse en silencio y resignarse á sufrir vejámenes sin cuenta. Hé aquí lo que á este propósito dice un antiguo y respetable autor:

«
 » Si un oficial hacia ropa y los caballeros le daban de palos
 » porque pedía le pagasen la hechura, y se iba á quejar á la jus-
 » ticia, costábale más la querrela que el principal.»

Se comprende bien que semejante estado, por abatido que esté un pueblo, no puede ser duradero; porque segun otro autor moderno, y también respetable, fué tan allá el escándalo, que un día, saliendo una familia de la iglesia con sus amigos, en el momento en que una jóven acababa de recibir la bendición nupcial, fué aquella arrebatada á su esposo y á sus padres por un osado magnate valenciano.

Tomaron pretexto para armarse los artesanos, de una voz que circuló, relativa á un desembarco proyectado por los argelinos, que debían de un momento á otro aparecer en las costas valencianas. Dando por creída y como cierta la alarmante voz, los artesanos se presentaron armados, apoyándose en una disposición de D. Fernando V el Católico, que así lo prevenía para casos análogos.

Con aquel angustioso estado de disimulado terror y de mal reprimida ira, se mezclaron los horrores de la peste, la cual tales estragos hacia, que las autoridades y magnates abandonaron en breves dias la capital del reino.

La primera señal que dió el pueblo de su ira, que es temible el pueblo cuando por sí mismo quiere remediar los males, aplicando una medicina generalmente peor que el mismo mal, fué contra un infeliz tahonero.

Predicóse un sermón por aquellos dias, excitando al pueblo á que se enmendase de sus vicios y procurase aplacar la cólera divina, y atribuyendo las calamidades que el país sufría al desenfreno de las costumbres, en que eran fatalmente émulos nobles y plebeyos; y como principalmente se tratase de un pecado tan feo y repugnante como que es contra la misma naturaleza, el pueblo ciego y desatentado corrió en busca del mencionado ta-

honero, que tenia la desgraciada fama de estar contaminado con el citado horrible crimen.

Creviendo cortar el mal imponiendo á aquel hombre un castigo, puesto que de este modo deberia quietarse el pueblo viendo que el delito no quedaba impune, le condenó la autoridad eclesiástica á ser expuesto á la vergüenza, durante la misa conventual, el primer dia festivo; pero fué erróneo el cálculo. El pueblo, precipitado é irreflexivo, *supuso* que la Divina Justicia no podia quedar satisfecha sin que fuese inmolada la infeliz víctima, y quiso arrancar del mismo lugar sagrado al delincuente. El clero, queriendo protegerle, cerró las puertas del templo, mas se aumentaron las turbas y se prepararon á violentar las puertas. Entonces el vicario mandó tocar la *campana de entredicho*, para ver si se intimidaban los amotinados; pero ni esto bastó, ni fué suficiente el presentar procesionalmente la sagrada Eucaristía: las puertas fueron forzadas, el tahonero arrastrado hasta llegar á cierto sitio, en donde los frenéticos amotinados hicieron una hoguera y *le quemaron vivo*. Al mismo tiempo se reducía á cenizas el palacio del nuncio: el pueblo puso á aquel fuego, al dirigirse por segunda vez á la catedral. Doloroso es decirlo, empero es muy rara la vez que el pueblo no corrige de este modo los desmanes. No recae, sin embargo, sobre él la mancha, sino sobre quien da lugar á que se exaspere, no corrigiendo á tiempo los abusos y los males.

Cometido el horroroso homicidio, el pueblo continuó en armas, aunque tranquilo y en orden, bajo la direccion de un *cardador* llamado Juan Lorenzo, de quien los más respetables historiadores dicen que era *leido, astuto, bien hablado, de no poca agudeza y muy atrevido*.

Convertido el cardador en jefe supremo, propuso la formacion de una junta compuesta de trece individuos, todos precisamente artesanos. Esta junta, denominada *de los Trece*, debia cuidar de la defensa del reino *contra los moros*, que probablemente no pensarian en llegar á Valencia, y del pueblo contra los nobles, que era la verdadera intencion.

El cardador admitió como auxiliar suyo á un *tejedor de lana* llamado Guillem de Castellvi, conocido vulgarmente por Guillem Sorolla, el cual era reputado como hombre de gran capacidad, y era además jóven y de muy simpática figura. Tal fué el principio de las famosas *Germanías de Valencia*, y en tal estado se hallaba el reino al espirar el año 1519.

AÑO 1520.

Continuaron los mensajeros de Toledo y de Salamanca el mis-

mo camino que el rey llevaba, hasta llegar á Villalpando, en donde el monarca, ó mejor dicho Chievres, comprendió no ser posible pasar de allí sin darles audiencia.

Oyólos S. M., mas difirió la respuesta hasta llegar á Benavente, dando pábulo con tales dilaciones, casi despreciativas, á que los ánimos se enconasen cada vez más y creciese la ira.

Recibieron por fin, los comisionados contestacion; y casi hubieran preferido no recibirla: fué aquella tan acre como altanera, y gracias al arzobispo Rojas que conociendo, como español, el injusto é impropcedente modo de que los advenedizos extranjeros hacían uso, templó la respuesta, diciendo á los comisionados «que habiendo de reunirse en breve las Córtes, mandasen á ellas las ciudades sus procuradores; y allí harían presente sus quejas y el rey podria proveer lo que más justo fuese.»

No satisfechos los comisionados, siguieron á la córte hasta Galicia; y el dia 20 de Marzo, ya se hallaban en Santiago los procuradores de todas las ciudades, menos los de Toledo, aunque si estaba sus comisionados, que lo eran D. Pedro Laso de la Vega y D. Alonso Suarez. Parece que los procuradores fueron en dicha ciudad elegidos á la suerte, y esta favoreció á dos individuos señalados por su adhesion *al gobierno flamenco*, que fué rara casualidad siendo tan escaso el número de los adictos á los extranjeros. Con tal motivo la ciudad les restringió y limitó tanto los poderes y facultades, que creyendose ellos desairados, no los quisieron admitir, renunciaron el cargo, y la ciudad no quiso elegir otros.

No comenzaron con tranquilidad las sesiones. Los comisionados de Toledo fueron desterrados, porque trabajaban activamente para que se declarasen ilegales las Córtes, fundándose en que no estaban representadas en ellas todas las ciudades. En cuanto á los comisionados de Salamanca, que lo eran D. Pedro Maldonado Pimentel y Antonio Fernandez, no fueron recibidos como procuradores, porque los poderes que exhibieron no se encontraron expedidos en forma.

Tambien salió desterrado el conde de Villalba, sin otra razon que la de haber representado á Galicia, en su justa pretension de que se admitiesen sus procuradores en las Córtes; porque en ellas no tenia voto Galicia, y estaba sujeta al de Zamora, no habiendo esta sido jamás reino, y habiéndolo aquella sido y muy antiguo.

En tales cuestiones se invirtieron once dias, y el 31 de Marzo se abrieron solememente las sesiones bajo la presidencia de Gattinara, sucesor de Sauvage en la cancelleria del reino, y con asistencia del rey.

Abrió la sesión régia, como en otra ocasión análoga, D. Pedro Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, pronunciando un extenso discurso dirigido á probar lo justificado que estaba el viaje del monarca, á explicar detalladamente las providencias que debían tomarse para el mejor gobierno del reino durante su ausencia, y la necesidad en que se veía de que se le concediese otro servicio igual al otorgado en Valladolid y por el mismo tiempo, para sufragar los gastos que forzosamente tenía que hacer.

Terminado el discurso del obispo, tomó el rey la palabra, que ya, aunque con bastante dificultad, comenzaba á expresarse en castellano. Manifestó cuán imprescindible le era el ausentarse; ofreció bajo su palabra real no tardar en volver más de tres años, y aun procurar que fuese antes de este plazo, y aseguró que durante su ausencia no proveería ningún cargo ni oficio en quien no fuese español.

En seguida tomó la palabra para contestar al rey el procurador por Búrgos, que se llamaba García Ruiz de la Mota, y era hermano del obispo de Badajoz. Su breve discurso se redujo á aprobar cuanto el rey y el obispo á nombre del Consejo habían propuesto.

Por la primera sesión pudiera haberse creído que todo sería tranquilidad y paz en aquellas Cortes; porque nada más ocurrió el 31 de Marzo que lo ya referido.

Llegó el 1.º de Abril, y se reunieron los procuradores para celebrar la segunda sesión. Comenzó esta por tratarse del servicio de maravedís pedido; que faltaba tiempo á los flamencos para asegurar el dinero.

Los procuradores de Leon tomaron entonces la palabra, manifestando por sí y por otros de sus colegas que no debía pasarse adelante ni tratar de asunto alguno hasta que el rey respondiera á los capítulos y memoriales que era preciso presentarle, porque interesaban al mejor servicio de Dios y del reino.

Con este motivo hubo divergencia entre los procuradores, y no pocos debates; porque unos pedían lo mismo que los de Leon, y otros decían que debía concederse primero el servicio pedido por el rey. Este no se hallaba presente, y el canceller Gattinara fué á darle cuenta de lo que ocurría.

Regresó el canceller, y dijo á las Cortes de parte del rey «que tuviesen á bien otorgarle primero el servicio, que él daba y empeñaba su palabra real de que no partiría de España sin ver los memoriales que los procuradores le presentasen, y sin proveer lo conveniente.»

Púsose á discusión lo que debería decidirse, y todos y cada

uno de los procuradores sostuvieron el voto que en un principio habian emitido. Solamente los de Segovia y Cuenca se mostraron dispuestos á ceder al deseo del rey, fiando en su real palabra. A pesar de todo, los dias trascurrieron en vano para los deseos de los flamencos, y estos creyeron necesario poner en juego diversos manejos, ninguno leal, y pocos decorosos; mas suponiendo que podian contar con mayoría, en la sesion del 3 de Abril se presentó Gattinara, y manifestó que S. M. estaba decidido á que se votase el servicio pedido antes que otra cosa alguna. A pesar de esto, los procuradores de Leon, Madrid, Valladolid, Córdoba, Jaen, Zamora y Toro sostuvieron con teson su voto, y en la sesion del 4 ya se *mandó* de orden del rey que sin ambages manifestasen terminantemente las Cortés si negaban ó concedian el servicio.

En esta sesion se conoció que los flamencos no habian trabajado en balde: ya no hubo entre los procuradores la misma conformidad de pareceres; ya hubo algunas notables defecciones, y ya, en fin, muchos respondieron de una manera que era el paso intermedio para retractarse del voto primitivo.

De pronto se suspendieron las sesiones; el rey con su cohorte flamenca abandonó precipitadamente á Santiago y tomó la vuelta de la Coruña. El motivo de aquella imprevista marcha fué la noticia de que se reunia y armaba un respetable número de insurrectos, acudillados por los nobles descontentos, y á su frente el mismo arzobispo de Santiago, á consecuencia de hallarse resentidos por no haberse concedido á Galicia voto en Cortés.

El dia 20 de Abril hubo una sesion en Santiago, en la cual recibieron los procuradores la noticia oficial de haber el rey mandado no sacar moneda ni caballos del reino, y que del mismo modo proveeria todo lo necesario, así como nuevamente empenaba su real palabra de no dar cargos ni oficios á ningun extranjero. Con estas y otras ofertas terminó el discurso por pedir el otorgamiento del servicio, que era la verdadera piedra de escándalo.

Puesto el delicado punto á votacion, decidieron por la afirmativa Burgos, Avila, Sevilla, Granada, Cuenca, Segovia, Guadalajara y Soria, y por la negativa Leon, Madrid, Valladolid, Jaen, Córdoba, Murcia, Toro y Zamora. De estas ocho provincias, siete se limitaron á negar; pero Valladolid añadió «que solo votaría en favor de la concesion del servicio, siempre que se comenzara á contar despues de pasados los tres años del anterior, y bajo la expresa condicion de que S. M. otorgaria cuan-»
 «lo habia prometido en las Cortés de Valladolid, y últimamente
 «en las de Santiago.»

Trasladáronse en seguida las Cortes á la Coruña, en cuya ciudad se abrieron las sesiones el día 25; y para no molestar al lector con la detallada referencia de lo ocurrido en cada sesion, que no fué otra cosa sino irse cada dia conociendo más y más los artificiosos manejos del partido flamenco, nos limitaremos á decir que el día 19 de Mayo quedó otorgado el combatido servicio, y que la mayoría de los procuradores recibió de buen grado por regente del reino, en ausencia del rey, al obispo de Tortosa, antes dean de Lovaina, el cardenal Adriano, *á pesar de ser extranjero*.

No faltó un buen número de magnates descontentos que se retiraron á sus estados, á consecuencia de verse pospuestos á Adriano; mas sin embargo, los procuradores presentaron al rey un largo capítulo de necesidades apremiantes; el rey concedió unas y encomendó otras al exámen del Consejo, y concedido el suspirado servicio el día 19, el 20 se embarcó en la Coruña el monarca para pasar á Alemania.

Así que el regente y el Consejo despidieron al rey, regresaron á Valladolid, y apenas hubieron llegado, cuando supieron oficialmente el alarmante estado de las principales ciudades del reino. El disgusto era por demás fundado: á la rapacidad extranjera, á la nueva sobrecarga que se imponia á los pueblos, se habia agregado el enojo, por el mal uso que los procuradores habian hecho de los respectivos poderes.

Toledo y Segovia fueron las primeras á mostrarse en abierta insurreccion, empero de muy diversa manera. En Toledo comenzó, y es digno de notarse, por una solemne procesion religiosa, verificada por el pueblo á pretexto de rogar á Dios tuviese en su santa guarda al rey é *iluminara su entendimiento*. Este original suceso ocurrió cuando el rey estaba todavía en Santiago; y habiendo llegado á saber que los promovedores de la agitación popular eran dos de los regidores de Toledo, llamados *Juan de Padilla* y Hernando Dávalos, los mandó presentar inmediatamente en Santiago, sin demora ni excusa.

Supónese que ambos pensarían en todo menos en ponerse en manos de la falanje flamenca; pero fingieron estar prontos á obedecer, y con pretexto de cumplir el mandamiento de la real cédula, salieron de Toledo.

Apenas se habian alejado de la ciudad cuando les alcanzó un gran número de vecinos de aquella, y los hicieron regresar; algunos suponen, y con ellos nosotros, que procedieron todos de acuerdo.

Vueltos á Toledo Padilla y Dávalos, la multitud los encerró en la catedral para que estuviesen mejor custodiados; y por si

el sagrado asilo no era respetado, para mejor guardarlos, rodearon el templo *siete mil* hombres, casi todos armados.

Desde allí ambos regidores escribieron al rey, manifestándole la *violencia* que se les habia hecho, y cuánto les pesaba de no poder cumplir, como debian y deseaban, el real mandato.

El corregidor de Toledo procuró atajar el mal; pero su autoridad fué desobedecida y escarnecida tambien. Los insurrectos, creyendo sin duda que Dios no iluminaria la mente del soberano, dando de manó á las procesiones y plegarias, se apoderaron por completo de la ciudad y tomaron el alcázar, las puertas y los puentes.

Colmó de gozo á los rebeldes la llegada á Toledo de su comisionado, D. Pedro Laso de la Vega, el cual, desterrado, como ya dijimos, de Santiago, usando de disfraces y de precauciones, logró llegar hasta la ciudad.

Siguió Segovia á Toledo, pero de una manera que hubiera por si sola bastado á manchar el fin más justificado y la más santa causa.

El primer acto de los amotinados fué contra dos alguaciles que, en cumplimiento de su deber, quisieron proteger al delegado de la autoridad. Aquellos infelices ministros de justicia fueron arrastrados por el pueblo y colgados despues *por los piés* en una improvisada horca.

El general enojo queria estrellarse contra los procuradores que habian accedido á las demandas hechas á las Cortes; y el uno de ellos, Juan Vazquez, al saber lo ocurrido con los alguaciles, se escondió; mas Rodrigo de Tordesillas penetró en Segovia y se dirigió impávido á presentarse al ayuntamiento, que se hallaba reunido en la iglesia de San Miguel. Débese advertir que á este procurador le tenia el pueblo por uno *de los sobornados*, en razon á que habia recibido dos gracias del gobierno.

Tan pronto como el populacho supo que Tordesillas estaba en San Miguel, se dirigió frenético á la iglesia, forzó las puertas, y sin querer escucharle, le echaron una sogá al cuello, y arrastrando le llevaron por la ciudad.

Ni se paró aquella desenfrenada muchedumbre al ver ante ella á todo el cabildo revestido y al dean con el Santísimo Sacramento en las manos; ni bastó el que de rodillas se pusiera ante ella un religioso franciscano hermano del infeliz Tordesillas, revestido como para celebrar, con una Forma consagrada en la diestra, y rogando en nombre del Redentor, que pidió perdon al espirar por sus mismos verdugos, para que tuviesen piedad de su hermano; nada bastó para aplacar á aquella gente ébria de rabia y ciega de loca venganza. Desesperanzado el religioso

de ablandar las entrañas de aquellas fieras, se limitó á suplicarles permitiesen á su desventurado hermano se confesase, cuya piadosa y justa petición obtuvo por única respuesta que *los traidores no necesitaban de más confesor que del verdugo*.

Y en efecto, no consintieron aquellos malvados que se confesase; y arrastrado, dejando á pedazos la carne en las piedras que le despedazaban, llegó al lugar del suplicio, en donde, por los piés tambien, le colgaron entre los dos alguaciles. Males que de tal modo se remedian, son casi preferibles al remedio. Tal fué el comienzo de las célebres *Comunidades de Castilla*: sirva esto de aviso á los que añadiendo á lo bueno y positivo, lo muy bueno ideal, y descartando todo lo criminal y vituperable, quieren hacer de semejante alzamiento una interesante novela, santificando todos los hechos, y haciendo al gobierno de Carlos I peor de lo que en realidad fué.

En Zamora se puso al frente del movimiento el obispo Acuña; y como los procuradores habian podido escarmentar en agena cabeza, no se presentaron y tuvieron los insurrectos que contentarse con quemarlos en estatua. En cuanto al obispo (el lector verá sus hechos y su fin en el Apéndice) no tenia vocacion seguramente para el sacerdocio. Obluvo la mitra de Zamora, sorprendiendo en Roma á Julio II, sin haber sido presentado por la corona, y el gobierno reclamó de esta infraccion y dió orden al cabildo para que no le reconociese ni recibiese; mas Acuña formó una legion, y como si se tratara de conquistar una plaza, penetró por fuerza en su diócesi, y se hizo fuerte en la iglesia de Fuentesauco.

Salió contra el obispo el célebre alcalde Ronquillo, hombre de duro carácter y de firme corazon; mas Acuña se defendió tan bien, y tan buena maña se dió, que despues de amenguar la hueste de Ronquillo, logró aprisionar á este y encerrarle en el fuerte de Fermoselle.

Puesto Acuña á la cabeza de la insurreccion zamorana, salió á batirle el conde de Alba de Liste, el cual le venció y arrojó de Zamora. Acuña, sin embargo, volvió sobre la ciudad, y habiéndose pronunciado en su favor la poblacion, el conde y los suyos tuvieron necesidad de huir, y Zamora quedó por el obispo.

Siguieron al pronunciamiento de Zamora, los de Toro, Madrid, Avila, Cuenca, Soria, Alcalá y Guadalajara: en esta ciudad se puso al frente del movimiento el conde de Saldaña.

En unos puntos vencian los insurrectos sin oposicion; en otros encontraban resistencia, y en todos habia mayores ó menores desmanes. En Cuenca, despues de Segovia, se señaló de muy

horrible manera el popular motin; pero no fueron los revolucionarios los que dieron la señal para comenzar los horrores; fué doña Inés de Barrientos. D. Luis Carrillo de Albornoz, esposo de dicha señora, salió á hablar á los amotinados para procurar disuadirlos de su propósito, y ellos le insultaron y escarnecieron. Doña Inés, deseando vengar á su esposo de los ultrajes que habia recibido, fingió adherirse al pronunciamiento; atrajo á su casa á los cabezas del motin, con pretexto de establecer los medios para que coronase á aquel el mejor éxito, y en una gran cena que les tenia preparada, á beneficio de cierta preparacion en el vino, quedaron sumidos en un pesado letargo. En aquel estado fueron cosidos á puñaladas, y colgados despues en los balcones de la casa. Júzguese qué no ejecutaria el pueblo al dia siguiente, al encontrarse con aquel sangriento y repugnante espectáculo.

En Búrgos comenzó á consecuencia de la prision de dos artesanos, á quienes el corregidor quiso castigar por haber hablado con demasiada libertad. El pueblo, queriendo vengar á los presos, quemó la casa del corregidor y cuanto le pertenecia, y gracias que no pudieron haberle á las manos. Despues arrasaron otra porcion de casas, entre ellas la del procurador Ruiz de la Mota, el hermano del obispo de Badajoz, quemando primero muebles y alhajas. Al siguiente dia se apoderaron por asalto del alcázar; y despues de continuar su obra de demolicion y destrozos, fueron á un magnifico edificio propio de un francés llamado Jofre, bajo el pretexto de que con su riqueza insultaba á los pobres. En pocas horas la hermosísima casa solo presentaba un informe monton de ruinas, y no lograron saciar en él su ira por entonces, merced á algunos de los nobles que habian tomado parte en la insurreccion y al embajador de Francia.

Hubiera salvado seguramente la vida, si no hubiera sido demasiado suelto de lengua; y como sus amenazas é insultos llegasen á noticia de los amotinados, salieron tras él, que ya no estaba en Búrgos, y le alcanzaron en Atapuerca.

Quiso defenderle el embajador; mas poco podia imponer un embajador á aquella descreida muchedumbre, que no se detuvo ante la custodia con la sagrada Forma, que le presentó un sacerdote.

Pudo convencerles, empero, el corregidor Osorio de que no le matasen, y le llevasen preso, para formarle causa; pero de la prision le sacaron al momento, y siguiendo el ejemplo de los rebeldes de Segovia le arrastraron y colgaron por los piés.

Continuó en Búrgos el motin hasta que fué nombrado corregidor el condestable D. Íñigo de Velasco, el cual hizo cambiar

la faz de la ciudad, pues con su prudencia y acierto logró que la gente de valía que habia tomado parte en el alzamiento, se separase de la verdadera chusma.

Es sabido que la odiosa dominacion de los flamencos dió margen á aquellas revueltas, y que en medio á los trastornos y excesos que cometia la gente que nada tenia que perder, de la que irremediamente se mezcla en todas las revoluciones, habia justicia para reclamar, y personas de órden y de valía entre los reclamantes.

Propagándose el movimiento rápidamente á casi todo el reino, se dió el nombre de *Comunidades* á las poblaciones que se habian alzado contra el gobierno, y de *comuneros* á los que se habian adherido al movimiento popular, que en su origen solo se dirigió contra los famélicos y despóticos extranjeros.

La córte estaba ya en Valladolid de regreso de la Coruña; el rey caminando á Alemania; el regente reunió el Consejo, y aunque el primero era dulce de carácter y de muy bondadoso corazón, la mayoría del segundo decidió que debia emplearse la fuerza para sujetar á los rebeldes.

En virtud de esta decision, se comisionó al alcalde Rodrigo Ronquillo, el prisionero de Fermoselle, para que con suficiente tropa fuese á domar á los insurrectos de Segovia.

La fama de rigoroso que el nombrado tenia exasperó al pueblo; y la ciudad, para rechazar á Ronquillo, nombró jefe de la comunidad de Segovia á *Juan Bravo*. Hecho esto, se construyó en medio de la plaza una horca, que se regaba y *barria todas las mañanas*, expresamente destinada para Rodrigo Ronquillo.

Llegó este á Santa María de Nieva, y se mostró excesivamente severo con los prisioneros que hizo en algunas escaramuzas y encuentros, habiendo ahorcado los que pudo coger.

Logró despues adelantarse hasta Zamarramala, en donde á voz de pregon declaró traidores á los que se oponian á su entrada en la ciudad; y cuando de avanzar trataba, aparecieron *Juan de Padilla*, capitan de la comunidad de Toledo, y *Juan de Zapata*, de la de Madrid: el primero acaudillaba dos mil peones y doscientos ginetes; el segundo, cuatrocientos de los primeros y cincuenta de los últimos.

Reunidos con *Juan Bravo*, *Padilla* y *Zapata*, acometieron á *Ronquillo*, el cual tenia una cuarta parte de la fuerza que le atacaba. Pocos minutos bastaron para que la tropa del alcalde se desbandase: él tuvo que huir hasta llegar á Arévalo, en donde se refugió y creyó seguro, por ser de allí natural.

Este descalabro sufrido por el gobierno, alentó á las pocas

ciudades que aun no se habian decidido. Salamanca se sublevó, tomando el mando de la ciudad un cierto Villoria, curtidor de oficio, y poniéndose al frente de la gente de armas D. Pedro Maldonado Pimentel.

Siguieron Murcia y otras poblaciones, y continuaron los asesinatos y desmanes; y en tan apurada situacion, creyendo el Consejo que era conveniente castigar el exceso de Segovia, que habia batido la tropa del gobierno, mandó sacar de Medina del Campo la artillería que allí estaba depositada; mas la ciudad se negó á dejarla sacar. El guante estaba echado, y el gobierno ya no podia menos de mostrarse severo y fuerte.

Al saber la resolucion de los medineses, nombró el regente al general D. Alfonso Fonseca para que, unido á Ronquillo, sacase á viva fuerza de Medina la artillería. El pueblo, para dificultar más el sacarla, la habia quitado las cureñas y ruedas.

Llegó Fonseca, y tuvo que resistir un rudo ataque de los medineses, que salieron á recibirle; mas él los obligó, por fin, á replegarse y á encerrarse en la ciudad.

No pudiendo penetrar en ella las tropas reales, Fonseca, imitando á los modernos bombardeadores, hizo arrojar gran número de alcancias rellenas de alquitran ardiendo, á consecuencia de lo cual fueron incendiados varios edificios. No se rindieron, sin embargo, los medineses, y las tropas del gobierno tuvieron que replegarse. Las pérdidas de la ciudad, que era riquísima por su comercio, fueron inmensas é incalculables.

Hé aquí unos fragmentos de la carta dirigida por la comunidad de Medina á la ciudad de Valladolid:

«Despues que no hemos visto vuestras letras, ni vosotros, señores, las nuestras, han pasado por esta desdichada villa tantas y tan grandes cosas, que no sabemos por do comenzar á contarlas. Porque gracias á Nuestro Señor, aunque tuvimos corazon para sufrirlas, no tenemos lenguas para decirlas. Muchas cosas desastradas leemos haber acontecido en tierras extrañas, muchas hemos visto en nuestras propias tierras; pero cosa como aquí ha acontecido á la desdichada Medina, ni los pasados ni los presentes la vieron acontecer en toda España.

«Por cierto, señores, el hierro de nuestros enemigos en un mismo punto heria en nuestras carnes, y por otra parte el fuego quemaba nuestras haciendas. Y sobre todo, veiamos delante de nuestros ojos que los soldados despojaban á nuestras mujeres é hijos. Y de todo esto no teniamos tanta pena como de pensar que con nuestra artillería querian ir á destruir á la ciudad de Segovia; porque de corazones valerosos es los muchos

» trabajos propios tenerlos en poco, y los pocos agenos tenerlos
» en mucho.

» No os maravilleis, señores, de lo que os decimos; pero ma-
» ravillaos de lo que os dejamos de decir. Ya tenemos nuestros
» cuerpos fatigados de las armas, las casas todas quemadas, las
» haciendas todas robadas, los hijos y las mujeres sin tener do
» abrigarlos, los templos de Dios hechos polvo, y sobre todo, te-
» nemos nuestros corazones tan turbados que pensamos tornar-
» nos locos..... El daño que en la triste Medina ha hecho el fue-
» go, conviene á saber, el oro, la plata, los brocados, las sedas,
» las joyas, las perlas, las tapicerías y riquezas que han quema-
» do, no hay lengua que lo pueda decir, ni pluma que lo pueda
» escribir, ni hay corazon que lo pueda pensar, ni hay seso que
» lo pueda tasar, ni hay ojos que sin lágrimas lo puedan mirar;
» porque no menos daño hicieron esos tiranos en quemar á la
» desdichada Medina, que hicieron los griegos en quemar la po-
» derosa Troya..... Entre las casas que quemaron estos tiranos
» fué el monasterio del señor San Francisco, en el cual se que-
» mó de toda la sacristía infinito tesoro, y agora los pobres frai-
» les moran en la huerta, y salvaron el Santísimo Sacramento
» cabe la noria, en el hueco de un olmo. De lo cual todo podeis,
» señores, colegir que los que á Dios echan de su casa, mal de-
» jarán á ninguno en la suya. Es no pequeña lástima en decirlo,
» y sin comparacion es muy mayor verlo. conviene á saber, á
» las pobres viudas y á los tristes huérfanos y á las delicadas
» doncellas, como antes se mantenian de sus propias manos en
» sus casas propias, agora son constreñidas á entrar por puertas
» agenas. De manera que por haber Fonseca quemado sus ha-
» ciendas, de necesidad pondrán otro fuego á sus famas. Nuestro
» Señor guarde sus muy magníficas personas. — De la desdi-
» chada Medina á veintidos de Agosto, año de mil quinientos y
» veinte.»

» Agradezca Segovia á la decision de los medineses, que tanto
» habian sufrido por no consentir en que la artillería allí depositada
» fuese llevada contra ella, les dirigió una carta, de la cual pue-
» den verse las siguientes líneas:

» «Nuestro Señor nos sea testigo que si quemaron desa villa
» las casas, á nosotros abrasaron las entrañas, y que quisiéramos
» más perder las vidas, que no se perdieran tantas haciendas.
» Pero tened, señores, por cierto *que pues Medina se perdió por
» Segovia, ó de Segovia no quedará memoria, ó Segovia vengará
» la su injuria á Medina.....* Nosotros conocemos que, segun el
» daño que por nosotros, señores, habeis recibido, muy pocas

»fuerzas hay en nosotros para castigarlo. Pero desde aquí decimos, y á la ley de cristianos juramos, y por esta escritura prometemos que todos nosotros por cada uno de vosotros ponemos las haciendas é aventuraremos las vidas; y lo que menos es que todos los vecinos de Medina libremente se aprovechen de los pinares de Segovia, cortando, para hacer sus casas, madera. Porque no puede ser cosa más justa que pues Medina fué ocasion que no se destruyese con la artillería Segovia, que Segovia dé sus pinares con que se repare Medina.....»

El desastre de Medina hizo que estallase la insurreccion en Valladolid, á pesar de residir allí el gobierno. Comenzó aquella por el toque de rebato, y reunidos á son de campana cinco ó seis mil sublevados, arrasaron muchas casas, entre ellas la del general Fonseca, las de los últimos procuradores, las de los regidores y otras muchas.

Mas para que se vea que en aquella revolucion no faltó lo que en todas sobra, segun Sandoval, un *tundidor* de Medina, llamado *Bobadilla*, se hizo jefe de las turbas, y despues de la revuelta tomó casa, puso porteros y se dejaba llamar señora.

España no hubiera sido conocida por los inolvidables Reyes Católicos, si hubiesen podido verla. En todas partes destruccion, quemas, vejámenes; muchos nobles y prelados fugitivos, sin tener otro delito que su misma calidad y gerarquía, al paso que los merecedores del odio popular procuraban no ser habidos, como Fonseca y Ronquillo, que pudieron salir de España para incorporarse con el emperador-rey, á fin de referirle lo que en su reino ocurría.

Ya no existía provincia alguna de España que no estuviese adherida al general pronunciamiento; y viéndolo así, la parte sana, si así puede decirse, de los insurrectos, aquellos que no querían corregir un daño con otro mayor, determinaron que todas las ciudades nombraran sus representantes, y que todos ellos se reuniesen en un punto que sirviese de centro comun, y diese orden y unidad al movimiento, en provecho de la causa que habian abrazado.

El punto elegido fue la ciudad de Avila, y á la congregacion general dióse el nombre de *Junta Santa*.

Reunidos allí los representantes de todas las comunidades, sin distincion de nobles ni plebeyos, de letrados ni indoctos, de clérigos ó seglares, fué elegido capitán general, así puede decirse, de las comunidades el valeroso caballero toledano Juan de Padilla, y presidente de la *Junta Santa* D. Pedro Laso de la Vega. Hé aquí los objetos que aquella se proponía:

«En aquella Santa Junta, decía, no se ha de tratar sino el

»servicio de Dios. Lo primero, la felicidad del rey nuestro señor. Lo segundo, la paz del reino. Lo tercero, el remedio del patrimonio real. Lo cuarto, los agravios hechos á los naturales. Lo quinto, los desafueros que han hecho los extranjeros. Lo sexto, las tiranías que han intentado algunos de los nuestros. Lo sétimo, las imposiciones y cargas intolerables que han padecido estos reinos. De manera que para destruir estos siete pecados de España, se inventen siete remedios en esta Santa Junta.....» etc.

Lo primero que hizo la junta fué declarar caducada la autoridad y jurisdiccion del cardenal Adriano, regente del reino, así como las del Consejo real, *constituyéndose la misma junta en autoridad suprema.*

En tan críticas circunstancias, el regente y el Consejo adoptaron una rara y peregrina determinacion. Se acordaron de que existía la desventurada doña Juana, de quien para nada se habian ocupado largos años habia. A Tordesillas trataron de ir á molestarla para que firmase varias resoluciones contra los comuneros, puesto que estos no podian deponerla como al regente y al Consejo.

Ganáronles por la mano Juan de Padilla y Juan Bravo. Habiendo llegado á tiempo de apoderarse de Tordesillas, se presentaron á la reina, que los recibió con una afabilidad en ella insólita.

Pintó Padilla discretamente á la reina los desafueros de los flamencos que tenian engañado al rey, y el verdadero objeto de las comunidades. La reina, hablando muy en razon, mostró dolerse de lo que oía, aseguró á Padilla que á haberlo sabido, lo hubiera remediado, y terminó *por nombrar á dicho caudillo capitan general*, y por autorizar á la *Santa Junta* para que se trasladase y fijase en Tordesillas, residencia de la misma reina.

Con este motivo se instaló inmediatamente la junta de los comuneros en la residencia de doña Juana, y para celebrar tan grata é importante novedad, hubo torneos y otros públicos festejos. La reina se presentó en ellos, mostrándose satisfecha y dándose toda la importancia que á una soberana corresponde; mas bien pronto desapareció aquel fugaz relámpago de tranquila alegría, y le sucedió la habitual y casi letárgica tristeza.

Pasados los dias dedicados á las fiestas públicas, dirigióse Padilla con su ejército á Valladolid, en cuya ciudad fué recibido triunfalmente. Apenas se supo su aproximacion á la residencia del gobierno, cuando los consejeros se dispersaron y pusieron en cobro. Algunos, menos diestros ó menos afortunados que los demás, cayeron en poder del caudillo de los comuneros, el cual

los hizo prisioneros, dejando libre al regente aunque pudo apresarle, por respeto á la púrpura cardenalicia, y porque su carácter amable y conciliador le habia hecho ser querido aun de los enemigos de todo extranjero.

No se detuvo Padilla en Valladolid: se apoderó del real sello, y con él y con los consejeros que habia apresado regresó á Tor-desillas.

Por aquel tiempo se esparció la voz de que habia la reina recobrado la razon. Parece que tuvo esta especie su origen y fundamento en la cordura con que contestó á los discursos que se la dirigieron, lamentándose de las calamidades que sobre la nacion pesaban, y aun llegó á asegurarse que doña Juana contestó con palabras muy propias y con razones muy notables, extrañando con enérgicas y sentidas frases el que no hubieran los españoles tomado una pronta y justa venganza. Que la voz circuló es tan indudable, que se sacó un público y autorizado testimonio de *haber la reina recobrado su razon*: lo que no sabemos es si aquel largo y lúcido intervalo que suspendió los tristes efectos de su habitual monomanía tuvo fin, como se dice, con los festejos, ó si seria más duradero. Lo que parece más probable es que los comuneros abultarian aquella, para ellos, grata novedad, que á ser creída y poder ser sostenida, quitaba de hecho y de derecho á Carlos I el cetro. Siendo esto cuanto pudieran desear los comuneros, é imperando ellos solos á la sazón en España, dicho se está si les faltarian medios de hacer circular la voz y de tomar el público y solemne testimonio del importante y notable hecho.

Fué comisionado el doctor Zúñiga por los procuradores del reino para exponer á la reina los males que al reino afligian y la necesidad de un pronto y eficaz remedio. Doña Juana se hizo cargo de todo, y prometió solemnemente auxiliar á los comuneros con toda eficacia, para que pudiesen reconquistar los fueros y libertades de la nacion.

Prósperamente caminaban las comunidades. Padilla habia baticido á las fuerzas reales que se le habian opuesto, y el rey no contaba con caudillos, que todos estaban ocultos, ni con gobierno que le representase. En tan favorable estado, y contando, como en efecto contaba, con el apoyo de la reina legítima, de cuya persona eran dueños, parecia que su causa habia por completo triunfado, y que nada podia ya hacerla sucumbir. Tenian, sin embargo, los comuneros en su mismo cuerpo el germen de la destruccion: su jefe supremo, Padilla, era un cumplido caballero, un guerrero esforzadísimo; mas no poseia una cabeza organizada, y carecia tambien del necesario talento para

dirigir. Estas desventajosas circunstancias y alguna ambicion que demostró, como despues veremos, contribuyeron eficaz y poderosamente á la ruina de los comuneros y á la destruccion de las comunidades. Las mismas desfavorables circunstancias de Padilla, concurrían en los demás individuos de la junta.

Fué su primer providencia la de emplazar á los que fueron diputados en las Cortes de la Coruña, para que se presentasen á sufrir un juicio de residencia, por el uso que habian hecho de los poderes que les confirieron las respectivas ciudades. Semillante providencia pudo ser muy justa, si la junta consideraba que habian los procuradores abusado; empero fué de todo punto ineficaz. Convencidos los emplazados de lo que podria suceder, segun el giro que los públicos asuntos tomaban, tuvieron buen cuidado de ponerse en salvo antes de que llegasen á emplazarlos, y ninguno respondió á la mencionada citacion. La reina, por otra parte, á pesar de la voz que circulara y del público testimonio, no tardó mucho en desentenderse de todo, para dedicarse á llorar á su perdido esposo; y con la falta del apoyo de la reina perdieron los comuneros tanto cuanto habian ganado.

En tan critica situacion pudieron haber proclamado al infante D. Fernando; mas quizá no lo harian, convencidos de la imposibilidad de hacerle venir á España, estando como á la sazón estaban tan lejos el infante, y tan próximo á este su hermano el rey, para impedir la venida.

Presentábase oscuro el político horizonte; no habia entre los principales comuneros un hombre capaz de hacer frente á las dificultades con su talento y energía; y como si todo lo dicho no fuera suficiente para poner en peligro la causa de las comunidades, la ínfima plebe, que es siempre la misma sea cualquiera el partido que domine, ó mejor dicho, que se compone de las mismas personas en todas épocas y circunstancias, como predispuesta á ganar siempre y nunca perder porque nada tiene, cometia toda clase de desmanes, ensañándose contra los poderosos, que era de quienes podia sacar lo que falta la hacia. Los caudillos de la revolucion no impedían aquellos males, ocupados como estaban en escogitar los medios de hacer llegar al puerto la combatida nave que gobernaban; y al paso que su causa perdía mucho entre la gente de orden, por efecto de los desafueros y pillaje de la plebe, aquella se enagenaba la voluntad y afecto de la gente de valía, entre la cual pudiera muy bien haberse encontrado una cabeza capaz de conjurar la tormenta y salvar la causa general.

Quiso tambien la junta, quizá por adquirir popularidad, establecer esa igualdad soñada, que no siendo para los saludables

efectos de la ley, que debe ser tan poderosa para el pobre como para el opulento, es una verdadera utopia, con lo cual engeñados los turbulentos y atropelladores, todos los magnates y nobles se separaron por completo de los comuneros. Estos, no sabiendo qué hacer y desprovistos de todo recurso, aunque ningun poder superior se les oponia, obrando como un cuerpo sin cabeza, dirigieron al rey una larga y respetuosa carta. O no debieron hacer esto para ser consecuentes en la rebelion, ó no debieron acudir al rey los que habian destruido su gobierno y encarcelado á sus ministros. Sin embargo de esto, tratando en la carta memorial al soberano con todo el respeto que le era debido, le relataban los sucesos que habian tenido lugar en España despues de su ausencia; le referian todos los males que á la nacion aquejaban, y le suplicaban el pronto y eficaz remedio.

Hé aquí un extracto de los más importantes capítulos que aquel escrito contenia, segun el Sr. Lafuente:

«Que el rey volviera pronto al reino para residir en él como
 »sus antecesores, y que procurara casarse cuanto antes para
 »que no faltara sucesion al Estado.—Que cuando viniera no tra-
 »jera consigo flamencos, ni franceses, ni otra gente extranjera,
 »ni para los oficios de la real casa, ni para la guardia de su
 »persona, ni para la defensa de los reinos.—Que se suprimieran
 »los gastos excesivos, y no se diera á los grandes los empleos
 »de hacienda ni del patrimonio real.—Que los gobernadores
 »pueslos en su ausencia fuesen naturales de Castilla, y á con-
 »sentamiento del reino.—Que no se cobrara el servicio votado
 »por las Córtes de la Coruña contra el tenor de los poderes que
 »llevaban los diputados, ni otras imposiciones extraordinarias.
 »—Que á las Córtes se enviasen tres procuradores por cada ciu-
 »dad, uno por el clero, otro por la nobleza y otro por la comu-
 »nidad ó estado llano.—Que *los procuradores que fueren envia-*
 »*dos á las Córtes, en el tiempo que en ellas estuvieren antes ni*
 »*despues, no puedan por ninguna causa ni color que sea, reci-*
 »*bir merced de Sus Altezas, ni de los reyes sus sucesores que*
 »*fueren en estos reinos, de cualquier calidad que sea, para sí,*
 »*ni para sus mujeres, hijos ni parientes, so pena de muerte y*
 »*perdimiento de bienes..... Porque estando libres los procura-*
 »*dores de codicia y sin esperanza de recibir merced alguna,*
 »*entenderán mejor lo que fuere servicio de Dios, de su rey y*
 »*bien publico.....*—Que no se sacara de estos reinos oro ni pla-
 »ta, labrada ni por labrar.—Que separara los consejeros que
 »hasta allí habia tenido y tan mal le habian aconsejado, para
 »no poderlo ser más en ningun tiempo, y que tomara á natura-
 »les del reino, leales y celosos, que no antepusieran sus intere-

»ses á los del pueblo.—Que se proveyeran las magistraturas en
 »sugetos maduros y experimentados, y no en los recién salidos
 »de los estudios.—Que los alcaldes fueran residenciados cuando
 »dejaran las varas, y que no hubiera corregidores sino en las
 »ciudades y villas que los pidieren.—Que á los contadores y
 »oficiales de las órdenes y maestrazgos se tomara también re-
 »sidencia para saber cómo habian usado de sus empleos, y
 »para castigarlos si lo mereciesen.—Que no se consintiera pre-
 »dicar bulas de cruzada ni de composicion, sino con causa ver-
 »dadera y necesaria, vista y determinada en Córtes; y que los
 »párrocos y sus tenientes amonesten, pero no obliguen á tomar-
 »las.—Que á ninguna persona, de cualquier clase y condicion
 »que fuese, se diera en merced indios para los trabajos de las mi-
 »nas y para tratarlos como esclavos, y se revocaran las que se hu-
 »biesen hecho.—Que se revocaran igualmente cualesquiera mer-
 »cedes de ciudades, villas, vasallos, jurisdicciones, minas, hi-
 »dalguías, espectativas, etc., que se hubieren dado desde la
 »muerte de la reina Católica, y más las que habian sido logra-
 »das por dinero y sin verdaderos méritos y servicios; que no se
 »vendieran los empleos y dignidades; y que se despidiera á los
 »oficiales de la real casa y hacienda que hubieran abusado de
 »sus empleos, y enriquecido con ellos más de lo justo con da-
 »ño de la república ó del patrimonio.—Que todos los funciona-
 »rios públicos desde el tiempo del rey católico dieran cuentas
 »de sus cargos ante personas nombradas por el rey y por el
 »reino.—Que todos los obispados y dignidades elesiásticas se
 »dieran á naturales de estos reinos, hombres de virtud y de
 »ciencia, teólogos ó juristas y que residan en sus diócesis.—Que
 »se anulara la provision del arzobispado de Toledo, hecha en ex-
 »tranjero sin ciencia ni edad, á quien podia dar las rentas que
 »quisiese en otra parte; y que los clérigos no entendieran en
 »causas criminales contra seglares.—Que hiciera restituir á la
 »corona cualesquiera villas, lugares, fortalezas ó territorios que
 »retuviesen los particulares contra lo mandado y dispuesto por
 »la reina doña Isabel.—Que los señores pecharan y contribu-
 »yeran en los repartimientos y en las cargas vecinales como
 »otros cualesquiera vecinos.—Que tuviera cumplido efecto todo
 »lo otorgado al reino en las Córtes de Valladolid y de la Coru-
 »ña.—Que se procediera rigurosamente contra Alonso de Fon-
 »seca, el licenciado Ronquillo, Gutierre Quijada, el licencia-
 »do Janes y los demás que habian destruido y quemado la vi-
 »lla de Medina.—Que aprobara lo que las comunidades hacian
 »para el remedio y reparacion de los abusos; concluyendo con
 »un proyecto de decreto ó edicto real, dando sancion á to-

»dos los capítulos y mandando que fuesen observados en el reino.»

Aprobado y firmado el escrito, nombró la junta á los que habian de ser portadores de él. Salieron aquellos en direccion de Flandes; y de ellos, que eran tres, uno avanzó hasta Worms para pedir audiencia al emperador, y de orden de este fué preso. Los otros dos mensajeros, no queriendo experimentar igual suerte, retrocedieron.

Era muy difícil, por no decir imposible, el que D. Carlos I quisiese pactar con los emisarios de aquellos mismos comuneros que habian conculcado su autoridad y menospreciado su poder. Aquellos, además, tuvieron la desgracia de no ser oidos tampoco por el rey de Portugal, al cual acudieron, al mismo tiempo que al emperador, para que abogase cerca de este último soberano en pro de los intereses de las comunidades.

Antes de que llegaran á Flandes los comisionados, ya habia recibido D. Carlos una carta de Adriano y de los consejeros prófugos, en la cual pintaban muy al vivo y exactamente el estado en que la nacion se hallaba, y manifestaban hasta qué punto estaba el poder real despreciado.

El rey, ó el emperador, creyó conveniente poner remedio al grave mal, y al efecto comenzó por nombrar dos nobles que acompañasen al cardenal Adriano en el gobierno del reino. Contaba con la nobleza que, en general, estaba profundamente disgustada con los comuneros, tanto porque se habian desentendido de ella, cuanto por los vejámenes que de la plebe habia sufrido; y al mismo tiempo, vigorizando la natural debilidad de Adriano, complacia á los españoles asociando á un extranjero dos nacionales.

Fueron los elegidos el almirante D. Fadrique Enriquez y el condestable D. Íñigo de Velasco; dos hombres de los más poderosos de Castilla; famosos como caudillos, de autoridad suma y muy queridos del pueblo.

Con las respectivas credenciales y poderes, recibieron los nombrados las siguientes instrucciones:

«Que disolvieran la junta de Avila y echaran de Tordesillas
» al capitán toledano; que convocaran las Cortes, pero no otorgaran nada en ellas sin consultarlo con él, y le dieran diariamente aviso de lo que en ellas se tratara; que las ciudades que
» no enviaran sus procuradores quedaran privadas de tener voto
» en Cortes para siempre; que los que habian tomado fortalezas
» las devolvieran á sus antiguos alcaides, y que las rentas reales
» se repusieran en su anterior estado; que pudieran conceder indultos, pero á reserva de los instigadores principales de la re-

»belion; que divulgaran la voz de su venida á España antes de
»lo que se habia pensado; que no permitieran se menoscabara
»en un átomo la autoridad real; que hicieran á los clérigos pre-
»dicar la obligacion en que estaban los pueblos de amar al
»rey, y las mercedes que el rey habia hecho y hacia á los
»pueblos.»

Las instrucciones terminaban por otorgar algunas de las peti-
ciones hechas por las Córtes.

No fué seguramente ineficaz la determinacion del emperador:
la gente de orden, é imparcial por lo tanto, recibió con gusto
aquella disposicion, que supo cuando la causa de los comuneros
habia perdido muchísimo.

El cardenal Adriano fué el primero que tuvo noticia de la re-
solucion del emperador; y vistiéndose un disfraz, llevando un
solo paje en su compañía, se trasladó de Valladolid á Medina
de Rioseco, á pesar de la vigilancia con que se le seguian los
pasos.

El condestable se hallaba en su villa de Briviesca, en donde
habia buscado un refugio cuando el pueblo le expulsó de Búr-
gos, y allí recibió su credencial, poderes é instrucciones. Sin
moverse de su villa, y haciendo uso de la irresistible llave de
oro, hizo llegar sus órdenes reservadas y secretas á las personas
que en Búrgos le eran fieles; y por ellas auxiliado, ofreciendo á
cada uno lo que más deseaba, y al pueblo en general exenciones
y privilegios, logró que Búrgos le admitiese como á represen-
tante del rey y abandonase la causa de las comunidades.

La defeccion de Búrgos fué en realidad la primera noticia ofi-
cial que tuvieron los comuneros del cambio de fortuna que im-
pensadamente habian experimentado. Con ella supieron el nom-
bramiento de los adjuntos al regente, la fuga de este y la soli-
citud con que le rodearon los principales magnates, tales como
el conde de Benavente, el marqués de Astorga, el conde de Le-
mos y otros muchos igualmente ilustres y poderosos. Estos per-
sonajes no aparecieron aislados en la residencia del cardenal
regente, sino, por el contrario, seguidos de ballesteros, mosque-
teros, hombres de armas y escogidas lanzas.

Las operaciones de la regencia se habian desarrollado con
toda la rapidez de que á tiempo no hicieran uso los comuneros,
y llevaban además el sello de la prevision y de la reserva. En
tanto que los grandes improvisaban un respetable ejército, el
duque de Nájera, virey de Navarra, mandaba tropas á Búrgos
para reforzar las del condestable; el conde de Chinchon pene-
traba en Segovia, batiéndose denodadamente con los comuneros
hasta dentro de la misma catedral, en cuyo sagrado recinto se

dió una formal batalla; el señor de Torrejon de Velasco atacaba á la comunidad de Madrid; el duque del Infantado batía á los de Guadalajara y daba garrote al jefe de la revolucion en aquella ciudad, y todo esto se hacia simultáneamente, y no se daba á los insurrectos un punto de reposo.

Casi al mismo tiempo fué nombrado el conde de Haro, hijo primogénito del condestable, capitan general del ejército del rey. Puesto al frente de algunas tropas y de las auxiliares de Navarra, se dirigió á Medina de Rioseco, llegando á este punto con un ejército numeroso; porque en el camino se le incorporaron el conde de Oñate, el de Osorno y el marqués de Falces, cada uno con su respetable hueste de tropas aguerridas.

Tan grandes eran la actividad y energía del gobierno del rey, cuantos eran el desconcierto y la inacción de los comuneros, sorprendidos de aquel alarde de vigor y de fuerza que positivamente no esperaban hallar en sus contrarios.

Tambien el condestable procuraba atraer á la ciudad de Valladolid para que siguiese el ejemplo de Búrgos. Esta, instigada por el condestable, dirigia cartas á Valladolid; mas aunque era contestada, las contestaciones todas daban muy poca esperanza de que accediese á los deseos de Búrgos: lejos de esto, daba en rostro á la noble córte de Fernan Gonzalez y de los valerosos condes de Castilla con su falta de fé y de firmeza.

Aun estaban algun tanto animados ciertos comuneros, confiando en que la regencia trina no se constituiria; porque cuanto hasta entonces se hiciera habia sido impulsado por el condestable; el cardenal, no sirviendo para ser planeta, era satélite del citado co-regente: en cuanto al almirante, el tiempo trascurria, y nada decia; ni aun se habia llegado á comprender si aceptaria el nombramiento.

Pinta la historia á D. Fadrique Enriquez como hombre conciliador, bondadoso y pacífico, sin dejar por esto de ser esforzado y firme en sus decisiones, una vez adoptadas.

Tenianle los comuneros por más suyo que del rey; porque habia sido en las Córtes vallisoletanas de los más decididos contra la proclamacion de D. Carlos mientras viviese, loca ó cuerda, la reina doña Juana. Habia este hombre ilustre disentido en muy pocos puntos con los comuneros; y disgustado del ningun fruto que habian dado sus eficaces diligencias y elocuentes peroraciones, al ver que el rey abandonaba á España, contra sus deseos y dictámen, abandonó la córte para no ser testigo de los males que habia predicho, y se retiró á Cataluña, en donde tenia una parte de sus estados.

Decidióse por fin, contra lo que muchos esperaban, á aceptar

el nombramiento de regente; y es fama que lo hizo exento de toda ambicion, y con el deseo y propósito de contribuir á la paz general y de evitar males y desgracias.

El primer paso que dió el almirante como regente fué para dirigir una carta á Valladolid, en la cual la exhortaba á volver á la senda de la lealtad que habia abandonado, asegurando, empero, que sus intenciones eran tan pacíficas, que habia aceptado el cargo con que el rey le habia honrado, impulsado por el deseo de evitar la efusion de sangre, y convencido de que podria lograr su propósito.

Dirigió despues á la junta de los comuneros un largo escrito, calificado de notable por los más distinguidos historiadores. Certo que no podrian encontrar en aquel los más exigentes una idea, una palabra que no respirase bondad, deseo de paz y anhelo de conciliar todos los extremos; y como muy bien dice un elocuenté autor moderno, en el escrito en cuestión claramente *se ve lo poco que pedia á los comuneros, y lo mucho que les prometia en nombre del rey*. Juzgue el lector por sí mismo:

«Yo D. Fadrique Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla y de Granada, conde de Móxico, etc., en nombre de los reyes nuestros señores y de los caballeros que aquí están, é mio, os requiero delante de Dios, á quien tomo por juez de mi intencion, que no querais pedir con las armas aquello que se os dará de parte de Sus Altezas sin ellas; y á nombre de Su Magestad me obligo de cumpliros todas las cosas que aquí van declaradas; é para la seguridad que serán otorgadas é cumplidas, daré todo lo que pidiéredes, no seyendo en términos imposibles, é cumpliendo primero, señores, vosotros los que aquí diré.

«Lo que de parte de los procuradores que ahí, señores, estais, é de la junta, se ha de hacer é cumplir primero, es esto:

»Poner á la reina en libertad sin tenella con gente.

»Restituir al rey nuestro señor la gobernacion de su reino, que hasta agora le está usurpada.

»Restituir al conde de Buendía su casa, é al marqués de Moya é á D. Hernando de Bobadilla las otras cosas que están usurpadas de particulares.

«Hecho esto por vosotros, señores, yo me obligo y prometo en nombre del rey de firmar lo que aquí dice, y traerlo dentro de tres meses firmado, para lo cual daré la seguridad que quiéredes demandar.

«Prometo en nombre del rey que S. M. encabezará las rentas conforme á la cláusula del testamento de la católica reina nuestra señora.



»Prometo en nombre de S. M. que quitará el servicio que echó en la Coruña, é que de aquí adelante, cuando los pecharén, será con voto de las ciudades, é por cosa que manifiestamente vean que conviene, é con voluntad de ellas; é que quedarán libres por siempre los procuradores, con poder de consular, ó como ellas quisieren; é que el servicio esté depositado en nombre de las ciudades, porque non pueda ser gastado en otra cosa sino en aquello por que será demandado é otorgado, y esto viendo la manifiesta necesidad, é aun en ella non habrá fuerzas sinon con su voluntad.

»Prometo que otorgará Su Alteza que ninguna dignidad, ni beneficio, ni oficio, ni encomienda, ni tenencia non pueda ser dada á extranjeros.

»Prometo que no se sacará ninguna moneda de Castilla, é que para esto se dará toda la orden é seguridad necesaria.

»Prometo que en el derecho de las bulas se terná la forma que en las ciudades de Italia, sin hacer vejaciones ni descomuniones, como en las ciudades se tiene.

»Prometo que quitará todas las posadas del reino, que jamás se aposenten sinon por dineros.

»Prometo que S. M. revocará las naturalezas que ha dado en el reino.

»Prometo que no se cargará nada en naos extranjeras, sinon en las del reino.

»Prometo que S. M. dará los corregimientos conforme á las leyes del reino, y no irá contra ellas.

»Prometo que S. M. guardará todas las leyes del reino, como lo ha jurado, y las provechosas al reino, aunque no se hayan usado.

»Prometo que si han puesto algunas imposiciones ó hecho cuerpo de renta en alguna manera que no fué acostumbrada, que se revocará.

»Prometo que ningun oficial del reino terná más de un oficio, y que los oficiales de la casa real serán castellanos y no extranjeros, y que la casa real estará en pié con todos los caballeros é continuos que solian tener los pasados.

»Prometo que todos los oficios que vacaren serán proveidos en Castilla, é non fuera del reino, é que así será lo de las renunciaciones.

»Prometo que el Consejo é chancillería se terná de personas de ciencia é de conciencia, y tales que el reino no pueda de ellas tener sospecha; y que S. M. mandará tomarles residencia de tres en tres años, é á los presidentes é alcaldes del Consejo, é de la corte.

«Prometo que se tomará estrecha cuenta á los oficiales reales, para saber las rentas del rey qué se han hecho.

«Prometo que se verán los cambios y logros que se han pasado, y que se hará restituir todo lo mal levado.

«Prometo que se hará perdon general á todo el reino de todas las cosas pasadas, así para perlados, como para caballeros, como para las comunidades é pueblos de todo el reino, y que S. M. dará forma para que se satisfaga el daño que se hizo en la villa de Medina del Campo en la quema é por los otros daños que se han hecho en el reino.

«Prometo asimismo que la gente de armas será pagada de cuatro en cuatro meses, de manera que no puedan comer en los aposentos á costa de los pueblos.

«Que las fortalezas que tienen agora tomadas las tengan así hasta que esto se firme y cumpla, con tal que seyendo firmado las dejen como antes estaban.

«Paréceme, señores, que si deseais como decís el bien general del reino, que debeis tener por bien esto, pues se os otorga con buena voluntad, que non querello por fuerza é con daño del reino. Y si, lo que Dios no quiera, esto nouviéredes por bien, desde agora tomamos á Dios delante, y esperamos en él que será nuestro capitán.»

Desde que el bondadoso almirante Enriquez formó parte de la regencia, comenzó á perder la causa de las comunidades la aureola de patriotismo desinteresado y puro que hasta entonces la habia ennoblecido. Si los principales comuneros hubieran tenido por norte el bien del reino, se hubieran concordado con el conciliador Enriquez, puesto que él se manifestaba dispuesto á acceder á todo, en bien de la paz, y poco más de lo que aquel de grado ofrecia, pudieran haber de él exigido. Sin embargo, nada adelantó D. Fadrique: al presentarse en las inmediaciones de Valladolid, la ciudad le negó la entrada. Dícese que lo hizo á consecuencia de haber intentado penetrar en ella con fingidos halagos el conde de Benavente; mas este no era el almirante, ni tenian uno y otro la misma representacion oficial.

Sufrió templadamente D. Fadrique el inmerecido desaire, y pasando á Torrebaton, pidió á la junta salvoconducto para presentarse en Tordesillas, lo que tambien le fué negado; empero á instancia de algunos comuneros, fué una comision compuesta de tres individuos de la *Santa Junta* á conferenciar con D. Fadrique.

En aquella entrevista estuvo el almirante tan conciliador como en su escrito. Accedió á todo; *convino con los comuneros en hacer salir de Medina de Rioseco á los consejeros reales, y en*

disolver el ejército de los grandes. Puso, sin embargo, la justísima condicion de que al disolver las precitadas tropas, despidiese la junta igualmente las suyas.

No pudieron negar tan justísima demanda los comuneros, mas como su intencion no era seguramente favorable á la paz, buscaron un pretexto para romper la plática amistosa.

Viendo que el almirante á todo accedia, exigieron de él que *despidiese* al cardenal Adriano, y que *exonerase* del cargo de regente al condestable, so pretexto de que tenia oprimida á Búrgos. D. Fadrique, como todo el que tiene una paciencia que parece ilimitada, que si llega á perderla no hay forma ni medio de contenerle en su enojo, manifestó que se trataba de abusar de su bondad, exigiendo lo que era á todas luces injusto y lo que no estaba en su mano conceder. Con esto despidió á la comision de comuneros y pasó seguidamente á Medina para incorporarse con el cardenal.

Dícese que la cuestion se agrió más y tomó peor sesgo, á consecuencia de la prision en Worms de uno de los comisionados que los comuneros mandaron al emperador. Nosotros, sin dejar de creer que este suceso disgustase mucho á la junta de las comunidades, y aun la hiciese desistir de su propósito de someterse, si alguna vez le formó, por el temor del castigo, no encontramos extraño el proceder del emperador con unos súbditos suyos, representantes de una junta que habia tolerado infinitos desmanes y atropellos; y aunque algun ilustrado y moderno historiador llama á los emisarios súbditos *autorizados*, la autorizacion procedia de otros súbditos manifiestamente rebeldes á la autoridad del emperador, y este, por consecuencia, poco valor ni importancia podia dar á la autorizacion. Mayor motivo tuvieron los comuneros para decidirse á no ceder, en el triste suceso ocurrido con otros emisarios que la misma junta, llamada Santa, mandó á Búrgos.

Presentáronse los comisionados en la ciudad de Fernan Gonzalez, con el objeto de notificar al condestable que disolviera su ejército. D. Iñigo los trató muy bien y obsequió largamente; mas despues los mandó entregar al conde de Alba de Liste, el cual hizo dar garrote al jefe de los emisarios, que era camarero de la reina doña Juana. La ejecucion se verificó dentro de la prision misma; pero despues de hecha, el conde mandó dar libertad á los demás emisarios, y aun se asegura que al hacerles salir de la prision les mandó referir á los demás comuneros la manera con que eran en Búrgos recibidos sus delegados. Esta verdadera atrocidad, tan injustificable como impolitica, verificada cuando aun podian haberse encontrado medios de transaccion,

fué la señal de guerra; y á la guerra se prepararon los comuneros.

Entonces fué cuando estos comprendieron lo desacertados y apáticos que habian andado; y este daño que era irremediable, porque el instante que pasa no vuelve, estaba aumentado por la discordia que entre los jefes de los comuneros existia.

Juan de Padilla y D. Pedro Laso de la Vega eran los que al frente de las comunidades figuraban; el segundo era presidente de la Santa Junta, y capitan general de sus tropas el primero. Disgustados ambos de no obtener el mando absoluto y supremo, que tambien los comuneros no admilian rivales en el mando, venció Laso de la Vega como más intrigante que Padilla, el cual era un buen soldado, franco y leal. Laso, sin embargo, no se determinó, quizá no esperando lograrlo, á resumir en sí todos los poderes, y se limitó á derribar á Padilla. Expuso el presidente á la junta cuán conveniente seria poner el mando militar en manos de uno de los pocos nobles que no se habian agrupado en derredor de la regencia, y á consecuencia de las razones presentadas por Laso de la Vega, fué elegido en el acto para capitan general de los comuneros el primogénito del conde de Ureña, llamado D. Pedro Giron.

Este prócer no era adicto por conviccion á los comuneros: era uno de esos furibundos patriotas que en ninguna época de revueltas faltan, que aparentan lo que no son, para satisfacer resentimientos personales y procurar realizar el deseo que les impulsa y anima.

D. Pedro Giron habia pretendido heredar el ducado de Medina-Sidonia; y aun dícese que el emperador le habia prometido la anhelada herencia. Si D. Carlos hizo la promesa, no la cumplió; y esto fué suficiente para que Giron se hiciese comunero. Estos, que sentian ver á la grandeza divorciada de su causa, le acogieron con grande júbilo, y Laso de la Vega aprovechó la propicia ocasion para quitar el mando supremo de las armas al esforzado Padilla, trasladando aquel al jóven y valeroso Giron.

En esta ocasion, como antes hemos anunciado, mostró Juan de Padilla alguna ambicion muy perjudicial á la causa comun que defendia. Si sus deseos eran tan patrióticos como puros, debió demostrar, y aun tener en realidad, suficiente abnegacion para sufrir pacientemente el desaire, y para contribuir, en el puesto que en suerte le cupiese, al triunfo de su causa; mas no fué así. Resentido y enojado con la exoneracion, se retiró de Tordesillas; y pretextando que estaba enferma su esposa, sin querer escuchar á nadie tomó la vuelta de Toledo, siguiéndole

cuantos le habian sido fieles, así como la tropa que consigo llevara desde la antigua corte de los godos.

Pesó á la junta el haber disgustado á Padilla, que fué para aquella de muy mal agüero la retirada del valeroso caudillo; y hubiérale tenido á este desgraciado caballero infinita cuenta el haberse por completo separado de la revolucion, viendo cuál pagaban los méritos contraidos, y hubiérase evitado el desastroso fin que tuvo.

Poco duró, empero, el sentimiento de la junta. La oportuna llegada del enérgico Acuña, el obispo de Zamora, reanimó el valor de los abatidos y redobló el vigor de los enérgicos. El belicoso prelado llevó consigo á Tordesillas un *original* batallon, compuesto todo de clérigos. Este refuerzo fué el destinado á permanecer en la corte de los comuneros, con mil hombres de tropa, para defensa de la poblacion en que quedaban la reina y la junta, y salió de Tordesillas D. Pedro Giron con unos diez y seis mil hombres de todas armas en direccion de Rioseco, en donde permanecia el gobierno del rey.

Iban encargados del mando del ejército de las comunidades, bajo las órdenes de Giron, D. Pedro Laso de la Vega, el obispo de Zamora, D. Pedro Maldonado, D. Francisco Maldonado, don Gonzalo de Guzman, D. Fernando de Ulloa, D. Juan de Mendoza y D. Juan de Figueroa. Representaba Laso de la Vega á la comunidad de Toledo, los Maldonados á la de Salamanca, Guzman á la de Leon, Ulloa á la de Toro, Mendoza á la de Valladolid, y además iban en el ejército la mayor parte de los procuradores de las ciudades.

En Rioseco con el ejército real estaban el almirante, el conde de Benavente, el prior de San Juan, el marqués de Astorga, el conde de Alba de Liste, el marqués de Denia, el conde de Rivadavia, el de Altamira, el de Cifuentes, el señor de Alcañices, el de la Mota, el de Santiago de la Puebla, el vizconde de Balduerna y otros muchos.

Llegó Giron á dar vista á Rioseco tan seguro de la victoria, que mandó á aquella poblacion los reyes de armas para que en su nombre intimasen al gobierno la rendicion. El gobierno, sin contestar á la intimacion, guardó prisioneros á los reyes de armas.

Acercóse el caudillo de los comuneros á Rioseco, á tiempo que el ejército real salia á recibirle; y era por cierto triste y doloroso el considerar al frente de ambas huestes el venerando y temido pendon de Castilla: señal evidente é inequívoca de que iban á batirse hermanos con hermanos, amigos con amigos, valientes con valientes; que todos eran hijos de la hermosa España, y en ambos campos amenazador rujia el invencible leon de

Castilla. Por más justificadas que aparezcan algunas revoluciones, son siempre bien acerbos sus frutos, sobre ser casi siempre estériles en sus resultados.

Las guerrillas de los comuneros provocaron al ejército real; mas los caudillos de este comprendieron la conveniencia de no aceptar el reto, y permanecieron impasibles.

Algunos esperaban y aun aconsejaban á Giron que acometiese decididamente, puesto que los realistas con su inmovilidad demostraban su impotencia; y cierto no se comprende cómo se limitó á pasar todo el día en parodias de escaramuzas, que apenas este nombre merecieron. Por fin aquellas tuvieron término, con general disgusto del ejército comunero, mandando Giron al anochecer que se replegasen sus tropas á Villabraxima.

La razon que tuvieron los partidarios del rey para no aceptar la batalla, fué muy poderosa: su ejército no llegaba á una tercera parte del que tenia Giron. Por esto no se comprende su retirada á Villabraxima, que fué tan inoportuna como perjudicial é injustificable; empero fué oportunísima para los de Rioseco, pues dió lugar á que por la noche entrasen en la villa varios próceres y caballeros, entre ellos el conde de Haro, el de Miranda, el de Luna y D. Beltran de la Cueva con tropas escogidas, con cuyo refuerzo llegó el ejército á contar con diez mil hombres entre peones y ginetes, que venia á ser la mitad del que tenia Giron.

Rara vez en la guerra se recupera una propicia ocasion, cuando imprudentemente se pierde. Convencidos los comuneros de que habian podido destruir á sus enemigos y no lo habian hecho, comenzaron á mirar con recelo á Giron. Este, de acuerdo con la junta, trató de ahogar con gente á sus enemigos, y dispuso se buscasen refuerzos. Para adquirirlos se armaron en algunas ciudades todos los varones, desde la edad de diez y ocho años hasta la de sesenta. Entonces la chancillería de Valladolid, digna por cierto de elogio, deseando evitar sangre y desastres, entabló negociaciones con el gobierno del rey, á fin de evitar la guerra y acabar las discordias amistosa y pacíficamente.

Presentáronse las proposiciones el día 24 de Noviembre, y fueron perfectamente acogidas por el noble almirante, que era acérrimo partidario de la paz, y este decidió á todos. Animados los mensajeros, partieron desde Rioseco al campamento de los comuneros, en donde ni quisieron escucharlos. Y vemos otra vez que no deseaban la paz, sino las revueltas; porque no eran menos patriotas de lo que ellos se decian los mensajeros vallisoletanos que habian propuesto la paz en Rioseco. Estaban los comuneros mal dispuestos en general á la paz; y el discolo y avie-

so Acuña, tan afecto á la guerra como el almirante á la paz, los decidió á no escuchar cosa que tendiera á la conciliacion.

El mismo mal resultado tuvieron las secretas y astutas gestiones de un religioso de San Francisco, llamado Fr. Antonio de Guevara, el cual, descubierto por Acuña, tuvo que marchar del campo de las comunidades, saliendo por milagro ileso.

No perdió el tiempo, empero, Fr. Antonio: cuando el obispo de Zamora se apercibió de sus intentos, ya habia tenido el religioso varias conferencias secretas con D. Pedro Giron, y es opinion general que este vendió á los comuneros. Tales son todos los jefes de partido que, sin conviccion y por ambicion ó por venganza, se adhieren á una causa cualquiera.

Vióse la primera muestra de la traicion en la órden que dió el supremo caudillo de pasar á Villalpando. El pretexto fué lo crudo del invierno, que á la sazón el mes de Diciembre descargaba sobre Castilla todos sus rigores; y las tropas, que carecian de tiendas de campaña y de cuanto era necesario para hacer más soportables las inclemencias del cielo, marcharon alegres y sin murmurar á donde pensaban encontrar más cómoda estancia.

Quitado al ejército real el imponente obstáculo del numeroso ejército comunero, salió inmediatamente de Rioseco en direccion de Tordesillas, con el objeto de apoderarse de la reina y de la junta. Cuando llegó á noticia de los comuneros la marcha de la hueste real, supieron igualmente que esta estaba ya batiendo los muros de Tordesillas.

Igual fué el denuedo en la acometida y en la defensa, distinguiéndose mucho, tristemente, la falange clerical; y decimos tristemente, porque es repugnante y vituperable el ver convertidos, sea cualquiera la causa que defiendan, á los ministros de paz en instrumentos de mortífera guerra.

Llevaban la peor parte los del rey, como que se batian á cuerpo descubierto; pero nada les arredraba, y era de ver el heroico valor de los grandes de España. Cuéntase que el conde de Cifuentes, mostrando al de Haro, que era el jefe de la expedicion, su estandarte de encarnado y verde damasco, con la efigie de Santiago apóstol, le decia: «Ved dónde con este estandarte me colocais, porque os juro por Dios que no he de dar paso atrás de donde me pusiéredes.»

Penetraron por fin los del conde de Haro en Tordesillas por las brechas que hicieron en el muro, y escalando sobre los hombros de sus compañeros con tan heroica decision como completo desprecio de la vida; y terminada la lucha extramuros, comenzó la sangrienta batalla dentro de las calles, hasta que cayó en poder de los realistas la reina doña Juana y la infanta su hija, que

fueron tratadas con todo el respeto que les era debido. También hicieron prisioneros á nueve individuos de la junta: los demás individuos de esta lograron fugarse.

Cuéntase que los soldados se entregaron al pillaje, en lo cual no hicieron sino imitar á los de los comuneros. Sabido es lo que puede esperarse del soldado en campaña, cuando no se impiden enérgicamente sus naturales instintos, que ellos justifican, considerándolos como consecuencia de los riesgos que imperturbables desafían y de las privaciones que sufren.

La toma de Tordesillas impuso pavor en las ciudades dominadas por los comuneros. Teniendo estos, como tenían, más ejército que los del rey, debieron acudir inmediatamente sobre Tordesillas y cargar sobre Rioseco, que estaba casi desguarnecida, para apoderarse del cardenal; pero no cuidaban más del pro común los de las comunidades, que lo acostumbrado por los caudillos todos de las revoluciones antiguas y modernas. Padilla, resentido, no quería salir de su retiro; Giron, que había obrado por despecho y venganza, estaba ya ganado; Acuña, tenaz y déspota, aunque se decia liberal á la manera de entonces, tenia celos de mando, y estaba enemistado con Giron, y los jefes menores en importancia dejaban á los superiores el cuidado de remediar el mal.

Valladolid, que tanto se habia distinguido contra el emperador, y que no estaba muy distante de Tordesillas, temió mucho. dió el consejo más acertado de cuantos á la sazón pudieran servir para remediar el daño; mas le dió sin resultado. Propuso que el ejército comunero marchase contra Tordesillas por una parte, al mismo tiempo que los de la ciudad irian contra aquella por otra, de cuya combinada operacion resultaria la rendicion de Tordesillas, que no podria resistir el ataque simultáneo de tan grandes fuerzas.

Nada se hizo, empero, y la nacion sufría todos los males de una verdadera anarquía y de la guerra civil; porque no habia seguridad en nada ni para nadie, y segun describen los horrores de aquella época autores antiguos y respetables, ni las mujeres estaban tranquilas dentro del mismo hogar doméstico, ni los propietarios tenían cosa segura, ni los artesanos trabajaban, ni se ocupaban dentro de las poblaciones en otra cosa que en perseguirse á muerte realistas y comuneros, siendo todo insultos y vejaciones y calumnias y heridas y muertes.

Como la justicia no imperaba, porque no existia, robábase á mansalva, y los depredadores vendian (son palabras de Sandoval) á dos reales cada carnero, á real cada oveja y á dos ducados cada vaca; como que para adquirir lo que vendian no tenían

otro trabajo que el de desposeer de ello á sus legítimos dueños. Tal era en 1520 la España pacífica y gloriosa de Isabel I y de Fernando V; tales son, en efecto, por punto general, las revoluciones, á cuya sombra medran los perdidos de uno y otro bando, y tal fué, en fin, la á que dieron márgen los que de allende viniéran con Carlos I y los llamados comuneros, por más que algunos hayan formado el empeño, en sus obras de amena literatura, de poetizarla y darla una forma dramática, que á los ojos de los indoctos en la historia, queda, no solamente justificada en su origen, lo que nada tendría de extraño, sino en todas sus consecuencias y resultados.

Desechado más ó menos expresamente el proyecto de Valladolid, pasaron á esta ciudad Giron y Acuña. Este fué recibido con gran entusiasmo; aquel con prevencion, la cual pasó bien pronto á ser odio. Subió este de punto tan rápidamente, que el caudillo supremo de las comunidades, comprendiendo el peligro que corría, porque sus enemigos sin rebozo ni rémora hablaban amenazantes contra él, dispuso el hacer un reconocimiento. Con este pretexto, y acompañado de algunos ginetes, salió una mañana de Valladolid, y conociendo por pruebas inequívocas que no solamente en Valladolid, sino en todos los pueblos por los que tuvo que pasar le odiaban igualmente, resolvió retirarse á los dominios de su padre, el conde de Ureña, abandonando por completo la causa de los comuneros.

Quedó mandando en Valladolid Acuña, el cual, á pesar de su vida y su fin, en verdad poco dignos de su estado y carácter, desplegó muy laudable energía para castigar á los delincuentes y malhechores, puesto que tan sin rebozo robaban, que á las doce del día no había seguridad en las calles. Cierto es que la miseria era á la sazón espantosa; porque estaban abandonados y yermos los campos, paralizados el comercio y la industria, agotados todos los recursos, y de aquí el no pagar ni realistas ni comuneros á sus empleados y tropas, y el creerse estos por ende autorizados para vivir á costa de los demás. Tanto se generalizaron los latrocinios, que á un mismo tiempo publicaba la junta á voz de pregón un bando imponiendo pena de muerte al autor de un robo, por pequeño que fuese, y el almirante, en representación del gobierno del rey, hacia lo mismo.

Continuaba la corte en Tordesillas, punto en el cual residían la reina y su hija con el cardenal, el almirante y los principales próceres: el consejo, con el condestable, residía en Búrgos.

El almirante, firme siempre en su loable propósito de restablecer la paz, continuaba dirigiendo mensajes á los comuneros de Valladolid; mas estos, poco afectos al bien de su patria, aun-

que de muy patriotas blasonaban, no solamente no querian escucharle, si que tambien llegaron al extremo de prohibir se recibiesen cartas ni recado alguno que procediese del almirante ó de los amigos del rey. En tanto se dedicaron á reunir fuerzas militares, agregando á las que ya tenian los refuerzos que recibieron de Toro, Zamora, Salamanca y Avila. Los del rey se limitaban á guarnecer y fortificar los puntos que poseian, y con especialidad á Simancas, punto importantísimo y del cual ningun caso hizo Padilla, porque, ya lo hemos dicho, solo era un buen soldado y un cumplido caballero, cuando estuvo en ella al salir de Valladolid, pudiendo entonces haberla dejado bien fortificada y guarnecida.

El gobierno del rey, congratulándose de la imprevision de Padilla, porque comprendia lo importante que era Simancas por su situacion, hallándose el gobierno legitimo en Tordesillas, y en Valladolid el núcleo de las comunidades, determinó tenerla bien guardada, y despues de fortificarla, destinó de gobernador en aquel punto al conde de Oñate con el mando de las tropas, dando al de Alba de Liste el gobierno de la caballería.

Encontraban los del rey sincero y leal apoyo de los de Simancas, que eran naturalmente afectos á la causa de D. Carlos; por esto casi diariamente los de Simancas tenian reencuentros y choque con los de Valladolid, y estos con aquellos.

El año terminó con algunos choques entre realistas y comuneros, habiendo logrado Acuña tomar algunas poblaciones, aunque de escasa importancia.

Dejamos á Valencia sumida tambien en todos los horrores de la anarquía, á consecuencia del establecimiento de las *Germanías*.

Gobernaba á la sazón la *Junta de los Trece*, compuesta de Anton Garbi, *pelaide* (cardador de paños); Sebastian de Noha, vellutero (tejedor de terciopelos); Guillem Sorolla, tejedor de lana; Vicente Montoli, labrador; Pedro Villes, tundidor; Pedro Bage, curtidor; Damian Isern, guantero; Alonso Cardona, cordonero; Juan Hedo, botonero; Gerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; y dos marineros llamados Juan Gamis y Juan Sancho.

No hay para qué decir hasta qué punto se verian oprimidos los grandes, habiendo sido antes tan opresores de los plebeyos, si se considera la clase de personas de que la junta se componia.

En tan apurada situacion, determinaron los próceres mandar á Barcelona una comision de su seno que pidiese al rey, que aun estaba en la capital de Cataluña, el remedio á los males que les aquejaban. El rey no hizo otra cosa que expedir una

real cédula prohibiendo á los gremios el presentarse armados y celebrar reuniones. Los trece, leida la real cédula, determinaron á su vez mandar una comision que informase al rey de los atropellos que los grandes habian cometido, y de la necesidad que tenian de permanecer armados.

Pugnaban los nobles porque el rey se dirigiera personalmente á Valencia, único medio de cortar la anarquía y restablecer el orden; mas á D. Carlos le urgia el dirigirse á Santiago para celebrar Córtes y preparar su marcha, que le esperaba la imperial corona.

No es fácil determinar si los consejeros del emperador-rey procedian por ignorancia ó por malicia; pero es lo cierto que en todo anduvieron tan desacertados, como si decididamente hubiesen propuesto perder al soberano, cuya fama y porvenir entre sus inhábiles manos tenian.

Como si los nobles no hubieran encontrado suficiente motivo en la negativa del rey para haberse disgustado con él, aquel expidió una carta real en Fraga (Febrero) concediendo á los insurrectos el libre uso de armas, y habilitándoles para celebrar revistas y tener ejercicios militares. Dicha carta real fué entregada á los delegados de los Trece, quienes tuvieron mucho mejor despacho que los emisarios de los nobles. Y no paró en esto: habiendo dispuesto los *germanos*, llenos de júbilo, su primera revista para el primer día festivo, la junta invitó al cardenal y á otros altos empleados del rey, los *cuales asistieron*; las tropas populares desfilaron por delante de los representantes de Carlos I, que vieron muy satisfechos el militar alarde, máxime al escuchar el entusiasmo con que aquellas masas de improvisados guerreros clamaban desahoradamente «¡viva el rey!» al verificar el desfile.

Al siguiente dia fué una comision de la germania á cumplimentar al cardenal, que la recibió con suma complacencia, al mismo tiempo que regresaba desairada y llena de enojo la comision de los nobles, la cual apenas pudo ver al rey en Lérida.

Animados con estos sucesos los plebeyos, se pronunciaron en otras ciudades del reino, estimulados con el manifiesto favor del rey, y con lo halagüeño del nombre que los pronunciados se daban y que tan claramente indicaba la fraternidad general; porque *germania* se derivaba de *germá*, que equivale en dialecto valenciano (del antiguo lemosino) á *hermano*, y por consecuencia *germania* era igual á decir *hermandad*, como en Castilla habian adoptado los nombres de comunidad y comuneros, por la comunidad de intereses que todos debian defender.

Para dar una idea de la ferocidad que las masas generalmente desplegan, cuando en vez de estar regidas por una digna ca-

beza é impulsadas por el verdadero amor patrio, se dejan llevar de los instintos de odio y de venganza, referiremos lo acaecido en Murviedro.

Desbandada la multitud que se presentó en la calle, sedienta de sangre y ávida de carnicería y estrago, obligó á los nobles á refugiarse en la fortaleza: esta fué asaltada por los insurrectos, y cuantos en ella se hallaban, incluso las *mujeres y niños de siete y menos años*, fueron bárbara y ferozmente degollados.

Este rasgo de inaudita sevicia empeoró la situación, porque los nobles comenzaron á organizar la contrarrevolucion, y eligieron veinte individuos que formando una junta de defensa rigiesen á todos los próceres que se creían abandonados del rey, puesto que el pueblo en nombre del soberano procedía, atriñcherado en las reales cédulas que la junta de los Trece habia recibido.

Otra horrorosa y sangrienta escena tuvo lugar poco despues en Valencia á consecuencia de una cuestion suscitada entre un noble y un artesano.

La multitud recorria las calles gritando desafortadamente: *¡Mueran los nobles! ¡Abajo los caballeros!* y no contentándose con las palabras, las crueles obras ocasionaron no pocas muertes y estragos.

Impotente por carácter y por las circunstancias el cardenal Adriano para restablecer el órden, quiso tomar providencias; pero no pudo porque era ya demasiado tarde; y á consecuencia de una reclamacion de los nobles, nombró D. Carlos I virey de Valencia á D. Diego Hurtado de Mendoza, que pasaba y con justicia por hombre hábil, de esfuerzo y de energía.

El rey, que solo habia dado hasta entonces pruebas de una muy culpable debilidad, debilidad que no anunciaba seguramente lo que despues seria, escuchando al último que le hablabá, recibió benévolutamente á un delegado de los Trece, al cual dió recomendacion para el nuevo virey, y, lo que fué aun más notable, una carta por la cual ordenaba fuesen nombrados dos plebeyos entre los jurados ó regidores.

Hallábanse á la sazón en Cuarte los estamentos de Valencia, y á ellos se presentó el conde de Mélito, ó sea Hurtado de Mendoza, para hacer ver los poderes que del rey tenia. Revisados aquellos, se dispuso la pública entrada del virey en la capital del reino.

Alegre la nobleza, nombró una comision de su seno, que unida á los jurados, presididos por D. Luis de Cabanillas, entonces gobernador, salió á recibir á Mendoza.

Dirigieronse ante todo á dar gracias á Dios, y de comun

acuerdo determinaron ir á la catedral por el camino más corto para llegar más pronto; mas imprevistamente y al volver una esquina se encontró la comision con la junta de los Trece, seguida de una inmensa turba de germanos (Mayo). El atrevido Guillem Sorolla se adelantó impávido, y como quien trata de potencia á potencia, echó mano á las riendas del corcel en que iba el caballero Mendoza, y le dijo: *Los reyes y los príncipes no buscan atajos en sus entradas solemnes.* No paró en esto el atrevimiento; Guillem designó calle por calle las que el virey debia recorrer para ir á la catedral, y se ejecutó tal como Sorolla quiso.

Despues de dar gracias fué jurado D. Diego Hurtado de Mendoza, sin que ocurriese ningun desagradable incidente, ni más novedad que la de presentar tranquilamente los estamentos una protesta, manifestando en ella la ilegalidad del acto por no haber todavía jurado el rey los fueros del reino; pero añadiendo que daban validez á aquel, en virtud de las circunstancias extraordinarias y excepcionales en que el reino se hallaba, y haciendo constar que no serviría de precedente ni ejemplar para lo sucesivo.

Apenas habia descansado el virey cuando comenzó á recibir peticiones; pero la que de todas ellas anunció ser más ocasionada á disgustos, fué la relativa al nombramiento de dos jurados plebeyos: baste decir que habiendo llegado á noticia del audaz Sorolla que tal vez seria denegada, dijo empuñando el puñal y de ira rechinando los dientes: *O habrá dos jurados plebeyos, ó la sangre inundará este palacio.*

Hasta entonces el rey no hacia otra cosa que comprometer cruelmente á sus delegados; porque los Trece exigian el cumplimiento de la carta real por la que se prescribia el nombramiento de dos jurados plebeyos, y el virey no queria acceder á tal demanda, porque las instrucciones que el rey le habia dado no se lo permitian.

Llegó el momento fatal de elegir los jurados, y los germanos se presentaron armados y amenazadores en la calle. El virey, firme en cumplir las órdenes que tenia, hizo con arreglo á aquellas su propuesta; pero los Trece tambien hicieron la suya, y esta candidatura venció, quedando completamente derrotada la del virey (25 de Mayo).

Orgullosos los Trece con su triunfo, recibieron el juramento á los electos, para que tomasen posesion de sus cargos; mas el virey se negó á reconocerlos como tales jurados. Esto dió lugar á un escándalo que hacia predecir una terrible colision, y los Trece dispusieron para la tarde de aquel mismo dia una gran revis-

ta, quizá con el objeto de comenzar á obrar con energía. Concluyó la revista por un desfile, y al pasar por delante del palacio del virey, pocos fueron los que no dispararon sus arcabuces contra las puertas. No pasó, empero, adelante el motin por aquel dia.

Poco despues hallaron una ocasion, tan justificada como suelen serlo todas las que por fuerza y á toda costa, con razon ó sin ella, se buscan. Este es otro rasgo que caracteriza á las germanias y hace ver que aquella insurreccion, basada en un justo origen, carecia de nobleza y justicia en sus consecuencias.

Sorolla, que no era sino un ambicioso nacido en baja esfera, pero con muy grandes aspiraciones, que hubiera quizá sido el original de Cromwell si, como tuvo algunas circunstancias de este, las hubiera todas poseido, buscaba anhelante un pretexto para que estallase la revolucion, amortiguada en los momentos del desfile por la prudencia del virey; y cuando hay formal empeño en reñir, jamás deja de encontrarse la ocasion, aunque sea forzoso asirla por los cabellos.

Un dia llevaban al suplicio á un malhechor, que ni era agermanado, ni otra cosa que un malhechor verdadero. Esta ejecucion fué el asidero de Sorolla: lleno de *caridad* en favor del bandolero, pretextó que no le habian dado tiempo suficiente para defenderse, y lanzándose sobre los que le custodiaban desde la cárcel al suplicio, seguido de millares de insurrectos, arrebató al reo y le encerró en la catedral, bajo el pretexto de que aquel estaba tonsurado. Dejando la catedral bien guardada, para que no pudieran los delegados del virey extraer al reo, se dirigió Sorolla al palacio de aquel con tres mil de los suyos.

Heróica fué la resistencia que opusieron los defensores del palacio contra la tenacidad de los que asaltaban; mas desesperado Sorolla de poder posesionarse del palacio y del virey, meditó una infamia que pudo cubrir de luto é inundar en sangre á Valencia.

Aguardó á la noche, y disfrazado, se dirigió á su casa; se escondió y dió encargo á uno de sus intimos confidentes, llamado Bartolomé Dominguez, de que hiciese circular la noticia de que el virey le habia mandado asesinar en un calabozo secreto.

Creyeron los germanos la falsa noticia, y poco despues todo era confusion, tumulto y amenazas en las calles, y no se oia otro grito que el de ¡*Muera el virey!* ¡*Mueran los nobles!* Acto continuo se dirigieron millares de personas al palacio, con firme propósito de apoderarse del conde de Mélito para arrastrarle por la ciudad. Los que guardaban la persona de aquel, por segunda

vez hicieron una brillante y heroica defensa; mas era tal el número de los insurrectos, que fué forzoso ir taladrando tabiques hasta una calle distante, para que se salvaran el virey y su familia.

Algun autor moderno califica de *cobarde* la retirada del conde de Melito: quisiéramos haber visto qué hubiera hecho el que así califica tal determinacion, si en idéntica situacion se hubiese hallado. Cierto es que habiendo desaparecido la suprema autoridad, quedaron sin apoyo los nobles; mas ¿de qué podia servir á estos el auxilio de un hombre desposeido de fuerza moral y material? Si los revolucionarios imperaban, si tenian toda la fuerza, si la ley estaba conculcada por desenfrenadas masas, ¿de qué servia allí un virey sino de un verdadero autómatas, que á toda hora veia su autoridad escarnecida, y cada momento tenia su vida en inminente peligro?

Quedó en Valencia, empero, el marqués del Zenete, que era hermano del conde de Melito, y muy querido de la germania: en cuanto á la infernal mentira fraguada por Sorolla, podemos decir que si no tuvo más funestos resultados, se debió al virtuoso y anciano obispo de Segorbe, que acaso estaba en la capital, quien, suponiendo que el virey no podia haber determinado en tan criticas circunstancias la muerte de Sorolla, se presentó á la mujer de este; y aunque aquella al principio negó la verdad, tan fervorosamente la suplicó el prelado, hasta el exceso de rogarla de rodillas, pintándola con liernos y vivos colores los desastres á que iba á dar lugar la diabólica mentira, que no pudiendo aquella mujer resistir por más tiempo, confesó por fin que vivia su marido y estaba en su casa.

Hallábanse los defensores del rey y los agermanados á punto de comenzar una terrible y sangrienta batalla, cuando el venerable prelado se presentó entre ambos campos, llevando en su misma mula al artificioso Sorolla. La presencia de ambos fué el iris de paz, y la frenética y voluble multitud comenzó á dar vivas AL REY y á Sorolla. En tanto, aprovechando aquel momento de calma, salió disfrazado el conde de Melito de Valencia para Játiva, de donde tambien tuvo que huir á Denia.

Poco duró la paz: era ya el mes de Julio cuando estos acontecimientos tuvieron lugar; y para que aquella de nuevo se alterase, mal aconsejado el vizconde de Chelva, mandó ahorcar á un jefe de la germania de una poblacion cercana. Para vengar la accion del vizconde, mandaron los Trece una division de dos mil hombres de los suyos, que consumaron la venganza *saqueando y destruyendo el pueblo, y cometiendo todo género de desafueros, como si el pueblo hubiese tenido parte en el hecho*

que trataban de vengar, y como si no se llamasen ellos defensores del pueblo.

Ya por aquel tiempo en todas las poblaciones del reino existian germanias, Morella solamente se mantenía en actitud firme y resuelta, llegando su decision á tal extremo, que los morellanos *se juramentaron para asesinar á sus propios hijos, si se atrevian á hablar en favor de las germanias.*

Acudió Sorolla á Morella é intentó convencer á aquellos decididos hombres; pero lo intentó en vano, y tomó la resolution de salir cuanto antes de allí, porque llegaron á amenazarle con la muerte si no aceptaba el consejo de retirarse. Acto continuo Morella se puso en estado de defensa, y quedó fortificada y amenazante. Tanto impusieron á los agermanados la decision de los morellanos y el estado en que estos pusieron la plaza, que no se acercaron á ella. En cambio cometieron todo género de desmanes, poniendo fuera de la ley á los nobles, por pacíficos que fuesen, sin más motivo que el de no ser plebeyos, y continuaron los saqueos, allanamiento de casas y asesinatos.

Para que el lector que haya visto algun drama ó leído alguna novela de los en que figuran las revoluciones del siglo XVI como gloriosas y santas pueda calificarlas del modo que merecen, referiremos un hecho sacrilego y horrible, ocurrido casi ya al fin del año, sobre tantos desmanes como hemos ya consignado en estas ingratas páginas de la historia.

Llegó á cobrar tal fuerza la revolucion en Valencia, que los Trece se encontraban ya impotentes para refrenarla y dirigirla, y llegaron á temer que podrian experimentar cuán cierto es que toda revolucion se parece á Saturno en que devora á sus propios hijos.

Como todo eran desastres y calamidades, y no se reconocía autoridad, ni real ni revolucionaria, lamentábanse públicamente un dia algunas personas del triste y horroroso estado de intranquilidad en que la gente de orden á toda hora se hallaba. Estaba entre los alarmados, por su desgracia, un salinero llamado Francin, el cual, con un loable, pero demasiado expuesto entusiasmo, exclamó: *Esto, señores, no tiene otra cura, si se ha de acabar con la germania, que pegar fuego á la ciudad por los cuatro costados.*

Apenas pronunciara la última palabra, cuando fué presa de una turba el infelice salinero, y comenzó á recibir multitud de golpes.

Sucedía el hecho frente á una iglesia, de la cual salió un sacerdote; y con el piadoso fin de ganar tiempo, esperando que en tanto pudiera hallarse medio de librar á Francin, interpuso sus

ruegos con los frenéticos hombres para que dejasen confesar á aquel desgraciado, puesto que iba á morir. Accedieron los frenéticos por un momento; pero la víctima, al ver que de nuevo iban á lanzarse sobre ella sus verdugos, se abrazó con el piadoso sacerdote, procurando que el cuerpo de este le sirviese de escudo. Entonces el vicario, ó párroco, llamado mosen Antonio Benet (ó Bonet), se presentó con la sagrada Forma en la mano, y conjuró á los asesinos en nombre del Dios de paz y de misericordia para que perdonasen la vida al desdichado Francin. Todo fué inútil: frenéticos y sacrílegos atropellaron al vicario y á los que le acompañaban, tiraron al suelo el copon, cayeron y fueron pisadas las sagradas Formas, malhirieron al piadoso vicario, y asesinaron cobarde y ferozmente á Francin.

Juzgue el lector los bienes que el país podía esperar de semejantes revolucionarios, y vea si no son mil veces más preferibles algunos males que el remedio que se les aplica. Debemos consignar, empero, porque así lo exigen los fueros de la verdad histórica, que hubo un agermanado, llamado Juan Lorenzo, el cual, con tan loable decision como verdadero riesgo, impidió que profanasen el cadáver de aquel desdichado, que no tuvo más crimen que el de ser ligero en expresarse. *Nunca para esto se estableció la germanía*, dijo; y encarándose despues con dos de los caudillos de la revolucion, uno de ellos Vicente Peris, añadió: *¡Vosotros seréis la perdición de Valencia!*

Dicho esto se retiró á su casa, tan afectado por el sacrilegio y asesinato que presenció sin poderlos evitar, que pocas horas despues era cadáver.

No solamente las germanías y las comunidades apesadumbraban al emperador-rey: agobiaban tambien su ánimo otros cuidados fuera de los asuntos de España.

Al comenzar el mes de Junio llegó D. Cárlos á su nuevo imperio. Habia obtenido la preferencia de los electores sobre Francisco I de Francia, rey ambicioso, pero valeroso y entendido, que no podia temer á su vencedor en el imperio, jóven inexperto que solo contaba veinte años de edad, y que no habia dado pruebas hasta entonces de ser capaz de hacer frente á un hombre tal como el monarca francés. Estaba este muy distante de imaginar lo que habia de llegar á ser aquel imberbe soberano, á quien, sin embargo de no temerle, profesaba cierta aversion, por efecto de lo muy encontrados que estaban los intereses de ambos.

Para no ser amigo Francisco I de D. Cárlos, tenia diversos motivos: el primero era la antigua y heredada rivalidad, relativa al reino de Nápoles; la proteccion que, no desinteresadamente

por cierto, daba á Albret para reconquistar la Navarra, tambien influa no poco en el ánimo del monarca francés; y por último, la preferencia obtenida por Carlos en la posesion del cetro imperial, y aun ciertas pretensiones respecto de los dominios de Flandes, hacian que el francés mirase con enojo á su jóven y poderoso rival.

Sin embargo de estos antecedentes y de creerse el francés muy superior en todo á D. Carlos, como son incomprensibles las más veces las evoluciones políticas y los manejos diplomáticos, lejos de romper la guerra, el dia 13 de Agosto firmaron ambos poderosos monarcas un amistoso tratado, garantizando su cumplimiento y estrechando la alianza por medio del matrimonio que se concertó entre D. Carlos I y la infanta Luisa, hija de Francisco I, que á la sazón apenas contaba un año de edad.

A pesar de este tratado, que al menos por parte del francés poca fuerza tenia, hacia tiempo ya que se habia concertado otra boda harto más importante y significativa. Comprendiendo Francisco I de cuánto peso era en la balanza de los asuntos europeos la voluntad de Enrique VIII, rey de Inglaterra, á quien la historia califica de emprendedor, activo, guerrero, político y poderoso, habia el rey Francisco tratado la boda de una hija de Enrique con el delfín de Francia.

Entonces dominaba en Inglaterra y casi era verdadero soberano el célebre cardenal Wolsey. Nacido este hombre poderoso en muy baja cuna, pero de claro talento y estudioso, llegó de la nada á ser la primera persona del reino, y á manejar á su antojo al rey menos manejable de aquella época; época célebre y de eterna memoria por los soberanos que regian los destinos de los principales pueblos de Europa, á cuyo propósito dice un elocuente historiador moderno que reinaban á la vez Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Soliman el Magnífico en Turquía, Leon X, Sumo Pontífice, *cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo.* Y nosotros creemos deber añadir, que tiempo adelante completó este brillante cuadro de figuras históricas tan imponentes como colosales, la no menos magnífica y grande de ese Carlos I de España y V de Alemania, que hasta ahora tan poca significacion ha podido tener en lo que llevamos referido.

Las eminentes cualidades de Wolsey estaban oscurecidas por la ingratitud con que correspondia al ilimitado favor de su soberano, mirando antes por su propio bien que por el del rey su protector y por el reino que explotaba. Afeábanle tambien una sórdida avaricia y una ambicion desmedida; y como nada es más hacedero y llano que el ganar á un verdadero avaro, Fran-

cisco I compró á Wolsey con grandes regalos y el señalamiento de una respetable pensión.

Entonces comenzó Carlos I á dejar entrever lo que habia de ser algun dia. Navegando hácia sus nuevos estados sin dar á nadie noticia de lo que pensaba hacer, mandó cambiar de rumbo y apareció inesperadamente en Inglaterra.

Fuertemente impresionado Enrique VIII con la visita de aquel soberano que, aunque tan jóven, era el más poderoso por su poder material, de toda Europa, le recibió complacidísimo; y aquella visita bastó para cambiar la faz de los asuntos y para apartar al inglés de la amistad de Francisco I. Convencido Enrique de su importancia, le halagó infinito el que el emperador-rey le hiciese árbitro de sus diferencias con el rey de Francia, y esta prueba de ilimitada confianza fué suficiente para que prefiriese la amistad de Carlos á la de Francisco. Restaba ganar el favor de Wolsey, que podia muy bien hacer cambiar á Enrique de dictámen, y á quien todos los soberanos consultaban y respetaban; empero Carlos, con una habilidad que en él difícilmente se hubiera previsto, sabiendo que Wolsey hubiera dado diez ó más años de su vida con tal de llegar á ceñir la tiara de San Pedro, le aseguró que seria Pontífice, puesto que él contribuiría con todo su poder moral y material á que así sucediese.

A porfia obsequiaron el rey y el cardenal á D. Carlos, asegurándole de su eterna y sincera amistad; despues de lo cual el nuevo emperador tomó rumbo á las costas de Flandes, de donde se trasladó á Aquisgran (Aix-la-Chapelle) en donde, segun la *Bula de oro*, debia verificarse la coronacion de los emperadores.

Antes de celebrarse la solemne ceremonia, y estando aun en Flandes el jóven emperador, pasó á devolverle Enrique VIII la visita. Habiase avistado ya este con Francisco I, en el llamado *Campo de la Tela de oro*; mas, sin embargo, Enrique aseguró á Carlos de su eterna amistad, y para más afirmarla agasajó el emperador al rey de Inglaterra, acompañándole hasta el puerto de Calais.

La solemne coronacion de Carlos V de Alemania tuvo lugar el dia 23 de Octubre, con imponente magnificencia y ante una asamblea respetable, por haber sido *la más brillante y numerosa que jamás se habia visto*. El arzobispo de Colonia ungió con el óleo sagrado al nuevo emperador, y el de Tréveris ciñó sus sienes con la veneranda corona de Carlo-Magno. En medio de tanto fausto y de tan grande pompa, nada hacia presentir la proximidad de la guerra; y no obstante, esta no estaba lejana: habia mil razones para temerla, y aquella misma imponente pompa,

aquel mismo fausto deslumbrador atosigaban el alma de Francisco I y le hacian odiar más y más á su afortunado rival.

El estado de España llamaba la atencion de D. Cárlos; mas al propio tiempo no le era posible abandonar sus nuevos dominios. La reforma luterana ganaba rápidamente terreno, amenazando trastornar el órden social y ser un manantial de funestos acontecimientos. Alemania era la cuna de la nueva y fatal herejía, y antes de espirar el año, deseando el emperador oponer al mal un enérgico remedio, mandó convocar la Dieta imperial para el dia 6 de Enero del siguiente año, y señaló la ciudad de Worms para que aquella se reuniese.

Enorgullecido Martin Lutero por efecto de la lenidad con que era tratado en Alemania, patrocinado como estaba por un importante personaje, y no menos satisfecho por los prosélitos que hacia á favor de la libertad de sus doctrinas, llevó su atrevimiento hasta el exceso de escribir á Leon X para proponerle un acomodamiento. Y fué lo más notable de este hecho (Abril), que trató de imponer al Sumo Pontífice la condicion de que le permitiese interpretar la Sagrada Escritura, para defender sus heréticas proposiciones. Claro es que todo escrito una vez interpretado, es por el mismo hecho adulterado y puede llegar á decir lo contrario de lo que en realidad dice.

Tan notable osadía, atribuida, con sobrada razon, á la importancia que dieran al hereje llamándole á la Dieta, bastó para que el sacro colegio con el Pontífice á su cabeza comprendieran que era obra imposible la de reducir á Lutero; y el dia 15 de Junio se expidió una bula por la que se condenaban como heréticas cuarenta y una proposiciones de Lutero. Diósele, empero, un plazo de dos meses para retractarse públicamente; y si trascurridos los sesenta dias no verificaba la pública retractacion, serian excomulgados él y todos sus secuaces, y quemadas sus obras, facultando á todos los soberanos para que en tal caso se apoderasen de las personas del heresiarca y de sus adeptos.

Esta terrible é imponente sentencia que hubiera anonadado al que hubiese errado de buena fé ó por ignorancia, dió á conocer que Lutero era uno de esos seres abortados por el abismo, afortunadamente de tarde en tarde, para castigo del linaje humano.

Notificada la sentencia, el fatídico innovador reunió el claustro de doctores y á todos los estudiantes de la universidad de Wittemberg, y ante aquel y estos arrojó al fuego la bula pontificia; insultó grosera é infamemente al Vicario de Jesucristo; excitó á los soberanos á que negasen la obediencia á aquel; proclamó la libertad del género humano, y escribió é hizo imprimir

un *Comentario del derecho canónico, contra la plenitud de la potestad apostólica.*

Tal era el estado de la herejía luterana al terminar el año 1520, y tales los motivos que detuvieron en Alemania al emperador. Soberano católico, y directamente interesado por razones religiosas y políticas en cortar la herejía y evitar el terrible cisma que amenazaba alterar la paz de la Iglesia católica, creyó indispensable el acudir al remedio, antes de que el mal fuese de todo punto incurable.

DECENIO TERCERO.

AÑO 1521.

Este año comenzó felizmente para los comuneros. Juan de Padilla estaba al frente del ejército de las comunidades, y lleno del ardimiento que era en él connatural, se dirigió contra Medina del Campo.

Habiase pensado y dispuesto entre el valeroso caudillo y el obispo Acuña que al dar el golpe sobre Medina, se diese simultáneamente otro igual sobre Tordesillas, con el objeto de apoderarse de la reina doña Juana y prender á los magnates.

Rara vez se realiza un proyecto en que toman parte muchas personas, máxime cuando bajo el manto del patriotismo se encubren la ambicion y las interesadas miras particulares é individuales.

No parecia sino que los jefes comuneros se habian propuesto errar en los momentos supremos, despues de haber preparado las combinaciones para ellos más ventajosas.

Ni Padilla fué contra Medina, ni Acuña contra Tordesillas: ambos se dirigieron á Valladolid, en donde fueron recibidos con extraordinario é indescriptible entusiasmo.

Hallábase á la sazón vacante el puesto de general en jefe del ejército de las comunidades, á consecuencia del mal proceder de D. Pedro Giron. La eleccion estaba entre Juan de Padilla y D. Pedro Laso de la Vega; y á decir verdad, este último llevaba al primero grandes ventajas, respecto á la inteligencia y tesoro; empero Padilla era más vivo en sus resoluciones, y más ardoroso en el campo de batalla: era nada más que un buen soldado, y Laso de la Vega un buen general. Por esto era preferido por la junta de procuradores, al paso que Padilla era el idolo del pue-

blo. Este púsose en pugna con los procuradores; y Padilla, en aquella ocasion más patriota al parecer que en otras, trató de calmar al pueblo y de convencerle en favor de D. Pedro Laso, cuyas altas dotes de mando él mismo proclamaba delante de los que estaban decididos á declararse en abierta insurreccion.

De nada sirvieron sus palabras: el pueblo salió en tumulto á la calle proclamando á Padilla; y la junta, más débil de lo que debe ser el que está constituido en suprema dignidad, y menos celosa de su prestigio y autoridad de lo que ser debiera, cedió á los deseos del pueblo; y Juan de Padilla, que se mostró quizá más patriota entonces que en otra ocasion análoga, porque confiaba justamente en el pueblo, fué por fin nombrado capitán general.

Quedó sin rival el simpático caudillo: D. Pedro Laso de la Vega, ofendido de aquel desaire, comenzó á ser menos ardoroso comunero y á transigir poco á poco con los magnates.

Por aquel tiempo hallábase en grave compromiso el honrado condestable D. Íñigo de Velasco, que por el emperador gobernaba en Búrgos. Esta ciudad, que habia dado un golpe casi mortal á las comunidades con separarse de ellas, estaba para volver á ser lo que habia sido, y en ella comenzaban los tumultos y las sediciones.

El emperador no habia concedido de las exenciones y gracias ofrecidas en su nombre por el condestable más que una mínima parte. Crefábase los burgaleses libres de continuar en la obediencia real, porque se habian sometido en virtud de las ofertas que no se habian realizado; y parapetados tras este baluarte se prepararon á la lucha, y quisieron comenzar por arrojar de la ciudad al gobernador.

No lograron, empero, su deseo: el condestable recibió socorros; el alcaide, que gobernaba por el pueblo la fortaleza, abandonó á aquel, y los procuradores fueron ganados por el representante del emperador.

Restablecida la paz en Búrgos, no mejoró por esto la crítica situacion del condestable. Estaba sublevada Navarra; lo estaban las provincias Vascongadas y las merindades, y era el alma de todas estas disensiones y tumultos el conde de Salvatierra, no por afecto que tuviese á las comunidades, sino porque era ambicioso, turbulento, altivo, díscolo, iracundo y hombre de tal especie, que estaba siempre mal con el que mandaba, fuese realista ó popular, sin otra razon que la de ser superior á él en mando.

Bien sabian los jefes comuneros que Salvatierra no estaba por ellos ni por nadie; mas como les favorecia todo aquel que

suscitase tumultos contra el gobierno del emperador, trataron de protegerle. Para lograrlo se propusieron tomar la villa de Ampudia, situada en tierra de Campos, que habia sido del conde de Salvatierra, y que á la sazón estaba en poder del condestable Velasco.

Fueron contra Ampudia Padilla y Acuña con regular ejército y un buen tren de batir. Dícese que en este iba el célebre cañón fundido en tiempo del gran Cisneros, á cuya mortal máquina puso aquel por nombre *San Francisco*, en memoria del jefe de su órden religiosa. Este renombrado cañón era de tal calibre y de tanto alcance, que, segun se refiere, quedó entre los soldados como proverbio el decir en los trances de la batalla: *¡Guárdate de San Francisco!*

Por fin lograron los comuneros abrir brecha en la muralla de Ampudia; empero Padilla se separó del sitio para atacar al castillo de Mormojón, en donde se habia refugiado el alcaide del fuerte de Ampudia, que pudo escapar de la villa.

Violento fué el ataque hecho contra Mormojón, á cuyos defensores puso Padilla en la alternativa de entregarse ó de ser ahorcados.

Rindiéronse por fin Mormojón y el castillo de Ampudia, el primero á Padilla y el segundo á Acuña; pero no sin que se concediese á sus defensores la vida y el honor de salir con armas y caballos, en gracia de su bizarria y denuedo.

Estos dos simultáneos golpes hubieran decidido de la suerte del condestable, y quizá de la causa del emperador, si, como se dispuso, hubieran combinado contra Búrgos sus fuerzas Padilla, Acuña y Salvatierra, que agradeció lo que en su favor habian hecho los comuneros.

El entendido y valeroso condestable supo prever á tiempo lo que iba á suceder, y se apresuró á atraer á sí á Salvatierra, con el cual logró establecer un armisticio. A consecuencia de esto el conde se dirigió á Vitoria y dejó tranquila á Búrgos: los comuneros suspendieron la ejecucion de su plan, privados de tan poderoso auxiliar como era el conde.

Por aquel tiempo falleció el arzobispo de Toledo: era extranjero, y llamábase Guillermo de Croy. Con este motivo el obispo de Zamora, el célebre Acuña, caudillo comunero, pensó en ocupar la silla primada de España; que era la ambicion uno de sus más capitales defectos. Creemos que por esta razon, más que por la conveniencia de los comuneros, se dirigió el prelado con su ejército hácia Toledo, abandonando sus miras contra Búrgos; y Padilla las abandonó tambien, porque los vallisoletanos le llamaban con angustia, apretados como estaban por los si-

manquinos, siempre valerosos, intrépidos y leales al emperador.

Estaban los de Valladolid casi destituidos de poder y de fuerzas para sostenerse, por efecto de la diaria lucha que mantenian, cuando, á la manera que el hombre rendido y cuyas fuerzas están casi agotadas hace un extremo esfuerzo para defenderse y mostrar que aun no está vencido, no pudiendo sufrir más su desgracia, se tumultuaron con irresistible furor.

El motivo no fué otro que el haberse en Valladolid presentado un mensajero del gobierno, con la orden para que se trasladasen á Arévalo y Madrigal la chancillería, la universidad y el colegio. El mensajero fué preso por el pueblo, en cuyo poder cayeron las cartas imperiales.

Entonces comenzaron las amenazas de los regentes del reino y las enérgicas contestaciones de los sublevados; y en vez de transigir y avenirse, pueblo y magnates cada vez más se desavenian y se ofendian más, para hacer menos posible una transaccion, á todos conveniente.

El único que entró en secretos tratos con el regente y el almirante fué el presidente de la junta de los comuneros, el ofendido Laso de la Vega. Fueron los mediadores entre aquel y el almirante el padre Loaisa, general de la orden de Santo Domingo; el padre Quiñones, general de la de San Francisco, y Alonso de Ortiz, jurado de Toledo.

Laso de la Vega se ofrecia á llevar consigo á varios de los más importantes procuradores, y á entregar al emperador una buena parte del ejército comunero en sus tres armas, caballería, infantería y artillería, á condicion de que los regentes, en nombre de Carlos I, se obligasen á conceder los ciento diez y ocho capítulos que el reino pedia.

Hubo por entonces un motin en el campo militar de los comuneros. Hallábanse estos escasos de metálico, y las pagas del ejército se retrasaban demasiado. Con tal motivo hubo una sedicion militar, y un cuerpo de lanzas, que se acercaba á quinientas, decidió abandonar el campo.

Componíase quizá de los mejores soldados del ejército, porque eran veteranos; habíanse acreditado en mil peligrosas facciones, y aun recordaban todos su heróico valor, recientemente ostentado en los Gelbes.

Para evitar que tan fuertes soldados abandonasen la causa de las comunidades, apeló Padilla al recurso de su prestigio y al poder de su elocuencia, pero en vano: no habia medio de aquietarlos, sino remediando la necesidad en que se encontraban. Para lograrlo hizo un empréstito; mas como faltase aun mucho



dinero, tomó seis mil ducados que varias personas particulares habian depositado en el monasterio de San Benito, creyéndolos allí más seguros, y creó tantos enemigos de su causa como dueños tenia aquel dinero.

Sosegados los lanzas y tranquilo Padilla, determinó marchar contra Torrelobaton, villa que era del señorío del almirante. Reunió para el objeto siete mil hombres que mandaba en jefe, llevando como segundos á Juan Bravo, general de los segovianos, á Francisco Maldonado, de los de Avila y Salamanca, y á Juan de Zapata, de los de Madrid.

Reunianse al mismo tiempo tropas para reforzar el ejército imperial. Esperábase de Avila 1,800 infantes, 1,000 de Córdoba, 500 de Jaen, 200 de Trujillo, con 150 lanzas; 1,700 infantes de Baeza, Ubeda, Ecija, Andújar, Cáceres y Carmona, con más un buen cuerpo de lanzas y ballesteros que habian de conducir al campo real los duques de Arcos y de Medina-Sidonia, los condes de Ureña, de Ayamonte, de Cabra y de Palma, los marqueses de Tarifa, de Comares y de Villanueva, y los caballeros D. Fernando Enriquez y D. Rodrigo Mejia. Los infantes se habian de presentar pagados por tres meses por las respectivas ciudades, y por los grandes y caballeros los ballesteros y lanzas.

El día 21 de Febrero tomó Juan de Padilla, con Bravo, Maldonado y Zapata, la vuelta de Torrelobaton. Defendíala Garcí Osorio, y estaba bien murada y guarnecida.

Resistió esta heroicamente, á pesar de haber Padilla tomado al llegar por sorpresa el arrabal. Acudió el conde de Haro desde Tordesillas á socorrer á los sitiados; mas no llegó á socorrerlos, á causa de cuestiones que entre él y el almirante se suscitaron.

Ocho dias resistieron heroicamente y demostrando grandísimo valor los sitiados, pasados los cuales se rindieron, quedando prisionero Garcí Osorio.

Los comuneros procedieron muy mal con los vencidos, y saquearon cruel y horriblemente la villa. Los defensores del baluarte resistieron veinticuatro horas más que los de la villa, y no se rindieron hasta asegurar las vidas y la mitad de sus bienes.

Fuerte pánico se difundió entre los cortesanos de Tordesillas al suponer, como debian, que sobre la corte iban á caer inmediatamente los vencedores de Torrelobaton. Engañáronse, empero; porque no parecia sino que los comuneros tenian el fatal don de desaprovechar las ocasiones para ellos más favorables; y casi debemos decir que si al fin sucumbieron, fué porque no merecieron triunfar, puesto que tuvieron en su mano muchas oportunas ocasiones, y ninguna aprovecharon.

Sin la venda, para ellos tan fatal, que en ocasiones análogas les privaba de la vista, ¿cómo habian de haber dado oídos á la proposicion de una tregua de ocho dias, propuesta por los regentes? Oyéronla, sin embargo, y lo que es más, la aceptaron; aunque en poco estuvo el que la rechazasen indignados, á consecuencia de un violento discurso hecho ante la junta por fray Pablo de Villegas, que acababa de llegar de Flandes desairado por el emperador, ante el cual se habia presentado con proposiciones como delegado de la junta de las comunidades.

A pesar de todo se aceptó la tregua; pero si la observaron los caudillos de una y otra parte, cien veces la rompieron las partidas indisciplinadas é independientes que en uno y otro campo militaban, para á la sombra de la respectiva bandera robar, talar y cometer desmanes.

Tratóse despues de prorogar el armisticio, y la proposicion fué bien recibida por los jefes y mal por los populares, hasta el punto de no haber faltado quien amenazase con la muerte al tan amado Padilla; que tal es siempre el amor de los revoltosos y turbulentos.

Los armisticios eran obra casi exclusiva del almirante, que, como el lector sabe, siempre fué muy aficionado á la paz; y favorecia secretamente sus pacíficas miras D. Pedro Laso de la Vega, siempre influyente con una muy principal parte de los comuneros.

Para tratar de la paz comenzaron á negociar, celebrando secretas entrevistas en un convento extramuros de Valladolid y en otro igualmente situado fuera de Tordesillas, representando á las juntas de ambas poblaciones D. Pedro Laso, el bachiller de Guadalajara, el procurador de Segovia, D. Pedro de Ayala y fray Francisco de los Angeles.

Habianse ya fijado las bases de la paz, conviniendo los regentes en que el emperador nombrase á gusto del reino los gobernadores y en otras peticiones análogas, sobre todas, la de que no se diesen cargos ni empleos á los extranjeros, ni se sacase moneda del reino; que las Cortes pudiesen reunirse cada cuatro años, por lo menos, *de propia* autoridad. Pedian tambien los comuneros que los individuos de la corte pagasen los alojamientos, así como la comitiva del emperador; que se indemnizara á Medina del Campo de cuantos males la hiciera Fonseca; y despues de tratar otros puntos, relativos á la chancilleria de Valladolid, á las alcabalas y otros menos importantes, pidieron el perdon general para los comuneros.

En tal estado las cosas, todo anunciaba que los trastornos ocasionados por las comunidades iban á cesar, y á reconocer y aca-

tar aquellas la potestad real. No faltó en tal ocasion, como jamás falta en semejantes casos, quien secretamente difundiese la desconfianza. Esta sugirió á los comuneros la idea de pedir á los nobles que se obligasen á hacer causa comun con ellos, auxiliándoles con las armas, si el emperador no accedia á todas las presentadas exigencias.

Los nobles á su vez desconfiaron de los comuneros; y no les faltaba motivo, porque ya en otra ocasion, y no muy lejana, habíanles las comunidades amenazado con devolver á la corona las rentas y dominios que les pertenecian y que estaban en poder de los comuneros.

Dieron por el pronto los magnates una respuesta ni negativa ni afirmativa; pero en no dar esta última, indicaron que la proposicion no les habia agradado.

Indudablemente existian ocultos enemigos de la paz entre los imperiales, lo mismo que entre los comuneros. Y esto sobradamente se vió en aquella ocasion, al aparecer en los sitios más públicos de Valladolid fijado un edicto, que ya tiempo atrás habia hecho pregonar en Búrgos D. Iñigo de Velasco, edicto por el cual se declaraba *rebeldes, desteales y traidores* á los comuneros y á todos los sostenedores de su causa.

En contraposicion de este edicto, la junta popular de Valladolid hizo erigir un lujoso cadahalso (tablado) en la plaza Mayor, y al son de atabales y clarines mandó pregonar otro edicto declarando traidores, por haber quebrantado la tregua, al condestable D. Iñigo, al conde de Alba de Liste, al conde de Haro, al conde de Benavente, al de Salinas, al marqués de Astorga, al obispo de Astorga, á los consejeros, á otra multitud de personas, y señaladamente á gran numero de vecinos de Tordesillas y de Búrgos, sin olvidar á los simanquinos.

Ya no hubo forma de entenderse, ni habia medio posible de ajustar la paz; pero de todos modos los gobernadores habian ganado tanto con la dilacion, cuanto habian perdido los comuneros con desperdiciar el tiempo ocupado en tratos de paz, en vez de continuar los preparativos de guerra; porque gran número de sus soldados se habian retirado á sus casas dando la paz por establecida, y sin que disgustase á los jefes comuneros el descargarse del peso que el sustento y pago de los soldados les ocasionaba.

BATALLA DE VILLALAR.

Habian, pues, los comuneros desperdiciado un tiempo para ellos demasiado precioso, que les habia despues de hacer gran

falta, y cuyos perjuicios, unidos á su innegable don de errar y de perder las más favorables ocasiones, así como los excesos que á su sombra se habian cometido, difícilmente podian subsanarse.

Al mismo tiempo todo sonreía á los imperiales: habian multiplicado sus fuerzas; habian atraído á varios principales comuneros y reunido sus dispersos é importantes elementos, sin que nada de cuanto deseaban reunir les faltase, excepto dos mil soldados que de Aragon habian de pasar para aumentar los refuerzos al campo imperial. Los zaragozanos, empero, se amotinaron al verlos dispuestos y preparados á salir de la capital, y acometiéndolos tumultuosa é imprevistamente los desarmaron, diciendo á voz en grito: *Aragon no debe dar auxilio para quitar á Castilla sus libertades.*

Puestos ya en armas los comuneros, el condestable dejó al conde de Nieva el gobierno de Búrgos, y al frente de tres mil infantes y setecientos caballos, entre volantes ó ligeros y hombres de armas, tomó la vuelta de Tordesillas.

Con mayor fuerza militar se dispuso Padilla á la lucha. Con las tropas que juntó de Valladolid, Toro, Torrelobaton y tierra de Campos, pudo reunir ocho mil infantes y quinientos ginetes, llevando consigo además la artillería de Medina.

El condestable, auxiliado por el conde de Haro su hijo y por el almirante, habia reunido poco más de seis mil infantes y cerca de dos mil quinientos ginetes. La reina permanecía en Tordesillas, y con ella el cardenal Adriano y el conde de Denia.

Al salir Padilla de Torrelobaton con su ejército, el cielo parecia anunciar con visibles signos que aquella jornada habia de ser para el bizarro caudillo comunero terrible y funesta.

Cubierto el espacio por un denso velo negro, formado por espesas y siniestras nubes; oculto el esplendoroso sol, cuyos resplandores no podian abrirse paso á través de los aglomerados nubarrones, duelo y temor esparciáanse por la tierra; y el campo, como si la florida primavera á la sazón no imperase, marchito y mustio y sombrío se mostraba; que la tierra y el cielo de antemano anunciaban el desastre que á sufrir iban aquellos valerosos soldados, que tan marcialmente se dirigian á desafiar la muerte.

Era el día 23 de Abril y eran las primeras horas de la triste mañana, cuando Padilla en el centro de su ejército y al frente de la caballería que á la artillería rodeaba, tomaba la vuelta de Toro.

Apenas habia roto la marcha, cuando comenzó á desprenderse de las nubes una copiosa lluvia; último y grande inconveniente.

niente que debia presentarse á los designios del valeroso comunero. Pocas horas despues el camino estaba convertido en un intransitable pantano, y tenian los soldados necesidad de desplegar más fuerzas que para andar, para arrancar del fango los piés, que en aquel quedaban enclavados é inmóviles.

Noticioso el caudillo imperial de la marcha de los comuneros, mandó que la caballería avanzase sola, para picar la retaguardia de aquellos. Cuando los ginetes del emperador dieron vista al ejército de las comunidades, hallábanse unos y otros inmediatos á Villalar, punto desde entonces célebre en la historia, situado á tres leguas de Torrelabatan.

Desencadenóse el violento y arrollador huracan, para que la situacion del ejército fuese más crítica y expuesta. Entonces los soldados de Padilla se descompusieron y dispersaron; porque la lluvia les inundaba, el fango los tenia casi prisioneros, y el poderoso viento cruelmente los azotaba.

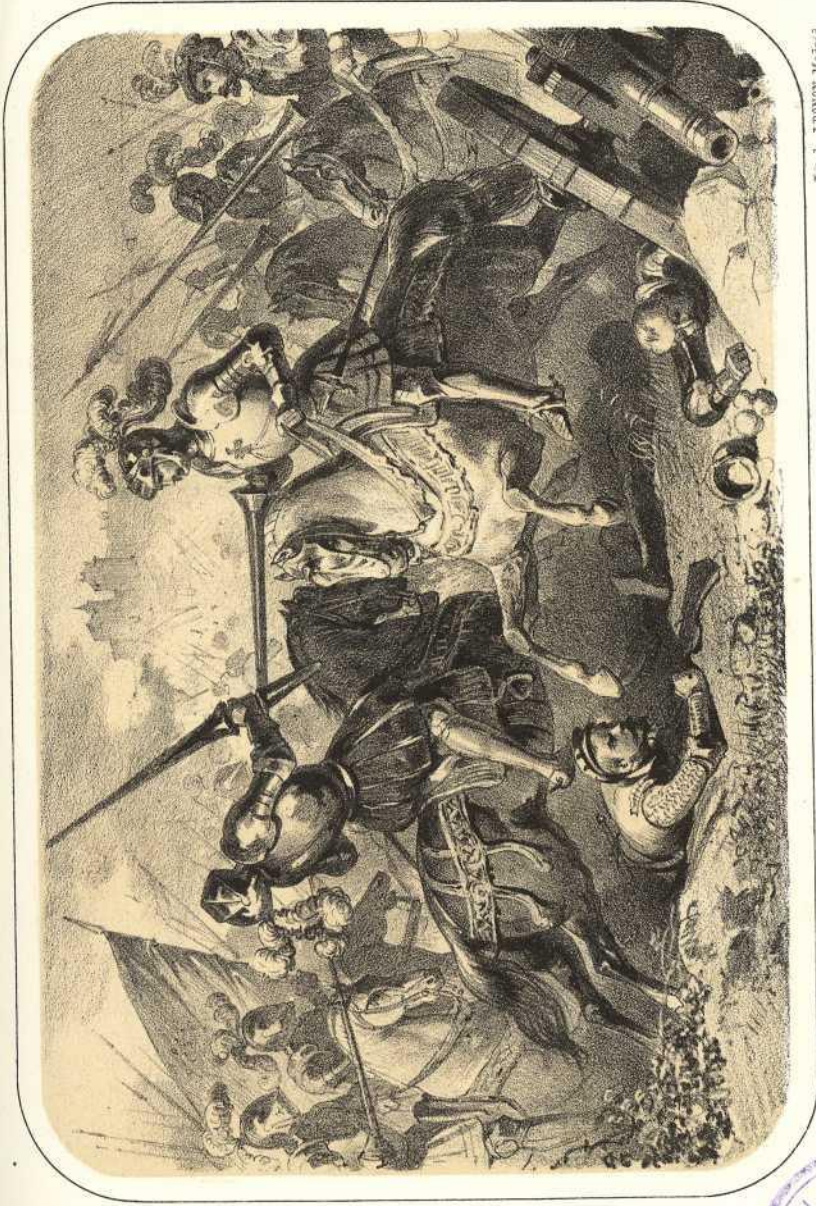
Padilla acudió presuroso á ordenar sus desmandadas huestes, las cuales á toda costa querian entrar en Villalar, para hacer más fácil la resistencia y librarse mejor de la verdadera conjuracion que contra ellos manifestaban los elementos.

No quisieron los imperiales desaprovechar la ventajosa y oportuna ocasion, aunque las mismas contrariedades que los comuneros experimentaban; pero unos y otros comprendian que aquella batalla iba á ser decisiva, y que el vencedor destruiria para siempre al vencido; por esto los de las comunidades querian ganar á Villalar.

Rompió el fuego el ejército del emperador con su artillería, al mismo tiempo que destacó contra los comuneros la caballería volante. No fué menester más para que el desórden de aquellos hombres, en otras ocasiones célebres por su valor, se dispersasen. Puestos en verdadera fuga, unos á otros se perjudicaban y vencian; ni los atrevidos y peritos ginetes podian sacar del fango á sus caballos, hundidos hasta los pechos como estaban, ni los infantes podian seguir su veloz carrera, enclavados entre los lodazales hasta la cinta, al mismo tiempo que la artillería gruesa estaba sin uso, porque tambien habíase sepultado en el lodo.

Cierto que en esta ocasion no pudo menos de observarse, juzgando imparcialmente, que tuvieron más resistencia, serenidad y denuedo los soldados del César que los comuneros. Con las mismas dificultades unos y otros, del mismo modo se enclavaban en el fango y no los inundaba menos la lluvia, ni el fuerte é irresistible azote del huracan los perdonaba.

En tal conflicto, el valerosísimo Padilla, queriendo que su arrojo hiciese sacar fuerzas de flaqueza á los suyos, sin más es-

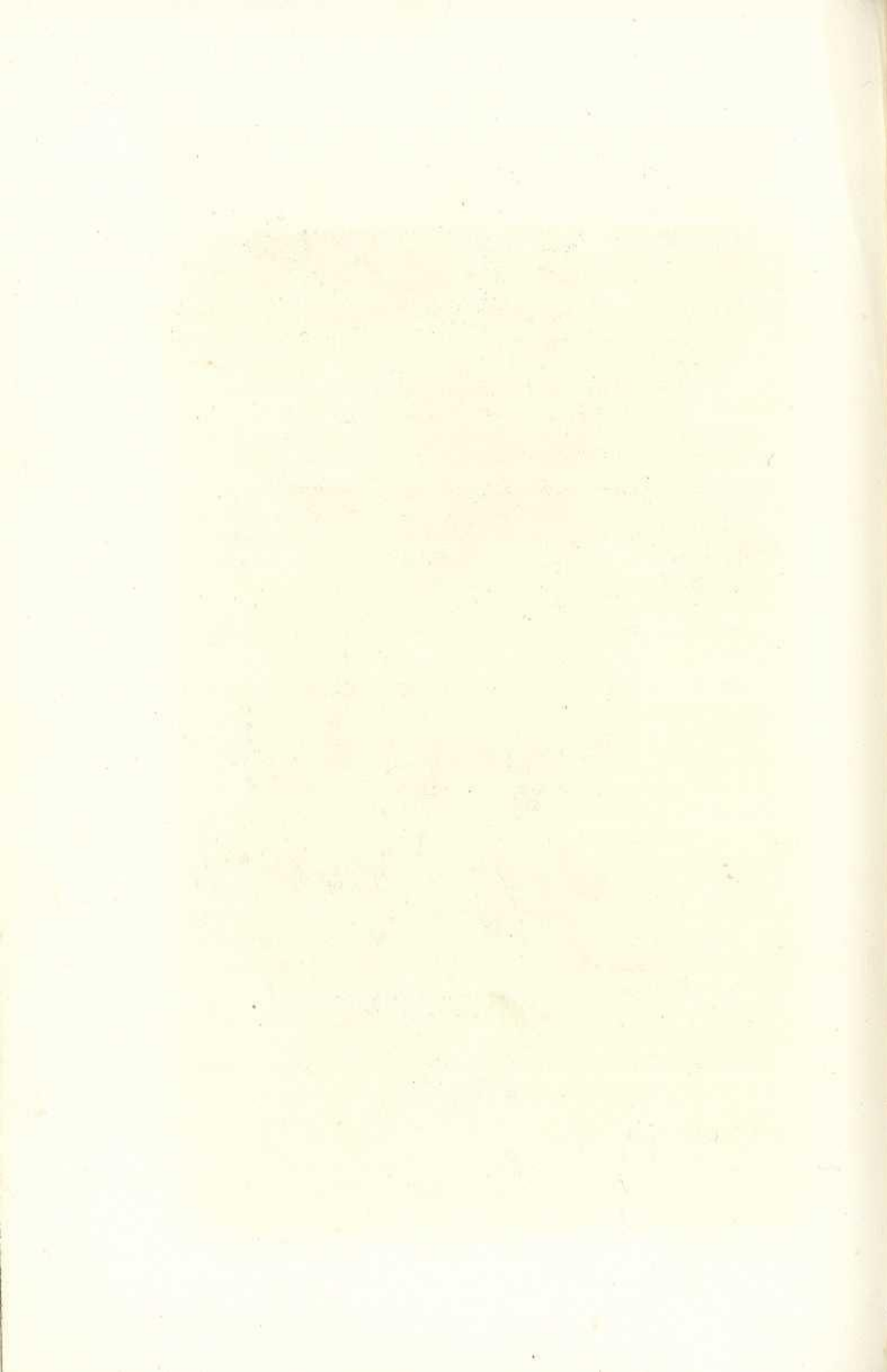


Imp. de J. DUNON, Madrid.

Batalla de Villalar.

Imp. de J. DUNON, Madrid.





colta que cinco escuderos de su casa, cargó denodadamente y se hizo paso por entre un numeroso cuerpo de lanzas enemigas. ¡Santa María y Carlos! gritaban los soldados reales; ¡Santiago y libertad! exclamaba Padilla.

Este golpe de arrojo hizo que le siguiese parte de su ejército, y comenzó la batalla, aunque ya de tal suerte que dejaba pocas esperanzas de triunfo. Cargó por segunda vez, sin embargo, el heroico Padilla; sacó de la silla con un terrible bote de lanza á D. Pedro de Bazan, señor de Valduerna, hasta que, hecha astillas el asta á fuerza de herir á cuantos á su paso se oponian, cayó del caballo, herido en una pierna por D. Alonso de la Cueva.

Entonces tuvo lugar una repugnante escena, que por honor de la historia y de los imperiales, quisiéramos no tener que consignar en aquella.

Después de haber entregado el valeroso Padilla, en señal de rendimiento, á su vencedor la espada y la manopla derecha, un caballero de Toro, llamado D. Juan de Ulloa, que debemos estampar su nombre para que sufra el justo castigo de ser escarnecido de cuantos la historia lean, hirió el rostro del rendido, dándole en él una traidora y cobarde cuchillada. Sus mismos amigos vituperaron tan infame hecho, y le declararon indigno de los honores de caballero. Pero ¿cuánto no sufriría tan buen caballero y valeroso soldado como Padilla al verse villanamente ofendido, sin poder defenderse! ¿Podría ser valiente Ulloa, cuando hizo uso tan feo de sus armas?

Con la prision de Padilla, su ejército se dispersó completamente; y á la fuga de la hueste toledana siguió la de los de Segovia y los de Salamanca; porque los valientes caudillos Juan Bravo y Francisco Maldonado tambien estaban prisioneros.

La derrota de los comuneros fué completa; y no en balde el cielo, mostrándose encapotado y melancólico, les anunció al emprender su marcha que aquella jornada habia de ser para ellos funesta y destructora.

Dos leguas fueron los desbandados comuneros perseguidos y acuchillados por sus contrarios.

Cuéntase como exceso de los imperiales el haber despojado hasta de las ropas interiores á los muertos; mas si este es exceso, siempre se cometió, y del mismo modo que en el siglo XVI, le hemos visto consumir en el XIX.

Los importantes prisioneros fueron trasladados al castillo de Villalba, y en la mañana del siguiente dia (24 de Abril) fueron llevados á Villalar, en donde se abrió la sumaria contra ellos.

Y interesábase en favor de los valerosos capitanes el noble almirante, sensible, dulce, y hombre de sentimientos nobles y generosos; pero la mayoría clamaba por el rigor y porque de una vez se extinguiesen las comunidades.

Declámase contra los intolerantes, y no seremos nosotros por cierto los que aprueban el rigor y severidad en casos análogos. Lejos de esto, del mismo modo que defendemos y defenderemos la pena de muerte para quitar del mundo á esos que, bajo la figura de hombres, son verdaderos tigres y baldon de la especie humana; de esos homicidas que meditan á sangre fria la ejecución de sus crímenes y premeditan el hecho y son crueles, sanguinarios y alevosos, jamás la defenderemos ni aprobaremos cuando de delitos políticos se trata. Si el de Padilla y sus compañeros de desgracia era ó no delito político, no es ahora del caso ni de este lugar: solo diremos que si como delito meramente político se le considera, fué aquella una lamentable y luctuosa desgracia; empero la intolerancia es hija legítima de los partidos políticos, que entonces, como ahora y como siempre, se han ensañado con los vencidos, tratándolos ni más ni menos que si su delito tuviese otras circunstancias y condiciones.

El proceso fué breve: una sola declaracion jurada de los reos bastó para terminarle. Confesaron sin rebozo ni ambages que habian sido capitanes de las comunidades, y cuanto contra la potestad del emperador habian ejecutado. A consecuencia de esta franca y explicita declaracion, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco de Maldonado fueron condenados á ser decapitados por traidores, con la confiscacion además de oficios y de bienes. La sentencia no comprendió por entonces á D. Pedro Maldonado y Pimentel, tambien en Villalar prisionero.

Hizose más notable Padilla en el terrible momento de escuchar su sentencia que durante el tiempo de su brillante mando y de su opulencia. La escuchó tranquilo y tan inalterable, que no parecia sino que oia la lectura de un escrito para él indiferente. Digno y firme, sin orgullo ni altivez, ni un solo momento le faltó la serenidad y una sangre fria inalterables. Bravo y Maldonado, por el contrario, sin demostrar menos valor que Padilla, estuvieron muy descompuestos en sus palabras y acciones.

Oida la sentencia por el simpático y valeroso Padilla, en el momento pidió un confesor que fuese docto, y un escribano para consignar su última voluntad.

Despues de cumplir, así como Bravo y Maldonado, con los deberes religiosos, pidió Padilla recado de escribir, y con la tranquilidad de espíritu y firmeza que eran en él connaturales,

escribió dos notables cartas que el lector encontrará en el *Apéndice*.

El sitio destinado para la sangrienta ejecución estaba situado fuera de la villa, *al pié del rollo de aquella*, y á él se dirigieron con la mayor entereza aquellos valerosos y desgraciados caballeros, montados en mulas con paramentos negros.

Ocurrió en el tránsito que, según inmemorial costumbre, el pregonero, publicando la sentencia, gritó: *Esta es la justicia que manda hacer su Magestad y los gobernadores en su nombre á estos caballeros, mandan los degollar por traidores.*

Al oírlo Juan Bravo, que era de condición altiva y enérgico carácter, irritado exclamó: *Mientes tú y miente quien te lo mandó decir: no fuimos traidores, empero si celosos del bien público y defensores de las libertades del reino.* Padilla, con la dignidad del caballero, el valor del soldado y la humildad del hombre religioso, dirigiéndose á Bravo, le dijo estas notabilísimas palabras: *Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.*

Calló Juan Bravo, hasta que al llegar al cadavalso, que lejos no estaba, dijo al verdugo: *Degüéllame á mi primero, porque no vea yo la muerte del mejor caballero que hay en Castilla.*

El valeroso Juan Bravo fué, en efecto, el primero que dejó de existir. Llegó despues el heroico Juan de Padilla, y con el mayor reposo se quitó unas reliquias que al cuello llevaba, y dándoselas al hijo primogénito del marqués de Denia, D. Enrique de Sandoval, le dijo: *Llevaldas con vos, y de vos no las apartéis mientras no cese la guerra: despues mandadlas, os ruego, á doña María de Pacheco, mi amada esposa.*

Al dirigirse al tajo fatal, vió el cuerpo de Juan Bravo sobre el tablado tendido, y con melancólica sonrisa dijo: *¡Ahí estais vos, buen caballero!* Púsose en seguida de rodillas, elevó al cielo la noble vista, y pronunciando el *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis*, dejó de existir. Poco despues pereció Francisco de Maldonado, y las cabezas de los tres compañeros de desgracia, clavadas en escarpías, quedaron en la parte más elevada del rollo, para que el público pudiese verlas.

Aun despues de muertos estos tres fuertes campeones, las comunidades quisieron sostenerse; mas el golpe que acababan de llevar era de necesidad mortal. No solamente los comuneros quedaron intimidados, sino privados del alma de todas sus operaciones; tal como el hombre valeroso que sufre un fuerte golpe en la cabeza, y aunque el vigoroso cuerpo quiere resistir y rehacerse, privado de la dirección de la cabeza, maquinalemente se

sostiene por algun tiempo, empero vacilante, hasta que cae para jamás levantarse.

Poco trabajo costó á los imperiales el penetrar en Valladolid. La entrada triunfal anunciaba acontecimientos siniestros, y no sin razon, porque el triunfo de Villalar fué ensangrentado con muchos y terribles castigos.

A la entrega de Valladolid siguió la de todas las ciudades que se habian declarado por los comuneros, inclusa Madrid, que se entregó á D. Juan Arias Dávila, primer conde de Puñonrostro. Y como la fortuna rara vez, en el mal lo mismo que en el bien, hace las cosas á medias, declarada por los imperiales, al mismo tiempo que hacia sucumbir en Villalar á los comuneros, derrotaba en el puente de Durana al conde de Salvatierra, el cual solo y aislado se fugó, y á uña de caballo pudo escapar á una muerte segura, dejando las Merindades tan tranquilas como ya estaba Castilla.

Las ciudades que se entregaron á D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, que fueron muchas, le encontraron tan benigno como debia esperarse de su dulce carácter.

Antes de que ocurriese el fatal desastre de Villalar, se habia dirigido Acuña hácia Toledo, como en su lugar dijimos, para oponerse á D. Antonio de Zúñiga, prior de la órden de San Juan.

Habia estado gravemente enfermo el belicoso prelado, y fué recibido con indescriptible entusiasmo por el pueblo al recorrer las comarcas de Madrid, Alcalá, Guadalajara, Ocaña y Toledo.

En Alcalá hemos dicho que fué tambien extraordinario el entusiasmo con que Acuña fué recibido, aunque esto no debia esperarse.

La multitud de estudiantes que cursaban en la célebre universidad de la gran Cómpluto, habíase dividido en dos numerosos bandos. Uno defendia á los del emperador, y otro á las comunidades; y habiendo llegado á las manos, fué vencido el bando comunero, que denominaba á sus contrarios *los andaluces*. Llamábanlos así porque las ciudades de Cádiz, Sevilla, Córdoba, Jerez, Ecija, Antequera, Andújar, Martos, Ronda, Carmona, Porcuna, Arjona y Torre Don Jimeno se habian confederado en favor del emperador y contra las comunidades. Dicese, sin embargo, que no trataron de emplear otros medios que los conciliatorios, exhortando á los comuneros á deponer las armas, en cuyo caso procurarían alcanzar el perdon imperial.

Hallábase el obispo-guerrero satisfecho de la recepcion que le hicieran en su marcha, y estando cerca del Romeral, de improviso se vió atacado por Zúñiga. Este habia acometido la rela-

guardia del ejército comunero; empero no valió al prior de San Juan el haber sorprendido al prelado. Este, que ciertamente erró su vocacion, peleando con la lanza como soldado y siempre á la cabeza de los suyos y en el sitio de mayor peligro, venció completamente y puso en fuga á Zúñiga, el cual no pudiendo rehacerse, tuvo que pedir una tregua.

Accedió Acuña, contra lo que debía esperarse de su carácter ardiente y natural irritable. Algunos suponen que el principal motivo de aceptar la tregua no fué otro que el haber llegado la Semana Santa, y que Acuña recordando su sagrado carácter, del cual, sin embargo, tan poco caso hacia, no quiso pelear en aquellos dias que deben exclusivamente dedicarse á las prácticas religiosas, y al recuerdo de la Pasion del Redentor del linaje humano.

Aprovechando la tregua, penetró disfrazado en Toledo el obispo de Zamora; pero reconocido al fin, el pueblo, entusiasmado al ver en su seno al vencedor de Zúñiga, le desmontó de la cabalgadura, y en hombros le condujo hasta la catedral.

En aquel momento, y á pesar de que el obispo hizo inauditos esfuerzos para lograr que el pueblo respetase el sagrado recinto, que estaban en aquel momento celebrando el oficio de tinieblas del viernes Santo, en medio de los salmos del rey-profeta y de los trenos de Jeremías, el obispo de Zamora fué con frenético entusiasmo proclamado arzobispo de Toledo. Eleccion original, tratándose de un príncipe de la Iglesia, y nunca vista en casos análogos sino cuando se trataba de Acuña, que lo mismo en Zamora que en Palencia fué promovido á la dignidad episcopal por medio del tumulto y del escándalo. Algunos, teniendo en cuenta tales antecedentes, suponen que á pesar de la oposicion que hizo á los que le proclamaban, no fué extraño á la popular determinacion.

Apenas tuvo lugar la irreverente escena en la gran basilica toledana, el prior de San Juan cayó repentinamente sobre Mora, rica villa que estaba por las comunidades.

Resistieron con valor los defensores; y despues de penetrar en la villa los de Zúñiga, defendieronla los primeros palmo á palmo. Igual era el valor de los soldados de ambos bandos; mas viendo los imperiales que la lucha se prolongaba demasiado y que eran diezmados desde las ventanas de las casas, prendieron fuego á la villa, y en ella perecieron cerca de cuatro mil de sus moradores. Terrible desastre que no acredita mucho de humano á Zúñiga; y ya no extrañamos su fuga al sorprender en el Romeral á Acuña; porque es muy raro el hombre cruel que tiene verdadero valor.

No fué más pronto el tener noticia Acuña del horrible destrozo de Mora, que el salir con su hueste á tomar venganza de Zúñiga. De este una parte de ejército fué alcanzada por el obispo no lejos de Illescas: los imperiales, menores en número, se hicieron fuertes en el cerro del Aguila.

El mismo prelado subió por los empinados cerros con el vigor de un jóven y la intrepidez de un soldado; pasó la noche batiendo el castillo con la artillería, hasta que la aurora apareció para hacerle ver que los disparos, muchos de ellos hechos por la mano del mismo obispo, habian abierto en los muros brechas practicables.

En aquel momento los sitiados, que vieron ya penetrar en el castillo á sus enemigos, apelaron á un ingenioso medio, aunque no por ellos inventado. Soltaron repentinamente un sin número de reses que habian recogido en sus continuas correrías; y la imprevista salida, la veloz carrera de los cuadrúpedos latigueados y acosados por los guerreros; el ruido tan grande, como á la sazón siniestro, de los cencerros, y más que nada la sorpresa, hicieron que los soldados de Acuña huyesen vergonzosamente; y muchos de ellos rodaron hasta el llano, á donde llegaron mal-trechos.

Acuña, sin embargo, permaneció impávido con muy pocos de los suyos; pero no tardó mucho en replegarse á Toledo, puesto que ni tenia bastante tropa consigo, ni era fácil resistir á las lluvias violentas y copiosas que sin cesar se desgajaban de las nubes.

No mucho despues de ocurrir este suceso tan bochornoso para la hueste de Acuña, dió este poco digno prelado un nuevo escándalo, más notable y vergonzoso que los anteriores, porque no tenia la disculpa de la causa popular, ni otro móvil que su insaciable ambicion.

El pueblo, motu proprio al parecer, se empeñó en consumir la obra comenzada el viernes Santo en la catedral de Toledo.

Habíase entibiado mucho el entusiasmo excitado por el obispo, especialmente entre los comuneros sensatos y los religiosos que defendían á las comunidades, al notar sus costumbres, su ambicion y carácter. Entonces el pueblo, eligiendo la hora en que los canónigos se dirigian al templo, tomó las avenidas, y deteniendo uno por uno á cuantos individuos del cabildo por allí pasaban, los encerró en la sala capitular y exigió de ellos de una manera violenta y casi brutal que sancionaran la eleccion popular en favor de Acuña para ocupar la sede primada.

Dignos y valerosos los canónigos, se negaron resueltamente á tan injusta pelicion; y para no dar lugar Acuña á que se dudase

de la parte que tomaba en aquel acto incompetente al pueblo é ilegal en todas sus partes, de pronto se presentó ante el cabildo y estuvo descompuesto é insultante con los individuos que formaban aquel.

Dia y medio tuvieron encerrados á los canónigos sin permitirles comer, beber ni descansar, á fin de lograr con este tormento que cediesen á la peticion del pueblo; pero fué en vano: prefiriendo perecer antes que faltar á su deber sagrado, no accedieron; y cansados los revoltosos de luchar con ellos, los dejaron en libertad.

Acuña, sin embargo, se dió el placer de revestirse con las insignias arzobispales; empero puede decirse que en aquel dia concluyó su prestigio, que solo conservó en medio de la parte más abyecta y despreciable de los comuneros.

En sus proyectos ambiciosos ocupábase Acuña, cuando ocurrió la memorable y terrible catástrofe de Villalar.

Casi al mismo tiempo invadieron los franceses el territorio navarro, de una manera en verdad poco noble, porque el ejército imperial estaba ocupado y dividido en persecucion de los comuneros y de los soldados, foragidos en su mayor parte, que acudillaba Salvatierra. Por esto nada de extraño tuvo el que sin dificultad se posesionasen de Pamplona.

El desastre de Villalar casi coincidió con el sitio de Logroño por los franceses; y debemos decir en honor de los comuneros, que despues de su memorable derrota y de la destruccion de sus principales jefes, mostrándose más españoles que partidarios del bando que les habia hecho empuñar las armas, excepto los refugiados en Toledo, todos acudieron en union con los que poco antes eran sus enemigos, para vigorizar á estos y juntos rechazar al enemigo comun: al francés. Ni sabemos cómo este intentaba nuevas acometidas, sabiendo que si por sorpresa y prevaleándose de circunstancias especiales entró más de una vez en España, siempre salió de una misma ignominiosa manera, desde los remotos tiempos de Carlo Magno hasta el año 1812.

España obedecia ya al emperador y casi del todo habian desaparecido las fuertes comunidades de Castilla, que más de una vez tuvieron en su mano el completo triunfo de su causa.

Una sola ciudad se mantenia firme, y orgullosa ostentaba en sus adarves el pendon de los comuneros, á la sazón destrozado, aunque más de una vez cubierto de marcial gloria.

Esta ciudad era por más de un título y concepto gloriosa; era importantísima; era la cuna de las comunidades de Castilla; era la antigua y veneranda córte de los monarcas godos; era, en fin, la imperial Toledo.

No gobernaba en ella ningun caudillo valeroso; que la sangrienta segur del verdugo habia segado en flor los nobles cuellos de los jefes de las comunidades. El de los comuneros toledanos era á la sazón una varonil mujer, animosa, entendida y enérgica. Llamábase DOÑA MARÍA DE PACHECO, y era viuda del desventurado y valeroso D. JUAN DE PADILLA.

Era esta señora de noble alcurnia y esclarecido linaje, como hija del conde de Tendilla; habia sido su madre una hermana del marqués de Villena.

Hallábase dedicada á la oracion en su particular oratorio, cuando recibió la fatal nueva del desastre de Villalar. Leyó el pliego fatal, y sin dejar salir al semblante la pena que en tan crítico momento la devoraba, comprimió el llanto para que el pueblo no se desanimase; empero si los ojos permanecieron secos, en cambio comenzó á llorar sangre su sensible y heróico corazón.

Abandonando el oratorio, salió á la plaza; dispuso que se reforzasen las guarniciones de las puertas de la ciudad; mas todo su heróico disimulo fué inútil; porque los fugitivos de Villalar acudiendo á Toledo, publicaron lo que ella tanto encubrir queria.

Pocas horas despues recibió la carta de su esposo, y con ella la funesta nueva del trágico suceso que viuda la dejara; y aunque amaba entrañablemente al hombre que tanto lo merecia, sobreponiéndose á su justo y disculpable dolor, juró vengar á Padilla y reemplazarle al frente de las comunidades.

Viendo el gobierno imperial que Toledo le retaba, manteniendo sola en Castilla la insurreccion, mandó contra ella tropas.

Sitiábala Zúñiga, el prior de San Juan, y la tenia muy apretada, al mismo tiempo que los defensores carecian de pagas. Doña María, firme en su propósito de triunfar ó morir, acudió al cabildo y le hizo entregar seiscientos marcos de plata para socorrer al ejército comunero.

Referiremos un lance, como prueba de lo que es un pueblo desbordado, sean cualesquiera las ideas que en él predominen y la enseña que les sirva de guia.

Habia dos hermanos, llamados Aguirre, que avaros y deseosos de acrecentar, sin reparar en los medios, su fortuna, se habian en otro tiempo repartido el dinero no escaso que la ciudad de Toledo remitía á Padilla para sostenimiento de los soldados de la comunidad.

Creian que su crimen era ignorado, y llamados por doña María penetraron en la ciudad.

Al entrar en ella fueron asaltados, despeñados, arrastrados hasta la Vega, quemados, y aventadas sus cenizas. Tambien

aquella desenfrenada muchedumbre desprecio é insultó á una devota procesion que, llegando tarde para salvar la vida á aquellos infelices, trató de darles en vano honrosa sepultura.

El glorioso alzamiento de las comunidades está oscurecido por algunos lunares parecidos ó análogos al que acabamos de referir. También es muy raro y contado el personaje histórico que en medio de una gloriosa vida no tiene algun borron que empañe aquella. Tal sucedió entonces á doña María: mujer discreta, elocuente, varonil, noble y digna, todo lo olvidó ante el desdichado placer de una venganza efimera y mezquina; porque en aquella ocasion fué poco noble y muy artera al hacer que de su parte llamasen á los Aguirres, para que, fiados en ella los llamados, entrasen sin recelo á buscar una muerte segura.

En todo pensaba Toledo, menos en entregarse á los imperiales; pero sin embargo, deseoso el gobierno de concluir con los disgustos á que la sublevacion daba lugar, trató de ganar á la varonil doña María, y no omitió ningun medio decoroso de cuantos á su alcance estaban.

El primero que se acercó á la Pacheco fué su tio el marqués de Villena, con el designio de reducirla y hacer se diese á partido. Poco despues entró en Toledo el duque de Maqueda, tan inútilmente como el de Villena; porque los más fogosos comuneros alteraban y trastornaban al pueblo, siempre fácil en creer, é inclinado á los que mejor fingen el entusiasmo.

Hizose circular la voz de que los dos magnates eran agentes imperiales encargados de someter al pueblo y esclavizarle: esto bastó para que el duque y el marqués tuviesen que salir de Toledo á uña de caballo.

Dícese que tomaron por aquel tiempo grande ánimo los comuneros, esperanzados en la invasion francesa de que ya hemos hecho mencion. No falta quien, sin asegurarlo, añade que se sospechó la connivencia de doña María con el caudillo francés. A ser esto cierto, y á serlo igualmente el que los comuneros tomasen ánimo á consecuencia de la invasion francesa, su causa perderia mucho, y los nobles rasgos que la adornan quedarian casi por completo borrados. Todo bando ó partido que no sea español antes que otra cosa alguna, morirá más pronto ó más tarde ignominiosamente.

En mala hora ocurrió á D. Antonio de Acuña el salir de Toledo en direccion de Francia, segun se supone. Disfrazóse perfectamente; mas sin embargo, al llegar á Navarra fué conocido y aprisionado. En otro lugar verá el lector la conducta que observó este prelado durante su prision, y su fin en el suplicio.

En tanto solo ocurrían escaramuzas y encuentros parciales en

las márgenes del Tajo, hasta que Zúñiga se acercó al monasterio de Sisle, y se recrudescieron las iras y se multiplicaron los choques, y el hambre se comenzó á sentir en Toledo; y para mayor sentimiento de los comuneros, se esparció la noticia de haber sido derrotados los franceses al frente de Pamplona.

Con el marqués de Villena y el duque de Maqueda habian salido de la ciudad muchos ó casi todos de los principales comuneros que deseaban la paz, convencidos de la inutilidad de los esfuerzos que á toda hora se hacían en favor de aquella.

La escasez y las malas noticias de la guerra con Francia hicieron que varios de los tenaces se cansaran de sufrir, é intentaron proclamar la paz con los imperiales. A consecuencia de esto se dividieron en dos formales bandos, que hubieran llegado á las manos sin la oportuna intervencion de doña María, la cual tambien estaba por la resistencia. Ocurrió, empero, un suceso que trastornó todos los planes de la heroína.

Sorprendieron los comuneros al prior de San Juan, con el objeto de llamar la atencion en tanto que otros procuraban introducir víveres en la ciudad. La acometida fué tan recia é impetuosa, que los de Zúñiga estuvieron á punto de declararse en fuga; mas fué el caudillo oportunamente socorrido, y cargó con tal bizarría despues de rehacer á los suyos, que los comuneros fueron destrozados.

Desde aquel momento un solo pensamiento hubo en todos: la paz era deseada y por todos los labios pedida con tal vehemencia y ahinco, que no pudo resistir la viuda de Padilla, y entró en negociaciones con el prior de San Juan, dando aquellas por fruto las condiciones siguientes:

«Toledo conservará siempre el renombre de muy noble y muy
 »leal; se otorgará perdon general á todos sus moradores y comarcanos; no se tratará de indemnizacion de daños y perjuicios
 »hasta que vuelva el rey á Castilla; no se devolverá lo tomado
 »de las rentas reales; se alzaré el secuestro de los bienes de Padilla; se rehabilitará su buena fama y honra, y si su viuda pidiere justicia, el rey nombrará un juez competente y no sospechoso que la haga; la guarda del alcázar, puertas y puentes se
 »confiará á vecinos de confianza; continuarán los diputados de las parroquias en el derecho de nombrar procuradores generales del pueblo; la ciudad conservará íntegros sus privilegios,
 »franquicias y libertades; se nombrará corregidor á su gusto, y este podrá impedir la vuelta á la ciudad de los ausentes y desterrados que le pareciere, para evitar que se renueven los disturbios, hasta que el emperador determine.»

Este convenio se firmó en 25 de Octubre de 1521 entre el

prior de San Juan, que se obligó en nombre del rey y ofreció influir con S. M., á fin de que fuese en todas sus partes sancionado, y doña María Pacheco.

No habia, sin embargo, seguridad, ni sabemos hasta qué punto hubo buena fé de una y otra parte: los más expertos en esta clase de asuntos decian, y no se engañaban por cierto, que aquella concordia no seria duradera.

Unos tenian deseo de abandonar la violenta vida del campamento, y otros afan de mitigar el hambre destructora, y estos fueron los principales fundamentos sobre los cuales se basó la concordia.

Doña María no quiso desprenderse de sus tropas ni de su artillería: lejos de esto, al trasladarse á su casa desde el alcázar en donde estaba, se llevó unas y otras consigo, en tanto entraba en Toledo el prior de San Juan con sus tropas.

En aquella ocasion sucedió lo que en todas las análogas: comenzaron los insultos por la gente menuda de ambos bandos; ni los del rey ni los comuneros se mostraban en su reunion bien avenidos, y al terminar el año se dejaba entrever el disgusto de uno y otro bando, y cuán fácilmente la mina que tan cargada estaba se inflamaria y estallaria en mil pedazos, tan pronto como la más leve chispa sobre ella cayese.

En tanto esto sucedia en Castilla, las germanías de Valencia continuaban alterando el reino, y teniendo en continua alarma á la gente tranquila y de orden.

No existia persona que ejerciese ningun cargo público que no hubiese sido escogida entre los plebeyos; y casi al comenzar el año 1521, el carpintero Estellés, dejando sus herramientas y convertido en general, marchó al frente de quinientos hombres al socorro de sus hermanos los del Maestrazgo. Sorolla en tanto gobernaba despóticamente, aunque tenia pretensiones de republicano, en Benaguacil, Paterna y otros puntos.

Estaban los agermanados no muy tranquilos en ciertos puntos de Valencia: los imperiales de Morella se habian apoderado de San Mateo y habian ejecutado varios castigos, incluso el de la última pena con seis de los agermanados.

Sabida la desastrosa nueva, avanzó el improvisado general Estellés en socorro de los suyos, sin embargo de lo cual no llegó á las manos con sus contrarios hasta hallarse en Oropesa, en cuyo punto tuvo un choque con el duque de Segorbe. Este y otros magnates, por indicacion de D. Alfonso de Cardona, almirante del reino de Aragon, se habian unido para juntar gente de armas y oponerse á los progresos de los agermanados ó comuneros de Valencia, que fueron más vivos que los castella-

nos, y por consecuencia, hicieron en algunas ocasiones más daños.

Poco duró á Estellés su nueva carrera, y hubiérale estado más á cuento el no haber abandonado sus herramientas; porque toda carrera, cuando no se tienen nociones de ella, es muy perjudicial para el que de improviso la adopta.

Estellés fué vencido por el duque de Segorbe: dispersos sus quinientos hombres, y él mismo hecho prisionero con doce ó más de los que le servían de oficiales, acabó su vida en la horca, sin consideracion á que se llamaba general. Acompañáronle en el suplicio los otros doce prisioneros.

Al saberse en Valencia la desgracia del general de las germanías, subió mucho de punto el enojo y creció el disgusto. Anuncióse aquel por el toque de rebato, á favor del cual se reunió instantáneamente en la plaza de San Francisco una entusiasmada multitud, decidida á vengar el desastre de Estellés, y con este objeto salieron de la capital.

Llevaban por general á Jaime Ros, pero renunció su destino, y para reemplazarle nombraron á Juan Caro, de oficio *confitero*, que de las calderas y hornillas pasó á dirigir los asuntos de la guerra, y de manejar azúcar pasó á cuidar de pólvora y municiones.

Lo que es gente decidida no faltaba al confitero-general, porque en su tránsito se le iban uniendo nuevos pelotones á medida que iba avanzando; y cuando atacaron á Corbera, buen castillo, no lejos de Alcira, ya se acercaban á cinco mil los agermanados que iban con Caro.

No pudieron tomar á Corbera, y se dirigían contra el castillo de Játiva, cuando en el camino, y en virtud de noticias que recibió el confitero, se dirigió aquella tropa á Mogente.

Cinco veces se dió el asalto, y no sin valor de parte del *general* y los agermanados, pero los cinco tan inútilmente como los dados contra Corbera. Al fin se dirigió contra Játiva, en donde fué más feliz: allí logró Caro que se entregase la fortaleza, después de una resistencia tan larga como heroica, salvando las vidas los defensores en obsequio á su bizzarria, sin embargo de lo cual, uno de los más valerosos, llamado D. Guillem Crespi, fué cruelmente asesinado.

Continuaban en tanto los imperiales dando en qué entender á los agermanados, en tales términos que, á fin de procurar á estos últimos los necesarios socorros, se apeló, como en tantas ocasiones, á entusiasmar á la multitud.

Habíanse alzado por los imperiales algunos moros, cuyo número, según se dice, pasaba de dos mil. Encontráronse ahogados

dos jóvenes de los agermanados en una noria, ó acequia segun otros, de las inmediaciones de Murviedro, y convino echar la culpa de aquella desgracia á los moros alzados por el rey; porque para los agermanados era bastante el pelear en favor de Carlos; pero si se trataba de moros se centuplicaba el delito.

Eligióse un mensajero que supiese hablar lo bastante para el caso, y haciendo que entrase á deshora en Valencia, le mandaron llevar sobre dos caballos los cadáveres de los precitados jóvenes.

No eran seguramente menester muchos esfuerzos para hacer que el pueblo se irritase, tratándose de imperialistas y de moros. Para mejor lograrlo, un cierto agustino llamado Fr. Lucas Benet, llegó hasta el exceso de llamar á aquellos dos jóvenes *mártires de Jesucristo*, abusando lastimosamente de la religion, que en tales circunstancias se ha explotado no pocas veces. Y recorriendo como frenético por calles y por plazas, con un crucifijo en la mano y en la otra un arma, excitaba al pueblo y clamaba venganza, al mismo tiempo que blandía, como si un puñal fuera, el sagrado signo de redencion y la efigie del que prohibió las venganzas.

No creyendo todo lo expuesto suficiente, se dirigió á la catedral en busca de la bandera de la Cruzada, que no pudo sacar de aquella por haberse negado el cabildo á entregársela. Un hijo de un escribano, ya que no se obtuvo la veneranda bandera de los cruzados, sacó de las casas consistoriales la que el concejo llevaba en las guerras contra los hijos de Mahoma.

En medio de los ardores de Julio salió un ejército de agermanados de la capital, tomando la vuelta de Murviedro: mandábalos el conocido Jaime Ros, haciendo de maestre de campo un cierto Juan Siso, *que era mesonero*, y yendo de alférez general Miguel Marza, *cardador*.

Lograron reunirse hasta unos ocho mil hombres dispuestos á todo, fuertes y valerosos, empero indisciplinados é ignorantes de todo asunto de guerra.

Salió á encontrarlos el duque de Segorbe, con menor fuerza numérica, desde Almenara en donde se hallaba. Perito en las operaciones de campaña, logró el duque atraer á Ros hasta un sitio á propósito para desplegar la caballería, y en aquel batió y destrozó á los agermanados: dos mil de estos quedaron sobre el campo, si bien no fué sin pérdidas de parte del duque.

Véase, empero, lo que es un ejército popular y sin disciplina. Su derrota solo consistió, y por cierto no se necesitó de mas, en ser el duque un buen general de aquellos tiempos; en llevar caudillos muy inteligentes que le secundasen; no muchas tropas,

pero muy escogidas y acostumbradas á la guerra, y sobre todo, disciplinadas, obedientes y valerosas.

Si los populares hubiesen reflexionado sobre todas estas circunstancias, cierto que no les hubiera sorprendido la derrota; pero ¡quién puede exigir de cierta clase de gentes el que reflexione! Lejos de esto, se empeñaron en que debian la derrota á algun traidor que habia en su seno, y fijaron sus sospechas en el desdichado *maestre de campo*, Juan Siso, el *mesonero*, que hubiérale valido más el no dejar su meson; porque como las fórmulas judiciales y la justicia popular son tan breves y expeditivas, le condenaron al bárbaro suplicio de ser *alanceado en la plaza pública*, sentencia que se ejecutó sin apelacion por aquellos hombres que se sublevaban en nombre de Jesucristo. Véase, pues, que la religion ha servido de pretexto á muchos revolucionarios, y no solo, como algunos quieren suponer, á los imperialistas de Cárlos I y á los realistas de Felipe II, si que tambien á los que clamaban contra el despotismo y proclamaban la libertad del pueblo.

En Biar hubo poco despues otro choque, entre el conde de Mérito y Vicente Peris, en el cual fué el conde vencido; y sentimos el tener la imprescindible necesidad de consignar otro hecho de los agermanados, bárbaro, cruel é inaudito. Es forzoso consignarle, empero, así porque la exactitud histórica lo exige, como para que se vea la verdad de los hechos, y que no son tan bellas é inmaculadas las germanías como en novelas y dramas han querido pintar algunos autores.

El caudillo Peris era de los más entendidos y de un valor fabuloso; y despues de haber vencido al virey, Mérito, se dirigió contra el castillo de Polop, en el cual se habian refugiado quinientos ó seiscientos moros de los que habian tomado partido por los imperiales.

Se sostuvieron lo posible; mas les fué, por fin, preciso el rendirse pidiendo las vidas, que *les fueron concedidas, á condicion de que habian de recibir el sagrado bautismo*. Accedieron aquellos infelices, con más ó menos voluntad, anhelando conservar la vida, y fueron, en efecto, bautizados: pocos instantes despues los infelices y engañosos moros, unos degollados, otros *alanceados, todos perecieron*.

Aun se quiso cohonestar esta incalificable infamia con el manto de la religion; y los agermanados todos á una, para disculpar el nefando y bárbaro hecho, llegaron á decir con feroz y sacrilego sarcasmo: *Esto es mandar al cielo muchas almas y METER EN LAS BOLSAS MUCHO DINERO*.

El desastre sufrido por Ros se habia compensado con las ven-

tajas obtenidas por Peris; y fuéles forzoso á los magnates tomar serias providencias, en virtud de las cuales el marqués de los Velez tomó á Elche, en donde estaba muy pujante la germanía, y despues á Aspe, Crevillente, Alicante y otros puntos de menos importancia.

El dia 20 de Agosto perdió la germanía cuanto habia en Julio ganado. Dióse una formal batalla entre el marqués que acababa de libertar al castillo de Orihuela y Pedro Palomares, escribano de profesion, que mandaba á los agermanados.

El resultado de la batalla no pudo ser para aquellos más desastroso. Asegúrase, y puede asegurarse, que *se cubrió una acequia con los cadáveres de los agermanados, formando con aquellos un puente, por encima del cual pudo pasar la caballería de los imperiales.*

Esta célebre batalla, dada junto á Orihuela, costó la vida á Pedro Palomares, el cual fué hecho prisionero y ahorcado, en union con la *junta de los Trece* de aquella ciudad, que acompañaron al escribano en la prision y en la horca.

La batalla de Orihuela habia obligado á muchas ciudades, villas y fortalezas á rendirse, y la rebelion casi estaba concentrada en la capital, en donde siempre tuvo su foco.

Viéndose destituidos los Trece de Valencia de todo humano socorro, se decidieron á llamar en su auxilio al infante D. Enrique de Aragon. Accedió el infante, y entró en la capital el dia 19 de Setiembre, yendo derecho á alojarse al palacio arzobispal.

Dícese que el infante reflexionó bastante antes de aceptar; pero no comprendemos que su aceptacion pudiese ser hija de haber reflexionado, puesto que con solo haber pensado un momento, debió prever lo que muy en breve sucederia.

Estuvo en paz el infante hasta que apareció Peris en Valencia. Ambicioso y diestro á su manera, no queria rivales, fuesen de la clase que quisiesen; y regresaba á la capital con cierto orgullo, puesto que no le habia cogido la terrible derrota, y que, si bien parciales y de poca importancia, habia obtenido algunos triunfos.

Presentóse, pues, Peris en Valencia, y comenzó á desairar al infante, formandó como empeño decidido en deshacer todo lo que D. Enrique hacia. Y como el caudillo popular era muy querido, fué ganando á todos los principales agermanados, hasta el punto de enemistarlos con el infante.

La enemidad se vió ostensiblemente el dia 9 de Octubre, al celebrarse la solemne funcion de aniversario en memoria de la conquista de Valencia por el gran Jaime I, el Conquistador.

Al asomarse el infante á un balcon del palacio para ver des-

filar la procesion, fué aquel ferozmente insultado, y hubo tiros, y carreras, y sustos, y desastres y atropellos.

Caro pagaron aquel alarde de poco política ferocidad, si es que alguna vez esta puede ser aquella. La ciudad fué atacada en combinacion por el marqués de los Velez, por el de Moya, por el señor de Mogente y por el de Albalera.

Los cuatro caudillos eran muy renombrados y peritos en el arte de la guerra, y se presentaban al frente de numeroso ejército: los Trece temieron y capitularon. El dia 18 de Octubre abandonaron la ciudad los más comprometidos de los sublevados, y trece dias despues (1.º de Noviembre) entró en Valencia el virey conde de Mélito.

Hasta entonces la germanía no habia hecho otra cosa que cambiar de centro: esto es, no disponia de la capital como pocas horas antes; pero estaba tan organizada como en aquella en Alcira, á donde Peris y la junta se habian trasladado, si bien en Valencia, segun las bases de la capitulacion, se habian nombrado jurados á gusto del virey y se habian depositado las armas de los germanos en el convento de San Francisco. Puede suponerse sin temer equivocarse, que no todas las armas pasarian al convento.

Comprendiendo la verdad el conde de Mélito, se dirigió contra Alcira con siete mil infantes, mil ginetes y un buen tren de batir. Tuvo, sin embargo, que levantar el sitio, así por falta de subsistencias, como por haber sabido que se acercaba una division de tres mil agermanados en socorro de Alcira.

Despues de haber experimentado algunas pérdidas en un infructuoso asalto, se dirigió á Játiva, siempre seguido y molestado por una columna que salió de Alcira en su persecucion.

Habiendo el virey apelado á las artes políticas para procurar extinguir una guerra tan perniciosa y que inacabable parecia, la germanía dió de sí otra muy mala y muy reprobable muestra.

Manifestóse Peris dispuesto á entregar á Játiva al virey; mas puso por condicion que solo la entregaria al hermano del virey, que llevaba el título de marqués del Zenete.

Hallábase este prócer bien quisto, en efecto, de los agermanados, y el virey accedió. Ya habia llegado Diciembre cuando tuvo lugar este suceso.

Llegó el marqués, llamado por su hermano, y tan pronto como llegó, el imprevisor virey, suponiendo terminado aquel incidente, se trasladó á Montesa.

Dejó Peris penetrar en Játiva al del Zenete y le hizo la entrega como habia ofrecido; mas apenas sucedido esto, hizo arteramente estallar un motin, que trató el marqués de sofocar. Era

muy valeroso, pero no tenia fuerzas militares, y su hermano, no suponiendo á Peris tan infame, se habia alejado. En tal abandono, y despues de haber resistido heróicamente durante largo tiempo, fué hecho prisionero por aquel mismo traidor que pidió su venida, y encerrado en el castillo de San Jorge.

Con este reprobable hecho terminó el año, cuando el conde de Mélito se preparaba á vengar á su hermano el marqués del Zenete.

GUERRAS DE ITALIA.

Ya conoce el lector una de las principales razones que retenian fuera de España al emperador. El funestamente célebre Martin Lutero avanzaba en su fatal carrera; el emperador era, sin duda alguna, el más poderoso príncipe de la cristiandad, y estaba directamente interesado en cortar el paso á la revolucion que, unida al cisma, amenazaba á la Eüropa entera con una espantosa conflagracion. Por esto el emperador de Alemania y rey de España convocó la Dieta imperial, fijó la ciudad de Worms para que aquella se reuniese, y el dia 6 de Enero para celebrar la reunion. Esta fué la principal causa de la detencion de Cárlos I; mas no nos ocuparemos en este momento del resultado que dieron las sesiones de la Dieta, porque la parte concerniente á la reforma luterana la colocamos siempre, como el lector ya ha visto, al llegar al término del año de que nos ocupamos. Bástanos haber manifestado la razon que tuvo el César para detenerse.

Apenas habia Cárlos I empuñado el cetro, cuando Francisco I de Francia se declaró rival suyo; y á pesar de los tiernos dictados de padre y de hijo que en un principio mutuamente se daban, sentian ambos respectivamente una repulsion instintiva, una aversion innata, como si un poder superior al suyo los arrastrase á su pesar al uno contra el otro, ó como si ambos predijesen que no habia de cesar su rivalidad sino con la vida de uno de ambos, ó por otro motivo poderosísimo.

Comprendiendo Cárlos I toda la importancia del rival con quien iba á tener que habérselas, se procuró la amistad y alianza de Enrique VIII de Inglaterra.

Francisco I, aislado entonces, trató de aliarse con el Sumo Pontífice Leon X, cuyo poder moral era á la sazón ilimitado, y logró á medias su propósito; porque si bien la alianza con Leon X fué en apariencia vaga y poco importante, secretamente se hizo una mucho más sólida, firme y duradera.

El Sumo Pontífice se alió con Cárlos I de España y V de Alemania para expulsar de Italia á los franceses, á pesar de que en el tratado hecho con Francisco I se habia acordado la particion del reino de Nápoles; pero el rey de España no habia obtenido de balde esta última alianza, porque se comprometió á aumentar el tributo que abonaba por el feudo de Nápoles, y á devolver á la Santa Sede el ducado de Parma y el de Plasencia.

La alianza de Cárlos I con Enrique VIII fué un terrible golpe para Francisco I; mas la verificada con el Santo Padre fué la verdadera puñalada de gracia.

El rey francés, no sabiendo cómo vengarse al momento y sin esperar á más adelante, se decidió de pronto á dar guerra al español por el reino de Navarra, con pretexto de favorecer á Enrique d'Albret.

No podia, empero, proceder con la velocidad que deseaba sin ser molejado de mal cumplidor de sus compromisos. Mediaba el tratado de Noyon, y estando vigente, no podia menos de sofocar sus deseos de venganza, ó procurar que el tratado se rompiese sin que ostensiblemente se le pudiese achacar la culpa. La ocasion se buscó, ó se vino á la mano.

Roberto de la Marca, súbdito francés, pero que estaba al servicio de Cárlos I, pretendió el ducado de Luxemburg, perteneciente á los dominios del imperio aleman.

El emperador no tuvo por conveniente el acceder á las pretensiones de Roberto; y este, resentido, abandonó el servicio del emperador, pasó á Francia, reunió gente de armas, y comenzó á hacer guerra por el mismo Luxemburg que habia pretendido.

El emperador mandó contra el rebelde al duque de Nassau, y se quejó á Francisco I de la ruptura del tratado de Noyon, á cuya queja contestó el rey de Francia del modo que los soberanos en tales casos acostumbran: la respuesta fué amistosa y llena de dulzura; empero la guerra se aumentó en el Luxemburg, corrió por las fronteras flamencas, y los enemigos del emperador tenian por caudillos, no solamente al rebelde Roberto, sino tambien al condestable de Borbon y á Bayard.

Ya generalizada la guerra por los Países-Bajos, determinó Francisco I, segun en otro lugar hemos dicho, realizar su invasion por Navarra, aprovechando las criticas circunstancias en que Castilla se encontraba, oprimida por la sangrienta guerra de las comunidades.

Dijimos tambien que desguarnecida como estaba Pamplona, ningun trabajo costó á los franceses el apoderarse de ella, y que siguieron aquellos hasta Logroño.

Entonces fué cuando, obrando mucho más noblemente los restos de los comuneros de Villalar que los refugiados en Toledo despues de la derrota, se unieron á los imperiales, y juntos todos arrojaron de Logroño á los invasores, batiéndolos completamente entre Ezquiroz y Noain. El último dia del mes de Junio fué destruido el ejército francés, de la misma manera que lo fué el de Carlo-Magno. Aquel en su fuga fué acometido por los montañeses en los desfiladeros que serán siempre de aciaga y funesta memoria para los hijos de Francia. Mandaron el ejército español el condestable, el duque de Nájera y el almirante.

Otra invasion ocurrió en el último tercio del año, que dió por resultado la toma de Fuenterrabía y otros puntos menos importantes.

Esta conducta de Francisco I es digna de reprobacion por más de un concepto, como inmotivada; porque Carlos I no hizo otra cosa al procurarse las alianzas de Leon X y de Enrique VIII, de lo que quiso hacer y no pudo Francisco I. Lícito era para el uno lo mismo que para el otro el procurar la confederacion, y no fué motivo para querer tomar venganza el que hubiese tenido el francés menos suerte que el emperador, ó que la alianza de este hubiese parecido mejor al Papa y al rey de Inglaterra.

Visto por Carlos I el mal proceder de su rival, se decidió á tomar el desquite en Italia, y le favoreció, como á sus antepasados, la mala conducta del jefe francés que gobernaba en Milan. Este hombre avaro y altivo tenia oprimidos á los milaneses, vejándolos y esquilmandolos á toda hora, y tratándolos como esclavos además. Era dicho jefe el mariscal de Lautrec, quien, por otra parte, era entendido y valeroso.

Conócese á primera vista que Francisco I habia dado unas mismas instrucciones á todos los jefes que mandaban fuerzas francesas. El mariscal de Lautrec de improviso cayó sobre una plaza de los estados de Leon X. No logró el posesionarse de ella; empero fué bastante la acometida para que declarase el Sumo Pontífice la guerra al que se habia, sin causa ostensible, mostrado su enemigo: apoyaba á Leon X Carlos I.

Reunióse un ejército aliado, formado de vasallos del emperador-rey y del Pontífice, y se dió el mando de aquel al célebre Próspero Colonna, que á su pericia y valor, de todos reconocidos, reunia la brillante aureola de pertenecer á la escuela del inmortal Gran-Capitan, de quien habia sido segundo en las guerras de Italia.

Al observar el rey Francisco de Francia el aspecto que en Italia tomaban los asuntos de la guerra, pidió auxilio á Suiza, y

dió orden al gobernador de Milan para que se concretara á defender aquel ducado.

Está visto y probado que en todos tiempos se ha echado mano en política de cuantos medios parecen convenientes, sean ó no justificados y honrosos. Por medio de una intriga hábilmente combinada, el cuerpo de suizos que estaba al servicio de Francia en Italia, y bajo las órdenes de Lautrec, se despidió del servicio y se retiró á su país, contra lo que habia dispuesto su mismo gobierno; porque la orden en que se les mandaba hacer lo contrario quedó en el camino interceptada.

Atento y vigilante Colonna, supo por un confidente las noticias necesarias para dar un golpe de mano sobre Milan, é inmediatamente dispuso la salida de la vanguardia, mandada por el marqués de Pescara, á marchas dobles, siguiendo á aquella el grueso del ejército.

Llega el marqués, poco despues tan célebre, á la plaza; sorprende la guardia de la principal puerta, que huye despavorida, y prosiguiendo su triunfal camino los españoles, se apoderan en pocos momentos de Milan. Lautrec precipitadamente guarneció la ciudadela y huyó á Venecia.

Pocos dias habian pasado cuando sucedió lo mismo con otras ciudades de la Lombardia, quedando los soldados de Francisco I reducidos á Cremona, la ciudadela de Milan y algunos puntos de escasa importancia.

Parma y Plasencia volvieron al dominio del Pontífice, que las creia perdidas para siempre; y hubiérale sido más ventajoso el no haber recibido semejante nueva, porque al exceso del placer ocasionado por aquella gratísima sorpresa se atribuye su prematura muerte. Ni por su edad ni por el estado de su salud podia temerse que aquella le arrebatase entonces; mas segun se asegura, estaba á la sazón sufriendo una enfermedad estacional nada peligrosa, y la inesperada y muy grata noticia le sobrecogió en términos que la enfermedad degeneró, y en tres dias le arrebató al mundo, al amanecer del 2 de Diciembre.

Muerto Leon X, reunióse el cónclave de cardenales, y el célebre Wolsey contó de seguro con ceñir la tiara de San Pedro, recordando la promesa de Carlos I. Creíase, sin embargo, que si en la eleccion venia, no seria seguramente sin luchar con el cardenal Julio de Médicis, en quien concurrían muy revelantes circunstancias para ascender al pontificado. Y el año terminó siguiendo el cónclave reunido, y sin haber elegido los cardenales sucesor á Leon X.

REFORMA LUTERANA.

Continuaba Lutero con el mayor ardor su fatal obra, á pesar de haber sido condenado como hereje por la Santa Sede. Proseguía asimismo apoyado por la universidad de Wittemberg, á la cual pertenecía, y por aquellos notables personajes cuya conciencia celebraba infinito el que un hombre como Lutero hubiese aparecido y proclamado doctrinas que por perniciosas que pareciesen, pudieran ser un escudo á la manera de pensar y de obrar más conforme con sus ideas y con sus pasiones.

Reunióse, pues, la dieta en Worms, como en otro lugar hemos indicado; y entre algunos que decididamente opinaron se procediese contra el hereje, figuró por su saber y doctrina el cardenal Aleander. El condenarle no era, empero, tan fácil, si bien era verdad que el heresiarca estaba excomulgado, y que habíase públicamente burlado del jefe supremo de la Iglesia; que estaba apoyado, como hemos dicho ya, por ciertos hombres importantes, y por todo el pueblo en la clase menos ilustrada de aquel y más pronta á los excesos y al desbordamiento, á cuya clase eran muy gratas las innovaciones, por lo mismo que les franqueaba la puerta para vivir sin la rémora que la religion verdadera y seguida en toda su pureza impone á las pasiones.

Tales dificultades aguijaban más el deseo del cardenal; porque habia llegado el caso de injuriar públicamente de palabra, por medio de pasquines y de caricaturas al Vicario de Jesucristo, y pugnaba Aleander porque á tamaño desacato se impusiese un severo correctivo.

Hallábase en la dieta el elector de Sajonia, decidido defensor del hereje, el cual al presentar el cardenal-legado una lista casi interminable de proposiciones heréticas y condenables sacadas de los escritos de Lutero, pidió se oyese á este antes de condenarle y condenar tales proposiciones.

Negóse el legado, fundandose en que no se debia oír á un hombre cuyos delitos era tan públicos y probados, como que andaban sus escritos de mano en mano, y que estaba ya inapelablemente condenado por un poder tan superior, que en materias religiosas como la en cuestion, no le habia mayor ni más grande, fuera del mismo tribunal de Dios. La dieta, sin embargo, decidió oír al hereje, bajo el especioso pretexto de que no se le llamaba para *juzar de sus creencias, sino para oír de sus labios si habia ó no enseñado aquello que se le atribuía.*

Llamóse, pues, á la dieta á Lutero, y Carlos I de España le



mandó un salvoconducto para que en ella pudiese presentarse sin temor. Este paso avanzado se dió indudablemente con apariencias de toda sencillez, y mostrando en público que era solamente para escuchar á Lutero acerca de la certeza ó falsedad de lo que se le acumulaba; pero segun nos parece fué en el fondo muy calculado, para dar al hereje y á la herejía una importancia que hasta entonces no habia tenido.

El tránsito del hereje fué para él tan lisonjero, que estaban obstruidos los caminos y se le victoreaba y aplaudia; que de tal modo ciegos los hombres aplauden y abrazan muchas veces al enemigo que ha de perderlos; y en la misma ciudad de Worms, para que llegase Lutero al palacio en donde se hallaba reunida la dieta, fué preciso hacerle pasar por unos jardines, porque era imposible el dar un paso por la via pública.

Haliábase en la dieta Carlos V de Alemania y I de España; vió aparecer al hereje, enfermo como estaba, lívido, demacrado, como aquel que lleva en las entrañas el tósigo letal que las corroe y mina dia por dia su existencia, y al observar el emperador muy detenidamente al hereje con aquella perspicaz vista que tenia, volviósse al magnate que á su lado estaba y dijo con cierto desden: *Ese hombre no logrará jamás hacerme á mi hereje.*

La primer pregunta dirigida á Lutero por el arzobispo de Tréveris, en nombre de D. Carlos, fué *si reconocia por suyos los libros que le presentaban*, á lo que sin vacilar respondió que *sí*: preguntóle despues el mismo arzobispo *si sostenia las proposiciones en dichos libros contenidas*, y pidió tiempo para reflexionar sobre la segunda pregunta antes de contestar.

Veinticuatro horas despues se presentó Lutero en la dieta, y respondió á la segunda pregunta que se le hiciéra en el dia anterior: *Que si como hombre podia haber errado, no podia retractarse sin que se le convenciera por la Sagrada Escritura.* A esto se le replicó que no se le habia llamado para discutir ni cuestionar, sino para que se afirmase en lo dicho, ó de ello se retractase, á cuyo segundo extremo se negó Lutero, y fué despedido en seguida por considerarse ya innecesaria allí su presencia.

Despues de haber escuchado atentamente y observado con no menor atencion el emperador á Lutero, declaró solemnemente y con sonora voz, que *estaba decidido á consagrar todo su poder, su imperio y hasta su vida, á mantener ileso é íntegro el dogma católico y las doctrinas de la santa Iglesia romana, del mismo modo que las habian profesado sus abuelos y predecesores los emperadores de Alemania, los Reyes Católicos de España y los duques de Austria y de Borgoña, y á cortar con fuerte*

mano el vuelo á las erróneas máximas y doctrinas del fatal innovador.

En virtud de la solemne decision del emperador-rey, quedó en toda su fuerza y vigor la bula que anatematizaba y condenaba á Martin Lutero; quedó asimismo prohibido á todos los súbditos alemanes del emperador el oír las doctrinas y el leer los escritos del heresiarca, los cuales eran, además, condenados al fuego.

Obró en esta ocasion Cárlos V con verdadera hidalguía, al desoir los consejos que se le dieron de apoderarse de la persona de Lutero y castigarle con todo el rigor que merecia: el emperador contestó resueltamente que no se le hablase de quebrantar su palabra imperial ni el salvoconducto que habia dado al hereje, sin cuyo documento no se hubiera puesto en sus manos.

Sin embargo de lo antedicho, se temió que tratasen los menos tolerantes de dar un golpe de mano sin auencia del emperador, y por disposicion del elector de Sajonia, ardiente protector de Lutero, aprovechando las nocturnas tinieblas se le hizo salir de Worms bien escoltado.

Expidióse, empero, sentencia de prision contra el hereje, que deberia ejecutarse luego que hubiese espirado un plazo fijo é igual á la duracion del salvoconducto, que fué dejarle en libertad, puesto que él tendria buen cuidado de no dejarse prender cuando el plazo terminase.

Quedó en efecto libre y retiróse á Wartburgo, en donde se dedicó á traducir la Biblia á su manera y aplicándola á sus perniciosas doctrinas, en vez de arreglar sus doctrinas á la Sagrada Escritura. Esta es la Biblia protestante, funestamente célebre por los daños que en religion ha ocasionado, y que con tan tenaz empeño se afanan hoy por difundir los sectarios del protestantismo.

Vano y orgulloso el hereje, como son siempre los impíos, llamaba Lutero á Wartburgo su isla de Pathmos, llevando *su humildad* al extremo de parangonarse con San Juan Evangelista: milagro fué, por cierto, que no buscase por compañera un águila, para que al símil nada faltase. En cuanto al baño en aceite hirviendo, bien puede suponerse que no querria imitar al elegante y conciso evangelista.

No tardó mucho en desacreditarse el pseudo-evangelista, así por sus costumbres como por sus insolentes é insultantes escritos, impugnados por todos los hombres sensatos, y aun por alguno de sus mismos discípulos. Sin embargo de esto, adquirió muchos prosélitos; especialmente porque proscribia la confesion auricular, que á tantos ha disgustado siempre y en todas épocas.

Estaba para terminar el año, cuando la célebre universidad de Paris tomó un solemne y decisivo acuerdo contra las doctrinas de Lutero.

Casi en igual época escribió Enrique VIII de Inglaterra su famoso tratado de *Los siete Sacramentos*, en contraposición á *El cautiverio de Babilonia*, obra del desgraciado Lutero. Al mismo tiempo que el Sumo Pontífice concedía el título de *defensor de la fé* al rey de Inglaterra, el hereje escribía: *Quisiera cubrir de inmundicia y de lodo la magestad inglesa*. Y sin embargo, aquel mismo rey tan ardientemente católico, que por su tratado de *Los siete Sacramentos* mereció obtener el título de defensor de la fé, dejó en su reino establecido el protestantismo. ¡Verdadera y lamentable debilidad humana! Fortaleza para ejercer el mal, y debilidad para sobreponerse al despótico imperio de las violentas pasiones.

AÑO 1522.

Término de las famosas comunidades de Castilla.

El año 1522 comenzó con una gratisima nueva para la católica España. El sacro colegio, reunido en cónclave, eligió en el mes de Enero al que habia de suceder en la silla de San Pedro á Leon X, y recayó la eleccion en el antiguo ayo y preceptor de Carlos I, dean de Lovaina, y á la sazón gobernador de España. Adriano de Utrecht no adoptó nuevo nombre al ascender al pontificado: continuó llamándose Adriano, y fué el VI de su nombre.

Era el nuevo Pontífice hombre morigerado, docto, virtuoso, apacible y bien intencionado: era hombre, en fin, que amigos y enemigos le alababan, confesando á una voz que la eleccion del cónclave habia sido acertada. Quedaron, por consecuencia, Wolsey y Médicis con sus gratas esperanzas defraudadas.

El 2 de Febrero fué un dia memorable y grato para los castellanos. Todó eran fiestas, regocijo, bullicio, mascaradas, danzas, en que tomaban parte imperialistas y comuneros, sin distincion de opiniones; que todos celebraban de consuno la elevacion de Adriano, y aquella era el único motivo de tanto regocijo y tanta fiesta.

Por desgracia, de la misma alegría surgió un triste conflicto. Es difícil cuando millares de personas se reunen y se aumenta

la alegría con las frecuentes y perniciosas libaciones, el que alguna no falte á la prudencia; y sabido es que en ocasiones tales, la imprudencia de uno solo compromete á millares de prudentes.

Un imprudente y desgraciado jóven, en mala hora para él y para algun otro, gritó entusiasmado: «¡Viva Padilla!» Verdadera necedad, que á nada conducia, la de victorear á un héroe que ya no estaba sujeto á las miserias de esta caduca vida.

Varios de los imperialistas acudieron á castigar al jóven, y el padre de este, tomando naturalmente la defensa del hijo, acabó de provocar un verdadero conflicto; porque comuneros é imperialistas tomaron parte en la reyerta, y fué preciso que la caballería diese una carga para cortar los progresos de un lance que, sencillo á su comienzo, pudo terminar de muy desastrosa manera.

Quedó el padre del incauto mancebo, que era un honrado artesano, en poder de la fuerza pública; y aunque el conflicto se cortó por el momento, los comuneros acudieron en grupos á la casa de la viuda de Padilla, y sus contrarios á la del gobernador de Toledo.

Fué brevemente sentenciado á muerte el artesano, cosa que no nos parece justa, puesto que si el hijo fué imprudente, el padre sirvió á la naturaleza, y aun no faltó á las leyes divinas, al salir á la defensa del que era con él una misma cosa.

Doña María Pacheco intercedió inútilmente en favor del sentenciado; y en el momento de ser este conducido al suplicio, los comuneros en fuertes grupos acudieron á libertarle. Las tropas cargaron sobre los amotinados, y el artesano perdió la vida en la horca.

Fuese por falta de cabeza que rigiese al cuerpo, puesto que doña María, aunque quiso salir no pudo verificarlo, por estorbárselo su hermana la condesa de Monteagudo y su cuñado Gutierre Lopez de Padilla, imperialista, ó por temor de no lograr su intento, los comuneros presenciaron la ejecucion de la sentencia; empero como no se dispersasen despues y continuasen armados, con las avenidas de la plaza tomadas, y aunque guardando un profundo silencio mostrábanse en ademan amenazador, las tropas dieron una carga, y los comuneros trataron de rechazar la fuerza con la fuerza.

Si aquel triste suceso no tuvo peores consecuencias, se debió al arrojo y á la buena intencion de Gutierre de Padilla, el cual, con grave riesgo de su vida, logró aplacar á unos y otros, exponiéndose á los golpes con el loable intento de evitar la efusion de sangre.

El dia 3 de Febrero evacuaban á Toledo los comuneros. El

hermano del difunto Juan de Padilla logró convencerlos, y aquellos se limitaron á pedir la libre salida de la ciudad, ofreciendo quedar á merced del rey si no salian de aquella antes de las veinticuatro horas.

Fué muy notable la conducta de Gutierre Lopez de Padilla, quien siempre fué imperialista, aunque hermano del célebre jefe de los comuneros, el cual libertó á estos y despues á doña María, facilitándola los medios de salir disfrazada de Toledo.

Salió, en efecto, la varonil señora con un viejo traje de aldeana; y como las nobles y caballerosas acciones no están vinculadas en los caballeros y nobles, un soldado que se hallaba de guardia en la puerta del Cambron conoció á la ilustre señora, á pesar de su disfraz; y para facilitarla la salida corrió en busca de sus compañeros, por si algun otro de estos tambien la conocia, y distrajo su atencion mientras la fugitiva rebasaba los límites de la ciudad.

En su fuga solo tuvo algun obstáculo al pasar por entre una avanzada que colocada estaba en las márgenes del Tajo; pero venció la dificultad y llegó á Escalona, que pertenecia al marqués de Villena, tio de doña María.

Aquel prócer, menos caballero en tan angustioso momento que el humilde soldado de la puerta del Cambron, no quiso admitir á la fugitiva en sus dominios. La marquesa de Villena, que no pudo oponerse abiertamente á la cruel determinacion de su esposo, dió á doña María todo género de auxilios y una magnífica mula, en la cual continuó su camino, acompañada de Hernando Dávalos, alcaide de Almazan, y de una esclava negra, criada de la fugitiva y de su íntima confianza, hasta traspasar la frontera portuguesa.

Dejáronse llevar los imperialistas á tales excesos que vale más no calificarlos, puesto que la calificacion habria de ser muy dura, ó no seria exacta.

Cuando se convencieron de que era de todo punto inútil el buscar á doña María, demolieron la casa de Padilla, sacaron de raiz los cimientos, pasaron el arado por todo su perimetro y le sembraron de sal.

De este modo desapareció de Toledo la casa del ilustre patriota, que pudo muy bien errar en los medios, pero no en el fin que se propusiera; que si sus secuaces cometieron desmanes, inevitables muchas veces en las fatales guerras civiles, si él mismo tuvo ambicion, muy natural á quien se propone regenerar á su patria y exponer su vida por salvarla, su principal móvil no fué otro que el librar á su propia nacion de la odiosa dominacion

extranjera, é impedir que aquella se empobreciese al paso que otra extraña se enriquecía.

Con la demolicion de la casa solar del caballeroso y valiente Juan de Padilla terminaron las comunidades, y desaparecieron para siempre del suelo castellano.

Despues de este desgraciado suceso fué cuando se publicó el perdón general del rey. Sentimos vernos en la necesidad de decir que el perdón fué tardío, casi inútil, y que nada tuvo de generoso. Fué tardío é inútil, porque no evitó los desastres que pudo evitar; y fué poco generoso, por la multitud de personas que quedaron exceptuadas, como el lector verá en el *Apéndice*.

Llegaba á su mitad el mes de Julio (dia 16) cuando regresó á España el emperador-rey. Por desgracia no apareció en su reino, tan destruido por las guerras civiles como por la tenacidad del soberano en rodearse de flamencos, de una manera que, respecto de su enmienda, diese motivo á formar lisonjeras esperanzas.

Apareció rodeado de una falange flamenca y escoltado por su guardia, compuesta de cuatro mil alemanes, contra lo expresamente y mil veces pedido por las Córtes.

Tomó en Santander tierra la régia comitiva, de donde pasó á Palencia, en cuya ciudad se ocupó, á pesar del perdón, de dictar disposiciones contra los comuneros que hubiesen figurado como jefes ó autores del movimiento, excitando ó coadyuvando á la insurreccion.

Formáronse entonces varios procesos, y entre los procesados se contó á Pedro Maldonado Pimentel, que se libró del castigo cuando decapitaron á su hermano Francisco, merced á los vivos y eficaces pasos que para el objeto diera su primo el conde de Benavente, que llevaba tambien el apellido Pimentel.

En la ocasion de que venimos ocupándonos contó el desgraciado comunero con los mismos empeños que despues del desastre de Villalar; mas sin embargo, pereció en el cadahalso. Hé aqui su sentencia:

«Debemos condenar y condenamos al dicho D. Pedro Pimentel.... á pena de muerte natural, la cual le sea dada desta manera: Que sea sacado de la cárcel donde está preso en la villa de Simancas, á caballo en una mula, atados los piés y las manos con una cadena al pié, y sea traído por las calles acostumbradas de la dicha villa con voz de pregonero que publique sus delitos, é sea llevado á la plaza de la dicha villa, é allí le sea cortada la cabeza con cuchillo de fierro y acero, por manera que muera naturalmente y le salga el ánima de las carnes, etc.»

Otros varios comuneros fueron al mismo tiempo ejecutados; y

hubiera estado mejor á la fama de Carlos I el no haber publicado un perdon que algunos han encomiado y aplaudido hasta la adulacion; que el haber señalado su regreso á España con actos tan sanguinarios é injustos además, despues de haber esperanzado á los comuneros con el olvido de todo lo pasado. Para nosotros, que procuramos y procuraremos ser imparciales, y que aplaudimos lo que creemos digno de alabanza, como reprobamos lo que nos parece digno de vituperio, es y será siempre este hecho un negro lunar que afeará la histórica figura de Carlos I, grande y digna de respeto en muchas otras ocasiones.

Término de las germanías de Valencia.

Hacia largo tiempo que figuraba en Valencia un extraordinario personaje, conocido por el pseudónimo de *el Encubierto*. Este hombre verdaderamente misterioso se decia nieto de Isabel I y de Fernando V, como hijo que se suponía del malogrado príncipe de Asturias D. Juan de Castilla y de la princesa de Flandes doña Margarita.

Refería él sigilosamente que al darle á luz su madre, se hizo creer á todos habia sido una niña el fruto del matrimonio de los príncipes, y que apenas nacido, le habian alejado de la corte y llevado á Gibraltar, en donde habia sido criado por una pastora. Dábase el nombre de D. Enrique Enriquez de Rivera; pero esto lo dijo últimamente: al principio no se daba él mismo otro nombre que el de *hermano de todos*, y solo era llamado *el Encubierto*; porque las más veces se presentaba enmascarado, y cuando no, rebozado en su capote, y siempre con el rostro tapado. Era su traje *una hernia parda de marinero, calzones de lo mismo á lo marinesco, capotin de sayal abierto por los lados; por sombrero llevaba una galleruza castellana, y por calzado una abarca de cuero de buey y otra de piel de asno*. Así describen el traje de este hombre original.

Era hombre *el Encubierto* muy ilustrado, de muy buen decir y muy persuasivo en sus razones; por consecuencia, atraía á la multitud, y con la mágica fuerza de su palabra la dominaba. Agréguese á esto las infulas que tenia de ser un hombre predeterminado por Dios para destruir á los agarenos de España, sobre cuyo punto versaban casi todos sus sermones, y podrá juzgarse de si ejercería ó no influencia sobre la plebe; que en público y por las plazas muchas veces predicaba. Habíase últimamente fijado en Játiva, en donde era el alma de la germanía; mas al

levantar el sitio de aquella ciudad pasó á Alcira, en donde hizo su pública entrada y tuvo un recibimiento verdaderamente triunfal.

Llegado el mes de Febrero, el célebre Vicente Peris, con el objeto de vigorizar á los desalentados, se introdujo en Valencia: valor fué este que rayó en temeridad y que debía pagar á muy caro precio; porque no se ocultó, sino que lejos de esto, se dirigió á su propia casa.

Llevando al mayor extremo su osadía, reunió á sus amigos y parciales para celebrar una junta, y su llegada fué la señal de alarma para los imperialistas y para los agermanados: éstos se prepararon á la lucha, lo mismo que aquellos, y como los soldados de las germanías guardasen á Peris y á los en su casa congregados, el conde de Mérito, gobernador de Valencia, dispuso que seis mil hombres, divididos en tres cuerpos, atacasen la casa de Peris mientras la junta se celebraba, á fin de destruir al verdadero foco de la revolucion.

Los tres cuerpos debian de acometer por diversos puntos, yendo mandados respectivamente por el mismo gobernador, por el marqués del Zenete y por D. Manuel de Exarch, segundo del gobernador.

Comprendiendo todos que la terrible lucha que se aproximaba iba á ser decisiva y sangrienta, esparcióse el terror por la ciudad; la gente inerte y pacífica temió y se encerró en su casa; abriéronse, empero, los templos y púsose en ellos de manifiesto al Santísimo Sacramento, y al sagrado recinto acudió gran multitud de gente menos temerosa y más fervorosamente devota, creyéndose allí más segura y deseosa de orar, mientras la suerte de los combatientes se decidía, y en tanto los tres cuerpos militares avanzaban á entrar por las bocas-calles que á la casa de Peris daban y avanzaban lentamente, guardando un rigoroso y siniestro silencio.

Dióse simultáneamente con vigor y energía el combinado ataque; la resistencia fué tenaz y heroica; el sufrimiento de los imperiales incalculable, que las mujeres que en aquella calle vivian no habian acudido á los templos ni encerrádose por temor en sus casas; habíanse dedicado á hacer hervir agua y aceite, que sobre los imperiales arrojaban, mezclada con los muebles y útiles de las habitaciones y de las cocinas.

Tres horas largas duró la lucha, en la que unos y otros demostraron un valor tan grande como el extremo caso requeria; y despues de tres horas era imposible el dar un paso por aquella calle, testigo de tanto horror y tanta derramada sangre; porque la obstruian completamente los muertos y los heridos.

Pásadas las tres horas, vencidos los obstáculos, ó sean las

defensas puestas en el exterior, se apeló á prender fuego á la casa de Peris; porque tal destrozo hacian desde las ventanas de todas las casas las mujeres, que temíase y con razon el completo exterminio de las tropas imperiales.

Por en medio de las llamas salieron en medio de la confusion fugitivos la esposa y los hijos del audaz y desdichado Peris; y cuando apenas del edificio quedaba rastro, por entre los humeantes escombros y chispeantes maderas salió el perseguido con varios de la junta, y se rindió á un capitán llamado D. Diego Ladron, que era el que estaba más próximo.

No dieron tiempo á que se formase causa al rendido, el cual hallándose conversando con el marqués del Zenete y al lado del gobernador, fué bárbaramente asesinado por varios hombres que en peloton le acometieron.

No quedando satisfecha su ira con el cobarde y villano homicidio, llevaron arrastrando el cadáver y ya mutilado le colgaron de una horca en la plaza del Mercado, y despues le cortaron la cabeza é hicieron otras muchas acciones repugnantes y crueles.

Percieron tambien en aquel memorable y terrible dia otros varios compañeros del desventurado Peris, cuya casa fué arrasada y en ella se formó la plazuela llamada de *Galindo*.

La muerte de Vicente Peris fué de tan grande y fatal importancia para las germanías, como la de Juan de Padilla para las comunidades castellanas; y como la triste y dolorosa nueva llegase bien pronto á oídos de *el Encubierto*, este hizo saber á los de Valencia que iba á trasladarse á la capital para vengar la muerte de Peris.

El hombre extraordinario que á sí propio se llamaba *el hermano de todos*, acudió puntualmente á cumplir su palabra; mas el gobernador lo supo, y además de hacer se vigilasen todas las puertas de la ciudad, fijó como precio de la cabeza de *el Encubierto* la suma de *doscientos ducados de oro*. Esta determinacion detuvo en su camino al hombre misterioso, hasta que pasado algun tiempo, hizo una nueva intentona, inútilmente tambien, porque los amigos con quienes contaba, amedrentados ó traidores, le habian abandonado.

Perdida otra vez la esperanza de lograr su intento, se retiró á Burjasot, en donde una noche fué sorprendido en su misma habitacion por dos plebeyos, probablemente cegados con el afán de adquirir los doscientos ducados de oro, los cuales ferozmente le asesinaron inermes é indefenso.

El dia 19 de Mayo entraron en Valencia los asesinos llevando el cadáver del infelice *Encubierto*, cuya cabeza fué cortada y puesta sobre la puerta de Cuarte, en union con la de uno de sus

cómplices, que estaba encargado de facilitarle la entrada en la ciudad. El cuerpo fué quemado, pues sus predicaciones, sus actos misteriosos y su vida excéntrica y original habian logrado se le reputase como hechicero.

La sangre derramada hizo decidir á los menos entusiastas, y continuó la lucha; pero faltaban cabezas, aunque era fuerte y valeroso el cuerpo. Por esto, despues de morir Peris, el *Encubierto*, y hasta diez y nueve ó veinte de los principales agermanados, nada ocurrió de notable, fuera del ataque dado á Játiva por los imperiales; que fué aquella ciudad por demás obstinada en la rebeldía.

Hízose notable el ataque, porque comenzaron la defensa las mujeres, que solas acaso se hallaban al hacer los enemigos la acometida; y con su varonil valor dieron tiempo á que apareciesen los hombres, para que la resistencia fuese más fuerte y completa.

Continuó algunos dias el sitio (Setiembre), que concluyó por rendirse la ciudad: todos aquellos esfuerzos eran los del hombre que agoniza y se esfuerza para prolongar algunos instantes más aquella preciosa vida que por instantes le va faltando.

A la rendicion de Játiva siguió la de Alcira, la pacificacion de Valencia y la destruccion completa de las germanías, no sin sangre vertida en los suplicios ó por la mano de villanos asesinos.

El célebre Guillem Sorolla, á quien el lector recordará, fué entregado por un moro que le servia, el cual traidoramente vendió al mismo que le sustentaba. Pereció aquel desgraciado en el patíbulo, y fué arrasada su casa, situada en una calle á la que se puso el nombre de calle de Sorolla. Todos los principales jefes de las germanías é individuos de las juntas de los *Trece*, siguieron igual desgraciada suerte, excepto algunos menos desgraciados que fueron á morir en el ostracismo, y otros pocos, verdaderamente venturosos, que lograron fugarse.

Casi al mismo tiempo que las comunidades de Castilla, sucumbieron las germanías de Valencia: estas fueron deshonradas por mayores actos de crueldad y de barbarie que aquellas; las dos se propusieron un mismo honroso y patriótico fin; ambas fueron muy costosas de sangre y de desastres, y una y otra dieron idéntico resultado: el engrandecimiento del poder real; la exaltacion de los poderosos y la humillacion de los que no lo eran. Tal fué el verdadero resultado de comunidades y germanías, las cuales, como casi siempre en el mundo sucede, lograron precisamente lo contrario de lo que se propusieron.

GUERRAS DE ITALIA.

(1522.)

Comenzó el año con los grandes preparativos que Francisco I hacia para detener al César en su victoriosa carrera; y cuando mejor combinados tenia sus proyectos de guerra, los auxiliares suizos le fueron de nuevo perjudiciales y funestos.

Hacia tiempo que aquellos guerreros mercenarios no recibian las estipuladas pagas, y que eran entretenidos con buenas palabras. No desconfiaban de estas; mas como llegasen á saber que un convoy de dinero, que de Francia mandaba el rey, habia sido apresado por un cuerpo de españoles mandados por el capitán Moron, dieron los suizos con su paciencia al traste y no hubo medio de contenerlos.

Hallábase á la sazón el valeroso y entendido Colonna en la Bicoca, ocupando magníficas posiciones, en las cuales tranquilo esperaba. Los suizos, sin duda esperanzados en el triunfo y con el botín, pedian á voces y tumultuosamente ó el dinero ó la batalla; y no habia nada del primero, y la segunda era por entonces imposible, so pena de entregarse voluntariamente al enemigo.

El tumulto crecia; los suizos no querian ceder, y como se mostrasen decididos á pelear aunque fuesen solos, sin atender á reflexiones, y teniendo por infernal consejera al hambre destructora, fué preciso no abandonarlos, ya que no era posible contenerlos.

Dióse la batalla (Mayo); batiéronse con desesperacion los suizos y con arrojo los franceses; el triunfo de Colonna fué tal y tan completo, que desde aquel dia, como en otro tiempo sucediera en Cerinola, quedó como militar proverbio el decir por sarcasmo *esto es una bicoca*, cuando al indicar que una cosa era pequeña é insignificante, se queria significar su importancia y magnitud.

A la célebre batalla de Bicoca siguió la rendicion de Génova; y con tan buenas nuevas animado Carlos I, decidió pasar á Inglaterra para visitar á Enrique VIII.

Tuvo el emperador bastante maña y artificio para estrechar su amistad con el inglés, y lo que es mucho más extraño aun, para captarse el afecto del ministro y favorito de Enrique, el cardenal Wolsey, desairado en sus pretensiones á la tiara, y engañado, puede decirse, por el mismo Carlos. Cierito es que el cardenal era más avaro que ambicioso, y que el rey de España

hizo crecer la pensión que de mucho tiempo antes le pasaba. Esto y el carácter de Wolsey quitan mucha parte de mérito á la negociacion del César.

Dióle tambien nuevas esperanzas de ascender al pontificado muy pronto, si en cuenta se tenían la edad y ajes de Adriano VI; y esto, unido al aumento de pensión, completó la obra.

El golpe verdaderamente político, tratándose por el emperador de obtener auxilios materiales de Inglaterra, fué el nombrar primer almirante al conde de Surrey. Este nombramiento fué tan grato á los nobles ingleses como al pueblo, y todos aceptaron con placer la idea de pelear contra Francia y en favor del César.

La visita que este hiciera á la poderosa y opulenta Abion no fué perdida: Inglaterra declaró á Francia la guerra, y este fué un nuevo golpe fatal para Francisco I.

Era este soberano hombre de ánimo esforzado, y se preparó á todo; mas era al mismo tiempo poco morigerado y muy amigo de la disipacion y de los placeres, tan costosos á los príncipes como perjudiciales á los pueblos: tenia Francisco agotado el tesoro, y tuvo necesidad de acudir á esos arbitrios extraordinarios que si surten el efecto propuesto, suelen ser la mayor parte casi peores que el mal que han de remediar; porque ó desmoralizan, ó aumentan la ruina al remediarla momentáneamente, ó hacen tomar preponderancia á los que siempre están dispuestos á abusar de aquella.

No habia, empero, otro medio para remediar los efectos de la prodigalidad del rey de Francia, y se apeló á vender los cargos y empleos, á enagenar el patrimonio real, á crear cargos públicos que se daban al mejor postor; y no bastando todo esto, decretó la venta de algunas ricas alhajas, entre las cuales figuró una magnífica balaustrada de plata maciza, mandada hacer y colocar por el célebre Luis XI para circuir el sepulcro de San Martín.

Preparóse, pues, un buen ejército en Francia, que se dirigió á Calais, guarnecido á la sazón por los ingleses. El mismo Enrique VIII acudió á la defensa de aquel puerto, seguido de un poderoso ejército que se acercaba á veinte mil hombres.

En tanto el almirante Surrey recorría las costas de Normandía y de Bretaña; mas nada gloriosa fué para los ingleses aquella lucha: tuyieron que regresar á su país, convencidos de que por tierra no podian hacer frente á los franceses.

El día 17 de Junio regresó á España Carlos I, cuando ya se acercaba á Roma Adriano VI, su antiguo ayo y preceptor, para ceñir la tiara de San Pedro.

El incomprendible pueblo, que tan fácilmente murmura del fausto y de la opulencia, que tanto habia blasfemado de la ostentacion y boato de otros Pontífices, recibió no de buen grado al nuevo jefe supremo de la Iglesia, porque era enemigo del lujo y en su porté y costumbres demostraba la más humilde sencillez.

No podian vituperar en él ni falta de virtudes ni de modestia, ni menos podian tacharle de poco morigerado: el único defecto que tenia, difícil de remediar, porque con él habia nacido y debia morir, era la falta de carácter y sobra de debilidad para regir los destinos de la cristiandad y tomar activa parte en las grandes cuestiones europeas, en un tiempo en que el Sumo Pontífice podia llamarse árbitro de la suerte del mundo. Era de un carácter sumamente humano y dulce; franco, leal, sincero, y por consiguiente, muy poco diplomático.

Fué su primer cuidado el dedicarse á la reforma de las costumbres, por demás relajadas á la sazón, y á contener la velóz y desenfrenada carrera de los vicios. Empresa era esta dignísima por cierto del sucesor de San Pedro, pero que necesariamente habia de proporcionarle muchos enemigos entre los que á rienda suelta seguian los impulsos de sus pasiones.

Adriano VI, apenas ascendido al pontificado, dió una ostensible prueba de la pureza de su conciencia; prueba que dió, en efecto, sin tener muchos á quienes imitar, no teniendo despues muchos imitadores.

Habíase Roma apoderado de varias plazas que pertenecian al duque de Ferrara, y agregadas á sus dominios las encontró Adriano VI al ceñir la tiara. Faltó tiempo al recto Pontífice para enmendar el mal y deshacer el violento é injusto despojo, y fué uno de sus primeros actos el devolver lo que no era legítimamente de la Santa Sede al despojado duque.

Con tales antecedentes, no era dudoso el que Adriano se decidiese en favor de la paz; mas faltábanle el arte de la política intriga y el carácter firme y decidido. Por otra parte, ¿qué fuerza de alma y qué energía no eran necesarias para detener en su desbordada carrera las ambiciones de los príncipes que á la sazón reinaban en Europa?

Mientras Adriano pedia y rogaba en favor de la paz, los reyes se aprestaban á la guerra: el Pontífice hacia uso de palabras, mientras los príncipes se ocupaban de hechos, y no era posible que obrando de una manera tan diversa, llegasen el Pontífice y los demás soberanos á un ventajoso acuerdo.

AÑO 1523.

EL DUQUE DE BORBON.

Y en tanto que el virtuoso Adriano VI elevaba su voz y articulaba palabras llenas de unción evangélica y de dulzura, se aliaba Carlos I con otros soberanos en contra del rey de Francia.

Nosotros, que forzosamente habremos de poner de relieve las graves faltas de Francisco I, nos complacemos, á fuer de imparciales, en encomiar su ardimiento y teson. No nos conformaremos con que se le dé, como algunos historiadores hacen, el dictado de rey-caballero: no fué esto último en más de una ocasión, como despues veremos; empero sí se mostró valeroso en la lucha y grande en la adversidad.

Habiase por fin decidido Adriano VI en favor de la confederación; y Francisco I, al considerarse aislado, sin temor á ninguna consecuencia, puso en armas un brillante y numeroso ejército, y colocándose á su cabeza, tomó la vuelta de Italia: proponíase recuperar el Milanesado. De esto se ocupaba Francisco cuando recibió un duro golpe, más sensible aun que la confederación poco antes formada en su daño.

Existía en Francia un magnate por cuyas venas circulaba sangre de reyes, que era uno de los primeros príncipes del reino: entendido caudillo, valeroso soldado, hombre muy influyente, rico de bienes y poderosísimo moral y materialmente, era su lealtad de tan grande importancia para el monarca, como su defección podia ser perjudicial y peligrosa para aquel. Era este importante prócer el duque de Borbon, condestable de Francia.

Habiase declarado la reina Luisa, madre de Francisco I, abiertamente enemiga de Borbon; y aquella señora unia á su ambición y avaricia una excesiva afición á las pasiones amorosas, aunque no estaba en edad juvenil, y era además rencorosa y vengativa.

Aunque luchaba con un hombre de inmenso poder, habia de ser inmensísimo naturalmente el de la madre del rey; y por ende Borbon llevaba sufridos muy grandes desaires de Francisco I, merced á las intrigas y eficaces diligencias de la reina madre.

Falleció la duquesa de Borbon, y en el momento cambió la escena. La reina Luisa mostró abiertamente su pasión hácia el duque viudo, y sin ambages le ofreció su mano.

El duque, con tanta entereza como dignidad, recordando las pasadas injusticias, que habia sido muy leal y servido muy en favor de la corona, desechó la oferta; y cambiando en odio el amor de Luisa, esta comenzó á preparar la ruina del condestable. Ninguna mujer perdona jamás un ultraje hecho á su amor propio, y hasta donde puede le vengá. Júzguese hasta dónde querria y podria llevar su venganza una mujer que era reina.

Decretóse, pues, la ruina del condestable, y la ruina se consumó. Se encontraron medios, que jamás faltan al que es en la tierra omnipotente, para entablar un pleito contra el condestable, el cual perdió todos los bienes que poseia pertenecientes á la casa de Borbon: una parte de ellos fueron adjudicados á la corona de Francia, y otra á la misma reina Luisa, que era inmediata heredera de la duquesa que de fallecer acababa.

Borbon, justamente irritado y ofendido, ofreció su brazo y su espada á Carlos I de España: la venganza no fué noble ni digna de un buen patricio, porque no tenia su madre patria la culpa de las infamias con él cometidas. El, sin embargo, no podia ofender á sus ofensores sin herir á su patria, y pudo más en él el deseo de venganza que el patriotismo. No obró bien, pero le alucinó la enorme injusticia: el verdadero colérico se coloca á nivel de un demente, y el demente, si obrara con razon, no lo seria.

Nos hemos detenido á detallar todos los antecedentes que motivaron la defeccion del condestable, á fin de que el lector pueda juzgarle con conocimiento de causa.

No se dió Borbon por resentido: combinó su plan con el emperador, y como ya se estuviese preparando el rey Francisco para marchar á Italia, su ofendido súbdito se retiró á Moulins, pretextando enfermedad, y para evitar el salir con su rey y seguirle á campaña.

Francisco I habia sabido que sus enemigos se preparaban á invadir la Francia tan pronto como él pasara los Alpes; que Carlos I en persona con su ejército habia de franquear los Pirineos, mientras Enrique VIII de Inglaterra hacia una invasion en la Picardía, un cuerpo de alemanes en el ducado de Borgoña, y Borbon habia de auxiliar á Carlos con seis mil guerreros por él levantados en sus antiguos dominios.

El rey Francisco, antes de emprender su marcha, se trasladó á Moulins con el pretexto de visitar á su pariente enfermo, y con el intento de explorar su ánimo y cerciorarse de la verdad. Borbon se manifestó leal, disipó las dudas del rey y le ofreció incorporarse á su ejército tan pronto como se restableciese.

Tantas fueron sus protestas, que el incauto rey se convenció

de la lealtad de Borbon, se retiró complacido y tomó la vuelta de Lyon. Detrás de él salió Borbon disfrazado; y cuando su rey lo supo y tomó ineficaces precauciones, ya tardias para atajar la fuga de su súbdito, este se hallaba en Italia. El proceder de Borbon fué altamente desleal y reprochable.

Esta importante novedad detuvo la marcha de Francisco I, aunque no la del ejército, cuyo mando confió aquel al almirante Bonnivet, que á sus relevantes cualidades de entendido, valeroso y caballero, reunia la más importante, á la sazón, de ser enemigo personal y encarnizado del condestable.

No correspondió Bonnivet á lo que su rey y su patria debian esperar de su inteligencia y decision; porque se le achacó una perjudicial morosidad; y esta dió tiempo á Colonna, que mandaba en Italia las armas del emperador, para que fortificase á Milan y allegase recursos y todo género de provisiones.

Cuando todo esto estuvo hecho, sitió Bonnivet á Milan: llevaba á sus órdenes 40,000 hombres escogidos; pero cansado el ejército de un sitio tan largo como molesto, para no ser blanco de los rigores de los elementos, tuvo necesidad de replegarse y tomar cuarteles de invierno cerca del Tessino.

No habia Bonnivet logrado otro triunfo que la toma de Lodi, cuando falleció el virtuoso Adriano VI (14 de Setiembre). Fué elegido sucesor del difunto Pontífice el cardenal de Médicis, el mismo que fué competidor de Adriano á la muerte de Leon X. Llevó, pues, el segundo desengaño el cardenal Wolsey, y si tenemos en cuenta sus antecedentes y circunstancias, diremos que fué gran bien para la cristiandad el que no fuese elegido Pontífice.

Julio de Médicis adoptó el nombre de Clemente VII, y era tenido por hombre de ciencia y muy á propósito por su carácter para ceñir la tiara en las críticas circunstancias por las que la Europa atravesaba.

Wolsey quedó muy ofendido del emperador y se propuso hacerle pagar el repetido engaño, sin que bastase á templar su enojo el nombramiento de legado perpétuo de la Santa Sede en Inglaterra, que le expidió Clemente VII.

Entonces fué cuando lord Suffolk penetró en Picardía, los alemanes entraron en Borgoña y los españoles franquearon los Pirineos. Detúvose, empero, la realizacion de la catástrofe, merced á la enérgica actividad de los generales de Francisco I. El duque de Guisa ahuyentó de Borgoña á los alemanes, al mismo tiempo que Lautrec contuvo á los españoles cerca de Bayona, y el mariscal de La Tremouille rechazó á los ingleses y flamencos, que caminaban directamente á Paris, habiendo llegado casi á dar-

la vista. En tal estado hallábase la lucha entre Carlos y Francisco al espirar el año 1523.

AÑO 1524.

GUERRA DE ITALIA.

Al comenzar el año se preparaban españoles y franceses á la guerra, con más ardor que nunca. Carlos I habia perdido tanto con la muerte de Adriano VI, cuanto habia ganado Francisco I. No era amigo de este Clemente VII; empero tampoco queria vigorizar el gran poder de Carlos I, y ya que no quiso protegerle abiertamente, rehusó unirse á la confederacion contra el francés, de la que habia formado parte su predecesor Adriano.

Hallábase de gobernador de Milan el duque de Lannoy, que reunia además el importante cargo de virey de Nápoles; y se le habia encomendado el precitado gobierno por muerte del entendido y valeroso Próspero Colonna, amigo y compañero de armas del inmortal Gonzalo de Córdoba, que habia fallecido á la edad de ochenta y un años. Hallábase tambien en Milan el duque de Borbon, que era el gobernador de hecho, aunque Lannoy lo era de derecho.

Pasaba el tiempo sin que ocurriese ningun acontecimiento notable; y como Bonnavet viese perecer á los suyos sin pelear, victimas de las escaseces y de las enfermedades, llegó á verse tan desesperado, que decidió retroceder lenta y disimuladamente hasta franquear los Alpes, para poder regresar á Francia.

Acababa de atravesar el Sessia, cuando se encontró detenido por el ejército enemigo: los jefes que le mandaban eran muy respetables por su militar y muy merecida reputacion. Eran dos, el marqués de Pescara y el duque de Borbon.

Tuvo la desgracia Bonnavet de ser herido cuando apenas se habia comenzado la batalla; y no pudiendo mantenerse al frente del ejército, tuvo que sustituirle el famoso caballero *Bayardo*, valeroso como el que más, pero muy anciano.

Era tan joven su corazon y tan ardiente su energía como al llegar á Italia, cuando asombraban al mundo los españoles con sus heroicas acciones, en los principios de aquellas gloriosas guerras.

Puede asegurarse que Bayard salvó al ejército francés en aquella memorable y sangrienta jornada; empero fué á costa del heroico sacrificio de su vida.

Casi espirante el intrépido guerrero cayó del leal corcel en los brazos de los que le seguian, y sin que un punto le abandonase su fuerte corazon, mandó le colocasen junto á un árbol, *pero de frente al enemigo.*

Llenóse de dolor al verse rodeado de los cadáveres de infinitos caballeros franceses, tan nobles como valerosos. Borbon acudió al lado del espirante guerrero; y al lamentarse del triste estado en que le veia, Bayard le dirigió las siguientes notables palabras: *No me compadezcai; muero con la tranquilidad del hombre honrado que cumple su deber. Los dignos de compasion son los que combaten CONTRA SU REY, CONTRA SU PATRIA Y CONTRA SUS JURAMENTOS.* Palabras terribles para el tráfuga francés. Dicha la última por el valeroso Bayard, levantó con vacilante mano la temida espada, besó la cruz de la guarnicion y dejó de existir. Este bizarro guerrero fué el mismo que mereció el renombre de *Caballero sin miedo y sin tacha.*

La derrota experimentada por el ejército francés, decidió la salida de este del territorio italiano; mas no padeció la Francia todo cuanto debia esperarse de los elementos que en su contra tenia conjurados, por la vacilacion del inglés, debida, como algunos con razon suponen, al enojo de Wolsey, que era el árbitro de los destinos de Inglaterra, contra el emperador. Este, por su parte, no podia obrar con la libertad necesaria para el caso, porque la esquilmada Castilla, tan sacrificada con impuestos como devastada á consecuencia de las guerras civiles, no podia hacer cuanto el emperador deseaba, al cual servian de rémora las Córtes.

Viendo Francisco I la poca union y energia de los aliados, se creyó más fuerte aun de lo que en realidad era, y determinó volver á llevar á Italia la guerra con más decision que nunca.

Despues de reunir el consejo, en el cual algunos célebres caudillos franceses se opusieron á la decision del monarca, se adhirió el rey al dictámen de Bonnivet, que siempre adulaba y apoyaba las ideas del rey; y este, á la cabeza de un lucido y nameroso ejército, pasó el Mont-Cenis y se dirigió á Milan. Cuéntase como prodigiosa, para aquellos tiempos, la rapidez con que el francés atravesó hasta Milan, pues solo invirtió once dias no cabales en su marcha.

El ejército del emperador que en Italia se hallaba, era escaso: componíase de diez y seis á diez y siete mil hombres, mal pagados, desprovistos de todo y casi desnudos.

El marqués de Pescara se fortificó en Milan y todos los caudillos se encerraron en las plazas fuertes; pero poco tiempo se detuvo en la capital del Milanésado el valeroso marqués; porque

la ciudad estaba aterrorizada y sin recursos: acababa de desaparecer el funesto azote de la peste, que en muy poco tiempo arrebató del mundo la fabulosa cifra de CINCUENTA MIL PERSONAS, que era casi la tercera parte de la población.

Al salir de Milan Pescara y Lannoy, entró en aquella el mariscal La Tremouille, que mandaba la vanguardia de los franceses: la ciudadela, empero, había quedado guarnecida por españoles.

Sus jefes se acercaron al Adda, y el célebre capitán Antonio de Leiva entró en Pavia con seis mil españoles, lejos de pensar cuán célebre iba á hacerse su nombre unido al de tan memorable ciudad.

Tropezaban los valerosos caudillos españoles con el terrible escollo de la miseria; y Lannoy acudió á empeñar sus dominios de Nápoles para socorrer á sus soldados, así como Borbon para llevar socorros de Alemania empeñó toda su recámara, sin reservarse nada de sus alhajas y vajilla.

Francisco I, que era poco hombre como militar para luchar con los célebres caudillos españoles, se limitó á dejar que La Tremouille pusiese sitio á la ciudadela de Milan; pero no impidió, como pudo, el que los españoles se fortificasen en Lodi; y en tanto La Tremouille asediaba la ya mencionada ciudadela, el rey de Francia en persona se dirigió contra PAVIA, en donde el famosísimo Leiva, encomiado por los mismos autores extranjeros, así por su valor como por su virtud, sufrimiento, inteligencia y energía, mandaba las armas de Carlos I.

SITIO Y ASALTO DE PAVIA.

En pocos días fueron tomados por el rey Francisco todos los lugares circunvecinos á la amenazada plaza; rompió despues el fuego contra ella la numerosa artillería de batir, para abrir practicables brechas, y el día 7 de Noviembre se dió el asalto, en el cual murió Longueville, caudillo francés.

Rechazados por los españoles, desnudos y famélicos, los franceses bien vestidos y mejor cuidados, apeló el rey Francisco á batir de nuevo la ciudad con cincuenta piezas; mas aunque estas abrían brechas, los españoles, convencidos de no poder hacer gran daño con los arcabuces á sus enemigos por la distancia á que se hallaban, se dedicaban á reparar las brechas instantánea y casi prodigiosamente, fuera de los que servían las escasas piezas de artillería de la plaza. Por manera que el francés gastaba

inútilmente sus municiones, porque no abría brecha que no fuese al minuto cerrada.

Qué número de franceses perecería en las reiteradas y continuas acometidas, que el mismo Francisco I, horrorizado, mandó suspender el fuego y los ataques; mas no fué con intencion de levantar el sitio, que era tenaz el rey, y la posesion de Pavia habia llegado á ser por él mirada como punto de honor.

Apelando para vencer á otros medios menos mortíferos, mandó derribar los molinos y torcer el curso del rio con grandes estacadas y otras improvisadas obras. Hallábanse en pleno invierno, que era destempladísimo y lluvioso, y habiendo el rio crecido, una fuerte avenida deshizo todo el trabajo del francés en pocos minutos.

La ruina de los molinos importó poco al veterano caudillo español, porque desde que los viera en poder del enemigo, hizo construir otros dentro de la ciudad, y aunque de mano, daban el resultado necesario. Despues distribuyó los soldados por las casas, mandando que los respectivos patrones les diesen de comer, y con la plata de los templos acuñó moneda, que decia en el anverso: *Los cesarianos cercados en Pavia, año 1524.*

Dícese que los de Pescara estaban tan bien encerrados en Lodi, que ninguno parecia, ni casi se sabia de ellos, habiendo dado lugar á que por donaire y burla apareciese un dia en la ciudad eterna el siguiente pasquin:

Quien supiere del ejército imperial, que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo y darle han un buen hallazgo: donde no, se le pedirán por hurto y se sacarán cédulas de excomunion sobre ello.

El marqués de Pescara, que para ser demasiado valiente de ningun acicate necesitaba, que ya pensaba en dar señales de vida, pero no loca y temerariamente, en virtud del pasquin, que llegó el hecho á su noticia, apresuró sus operaciones.

Estaba anocheciendo el dia 28 de Diciembre, cuando Pescara reunió en su morada á todos los capitanes de infantería española y les ordenó que en silencio, y sin tocar ni tambor ni corneta, llevasen al castilló á todos sus soldados. Hizo despues escoger hasta dos mil de aquellos, y les mandó poner las camisas sobre la ropa exterior. En seguida mandó echar el puente levadizo, y dispuso que los dos mil españoles fueran en silencio saliendo por una estrecha puerta falsa, y de uno en uno, al campo.

Salían tan precipitadamente los bizarros españoles hasta llegar á la estrechura de la puerta, que aglomerándose en esta aquellos, se estorbaban unos á otros é impedían la salida: por esto Pescara, que iba á salir con ellos, les dijo: *Salid despacio,*

hijos míos, que para todos habrá botín; porque hágoos saber que en Italia tenemos tres reyes á los que despojar: el de Francia, el de Navarra y el de Escocia. Llamaba rey de Navarra á Enrique d'Albret.

Verificada la salida, púsose á la cabeza de los dos mil hombres el mismo Pescara, acompañado de su sobrino el marqués del Vasto.

La nieve caía espesa, y los caminos estaban tan intransitables, que los soldados dejaban en el espeso fango sus zapatos; empero los mismos trabajos que ellos sufrían sus caudillos, y todos iban animosos y contentos.

Rayaba el alba cuando se acercaron á las murallas de Melzo, y tal era el silencio de los españoles, que oyeron á un centinela enemigo decir claramente: *Yo creo ver que unas cosas blancas se mueven lentamente por aquella parte.* A lo cual otro centinela también, le contestó: *Son sin duda los árboles nevados que los menean el viento.* Y hé aquí el objeto de los encamisados, idea que ocurrió á la fértil imaginación de Pescara con la mayor oportunidad.

Sin embargo, tan cerca estaban ya los españoles, que las camisas no servían. Bastante habían servido con solo permitirles llegar hasta los muros.

Descubiertos por las avanzadas, se oyó dar dentro de la plaza á los clarines el toque de *á caballo*; y Pescara, volviéndose á los suyos, y sin abandonar su natural jovialidad, á pesar de la proximidad del peligro, al oír el marcial toque del belicoso y sonoro clarín, exclamó: *Ea, pues, amigos míos: se conoce que los caballeros que adentro están quieren cabalgar, y es razon que nosotros, como infantes, entremos á calzarles las espuelas.*

Arrojáronse delante de todos al foso el de Pescara y el del Vasto: nadando, con el agua casi al cuello, le atravesaron, y apoyándose en las largas picas, treparon por la muralla al mágico grito de *¡Santiago y España!*

Salió á recibirlos Gerónimo Tribulzio, y encontróse con Santillana, hombre notable y célebre en Italia por su valor, que era alferez del capitán Juan de Urbina, no menos célebre que su valeroso alferez. Tribulzio pereció en la lucha: los defensores de Melzo, unos murieron, otros quedaron prisioneros: ninguno se salvó.

Obtenido el triunfo, regresó Pescara tranquilamente á Lodi, llevando consigo los prisioneros, el rico y abundante botín, los caballos y cuantos objetos habían sido el fruto y resultado de aquella sorpresa.

Poco tiempo despues dió libertad á todos los prisioneros de Melzo, usando de la generosidad española.

Admirados los romanos de la inopinada sorpresa, aplaudieron el arrojo del marqués y de los suyos; y así como poco antes habia aparecido el pasquin de que ya tiene el lector conocimiento, entonces apareció otro, el cual decia: *Los que tuvieron por perdido el campo del emperador, sepan que es parescido en camisa y muy helado, con muchos enemigos hombres de armas presos y doscientos infantes: ¿qué harán cuando parescan vestidos, y armados salgan al campo?*

Quemó á Francisco I la burla, que por tal la tomó, hecha en Melzo por el bizarro marqués de Pescara á los soldados franceses; y sin dejar de estrechar el cerco de Pavia, mandó al marqués un mensaje, para decirle que le daría doscientos mil escudos si le presentaba la batalla. Pescara entonces, con gran reposo, y como si el oscuro libro del porvenir estuviese abierto ante sus ojos, contestó al mensajero estas palabras, casi proféticas: *Decid al rey que si dineros tiene, puede muy bien guardarlos, porque yo sé que pronto ha de haberlos menester PARA SU RESCATE.*

Estaba ya en el extremo conflicto la plaza de Pavia; las subsistencias escaseaban, el cansancio y la fatiga rendían á los defensores: solo el gran Antonio de Leiva impassible resistía, decidido á morir antes que entregar la plaza cuya guarda le habia sido confiada.

Mostrábase orgulloso el rey Francisco porque la fortuna le sonreía: habia extendido infinito su dominacion, y contaba con muchos recursos. Al mismo tiempo el ejército de Carlos I de todo carecía, y Clemente VII habia vuelto á aquel la espalda, concluyendo por favorecer al rey Francisco.

Supeditado este como estaba á Bonnivet, solo hacia lo que su favorito le indicaba; y este le comprometió en varias empresas imprudentes, las cuales, aun realizadas, podían dar de sí muy poco ó ningun fruto.

El año terminó continuando estrechada Pavia, resistiendo bizarramente sus defensores, y con la vista de los caudillos de ambos ejércitos fija en aquella arena que esperaban muy pronto ver enrojecida, y sobre la cual se habia de decidir infaliblemente la suerte de Italia.

ESPAÑA.

En tanto todos tenían la atención fija en Italia, en España solo ocurrían algunas parciales alteraciones, últimos chispazos de las sublevaciones recién extinguidas.

Cuéntase que algunos de los moros que pudieron librarse del degüello que los revoltosos de Valencia hicieron en sus correli-gionarios, despues de haberlos hecho casi violentamente recibir el bautismo, tan pronto como se vieron libres de la opresion, volvieron á ser musulmanes, ó mejor dicho, comenzaron á demostrar que jamás habian dejado de serlo.

Tan decididos estaban y tan aferrados á sus creencias, que celebraban que se les persiguiese, y pagaban con placer doble tributo, con tal de evitar el que se les obligase á ser cristianos.

Perplejo el emperador, y sin querer decidir por sí en tan grave asunto, mandó reunir una junta de teólogos que, unida al consejo de la Inquisicion y al de Castilla, se reunió en Madrid y en el convento de San Francisco. La junta debia decidir si se debería obligar á ser cristianos á aquellos agarenos, estando como en efecto estaban bautizados, ó si debería obligárseles á abandonar el suelo español.

La junta y los consejos tuvieron diversas reuniones, como el árduo caso merecia, y cuando espiró el año aun nada habian resuelto.

En cuanto á los chispazos que aun brillaban, á consecuencia de las comunidades y germanias, podemos decir que nada tuvieron de importante, si bien dieron motivo para que se ejecutasen algunos castigos, aunque ninguno de ellos fué capital.

Nosotros, que hemos desaprobado la conducta del emperadorrey despues del *perdon general*, estamos obligados á decir que tal vez procedió supeditado por los que tenjan sobre él grande ascendiente, cosa que por cierto no le disculpa; pero siempre probará que no fué su corazon, sino su debilidad ante los que le dominaban, la que le hizo obrar en aquella ocasion. Y decimos esto, porque dos notables hechos hablan en abono de nuestro aserto, y son los siguientes:

Instándole algunos á que procediese con rigor, considerando como necesidad el continuar los castigos de pena capital, dijo el emperador conmovido: *Basta ya: no se derrame más sangre*. El otro hecho es más notable aun.

Diéronle parte de que uno de los principales comuneros, Hernando Dávalos, que se habia refugiado en Portugal, habia entrado en España. Entonces el emperador, con ceñudo semblante y demostrando visiblemente su disgusto, dijo gravemente al oficioso denunciador: *Harto mejor hubiérades hecho en avisar á Dávalos que huyese, que en decirme á mí que le mande prender*. Estas palabras prueban mucha nobleza de corazon, y son muy dignas de un soberano; mucho más cuando los hechos acompañaron á las palabras, porque Dávalos negoció su perdon.

Nada decimos por ahora de la reforma luterana, porque lo reservamos para más adelante.

AÑO 1525.

CÉLEBRE BATALLA DE PAVÍA.

Comenzó el año con la entrada del duque de Borbon en Lombardia al frente de doce mil lansquenets que habia logrado reunir en Alemania. Favorecióle para reclutarlos, el poderoso auxilio del infante D. Fernando, el querido del rey católico y hermano del emperador.

El duque, sin inconveniente ni obstáculo, siguió su marcha y llegó felizmente á Lodi, en donde se incorporó á las tropas del César. Pero la situacion de los defensores de Pavía era por el extremo crítica y angustiosa, y no lo era menos la del entendido y bizarro Antonio de Leiva, quien además de sufrir las mismas escaseces y penalidades que el último soldado, tenia que estar vigilando un día y otro día, enfermo como á la sazón estaba, sin descansar de noche, para contener una sedicion militar.

No se pagaba á los soldados; y aunque los españoles, siempre y en todos tiempos pacientes, sobrios y sufridos, nada pedian, los alemanes, que eran precisamente todo lo contrario, exigian sus pagas y amenazaban con entregar la plaza al enemigo si no se les satisfacía.

El bizarro Pescara y su compañero Lannoy, haciendo un verdadero esfuerzo, pudieron reunir tres mil escudos; mas era obra difícil la de hacer que el socorro llegase á manos del valeroso Leiva.

Vagaba á la sazón por aquellos contornos un antiguo alférez, llamado Cisneros, que habia dado muerte á un camarada suyo; y deseando obtener el indulto le pidió, ofreciéndose para merecerle á llevar á Leiva aquel dinero.

Púsose de acuerdo con otro valeroso militar llamado Francisco Romero, y aceptada la oferta por Pescara, los animosos y aun temerarios hombres, se dispusieron para emprender la marcha.

Buscaron dos labradores que eran sus conocidos y que odiaban de muerte á los franceses, y les hicieron coser á las ropillas los tres mil escudos. Juntos los cuatro, se dirigieron al campo francés.

Presentáronse á Francisco I Cisneros y Romero, y le ofrecie-



ron sus servicios, asegurándole que no exigian paga ni género alguno de recompensa, hasta que por sus méritos la mereciesen. El, muy satisfecho de que unos españoles abandonasen por él al emperador, los admitió gozoso á su servicio.

Agregáronlos al ejército; y en los diarios encuentros que ocurrían con los que hacían salidas de la plaza, se batieron con el valor que era en ellos connatural, y como si cordialmente hubiesen abrazado la causa francesa.

Los labradores en tanto iban y volvían, mezclados con los vendedores que acudían al campamento francés á llevar víveres y provisiones, que los soldados de Francisco I, bien pagados y provistos de metálico, compraban.

Pasados algunos dias y cuando Cisneros y su camarada creyeron llegada la ocasion oportuna, á vista y presencia de todos propusieron á los labradores el cambio de ropillas, dándoles encima alguna cantidad. Pretextaron el frio, que era en verdad intenso (Enero), y las ropillas de los labradores, fuertes y forradas, eran de mayor abrigo que las suyas.

Arreglado el cambio, fuéronse á una tienda, que pudiéramos llamar cantina, á beber juntos los cuatro; y al despedirse, les dijo al oido Cisneros: *Si antes del medio dia de mañana ois resonar tres cañonazos en Pavia, corred á Lodi y decid al marqués de Pescara que el socorro está en poder de Leiva. Si no los ois, corred del mismo modo y decid al general que encomiende á Dios vuestras ánimas, porque habremos muerto.* Animo sin par el de aquellos fuertes varones, que tan premeditadamente sabían desafiar á la muerte.

En medio de las nocturnas tinieblas deslizáronse como siniestras sombras Cisneros y Romero. Con sus fuertes espadas al costado, con una pistola en la cinta y una corta pero mortífera alabarda en la diestra, dirigiéronse á la boca de una mina, mataron de un solo certero golpe á los centinelas sin darles tiempo á exalar un gemido: hecho esto, llegaron sin obstáculo al pié de la muralla de Pavia, y á los vigilantes les pidieron seguro en buen español.

Guardaba el puesto el capitan Pedrarias, y al oír su idioma nativo, al escuchar que eran los dos valerosos soldados portadores de un importante mensaje, y al ver que nadie más los seguía, no vaciló un instante y los dejó penetrar en la plaza. Al siguiente dia resonó el cañon, y los labradores cumplieron puntualmente su encargo. Cisneros fué perdonado y recompensado largamente, así como Romero.

De nuevo envió otro mensaje Francisco I al marqués de Pescara para hacerle otro reto. Le daba veinte dias de término

para presentarle la batalla; le ofrecía 20,000 escudos si se la presentaba, y le aseguraba que si el ser mucho más numeroso el ejército francés le hacía vacilar, él empeñaba su real palabra de soberano de hacer entrar en la lucha á un número fijo de soldados, igual al del ejército de Pescara.

Este gran caudillo, sonriendo, contestó al mensajero: *Decilde al vuestro rey que acepto el reto, y para ello tengo permiso de mi superior el visorey de Nápoles; que solo necesito diez de los veinte dias para presentar la batalla con 18,000 hombres que juntaré, á fin de pelear en campo igual; y en cuanto al dinero..... decilde otra vez que le guarde PARA UNA OCASION QUE MUY PRONTO VA Á VENIR.*

Dedicóse Pescara á preparar la batalla, de cuyo éxito pendía la suerte de Italia, y que tan ruinoso habia de ser para España ó para Francia, segun quien en definitiva la perdiere.

Los principales caudillos que por el emperador habian de tomar parte en ella, eran Lannoy, Pescara y Borbon; las tropas eran muy buenas, aguerridas y valerosas; pero volvióse á la insuperable dificultad de la falta de dinero, en aquella solemne ocasion en que la suerte de España, podia decirse, pendía de un golpe de dado. Los alemanes eran como siempre los que amenazaban con la insurreccion.

Comprendiendo Pescara lo angustioso y expuesto de aquella situacion, mandó reunir á todos los jefes y á los capitanes de la infanteria española, ante los cuales pronunció un discurso para manifestarles el peligro que la causa del emperador cerria; díjoles que él no encontraba arbitrio para atajar el mal, teniendo los franceses como tenian tomados todos los caminos; que él mismo, para remediar el daño, habia intentado vender ó empeñar todos sus estados de Venecia; mas que nadie los habia querido en venta ni en empeño, en la duda del término que la guerra tendria; que él y todos los superiores estaban prontos á dar cuanto dinero consigo tenían, aunque tal sacrificio no era suficiente para acallar á los alemanes. El marqués terminó apelando al patriotismo de los españoles y al grande y glorioso ejemplo que podian legar á la historia, si cada uno de ellos daba alguna parte de lo que tuviese para pagar á los sediciosos y marchar á la batalla, á fin de aterrar á Francia, admirar á España y asombrar al mundo.

En el acto fueron consultados los españoles de todas condiciones, incluso los muchos soldados que eran ricos y más que acomodados; porque es de saber que siendo la mayor parte voluntarios y el resto producido por las levas, que entonces no habia *quintas*, entre los primeros se encontraron no pocas veces

hombres de muy buenas casas, y aun de las más ilustres de España.

La respuesta de todos, que fueron inmediatamente consultados por los capitanes, fué la misma, y se redujo á dar gracias á su general por haberles creído capaces de obrar como les proponia; que estaban prontos á vender hasta las camisas para reunir dinero y entregárselo, sin perjuicio de darle de presente para los *interesados tudescos ochenta, de ciento; doce, de veinte, ó seis de diez*, segun lo que cada uno consigo tuviese. ¡Ejemplo notabilísimo, por cierto! ¡Ofrecerse á marchar al combate, y á un combate tal como el que se preparaba, sin cobrar pagas, y dando casi cuanto tenían para contentar á soldados que eran tan vasallos del emperador como ellos! Esto solo se encuentra entre los españoles, que á sus muchas buenas cualidades reúnen el desinterés y la liberalidad.

Junlóse, pues, lo bastante para dar un socorro á los tudescos; y preparado y dispuesto todo para la marcha, el día de Nuestra Señora de la Paz (24 de Enero) se puso en movimiento el campo español; pero no con sigilo y como de oculto, del modo que al dirigirse á sorprender á Melzo, sino en pleno día y poblando el espacio con los rudos ecos del tambor y los sonorosos de los clarines y trompetas.

El lector dispensará si no referimos muy á la ligera los hechos precedentes y los que van á seguir; porque la importancia y celebridad de la BATALLA DE PAVIA son inmensas; es su recuerdo gloriosísimo para España, y aunque todos, pues puede decirse, la conocen, no todos conocen sus detalles y pormenores.

Salió de Lodi el marcial y valeroso ejército, llevando á vanguardia la caballería volante mandada por el marqués de Sanlángelo, y dos mil infantes españoles. Mandaba el centro D. Carlos de Lannoy, virey de Nápoles y jefe supremo del ejército, el cual, como representante del emperador, vestia las insignias de su elevada dignidad; delante llevaba dos reyes de armas, y detrás sus escuderos, gentiles-hombres y pajes de armas: á su derecha caminaba el alférez superior con el estandarte real.

Entre el centro y la retaguardia iba un cuerpo de ejército, compuesto de doscientos hombres de armas y mil lanzas, mandadas por el duque de Borbon; y Pescara llevaba la retaguardia, que se componia de seis mil brillantes españoles y mil saeteros, que conservaban el antiguo nombre, y eran piqueros á caballo (lanceros), llevando por su segundo al valeroso al par que elegante marqués del Vasto, su sobrino. Entre los jefes inferiores iba el bizarro y entendido Fernando de Alarcon, cuyo nombre iba á hacerse célebre por una circunstancia que des-

pues veremos, celebridad que él supo despues sostener y aumentar con sus hechos.

Haciase notable Pescara porque con el lujo de su traje y lo lucido de su armadura hacia terrible contraste la empresa que en el escudo llevaba pintada: sobre campo negro habia hecho colocar la muerte con la destructora guadaña y el reloj de arena.

Defúvose en el camino el ejército para tomar á Santángelo, cuya villa, aunque fortificada y bien defendida, se tomó en pocas horas. Este triunfo fué de muy buen agüero para los soldados, y el saqueo les proporcionó algunas ventajas (30 de Enero).

El llamado rey-caballero, que tambien entonces, por lo visto, habia reyes *galant'uomini*, siempre galante y cortés, mandó al divisar el ejército español que fuese saludado con una salva de cincuenta cañonazos. El eco de las mortíferas armas tenia un no sé qué de siniestro: parecia que en vez de ser salva por su regocijo, lo era para anunciar su duelo; parecia indicar que estaba próxima la ruina del que mandaba celebrar la aproximacion de sus contrarios. En cuanto al parque del ejército español nada hemos dicho, porque parece cosa de todo punto increíble, tratándose de la batalla de Pavia, que solo llevasen los de Carlos I *cuatro piezas de bronce, calificadas de malas, y dos bombardillas de hierro*. Esto es indudable, y esto solo se hace en España; y si alguno lo dudare, recuerde que en la gloriosísima batalla de Bailén, en el presente siglo, época que algunos de los que aun viven han alcanzado, el prisionero general Dupont se asombró al ver el parque con que habia sido batido, y que consistia en cuatro piezas de á cuatro y de á ocho.

Sin embargo de haber celebrado con salvas Francisco I la aproximacion del ejército español, en cuanto le vió cerca mandó reunir el consejo.

Discordes estuvieron los consejeros; pero el voto de Bonnavet era el decisivo, y estuvo por que se diese la batalla: su corazon nada le predecia, y fué extraño: él, sin embargo, apoyaba su dictámen en que creeria desairado á los ojos de Europa al rey de Francia si ante un enemigo menor en fuerzas militares se retiraba, despues de haberle con orgullo retado; y decia muy bien.

El marqués de Pescara, que era como siempre el alma de todo, aunque Lannoy llevaba el nombre de general en jefe, comprendia muy bien que era forzoso apelar á la industria para equiparar las fuerzas materiales.

Determinado lo que debia de hacerse, comenzó el bizarro y entendido marqués á dar reposo de dia á los soldados, que ni una mosca en el campamento se movia; pero de noche y á des-

hora se acercaba al campamento francés con grande estrépito marcial, sin llegar nunca á las manos; porque solo queria alar-
mar á los enemigos y fatigarlos, y hacerlos confiar en que todo
era ruido y nada más.

Logrólo al fin, porque repetidas durante algunas noches las
falsas alarmas, llegaron los franceses á no hacer caso de ellas,
puesto que ningun mal resultado daban. Entonces Pescara dió
un ataque formal y en toda regla: penetró hasta la plaza de ar-
mas de Francisco I, recogió bastante botin, mató muchos fran-
ceses, y con muy escasa pérdida regresó á su campamento, y en
él esperó.

Si no logró igualar las fuerzas, disminuyó bastante las del
enemigo, y Francisco I y sus caudillos temieron. Comprendieron
toda la importancia del enemigo que delante tenian, y esto con-
vino mucho; porque sabida es la presuncion de los franceses, y
todos conocen del modo que miran y consideran á los que no
lo son.

Y era en verdad prodigioso lo que los españoles hacian; por-
que como eran los remedios que á los males se aplicaban tan pe-
queños é insignificantes, apenas se habian los últimos remedia-
do, volvian á presentarse mayores. El hambre fatal asomaba la
fatídica cabeza en los reales españoles; la escasez era aflictiva y
desconsoladora; los franceses querian servirse de la escasez de
los nuestros más que del plomo y del hierro, y todos sus cuida-
dos y conatos se dedicaban á tomar los caminos y á impedir la
llegada de viveres.

Los caudillos de España, reunidos en consejo, daban los res-
pectivos pareceres; mas ninguno le agradaba á Pescara, porque
la dilacion le asesinaba.

Este varon insigne, que entre sus grandes dotes militares tuvo
la de saber arengar al soldado con breves y enérgicas razones,
siempre con oportunidad y en inteligible lenguaje para ellos, sa-
lió del consejo, revisó las tropas, y dijo á los españoles que man-
daba: «Hijos míos: ya veis que solo es nuestra la tierra que nues-
»tros piés cubren, y que todos los elementos están conjurados
»contra nosotros. El poder imperial, con ser tan inmenso, no al-
»canza hoy, ni menos alcanzará mañana, á darnos un miserable
»pedazo de pan. Pero ¿quereis en abundancia tenerle? Pues
»véisle allí, —dijo señalando al campamento de Francisco I.—La
»noche que hicimos la entrada en el campo enemigo, ¿no visteis
»la abundancia de pan, de fresca carne, de ricos vinos, y las
»preparadas truchas y carpiones del lago de Pescara, para ma-
»ñana que es viernes? Ea pues, hermanos y conmlitones míos:
»si quereis comer mañana, á buscarlo iremos al campamento

»francés; y si esto no os conviene, decidlo francamente para que yo lo sepa.»

Excusado es decir cuál sería la respuesta, cuando los que habían de responder eran españoles y de peligros se trataba.

Seguro Pescara de que no sería abandonado en el momento del ataque y del peligro, toda la noche la pasó dedicado á hacer sus preparativos para el trance terrible. Mandó que todos se pusieran sobre el trage la camisa; que los soldados que tuviesen dos ó más, las diesen á los que de ellas careciesen; que si no alcanzaban, se hiciesen de las sábanas unos sayos cortos, y unos sombrerillos de papel para llevar sobre los yelmos, á fin de que al mezclarse con los franceses, en aquella época en que poca diferencia podia existir entre las armas y trages, y en la que no habia uniformidad, no se pudiesen confundir con ellos, y se reconociesen unos á otros los compañeros.

Preparóse el campo á salir cuando era noche cerrada, y el marqués mandó incendiar las tiendas, chozas y rústicas cabañas que formaban su campamento, á fin de lograr que el francés supusiera que los españoles huían; y así fué en efecto. El mismo Francisco I. al contemplar ardiendo el campamento enemigo, exclamó gozoso dirigiéndose á sus caudillos: *Ved que ya huyen: preparad las armas, que el dia va á ragnar, y habremos de salir y alcanzarlos para hacerles piezas y arrojarlos de todo el estado de Milan.* ¡Qué lejos estaba el orgulloso rey de prever lo que al siguiente dia le esperaba! A haberlo sabido, no hubiera deseado que rayase el dia, sino que fuera eterna la noche.

Casi al asomar el alba estaban los soldados de Pescara derribando una tapia que estaba delante de la plaza de Pavia, y desde allí miraban y examinaban el campo del rey Francisco, el cual hallábase acompañado del príncipe real de Escocia, de Albret, el titulado rey de Navarra y protegido del francés, de Bonnivet, La Tremouille, La Paliza, el duque de Alençon, y en una palabra, de casi toda la nobleza de Francia.

Era aun muy superior en fuerza numérica el ejército francés al español; y se refiere el dicho de un testigo presencial, que al ver tanta gente de guerra allí reunida, *pensó que en aquellos llanos estaba todo el mundo junto.*

El presuntuoso monarca francés dió un bando, para despues ponerse más en ridiculo, en el que mandaba no dar cuartel ni dejar un español á vida.

Oyóse el bando, dado á voz de pregon, en el campamento imperial; y el gran Pescara, volviéndose á los suyos, soltó una ruidosa carejada, diciéndoles: *Están sin duda locos esos borrachos: ¡pues no manda el rey Francisco que no dejen español á*

vida, so pena de perder la suya! ¿Si creará que nos tiene atados de manos?

Estas calculadas palabras, tan oportunas cuando eran á españoles dirigidas, surtieron el efecto que el marqués se propusiera. Desde aquel momento no fué posible contener al soldado, que avanzó furioso y frenético, deseando probar al orgulloso francés que tenia tan sueltas las manos como lleno de ánimo el corazón.

El primer choque fué terrible é imposible de describir: el valor igual en ambos campos; pero el español perdió su artillería, que á la verdad, era pérdida más sensible por el bochorno que por la utilidad de las viejas é inútiles piezas. El francés victoreó á Francia y proclamó la victoria. Era muy pronto, y procedió con su connatural ligereza.

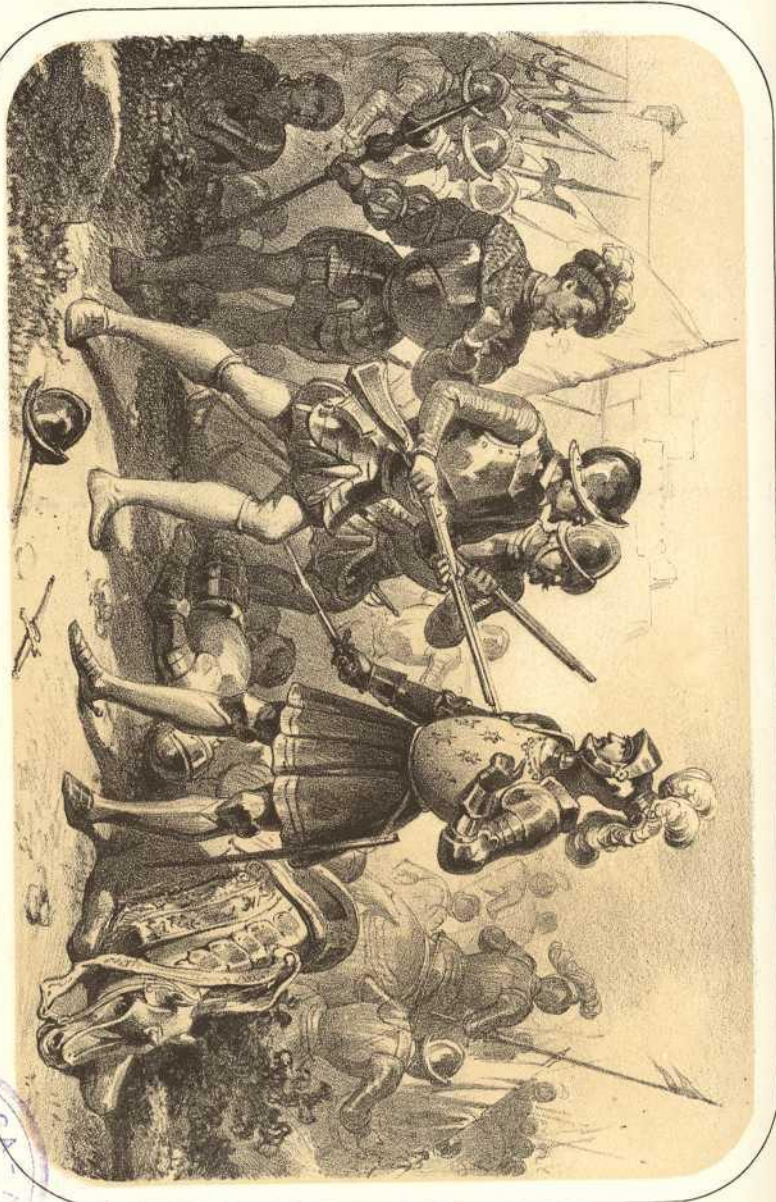
Carga entonces el bizarro marqués del Vasto con la caballería volante; rompe los apretados escuadrones de suizos y alemanes que militaban á sueldo de la Francia, y alemanes y suizos se declaran en verdadera fuga.

Viendo Pescara cuán animosa y entendidamente procedia su sobrino, queriendo aprovechar la precitada fuga, vuélvese y dice: *Ea, mis leones españoles. ¡sus y adelante! Hoy es el dia de matar ese hambre de honra que siempre tuvisteis, y para ello Dios os ha puesto delante tanta multitud de pécoras.* No pudo usar de más despreciativa palabra que la última, considerando á los enemigos como cabezas de ganado, y llamando leones, por el emblema de la nacion, á sus españoles.

En seguida Pescara gritó *¡Santiago y España!* y cargó contra los lansquenets, los cuales, segun la táctica peculiar de sus movimientos militares, acababan de disparar los mosquetes contra los españoles, y volvian la espalda para cargar de nuevo, que tal era su costumbre, y no para huir. Pescara, que muy bien sabia esto, quiso, sin embargo, aprovechar la general ignorancia de los suyos, y exclamó: *¡A ellos, hijos, que ya huyen!*

Aquella carga fué terrible: cerca de seis mil enemigos estaban ya sin vida sobre el campo, y algunos que de veras huyeron para salvarse del impetuoso ataque y ordenarse y rehacerse, fueron á caer en manos del capitán Quesada, que con su infantería los esperaba de refresco.

Pero ya la pérdida de los franceses iba siendo difícil de subsanar, porque la calidad de los muertos centuplicaba su importancia. Habia ya muerto el valeroso é ilustre señor de la Paliza; le habia seguido J. Diesbach, general de los suizos, y á este La Tremouille, Longueville, el mismo almirante Bonnavet, y otros grandes caudillos yacian sin vida sobre el enrojecido y humeante suelo.



C. MURCIA. 313 1/2. 1849

Lit. de G. GORDON M. de la

Prision de Francisco I de Francia,
(Pavia).



Tal fué la pérdida y tan grande su importancia, que al terminar la relacion de la batalla daremos una lista de los príncipes, generales y jefes muertos y prisioneros en Pavia.

Diremos en honor de Francisco I, que en aquel memorable y para él funesto dia, peleó como un verdadero héroe; se batió como un buen soldado, y dió una magnífica y brillante carga, colocado á la cabeza de un gran cuerpo de caballos, y mató por su propia mano al jefe de un tercio italiano de caballería.

Los tercios castellanos se batieron como acostumbraban siempre, como héroes. Sin embargo, de los cuerpos de infantería española los que más se distinguieron en aquella inolvidable jornada fueron los vizcainos y guipuzcoanos.

La batalla estaba ya para Francia perdida; empero algunos cuerpos resistian tenazmente, siendo el único que volvió la espalda el duque de Alenzon, llevando tras de sí toda el ala izquierda que estaba á su cargo.

Convencido Francisco I de que la derrota era tan grande como ignominiosa, se decidió á morir como valiente; mas herido de muerte su hermoso corcel vino á tierra, é inmediatamente un soldado vizcaino, llamado Diego de Urbieta, le puso al pecho el estoque y le intimó la rendicion, creyendo, por el lujoso traje del soberano de Francia, que era un general ó un noble, pero sin saber quien en realidad era.

El rey, sin perder el ánimo le dijo: «No me rindo á tí, sino al emperador: yo soy el rey.» Al oír estas palabras se acercó Diego Dávila, y le pidió una prenda en señal de rendimiento, y Francisco le entregó la manopla derecha y la espada, llena de sangre desde la punta hasta los gabilanes.

Hubo momentos en que estuvo la vida del rey muy en peligro; porque los soldados que en derredor se agruparon, supusieron que el declararse rey era una supercheria para salvar la vida.

Afortunadamente se apareció allí uno de los magnates franceses, el cual al ver al rey se arrodilló y le besó la mano. Entonces ya no dudaron de la verdad, y le rodearon dándole claras muestras de respeto.

Diremos en loor de la nobleza francesa que se salvó en aquel dia tan horrible para la Francia, que tan pronto como supieron la prision del rey, estando ya en salvo, volvieron riendas y se presentaron prisioneros, á fin de seguir la misma suerte que su soberano. Ejemplo notabilísimo de lealtad, que merece ser consignado en la historia.

Con noble talante y magestuoso continente, sin faltar á la amabilidad, recibió Francisco I los homenajes que respetuosamente

le tributaron el marqués de Pescara, el del Vasto, el virey Lanoy y los principales caudillos españoles.

Al marqués del Vasto, que tenia grande y merecida fama de buen general, de jóven elegantísimo y de puntual caballero, le dijo el rey Francisco: *Por Dios, señor marqués, que tenia vivos deseos de conoceros; mas no en la situacion en que me veo al conoceros.*

Restábase al vencido rey el pasar por un trance tan cruel, que acabó de amargar el de la derrota. La vista de Borbon le hizo visiblemente cambiar de semblante, mas se repuso pronto. El duque francés se arrodilló, y bastante conmovido dijo: *Señor, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en el presente compromiso, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia se viera derramada por los campos de Italia.* El rey, suspirando, elevó al cielo los ojos, y respondió: *Haya paciencia, duque, puesto que no hubo fortuna.*

El marqués de Pescara, siempre atento y delicado, observó que la presencia del duque de Borbon afectaba visiblemente al rey, rogó á aquel se retirara, y despues suplicó al soberano continuase con él el camino.

Caminaban en direccion de Pavia, y al observarlo el rey Francisco detuvo el caballo y dijo á Pescara: *Ruégoos, marqués, que vos y estos caballeros me hagais merced de no llevarme á Pavia: seria para mi grande afrenta no haberla podido tomar, y entrar en ella preso.*

Pescara, convencido de lo justo de la peticion del rey, le llevó á un monasterio extramuros de la plaza. La custodia del real prisionero fué encomendada á Fernando de Alarcon, atendiendo á que se debía á los españoles la victoria, cuyo jefe era aquel bizarro caudillo.

Hé aquí la curiosa relacion cuya insercion hemos ofrecido:

Príncipes y señores muertos en la famosa jornada de Pavia.

El duque de Suffolt, á quien pertenecia el reino de Inglaterra.
Francisco, señor de Lorena.

Luis, duque de Longueville.

El mariscal La Tremouille.

El conde de Tonnerre.

El mariscal de Chabannes, primer mariscal de Francia.

El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrec.

El príncipe bastardo de Saboya, gran maestre de Francia.

El general Bonnivet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.

- M. de Buxi d'Amboise.
- M. de Chaumont d'Amboise.
- M. de Sainte-Mesmes.
- M. de Tournon.
- M. Chataigne.
- M. de Morette.
- El bastardo de Luppé, preboste de palacio.
- El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.
- El señor de Laval de Bretagne.

Príncipes y capitanes prisioneros.

- El rey de Francia.
- El titulado rey de Navarra (el príncipe Enrique de Albret).
- Luis, señor de Nevers.
- Francisco, señor de Saluces.
- El príncipe de Talemond.
- M. d'Aubigny.
- El mariscal de Montmorency.
- M. de Rieux.
- M. de Chartres.
- El señor Galeas Visconte.
- El señor Federico de Bauges.
- El conde de Saint-Paul, hermano del duque de Vendome.
- El hijo del bastardo de Saboya.
- M. de Brion.
- El gobernador de Limosin.
- El baron de Bierry.
- M. de Bonneval.
- El baile de Paris.
- M. de Viot.
- M. de Charrot.
- El baile de Bugency.
- El señor de la Chartre.
- M. de Boise.
- M. de Lorges.
- M. de Moni.
- M. de Crest.
- M. de Guiche.
- M. de Montigent.
- M. de Saint-Marsault.
- El senescal d'Armaignac.
- El vizconde de Lavedan.

M. de la Clafette.
 M. de Potou.
 M. de Changy.
 M. de Aubijon.
 M. de Annebaut.
 El hijo de M. de Tournon.
 La Roche-Aymond.
 La Roche du Meyne.
 M. de Clermont.
 M. de Saint-Jean d'Ambornay.
 M. de Vatithieu.
 M. de Silana.
 M. de Boutieres.
 M. de Barbessieux.
 M. Clemente Merot, poeta.»

Las armas del rey prisionero fueron enviadas al emperador. De aquellas la espada fué depositada en el alcázar de Toledo, despues fué traída á la Armería real de Madrid, de donde en 1806 la sacó Murát y la hizo llevar con gran pompa y ceremonia á Francia. No fué lo mismo el sacarla de Madrid que el tomarla en Pavia.

Hé aquí las anécdotas que se refieren como ciertas por algunos autores:

Antes de marchar el rey al convento, rodeábanle muchos soldados españoles, de los cuales, con su genio festivo, le decian algunos:

«Vaya, señor, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.—Yo apuesto, decia otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo.—A bien, decia otro, que ha caido en manos de la mejor gente del mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba á M. de la Motte lo que querian decir, y traducidos los dichos de los soldados, se reia de ellos.»

Tambien se refiere como cierto que se aproximó al rey un arcabucero español y le dijo: «Señor, así que supe iba á darse la batalla, fundí seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz. Las de plata para vuestros *musiures*, y para vos mismo la de oro. Creo que empleé cuatro de las de plata para otros tantos *musiures*, y quién sabe cuantas de plomo para gente comun. Y no topé con más *musiures*; por eso hé aquí dos de plata de las seis: la de oro véisla aquí tambien, y agradecedme la voluntad de querer darvos la muerte más honrosa que príncipe ha tenido. Mas pues Dios no quiso que en la batalla os viese,

»recibid la bala para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.»

El rey tomó la bala, diciendo al soldado: *Agradezco el presente* Y TU BUEN DESEO.

Cuando el ejército vencedor pasó á alojarse á los pabellones franceses y quedaron en su poder las delicadas truchas, los carpciones, el abundante pan y los ricos vinos de que habló Pescara, se presentó un hombre de armas español, llamado Cristóbal Cortesia, llevando prisionero al titulado rey de Navarra, que fué llevado al castillo de Pavía, de donde se fugó sobornando á un criado que huyó con él.

Más desgraciada suerte cupo al príncipe real de Escocia, jóven y valeroso. Poco conocedor del país, pidió á un aldeano que encontró en su fuga le sirviese de guía, ofreciéndole grande recompensa. Aceptó el aldeano, y al llegar á un barranco, dijo al príncipe que le atravesara. Hizolo el príncipe, y al momento se hundió su caballo, quedando enclavado en el pegajoso fango. Entonces el traidor villano asesinó cobardemente al príncipe por la espalda, y se presentó en el campamento español pidiendo recompensa por su infame accion, y mostrando en testimonio del hecho la rica cadena que el desventurado príncipe al cuello llevaba.

El noble y valeroso marqués de Pescara, enemigo jurado, hasta entonces, de toda infamia y traicion, dió al aldeano el premio que merecía, mandando que inmediatamente le ahorcasen, lo que puntualmente se ejecutó. Despues dispuso que el cadáver del príncipe escocés fuese llevado con toda ceremonia al campamento; recibiósele con los honores reales, y se le hicieron solemnísimas exequias.

Tal fué la célebre y memorable batalla de Pavía: el glorioso defensor de la plaza, el valeroso y veterano Leiva, enfermo todavía, y no pudiendo montar á caballo, se hizo llevar fuera de la ciudad, y sentado en una silla, estuvo mandando un cuerpo de españoles, tan diestra y acertadamente, que aquellos, sin perder un palmo de terreno, como que su jefe estaba sentado, detuvieron un cuerpo de tropas francesas, impidiendo que tomasen parte en la batalla. El rey de Francia recibió á Leiva muy cariñosamente, y le colmó de elogios por la heroica defensa que de la plaza había hecho.

Banderas, estandartes, armas, caballos, cañones y otros infinitos despojos quedaron en poder del marqués de Pescara, asi como los soldados cogieron un botin de incalculable valor en dinero, alhajas de gran precio, vajillas enteras, etc.

El rey prisionero descansó todo aquel dia, y al siguiente fué

trasladado al fuerte de Pizzighitone, siguiéndole Alarcon con trescientos españoles. En cuanto se instaló en el castillo, escribió al emperador la siguiente carta:

«
 » Sed cierto, señor, que no tengo consuelo en mi infortunio, si
 » no es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguiere
 » usarla conmigo, vos obraríais como príncipe generoso, y yo os
 » quedaria por siempre obligado.

«
 » Si os placiere tener de mí piedad, dándoos la seguridad que
 » merece la prision DE UN REY DE FRANCIA, á quien se quiere ha-
 » cer amigo y no desesperar, podeis hacer una adquisicion, puesto
 » que en lugar de un inútil prisionero, tendríais un rey siempre
 » esclavo vuestro.»

Los hechos sucesivos demostrarán la *sinceridad* del rey francés.

La carta que dirigió á la reina su madre, literalmente traducida, dice así:

« Señora: Para haceros saber cómo llevo mi infortunio, de todas las cosas no me queda más que el honor y la vida que he salvado. Y para que en vuestra adversidad os sirva esta nueva de algun consuelo, he rogado me dejasen escribiros esta carta, lo que me han concedido con buena voluntad, que bien tratado soy y con respelo.

« Os suplico que hagais uso de vuestra prudencia, sin dejaros llevar al extremo dolor: yo abrigo la esperanza de que al fin Dios volverá por mí y no me abandonará. Os recomiendo á mis amados hijos y vuestros nietos, y os suplico deis salvoconducto al portador de esta (era el comendador Peñalosa), para ir y regresar á España, porque ha de ir á ver al emperador, á fin de saber de qué modo querrá que yo sea tratado.

«
 » Soy vuestro muy humilde y muy obediente hijo — FRANCISCO.»

Tal es el original manuscrito que obra en nuestro poder. Y como estos documentos históricos son tan interesantes como de buen recuerdo, insertaremos la carta que la reina Luisa, madre del rey de Francia, dirigió al emperador, y la contestacion de este. Hé aquí la carta de la reina:

« Señor, mi buen hijo (era suegra de Carlos I): Desde que he sabido el infortunio acaescido al rey mi hijo y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caído en manos del príncipe que más amo en el mundo, esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él; y en el caso que así sea

» tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la
 » cristiandad vuestra amistad y union. Por tanto, os ruego humil-
 » demente, señor é hijo mio, que penseis en ello, y mandeis que
 » sea entretanto tratado como á vuestra honra y la suya cumple,
 » y permitais que sea servido de modo que pueda yo saber con
 » frecuencia de su salud. Haciendo así, os quedará reconocida
 » una madre, á quien vos disteis siempre este nombre, y que otra
 » vez os ruega que ahora en aficion os mostreis padre. Vuestra
 » muy humilde madre—LUISA.»

Respuesta del emperador á la reina Luisa.

«Señora: He recibido la carta que me habeis escrito, con el
 » comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo di-
 » cho acerca de la prision del rey vuestro hijo.

» Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él
 » le ha placido permitir; porque espero en su Divina Providencia
 » que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos
 » paz, y contra los infieles volvamos la guerra.

» Sed cierta, señora, que tal jornada como esta no solo no seré
 » en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí
 » emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed cierta tam-
 » bien, señora, que si vuestro hijo y yo paz universal hacemos,
 » si tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pa-
 » sadas pondré en olvido, como si nunca entre nosotros enemis-
 » tad hubiese habido. Yo envio á M. Adrian á visitar á vuestro
 » hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place
 » por el bien universal que de su prision esperamos, por otra
 » parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos.
 » Tambien lleva M. Adrian una instruccion asaz bien moderada,
 » y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey
 » vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo y sacar á él de
 » cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con bre-
 » vedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego
 » resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque
 » conforme á vuestra respuesta, alargaremos su prision ó abre-
 » viaremos su libertad. Entretanto que esto se platica, he dado
 » cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi virey de Nápoles,
 » para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que
 » continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos
 » lo deseais y por vuestra carta lo pedís. Mucha esperanza tengo
 » de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á

»buen fin, lo cual si hiciéredes, me echareis en mucho cargo, y
»á vuestro hijo hareis gran provecho.»

Refiérese que al dar al emperador la noticia del famoso triunfo de Pavia, oyó al portador con tan impasible semblante, que no dejó salir al rostro ni un asomo de placer.

Colmó de terror á los príncipes italianos poco afectos al emperador, que no fueron tan impasibles como este al saber la victoria de España, la terrible é inaudita rota de Pavia.

Temió el mismo Pontífice, quien pactó con Lannoy, que amenazaba sus estados, el entregar 120,000 ducados, que serian compensados con algunas ventajas. Otros pequeños soberanos tambien ofrecieron tributos, ascendiendo el de la señoría de Venecia á *ochenta mil ducados de oro*.

En cuanto al luto general de que se cubrió Francia, no hay para qué explicarle; las pérdidas de hombres y de dinero habian sido inmensas, y la prision del rey, más sensible infinitamente que todas las demás pérdidas.

Estaban destinados los alemanes á ser en Italia la verdadera piedra de escándalo. Ellos consumieron todo el dinero que habian dado diversos príncipes italianos, y cuando se hubo acabado, fué forzoso licenciarlos para evitar una sedicion.

Este mal fué de poca importancia y tuvo fácil remedio, pero otros mayores se originaron del glorioso triunfo de Pavia. Los soberanos que estaban en buena armonía con Cárlos I comenzaron á engendrar temores; el jóven emperador-rey iba creciendo en poder y fuerzas, y amenazaba con llegar á ser el coloso de Europa.

Tenia para el caso en cuestion un poderosísimo enemigo Cárlos I: la reina Luisa, la madre del rey prisionero; y aunque decia que le amaba más que á otro príncipe del mundo, era el enemigo más temible de Cárlos. Hábil en la intriga y en las artes cortesanias, reemplazó ventajosamente á su hijo para hacer cambiar la faz de los negocios políticos.

Sin detenerse un punto se trasladó á Lyon, á fin de organizar el ejército destrozado en Pavia, é intrigó con Venecia, con Inglaterra y con todos los príncipes á quienes podia perjudicar el engrandecimiento de Cárlos I. Respecto de Inglaterra, no tenia necesidad de esforzarse mucho la reina Luisa, pues el ministro de Enrique VIII, Wolsey, no habia olvidado ni podia olvidar que dos veces se le habia escapado de las manos la liara, por no haber Cárlos cumplido sus promesas.

PRISION Y TRASLACION DE FRANCISCO I Á MADRID.

Perplejo estaba el emperador acerca de lo que habia de hacer con el real prisionero; y para proceder con acierto, consultó al consejo. Poco ó nada adelantó, porque no hubo conformidad de pareceres.

Las dos distintas opiniones entre las cuales fluctuaba el emperador fueron la de su confesor el obispo de Osma, y la del duque de Alba. El primero opinaba que se diese libertad al prisionero, sin más condicion que la de no volver á hacer la guerra: el duque tambien opinaba se le diese libertad, mas no sin procurar sacar todo el posible partido de la violenta situacion en que el prisionero se encontraba.

El emperador creyó más acertado el parecer del duque que el del obispo; y en el momento hizo marchar al conde de Roeux, el cual llevaba escritas las condiciones que habia de aceptar Francisco I para obtener su libertad.

Hiciéronse las proposiciones el dia 28 de Marzo, un mes y cuatro dias despues de la batalla, y al presentarlas el mensajero al rey Francisco mostró este tal disgusto, que le dejó salir al rostro y le manifestó en las palabras que airado pronunció: *Dites à votre maitre, dijo, que j'aimeroys mieux mourir que ce faire..... Si l'empereur vent venir à traictes, il faut qu'il parle autre langage.* «Decid á vuestro señor, que mejor quiero morir que hacer lo que me propone. Si el emperador quiere que tratemos, es necesario que hable de otra manera.»

Eran, en efecto, bastante fuertes las proposiciones; porque no solo se pedía al rey de Francia la restitution del ducado de Borgoña, sino tantas cesiones, que eran inaceptables las proposiciones, á pesar de lo muy amable que es la libertad y de la crítica posicion en que se encontraba.

Cierto es, sin embargo, que la mayor parte eran, más bien que cesiones, restituciones; porque se referian las proposiciones á dominios que habian poseido los ascendientes del emperador; mas sin embargo, duele siempre el abandonar todo aquello que se posee como propio.

Pasados los primeros momentos de ira, esta se convirtió en disgusto, y este fué el grado intermedio para llegar á la reflexion. El recuerdo de la posicion en que Francisco I se hallaba, era bastante para contener los impulsos del furor. Solo quedaba el arbitrio de recurrir nuevamente á las armas; mas aquel era tan expuesto como lo es todo medio que se emplea necesitando para

llegar al fin propuesto que intervenga lo que llamamos *suerte*. El emperador, por otra parte, era muy poderoso; y si la guerra no daba el resultado apetecido, la causa se empeoraría y el remedio sería mucho más difícil.

Sin duda por esto el rey de Francia y su madre decidieron renovar las gestiones; y recomenzaron las cartas y los mensajes, y aun se contestó á varias de las proposiciones.

Pasado algun tiempo, vino Francisco I á conceder casi todo lo que se le habia pedido. Estaba pronto á ceder el ducado de Milan; renunciaba al señorío de Génova; renunciaba igualmente los derechos que pudiera tener al reino de Nápoles, á los dominios de Flandes, al condado de Artois, y lo que debia ser para él muy sensible, ofrecia perdonar al duque de Borbon su deslealtad y á devolverle sus estados, dándole, además, en matrimonio á su propia hija. Ofrecia, además, pagar la mitad del ejército y armada, si Carlos I resolvía pasar á Italia, y acompañarle personalmente si trataba de pelear contra los mahometanos. Para dar más solidez á la concordia, proponia varios enlaces matrimoniales entre ambas familias; y en suma, se convenia á á todo, menos á desprenderse del ducado de Borgoña y á desmembrar de Francia algunas provincias, en lo cual obraba con verdadero patriotismo.

Carlos I, sin embargo, queria á toda costa el ducado de Borgoña; y trascurre tiempo sin ganar terreno, invirtiendo aquel en cartas y contestaciones.

De pronto sorprendió á todos la noticia de que el real prisionero iba á dirigirse á Madrid. Parece que fué Lannoy, el virey de Nápoles, quien se lo aconsejó, creyendo que personalmente podría zanjar mejor las dificultades. Dícese que el virey procedió sin anuencia de Carlos; pero creemos muy difícil, por no decir imposible, el que no explorase Lannoy la voluntad del emperador, tratándose de asunto tan grave como el sacar al rey prisionero del punto en que estaba, para presentarle en la corte.

Preparóse, pues, en Marsella la armada que habia de conducir á España al rey Francisco: las naves que componian aquella eran francesas; empero españolas las fuerzas militares que formaban la escolta (Junio).

Dispuso Lannoy que el rey tomase rumbo á Génova, é hizo esparcir la voz de que se dirigía á Nápoles, aunque habia circulado la de que el real prisionero iba á ser trasladado á Madrid. Esta voz ganó crédito cuando se supo que se habia tomado distinto rumbo, y que pocos dias despues habia anclado la armada en el puerto de Rosas (Cataluña).

Llegó, por fin, á Madrid Francisco I, acompañado de Lannoy, y mandando su escolta el famoso Fernando de Alarcon, y fué alojado en la torre de los Lujanes, en la plaza de la Villa, esquina á la calle del Codo.

No estaba en formal prision: tenia la morada del rey Francisco la necesaria amplitud, y se le permitía salir algunas veces, aunque escoltado, al campo.

Hallábase Cárlos I á la sazón celebrando Córtes en Toledo, y por consecuencia no visitó á su prisionero. Autores hay que dan en rostro al emperador con su falta de atencion, por no haber visitado al momento al rey Francisco. Débese tener en cuenta la conducta anterior de este con el emperador; y los que le echan en cara á este esa que llaman falta de atencion, deben recordar que algunos hechos de otros reyes, de mucho peor naturaleza que el que en Cárlos motejan, han sido muy aplaudidos por ellos mismos, porque se amoldaban á lo que se llama política.

El emperador, por otra parte, fuese de intento ó por casualidad, estaba á la sazón ocupado en las Córtes de Toledo, en las cuales se trataron puntos no poco interesantes. Cárlos I, que carecia de recursos, á consecuencia de la guerra, alcanzó de aquellas Córtes un servicio de algunos millones de maravedís; en ellas se redactaron diversas leyes de gobierno interior, y comprendiendo los procuradores cuán necesario era el asegurar la sucesion á la corona, se propuso al emperador el enlace matrimonial con la princesa doña Isabel, hija del monarca portugués, propuesta que el emperador aceptó de buen grado.

Por lo expuesto se ve que la ausencia del emperador no se fundó en un frívolo pretexto; y si se aprovechó de la reunion de las Córtes para presentar una causa legitima de su ausencia, débese decir al menos que esta fué muy fundada, y la razon en que se apoyaba suficiente.

Pasado algun tiempo, enfermó gravemente el rey; y tambien la enfermedad se achaca á la herida que hizo en su amor propio la desatencion del rey-emperador. Nosotros, sin embargo, creemos que su natural orgullo, el recuerdo de su anterior posicion y la duda de lo porvenir, serian tres agudas espadas muy suficientes para cruelmente herirle, y para desarrollar en él la profunda melancolia que le ocasionó la grave enfermedad.

Llegó á ser el estado del enfermo tan alarmante, que Alarcon creyó indispensable el dar parte á Cárlos, prévia una larga consulta con los médicos que al real enfermo asistian.

Despachóse al emperador un volante (correo), que le encontró al regresar de una cacería á que habia ido, despues de terminadas las sesiones de las Córtes. La cacería se habia ve-

rificado en Buitrago, y el volante encontró á Carlos en San Agustín.

Apenas el emperador se enteró del pliego, en el que se le decía que si quería encontrar con vida á Francisco no dilatase un momento su ida á Madrid, le leyó en voz alta á los magnates que le acompañaban, y despues dijo: *Sís, caballeros; quédese el que quisiere quedarse, y el que quisiere seguirme, aguije.*

Puso á escape el caballo, sin esperar respuesta; y al llegar á Alcobendas le alcanzó otro volante, el cual era portador de otro pliego, en el que se aseguraba al emperador el alarmante estado del enfermo, al cual quedaban al parecer pocas horas de vida, y se añadía que solo una visita suya podria quizá restituir la salud al rey Francisco.

Pruébase el buen corazon del emperador con la rapidez de su viaje; porque en poco más de dos horas anduvo seis leguas, y fué á echar pié á tierra á la misma casa-prision del rey de Francia.

Al ver este asomar al emperador, se incorporó en la cama, y ambos soberanos se dieron un estrecho y afectuoso abrazo, diciendo el rey: *Señor, veis aquí á vuestro esclavo y prisionero.* A lo que el emperador contestó: *No, sino libre, y mi buen hermano y verdadero amigo.*—*No, sino vuestro esclavo.*—*No, sino libre y mi buen hermano y amigo: lo que yo más deseo es vuestra salud; atiéndase á esta, que en todo lo demás se hará como vos, señor, lo quisiéredes.*—*No, sino como vos lo mandeis; y lo que os ruego y suplico es que entre vos y mi no haya ningun tercero.*

Cuéntase que el rey comenzó á turbarse, y que al pronunciar las últimas palabras estaba casi sin sentido.

La humildad del rey, cuyas palabras rayan casi en bajeza, contrasta notablemente con su soberbia anterior y con su posterior comportamiento. ¿Cómo hubiera sido tratado el emperador, á haber sido su suerte la del prisionero rey? ¿Quién podrá contestar á esta pregunta! Recordemos el célebre bando pregonado en el campamento francés antes de comenzar la batalla, por el que se mandaba *no dejar español con vida.* Veamos la conducta observada despues por el emperador con el prisionero; las condiciones con que obtuvo este último la libertad; la manera con que las cumplió, y despues podremos decir sin temor de equivocarnos cuál de ambos, el emperador ó el rey, fué más caballero.

Acababa de enviudar la princesa Margarita, esposa que habia sido del duque de Alenzon, el fugitivo de Pavía, muerto á con-

secuencia de las heridas recibidas en la batalla. Quería la princesa mucho á su hermano el rey Francisco, y se trasladó á Madrid para asistir á aquel.

Estuvo, en efecto, tan en peligro de muerte el prisionero, que no solamente se le administraron los Santos Sacramentos, si que tambien su misma hermana le cubrió con la sábana, creyéndole muerto.

El día de Nuestra Señora de las Mercedes, 24 de Setiembre, comenzó á experimentar algun alivio, y fué muy rápido su restablecimiento. Durante la peligrosa enfermedad, el emperador apenas se separó de la cabecera del doliente, y mandó se hiciesen públicas rogativas para pedir al Rey de reyes la salud del soberano cuya vida tan en peligro estaba.

Despues del restablecimiento del rey Francisco, el emperador se trasladó á Toledo. A dicha ciudad fué llamada y se trasladó la princesa Margarita, para establecer las bases en que habia de fundarse la libertad del prisionero.

Diversas entrevistas se celebraron, con poco ó ningun fruto; porque ambos se avenian en los puntos en que era necesario, hasta llegar á la cesion del ducado de Borgoña. La princesa, viendo la inflexible insistencia del emperador, se avino á que Francisco recibiera en dote el ducado en cuestion de la princesa Leonor, hermana del emperador y reina viuda de Portugal, que debia casarse con el prisionero. Carlos I ponía como condicion *sine qua non* la renuncia del monarca francés al ducado de Borgoña, sin restriccion de ninguna clase.

El resultado de las conferencias fué el suspenderlas sin adelantarse nada; la princesa regresó á Madrid, y el emperador se quedó en Toledo.

Lo que no aprobaremos nosotros, que estamos reñidos con las maniobras politicas cuando son de cierto género, es lo que tambien desaprueban algunos autores que se pagan mucho de talento político, del género en cuestion, de algunos hombres célebres.

Llegó á España el duque de Borbon, traidor á su patria y á su soberano, y el emperador mandó que una comision saliese á recibirle á algunas leguas de Toledo. El mismo Carlos I le recibió con toda pompa y solemnidad, como si el recién llegado fuese un príncipe soberano; le abrazó, le alojó en su mismo palacio, y nada dejó de hacer para manifestar cuánto apreciaba á Borbon. Debe suponerse que fué su objeto ablandar la dureza del prisionero, respecto del punto en que estaban discordes; pero no podia dudar de que heria en el corazon á Francisco I con distinguir tanto al traidor, y esto era poco generoso. Precisamente el

duque llegó á Toledo en un dia en que todo era júbilo y regocijo, porque en él se celebraba la memoria del gran arzobispo San Eugenio I (13 de Noviembre).

Este fué un golpe mortal para las esperanzas del rey y de su hermana la princesa, la cual, comprendiendo que por medios legales se adelantaria poco, acudió á buscar un ardid para libertar á su hermano, proporcionándole la evasion y la fuga. No faltó un traidor, de los que estaban en el secreto, que reveló el proyecto, á consecuencia de lo cual aquel fracasó y se redobló la vigilancia.

Frustrado el proyecto, la fértil imaginacion de la princesa trazó otro, que era sin duda alguna una verdadera palanca.

Dispúsose la abdicacion del rey en su primogénito el delfin; y esta idea era tal, que destruia todos los proyectos del emperador. Este no creyó, empero, se realizase hasta que supo que el acta de abdicacion estaba ya formalmente extendida y mandada registrar en el Parlamento de Paris, así como dada la orden para que se celebrase la solemne coronacion del delfin.

Suponemos que todas estas disposiciones fueron estudiadas y dispuestas para asustar al emperador, á la manera del que levanta el brazo para herir, suponiendo que la amenaza ha de bastar para que su contrario se intimide y ahuyente; pero en el caso de que haga frente el enemigo, el que fué pronto para amenazar, quizá para realizar el golpe no lo es. Del mismo modo creyó Francisco I, con justísima razon, que aquella amenaza intimidaria lo bastante para que su enemigo cambiase completamente de parecer; pero si no lo hubiera hecho, si usando de una tranquilidad diplomática, se hubiese mostrado indiferente, no sabemos si el rey de Francia hubiera dejado correr las preparadas órdenes y celebrar las dispuestas ceremonias. Estaba muy á gusto en el trono, y dificilmente con sus condiciones y circunstancias abandonaria el cetro, como no fuese con la seguridad de recuperarle despues.

Creyó, empero, Cárlos el emperador que su prisionero iba á quedar reducido á un simple caballero, y que el mantenerle preso iba á ser igual á tener á un particular cualquiera, y la amenaza surtió todo el propuesto efecto, y no hubo necesidad de ver si el golpe se realizaba ó no.

Dispuesto todo del modo que hemos dicho, la duquesa de Alençon, á quien habia probado mal este clima, aunque tantas ventajas lleva al de Paris, regresó á Francia el dia 28 de Noviembre.

Debemos añadir que el emperador tambien vió crecer en el horizonte político otra nube, que amenazaba aun más que la pro-

yectada abdicacion: formábase á la sazón una liga en Italia contra el emperador, al mismo tiempo que Francia daba claras señales de estar mal sin cabeza, y las primeras naciones de Europa no llevaban de buen grado el que fuese tan poderoso el emperador, y tuviese además prisionero al soberano quizá, despues de él, el más poderoso.

Probóse despues que el acto de abdicacion no fué sino lo que nosotros hemos dicho, á pesar de las declamatorias palabras de algunos. Si el expresado acto hubiera estado decidido y resuelto, se hubiese llevado á cabo; mas no fué así. Cansada la reina Luisa, madre de Francisco, de regir por su prisionero hijo los destinos de la Francia, le pidió encarecidamente accediese á todo, con tal de recobrar la libertad y regresar á Paris; y el dia 19 de Diciembre dió orden el monarca francés á sus embajadores para que aceptasen cuanto el emperador propusiese, inclusa la cesion de la cuestionada Borgoña, sin más traba que la de aplazar la restitution para despues de haber él recobrado la libertad; traba que pareció una garantía, hija del temor de no ver franqueadas las puertas de la fatal prision. De abdicacion no se volvió á hablar palabra; pero acabó el año sin que la prision terminase.

ITALIA.

El estado de Italia continuaba siendo alarmante: cuando dos personas codician una misma cosa, una y otra estudian infernalmente hasta encontrar los medios de incapacitar al respectivo rival.

Toda la alarma, el disgusto, la cruel expectativa, la situacion angustiosa, y cuanto en Italia ocurría, era obra de la regente de Francia, la reina madre de Francisco I, la cual habia tratado de inculcar en el ánimo del Papa, del inglés y de la señoría de Venecia lo que ellos perfectamente sabian sin necesidad de que se les dijese: que era el emperador demasiado poderoso, y que si á tiempo no se acortaba este poder, llegaria época, que no estaba ya distante, de que fuese árbitro de los destinos de la Europa entera, quedando los demás soberanos á su merced y sumisos á sus disposiciones.

Habia Carlos I otorgado la investidura de la soberanía de Milan al duque Sforzia (ó Sforza), cuyos ascendientes la habian poseido, y en nombre de aquel habia conquistado dicho señorío el ejército imperial. El que desempeñaba el importante cargo de canciller en Milan era un hombre discreto y diestro, pero turbu-

lento é intrigante: llamábase Moron, y como creyese sospechosa la conducta del emperador respecto de Italia, como no hubiese visto en la cesion de Milan un acto espontáneo, sino de puro compromiso y realizado á fuerza de tiempo, de reservas y de dificultades, y más que todo aun, por efecto de su genio bullicioso é incapaz de dejar á la imaginacion ni al cuerpo en reposo, surgió en su mente la idea de expulsar de Italia á los españoles, del mismo modo que habia trabajado vigorosa y útilmente para la expulsion de los franceses.

Estaba al frente del ejército español de Italia el gran vencedor de Pavía, el marqués de Pescara; empero estaba muy disgustado con el emperador, por dos motivos. De estos, el primero ninguna relacion directa ni indirecta tenia con aquel soberano, ni aun de rechazo: quejábase de que el virey Lannoy hubiera sido con él tan reservado que nada le dijera de la traslacion del rey prisionero, fuera de lo que él mismo, como si un simple soldado fuera, habia extraoficialmente oido. El segundo motivo sí era de justo resentimiento contra el emperador; quejábase el héroe general, á quien todo se debió en Pavía, de que no habia sido premiado ni aun con palabras de aprecio y gratitud.

Visitaba al quejoso general muy á menudo el canciller Gerónimo Moron, y con el maquiavélico artificio de un intrigante por arte y por oficio, avivaba el resentimiento de Pescara contra el emperador, sin hacer otra cosa que lamentarse de la notoria injusticia y poner de relieve los méritos, sobrado relevantes por sí solos, del héroe marqués, exagerando cuánto más premiado y querido estaba del monarca español el conde de Lannoy, de quien Pescara estaba muy quejoso y casi era rival.

Es de advertir que el marqués de Pescara era italiano; y cuando un dominador extranjero no procede con uno de los más fuertes elementos en que apoya su dominacion del modo que el *elemento* exige, se expone á experimentar una defeccion, que si es mirada como tal por algunos, la mayor parte la disculpan y aun canonizan; porque si falta á sus juramentos el tráfuga, en cambio *se erige en libertador de su patria*; y este sol da demasiada luz, para que no venza las liniéblas de la defeccion.

A fuerza de tiempo, de intriga, de artificio y de pruebas, dejó entrever el bullicioso canciller al marqués cuán á la mano tenia la venganza: le hizo comprender, conociendo el carácter ambicioso de Pescara, que por otra parte era un héroe, cuán alto elevaria su nombre y su gloria, y cuánto provecho podria sacar de erigirse en libertador de Italia, su patria.

Era, empero, el marqués hombre de gran pundonor; y aunque nó desechó la propuesta que Moron dejó salir de sus labios

despues de mucho tiempo y de infinitas pruebas, tampoco para decidir quiso partir de ligero. Comprendió que podria adquirir mucha gloria ante los italianos; pero que la tacha de traidor y perjuro, nadie podria quitársela. Por esta razon determinó consultar y consultó á personas de notoria sabiduría y de honor; mas el honor y la sabiduría no podian servir de mucho cuando, siendo italianos todos, se les consultaba acerca de levantarse contra un dominador, bueno ó malo, extranjero. Todos los doctos y honrados á quienes Pescara consultó, le manifestaron que podria hacer cuanto quisiese, que no habia traicion en ello, ni tampoco perjurio.

Vivamente sentimos, y ya lo hemos dicho otra vez, el encontrar apenas un célebre personaje politico que por muy lleno que se le vea de circunstancias verdaderamente laudables, por muy grande que su histórica figura aparezca, no tenga en su vida pública uno ó más lunares que la afeen y oscurezcan. Por esto resaltan sobre todas en la historia la de la inmortal Isabel I, en cuyo reinado si hubo algunos lunares, en manejos políticos y en ingraticudes, obra fueron de Fernando V, no de la magnánima Isabel.

Decimos esto, porque el marqués de Pescara, cuyo nombre será eterno por la inteligencia, valor, sufrimiento y nobleza con que se condujo en la guerra hasta la batalla de Pavia, que tan caballero y pundonoroso era, echó sobre su nombre el más feo borron que nadie puede echar sobre el suyo.

A pesar de la opinion emitida por los doctos varones á quienes consultó, él siempre veía ante sus ojos las palabras *traidor y perjuro*: esta delicadeza bien entendida, unida á su desmesurada ambicion, le decidieron á no ser ni perjuro ni traidor; empero optó por ser *delator*, y, cierto, no sabemos cuál de ambas faltas es peor y más grave. La traicion y el perjurio hubieran llevado consigo cierta parte de gloria, que no debe envidiarse sin embargo, al menos á los ojos de sus libertados compatriotas; y los mismos que hubieran increpado al perjuro y traidor, pudieran haberle disculpado, aunque sin verdad, diciendo: *el amor patrio le cegó*. Pero al convertirse en bajo delator de sus compatriotos y presentarse con el fatal carácter de delator ante los extraños, ¿qué podia esperar sino oprobio? ¿Cómo no pensó en que iba á manchar su gloria é inmaculado nombre?

Estaba á la sazón enfermo el duque de Milan, y Pescara, creyendo que aquel moriria, pensó en ser duque soberano del Milanésado, suponiendo que el emperador no negaria esto á un hombre de sus méritos, mucho más si á estos añadia el de manifestarle toda la conspiracion.

Puso por obra su fatal propósito, y se encontró con que el emperador lo sabia todo, y no se manifestó muy satisfecho de la conducta del marqués, tan lento en proceder cuando de un asunto de tamaña importancia se trataba. Sin embargo, el César hizo saber á Pescara que si queria enmendar lo que habia hecho, vigilase y diese aviso puntual y anticipado de cuanto ocurriese, pero fingiéndose siempre adicto á la sublevacion y fiel amigo de los sublevados. Quisiéramos, lo repetimos, no tener que escribir estas páginas que tanto deshonran al ilustre y valeroso vencedor de Pavía.

Una mañana dió aviso el marqués al canciller Gerónimo Moron, para que pasase á su habitacion en Novara, porque necesitaba consultarle. A la hora prefijada acudió el engañado Moron, dió rienda suelta á la lengua, creido que hablaba con un amigo, y despues de haber hecho que hablase cuanto fué necesario, se presentaron como testigos, que habian estado ocultos entre los tapices y cortinas, Antonio de Leiva y otros españoles. El canciller Moron fué en el acto encarcelado.

Encerrado Moron en el mismo castillo de Pavía, marchó Pescara con tropas contra Milan; penetró en la ciudad, y sin respeto á la delicada situacion del enfermo duque, penetró en el palacio y á nombre del César le declaró destituido.

El duque, falto de fuerzas materiales para resistir, entregó todas las fortalezas, reservándose solamente el castillo de Milan y de Cremona. Mas ni en aquel refugio dejó Pescara tranquilo al doliente Francisco Sforzia: al castillo de Milan se dirigió y le puso estrecho sitio, en tanto pedia al emperador mandase al duque hacer la entrega.

Pidió tambien licencia al César para ir contra Plasencia y contra Parma, plazas que eran á la sazón de la Santa Sede; mas D. Carlos no procedió tan de ligero como su general.

AÑO 1526.

LIBERTAD DE FRANCISCO I.

Apenas comenzó el año, se ocupó el consejo del emperador de la libertad de Francisco I. Estuvieron, como siempre, discordes los pareceres: unos miraban como indispensable para la paz de Europa la libertad del prisionero, entre ellos el conde de Lannoy; otros, que perfectamente conocían al bullicioso y ligero

francés, opinaban que no se le diese tan pronto libertad; y que en el caso de dársela, no debia abrirse la puerta de la prision hasta que estuviese solemnizada la cesion de Borgoña: entre estos estaba el canciller Gattinara.

Sin embargo, Cárlos I se adhirió al parecer de Lannoy, lo que el rey Francisco no hubiera en su caso hecho, y entonces (14 de Enero) se estipuló el tratado conocido por la *Concordia de Madrid*.

Hé aquí las bases del famoso tratado:

Se establecia primero, «paz y perpétua amistad entre el emperador y el rey, de manera que los dichos señores emperador y rey en la manera sobredicha sean é queden de aquí adelante buenos, verdaderos é leales hermanos, amigos, aliados y confederados, y sean perpétuamente amigos de amigos y enemigos de enemigos, para la guarda, conservacion y defension de sus estados, reinos, tierras y señorios, vasallos y súbditos, donde quier que estén: los cuales se amarán y favorecerán el uno al otro, como buenos parientes é amigos, é se guardarán el uno al otro las vidas, honras, estados y dignidades, bien é lealmente, sin alguna fraude ni engaño, y no favorecerán ni mantendrán alguna persona que sea contra el uno ni el otro de los dichos señores.

»Libre trato, comercio y comunicacion entre los súbditos de ambos reinos.

»Restitucion y entrega completa del ducado de Borgoña al emperador dentro de las seis semanas siguientes al dia en que el rey Francisco se viese libre en su reino, renunciando por sí y por sus sucesores para siempre á todo derecho al ducado de Borgoña, quedando este perpétuamente separado de la corona de Francia.

»Que el 10 de Marzo el rey Francisco entraria libremente en su reino por la parte de Fuentarrabía; pero con tal condicion, que en el acto y simultáneamente le serian entregados al emperador en calidad de rehenes los dos hijos primeros del rey Francisco, el delfín y el duque de Orleans, ó en lugar de este último, doce personajes principales del reino, designados por el emperador, que eran el duque de *Vandome*, el duque de *Albany*, el duque de *Guisa*, M. de *Saint-Pol*, M. de *Lautrec*, M. de *Rieux*, M. de *La Val*, el gran *senescal de Normandia*, el mariscal de *Montmorency*, M. de *Brion*, M. de *Ambegui* y el marqués de *Saluzzo*. Estos habian de estar en su poder hasta que Francisco I hubiera cumplido las bases de la concordia. Cumplida esta, habia de venir á España el duque de Angouleme, hijo tercero del rey Francisco, como prenda de seguridad de la



» amistad de ambos monarcas, y regresarian á Francia los doce
» personajes ya nombrados.

» El rey renunciaria completamente á todos sus derechos ver-
» daderos ó supuestos al reino de Nápoles, al ducado de Milan,
» de Génova, de Artois, Hainaut, etc.

» Francisco I se casaria con la reina viuda de Portugal, doña
» Leonor, hermana del emperador Carlos, y el delfin de Francia
» se casaria con la hija del rey de Portugal, cuando ambos prín-
» cipes tuviesen edad suficiente.

» El rey de Francia se obligaria á procurar que el pretendien-
» te Enrique d'Albret renunciara para siempre al título de rey de
» Navarra, y á los derechos que creia tener al trono del precitado
» reino, resignándolos perpétuamente en el emperador y sus su-
» cesores los reyes de España.

» Obligábase tambien á costear, siempre que el emperador
» quisiese pasar á Italia, doce galeras, cuatro naos y cuatro ga-
» leones, y á dar al tiempo de la entrega de los rehenes la paga
» de seis mil infantes en Italia, quinientas lanzas y alguna arti-
» llería.

» A satisfacer al rey de Inglaterra los 133,305 escudos anua-
» les que el emperador le debía, á contar desde Junio de 1522.

» A restituir al duque de Borbon todos sus estados, con las ren-
» tas y bienes muebles, señoríos, preeminencias y derechos que
» tenia antes de salir de Francia.

» A dar libertad al príncipe de Orange y devolverle su prin-
» cipado, como igualmente á madama Margarita y al marqués de
» Saluzzo todo lo que poseian antes de la guerra.

» Que ambos soberanos de comun acuerdo suplicarian al Papa
» que convocase un concilio general para tratar del bien de la
» cristiandad y de la empresa contra turcos y herejes, y que con-
» cediese una cruzada general por tres años.

» Que en llegando el rey Francisco á Francia ratificaria los ca-
» pítulos de la concordia.

» Que si cualquiera de estos capítulos no fuese guardado, el
» rey daba su fé y palabra de volver á la prision.»

Aceptada esta concordia por Francisco I, la firmó en union
con el emperador, y con ambos la firmaron tambien Carlos
de Lannoy, virey de Nápoles, el arzobispo de Embrun, don
Hugo de Moncada, Juan Aleman, Felipe de Chavot y Juan de
Selva.

Esta concordia tan humillante para la Francia, disgustó mu-
cho á los franceses; y su rey que la suscribió, dió una clara
muestra de que apreciaba en más la corona que el honor. Y de-
cimos esto, porque no contentándose Francisco I con firmar un

tratado para él tan ignominioso, se propuso deshonrarse más aun, disponiéndose á no cumplirle.

Procedió tan premeditadamente, que la vispera de firmar hizo una solemne protesta ante los consejeros franceses que en Madrid tenia, cuya protesta quedó guardada y sin publicar hasta que llegase el oportuno momento. Francisco I falló, pues, á su decoro y á su dignidad de rey, demostrando una mala fé que seria notable, aun vista en un hombre de humilde cana: si el afan de quedar libre le hizo acceder á todo, hubiera él tenido más dignidad y preferido el cautiverio á fallar á su honra, y hoy haria en la historia tan noble papel como mezquino, y en ocasiones repugnante, le representa.

El contrato comenzó á cumplirse con el casamiento del rey Francisco y Leonor de Portugal; y aunque no se habia dado libertad completa al prisionero, solia este pasear acompañado del emperador, cosa que atraia y ponía en movimiento al vulgo, que se admiraba de verlos tan unidos.

En uno de dichos paseos el rey de Francia dijo al emperador:

«Ya veis cuán hermanados estamos vos y yo, y mal haya
 » quien intentare desavenirnos. Por esto he pensado deciros que
 » pues el Pontífice es hombre bullicioso y los venecianos son más
 » amigos de turcos que de cristianos, seria bien que al Pontífice
 » le allanásemos y á los venecianos destruyésemos: para esta
 » jornada, si nos queremos juntar, nadie será poderoso á resis-
 » tirnos.—Sed cierto, hermano, le respondió el emperador, ma-
 » ravillado de aquel lenguaje, que no tengo voluntad de buscar
 » enemigos, ni de alzarme con lo ageno. En lo que decís de ser
 » el Papa bullicioso y los venecianos amigos de turcos, bien sa-
 » beis cuán poco les debo, y que en nada se han mostrado afi-
 » cionados á mis cosas, y que han sido más vuestros que míos.
 » Mas esto no obstante, me parece que si en algo ellos se atre-
 » vieren contra la fé y contra nosotros, será bien avisarlos, mas
 » no destruirlos: si no quisieren conformarse, ni vos ni yo naci-
 » mos para ser verdugos de los vicios del Papa y venecianos.»

Defraudado en su esperanza el astuto francés, quedó un momento cortado, y despues, repuesto, dijo: «Razon teneis, her-
 » mano, y no hablemos más de guerra, puesto que Dios nos ha
 » dado paz.»

Por la manera de hablar del francés, y por el modo de proceder que tuvo despues de verse libre, comprenderá á su tiempo el lector cuán grandes eran su falsedad y mala fé.

El tiempo que medió entre la firma de la concordia y la completa libertad del francés se empleó en festejos y recreos, obsequiando á aquel á porfía. Los paseos de ambos soberanos eran

algunas veces hasta Torrejon de Velasco, y generalmente hasta Illescas, en donde se hallaba la reina doña Leonor.

Por fin llegó el día destinado á la partida de Francisco I, y al llegar tambien la hora, se entabló entre ambos monarcas el siguiente diálogo:

«Acordaos, hermano, le dijo el emperador, de lo que conmigo »habeis capitulado.—Tanto me acuerdo, respondió Francisco, »que os puedo decir todos los capítulos de memoria, sin faltar »una letra.—Pues que tan presente lo habeis, decidme, ¿teneis »voluntad de cumplirlo, ó hallais alguna dificultad? Porque si en »esto hubiere alguna duda, seria tornar á las enemistades de »nuevo.—No solo tengo voluntad de cumplirlo, contestó el fran- »cés, sino que no habrá en mi reino quien me lo pueda estor- »bar; y si otra cosa en mí viéreis, consiento en que me tengais »por bellaco y vil (*lasche et mechant*).—Lo mismo quiero que »digais de mí, repuso el emperador, si no os diere libertad. Una »sola cosa os pido, y es que si en algo me habeis de engañar, »no sea en lo que toca á mi hermana y vuestra esposa, porque »esta seria injuria que no podria dejar de sentir y de vengar.»

Hiciéronse una profunda cortesía, y diciendo ambos «Dios »vaya en vuestra guarda, hermano,» se separaron.

Faltaba tiempo á Francisco I para llegar á Madrid, que la separacion tuvo lugar en el camino de Illescas, desde donde debia dirigirse á Fuenterrabia, y para donde salió, en efecto, el día 21 de Febrero.

Algunos despues salió el emperador en direccion de Sevilla la magnífica, en donde celebró con toda solemnidad sus bodas con doña Isabel de Portugal, hija del rey D. Manuel (11 de Marzo).

Caminaban acompañando al francés el virey Lannoy y el valeroso Fernando de Alarcon, con otros caballeros que formaban la régia comitiva, en tanto que D. Iñigo de Velasco, el célebre condestable, conducia á Vitoria á la reina doña Leonor, la cual debia permanecer en la expresada ciudad hasta que se solemnizase la entrega de los rehenes y se consumase la libertad del prisionero, en cuyo caso se trasladaria la reina á Francia.

El acto de libertad se celebró en la forma que de antemano estaba prevenido, cuyo ceremonial fué casi un mes antes dispuesto por el mismo rey prisionero y el virey Lannoy en Aranda de Duero (26 de Febrero).

Llegó el monarca francés á la raya de su reino el día 18 de Marzo. En el centro del rio Vidasoa estaba amarrada una gran flúa: en una orilla de la parte de España se colocaron el rey, Lannoy, Alarcon y doce caballeros españoles; en la opuesta ribera se colocaron el delfin y el duque de Angouleme, hijos del

rey, con Lautrec y doce caballeros franceses. Unos y otros entraron á un tiempo en los botes que estaban preparados, cuyos remeros á compás bogaban para no avanzar más ni menos, y á fin de llegar al mismo tiempo á la falúa.

Saltaron á esta, en efecto, los de una y otra parte; los tiernos príncipes franceses se arrodillaron, y llorando besaron á su padre la mano, el cual los estrechó entre sus brazos, y pasados aquellos primeros momentos, en que la naturaleza se sobrepone á todos los ceremoniales acordados, Lannoy dijo al francés: *Señor, ya estais en absoluta libertad: cumpla agora V. A. como buen rey lo que ha prometido.* A lo que Francisco contestó: *Todo se guardará cumplidamente.*

Dicho esto, el rey pasó á la barca francesa, y á la española sus hijos, bogando la de estos hácia la orilla de España, y hácia la de Francia la en que iba el rey. Eran las tres de la tarde.

En aquel momento, impulsado el francés por su carácter ligero, y dejando que á su dignidad se sobrepusiese el placer de verse libre, saltó á tierra, montó á caballo, y arrimando al generoso bruto ambas espuelas, dió á correr, gritando como un niño ó un demente: *¡Je suis encore roi! ¡Je suis encore roi!* (*¡Todavía soy rey!*)

Llegó á San Juan de Luz, en cuyo punto se reunió con la reina Luisa, su madre, y ambos con toda la corte francesa se trasladaron á Bayona.

En el momento mismo de verse Francisco libre, comenzó á demostrar su insigne mala fé y toda la falsedad de sus *humildes y bajas* palabras al hablar con el generoso emperador.

En el momento reclamó el francés que le fuese enviada su esposa; mas para que esto sucediese, era necesario que él remitiese ratificado el tratado de Madrid. Instábale Lannoy, que le siguió hasta Bayona, á fin de que le entregase la ratificación; el rey, empero, sin negarse á hacer aquella, se disculpaba con que era preciso presentarla primero al Parlamento.

El emperador, sin duda no muy seguro de la buena fé de su prisionero, tenia dadas sus instrucciones á los que habian de representarle, por lo cual el condestable, lejos de entregar la esposa del rey, con ella retrocedió á Búrgos, y Lannoy, que recibió nueva orden del emperador para abandonar á Francia, regresó á España sin que el tratado de Madrid fuese ratificado.

En tanto en España nada de particular habia ocurrido: reclamaban la general atencion los asuntos del rey prisionero, y el no muy grato ni lisonjero cálculo de lo que podía esperarse de la conducta ambigua, que despues fué declarada mala fé, del rey

prisionero, de su ambicion y de otras malas circunstancias que durante su prision falsamente encubria con palabras humildes y casi indignas de su dignidad.

Solamente habia ocurrido un incidente en Valencia con los restos de aquellos moros que fueron violentamente bautizados, de los cuales hemos hablado antes de ahora.

A consecuencia de un dictámen del Consejo, se expidió una real cédula en que se declaraba cristianos á todos los moros bautizados por fuerza.

Para hacérselo saber, y á fin de que entendiesen sus nuevas obligaciones, pasó á Valencia el prelado de Guadix, en calidad de comisario del inquisidor general, acompañado de sus oficiales y de dos misioneros.

Dióse á los moros para presentarse un plazo de treinta dias; mas despues de espirar el plazo, ni uno de ellos se presentó: muy lejos de esto, todos, unidos con gran número de sus correigionarios, que no bajaron de catorce ó quince mil, huyeron y se internaron en la sierra de Bernia. Allí permanecieron hasta que en Setiembre, asustados por las disposiciones que por órden del emperador contra ellos se tomaban, bajaron de la sierra y humildemente se presentaron.

Tomáronse contra ellos diversas providencias, mas inútilmente todas, puesto que no presentaban reunidos ninguna resistencia, sino que, diseminados y fuera de los sitios en que por su desobediencia pudieran correr peligro, abiertamente desobedecian.

Consultó el emperador á su Consejo, y este le hizo entender la completa inutilidad de cuantas disposiciones se tomasen contra aquella gente, tan cordialmente aferrada á sus errores, y tan naturalmente inclinada á la mentira, á la falsedad y á la desobediencia.

A consecuencia de este dictámen, que en una larga experiencia se apoyaba, se publicó solemnemente un edicto real, mandando que al terminar el año (1525) hubieran de estar fuera de Valencia los moros de todos sexos, edades y condiciones, y á fin del primer mes del siguiente (1526) fuera de España. Se prefijaba el puerto de la Coruña para el embarque, y el itinerario que habian de seguir para llegar hasta el puerto. Hé aquí este último: Por *Requena á Utiel, Madrid, Valladolid, Benavente, Villafranca y Coruña.*

Mandaba en Valencia la reina doña Germana, viuda del gran Fernando V, el Católico, que era á la sazón gobernadora y lugarteniente del emperador en aquel reino. A dicha señora se presentaron para pedirla salvoconducto, y con él pasaron á Ma-

drid y pidieron audiencia al emperador los comisionados de los moros.

Ofrecieron los mahometanos 50,000 ducados si se les daba el plazo de cinco años para convertirse al cristianismo. Negóse justamente el emperador á una propuesta hecha en son de soborno, y á consecuencia de esto pretendieron se cambiase el punto del embarque, señalando á Alicante en vez de la Coruña, lo que tampoco consiguieron; ni menos se aceptó la petición de que si en cuarenta años no les juzgaba el tribunal de la inquisición, se harían cristianos.

Nada lograron los hijos de Ismael, sino una próroga (hasta el 15 de Enero) para salir de Valencia, conminandoles, empero, con la confiscación de bienes y la esclavitud, si al espirar dicho plazo no estaban ya en camino.

Estos sucesos tuvieron lugar cuando aun corria el año 1525; mas no hemos hablado antes de ellos, con intención de unirlos á los ocurridos en 1526; porque es un incidente de corta duración, y que separado estaria muy mal, puesto que seguido debe de leerse.

Aun instaron los agarenos, y hubo mensajes, y réplicas y contraréplicas, hasta que persuadidos aquellos de la inutilidad de sus gestiones, pidieron todos el bautismo, á trueque de no abandonar á España.

Quedaron en su corazón tan mahometanos como eran antes de recibir el bautismo, menos los moros de Benaguacil, que se negaron resueltamente á parecer lo que no eran.

Comprendiendo que su resolución, loable sin duda alguna, habia de ocasionarles un serio conflicto, se fortificaron en la villa y tomaron y guarnecieron los lugares todos de aquella comarca.

Un cuerpo de ejército fué contra Benaguacil y le puso sitio. Resistieron los moros algunos dias, hasta el 15 de Febrero de 1526, en que tuvieron que rendirse: muchos lograron fugarse, y se internaron en lo más fragoso de la sierra de Espadan.

No se ensañó el gobierno con los que cayeron en poder de las tropas, puesto que las duras penas de cautiverio y confiscación de bienes les fueron conmutadas en una multa de 12,000 ducados, de la cual cada uno pagó una parte, en proporción de los haberes.

Poco después tuvo lugar un triste suceso, que prueba hasta la evidencia cuán inútil es el ser clementes con los ingratos y turbulentos.

La clemencia usada con los vencidos, debió ser bastante para que aquellos no pensasen en nuevas sublevaciones. Lejos de esto, millares de moros, de aquellos mismos á quienes no se quiso

aplicar la pena de confiscacion y cautiverio, fueron á reunirse con los fugitivos que estaban refugiados en la sierra de Espadan.

Formaron allí un reino y eligieron su emir, ó rey, el cual tomó el nombre de Zelim-Almanzor. Este nuevo soberano, hábil y valeroso, fortificó el recinto de su reino; hizo buenas defensas escalonadas, las guarneció con espingardas y ballestas, y dispuso millares de piedras de gran peso para rodarlas sobre los que tratasen de subir á la sierra, en caso de ser atacados.

Sabia todo esto el gobierno, y mandó un cuerpo de dos mil hombres, al mando del duque de Segorbe, contra Zelim-Almanzor; mas sin pasar de la mitad del camino tuvo que retirarse, dejando muchos soldados fuera de combate, que habian sido ó acribillados por las balas, ó cosidos por las saetas, ó aplastados por las enormes piedras (Abril).

Llenáronse de orgullo los agarenos con tan fácil y poco glorioso triunfo; y desde aquel dia, con la osadía más inconcebible, bajaban á proveerse de cuanto les era necesario, y regresaban tranquilos é impunes á la sierra.

Continuaron haciendo sus salidas, y un dia entraron en Chilches, pueblo al cual con ojeriza miraban, porque estaba poblado de cristianos viejos. Comprendiendo estos la suerte que les esperaba se pusieron en fuga, excepto aquellos que por su avanzada edad ó por falta de tiempo no pudieron.

Estos últimos fueron todos bárbara y cobardemente degollados, y ejecutada esta *loable hazaña*, robaron cuanto pudieron casa por casa, sin exceptuar la iglesia, de la cual, entre otras alhajas, se llevaron el copon con las sagradas formas.

¿Qué dirán á esto los que declaman contra el rigor desplegado en algunas ocasiones contra los hijos de Mahoma? ¿Hubieran perecido los inermes y desgraciados cristianos de Chilches, si se hubiese aplicado la pena de cautiverio á aquellos descreídos ismaelitas?

Corría ya el mes de Julio cuando se verificó tan triste suceso, que puso en combustion á todo el reino de Valencia. Los asesinatos, unidos al sacrilegio, hicieron que de todas partes se presentasen voluntarios, que á voces pedían marchar contra los sacrilegos asesinos.

Cuéntase del clero que no habiendo obtenido permiso para ir á la batalla, cubrió de negro los altares, y solo usó de los ornamentos acostumbrados en los oficios de *requiem*, hasta que el sacrilegio horrible fué vengado.

Salió de nuevo al campo el duque de Segorbe con tres mil hombres, á los cuales se agregaron muchos nobles é hidalgos con sus vasallos. En la batalla dada al pié de la sierra, quedaron

derrotados los agarenos; y dióse tal importancia á aquella guerra, que en el ejército imperial iba el estandarte de Valencia, y el mismo Pontífice concedió varias gracias é indulgencias á cuantos tomasen parte en aquella especie de cruzada.

Todos los dias habia choques y escaramuzas, en las que llevaban siempre la peor parte los agarenos; empero si se trataba de subir á los cerros, el resultado era siempre funesto para los cristianos (Agosto).

La reina doña Germana que, como ya hemos dicho, gobernaba en Valencia, pidió al emperador mandase á aquel reino los tercios alemanes. Estaban estos prontos á embarcarse para pasar á Italia; mas Carlos I mandó que suspendiesen el embarque y se trasladasen á Valencia.

Con este refuerzo, el duque de Segorbe activó las operaciones. Dispuso que los alemanes guardasen el llano, y una parte de los españoles subiesen á una sierra contrapuesta á la en que estaban fortificados los moros. Hecho esto, tomada la llanura y la montaña frontera á la que iba á ser atacada, formó el de Segorbe cuatro cuerpos de ejército de dos mil quinientos hombres cada uno, y por cuatro distintos puntos atacó simultáneamente, con horrible y mortífera granizada de balas de arcabuz, de artillería y de saetas, cuyo fragor, unido al de las cajas, atabales y clarines era tal, que no parecia sino que el cielo se habia hundido y estrellado contra la tierra (19 Setiembre).

No pudo el *rey de Espadan* resistir á tan decidido y vigoroso ataque. Los valerosos españoles deshicieron todas las fortificaciones y trincheras; y aunque no fué sin pérdida, el ataque dió por resultado *dos mil agarenos muertos, dos mil setecientos prisioneros, muchas armas, municiones* y un botín que, vendido despues públicamente, produjo *doscientos mil ducados*, suma enorme en aquellos tiempos.

El valeroso alférez Martin Vizcaino llegó hasta la cumbre, y clavó su bandera sobre el principal castillo de los agarenos.

Poco tiempo anduvieron desbandados los que pudieron huir de la batalla, y el 10 de Octubre se acogieron todos á la clemencia del emperador.

Tambien los moros de Aragon quisieron imitar á los valencianos; pero fueron sometidos mas fácilmente.

Los de Granada presentaron al emperador sus quejas, que estuvo aquel en la bellísima ciudad cuando fué á desposarse á Sevilla, y remitido el asunto al Consejo, se hizo cumplida justicia, y se tomaron diversas providencias para la enseñanza cristiana de los hijos de moriscos convertidos.

Entonces adquirieron permiso los moros granadinos para ves-

tir su traje oriental; para usar espada y puñal en la ciudad, y lanza en el campo. Libróseles además de la pena de confiscacion, y ellos, sobre los acostumbrados tributos, hicieron un donativo de ochenta mil ducados, de los cuales se invirtió una parte en la fundacion de una casa de niños expósitos.

ITALIA.

A pesar de las instancias del marqués de Pescara, Cárlos I no creyó conveniente obligar al duque de Milan á que entregase los dos castillos que se habia reservado.

Tramábase entre los príncipes italianos una gran conjuracion contra el emperador, y este sabia perfectamente cuanto se tramaba; pero disimulaba admirablemente.

El Pontífice, que era uno de los coaligados, á la sazón más soberano temporal que espiritual, mandó un legado á España, para rogar al emperador que en el caso de sucumbir el doliente Sforzia, diese la soberanía de Milan al duque de Borbon ó á Jorge de Austria, hijo natural del emperador Maximiliano, que fué abuelo de Cárlos I.

Sin necesidad de la intercesion del Pontífice, estaba designado el duque de Borbon para serlo de Milan; porque era el preferido del emperador. Dióle en efectó la investidura, y el marqués de Pescara apenas tuvo tiempo para ver desairada su pretension, porque falleció muy poco despues.

El duque de Borbon, ya duque de Milan, fué agraciado además con el cargo de general del ejército de Italia, en reemplazo del entendido y bizarro Pescara. Hallábase Borbon en España, y al momento se trasladó á Italia.

El marqués de Pescara murió jóven todavía, y fué grande lástima que prematuramente falleciese un hombre que pudo llegar á ser uno de los más grandes generales de su siglo.

Algunos le tienen por español: nosotros tenemos datos para suponerle italiano, si bien era oriundo de España y español en el fondo de su corazon.

Avalos era su apellido, y su primitiva casa solar estuvo en Castilla la Vieja; mas en los aciagos tiempos de D. Juan II, el bisabuelo del marqués de Pescara, llamado D. Ruy Lopez de Avalos, el Bueno, tuvo que emigar de España y perder sus estados, para eludir las asechanzas que durante tan fatal reinado armaban á todo el que era discolo y turbulento. Por esta razon, la familia de Avalos se estableció en la bellissima Italia, y nació

en Italia el inmortal vencedor de Pavía, sin dejar por esto de tener pura sangre española en sus venas.

El primer acto del llamado rey-caballero, en cuanto se vió libre, fué el de aliarse con Clemente VII, con el destronado milanés y con Venecia, contra el emperador.

El día 22 de Mayo se firmó en Cognac la precitada alianza, en la cual no entró Enrique VIII de Inglaterra; pero aceptó el título de protector de la confederacion, á condicion de que habia de dársele un principado en Nápoles, si la conquista se realizaba, y un estado en otro punto de Italia para su querido Wolsey. Siempre y en todas épocas lo mismo: no se encuentra jefe ninguno de un estado que no mire ante todo el satisfacer la propia ambicion, sin lo cual no hay alianza posible.

Llamóse á la concordia ó alianza de Cognac *Liga Santa*, y tambien *Liga Clementina*. Reducíanse sus bases á ofrecer los confederados que obligarian á Carlos á que pusiese en libertad á los dos hijos de Francisco I, dando este la cantidad que se estipulase por el rescate; en esto y en devolver el ducado de Milan á Francisco Sforzia consistia el tratado, obligándose los confederados á levantar un ejército de cuarenta mil hombres para atacar á Nápoles por tierra y por mar, comenzando por arrojar de todo el Milanesado á las tropas del emperador.

Todo cuanto Adriano VI habia tenido de pacífico, tenia de belicoso Clemente VII: aquel atendia ante todo á sus deberes de Vicario de Jesucristo; este á los intereses temporales; y tuvo el grave defecto de ser ingrato, como siempre lo demostró con Carlos I, que tantos servicios le habia prestado.

En la ocasion de que venimos hablando, decidido Clemente contra el emperador, relevó al francés de su juramento, declarándole libre de cumplir la concordia de Madrid.

El emperador, cuyo firme carácter dificilmente se doblegaba, nombró sus embajadores extraordinarios en Paris al conde de Lannoy y á Fernando de Alarcon, que tan bien enterados estaban de todos los sucesos relativos á la batalla, á la prision y á la libertad del rey Francisco.

Llegaron á Paris, y el falaz rey, mostrándose falsamente dispuesto á cumplir por su parte lo pactado, hizo comparecer ante los embajadores de España á los representantes del ducado de Borgoña.

Dijoles con sentidas frases cuán doloroso le era el verse en la necesidad de cumplir lo que al emperador habia ofrecido; pero los representantes, airados, interrumpieron que si S. A., obligado por las circunstancias, habia condescendido, los borgoñeses, primero que pasar á formar parte de una potencia extranjera,

tomarian las armas, y con ellas en la mano, antes de consentirlo perecerian.

Entonces Francisco I, con dulce acento y como quien experimenta un disgusto, dijo á los embajadores: *Señores, vosotros mismos lo veis: no me es posible cumplir el tratado.*

Acto continuo, y siempre con sus falsas palabras y meloso acento, ofreció dos millones de escudos en compensacion de la cuestionada Borgoña; empero los embajadores, que sabian muy bien su deber, ni aun escuchar la oferta quisieron.

Disimuló el emperador su disgusto, y reforzó con la mayor actividad el ejército de Italia. No contento con esto, hizo una importantísima alianza con la familia italiana de *Colonna*, cuyo jefe era el cardenal Pompeyo, enemigo de Clemente, como aspirante que habia sido á la tiara.

En cuanto á Francisco I, puede decirse que en los hechos fué mucho menos activo que el emperador. Dos meses tardó desde que se firmó la *Liga Clementina* hasta que, en fuerza de instancias de los coaligados, dió orden para que una armada francesa pasase á incorporarse con otra veneciana, para atacar á Génova. La armada francesa iba al mando del traidor Pedro Navarro.

En tanto, y á pesar de la confederacion, el doliente duque de Milan, abandonado de los coaligados, tuvo necesidad de entregar al duque de Borbon el castillo de Milan.

Poco despues Francisco I, quitándose la careta y abandonando la vil hipocresía, declaró ante el Parlamento de Paris *la nulidad del tratado de Madrid*, é hizo publicar y repartir profusamente un escrito titulado *Apología dissuatoria Madritæ conventionis* (*Apología contra la concordia de Madrid*).

Contestó Carlos I con otro escrito cuyo titulo era *Respuesta á la Apología del rey de Francia*; y despues de contestar con bastante acritud á las infundadas quejas de Clemente VII, remitió un pliego cerrado y sellado al sacro colegio, para que este señalase un concilio general, á fin de evitar los males que á la Iglesia amenazaban, siempre que el Pontífice se negase á señalarle, ó una vez señalado, difiriese su reunion.

Convencido el emperador de la inutilidad de las palabras, dió sus órdenes para que su ejército de Italia no consintiese el escarnio que del nombre español se hacia.

Una mañana, cuando menos que nunca debia esperarse, aparecieron en las calles de Roma las huestes imperiales, mandadas por D. Hugo de Moncada. Componiase aquel aparecido ejército de españoles, napolitanos y vasallos de los poderosos *Colonnas*.

Sorprendido el Pontífice, se refugió en el castillo de Sant'Angelo, en tanto la desenfrenada soldadesca saqueaba el respetado Vaticano, la iglesia de Sant'Pietro y otros edificios, despues de lo cual pasaron á sitiarse el castillo, en donde el Pontífice se habia refugiado.

Hallábase el castillo desprovisto de víveres, y Clemente VII trató de capitular con Moncada. Este, por su parte, hizo entender al Pontífice que era su fiel súbdito; que al proceder del modo que veia, no llevaba otra intencion que la de separarle de la liga, para hacerle amigo del emperador y establecer una firme y duradera paz. Dicho esto, rogó á Clemente admitiese en su gracia á los Colonna, y aseguró que si así lo hacia, él se retiraría inmediatamente á Nápoles y dejaría en libertad á Clemente. Este así lo ofreció, y Moncada cumplió su palabra, saliendo de Roma inmediatamente (Setiembre).

Notábase de día en día que el emperador, decidido á no dejarse burlar, hacia más que hablaba. Casi con la entrada de Moncada en Roma coincidió la de doce mil escogidos soldados alemanes que iban á reforzar el ejército imperial de Italia. Iba á su frente uno de los más esclarecidos caudillos de Pavía, llamado Jorge Frundsberg.

Esto fué suficiente para que levantase el duque de Urbino el sitio de Génova; porque al paso que los doce mil alemanes entraban en Italia por una parte, por otra aparecian siete mil bizarros españoles, mandados por el valeroso y esclarecido Fernando de Alarcon. Tambien Lannoy habia llegado á Nápoles.

Cuando Clemente VII estaba sitiado en Sant'Angelo, estableció con Moncada una tregua de cuatro meses; mas sin duda mal aconsejado, inmotivadamente la quebrantó, llevándolo todo á sangre y fuego. Sus tropas quemaron hasta catorce pueblos de los Colonnas. Estos, como fieles aliados del emperador, pidieron auxilio al virey de Nápoles, el cual, en union con Moncada y al frente de veinte mil hombres, tomó la vuelta de Roma.

Abandonó la ciudad Clemente VII, y sus tropas salieron á encontrar á las del virey. Hubo un pequeño choque; mas como el crudo invierno descargase á la sazón sobre la tierra todos sus rigores (Noviembre), ambos ejércitos se detuvieron y parapetaron, suspendiendo, casi sin empezarla, la campaña.

En tal estado quedaron los asuntos de Italia al terminar el año.

AÑO 1527.

ASALTO Y SAQUEO DE ROMA.

Hallábase Borbon comprometido mandando un numeroso ejército y sin medios de acudir á sus diarias necesidades. Aquella hueste valerosa estaba compuesta de gentes de diversas naciones, poco dada á la subordinacion y disciplina, y á la cual se le concedia la libertad que siempre tiene el súbdito mal pagado. Se autorizaba á aquellas tropas lácitamente para vivir sobre el país, y aquellos hombres, marciales y francos en demasia, convertian el permiso en autorizacion para llegar hasta el merodeo, y para cometer todo género de desmanes.

Llegó, empero, el caso de que el esquilmado país no pudiese dar más, y se agravó é hizo más crítica la posicion del duque; mas ocurrióle un arbitrio para neutralizar el mal, y lo puso por obra.

Propuso al canciller Gerónimo Moron, que estaba condenado á muerte, que le daria el indulto con la libertad completa y absoluta por veinte mil ducados, proposicion que aceptó muy gozoso el sentenciado. Este arbitrio, sin embargo, no dió más que para socorrer muy parcamente al ejército, y el general determinó sacar á aquel de Milan, como en efecto lo verificó, dejando encomendado el gobierno de la ciudad al famoso Antonio de Leiva.

Estaba espirando Enero cuando salió de Milan aquella verdadera y devastadora plaga, á la cual se unieron los tercios alemanes (doce mil hombres), mandados por Frundsberg, enemigos capitales de Roma y del Pontífice, como luteranos que eran.

Ni llevaban al parecer objeto fijo, ni bagajes, ni parque, ni aquello era otra cosa que una numerosisima bandada de hambrientos cuervos, que sin camino determinado alzaban el vuelo, siempre olfateando hasta percibir la presa en que deseaban cebar el corvo pico, para saciar el apetito.

Iban esperanzados los guerreros en las promesas de Borbon, quien les habia asegurado que si tenian un poco más de sufrimiento, serian todas las pasadas escaseces indemnizadas. Pero trascurría el tiempo, y no pasaban las esperanzas á ser realidades; y algunos tercios ya se amotinaron, costando la vida á diversos capitanes que quisieron atajar la sedicion.

El duque se ocultó al pronto, que estaban dispuestos á todo algunos tercios; mas como hombre que tenia gran ascendiente sobre el soldado, no tardó mucho en presentarse y calmó á los sediciosos, renovando las esperanzas y asegurando que estaban ya tocando la realizacion.

Queríanle mucho, porque no se reservaba de los peligros ni de sufrir todas las incomodidades y escaseces que pasaba el último soldado; mas en honor de la verdad, debe decirse que la sedicion quedó cortada por la libertad que desde entonces adquirió el soldado de saquear cuantas poblaciones encontraba á derecha é izquierda. La marcha de aquel destructor ejército fué para aquellos infelices pueblos de eterna y muy funesta memoria.

Clemente VII, sin saber las esperanzas que Borbon diera á los suyos, ni tampoco en qué se apoyaban aquellas, creyó al momento que la nube iba á descargar sus iras sobre Florencia ó sobre la misma Roma.

Llevaba Borbon consigo un ejército de 25,000 hombres de todas naciones, y muchos de ellos prófugos por delitos comunes, vagos y producto de las levás. Al mismo tiempo el virey Lannoy, Colonna y Moncada estaban amenazando á Roma; y el Pontífice creyó necesario entrar en transacciones, antes de que Borbon llegase con Lannoy; y este acordó con Clemente VII lo siguiente:

«Tregua de ocho meses entre el ejército pontificio y el del virey; que los Colonnas serian repuestos en todos sus bienes, empleos y dignidades; que él anticiparia setenta mil escudos para los gastos del ejército imperial de Lannoy, y que este iria á Roma, para impedir que el de Borbon se acercara á Roma ni á Florencia.»

Cuando Lannoy supo la direccion que tomaba el ejército del duque de Borbon, le envió un mensajero para que en su nombre le hiciese saber lo que acababa de acordar con Clemente VII, y lo dispuesto que estaba, como jefe supremo y como caballero, á cumplir su compromiso. El mensaje concluía encargándole variase de direccion; pero era ya tarde: estaba Borbon comprometido con sus tropas y no podia retroceder, aunque quizá preveia que caminaba á su cierta ruina. Demostrando, no obstante, que nada temia ni recelaba, contestó á Lannoy con entereza, manifestándole que él y no otro tenia el mando supremo de las armas, y que no recibia órdenes de quien quiera que fuese, no siendo del mismo César.

Lannoy, deseando evitar un choque, pidió á Borbon una entrevista; mas este por toda respuesta tomó el camino de Florencia, á la cual no pudo llegar, porque oportunamente la habia socorrido el duque de Urbino.

Era preciso, empero, dejar que el soldado realizase sus sordos sueños; y Borbon no queria eludir ningun género de compromiso ni evitar ningun peligro, á trueque de cumplir á los soldados sus promesas, y no dar márgen á nuevas sediciones. Por esto, al ver la imposibilidad de dirigirse contra Florencia, volvióse á los suyos y con fuerte voz les anunció que iban á Roma. La noticia fué acogida con entusiastas y frenéticos aplausos, y con vítores y aclamaciones al general.

El día 5 de Mayo dió vista á Roma aquella amenazadora multitud, y esta fué la primer noticia que tuvo Clemente VII del mal que de cerca ya le amenazaba.

Reunió su exíguo ejército; hizo armar á los criados de los cardenales, á los artesanos y á cuantos eran aptos para llevar las armas, y despues de hecho esto, y confiando en que la falta de artillería seria bastante para hacer desistir á Borbon de su temeraria empresa, fulminó contra aquel y contra los que le seguian la sentencia de excomunion.

El duque de Borbon, á quien ya no era posible retroceder, porque tenia que luchar entre la famélica desesperacion de sus soldados y el sacrílego escándalo que meditaba, continuó su camino y llegó al pié de las murallas de Roma.

El tiempo estaba húmedo y fatal; una densa niebla descendia hasta la tierra, y á diez pasos ocultaba los objetos.

Examinó el general los puntos que más á propósito parecian para dar el asalto; eligió tres; dividió en otros tantos cuerpos su ejército, mandando que cada uno de ellos asaltase por distinta parte; éi se puso sobre la armadura un traje de tela blanca, para ser conocido de sus soldados, y dió la voz de asalto, á la que siguieron las cajas, atabales y clarines.

Los primeros soldados que llegaron hasta la cima de la muralla, cayeron atravesados por las balas de la bizarra guardia suiza, que estaba á sueldo del Pontífice. Esto hizo vacilar á los que detrás subian, y fuéle forzoso al desventurado duque de Borbon ponerse á la cabeza, tomar con su propia mano una escala, y subir delante de todos para dar ejemplo: que era bizarro Borbon hasta rayar en temerario.

Pocos minutos despues cae rodando de la escala al suelo: un tiro de mosqueté le habia atravesado el pecho. *Cubridme con una capa*, dijo todavia animoso, *para que los soldados no me conozcan y caigan de ánimo*. Estas fueron las últimas palabras que habló, porque un instante despues dejó de existir, como si el terrible anatema de la Iglesia hubiese rápidamente caido sobre su criminal cabeza.

La caída y la muerte de Borbon habian sido demasiado visi-

bles, para que la fatal noticia tardase en circular por las filas; empero lejos de producir el desaliento, redobló la ira é hizo nacer los deseos de venganza.

El asalto continuó: las tropas pontificias no eran en número suficiente para poder prolongar durante mucho tiempo la resistencia, y el ejército del malogrado Borbon, como cuerpo sin cabeza, se desparramó por la ciudad santa, haciendo lo que no llegaron á hacer los selváticos godos ni los feroces hunnos.

Pecieron al filo de la espada más de siete mil romanos; robos, violencias, asesinatos, ferocidades de todo género se cometieron por aquellos verdaderos vándalos en tan funesto día. Lo mismo el noble que el plebeyo, el príncipe de la Iglesia que el simple sacerdote, la casada que la doncella, el niño que el anciano, todos fueron víctimas de aquella innumerable turba de frenéticos sin Dios, sin patria y sin ley.

Hé aquí los términos en que se expresa un autor extranjero: «Nos falta aliento al tratar de referir tantos horrores. Atila, al frente de sus hordas salvajes, respetó á Roma, defendida solamente por la magestad de sus Pontífices; Alarico y Genserico la habian saqueado dos veces; pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licenciosa ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saco de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no habia visto el siglo VII: soldados ébrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades: cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada; abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos, hijas deshonradas á los ojos de sus madres. Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres días, sino ocho meses, bajo la licencia, la avaricia y la crueldad: lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habian dado su fruto: Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habian dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban Papa á Martin Lutero bajo los muros del castillo de Sant'Angelo, los españoles aplaudian las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición

»hubiera quemado en Sevilla; ellos recogian con sus fatigadas
 »manos las víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que
 »cruelles, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban
 »pronto de dar tormentos: harlos de vino y de lascivia, se dor-
 »mian como muertos en los conventos de que habian hecho sus
 »serrallos; pero los españoles eran desapiadados: habituados
 »desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la
 »Inquisicion, parecian gozar más en los suplicios que en el vino
 »y en la lujuria.

(Rosseeu-Saint-Hilaire, lib. XXI, cap. IV, *Hist. de Esp.*)

Durante las primeras horas de espanto y de desolacion, el ejército estuvo sin jefe supremo: despues tomó el mando, en reemplazo del desgraciado Borbon, Filiberto de Chalons, principe de Orange, tambien francés y proscrito.

Costóle al nuevo general grandes esfuerzos y correr graves riesgos, el lograr que los soldados cesasen en su terrible ocupacion de cometer bárbaros desmanes; y despues de haberlos ordenado, se dirigió contra el castillo de Sant'Angelo, en donde estaba encerrado Clemente VII. Este señor confiaba, como debia, en los aliados; y llegó á creer que no habia confiado en vano, porque vió aparecer al ejército del duque de Urbino por una parte, y por otra al marqués de Saluzzo con sus franceses.

No hicieron, empero, otra cosa que aparecer y desaparecer, sin detenerse al menos á figurar un simulacro de batalla. Y era que los aliados de hace tres siglos eran como los de todas las épocas, que no dan auxilio sino en tanto que les conviene sostener la alianza, para abrir el camino que su ambicion y avaricia necesitan recorrer.

Los aliados se acercaron sin duda para ver qué esperanzas de salvacion podia tener Clemente VII; mas como vieron que estaba aislado en Sant'Angelo y sitiado por 40,000 hombres, comprendieron que difícilmente podria salvarse, y en vez de auxiliarle, se retiraron á repartirse los dominios de aquel á quien hundido creian. Esta es una política muy propia de los ambiciosos; política *sui generis*, que da magníficos y útiles frutos, mucho más cuando se miran como justos y santos los hechos consumados.

En tanto Clemente VII estaba en el extremo conflicto, el duque de Urbino, *su aliado*, tomaba para sí á Perusa; el duque Malatesta, su aliado, se apoderaba de Rímini; la señoría de Venecia, su fidelísima aliada, á Rávena, y el duque de Ferrara, su aliado tambien, á Módena. Y si más no tomaron, fué merced á los 40,000 hombres, que se habian anunciado de una manera

muy poco á propósito para que á ellos se acercase el que estuviere bien con su vida.

Viéndose el abandonado Pontífice sin tener á quién volver la angustiada vista, capituló con el príncipe de Orange, obligándose á pagar al ejército enemigo 400,000 ducados, á entregar las plazas de Parma, Ostia, Plasencia y todas las más importantes, y á permanecer prisionero hasta que la capitulación se hubiese cumplido en todas sus partes.

Fernando de Alarcon, el custodio de Francisco I, fué encargado de la guarda del Pontífice.

No mucho despues de ocurridas las horrorosas escenas que acabamos de referir, se veia al pié y junto al foso de las murallas de Roma una sencilla losa con una cruz, indicando que bajo la primera habia un cadáver.

Sobre la losa estaba escrito un sencillo, pero elocuente y significativo epitafio latino que, vuelto al castellano, decia:

ROMA TOMADA: EL PONTÍFICE PRISIONERO: AQUÍ YACE BORBON.

En Francia causó general alegría la desgraciada muerte de Borbon, aunque el odio y la enemistad no debian traspasar los límites del sepulcro. El Parlamento decretó que fuese su memoria anatematizada, borrado su nombre de los libros de la nobleza y rayadas sus armas.

En cuanto al emperador, podemos decir que en aquella ocasion fué su conducta muy poco loable. Cierito parece que Borbon obró sin anuencia de Carlos I, pero no lo es menos que este soberano, despues de tener noticia del nefando hecho, no solamente no enmendó el mal, en cuanto era posible la enmienda, si que tambien se condujo de una manera que pudiera muy bien tomarse por una burla, por un repugnante sarcasmo, atendiendo á que él era un príncipe católico, y á que, al parecer al menos, de quien se burlaba era del Vicario de Jesucristo sobre la tierra. Y decimos esto, porque mientras tenian sus tropas, con anuencia suya, preso en Sant'Angelo á Clemente VII, él mandaba hacer públicas rogativas por la libertad del Papa, cuando no necesitaba de otros ruegos que de mandar se le dejase libre.

No se limitó á disponer las públicas rogativas. Hallábase á la sazón toda España celebrando con grandes festejos el nacimiento del príncipe D. Felipe (Felipe II), y el emperador mandó cesar las fiestas y que la córte se vistiese de luto, dando él mismo el ejemplo, y diciendo: *Un pueblo cristiano no puede ni debe alegrarse cuando su PASTOR ESTÁ ENCADENADO*; y mientras tanto, él mismo remachaba las cadenas del Pastor.

Todas las naciones católicas se disgustaron mucho con la con-

ducta del emperador, y no bastó á tranquilizarlas el manifiesto que Cárlos publicó, asegurando que nada habia sabido de los tristes sucesos ocurridos en Roma hasta despues de haberse consumado; pero no remediaba el mal en la parte en que aquel era susceptible de remedio: por esto, lo repetimos, las palabras de Cárlos I, lejos de parecer hijas de una sincera piedad, aparecen como un sangriento é irreverente sarcasmo.

El primer fruto que dió la conducta entonces observada por el emperador, fué una alianza formal y solemnizada en 18 de Agosto entre Francia é Inglaterra, contra Cárlos I y en favor del prisionero Pontífice.

Poco despues se aumentó el número de los confederados contra el emperador con la señoría de Venecia y con Florencia, y cada dia más á las claras se notaba que el emperador jugaba un doble papel en aquella sacrilega farsa. Como si hubiesen sido pocos los desafueros de los imperialistas, á Roma fueron tambien el virey de Nápoles con sus tropas, y el marqués del Vasto y D. Hugo de Moncada.

Ninguno de estos jefes superiores contuvo los desórdenes y desmanes que, si bien no se ejecutaban por masas enteras de soldados, no habian cesado; y para que la desolacion y consternacion de los habitantes de la ciudad eterna fuesen mayores y más justificadas, se declaró en aquella una asoladora peste que diezmba la poblacion.

Estaba aquel ejército completamente desmoralizado, y no habia poder humano que pudiese ponerle á raya, pues ni los visibiles castigos del cielo le detenian en su desbordada carrera.

Lannoy, el virey de Nápoles, que era muy apreciable persona, quiso sujetar á aquella impía y osada muchedumbre, insubordinada y sin disciplina; mas estuvo en poco el que le costase la vida el deseo de cumplir su deber y de poner un dique á los desórdenes de aquella desalmada gente.

Para salvar la vida tuvo Lannoy que salir de Roma, y habiendo enfermado en el camino, fué á morir á Gaeta. Tambien el príncipe de Orange tuvo que resignar el mando de aquel ejército de verdaderos bandidos, desengañado de que no era posible poner coto á sus desafueros.

Muerto el virey de Nápoles y alejado Orange de Roma, quedó de jefe supremo de aquella desenfrenada gente D. Hugo de Moncada, general muy á propósito para aquella; porque odiando como personalmente odiaba al Pontífice, le importaban poco todos los crímenes que en Roma se cometieran por sus soldados.

En tanto los aliados, lo mismo que los no aliados, nada hacian en favor de Clemente VII. A fuerza de instancias, Fran-

cisco I de Francia cumplió su compromiso de mandar á Italia un ejército á las órdenes de Lautrec. Estaba obligado á hacerlo por el tratado de Westminster, ultimado en Mayo entre Francia é Inglaterra.

Francisco I casi era un verdadero autómatas en tratándose de asuntos graves y de Estado. Si alguna cosa hacia, era instado por sus ministros y consejeros: él solo pensaba en placeres y en diversiones.

Lautrec marchó, por fin, á Italia, y pronto tomó á Génova, auxiliado por la armada veneciana al mando de Andrea d'Oria; tambien se posesionó de Alejandría.

No procedió en esta ocasion Lautrec con la caballerosidad de que tanto blasonan los franceses, ni fué más noble el *rey-caballero*, que aprobó la conducta de su general.

Entonces, que Pavia estaba descuidada y apenas guarnecida y defendida, entró *Lautrec por asalto* en ella; y para vengar la antigua y heróica resistencia de aquella plaza, el francés consintió y aun dispuso un horrible saqueo. ¿Por qué dos años antes no entraron por asalto en la plaza? ¿Demuestra valor el dar un golpe de mano sobre una ciudad desprevenida y mal guardada? Hubieran sido más valerosos que los españoles, y no hubiesen tenido que vengar poco noblemente, lo repetimos, un desastre que les costó grandísimas pérdidas morales y materiales, y la *libertad del rey*, mal cumplidor de su palabra luego que se vió libre, glorioso episodio para España, que no tiene igual en la historia de Francia.

No se hallaba á la sazón en Pavia el entendido y valeroso Leiva; que á haberse hallado allí, quizá Lautrec no hubiera podido tomar su miserable venganza. Estaba, empero, en Milan, con pocos soldados y no muchas provisiones.

La señoría de Venecia llamaba á Lautrec, y con más instancia aun le llamaba Francisco Sforzia, á fin de que recuperase á Milan. El general francés, que no tenia encargo de su rey para reconquistar á Milan y devolverle al duque Francisco, sin contestar siquiera, tomó la vuelta de Roma.

Quando Lautrec demostraba alguna intencion de pelear en favor del Sumo Pontífice, Carlos I hizo comenzar las negociaciones para dar á aquel libertad; pero de una manera poco honrosa negociaba el soberano de dos mundos; porque negociaba por dinero, y la libertad del jefe de la Iglesia católica consistia en la cantidad del metálico que el rescate habia de valer, convirtiendo al Sumo Pontífice en un esclavo de los que al remo bogaban, y convirtiéndose el emperador en un arraez avaro y poco decoroso.

Estaba con justísima razón cansado de esclavitud Clemente VII, y accedió á todo. Se obligó á no hacer guerra nunca contra el emperador, á dar rehenes, á vender varias dignidades eclesiásticas, y en suma, á todo se avino y á nada opuso la menor dificultad.

Sin embargo, el asunto tan importantísimo para el Pontífice iba demasiado despacio por parte del emperador: llamaban la atención de este algunos asuntos graves, en particular la presentación en la corte de unos enviados de Francia é Inglaterra, que venian á negociar la libertad de los hijos de Francisco I, aunque este nada habia cumplido de sus más solemnes compromisos; y como Clemente VII notase el poco interés de Carlos, y quizá temiendo que nada se ultimase por entonces, la noche del día de Nuestra Señora de la Concepcion, ya casi al rayar el alba del día 9 de Diciembre, disfrazado de seglar, y con una peluca y barba de color distinto al de sus cabellos, salió de Sant' Angelo y pasó al campamento de los coaligados, que estaba en Orvieta. Se supone, con sobrado fundamento, que los centinelas fueron ganados.

ESPAÑA.

En el año 1527 se celebraron Cortes en Valladolid. El objeto principal de la convocatoria hecha entonces consistia principalmente en la necesidad que el emperador tenia de metálico.

A fin de preparar los ánimos de los procuradores para que votasen el servicio que se iba á pedir, abrió la sesión Juan Vazquez (Bazquez), secretario del rey, con un largo discurso que no produjo ningun efecto, aunque se procuró justificar la necesidad de las guerras, presentar los aviesos proyectos de la Francia, y se apeló á la lealtad castellana. A pesar de todo esto, fué negado el servicio por las Cortes.

La razón de esta negativa estaba más justificada que algunas de las guerras; porque consistia en la miseria general y en lo esquilmosos que los pueblos estaban. Sin embargo, para hacer ver los procuradores que jamás se apelaba en vano á la generosidad y lealtad de los españoles, los tres brazos del Estado contestaron respetuosamente, empero con la mayor dignidad: *Nuestras personas y haciendas están siempre al servicio de S. M.; todo cuanto tenemos es suyo; mas otorgar en Cortes un nuevo tributo, no es posible, ni lo consiente el miserable estado de los pueblos.* Y el servicio no fué votado.

AÑO 1528.

ESPAÑA.

En este año se celebraron tambien Córtes generales de Aragón, Valencia y Cataluña. Hízose la convocatoria para Monzon.

Asistió á ellas el emperador, despues de haberse verificado la solemne jura de su hijo D. Felipe, como príncipe de Asturias (19, Abril).

Abriéronse las Córtes el dia 1.º de Junio; y el emperador pidió que se habilitara para reemplazarle durante la ausencia que pensaba hacer del reino á su primo D. Fernando de Aragón, duque de Calabria.

Hé aquí las principales peticiones hechas por las Córtes de Monzon:

«Los oficios y beneficios de los reinos de la corona de Aragón se habian de dar á naturales y no á extranjeros.—S. M. C. habia de servirse de aragoneses.—Que se sacasen caballos de Castilla para Aragón.—Que se observase lo suplicado en las Córtes de 1518 sobre abusos de los ministros de la Inquisición.—Que los inquisidores no entendiesen sino de los delitos de herejía.—Que los inquisidores no se entrometiesen en las causas de usura, sino que las dejasen á los jueces ordinarios.—Que se suplicase á Su Santidad dispensase de la observancia de algunas fiestas. «Por quanto (decian) por la esterilidad de la tierra y pobreza de la gente comun, la observancia de las fiestas es muy daniosa al reino. Por ende suplican á S. M. quiera favorecer al reino para impetracion de una bula apostólica, con la cual Su Santidad ab-suelva á los aragoneses de la observacion de las fiestas, así vo-tivas como en otra manera mandadas guardar; exceptados do-mingos, Pascuas, dias de Nuestro Señor, fiestas de Nuestra Señora, doce Apóstoles y San Juan Bautista.»

Accedió el emperador á las precitadas peticiones, y las Córtes, vista la condescendencia del soberano, le otorgaron un servicio extraordinario de 200,000 libras por aquella vez, y asimismo habilitaron al duque de Calabria para que presidiese las Córtes en ausencia de Carlos I. No se acordó esto sin hacer las Córtes una protesta, á fin de que tal concesion no sirviese de ejemplar, ni perjudicase á los fueros y privilegios del reino.

Trasladáronse por disposicion del emperador las Córtes á Zaragoza, en donde juró con toda solemnidad los fueros del rei-

no, despues de lo cual nombró virey de Aragon á D. Juan de Lanuza.

Dedicóse luego Cárlos I á preparar su partida para Italia, á donde le llamaban graves cuidados. Antes de marchar, empero, como habian llegado, segun antes dijimos, embajadores de Francia é Inglaterra á negociar la libertad de los hijos de Francisco I, el emperador mandó se les recluyese y estrechase más la prision, y no se dejase á su servicio ningun criado que no fuese español.

Estaba Cárlos muy decidido á marchar á Italia; pero aun cuando así no hubiese sido, los continuos avisos que de Italia recibia, le hubieran obligado á decidirse. El mismo Fernando de Alarcon le escribió una larga carta, de la cual uno de los párrafos decia: «Si no viene al momento V. M. en persona, ó no » envia grande recado de armada, de gente y de dineros, reino » y ejército se perderán sin falta ninguna, muy más presto de lo » que V. M. podria pensar.»

Al partir el emperador de Zaragoza para Barcelona, con grande alegría y agradecimiento de los aragoneses, determinó hacer de su cuenta la acequia de riego que aun hoy lleva el nombre de *Canal imperial de Aragon*.

Entró en Barcelona Cárlos I y fué recibido con grandes muestras de júbilo, porque tuvo la bien entendida política de no querer entrar en la capital como emperador ni como rey de España, sino como conde de Barcelona. De este puerto salió con rumbo á Italia el dia 28 de Julio de 1529, dejando de gobernadora del reino, durante su ausencia, á su esposa la emperatriz Isabel.

Partió, pues, el emperador con una armada compuesta de más de treinta galeras y otros treinta buques, con ocho mil soldados, y una numerosisima y brillante comitiva de caballeros, escuderos é hidalgos.

Antes de partir el emperador, se trató de la modificacion del tratado de Madrid, á fin de obtener la libertad de los hijos de Francisco I. El emperador ya se avenia á la modificacion, siempre que por la libertad de los príncipes franceses entregase su padre dos millones de escudos de oro, y con la condicion, además, de que Francisco I retirase su ejército de Italia y devolviese las plazas que estuviesen en su poder.

GUERRA DE ITALIA.

Habia el rey de Francia olvidado la inolvidable derrota de Pavía, á consecuencia de los últimos triunfos, ninguno notable,

que sus armas habian recientemente obtenido en Italia, tales como la rendicion de Génova, desguarnecida que estaba y descuidada.

Esto fué bastante para que el orgulloso rey Francisco no quisiese escuchar los términos en que el emperador modificaba el tratado de Madrid; y haciendo él otra modificacion á su manera, exigió que se le devolviesen sus hijos sin condicion ninguna, y que se repusiese al duque Francisco Sforzia en el ducado de Milan.

El emperador no era aquel mismo que, niño, sin experiencia, y rodeado de una falange extranjera, ambiciosa y avara, se dejaba dominar y solo era soberano de derecho. Y no solamente cambió aquel débil carácter por otro firme, decidido y enérgico; los mismos que se persuadieron de la incapacidad del emperador, se admiraron despues de la gran disposicion que demostró para los asuntos de Estado. Lejos de imitar á su padre en la indolencia, era laborioso y atento y vigilante, á fin de que no le pudiesen engañar en el despacho de los negocios.

No solamente la respuesta de Francisco fué insolente en el fondo, sino en la forma de presentarla; y el emperador justamente irritado, se mantuvo firme en su propuesta, y manifestó resueltamente que no cederia absolutamente en nada de lo que habia propuesto.

A esta contestacion sucedió la declaracion de guerra hecha por Francia é Inglaterra á España, con toda la solemnidad entonces acostumbrada, precediendo á los embajadores los reyes de armas.

Entonces fué cuando el *vencido* de Pavía (el que se declaraba en la prision, baja y servilmente, poco menos que *siervo* del emperador, el que no cumplió libre ni una palabra de lo que prometiera preso) mandó á Carlos I el siguiente cartel de desafío:

«Nos Francisco por la gracia de Dios rey de Francia, señor de Génova, etc. A vos Carlos, por la misma gracia electo emperador de romanos, rey de España hacemos saber que, habiendo sido informados de que en las respuestas que habeis dado á nuestros embajadores, enviados cerca de vos para el bien de la paz, nos habeis acusado, diciendo que teneis nuestra fé, y que sobre ella, faltando á nuestra promesa, nos éramos idos de vuestras manos: para defender nuestra honra, que en tal caso seria contra verdad muy cargada, hemos querido enviaros este cartel, por el cual, aunque en ningun hombre guardado pueda haber obligacion de fé, y que esta ofensa nos seria harto suficiente para haceros entender, que si habeis querido ó quereis hacernos cargo, no solo de nuestra fé y libertad, sino de haber



»hecho jamás cosa alguna que un gentil-hombre que ame su ho-
 »nor no deba hacer, os decimos que habeis mentido por la gola,
 »y que tantas cuantas veces lo dijéreis, mentireis; estando re-
 »suelto á defender nuestra honra hasta el último instante de
 »nuestra vida. Por tanto, pues contra verdad nos habeis que-
 »rido hacer cargo, de aquí adelante no nos escribais más sino
 »para asegurarnos el campo, y llevaros hemos las armas, pro-
 »testando, que si despues de esta declaracion decis ó escribis
 »palabras que sean contra nuestra honra, la vergüenza de la di-
 »lacion del combate será vuestra, pues que venidos á él, cesa
 »toda escritura. Fecho en nuestra buena villa y ciudad de Paris,
 »á 28 de Marzo de 1528 años.—FRANCISCO.»

Pasaron algunos meses desde que fué escrito el cartel del orgulloso vencido, hasta que llegó á manos del vencedor; mas este, luego que le hubo visto, contestó en términos dignos, aceptando el reto y el darle campo seguro, fijando además para lugar del combate una llanura situada entre Fuenterrabía y Andaya. Trataba despues de la eleccion de armas y de otros detalles correspondientes al duelo; y sin faltar á la dignidad y al decoro que á sí propio se debia, nada dejó de decir para contestar al orgullo del francés con la dignidad castellana.

Creemos, sin agraviar la memoria de Francisco I, que se batió bien en Pavia, y que en más de una ocasion se mostró valeroso, que no tenia mucho deseo de batirse en duelo; porque el rey de armas BORGONA, que fué el encargado de reconocer el campo y de arreglar las condiciones todas del desafio, pasó á Francia, comisionado para entregar al rey Francisco el cartel del emperador. Sin embargo, costóle mucho tiempo é inmenso trabajo el desempeñar su comision; porque las autoridades le impedian á cada momento el proseguir su camino, y el mismo rey, sirviéndose de infinitos pretextos, dilató cuanto le fué posible el recibir á BORGONA.

Fué Francisco I hasta descortés al recibir al rey de armas, á quien no permitió cumplir el encargo que habia recibido, y puso á BORGONA en el caso de publicar un manifiesto en Madrid, en el que dió cuenta de la extraña y poco noble conducta de Francisco I.

El soberbio reto del orgulloso soberano no se realizó por culpa de este, que buscó infinitos pretextos para eludir el compromiso que él mismo, en un momento de delirio, se habia creado. En el *Apéndice* verá el lector un curioso documento, á propósito de este célebre reto.

Cuando esto sucedia, estaba de nuevo el príncipe de Orange al frente del ejército de Italia. Sacóle de Roma; y noticioso de

que Lautrec se dirigia contra Nápoles, llevó Orange su ejército hácia los Apeninos, con intencion de cerrar el paso al francés.

Era el predicho ejército muy inferior en número al francés; y Orange, lo mismo que el marqués del Vasto, que mandaba la caballería, comprendió que el aceptar la batalla que Lautrec presentaba, era aventurarlo todo á un golpe dado, y no la aceptaban.

Esta loable prudencia de los caudillos imperiales fué mirada por el francés con temor: la necia confianza de sí mismos ha perdido y perderá á muchos. Aquella bien entendida prudencia pareció miedo á Lautrec; despreció á un enemigo *cobarde*, y se dedicó á tomar las poblaciones de aquellos contornos. Entre tanto, Orange y el marqués penetraron en Nápoles con el ejército, y cuando quiso Lautrec acudir, maldiciendo de su necia confianza, ya era tarde.

Poco despues experimentaron las tropas del emperador un desastre. Lautrec se limitó á bloquear á Nápoles, y la armada de Génova estaba guardando la embocadura del puerto. Moncada y el marqués del Vasto atacaron con sus naves á las genovesas, y estas vencieron en la lucha. Esta derrota fué de mayor importancia porque costó la vida á Moncada, el virey de Nápoles, sucesor del conde de Lannoy, y el valeroso marqués del Vasto, con varios jefes y oficiales, quedó prisionero.

Mandaba la armada genovesa Filippino d'Oria, sobrino del almirante de este apellido, el cual mandó á su tío el parte de su triunfo y los ilustres prisioneros que habian sido fruto de la victoria. Esta la obtuvo Filippino el día 28 de Mayo; y no se comprenderia cómo el ejército de Lautrec no se posesionó al momento de Nápoles, si no se explicasen las circunstancias que intervinieron en favor de la causa del emperador.

Lautrec estaba á la sazón sin recurso ninguno, porque su rey Francisco dilapidaba los fondos del Estado para satisfacer sus costosos placeres y diarios caprichos; la armada veneciana, que pudo completar la obra comenzada por la genovesa, nada hizo; porque á pesar de estar aliada Venecia con Francisco I, no queria auxiliarle, temiendo su engrandecimiento; y Enrique VIII de Inglaterra tampoco tomó parte en aquel hecho de armas, ni cumplió sus compromisos de confederado.

Estas circunstancias favorecieron la causa del emperador, y vino á perjudicar más á la del rey Francisco la defeccion del célebre almirante genovés Andrea d'Oria, que pasó al servicio de Carlos I. Aquel entendido marino se disgustó con el rey de Francia, á consecuencia de algunos desaires que habia recibido, motivados por chismes de cortesanos, á consecuencia de no doble-

garse Andrea á ciertas exigencias de Francia, bajo cuyo protectorado estaba Génova.

Francisco I, irritado por efecto de los precipitados chismes, de su genio altanero y de su facilidad para dar oídos á los murmuradores, dió varias órdenes, en las cuales se conocia el deseo de humillar á Génova, lo cual hizo que Andrea, instigado por los genoveses, saliese á la defensa de su patria y representase al rey, á fin de contenerle en el mal camino que habia adoptado.

Entonces el ligero francés exoneró á Andrea d'Oria, y mandó al sucesor de este, llamado Barbezieux, que prendiese á aquel.

Hacia tiempo ya que d'Oria estaba luchando y resistiendo, para no ceder á las instancias del marqués del Vasto y á las cartas del mismo emperador, que deseaban atraerle.

Cuando más indeciso estaba, se le comunicó su exoneracion, y poco despues un amigo le avisó de que Barbezieux estaba autorizado para prenderle. Con esto cesaron las vacilaciones: se presentó al marqués del Vasto, le dió noticia de su resolución, y puesto en franquía, devolvió á Francisco I las galeras francesas que estaban á sus órdenes, y con las genovesas se dirigió á las aguas de Nápoles, á fin de contribuir á que los franceses, poco antes sus amigos, levantasen el bloqueo. Carlos I ofreció á d'Oria la libertad de su patria, la dependencia de Sabona, y fué agraciado además con una pensión de 60,000 ducados anuales.

Llegó d'Oria á dar vista á Nápoles; y puesto en comunicacion con el príncipe de Orange, que mandaba en dicha plaza, los asuntos de la guerra cambiaron de aspecto.

Vino á consumar la obra la muerte de Lautrec, que, melancólico y disgustado con el abandono en que su rey le dejaba, fué atacado por la epidemia, y falleció en muy pocos dias.

Tomó el mando del ejército de Francisco I el marqués de Saluzzo, el cual inauguró su mando de muy desastrosa manera. Levantó el bloqueo, se retiró á Awersa, y perseguido por Orange, dejó en poder de este bagajes, artillería, heridos, enfermos y hasta su recámara.

En la retirada á Awersa quedó prisionero el traidor, pero valerosísimo y entendido Pedro Navarro. Carlos I le hizo tratar como á transfuga: le mandó encerrar en Castell'dell'Ovo, en donde acabó sus dias.

Gran sentimiento causaria á aquel bizarro general el verse encerrado como reo en aquel mismo castillo que él arrancó gloriosa y bizarramente á los enemigos de su patria en otros más felices dias. Ciertó que fué traidor, y que todo el que esgrime sus armas y emplea su talento contra la propia patria, merece

poca compasion; empero tambien es tristísimo el que un hombre de los relevantes méritos del antiguo conde de Olivetto, el famoso conquistador de Oran, el que bizarramente tomó á Bugía, viéndose prisionero, por efecto de su mismo valor, desfalleciese en una prision años y años, sin que el soberano en cuyo servicio habia derramado su sangre y perdido su libertad, pensase en rescatarle. Feo fué, en verdad, el hecho; pero encuentra alguna disculpa en la notoria ingratitud de Fernando V.

El principe de Orange llegó á Awersa y la puso sitio. En el primer asalto fué herido gravemente el marqués de Saluzzo, y capituló de una manera demasiado bochornosa para sus armas.

Corria el mes de Setiembre cuando el diezmando ejército de Francisco I salió de Italia para su patria *sin armas ni bagajes*, con arreglo á la capitulacion. Saluzzo, en calidad de prisionero, fué trasladado á Nápoles, en donde pocos dias después murió á consecuencia de las heridas.

No tardó muchos en perder el *rey-caballero* á Génova. Andrea d'Oria hizo un desembarco, y fué aclamado por el pueblo: los franceses se replegaron á la ciudadela, y luego se entregaron por capitulacion.

Andrea d'Oria dió entonces un ejemplo que ha encontrado poquísimos imitadores: tuvo en su mano el cetro, y puso en las de los ciudadanos la suerte de Génova, y aquellos se decidieron por la forma republicana. Andrea no quiso salir de la esfera de simple ciudadano, y su abnegacion y modestia fueron premiadas erigiendo los ciudadanos una estatua que le representaba, con la siguiente inscripcion: *Al restaurador de la libertad de Génova.*

Quedaban aun en Italia las tropas francesas que operaban en el Milanésado. Mandábalas el conde de Saint-Pol, cuyas fuerzas militares estaban unidas á las del duque de Urbino, y á las que pudo reunir el destronado Sforzia.

El ejército imperial estaba mandado por el anciano y valeroso Antonio de Leiva, el célebre defensor de Pavia. A sus años unia la terrible gota, que le tenia casi postrado; mas sin embargo, en nadie resignó el mando: hacíase conducir en una litera, y desde ella, y en medio del peligro, dirigia las operaciones de la campaña, hasta destrozar á los enemigos; puso en fuga á Urbino y Sforzia, hizo prisionero á Saint-Pol, y obligó á los franceses á salir de Italia y regresar á Francia, tan destrozados y llenos de vergüenza como los que partieron de Nápoles.

Tal fué para Francia el bochornoso resultado de la campaña de 1528.

AÑO 1529.

Habíase convencido Francisco I de que era muy difícil, por no decir imposible, el obligar á los españoles á que hiciesen lo que no entraba en su ánimo. Veía agotado el tesoro, tanto por las desastrosas guerras, cuanto por sus propios excesos; y contemplando á sus ejércitos deshechos, pensó en negociar por bien lo que por mal no podía lograr.

Comenzóse á tratar de paz entre Clemente VII y Carlos I: aquel necesitaba de un auxiliar poderoso, porque si bien se veía libre, estaba dividido en mil trozos el patrimonio de San Pedro, merced á la avaricia de los mismos *amigos* del Pontífice.

Interesábale tambien al emperador el ajustar la paz con Roma, para atajar el paso á Lutero y á sus secuaces, de cuya cuestion nos ocuparemos más adelante, y despues de algunas conferencias, se ajustó la paz en 20 de Junio, bajo las siguientes bases:

«El Papa habia de dejar paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; pondria por su mano en la frente de Nápoles la corona imperial; le daria la investidura del reino de Nápoles, sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; la causa del duque Sforza de Milan se someteria al fallo de jueces imparciales; habian de ser absueltos todos los que habian tomado parte en el asalto y saco de Roma; el emperador, su hermano Fernando y el Papa Clemente traerian de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fé católica; en cambio, el emperador haria devolver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habian sido usurpadas por los venecianos y el duque de Ferrara; restableceria en Florencia el gobierno de los Médicis, y daria en matrimonio su hija natural Margarita al bastardo Alejandro Médicis, jefe de la familia, que tomaria título y soberanía de duque.»

Tambien era á la Francia la paz tan necesaria como á Roma, y á establecerla tendian eficazmente la madre de Francisco I, Luisa de Saboya y Margarita de Austria, tia del emperador.

Ambas señoras poseian relevantes cualidades, y se dolian de los trastornos, muertes y desastres que España y Francia sufrían, consecuencia precisa de la nulidad de Francisco, que solo pensaba como siempre en sus placeres, y que no podía luchar como hombre de Estado con Carlos I. Como este era por su posicion tan fuerte como el rey Francisco era débil por la suya,

las ilustres señoras realizaron su loable proyecto, pero dando las ventajas al emperador, puesto que no era otra cosa posible.

Verificóse el ajuste de paz en Cambray, y el tratado que se firmó fué una modificación del de Madrid. Se acordó entonces «que Francisco pagaria dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando antes todo lo que poseia todavía en el Milanésado; que cederia sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois, renunciando igualmente sus pretensiones á Milan, Nápoles, Génova y demás ciudades de allende los Alpes, y Carlos no demandaria, por entonces, la devolucion de Borgoña, reservándose para en su dia hacer valer sus derechos, limitándose á recibir el Charolais, que á la muerte del emperador volveria á incorporarse á la corona francesa.»

Ya ha visto el lector que entre el tratado de Cambray y el de Madrid, poca diferencia habia en cuanto á ser desventajoso y bochornoso para Francisco I, el cual acabó con este solo hecho de perder el poco prestigio que todavía conservaba; porque con su servil humillacion cuando era impotente, tan grande aquella como su insultante altanería cuando se creia superior, descendió hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en su reino á cuantos hubiesen hecho armas contra el emperador.

La paz de Cambray fué tambien conocida por el nombre de *La paz de las Damas*, por haberla propuesto y realizado Margarita de Austria y Luisa de Saboya.

El pueblo francés comenzó á mirar mal á Francisco I, culpándole de la nueva humillacion que la Francia sufría, á consecuencia de haber empobrecido el tesoro para sostener sus vicios. Dícese que su madre, la reina Luisa, que era por demás avara, tenia atesorado millon y medio de escudos, en tanto que por falta de subsistencias perecian en Italia los soldados franceses.

Los historiadores más parcos en alabanzas elogian mucho á Carlos I, por la manera con que supo dirigir los asuntos de Europa, comprendiendo con la mayor perspicacia cuanto era necesario para sacar partido de las circunstancias en que los demás soberanos se encontraban. Ciertó que en el comienzo de su reinado nadie pudo creer que rayase tan alto como general, como político y como soberano.

El dia 12 de Agosto desembarcó en Génova el emperador, y fué recibido y aclamado como protector de aquella república, hija de la abnegacion y patriotismo de Andrea d'Oria.

Poco tiempo hacia que en Hungría habia aparecido un ejército de DOSCIENTOS CINCUENTA MIL TURCOS. Habian ocupado una parte del Austria y puesto sitio á Viena; este hecho fué de suma

importancia para que el emperador, necesitando volver sus cuidados á su imperio, pensase sèriamente en pacificar á Italia.

La buena figura y el afable trato del emperador, hicieron que el pueblo se aficionase á él y le cobrase mucho cariño. Las calamidades que lleva consigo la guerra, y que tanto habian hecho sufrir á aquel bello país, habian sido causa de que el pueblo se figurase al emperador hombre de avieso rostro, altanero porte, duro lenguaje, y sobre todo, muy decidido por la guerra. Ligeramente prevenidos los italianos en contra de Cárlos, quedaron agradablemente sorprendidos al ver un jóven de simpático rostro, de dulce lenguaje, amabilísimo trato, y decidido en favor de la paz; y como el pueblo, por punto general, odia y ama con sobrada facilidad, toda la siniestra prevencion que ligeramente habian concebido, se cambió al momento en amor hácia el soberano más poderoso de la tierra.

Su decision en favor de la paz la demostró al presentársele en Plasencia el célebre veterano Antonio de Leiva, el cual le aconsejó que no suspendiese la guerra, demostrándole todas las ventajas que en su concepto podia reportar el emperador de la victoria que el digno guerrero reputaba como muy fácil de obtener. Cárlos I agradeció el consejo, pero se decidió por la paz, limitándose á disponer la reconquista de Pavia. Poco tiempo despues estaba reconquistada la célebre plaza por el mismo Leiva, que la defendió cuando trató de tomarla en vano el prisionero de Pavia.

Cuéntase como cierto que, deseando el emperador dar un público testimonio á Leiva del aprecio que le merecia, determinó presentarse en una reseña (revista de comisario) como simple soldado del tercio de Leiva.

Entre filas, y confundido con los soldados, se presentó el soberano de dos mundos, con una pica en la mano; y al llegarle el turno de presentarse ante la mesa en donde estaban sentados el contador real (comisario), el maestre de campo y el sargento mayor, sorprendidos los tres al ver aparecer, convertido en soldado, á Cárlos I de España y V de Alemania, se levantaron, y el maestre le preguntó en qué concepto se le habia de nombrar en la reseña, á lo que el emperador con sonora voz, para que todos pudiesen comprenderle, contestó: *Cárlos de Gante, soldado del tercio del valeroso Antonio de Leiva.*

Muy celebrado fué este hecho de Cárlos I, que así quiso honrar á un hombre benemérito, y no lo fué menos por el cariñoso recibimiento que hizo al desgraciado Francisco Sforzia, duque de Milan.

Despues de haber agasajado al duque Francisco, este le habló

de la deseada paz, y Carlos le remitió al cardenal Gattinara, que era canciller mayor del imperio. Quiso Antonio de Leiva oponer obstáculos, porque era decidido partidario de la guerra, y el emperador le mandó trasladarse á Bolonia, bajo el pretexto de que deseaba fuese testigo de la solemne coronacion, y en realidad, para alejarle mientras la paz se estipulaba.

El buen recibimiento hecho al duque de Milan animó á la señoría de Venecia, y pidió tambien la paz, que le fué inmediatamente concedida. Y como el emperador habia quedado triunfante en la lucha pasada, y tenia poder para que ni Venecia ni otro estado de mayor importancia le impusiera temor, se celebró doblemente la magnanimidad de Carlos. Hé aquí las principales bases de la paz con Venecia:

«Los venecianos habian de restituir al Sumo Pontífice las ciudades de la Iglesia que le tenian usurpadas, así como al emperador los lugares del reino de Nápoles que le habian ocupado en las pasadas guerras, con más 2,000 libras de oro que le habian de satisfacer en varios plazos; en la concordia sería comprendido el duque de Urbino, capitán general de la república; lo sería tambien el duque de Ferrara, si viniese en gracia del Papa y del emperador, siendo repuesto en sus estados; y unos á otros se habian de perdonar las ofensas pasadas, ayudándose mutuamente.»

Trasladóse despues el emperador á Bolonia, en donde le esperaba el Sumo Pontífice con el sacro colegio, para celebrar la solemne ceremonia de la coronacion.

Magnífica y ostentosa sobre toda ponderacion fué la entrada en Bolonia de Carlos I. Bajo un costoso palio de brocado de oro, cuyas varas eran llevadas por los doctores de aquella celeberrima universidad, magestuosamente caminaba el emperador.

En el atrio de la magnífica basílica estaba colocado un elevado sòlio, en el cual veíase sentado á Clemente VII, y en las gradas estaban los cardenales y prelados, por el orden de dignidades y categorías. El Sumo Pontífice vestia el traje pontifical, y ceñía sus sienas la riquísima tiara.

Fué en verdad solemne é imponente espectáculo el de ver á aquel poderosísimo soberano, para quien el mundo estrecho parecia, prosternarse ante el Vicario de Jesucristo, y besarle el pié con la mayor devocion y humildad. El Pontífice le abrazó estrechamente y le hizo levantar. ¡Quién, al ver aquella escena, podria creer que aquel Pontífice era el mismo prisionero de Sant'Angelo, y el que humildemente le besaba la sandalia era el que le habia tenido prisionero!

Después descendió Clemente VII del sólio, y llevando á su lado á Carlos I, entraron en la catedral procesionalmente, y se entonó un solemne *Te Deum*.

Cada dia era el emperador más cordial y universalmente querido; porque se le presentó de nuevo el duque de Milan, que á la sazón en realidad no lo era, tantas veces vencido á pesar de protegerle la Francia. El emperador, que habia sido en tantas ocasiones su vencedor, le remitió un salvoconducto para que se presentase en Bolonia, y le dió la investidura del ducado soberano de Milan.

Este acto pudo ser de muy calculada política; empero lo que á la vista se ofrece, es un hecho heróico y sublime; fué decir al duque: *Mil veces te vencí y te quité tus dominios; pero te los devuelvo ahora, para que no puedas dudar de mi generosidad, puesto que si con ellos quisiera quedarme, con ellos me quedaria.*

No limitándose á esto Carlos I, concedió al sorprendido Sforzia la mano de su sobrina, la hija del rey de Dinamarca, cuñado del emperador. El rehabilitado duque, profunda y vivamente enternecido, dió gracias al magnánimo emperador, y le ofreció su espada, su brazo y hasta la vida.

El dia 23 de Diciembre se concluyó un tratado de paz y de alianza ofensiva y defensiva, en el cual entraron el Sumo Pontífice, el emperador, el rey de Inglaterra, el de Francia, el de Portugal, el de Escocia, el de Polonia, el de Dinamarca, el de Bohemia, el duque de Milan, el de Ferrara, la república de Venecia, la de Génova, la de Luca, la de Siena y los cantones católicos de Suiza.

Esta paz, aunque ajustada á fines de Diciembre, no se publicó hasta principios de Enero.

AÑO 1530.

El dia 1.º de Enero se publicó en Bolonia el tratado de paz, y se comenzó á disponer la coronacion del emperador. Fijóse el dia de San Matías, en el que el emperador habia nacido (24 de Febrero), cumpliendo en el de aquel año los treinta de su edad, y en el que obtuvo sobre Francia el notabilísimo triunfo de Pavía.

Llegado el dia, se celebró la importante y solemne ceremonia, recibiendo el emperador de manos del Sumo Pontífice la corona de rey de romanos, que le ciñó Clemente VII; después de lo

cual se trasladó Carlos á Milan, á recibir la corona de hierro de Lombardia de manos de los magistrados de Mouza, segun antiquísima costumbre.

Terminadas las fiestas, el duque de Milan, siempre al lado de aquel á quien llamaba su bienhechor, le ofreció nuevamente su espada y su vida: el emperador se limitó á decirle que si queria mostrarse agradecido, concediese en sus dominios algunas tierras á Antonio de Leiva y al marqués del Vasto.

No pudo el emperador ajustar la paz tal y conforme la deseaba, esto es, universal, y en cuyo tratado ningun estado quedase excluido. En el de Bolonia no entró la república de Florencia, por culpa de ella misma, no del emperador ni del Pontífice; que ella no quiso aceptar las condiciones que todas las potencias de buen grado aceptaron; y claro es que no serian inacceptables las condiciones generales, puesto que tantos soberanos y repúblicas firmaron el tratado.

La oposicion de Florencia se fundaba en una condicion particular que solo á ella era concerniente, y por la que habia de volver al trono florentino la casa de los Médicis; y Florencia no queria abolir el gobierno republicano.

El emperador estaba de antiguo irritado con Florencia por su alianza con Francia, verificada cuando Lautrec mandaba el ejército de Francisco I; y como al antiguo resentimiento se unia el compromiso en que estaba por el reciente tratado, de poner en el trono á la familia Médicis, mandó que se aprestase un ejército para domar por fuerza de armas á los florentinos.

Dispúsose, en efecto, un ejército de treinta mil hombres, que llevaba por caudillos principales al príncipe de Orange, al marqués del Vasto, puesto en libertad por d'Oría, tan pronto como este pasó al servicio del emperador, y á dos españoles, llamados Barragan y Urbina.

Penetró el ejército en los dominios florentinos y llegó hasta la capital, á la que puso sitio, y en la que mandaba en jefe el duque Malatesta.

Fué la defensa heroica y obstinada, empero inútil, á pesar de que hicieron vigorosas salidas, en las que no siempre llevaron la peor parte.

Lo más sensible de cuanto ocurrió en esta guerra, fué la muerte del muy entendido y valeroso príncipe de Orange. A la desesperada ya, y cansados los florentinos de luchar con el hambre y la miseria, hicieron una impetuosa salida, y se trabó una lucha, que se convirtió en verdadera batalla.

Estaba muy indecisa la suerte, cuando el ilustre Orange, queriendo reanimar á sus tropas, recibió un tiro de arcabuz que le

privó de la vida, gloriosa siempre y dedicada al servicio de España.

Estuvo tan en balanzas la victoria, especialmente despues de la muerte del bizarro caudillo, que hubieran perdido infaliblemente los imperiales la batalla, á no haber sido por el denuedo y bizarría de D. Pedro Velez de Guevara, que, con su tercio de denodados españoles, restableció la accion y obtuvo para los suyos el triunfo.

Por fin, á los ocho meses de sitio rindióse Florencia, y fué colocada en el trono la familia Médicis, como estaba pactado.

Fué muy costosa aquella breve campaña, porque además del príncipe de Orange, perecieron otros ilustres y valerosos caudillos, como Barragan, Urbina y Sarmiento.

Terminados los graves asuntos que habian llevado á Italia al emperador, y ya solemnemente coronado, determinó pasar á Alemania, porque tenia convocada la Dieta del imperio.

Partió, en efecto, y en Inspruck falleció, con gran sentimiento del emperador, el cardenal canciller Gattinara. Hechos los funerales, prosiguió el emperador su camino, y en Eniponte le alcanzó su hermano D. Fernando, rey de Bohemia é infante de España. Abrazáronse estrechamente, y tomando la vuelta de Baviera, juntos los dos hermanos llegaron á Augsburgo, para donde estaba convocada la Dieta.

REFORMA LUTERANA.

Llamaba mucho la atencion del emperador el terreno que la reforma de Lutero iba ganando, y nada perdió este con la muerte de Federico de Sajonia, porque su hermano el elector Juan, que le sucedió, no fué menos protector del hereje que Federico.

Clamaban incesantemente por el emperador los príncipes que en contra de la reforma se habian reunido en Leipsick; y Carlos, no pudiendo disponer su marcha con la brevedad que era necesario, convocó la Dieta en Spira.

Reunióse la Dieta, y en ella triunfó el partido católico, empezando por acordar que se acataran y obedecieran las determinaciones de la Dieta de Worms, y disponiendo no se tomase en consideracion innovacion ninguna hecha por Lutero y sus secuaces, hasta la reunion de un concilio general.

Este acuerdo fué desechado por el elector de Sajonia, por el landgrave de Hesse, el mardgrave de Brandemburg y algunos

otros personajes, en union con las catorce ciudades alemanas llamadas libres; y reuniéndose los principales, formularon en nombre de todos una *protesta* solemne contra lo decretado en Spira.

Desde entonces, el nombre de *Reforma luterana* se cambió en el de *Reforma* PROTESTANTE, y asimismo los luteranos comenzaron á llamarse *protestantes* tambien.

Presentóse, pues, el emperador en Augsburgo, y llamó la general atencion por su digno continente, su amabilidad, su hermosa figura, y por el inmensísimo y casi universal poder de que estaba investido aquel jóven, tan jóven, que acababa de cumplir los treinta años.

Dícese, y por seguro se tiene, que impuso respeto; y al mismo tiempo se captó la voluntad de sus mismos adversarios.

Llegó Carlos I en el mes de Junio á Augsburgo, y allí se hallaba en el dia en que se celebraba la festividad del *Santisimo Corpus Christi*. Para solemnizar más tan grande fiesta, determinó asistir personalmente y con toda su córte á la brillante procesion.

Entre los invitados para acompañar al emperador, estaban los electores y otros personajes notables; pero los nuevos protestantes se negaron resueltamente á tomar parte en la más solemne fiesta de los católicos, sin que bastasen reflexiones para lograr convencerlos. Fué tal la obstinacion del elector de Sajonia en aquella ocasion, que le quedó el sobrenombre histórico de *Juan el Testarudo*.

Los protestantes con tal motivo determinaron redactar su *profesion de fé*, que escribió Melancton, por encargo de los demás, y que es conocida por la *Confesion de Augsburgo*.

Los católicos redactaron una *contra-confesion*; mas viendo el emperador que, si bien los protestantes moderados no estaban lejos de darse á partido, en cambio los intransigentes, que eran los más, á nada querian avenirse, expidió un decreto en el mes de Noviembre, por el cual se daba de plazo á los protestantes hasta el 15 del mes de Abril siguiente, para reflexionar y decidirse. Prohibia al mismo tiempo que, mientras el plazo trascurria, se mezclasen en los asuntos religiosos, ni tratasen de alterar el culto católico, ni escribiesen ni publicasen escrito alguno en defensa de su errónea doctrina. Ofreció al mismo tiempo que rogaria al Papa convocase un concilio general, para que si se habian introducido abusos, como se pretendia, en la Iglesia, quedasen cortados.

Disgustados los jefes del bando protestante, sin esperar á más, se retiraron de Augsburgo y pasaron á Smalkalde, en donde

acordaron resistir é invocar, para tener fuerza suficiente, el favor de Inglaterra y el de Francia.

El emperador, terminada la Dieta general, salió tambien de Augsburgo y pasó á Colonia, en donde pidió á los electores del imperio que eligiesen rey de romanos al rey de Hungría y de Bohemia, el infante D. Fernando, su hermano, el querido de los españoles, á fin de que pudiese atender al gobierno del imperio, puesto que á Carlos desde España no le era posible hacerlo (Diciembre). Acto fué este de verdadero desprendimiento, más notable aun por ser espontáneo y emanado de un jóven que debía ser ambicioso de poder y de gloria. El resultado de su proposición, que tan fielmente retrata el carácter del *religioso de Yuste*, le sabremos al tratar del próximo año.

ESPAÑA.

Corría el primer tercio del año 1530, cuando Francisco I, empobrecido á causa de sus mismas dilapidaciones, logró reunir la fuerte suma á que ascendía el rescate de sus hijos.

Hallábanse éstos en el castillo de Pedraza de la Sierra, custodiados por D. Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla; y recibido que fué el aviso de estar reunidos y prontos los dos millones de escudos de oro, se formuló el programa que debía observarse para la entrega de los príncipes.

El ceremonial puede suponerle el lector, y no hay para qué referirle; porque sobre ser muy pesado y minucioso, es parecidísimo al redactado para la libertad de Francisco I, en colocar una falúa en el centro del rio, en salir una barca de cada una de las opuestas orillas, en tomar mil precauciones para que no hubiese dolo ni fraude de una ni de otra parte, y en último resultado, todo estuvo reducido á trasladar los príncipes á la barca francesa, y el dinero á la española (1.º de Junio).

Tambien la reina Leonor fué entregada con los príncipes (el lector recordará que por falta de cumplimiento del tratado de Madrid, fué dicha señora detenida en España): en union con los hijos de su esposo el rey Francisco se trasladó á Burdeos, en donde aquel, con vivas ansias, los esperaba.

CONQUISTA DE MÉJICO.

Del mismo modo que dejamos de referir el descubrimiento del Nuevo-Mundo hasta despues de terminar la relacion de ciertos

hechos importantes que exigian el que su narracion no fuese interrumpida; hemos creido conveniente diferir la de los acontecimientos ocurridos en el imperio mejicano, hasta terminar la relacion de otros sucesos interiores; porque ni á la claridad de aquella convenia el cortarlos, ni era más conveniente á la narracion de la gloriosa conquista de Méjico el interrumpirla en su comienzo año por año: esto podrá hacerse cuando el invicto pendon castellano tremole ya sobre el palacio de Moctezuma.

Despues de muerto el célebre é inoivable Colon, otros osados guerreros, imitando á aquel entendido marino, habian hecho nuevos descubrimientos.

Gobernaba en la isla de Cuba Diego Velazquez, el cual mandó á Juan de Grijalva en busca de nuevas tierras; y este fué el primero que en uno de sus viajes llegó hasta el imperio mejicano.

Creyó Grijalva al pronto que los habitantes de aquel bello país, que fué denominado NUEVA-ESPAÑA, eran más civilizados que los demás indios; porque, con no pequeña sorpresa, vió que en él habia calles y plazas regularmente distribuidas, y formadas por casas de buena apariencia, y construidas de fábrica, de cal y ladrillo. Pronto, empero, salió de su error: no solamente vió con tanto horror como repugnancia un templo con ídolos de grosero y repugnante aspecto, si que tambien en él encontró restos de infelices víctimas humanas, y paredes construidas con los cráneos de aquellas: de aquí tuvo origen el denominar á tan fatal isla de LOS SACRIFICIOS.

Aquellos indios no se asustaron al encontrarse con los europeos; lejos de esto, se acercaron á ellos y les dieron inmensa riqueza á cambio de avalorios, espejitos, talcos y otros objetos en España despreciables.

Juan de Grijalva, que solo tenia el encargo de descubrir sin conquistar, volvió a su buque y regresó á Cuba cargado de riquezas.

Llegó á la presencia de Diego Velazquez; y este, que era un tanto ambicioso y no poco avaro, quedó deslumbrado al ver ante sus ojos una inmensa cantidad de oro, y armaduras completas, al uso del país de que procedian, todas de oro purísimo y profusamente incrustadas de riquísima pedrería.

El mismo Velazquez, que habia ordenado expresamente á Grijalva el no establecer colonia alguna, le acriminó y trató con dureza por haberle obedecido. Comprendió cuánto podia aumentar su capital, y decidió proceder á la conquista de un país que tanto y tanto prometia.

Era, como hemos dicho, el gobernador de Cuba muy avaro, ambicioso, suspicaz, altanero y obstinado. Deseaba aumentar su peculio; empero su extraordinaria suspicacia le hacia desconfiar de todos los que le rodeaban, y no sabia á quién encomendar la gloriosa conquista, temiendo que fuesen para el verdadero conquistador la utilidad y la gloria.

Tan pronto como se conoció la intencion del gobernador, presentáronse muchos á pretender la gloriosa comision; mas el hecho de pretenderla era un motivo de recelo para Velazquez, y á ninguno se la quiso confiar, hasta que espontáneamente se decidió por un hidalgo que no la habia pretendido.

Llamábase HERNANDO (vulgarmente HERNAN) CORTÉS; era hijo de padres nobles, extremeño, de Medellín; tenia á la sazón treinta y tres años, y Velazquez conocia muy bien su valor é inteligencia, porque le habia observado muy de cerca en la conquista de Cuba.

Llamábale su vocacion á la milicia; pero sus padres le dedicaron al estudio de las leyes. En Salamanca se hallaba estudiando cuando logró adquirir unas cartas de recomendacion para D. Nicolás de Ovando, que, muerto Colon, era gobernador de la isla Española, y dejando por las armas las letras, se embarcó con rumbo al Nuevo-Mundo.

Era hombre notable Cortés por su bella figura y por su aficion á los galanteos y aventuras amorosas; pero aun era más notable por cierto carácter turbulento que fué muy explotado por algunos conspiradores, y que le valió más de una vez el estar preso y poner en inminente peligro su vida.

El haber conspirado contra Velazquez no era la mejor recomendacion para aquel; no obstante, debió el gobernador comprender, ya reconciliado con Cortés, que ninguno era más á propósito para dar felice cima á la expuesta empresa, que aquel hombre intrépido y valeroso que, estando preso en tierra, más de una vez hizo añicos sus grillos y escaló las murallas; y estando en el mar, se arrojó al agua, y á nado ganó la orilla.

Cuando fué nombrado general de la expedicion que á Méjico habia de dirigirse, vivia tranquilo en Santiago de Cuba, en compañía de doña Catalina Juarez, su esposa, á quien la historia califica de *hermosísima*.

Aunque la fortuna de sus padres era escasa, él supo adquirirla más que mediana, explotando las abundantes minas de oro que le habian cabido en el general repartimiento, con arreglo á sus distinguidos servicios; y la mayor parte de su riqueza la invirtió en construir y armar buques para dirigirse al imperio mejicano.

Los envidiosos y los desairados en su pretension conjuráronse contra Cortés; y como trascurrió bastante tiempo mientras la armada se reunía y preparaba, aquellos le aprovecharon para hablar á Velazquez, cuya suspicacia necesitaba de muy pocos esfuerzos: el gobernador creyó que los envidiosos y descontentos tenían razon, y determinó quitar á Cortés la comision que espontánea y voluntariamente le habia dado.

Llegó á noticia del intrépido y novel general lo que Velazquez meditaba; y sin esperar un punto, dispuso para aquella noche su partida: reunió su tropa en el muelle sigilosamente, y con ella se embarcó, sin esperar á la aurora (18 de Noviembre de 1518).

Acababa la armada de levar anclas y comenzaba á bogar, cuando apareció en el muelle Diego Velazquez, y al ver que no le habian engañado respecto de la partida de Cortés, dijo á este azorado: *¡Cómo! ¿Os vais así, sin despediros?* Cortés, sin detener su marcha, respondió: *Perdonad: urge el tiempo y hay cosas que son más para hechas que para pensadas. ¿Teneis alguna cosa que mandarme?*

Comprendió Velazquez que por la fuerza adelantaria poco; porque conocia perfectamente á Cortés. Sin embargo, si no se atrevió á replicarle frente á frente, despachó una orden al gobernador de Trinidad destituyendo á Cortés, para que la presentara á este tan pronto como llegase.

Llegó Cortés y recibió la orden con muestras del mayor respeto; pero tomó rumbo á la Habana, en donde supo por el gobernador de la isla que estaba decretada su prision. Cortés se manifestó resuelto á no dejarse prender, al mismo tiempo que el gobernador de la Habana no pretendia prenderle violentamente, y el conquistador siguió su derrotero con rumbo al cabo de San Antonio, y de allí á la costa del Yucatan.

Hizo alto en la isla de Cozumel, en donde con alguna más tranquilidad pasó *muestra* (revista), á fin de ver con qué elementos contaba para conquistar un populoso imperio. Llevaba consigo una armada compuesta de once buques, no todos grandes. En ellos iban quinientos ocho infantes, casi todos piqueros, treinta y dos ballesteros, y solamente *trece* arcabuceros, diez y seis *caballos*, ó ginetes, diez piezas de montaña, con cuatro falconetes, doscientos indios y ciento diez marineros.

Con tales elementos iba aquel eminente varon á emprender una de las más brillantes hazañas que en la historia se registran.

Pasada muestra, colocó su armada bajo la proteccion de San Pedro, é hizo bendecir por el capellan que consigo llevaba el estandarte, que puédese llamar *real*, hecho de terciopelo negro bordado y con flecos de oro, en el cual hizo poner el lema *Vin-*

cemus hoc signo: Con esta señal venceremos, orlando una cruz latina, de color rojo (1519).

La marcha de Cortés hasta llegar á la capital de Méjico fué un continuado triunfo, á pesar de aquellos indios, que sabian construir casas casi á la europea, se batian mejor que los de otras islas, siempre acudian en bandas numerosísimas, y hacian uso de cierta táctica peculiar suya, desconocida de los europeos.

Grandes dificultades se oponen al laconismo que nos hemos propuesto observar; y solo deseamos recuerde el lector que tan grandes dificultades, lejos de esperar se disminuyan, á medida que el tiempo avanza y los años trascurren, se hacen mayores, y llegaran á ser poco menos que insuperables.

Es la española historia tan gloriosa y abundante de célebres hechos, que da materia para escribir muchos tomos. Por nuestra parte, con harto sentimiento nuestro, vamos á compendiar cuanto es posible la gloriosísima y casi milagrosa conquista de Méjico; y el lector podrá calcular si será improba nuestra tarea, al reducir á pocas páginas lo que á otros autores, célebres y entendidos, ha dado motivo y materia para escribir tres y más abultados tomos.

Caminó triunfalmente Cortés removiendo obstáculos, venciendo enemigos, difundiendo la luz del Evangelio y derribando los simulacros de falsos y repugnantes dioses, hasta llegar á la embocadura de un rio, al que dieron el nombre de Grijalva, por el del antecesor de Cortés, en donde tuvo que sostener una accion bastante reñida.

Habiendo triunfado, prosiguió sin detenerse hasta *Tabasco*, ciudad populosa y buena, á la cual puso sitio, encontrando obstinada resistencia por parte de los que la habitaban; pero no tardó mucho en proclamarse en ella al rey de Castilla.

Hasta entonces todos habian sido triunfos, más ó menos difíciles; mas poco despues presentó á Cortés la batalla un ejército mejicano, cuya táctica y medios de combatir serian mejores ó peores, empero que estaba compuesto de CUARENTA MIL hombres, armados casi todos ellos de armas envenenadas, que eran naturalmente belicosos, y que defendian la independencia de su pais, su religion y sus leyes.

Para hacer frente á los cuarenta mil mejicanos contaba Cortés con QUINIENTOS CINCUENTA soldados de infantería y DIEZ Y SEIS ginetes, llevando á sus enemigos la única ventaja de los trece arcabuces y la artillería menor, ventaja que casi estaba compensada con las flechas y dardos emponzoñados que los mejicanos certeramente arrojaban.

Dióse la batalla el dia de Nuestra Señora de la Anunciacion (25 de Marzo de 1519), y Cortés destrozó y derrotó á sus CUARENTA MIL enemigos. Cierta es que el fuego y los caballos, cosas que los mejicanos no conocian, los impusieron mucho y contribuyeron en gran parte al destrozo; mas de todos modos, se batieron quinientos cincuenta españoles contra cuarenta mil mejicanos.

La rendicion de Tabasco fué consecuencia inmediata de aquel notabilísimo triunfo, y los indios, con sus caciques á la cabeza, se apresuraron á pedir paz á aquel hombre extraordinario, reconociendo á su rey y llenándole de riquísimos presentes.

Llamóse desde entonces, con muy justa razon, al sitio en que se dió la memorable batalla *Santa María de la Victoria*.

Entre los muchos regalos que recibió Cortés en Tabasco, le presentaron un gran número de bellas esclavas. Contábase entre ellas una de singular hermosura y de ilustre alcurnia: era hija de un cacique mejicano, y aficionada á la bizarría española, se dedicó á comprender nuestro bellissimo y sonoro idioma.

Pronto se decidió á abrazar la fé católica, y pusiéronla en el bautismo por nombre Marina; y como era de noble estirpe entre los suyos, doña Marina la llamaban.

Está hermosa mujer, en quien Cortés descubrió muy agudo y natural ingenio, comenzó por ser intérprete, siguió por ser confidente del capitan general de la expedicion, y concluyó por apoderarse del corazon de aquel invencible guerrero, que de acero le tenia para los enemigos, y de blanda cera para los demás.

Fuêle á Cortés de gran utilidad el extraordinario cariño que doña Marina le profesaba; porque como conocedora del país é inteligente en el idioma mejicano y en los dialectos de las provincias de aquel imperio, y práctica en sus costumbres y usos, daba á su amado oportunos y prudentes consejos, le prevenia de cuanto escuchaba, y le guiaba en aquellos intrincados senderos y veredas, que eran para Cortés un verdadero dédalo.

Sorprendido el emperador Motezuma con la noticia de la toma de Tabasco y con la derrota de los cuarenta mil indios, creyó oportuno congraciarse con un caudillo que tanto valor é inteligencia demostraba.

Determinó, pues, Motezuma enviar á Cortés una embajada, que le alcanzó en San Juan de Ulúa, la cual fué recibida por el caudillo español con la mayor pompa y solemnidad.

Nunca fué de mayor utilidad á Cortés la bella intérprete que en aquella ocasion. Doña Marina, con su natural y claro talento, decia á los embajadores en su natural idioma lo que Cortés en

español decia, y al traducir lo que los embajadores pronunciaban, si encontraba alguna expresion que, segun ella, pudiera disgustar á la susceptibilidad de su amado, la sustituia con otra, y todo lo conciliaba sin dar á nadie disgusto.

Comenzaron los embajadores por entregar al caudillo español los ricos presentes que el emperador de Méjico le enviaba; y despues, de parte del mismo le preguntaron quién era, de dónde iba y cuál era su objeto al visitar aquellos países.

Cortés satisfizo á todas las preguntas, y dijo á los embajadores que era súbdito del más grande emperador de la tierra. Despues dió á los embajadores mejicanos un regalo insignificante en Europa y de inmenso precio á los ojos de aquellos indios, y los obsequió con un banquete y con un simulacro.

Este último obsequio fué un golpe maestro de alta política; porque los embajadores quedaron anonadados al escuchar las detonaciones de los arcabuces, cañones y falconetes, y estupefactos al ver la velocidad con que evolucionaban los *monstruos*, que así llamaban á los ginetes, creyendo que estos con los respectivos caballos formaban una sola pieza. Así fué que los embajadores trataban á Cortés con un respeto muy parecido al temor, y volvieron á Motezuma, para decirle que los guerreros *pálidos* disponian de los truenos y rayos del sol, que era la deidad predilecta de los mejicanos.

Presentan los historiadores como una gran prueba del talento político de Cortés lo que hizo en la Villa-Rica de la *Vera-Cruz*, poblacion recién fundada por él.

Entre los capitanes que á sus órdenes tenia, habia algunos partidarios de Diego Velazquez, los cuales, lo mismo en las conversaciones particulares que en el consejo y en los actos oficiales, tendian siempre á procurar que se abandonase la conquista y regresase á Cuba.

Comprendiendo Cortés lo que aquellas indicaciones querian decir, trató de vigorizar su poder y autoridad. Al efecto, en una de las sesiones que celebró el ayuntamiento de Vera-Cruz, que el caudillo, en nombre del emperador habia nombrado, depuso el baston y todas sus insignias de mando, y al colocarlo todo sobre la mesa de la presidencia, hizo renuncia de su elevada dignidad delante de todos los capitanes y soldados.

Antes de que el ayuntamiento respondiese á Cortés, todos los guerreros en masa aclamaron á su dignísimo general, siendo notable que entre aquellos se hallaban los que pasaban por más enemigos del victoreado general. La buena manera, estudiada se supone, con que el caudillo habia procedido con ellos, les habia hecho cambiar de dictámen, y sobre todo, no comprendieron

aquella evolucion política y creyeron que la renuncia era un acto espontáneo de desprendimiento y de abnegacion.

Quedó, pues, nombrado Cortés nuevamente y por aclamacion popular, que aprobó y sancionó el ayuntamiento de la Vera-Cruz, capitan general de aquel pequeño ejército, con todas las facultades propias de un jefe supremo é inherentes á un conquistador.

Satisfecho y complacido hallábase el ilustre caudillo, cuando para colmar su satisfaccion y su gozo, aparecieron ante él los embajadores del cacique de *Zempoala*; pero no llegaban aquellos á hacer preguntas parecidas á las que hicieran los embajadores de Motezuma: solicitaban la alianza de Cortés para hacer unidos la guerra á Motezuma, á quien llamaban opresor, déspota y tirano.

No se detuvo un punto Cortés: atravesando terrenos des poblados, da vista despues á otros fertilísimos y pintorescos, y llega á *Zempoala*: el cacique, personaje ridiculo por su obesidad, que hizo involuntariamente reir á los españoles, alabó á Cortés por la célebre victoria de Tabasco, y le repitió despues lo mismo que le habian dicho los embajadores.

Puestos de acuerdo Cortés y el opulento cacique para hacer la guerra á Motezuma, con grande alegría de ambos, hizo igual alianza con el cacique de *Quiabistan*, el cual tan fuerte y enorgullecido estaba con la amistad de Cortés, que habiéndosele presentado unos enviados de Motezuma, para en nombre de este reprenderle por lo que aquel llamaba su traicion, el cacique, animado con la esperanza de ser sostenido por los españoles, prendió y puso entre cadenas á los enviados del emperador mejicano.

Entonces fundó Cortés la verdadera ciudad de *VERA-CRUZ*, entre el mar y *Quiabistan*, cuya poblacion destinó para puerto, almacen y punto de defensa en caso de retirada. Hecho esto, despachó á Europa un buque cargado de riquezas, y con ellas una exacta relacion de todo cuanto en el imperio mejicano habia hecho, solicitando la aprobacion del emperador. El objeto que se proponia era el hacerse fuerte contra Velazquez, de quien, con sobrada razon, todo lo temia.

Un solo golpe en vago dió entonces Cortés, que pudo comprometer el éxito de la conquista. Impropio fué de su talento y de su tacto político; pero se dejó arrastrar por la opinion de los soldados, y el haberse opuesto hubiera sido por el extremo peligroso.

Vivamente afectados los guerreros al ver que aquellos bárbaros sacrificaban á sus falsos dioses víctimas humanas, decidie-

ron romper los ídolos y hacer desaparecer todos aquellos simulacros de crueldad y de barbarie.

Supieronlo los indios, y acudieron á la defensa de los objetos de su culto; y para evitar un grave conflicto fué preciso que doña Marina hiciese entender á los alarmados indios que si hacian armas contra los españoles, estos soltarian los rayos y los truenos del sol, y serian todos ellos aniquilados. Estas palabras hicieron gran sensacion en aquella aterrada muchedumbre, que vió inmóvil derribar los ídolos, lavar las paredes del repugnante templo que tintas de sangre estaban, purificarle, consagrarle y celebrar sobre un improvisado altar, con una sola cruz encima, el santo é incruento sacrificio.

No dejaron de hacer en los indios gran novedad aquellas solemnes y magestuosas ceremonias, tan diversas de las de su bárbaro y sangriento culto; empero lo que paralizó la sangre en las venas de aquellos fanáticos, fué el ver que sus dioses no aniquilaban á los profanadores de su culto, cosa que disminuyó mucho en ellos el antiguo ardor de su fé.

La sedicion seguia siempre vagando por el pequeño campamento español; pero esta vez estaba la conspiracion contra Cortés perfectamente combinada. El pretexto era la necesidad de volver á Cuba; el origen el afecto de algunos guerreros á Diego Velazquez.

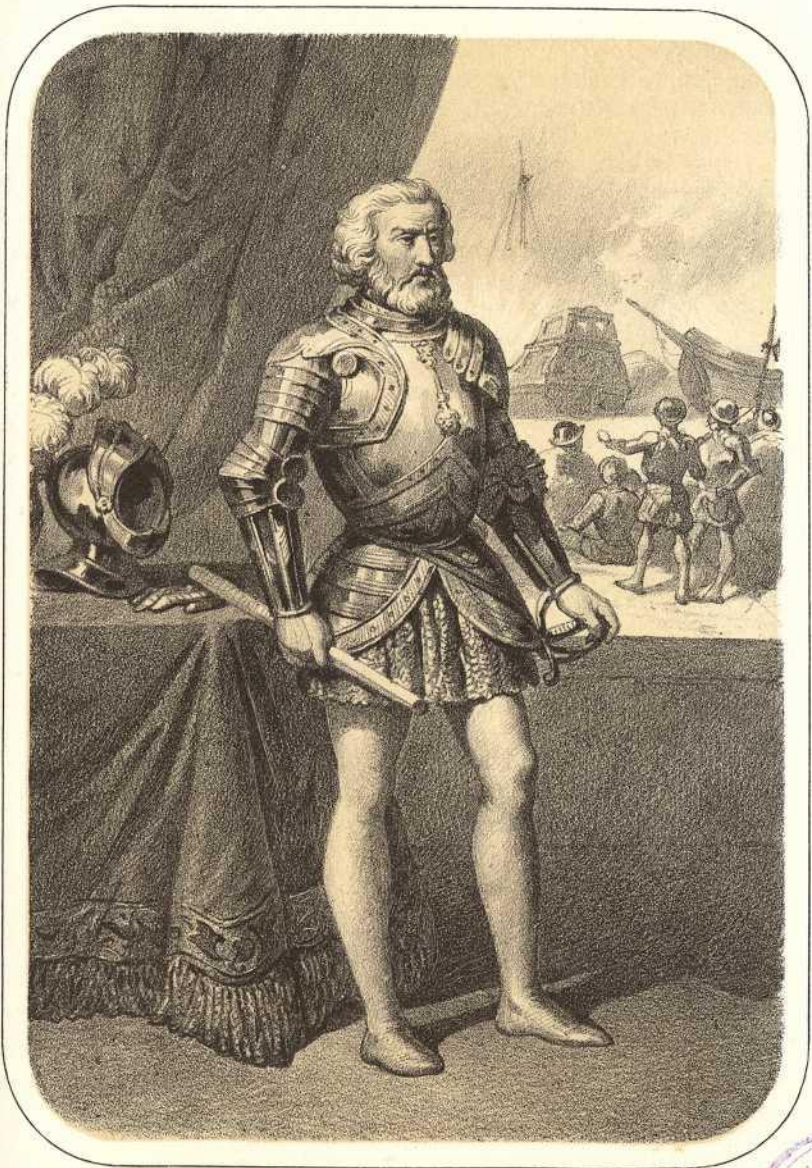
Cortés entonces, en aquella suprema ocasion en que hubiera vacilado la fortaleza de cualquier otro aunque muy fuerte fuese, demostró todo el inmenso valor que su corazon abrigaba, toda la grandeza de su elevada alma, y toda la incalculable fé que en su alta mision tenia.

Para cortar de raiz las sediciones é impedir que se solicitase la vuelta á la Habana, se dirige al puerto, manda á los marineros quitar las velas, jarcias, etc., y luego hace prender fuego á las naves, y dice: *¡No hay medios de retroceder; adelante ó morir!*

Tiene tanto de heróico, sublime y maravilloso este solo rasgo de inconcebible audacia y valor, que el referirle sencillamente es su mayor y más cumplido elogio. Hay ciertos hechos que no admiten comentarios, ni permiten apreciaciones; porque es tal su magnitud, que lo empequeñece todo, hasta los elogios con que se trata de ensalzarlos.

Bien sabia Cortés que al hacer aquel alarde de valor, jugaba su vida; pero estaba á todo dispuesto y preparado, porque comprendia que era forzoso, para ser obedecido, mostrarse superior á todos.

Perdida la esperanza de regresar á Europa, subió muy de



C. MUGICA, dib^o y lit^o

Lit. de J. DONON. Madrid.

Hernan Cortés
(Méjico).



punto la desesperacion de los guerreros, y aun hubo quien se atrevió á proferir palabras contra la vida del heróico general. Este, empero, se aparece más airado de lo que ellos estaban, les presenta la verdad desnuda, los intimida, los convence con su arenga llena de fuego y de entusiasmo, y al terminarla se oye un solo grito: *¡ Viva Cortés! ¡ Vamos á Méjico!*

Hasta entonces todo habian sido sumisiones; mas inesperadamente se presentaron á Cortés los embajadores de Tlascala, á declararle la guerra en nombre de la república, que república independiente era.

Dióse una batalla, mandando á los tlascaltecas su valeroso jefe llamado Xicotencal; y aunque venció Cortés, tuvo la desgracia de perder un caballo, pérdida que se convirtió en dos, á cual más importantes: la de perder un caballo, de solos diez y seis que tenia, y la de haberse desengañado los indios respecto de uno de los dos medios con que Cortés contaba para disminuir la ventaja que en lo numeroso de sus fuerzas los indios le llevaban: porque la cabeza del caballo fué triunfalmente paseada por Tlascala, al mismo tiempo que los indios con grande gozo gritaban y decian *que no eran inmortales aquellos monstruos.*

Despues de la batalla en que Xicotencal fué vencido, tuvo este presuntuoso, aunque muy valiente caudillo, la debilidad de creerse seguro del triunfo en definitiva, aunque acababa de ser derrotado.

Preparó Xicotencal un gran regalo, cuya parte principal consistia en hermosas gallinas y en otras viandas de las que por más succulentas pasaban entre aquellos indios. El regalo, aunque dirigido á un enemigo que acababa de ser vencedor, nada hubiera tenido de extraño á no haber sido acompañado por estas ridículas palabras, más propias de un maton que de un guerrero: *Tomad, dijeron los embajadores; el poderoso Xicotencal, nuestro jefe, os envia este regalo, para que puedan engordar vuestros soldados antes de ser sacrificados á nuestros dioses: de modo que, al comerlos en el banquete con que se celebre la victoria, tengan buen gusto y sirvan de nutritivo alimento.*

Dióse poco despues una batalla, en la que fueron derrotados los innumerables tlascaltecas; y por consecuencia, no pudo el arrogante Xicotencal celebrar el banquete y comer carne de europeos.

Los sacerdotes indios que veian vacilar el ánimo de sus soldados, hicieron creer al pueblo que la fuerza de los españoles procedia de los rayos del sol, y que atacándolos de noche serian infaliblemente vencidos.

Tenian los tlascaltecas completa fé en los sacerdotes de sus

falsos dioses, y dispusieron una batalla para la noche del siguiente dia.

El destrozo que aquellos ilusos sufrieron, difficilmente pudo calcularse. Perecieron á millares, y los que sobrevivieron, se vengaron en los mismos engañadores que en tono profético los habian llevado á su perdicion. Los sacerdotes que más seguridades del triunfo los habian dado, fueron sacrificados y comidos.

En seguida Tlascalala convidó con la paz á Hernan-Cortés, el cual hizo en dicha ciudad una entrada ostentosa y triunfal. Ofrecieron los tlascaltecas ayudar á los españoles en la conquista, y fueron siempre fieles aliados y de gran utilidad á Cortés.

Los infames cholulanos cometieron una horrible traicion despues de celebrada la paz con Tlascalala.

Entró Hernan Cortés en Cholula, á invitacion del emperador de Méjico, y los indios le recibieron con grande alegria y con públicos festejos. Trataron con tales demostraciones de engañar al bizarro caudillo español, mientras que en secreto tramaban una bárbara y cruel conspiracion. Cuando los españoles estuviesen entregados al descanso y completamente dormidos, debian ser degollados.

Afortunada y providencialmente, doña Marina, práctica en el dialecto de los cholulanos, se apercibió de lo que pasaba y avisó al momento á Cortés. Culpase á este celeberrimo caudillo de cruel; y en efecto, contra su natural carácter, lo fué en aquella ocasion, permitiendo un degüello casi general; esto es, cesó aquel cuando los soldados se cansaron de degollar.

Para juzgar con acierto de la sangrienta medida que adoptó el conquistador, débese tener en cuenta que los de Cholula eran aliados de los españoles; que procedieron los primeros con tal arteria, que secretamente preparaban el degüello de los españoles, mientras los obsequiaban públicamente con infernal intencion, para inspirarlos confianza, á fin de que tranquilamente se entregasen al descanso; y últimamente, Cortés consideraria que si dejaba impune la negra traicion y repugnante alevosía, la misma impunidad alentaria á otros indios para verificar lo que los cholulanos no pudieron realizar.

Hecho el terrible escarmiento, prosiguió el conquistador en direccion de la capital del imperio. Cuéntase que los españoles quedaron tan sorprendidos al ver aquel deliciosísimo pais, que le denominaron *tierra de promision*.

Sabedor Motezuma de que Cortés se acercaba, salió fuera de la ciudad á recibirle. Presentóse el soberbio emperador sentado en un sillón de oro, colocado sobre unas andas de igual precioso metal, que llevaban los cuatro principales magnates del imperio.

El traje de etiqueta del emperador de Méjico consistia en una túnica de blanquísimo algodón sembrada de preciosas piedras; manto, también de algodón, de color de púrpura, cuajado de oro y y brillantes; una especie de mitra, igualmente de oro, que le servia de corona, así como el largo cetro que remataba en un abanico de preciosas plumas, y las sandalias llenas de pedrería, cuyas suelas eran asimismo de oro macizo.

Al divisar á Cortés descendió el emperador de su silla, avanzó algunos pasos é hizo una profunda reverencia al célebre conquistador. Este solo hecho dió á Cortés gran prestigio entre los mejicanos, porque á nadie habia demostrado tanta veneracion el orgulloso Motezuma (8 de Noviembre).

Aun debia dar el gran conquistador una nueva muestra de inaudita audacia. Grande fué la que diera al *quemar las naves*; empero no fué relativamente menor la que dió poco despues de su entrada en Méjico.

Ocupábase la fértil imaginacion del entendido y valeroso caudillo de encontrar los medios de agregar aquel vasto y hermoso imperio á la ya rica y poderosa corona española. Veíase en una magnífica poblacion de veinte mil casas; observaba que el imperio estaba regido por buenas y aun sábias leyes: que habia colegios en donde se educaba é instruía á la juventud; existía un senado que aconsejaba al emperador en los asuntos de árdua resolucion; era la ciudad populosa; la guarnicion numerosísima, disciplinada y práctica en una táctica militar que, si bien peculiar de aquellos indios, era buena y á propósito para la clase de guerra que á aquel país convenia; que, en pocas palabras, fuera de los bárbaros sacrificios con que á sus deidades festejaban, no estaban los mejicanos en el estado de barbarie que se suponía, ni era el vencerlos cosa tan llana y fácil como se habia creído. Los recursos materiales de Cortés, ya sabe el lector cuáles eran.

Adoptaba y desechaba en pocos momentos diversos proyectos; y, como él mismo decia á sus capitanes, quitábale la tranquilidad y el sueño el grave compromiso en que colocado se veía.

Aquel hombre verdaderamente fuerte seguía vacilante é indeciso, cuando llegó á su noticia que un general del imperio, llamado Qualpopoca, habia atacado á la guarnicion de Vera-Cruz, que habia salido á proteger á los indios confederados.

La guarnicion de Vera-Cruz era tan escasa como debe suponerse, con solo considerar que formaba parte del exiguo ejército de Cortés. Atacada aquella por los millares de indios que á sus órdenes llevaba Qualpopoca, en el choque perecieron siete bizarros españoles y quedó gravemente herido el gobernador de

Vera-Cruz, Juan de Escalante, uno de los más bizarros capitanes de Cortés.

Este desgraciado suceso devolvió al conquistador toda su energía; comprendió que era forzoso dar un golpe imponente, y dirigiéndose al palacio de Motezuma en compañía de algunos de sus capitanes, á pesar de hallarse el emperador rodeado de toda su corte y custodiado por su numerosa guardia, le dió con la mayor energía las justas quejas por la injusta agresion de uno de sus generales, cuando en paz y amistad estaban, y manifestándole francamente que suponía y debía suponer en el emperador complicidad con el general agresor, *pone por sus manos unos grillos al poderoso Motezuma y le lleva preso al cuartel de los españoles*. Este es tambien uno de esos hechos que no admiten alabanza, porque él en sí mismo la lleva, siendo por sí más grande que todos los mayores elogios que quisiéramos prodigarle.

Aterrado Motezuma con aquel golpe de audacia, lo mismo que todos sus vasallos, se deja conducir, y ruega á Cortés proceda como quiera con los que habian faltado á la amistad que entre españoles y mejicanos existía.

Qualpopoca y los caudillos que habian estado á sus órdenes fueron entregados á Cortés, juzgados en un consejo de guerra y castigados con la última pena. Hecho esto, quitó Cortés al emperador los grillos, pero no le dió libertad.

Olvidado el conquistador del peligro que habia corrido su hueste cuando, algunos meses antes, derribó y destruyó los ídolos, repitió igual escena en Méjico y dió margen á una sublevacion general.

Motezuma con tal motivo manifestó decididamente á Cortés que era necesario se alejase de su imperio, á fin de evitar disturbios y trastornos. El caudillo español no mostró repugnancia á marchar; mas hizo presente al prisionero emperador la falta de buques, que no le permitía complacerle. Pidió Cortés auxilios y brazos para construir las naves necesarias, y Motezuma gozoso se apresuró á facilitar cuanto Cortés habia pedido, esperando con ver alejarse á aquel de su corte y de su imperio.

En esta obra, que de propósito se llevaba muy despacio, se hallaba el caudillo español, cuando supo que el teniente de Velazquez, llamado Pánfilo de Narvaez, habia desembarcado en Méjico, seguido de mil cuatrocientos hombres, con el objeto de apoderarse de Cortés para llevarle á Cuba y someterle al fallo de un consejo.

Todos los conflictos y riesgos que habia sufrido el heróico Cortés habian sido, con ser tan grandes, muy pequeños, comparados con el que ya de cerca le amenazaba. Si los mejicanos

veían á dos jefes europeos batirse, y si era vencido aquel caudillo que por invencible tenian, ¿á dónde iria su prestigio? ¿Qué suerte le esperaba?

Cortés debia desplegar todos los recursos de su imaginacion para detener aquel fatal y destructor golpe; pero no habia otro medio que luchar y procurar vencer á toda costa.

Encomienda la guarda de Motezuma al célebre capitán Pedro de Alvarado, le deja ochenta soldados escogidos, y él sale con el resto en busca de Narvaez. Solo llevaba consigo doscientos cincuenta soldados, con los que se iba á oponer á los mil cuatrocientos de Narvaez, los cuales no eran indios: eran españoles tambien, valerosos, decididos é instruidos en el arte de la guerra.

Llega Cortés á Zempoala; sorprende á Narvaez, se bate con él, le vence, le aprisiona, y reúne á sus tropas las del vencido.

Libre de aquel cuidado, regresa á Méjico y encuentra que los mejicanos se han aprovechado de su ausencia y tienen sitiado el cuartel de los españoles.

Entra Cortés en Méjico y refuerza al valeroso Alvarado: comiézase la lucha, y en una de las acciones el emperador, aconsejado por algunos españoles, se asoma contra su voluntad á una ventana para arengar á los suyos, y en el instante una enorme piedra le rompe las sienes. Poco tiempo despues, á consecuencia del golpe, fallece el infeliz emperador (30 de Junio de 1526).

Paralizáronse los mejicanos al ver que á sus manos habia muerto su mismo emperador; mas bien pronto se recobraron y aclamaron á un hermano de Motezuma, llamado Quetzlavaca.

Despues de haber elegido al nuevo emperador, la sangre corrió á torrentes por las calles de Méjico. Los indios habian construido fuertes barricadas; habian sembrado de obstáculos las calles; habian hecho en ellas zanjas ocultas y disimuladas con ramas cubiertas de tierra, que al poner sobre ellas el pié, irremisiblemente se hundian; y habian subido á las azoteas grandes piedras, enormes troncos de árboles y otros destructores objetos, para tirarlos sobre los españoles y destruirlos.

Viendo Cortés caer á sus bizarros soldados, sin poder evitar el destrozo, determina, con no pequeño sentimiento, abandonar la capital del imperio, y la evacua, en efecto, de noche; pero es atacado por la muchedumbre en el paso de las lagunas, y se comienza una encarnizada lucha, en la que perece entre otros el famoso capitán Velazquez, sobrino del gobernador de Cuba, pero acérrimo defensor de Cortés, como muy amigo que era de la justicia.



Grande fué el destrozo hecho en los bizarros españoles, quienes al fin salieron, con mucha pérdida, de Méjico; mas al llegar al anchuroso valle de Otumba, desde entonces célebre y famoso, encuentra Cortés que le esperan cuarenta mil indios.

Era este número bastante para arredrar al más temerario; y sin embargo, el animoso Cortés conoce la necesidad de batirse, y para batirse con honra prepara su pequeña hueste.

La accion fué breve, pero muy sangrienta; era humanamente imposible el que Cortés venciese con su reducido ejército á uno tan numeroso. Estaba, empero, destinada doña Marina para ser en el mundo el ángel salvador de Cortés y la decidida protectora de aquella gloriosa conquista.

Cuando Cortés veía ya en su acalorada imaginacion perdidos todos sus trabajos y peligros, suponiendo que era irremediable la derrota, recuerda que su amada le ha dicho en otro tiempo que los mejicanos consideraban su estandarte real como el emblema del seguro triunfo mientras permanece enhiesto, como nuncio infalible de derrota y vencimiento si caía al suelo.

Recordar el bizarro caudillo las palabras de la bella doña Marina y aguijar el corcel, seguido de cuatro ó cinco capitanes, entre los cuales iba el famoso Pedro de Alvarado, fué obra de un instante.

Los cinco ó seis caballos todo lo atropellan y deshacen, al mismo tiempo que los bizarros ginetes llevan en sus aceros la segur de la muerte, hasta que, lanza en ristre, llega Cortés al sitio en que el porta-estandarte se hallaba sobre unas andas de oro. Rodeábante los caudillos más nobles y valerosos; mas este obstáculo pronto rodó deshecho: Cortés acomete al jefe que sostenía la enseña; le da un terrible hote de lanza; los que sostenían las andas se ponen en fuga, y andas, estandarte y general caen rápidamente sobre el ensangrentado suelo (8 de Julio).

Desde aquel momento la batalla se convirtió en verdadera carnicería; los muertos fueron muchísimos, y á millares se cogieron los prisioneros, con un riquísimo botín. Cortés, triunfante y tranquilo, se dirigió á Tlascalá, con siete heridas, de que en la amiga ciudad fué curado.

Después del glorioso triunfo de Otumba recibió Cortés importantes refuerzos. Tres navíos llegaron de España con municiones de todo género, tropa y pertrechos.

Reunió el valeroso caudillo más de tres mil hombres de combate, que equivalían á un grande ejército para el que estaba acostumbrado á no tener más guerreros disponibles que tres ó cuatrocientos: los tlascaltecas le dieron un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Con tales elementos se creyó Cortés, y no sin razon, invencible, y se propuso continuar realizando su conquista; y por si no estaba completamente decidido, la noticia de la muerte del nuevo emperador Quetlavaca le hubiera acabado de decidir.

Con tal motivo fué proclamado emperador un sobrino de Moctezuma, llamado Guatimocin. El nuevo soberano de Méjico, como jóven, tenia instintos belicosos y se preparó á la guerra, reclutando tropas y haciéndolas adiestrarse en las maniobras de la guerra.

El caudillo español, sin embargo, no hace más que sostenerse sin huir, pero sin acometer. Ha comprendido que para posesionarse de la capital necesita del auxilio de algunos buques, á fin de hacerse respetar de las innumerables piraguas de los indios, y ha puesto manos á la obra, aprovechando los despojos de las quemadas naves.

Ya estaba Cortés á punto de comenzar el ataque contra la capital del imperio, cuando estalló entre sus soldados una conspiracion contra su propia vida. Dicha conspiracion costó la suya á Antonio Villafañe (partidario de Diego Velazquez y autor principal del motin), que fué sentenciado por un consejo de guerra.

No fué tomada en vano la precaucion de Cortés al construir los buques: millares de piraguas poblaban el inmenso lago; y á pesar de las armas de fuego, de la artillería y de todos los elementos con que contaba Cortés, fueron perdidos muchos dias sin adelantar cosa, y desaparecieron del mundo centenares de hombres. Hernan Cortés se decidió á bloquear la ciudad, cansado de ver cuán infructuosos eran los ataques.

Por fin, y cuando ya se sentia dentro de Méjico el hambre, dispuso el caudillo español un asalto general, que fué dado con toda la bizarría propia de españoles.

Por desgracia Cortés, acometido por seis guerreros á la vez, cayó herido; el capitán Olea le salvó la vida, aunque tambien quedó por muerto sobre el campo. Los españoles tuvieron que replegarse, con no pequeña pérdida.

Cuando Cortés contemplaba que ni solo ni acompañado de los auxiliares podria quizá vencer, recibió aviso de que los citados auxiliares querian abandonar el campo y retirarse. El motivo de este cambio de parecer no fué otro que el haberles hecho entender sus compatriotas que *dentro de ocho dias* perecerian todos los españoles, que así se lo habia dicho á sus sacerdotes su dios *Huitzilopochtli*.

Cortés pidió á los aliados se detuviesen los ocho dias, para ver si el pronóstico se realizaba; mas como ninguna novedad ocurrió en el campo español, los aliados se convencieron de que los sa-

cerdotes de Huitzilopochtli habian forjado aquel engaño para sostener el ánimo que ya comenzaba á faltar á los mejicanos, y continuaron aliados con los españoles.

Animados estos porque contaban con el refuerzo de los primeros, hicieron una impetuosa entrada en Méjico, derribando, incendiando y arrollando cuanto al paso encontraban; y como la resistencia era más débil, porque el hambre tenia casi sin fuerzas á los defensores, estos se declararon en fuga, y el mismo Gualimocin, con pretexto de ceder á la necesidad para al mismo tiempo hacer la guerra desde otro punto más conveniente, huyó tambien.

Una verdadera corazonada hizo que un español, llamado García Holguin, que mandaba uno de los buques de España, persiguiese á una piragua, por habérsele figurado que en ella iban personas de verdadera importancia. Cuando se preparó á hacer fuego sobre la piragua, un jóven animoso y de buen aspecto le pide que no mande disparar, y se da á conocer como emperador de Méjico. Era, en efecto, Guatimocin, el cual se entregó, sin pedir otra gracia que la vida para los que con él iban en la piragua, y que respelasen á su esposa.

Preso el emperador, Méjico quedó á disposicion de los españoles.

Guatimocin y sus ministros fueron puestos á cuestion de tormento, porque no se encontraban todas las riquezas que se deseaban. Algunos de los tormentos fueron tan bárbaros é inauditos, que entre ellos se cuenta el de las parrillas sobre el fuego. Cierto es que el ex-emperador mejicano fué prontamente retirado de las parrillas; empero no lo es menos que el solo hecho de haber ideado aquel género de tormento fué una bárbara ferocidad.

Guatimocin estuvo tres años prisionero, al cabo de los cuales fué ahorcado por haber tomado parte en una conspiracion. Si esta fué cierta ó supuesta, no lo sabemos; mas todo pudo ser, que al fin y al cabo el ex-emperador era un vivo y permanente estorbo.

Tal como hemos referido fué la milagrosa conquista de Méjico; verdadero prodigio de valor, abnegacion, inteligencia, sufrimiento y astucia.

Méjico quedó definitivamente por España el dia 13 de Agosto de 1521; por manera que Hernan Cortés, auxiliado por Sandoval, Alvarado, Velazquez (el sobrino), Escalante y otros cuatro ó cinco capitanes, con un puñado de valientes, solo necesitó dos años de tiempo para hacer su nombre inmortal y dar á España un vasto y riquísimo imperio.

No todos los héroes de Méjico vieron el fin de la conquista. Entre los que sucumbieron como buenos se contó al valiente y caballeroso Velazquez, que pereció víctima de su denuedo en la sorpresa de las lagunas, en aquella terrible noche tan desastrosa para los españoles, que al hablar de ella para conmemorarla, no decian ni el dia ni el mes en que la sangrienta catástrofe habia sucedido: denominábanla *la noche triste*, y sin decir más se comprendia de qué noche se hablaba.

CONQUISTA DEL PERÚ.

Un hombre tambien de grande valor, pero no de las excelentes condiciones que en Hernan Cortés concurrían, hallándose en Panamá se propuso marchar contra el Perú.

Era, como Cortés, extremeño y tambien de Trujillo. Su padre habia sido capitan; pero él parecia un hombre nacido de la hez del pueblo; porque habiendo tenido durante su niñez la humilde ocupacion de pastor, ni aun firmar su nombre sabia. Era, sin embargo, tan grande su valor y tan claro su natural talento, que dedicado por su propia vocacion á la carrera de las armas, muy pronto llegó á ser capitan, aunque siempre tuvieron que firmar por él, y él solo ponía unos verdaderos garabatos, que eran su rúbrica. Este valeroso guerrero se llamaba FRANCISCO PIZARRO.

Era poco rico para acometer por su propia cuenta la difícil y atrevida empresa: por esto se asoció á dos hombres acaudalados, uno de ellos llamado Diego de Almagro, y el otro Fernando Luque, á la sazón vicario de Darien.

Los dos compañeros de Pizarro se comprometieron á costear los inmensos gastos de la expedicion, y él á dirigirla y realizarla como caudillo.

Presentáronse al gobernador de Panamá para pedirle la vénia, y obtenida esta, se fletó un solo buque en el cual se dieron á la vela Pizarro, Luque y Almagro con ciento doce soldados y marineros: este era el EJÉRCITO que se dirigía á conquistar el Perú. El dia 10 de Marzo de 1526 salió Pizarro del golfo de Panamá.

Pasó el conquistador y los que le acompañaban grandísimos trabajos y casi irresistibles penalidades; y despues de vagar sin rumbo cierto, llegaron á las costas de Quito, opulenta y vasta provincia del reino del Perú.

Desembarcó Pizarro en Tucamas, y entonces, por primera vez, comprendió lo difícil y temeraria de aquella empresa, per-

suadiéndose de que necesitaba de más soldados y de mejores elementos para realizarla. Esta oportuna reflexión hizo pensar á Almagro en regresar á Panamá en busca de refuerzos y de cuanto les era necesario.

En tanto Almagro volvía, sufrió Pizarro con sus compañeros incalculables trabajos y miserias; mas por fin regresó Almagro, y tres semanas después llegaba el conquistador á la bahía de Tumbes, también ciudad del Perú.

Hizo el caudillo saltar á tierra á los exploradores, los cuales fueron recibidos con muestras de placer. Los caciques mandaron á Pizarro muchas provisiones en utensilios de oro y de plata, y le dieron por medio de sus representantes una cordial bienvenida.

No se determinó Pizarro á intentar cosa alguna relativa á la conquista, porque si Quito era populosa, Tumbes no lo era menos; y como á pesar de los refuerzos llevados por Almagro, apenas contaba con elementos de guerra, determinó volver á Panamá, creyendo encontrar apoyo en el gobernador, para obtener lo necesario á llevar la grande empresa á cabo, si apoyaba su petición en los datos que ya tenía y en la riqueza que consigo llevaba.

El gobernador, empero, se negó á todo, y habiendo aquellos tres hombres emprendedores agotado sus particulares recursos, que solo Luque invirtió 20,000 pesos de oro para los primeros gastos de la expedición, determinaron pasar á España, y Pizarro fué el comisionado para presentarse al emperador.

Con mal pié entró Pizarro en Sevilla, que fué en donde desembarcó (1528). Apenas puso el pié en tierra fué llevado á la cárcel, á instancia del bachiller Enciso, por asuntos particulares ocurridos en América.

Pocos dias despues, deshecho el atropello, fué puesto Pizarro en libertad y se trasladó á Toledo, en donde á la sazón se hallaba la corte.

Ocurrió la notable coincidencia de hallarse en la imperial ciudad, al mismo tiempo que el futuro conquistador del Perú, el sin par conquistador de Méjico, el inmortal Cortés.

El emperador escuchó atentamente á Francisco Pizarro; y además de ofrecerle todo género de auxilios para llevar á cabo su arriesgada empresa, le hizo caballero del hábito de Santiago y nombró capitán general y gobernador del Perú (entonces NUEVA CASTILLA), con título de adelantado mayor de la tierra.

Gozoso y animado regresó al Nuevo-Mundo Francisco Pizarro, en donde tuvo un fuerte disgusto con su compañero Almagro; porque el cargo de adelantado mayor le solicitaba este, y

aquel se habia comprometido á obtenerle para él. Pizarro, sin embargo, no pudo dominar la tentacion, y cediendo á sus ambiciosos instintos aceptó para sí lo que habia ofrecido obtener para Almagro.

D. Fernando de Luque, que era sacerdote, obtuvo el obispado de Tumbes y recibió el nombramiento de protector general de los indios de Nueva-Castilla; y el nuevo prelado reanudó la amistad de Pizarro y Almagro, ofreciendo el primero no pedir ni aceptar merced ninguna para él ni para sus hermanos, que llevó cuatro de España al regresar de Toledo, hasta haber obtenido para Almagro un adelantamiento igual al suyo, que contaba doscientas leguas de costa, que comenzase en donde tenia el término en su extension el de Pizarro.

En tal estado se hallaba la proyectada conquista del Perú, cuando terminó el tercer decenio del siglo XVI.

DECENIO CUARTO.

AÑO 1531.

ESPAÑA.

En este año el Consejo de Castilla hizo vivas gestiones para que regresase el emperador á España. La reina su esposa, aunque muy excelente señora, no podia reemplazar á un soberano tal como Carlos I, y los asuntos del reino sin andar, se deslizaban casi por su propio peso; pero todo llevaba el sello de la inercia y nada tenia el carácter de la actividad.

Esto sucedia en Castilla: respecto de Aragon no ocurría lo mismo. Gente la aragonesa más decidida y de accion, no tomaba en cuenta las distancias, y en cuanto creia que se faltaba á alguno de sus venerandos fueros ó se barrenaba ó trataba de faltar ó barrenar alguno de sus amados privilegios, aunque el emperador se hallase á doscientas ó trescientas leguas, á encontrarle iba una comision aragonesa para reclamar y no consentir la infraccion.

REFORMA LUTERANA.

Dijimos al terminar el decenio anterior que los protestantes refugiados, por decirlo así, en Smalkalde, se apresuraron á im-

plorar el auxilio de Francia y de Inglaterra. La ocasion, respecto de esta última potencia, no podia ser más oportuna: Enrique VIII, el defensor de la fé, el autor del tratado de *Los siete Sacramentos*, estaba á la sazón ciegamente enamorado de Ana de Boulén (Ana Bolena), y se hallaba en contestaciones demasiado agrias con el Sumo Pontífice.

Pretendía el rey inglés divorciarse de doña Catalina de Castilla, hija de los Reyes Católicos y tia del emperador, y el Pontífice, que no encontraba apoyada en razon alguna la injusta petición del rey, la denegó resueltamente; y la primer venganza de Enrique VIII consistió en enviar á los de Smalkalde una fuerte suma de dinero, y se preparó para apoyarlos con todas sus fuerzas, negando la obediencia al Vicario de Jesucristo, y si preciso fuese, inclinando á todo su pueblo á separarse de la comunión de la Iglesia católica.

El rey de Francia, que no se hallaba en el mismo caso que Enrique VIII, no pudo dar igual escándalo; sin embargo, el desagradecido Francisco I, solo por ir contra Carlos I y perjudicarlo en todo lo posible, se alió secretamente, ya que en público no podia, con los protestantes de Smalkalde.

PERU.

En este año llegó de nuevo á Tumbez Francisco Pizarro, investido ya de la autoridad que le habia conferido el emperador, y al frente de un ejército parecido en lo *numeroso* al primitivo del gran Hernán Cortés.

Pizarro se halló extrañamente sorprendido con el cambio que notó en aquellos naturales: los mismos que le habian visitado, obsequiado y regalado en su primer aparicion, se mostraron hostiles en la segunda; y era que habiendo los de Tumbez referido á los de otros puntos la aparicion de los *hombres pálidos*, aquellos les habian referido algunos hechos, poco honrosos en verdad, de los conquistadores.

Sin duda por esto los de Tumbez se presentaron en armas y mandados por sus caciques; y Pizarro, que comprendió, como Cortés en Méjico, la necesidad de comenzar de un modo que impusiese á aquella innumerable falange, hizo una contramarcha y por la noche cargó de flanco sobre los enemigos.

Ganó Pizarro la accion: su escasa caballeria produjo en el Perú el mismo destructor y aterrador efecto que en Méjico.

AÑO 1532.

ESPAÑA.

En este año se celebraron Cortes generales de Castilla en Segovia. Presidió las sesiones la emperatriz, y los procuradores, en nombre del reino, presentaron á la augusta señora ciento diez y nueve peticiones, relativas todas á importantes asuntos de gobierno interior.

A pesar de todo quedaron sin resolver, porque la emperatriz no se atrevió á decidir sin anuencia del emperador.

Los aragoneses, dudando de si la ausencia del soberano se prolongaría ó no, á Alemania mandaron un mensaje para Carlos I, por medio de D. Hugo de Urríes, señor de Ayerbe.

Reduciase el mensaje á suplicar al emperador tuviese siempre en su consejo aragoneses concededores de los fueros del reino, á fin de que no expidiese letras *desaforadas*; que promoviese al obispo de Huesca á otra diócesi, porque siendo extranjero el que ocupaba aquella sede episcopal (el cardenal Campege), se daba el reino por agraviado; y despues de otros particulares, rogaban al soberano no proveyesse el cargo de lugarteniente general de la corona de Aragon en persona extranjera, de acuerdo con los privilegios de Jaime II y Pedro IV.

REFORMA LUTERANA.

A pesar de lo decidido que el emperador estaba contra los protestantes, tuvo necesidad de condescender en que su hermano D. Fernando, rey de romanos, hiciese alianza con ellos, aunque provisionalmente, celebrando un tratado de paz en Nuremberg. Estaba á la sazón el reino de Hungría ocupado por el turco, que habia hecho una invasion al frente de treinta mil hombres, como en otro lugar hemos dicho, y era forzoso al rey de romanos el quedar desembarazado de los asuntos interiores, para atender á los invasores exclusivamente.

Los protestantes, que en el tratado de Nuremberg habian encontrado todo lo que podian por entonces desear, pues lácitamente, y aun expresamente segun algunos, se les ofrecia una

verdadera tolerancia religiosa, se decidieron á auxiliar con todas sus fuerzas morales y materiales al rey y al emperador.

Hecho el tratado, reunieron sus fuerzas militares ambos hermanos, el emperador Cárlos y el rey Fernando, á los de los príncipes protestantes, cuyas huestes dieron un total de noventa mil infantes y treinta mil ginetes. Mandaba el ejército imperial el valeroso marqués del Vasto; y los tres ejércitos reunidos, con las tropas irregulares, cuyo número ascendía á más de treinta mil hombres, le mandaba en jefe y en persona el mismo emperador D. Cárlos.

El temible Soliman, emperador turco, no esperó al brillante ejército imperial; y apenas supo que hacía él se dirigía, á marchas forzadas emprendió la retirada y regresó á Constantinopla.

Satisfecho el emperador del resultado de su expedición, y lleno de gloria y de placer por haber bastado su presencia para intimidar al temible Soliman, y por haber desenvainado por primera vez la espada en defensa de toda la cristiandad, determinó regresar á España.

De Alemania pasó á Italia Cárlos I, para tener una entrevista con Clemente VII, el cual estaba poco satisfecho de la paz de Nuremberg, ratificada en Ratisbona.

El emperador instó por la celebracion del concilio general, único medio eficaz de atajar los progresos de la reforma luterana, y el Sumo Pontífice quiso complacer á Cárlos.

Restaba, empero, una dificultad casi insuperable: faltaba que se aviniesen católicos y protestantes acerca de ciertos puntos relativos al concilio, sobre los cuales debian de estar previamente de acuerdo. Lejos de esto, comenzaban los luteranos por exigir que el concilio se celebrase en Alemania, mientras los católicos querian se estableciese en Italia. El Santo Padre queria que los decretos de la Iglesia constituyesen dogma, y los de la reforma solo querian admitir como regla de fé las Sagradas Escrituras; y por este estilo iban surgiendo dificultades y desacordándose cada vez más y más unos y otros.

En tal estado estaban los preliminares del concilio general al terminar el año 1532.

PERÚ.

A consecuencia del primer triunfo obtenido por Pizarro, que produjo en los peruanos el mismo efecto que el de Cortés en Tabasco, el cacique de Tumbes pidió la paz al conquistador, y acompañó su petición con varios regalos.

La primera colonia fundada por Pizarro en el Perú se denominó San Miguel; y cuando el conquistador estaba ocupado en la erección de la ciudad, recibió una embajada del monarca peruano, llamado Atahualpa, solicitando una entrevista.

Verificóse aquella en Caxamalca, y Atahualpa se presentó ante Pizarro con toda su corte y con su mejor y más rico traje.

Estaba, empero, Francisco Pizarro muy distante de ser otro Hernan Cortés; Atahualpa se presentó pacífico, mas su enemigo no buscaba amistad; se deseaba, justa ó injustamente, conquistar; y Pizarro, pretextando que el monarca peruano habia hecho desprecio del signo de redencion que en la mano llevaba un dominico, mandó romper el fuego contra aquella gente entonces pacífica y desprevenida, y el destrozo que hicieron los mosqueteros y la caballería fué espantoso. El mismo Pizarro llegó hasta donde estaba el asombrado Atahualpa, y por su mano le hizo prisionero. El botín fué incalculable, pero comprado á precio de una infame villanía.

En Méjico se ve luchar al valor, á la política, al cálculo: en el Perú no se ve otra cosa que actos de verdadera piratería, sed de riquezas, y ninguna cuenta con el modo y los medios de adquirirla. Tanto cuanto deleita el escribir las páginas que encierran hechos grandes, nobles y gloriosos, repugna la imprescindible necesidad de presentar los deshonorosos, entrelazados con aquellos; mas tal es la dura obligacion del historiador, el cual no tiene otro arbitrio que el de abreviar todo lo posible la relacion, para disminuir su natural disgusto.

AÑO 1533.

ESPAÑA.

Al terminar el primer tercio del año 1533 regresó á España D. Carlos I. El día 28 de Abril desembarcó en Barcelona, y en esta ciudad le esperaba la emperatriz con D. Felipe, príncipe de Asturias, y la infanta doña María, acompañados del arzobispo de Toledo, el cardenal Tavera.

Desde Barcelona se dirigió á Monzon el emperador, para cuyo punto habia convocado desde Génova las Cortes generales de la corona de Aragon.

El dia de San Isidro (15 de Mayo) se abrieron las sesiones, comenzando estas por un discurso que leyó el emperador, reca-

pitulando en él lo ocurrido en su viaje, y demostrando la utilidad de este. El término del discurso, como siempre sucedia en tales ocasiones, se redujo á pedir un nuevo subsidio para indemnizar los gastos ocasionados por el mencionado viaje.

El emperador no pudo asistir á todas las sesiones, porque tuvo necesidad de pasar á Barcelona á visitar á la emperatriz, que se hallaba á la sazón enferma. Los aragoneses, celosos siempre de sus usos y costumbres, hicieron á Carlos I pedir la vénia á las Córtes para abandonar las sesiones y pasar á Barcelona.

Las peticiones hechas por las Córtes de Monzon se redujeron á exigir que el emperador tuviese siempre en su consejo dos caballeros y dos letrados aragoneses; que se proveyese en un aragónés el destino de vice-canciller de la corona de Aragon; que cada uno de los cuatro brazos del estado tuviese un notario nombrado por ellos mismos; y se presentaron otras peticiones menos importantes.

Tambien se otorgaron algunos fueros en materias civiles y criminales; y como el emperador accedió á las peticiones y dió solemnemente su aprobacion ante los cuatro brazos del Estado (ceremonia llamada *el sólio*) á cuanto se habia tratado en aquellas Córtes, estas otorgaron al soberano un servicio de 200,000 escudos (á diez reales de plata cada uno) que habrian de pagarse en tres años y en varios plazos.

Las Córtes de Monzon terminaron casi con el año.

REFORMA LUTERANA.

Antes de embarcarse el emperador para regresar á España, no habiendo quedado satisfecho del resultado de su entrevista con Clemente VII, quiso dejar asegurada la paz en Italia.

Para realizar su pensamiento y estar precavido por si la paz, contra su voluntad, se alteraba, propuso á todos los príncipes de la bella península italiana una liga general defensiva; empero teniendo siempre pronto y dispuesto un respetable ejército, y nombrado capitan general de aquel al famoso Antonio de Leiva, por si el enemigo comun invadia la Italia, en cuyo caso todos los coaligados sostendrian proporcionalmente el ejército.

Accedieron de buen grado todos los príncipes, á excepcion de la señoría de Venecia (24 de Febrero); Carlos I licenció parte de sus tropas, y en la armada que mandaba Andrea d'Oria se embarcó y tomó rumbo á Barcelona, á donde llegó para dirigirse á Monzon, como el lector ya sabe.

No pasó mucho tiempo sin que el emperador tuviese una nueva prueba de la mala fé de Francisco I de Francia. Este rey, que no cumplió palabra alguna de cuantas diera y al que no sabemos por qué se le apellidó *rey-caballero*, como no fuera por sus aventuras y galanteos reprobables en un particular y escandalosos en un soberano, doblegado ante la imperiosa necesidad, á todo suscribia; mas viéndose libre de aquella, nada cumplia de lo suscrito. Todos los tratados eran para él aceptables cuando no podia eludir el firmarlos, aunque fuesen deshonrosos para él y para su nacion; pero si no los rompía legalmente, porque no le era posible, se desentendia de todo y sin rebozo faltaba á sus más sagrados compromisos. Por esto firmó el tratado de Madrid, y faltó á él; por lo mismo firmó el de Cambray, y protestó en secreto esperando una propicia ocasion para romperle, olvidando que habia sido obra de las dos reinas, por cuya razon fué llamado la *Paz de las Damas*.

Estaba el rey Francisco decidido á hacer al emperador cuanto daño pudiese, sin que este tuviese otro delito que el de haberle vencido y humillado sus armas.

Para lograr su propósito, y á pesar de ser monarca católico, intrigó secreta é indecorosamente con los principes protestantes y católicos de Alemania, para enmarañar más de lo que estaba el enredado asunto de la reforma de Lutero; y como uno de los puntos más esenciales que debia tocar para quitar fuerza moral al emperador era el separar de su amistad á Clemente VII, descendió á un extremo que de él no podia esperarse. Y decimos *descendió*, teniendo en cuenta lo orgulloso que fué Francisco I y lo pagado que estaba de su real stirpe.

Sabia muy bien el monarca frances cuán afecto era Clemente VII al engrandecimiento de su propia familia; y para atraerle y separarle de Carlos I, le propuso el matrimonio del duque de Orleans, su hijo segundo, con Catalina de Médicis, sobrina de Clemente, é *hija de un negociante florentino*.

No era para rechazada semejante proposicion; y una vez aceptada, no podia el Pontífice negarse á tener una entrevista con el frances, que en efecto se verificó, con gran disgusto de Carlos I.

Esta evolucion del rey Francisco le alejó de los protestantes tanto cuanto le aproximó á la Santa Sede; pero sabido es que los hombres verdaderamente politicos, hasta de la sagrada religion hacen un instrumento de su ambicion y la acomodan á los fines, justos ó injustos, que se proponen.

Quedábales á los reformistas el apoyo de Enrique VIII de Inglaterra, si les faltaba el de Francisco I de Francia, el cual cada

dia se aproximaba más á la reforma; porque el Sumo Pontífice se negaba resueltamente á autorizar el pretendido divorcio.

Enrique, comprendiendo que nada obtendria de Roma, se separó de ella y pidió la deseada autorizacion á otro tribunal formado por él mismo en su reino. Tomás Crammer, nombrado al efecto arzobispo de Cantorbery, anuló el matrimonio de Enrique y Catalina, y sancionó el de aquel con Ana Bolena.

El dia 1.º de Junio fué proclamada Ana Bolena reina de Inglaterra, y coronada ante toda la córte. El emperador y su hermano, el rey de romanos, sobrinos de la desgraciada doña Catalina, que fué hija de la inmortal doña Isabel I, se dirigieron al Sumo Pontífice en favor de aquella desventurada reina. Clemente VII, que no podia disponer de otras armas que de las espirituales, anuló solemnemente el ilícito matrimonio y fulminó la excomunion sobre las criminales cabezas de Enrique y de Ana.

Francisco I, siempre insidioso, artero y poco noble con su rival, que fué para él en más de una ocasion nobilísimo, faltó á su dignidad hasta el punto de interceder con el Santo Padre en favor de Enrique VIII, que tan mala causa tenia, sin otra razon que la de tener á este por amigo, para hacerle enemigo de Carlos I.

PERÚ.

Luego que el desgraciado Atahualpa fué hecho prisionero, se le encerró de orden de Pizarro en una sala, bien custodiado y seguro.

Debemos advertir que imperaba en el Perú la familia de los Incas, llamados *hijos del Sol*, á la cual pertenecia Atahualpa; pero este se apoderó del trono á costa de una guerra civil, despues de vencer á un hermano suyo que le poseia y de causar infinitas muertes y estragos.

El Inca Atahualpa, que comprendió por la inaudita é incalificable traicion de Pizarro en qué manos estaba, conoció tambien que era oro lo que se buscaba. Como de aquel sobraba muchísimo al Inca, ofreció á Pizarro llenar de oro toda la sala en que estaba prisionero, hasta donde pudiese alcanzar con la mano, si le daba libertad: debiendo advertir que la sala tenia veintidos piés de longitud por diez y seis de latitud.

Gozosísimo aceptó la oferta el avaro general; mas como tardasen en llenar la sala de oro, aunque todos los dias traian mucho, por el peso natural del metal precioso y la dificultad del acarreo,

Pizarro mandó algunos de los suyos á fin de que, inspeccionando los depósitos de donde llevaban el oro, calculasen si Atahualpa podria cumplir su oferta.

Los comisionados vieron que sí, pero cuidaron de disminuir todo lo posible en su provecho aquellos magníficos depósitos, y se hicieron funestamente célebres por los despojos, violencias y todo género de excesos.

No podria calcularse fácilmente el oro que Pizarro habia obtenido de Atahualpa, cuando este fué denunciado como fautor de una gran conspiracion, que quizá no existiria, y que de haber existido hubiera estado muy justificada. Fuera real ó supuesta la expresada conspiracion, el tribunal condenó á Atahualpa á ser quemado vivo.

El cruel Pizarro leyó al desventurado emperador la sentencia, sin que le ablandasen los ruegos, lágrimas ni ofertas de aquel infeliz. Unicamente conmutó la bárbara pena en la de horca. De este modo acabó sus dias el último de los Incas, despues de cuatro siglos de dominar en el Perú dicha familia. El desastroso fin de Atahualpa puede mirarse como un providencial castigo de sus crímenes; pero esto de ningun modo excusa al feroz é ingrato Pizarro. Si él sirvió de instrumento de castigo para un delincuente, otro se preparaba á hacerle pagar sus desmanes; que tal es la infalible ley de la expiacion.

AÑO 1534.

ESPAÑA.

Despues de haber cerrado las Córtes de Monzon, se trasladó á Madrid Carlos I, en donde hizo una entrada pública y ostentosa, puesto que además de la propia familia le acompañaban la viuda de Fernando V, doña Germana, con su tercer esposo D. Fernando de Aragon, duque de Calabria, el príncipe del Piamonte, la princesa de Portugal, todo lo principal de la nobleza española y muchos prelados.

Antes de abandonar á Aragon dejó el emperador dispuesto en Zaragoza que se ejecutase la bula de Clemente VII contra los moriscos de aquella corona. Estaba probado que, bautizados por fuerza, no se contentaban con seguir en secreto la falsa ley de Mahoma, si que tambien se les suponía ocupados en seducir á los incautos para que abandonasen la religion católica por el

Korán, y aun se extendían á decir que estaban de acuerdo con los africanos.

En este año se reunieron Cortes en Madrid. El principal objeto de aquellas fué el de presentar las ciento diez y nueve peticiones que sin decision quedaron en las Cortes de Segovia, por efecto de la ausencia del emperador.

Oigamos al Sr. Lafuente acerca de las Cortes de Madrid en 1534, á quien hace tiempo no hemos citado, siendo el autor mejor informado y que más se extiende y detiene acerca del punto en cuestion. Dice así:

» Aunque las más de ellas (las peticiones) se referían al mejor arreglo de los tribunales de justicia y á diferentes materias secundarias de administracion, algunas son muy dignas de notarse por las ideas que envuelven y que dominaban en los representantes del pueblo. Pedíase ya que se hiciera una colleccion de leyes, comprensiva de todas las decisiones de las Cortes en resúmen y sin las súplicas de las causas, para que esta parte del derecho estuviese ordenada y clara. A lo cual respondió el emperador que lo hallaba justo, y que daba la comision de ejecutarlo al Dr. Pedro Lopez de Alcocer, residente en Valladolid. Pedíase igualmente que se hiciera una recopilacion de todas las ordenanzas y pragmáticas del reino, declarando las que se habian de guardar, y eliminando las que no estaban ya en uso; á la cual respondió tambien el rey que nombraría personas hábiles para la ejecucion de tan importante trabajo.

» Reconociase ya la necesidad de un sistema de igualdad de pesos y medidas en todo el reino; especialmente para los primeros artículos de consumo, como pan, vino y aceite; á cuya pelicion fué respondido que se proveeria lo conveniente, habida informacion del consejo.

» Merece notarse la que se encaminaba á impedir la acumulacion de bienes en la Iglesia y á corregir el abuso de la amortizacion eclesiástica. «Y porque por experiencia se ve que las iglesias é monasterios é personas eclesiásticas cada dia compran muchos heredamientos, de cuya causa el patrimonio de los legos se va disminuyendo, y se espera que si assi va, muy brevemente será todo suyo: suplicamos á V. M. no permita lo susodicho y se provea de manera que no se les venda ni dé heredamiento alguno, y en caso que se les vendiere ó donare, se haga ley que los parientes del que lo diere ó vendiere, ó otras qualesquier personas en su defecto, lo puedan sacar por el tanto dentro de cuatro años, é si fuere donacion, sea tasado el valor.» El monarca contestó que así lo consultaría al

»consejo, lo suplicaria á Su Santidad, y encargaria al embajador en Roma que lo procurase.

» Varias de estas peticiones se reprodujeron en las Córtes de Madrid de 1534, con adiciones útiles. A la recopilacion de las leyes de Córtes se creyó conveniente añadir en un mismo volumen las del Ordenamiento, enmendado y corregido, y que cada ciudad y villa hubiera de tener un ejemplar; cuyo trabajo, aunque tardó todavía en llevarse á término, fué el fundamento y principio de la grande obra de la *Nueva Recopilacion*.—En conformidad á las leyes del reino y otros acuerdos hechos en Córtes, se inhibió á los jueces eclesiásticos el poder prender á los seglares.—Se pidió la modificacion de los aranceles eclesiásticos.

» Se insistió en que las iglesias y monasterios no compraran bienes raices.—En que no se diesen beneficios á extranjeros.—Se pidió que los eclesiásticos no pudiesen ser arrendadores.—Que para las dotes de las monjas no se dieran bienes raices.—Que los bienes que las iglesias y monasterios heredasen se vendieran dentro de un año.—Que los prelados y dignidades residieran en sus iglesias.—Que no se fundaran nuevas cofradías y se redujeran las existentes. «Otrosí (decian), porque este reino está lleno de cofradías, donde gastan en comer y beber todo cuanto tienen, y aun se siguen otros insultos, y es manera de empobrecer el estado seglar: suplicamos á V. M. que sobre esto se provea de manera que de aquí adelante no se haga sin expresa licencia de V. M., y las hechas se reduzcan ó quiten, como pareciere á la justicia ó ayuntamiento, juntamente con el provisor ó vicario ó arcipreste de la ciudad, villa ó lugar do las oviese, esto so graves penas.»—Y por este órden otras muchas peticiones enderezadas á corregir los abusos en materias eclesiásticas, y á disminuir la riqueza y moderar la preponderancia que se conoce habia alcanzado el clero sobre el estado seglar.

» Seguian otras muchas sobre obligaciones de los consejos, audiencias, jueces, alcaldes, notarios, receptores y alguaciles; sobre trámites y sustanciacion de procesos, sentencias, apelaciones, penas de cámara, pesquisas y visitas, derechos y estípendios de jueces, abogados y procuradores, cárceles, multas y demás concerniente á la administracion de justicia.—Continuaban las que se referian á asuntos de hacienda, como alcabalas, pragmáticas sobre caballos, ramo de montes, monedas, dotes, ferias, salinas y varias otras materias de los ramos de agricultura, industria y comercio.—Hizose una ley de mendi-

»gos y otra sobre gitanos, reproduciendo acerca de estos últimos la pragmática que ya había.

»Era ya excesivo el número de doctores y licenciados de universidades, y sobre esto acordaron proveer también las Cortes. «Item (decía la petición 126), porque por experiencia se a visto que la multitud de letrados que se an hecho é hacen doctores, maestros é licenciados, así en los estudios que nuevamente se an hecho en estos reinos como en las universidades de Aragon, Cataluña é Valencia é otras universidades de fuera de nuestros reinos, y otros por rescriptos apostólicos que por leyes de nuestros reinos están prohibidos, é por otras maneras, queriendo como se quieren libertar por esta razon de los pechos é contribuciones en que debian contribuir, si no fueran ansi graduados, se an seguido é siguen muchos inconvenientes en daño y perjuicio del estado de los pecheros: por ende, queriendo refrenar la dicha desórden, ordenamos y mandamos que de aquí adelante, de la libertad y exempcion que á los tales les es concedida por leyes destos nuestros reinos, solamente gocen los que han sido é fueren graduados por exámen riguroso en las universidades de Salamanca y Valladolid, y los que fueren colegiales graduados en el colegio de la universidad de Boloña y no otros.» Pero el consejo mandó que al pié de este capítulo se imprimiese la cédula en que S. M. imperial declaró despues (1535) comprendidos en estas exenciones y privilegios á los doctores, maestros y licenciados de la universidad de Alcalá, una de las causas que más influyeron en el acrecentamiento y brillo de estas tres universidades de Castilla.

»Tales fueron los principales acuerdos y leyes que produjeron las ciento diez y nueve peticiones de las Cortes de Segovia de 1532, y las ciento veinte y ocho de las de Madrid de 1534, respondidas todas por el monarca en las celebradas en este último punto. Y tal era la marcha política y el estado de los negocios interiores en las dos grandes porciones de la monarquía española, recientemente refundidas, Aragon y Castilla, mientras el emperador y los ejércitos imperiales obraban de la manera que hemos visto en los estados de Europa, y en tanto que se preparaban el uno y los otros á emprender nuevas y ruidosas expediciones á extrañas tierras.»

REFORMA LUTERANA.

A pesar de la visita hecha por el Sumo Pontífice á Francisco I en Marsella, y no obstante haberse el último vivísimamente in-

interesado en favor de Enrique VIII de Inglaterra, Clemente VII, el día 23 de Marzo, pronunció sentencia definitiva é inapelable, declarando válido y legítimo el matrimonio de Enrique VIII con doña Catalina de Aragon y Castilla; condenando el divorcio declarado por autoridad incompetente; anulando el matrimonio con Ana Bolena, y mandando al rey inglés se separase de esta y se uniese á su legítima esposa, bajo pena de excomunion.

El monarca excomulgado, puesto ya en la fatal pendiente, no pudo retroceder: hizose más protestante el antiguo impugnador y enemigo de Lutero, que todos los príncipes más cordialmente luteranos; declaróse abiertamente *reformado*, y por su indicacion y sus secretas diligencias quedó abolida, por un acta del Parlamento, la autoridad pontificia en Inglaterra, y por otra acta fueron declarados Enrique VIII y sus legítimos sucesores jefes supremos de la iglesia anglicana. Este triunfo de los protestantes, que tanto valió moral y materialmente á su fatal causa, fué debido á la escandalosa inmoralidad de un rey que hubiera seguido figurando ser católico, y católica hubiera sido su nacion, si el Santo Padre, faltando á sus sagrados y altos deberes, hubiera tolerado sus escándalos.

En aquel mismo año falleció Clemente VII, vivamente afligido por los sucesos de Inglaterra, que no supo impedir, como tampoco el emperador, á pesar de los buenos deseos de uno y de otro.

PERÚ.

Toda la familia del desventurado Atahualpa fué ferozmente sacrificada por aquel vándalo que se llamaba conquistador, que figuraba difundir la luz del Evangelio por aquellas remotas regiones; y como casi al mismo tiempo hubiese Pizarro recibido refuerzos llegados de Panamá, avanzó sobre la capital del imperio, de la cual se apoderó sin dificultad ninguna. En Cuzco encontraron los conquistadores tal cantidad de oro, que algunos abandonaron la expedicion, ya ricos, y regresaron á Europa, para gozar tranquilamente de su improvisada fortuna.

Comenzaban, empero, á reunirse sobre el horizonte las tempestuosas nubes que un dia, no muy remoto, habian de lanzar el rayo sobre la cabeza de Pizarro.

El primero que se declaró, digámoslo así, independiente, fué el capitan Belalcázar, que gobernaba en nombre de Pizarro la primer colonia fundada por este, y denominada San Miguel. Di-

chó bizarro capitán, después de una lucha en la que demostró tanto valor como inteligencia, se posesionó de Quito; empero cuando logró penetrar en la ciudad, los habitantes habían huido, sin dejar en ella tesoros, ni aun mediana riqueza.

También el famoso Pedro de Alvarado, el célebre capitán de Hernán Cortés, á cuyo cuidado quedó Méjico mientras aquel inmortal caudillo iba á encontrar á Pánfilo de Narvaez, y que á la sazón era gobernador de Guatemala, pasó al Perú, deseoso de participar de la ponderada riqueza.

Acercóse Alvarado á Quito, y dos capitanes sus compatriotas, Almagro y Belalcázar, salieron contra él en son de guerra; mas no convenia hacerla entre los que por tantos títulos debían de permanecer unidos, y se evitó. Era todo cuestion de dinero, y Alvarado se contentó con un donativo de cien mil pesos, al cual se dió el honroso nombre de indemnizacion por gastos de expedicion; y como el mismo Alvarado renunciase á todo proyecto ambicioso sobre el Perú, Pizarro agradecidísimo le dió de presente otros cien mil pesos, con cuyo motivo la alegría de Alvarado no conoció límites; y para demostrarla, cedió espontáneamente á Pizarro casi toda la tropa que en su expedicion le habia acompañado, y poco menos que solo regresó á Guatemala. ¡Miserable condicion humana! ¡Estar dominados por tan sórdida avaricia aquellos hombre de almas, por otra parte, tan grandes y elevadas no se comprende!

AÑO 1535.

CÁRLOS I EN TÚNEZ.

Por este año preocupaba la imaginacion del emperador una expedicion que pensaba hacer á Túnez.

Estaba á la sazón siendo terror de los mares el antiguo pirata Barbaroja, llamado Haradin, quien en union con su hermano Horuc habia llegado á ser el terror de la cristiandad toda.

Ambos piratas eran de la isla de Lesbos; hijos de un humilde alfarero, pero mal avenidos con el barro y los moldes, ambos se escaparon de la casa paterna y se dedicaron á la piratería.

Horuc llegó á hacerse proclamar rey de Argel, y tardó muy poco en querer destronar al soberano de Tremecen, al mismo tiempo que ocasionaba desastres en el litoral de España y en el de Italia.

Cárlos I, sabedor de las depredaciones ejecutadas por el rey-pirata, envió refuerzos al gobernador de Oran, á fin de que los uniese á las tropas del destronado rey de Tremecen, y juntos hiciesen la guerra á Horuc.

Hasta entonces este habia hecho cuanto habia querido y vendido á todo el mundo; mas el marqués de Gomares, gobernador de Oran, le atacó con el denuedo propio de un ilustre español y con toda la inteligencia de un buen general; derrotó á Horuc, le hizo encerrar en Tremecen, y allí mismo fué sorprendido y atacado, hasta que peleando perdió la vida aquel hombre célebre en su esfera, á quien nadie hasta entonces habia vencido.

El hermano de Horuc, llamado Haradin, y Barbaroja por la dilatada barba rubia que tenia, hecho también soberano, habia puesto su reino bajo la proteccion del feroz sultan de Turquía, Soliman II.

En aquel feliz tiempo las armas españolas casi siempre llevaban en pos de sí la victoria; y á pesar del poder de Soliman y de las alianzas de Barbaroja, el célebre almirante Andrea d'Oria logró derrotar en más de una ocasion á la armada turca.

El nombre de Andrea era respetado al par que temido; y Soliman no encontraba en sus vastos estados ningun marino capaz de hacer frente á d'Oria: por esto le ocurrió nombrar grande almirante de la armada turca á Haradin Barbaroja, quien, aparte de sus hechos de pirata, tenia una grande y merecida reputacion como marino.

Pasó Haradin á Constantinopla, y sus hechos, unidos á su astuta política, le hicieron obtener la confirmacion del cargo de almirante, á pesar de la oposicion de los que en la córte no podian olvidar sus antecedentes de pirata.

Soliman II era emprendedor, y Barbaroja no lo era menos; y despues de haber obtenido el segundo algunos triunfos parciales, propuso al primero la grande empresa de apoderarse del reino de Túnez.

Era á la sazón rey de Túnez Muley-Hacen: el escabel de su trono habian sido los mutilados cuerpos de su padre y hermanos, á quienes habia asesinado, excepto á uno llamado Al-Raschid, que pudo escapar á las iras de aquel monstruo y refugiarse en Argel, bajo la proteccion de Haradin Barbaroja.

De este pretexto se valió el antiguo pirata para declarar su empresa sobre Túnez: el pretexto fué el de colocar en el trono al destronado Al-Raschid; el propósito verdadero era el de agregar al imperio turco el reino tunecino.

Gozoso vió el destronado Al-Raschid los preparativos que se hacian para reconquistarle su perdido reino; pero habia sin

duda olvidado que Soliman II era incapaz de una acción tan loable como la que al parecer se proponía, y que Barbaroja era y sería siempre un verdadero pirata con talento y fortuna. Pronto, empero, salió tristemente de su error: al prepararse la expedición fué arrestado el infelice Al-Raschid de orden de Soliman, y esta es la hora en que no se ha vuelto á saber de él.

Brillante é imponente aspecto presentaba la grande armada que iba á dirigirse contra Túnez. Habíanse reunido muchas más de doscientas naves, que en su seno encerraban un poderoso ejército, las cuales recorrieron las costas de Italia, y despues, presentándose en Túnez, Haradin se posesionó del fuerte de la Goleta.

Estaban los de Túnez oprimidos por Muley-Hacen, el parricida y fratricida, y suponiendo que las armas turcas iban á proclamar á su querido Al-Raschid, se rebelaron contra el tirano y abrieron las puertas á las tropas turcas.

Salieron muy pronto de su error los tunecinos al oír aclamar á Soliman II, y entonces volvieron sus armas contra Barbaroja. Era este, sin embargo, muy entendido, y venció á los de Túnez.

Posesionado Haradin del reino, fortificó la Goleta, y se dirigió á las costa de Sicilia, para amenazar al reino de Nápoles.

Estaba para terminar el año 1534 cuando el emperador mandó á un criado de su confianza, genovés, á fin de que disfrazado de comerciante, penetrase en Túnez y se enterase de la situación del reino y de los pensamientos de los oprimidos tunecinos. Por desgracia fué descubierto el emisario cesarino, y degollado y arrastrado y quemado. Nos ha sido forzoso enterar al lector de estos antecedentes.

Europa toda volvía la aterrada vista al poderoso emperador; y este, que comprendió hasta qué punto estaba estrechada la cristiandad por el feroz Soliman y su digno almirante Barbaroja, despachó cartas para el Sumo Pontífice, para el embajador en Roma, para el príncipe d'Oria, y para cuantos debían auxiliarle en la grande empresa que proyectaba.

Entre las personas que recibieron mensajes del emperador se contaron los célebres marqués del Vasto y Antonio de Leiva, así como los vireyes de Cerdeña, Nápoles y Sicilia. Al mismo tiempo que esto pasaba en Italia, en Granada aprestaba todo lo necesario el marqués de Mondéjar, capitán general del reino granadino, para reunir todas las naves que pudiese en los puertos andaluces.

He aquí los preparativos que estaban hechos al comenzar el año 1535:

«Tratado de la memoria que S. M. envió á la emperatriz nues-

»tra señora, del ayuntamiento del armada, reseña y alarde que se hizo en Barcelona, etc., en que se da noticia de los buques aprestados para la expedición de Túnez en los términos siguientes:

»El marqués del Gasto (Vasto) es salido de Génova con 43 naos gruesas, entre las cuales vienen muy hermosas carracas: en las cuales vienen ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos que estaban en Italia... Andrea Doria trajo 17 galeras, y en ellas mil y ochocientos hombres de guerra, y en cada galera ciento cincuenta hombres de remos. — Don Alvaro de Bazan 15 galeras, con la misma orden.

Las galeras de Italia.

»El Papa nueve galeras. — Génova ocho galeras. — Nápoles cuatro galeras. — La Religión seis galeras. — Cecilia cuatro galeras. Otros señores grandes de Italia, cada uno con lo que puede: que son por todas 70 galeras. En estas viene la gente de Italia que vienen con las naos y con el marqués del Gasto (Vasto).

»El rey de Portugal envió 23 carabelas muy ataviadas con dos mil hombres de guerra, y un galion muy hermoso.

»De Vizcaya 23 zabras con mil y quinientos hombres de guerra, y dos galeones.

»Aquí en Barcelona y en estas costas se han tomado 80 escorchapines para caballos y otras cosas.

»Saldrán de aquí con S. M. y sus guardas y gente de su casa, y señores y caballeros, y otros muchos aventureros, de esta tierra gran número de gente que no se puede contar al presente, y todos muy bien acompañados, que es cosa muy admirada. Y cada día viene más gente, portugueses y españoles.»

»Más arriba se lee: «De Málaga vienen 80 naos, las cuales están en Salou... en las cuales vienen ocho mil hombres de paga y mil ginetes, que por lo menos no hay ninguno que no trae uno ó dos consigo, de manera que en esto serán quince mil hombres.» — (Colección de documentos inéditos, tomo I.)

»Aquella nueva cruzada llamaba la atención de Europa entera; contábanse en ella los más escogidos y temibles tercios castellanos; varios príncipes soberanos habían querido tomar parte en la gloriosa empresa, incluso el rey de Portugal. El único que, para eterna vergüenza de su nombre, se mostró indiferente á todo, fué Francisco I de Francia: el mal llamado caballero, olvidado de aquel tiempo en que se decía á sí propio humilde esclavo, poco menos, del emperador, se hubiera aliado con el infierno enteró y renegado mil veces de la fé de sus mayores, con tal

de poder mostrarse enemigo de Carlos I, y perjudicarlo. El rey francés, con verdadero escándalo de Europa y de la cristiandad, no se limitó á mostrarse indiferente: llegó al punible exceso, siendo príncipe cristiano, de entrar en tratos secretos con Soliman II; y jugó un papel tan indecoroso, bajo y feo el rey CABALLERO, que despues de haberse negado á las instancias del emperador y del Sumo Pontífice, daba parte á Barbaroja y á Soliman de cuanto el César y sus aliados hacian y preparaban. La calificación que Francisco I merece es poco decorosa para la historia, y por esto la omitimos; probó hasta la evidencia que merecia ser llamado *lasche et mechant*, como él mismo dijo; y añadiremos solamente, que enterado el turco por los avisos del *caballero* de cuanto ocurría en el campo cristiano, fortificó egrégiamente la Goleta, y llamó á las armas á todos sus vasallos de Turquía, Tremecen, Argel y Túnez, haciendo que de día y de noche trabajasen en los preparativos NUEVE MIL cristianos que cautivos gemían.

Corria ya el mes de Abril cuando Carlos I, hallándose en Madrid, tomó la vuelta de Barcelona, puerto de donde la gran expedición debia darse á la vela.

Mucho llamó la atención la armada auxiliar portuguesa, que se componia de veinte lujosas carabelas, mandadas por el almirante portugués Antonio de Saldanha, acompañado del infante D. Luis, cuñado del emperador, como hermano de la emperatriz; pero la fortísima escuadra imperial oscureció á todas las auxiliares.

Mandábala el celeberrimo almirante Andrea d'Oria, príncipe de Melfi, que montaba la capitana, adornada con 24 banderas de brocado de oro, que ostentaban en el centro las armas imperiales. Estaban más bellas y vistosas las naves imperiales, porque enramadas de alto á bajo y llenas de flores, parecia un ambulante jardín cada una.

Antes de partir la armada, y por orden del emperador, se impetró el favor del Dios de los ejércitos, con una solemne función y una procesion ostentosa presidida por el César, y en la que este llevó una de las cuatro varas del pábulo, otra el infante de Portugal, la tercera el duque de Calabria, y el de Alba la cuarta.

Despues pasó Carlos I á visitar á Nuestra Señora de Monserrat, de quien era muy devoto, y allí confesó y comulgó devotamente.

El 30 de Mayo se levaron anclas, despues de haber oido misa el emperador en el templo de Nuestra Señora del Mar, y de haber pasado revista á todo el ejército.

Tomóse el derrotero de las Baleares, desde donde se hizo rumbo á Cerdeña. En Caller ó Cagliari se incorporó el marqués

del Vasto con sus tropas á la armada, y allí tambien llegaron las naves del Sumo Pontífice. La armada se componia de cuatrocientas veinte naves, entre grandes y pequeñas; soldados de infantería iban veinticinco mil, dos mil ginetes, é infinitos caballeros y aventureros con sus criados, armados todos.

En Cagliari dió el emperador un rigoroso bando, disponiendo que ninguno saliese de la respectiva nave bajo pena de la vida, y dando otras oportunas disposiciones.

Dicese que antes de levar anclas la armada, preguntó el príncipe d'Oria al emperador á quién encomendaba el cargo de capitán general de la armada, y que Carlos I, tomando un crucifijo que cerca llevaba, contestó: *A este, cuyo alférez soy yo.*

Acto continuo se puso la gran escuadra en movimiento, dividida en tres cuerpos; el de vanguardia se componia de las naves portuguesas; el emperador iba en el del centro, y la retaguardia la mandaba el célebre D. Alvaro de Bazan.

Con próspero viento se hizo la navegacion, y el ejército desembarcó felizmente en Africa y acampó sobre las ruinas de la famosa Cartago. Apenas se dió algun descanso á la tropa, cuando por órden del emperador salieron los marqueses del Vasto y de Aguilar á reconocer la Goleta; y al propio tiempo, el mismo d'Oria pasó á posesionarse de la torre del Agua.

Cuando esto sucedia, el antiguo pirata Barbaroja pasaba muestra (revista) á sus tropas, y encontró reünidos ocho mil turcos, cerca de mil genizaros, siete mil piqueros, siete mil ballesteros y ocho mil ginetes alárabes.

Gran sorpresa causó á Barbaroja la noticia de que el emperador cristiano en persona se hallaba al frente de la Goleta. Subió á una eminencia, contempló la poderosa armada que amenazante habia como por encanto allí aparecido, y no pudo disimular su disgusto. Dominándose, empero, se volvió á los que le seguían, diciendo: *¿Veis esa poderosa armada que ha llegado? Pues no la vereis marchar como visteisla venir; porque será hecha piezas. Y conviene que sea tan grande; que así los despojos serán mayores y más buenos.* Dicho esto, mandó encerrar en la alcazaba á los numerosos cristianos que cautivos gemían, y pasó á reforzar personalmente la Goleta. Llamábase así esta famosa fortaleza, de la palabra *gola*, que equivale á cuello, por hallarse situada en una garganta que forma una ensenada.

El dia 18 de Junio rompió el fuego la armada imperial contra la Goleta, haciendo disparos sin interrupcion ochenta piezas mayores y sesenta pequeñas.

Todos los dias llegaban importantes refuerzos al campo cristiano, y todos los dias tambien habia choques y escaramuzas. Es



fama que el emperador se hallaba siempre armado en los sitios en que era mayor el peligro, hasta el punto de caer muchas veces á los piés de su caballo las balas de la artillería enemiga; y siempre se vió á su lado al valeroso infante de Portugal.

El 21 de Junio llegó al campamento imperial un escuadron de bizarras *capellettos*, albaneses todos y llamados así por la forma de sombrerillos que usaban; era una caballería tan valerosa como diestra; y el 25 llegó, con universal regocijo, el muy famoso D. Fernando de Alarcon, el guardador de régios prisioneros, con algunas naves, tropas y varios próceres españoles que deseaban participar de la gloria que debia resultar del triunfo.

A aquella fecha ya contaba Barbaroja en su campo cien mil infantes y treinta mil caballos; y fiado en lo numeroso de su ejército, el dia 26 acometió al campo imperial.

Es imponderable el valor que mostró en aquel dia D. Carlos I, así como su actividad y su inteligencia: mostróse tan entendido general como valeroso soldado; y todos los caudillos le secundaron admirablemente. Merecen especial mencion el marqués de Mondéjar, D. Pedro de la Cueva, D. Fadrique de Toledo, D. Alonso de la Cueva, hermano de D. Pedro, D. Bernardino de Mendoza y D. Fernando de Alarcon. En cuanto al emperador, la historia asegura que peleó lanza en ristre como un soldado, y que con su ejemplo, así como con sus acertadas providencias, decidió la victoria. Esta fué por completo del campo imperial, y en aquel dia tan glorioso para Carlos I, este acrecentó su inmensa gloria con un hecho que mostró la gran nobleza de su corazón.

Presentóse en el campamento un moro, que pidió hablar al César, al cual manifestó que era fácil terminar aquella guerra; porque él, que era panadero de Barbaroja, se ofrecia á envenenar el pan. *Mengua fuera*, respondió airado el César, *apelar á las armas de mala ley, teniéndolas de buena y bien templadas. No permita Dios el que obtenga el triunfo por medio de la traición y del homicidio; antes bien espero con su favor y ayuda, y apoyado por mis soldados valerosos, vencer noblemente á Barbaroja.*

El dia 28 fué dia de horror y de confusion. Apareció de improviso el cielo cubierto de nubes, y poco despues comenzó á desprenderse de ellas el agua á torrentes, entre horribles truenos y deslumbradores relámpagos. No quedó pabellon ni tienda que no se desplomase; las mangas de agua quitaban la vista de los objetos, á pocos pasos de distancia; el irresistible huracan aterrabá á los valerosos guerreros, y cuando los capitanes querian acudir á sosegar á los soldados y á impedir que se desbandasen,

aterrados tambien caian al suelo, mezclados con los mismos á quienes trataban de tranquilizar.

En aquel terrible conflicto, cuyas consecuencias eran difíciles de prever, el célebre d'Oria acudió á devolver el ánimo á aquellos asombrados guerreros, porque los que no temen á los hombres, son harto débiles para resistir á las iras del cielo.

Viendo Andrea d'Oria el conflicto en que estaba aquella gente valerosa, hizo salir al campo algunas personas de confianza, gritando: *¡Nuestra es ya la Goleta!* Esta mágica voz, aunque de todo punto falsa, animó á los guerreros, los cuales al terminar la horrible tempestad ya se hallaban formadas las haces, y prontas á rechazar á los enemigos, que salian al campo.

El día 29 se presentó en el campamento un gallardo moro con bandera blanca, seguido de una escolta de dos ó trescientos guerreros. Era el destronado Muley-Hacen, que ya estaba en secreta inteligencia con el César. Salieron á recibirle Alarcon, el duque de Alba y el conde de Benavente.

Traia una larga lanza el ex-rey de Túnez, *de diez varas de largo*, que arrojó al suelo, imitándole todos los suyos. Despues echaron pié á tierra, cogieron á Muley en hombros y le bajaron al llegar á donde estaba el emperador. El moro besó al César *en el hombro*, y despues de saludarle bajando la cabeza casi hasta tocar en el suelo, le dijo:

«Seas en buen hora, gran rey de los cristianos, venido á estos trabajos que has tomado: espero en Dios misericordioso tendrán su recompensa; y si la fortuna de todo me privase, mientras Hacén, siervo tuyo, viviese, ni faltará voluntad para servirte, ni conocimiento para agradecerte el cuidado que por él tomaste. Por la venida que has hecho te doy mil gracias; y por lo que aquí te defendrás te beso los piés, pues en tan gran obligación me has puesto, así como á mis descendientes, dándome ayuda contra Haradin-Barbaroja, que me ha hecho tantos males cuantos bienes él y sus hermanos de mí recibieron, cuando mayor necesidad tenían y yo mayor prosperidad. No te maravilles, gran sultan, de esto que digo, ni de las quejas que con dolor te doy, porque en ley de bueno cabe hacer buenas obras á todos, y á ninguno zaherirlas.... No tanto codicio volver á Túnez por recobrar mi patrimonio ni entrar en mi reino perdido, cuanto por tener con que servirte.»

Fué muy agasajado Muley, y por orden del César tratado con los honores reales.

Seria interminable la relacion de los trabajos que el sufrido ejército imperial sobrellevó con heroica paciencia, tanto por el rigor de la estacion calurosa en el clima africano, como por las

enfermedades, escaseces y la falta de agua, que era el mayor de todos los tormentos.

Así trascurrió el tiempo hasta el día 13 de Julio, en que se preparó la batalla general. El emperador pasó la noche recorriendo los puestos, examinando las trincheras, las baterías, arrendando tercio por tercio á sus soldados, y recordándoles con grande oportunidad lo ocurrido en Hungría. *Estos, decia, estos mismos enemigos son, soldados míos, aquellos que en Hungría huyeron con solo saber que os acercábais á batirlos.*

Terminada la revista, pasó el emperador á ordenar la batalla. Las naves destinadas á batir la Goleta quedaron á cargo de Andrea d'Oria, teniendo por auxiliar al conde de L'Anguilara, que mandaba las galeras pontificias, con las de Rodas, Malta y Portugal. D. Alvaro de Bazan mandaba la escuadra española, y el marqués de Villafranca la napolitana.

El ejército de tierra se dividió en tres cuerpos: Santiago, vanguardia; San Jorge, centro; San Martin, retaguardia.

Rayaba el día 14, cuando el emperador oyó devotamente misa y comulgó, así como los generales y personas de la corte; y al aparecer el sol por el Oriente, se rompió el fuego sobre la Goleta. Entre las piezas que batieron la fortaleza estaba una célebre culebrina de cerca de seis varas de longitud.

Si el ataque era fuerte, la resistencia de los turcos era heroica; y el emperador se mostraba tan animoso, que estuvo durante largo tiempo pié á tierra y mezclado con los soldados, haciendo fuego con un arcabuz.

Eran, empero, tan ciertos los disparos de la artillería imperial, que al cabo de unas seis horas de fuego, se desplomó con horrisono estruendo la torre de la fortaleza y su barbacana, aplastando entre sus ruinas á los mahometanos que la guarnecian. Al mismo tiempo que esto sucedia por aquella parte, por otras habia diversos sitios apertillados, y el emperador creyó conveniente disponer el asalto general.

Defendian la entrada bizarramente los de Barbaroja, en tales términos que el ejército imperial tuvo un momento de vacilacion. Entonces el valeroso emperador, que ni por un instante desapareció del sitio en que más peligro habia, volviéndose á los españoles, clamó: *¡Aquí, mis leones de España! ¡Esos son los que huyeron de vosotros en Hungría!*

Con tal acicate, los españoles se precipitaron por las brechas, seguidos de los italianos. Es fama que los primeros soldados que penetraron en la Goleta fueron dos toledanos, llamados Miguel de Salas y Andrés Toro: de los que estaban en la armada, D. Alvaro de Bazan y el príncipe de Salerno.

Quedó la Goleta por el emperador Cárlos I de España: en ella se hallaron *cuatrocientas* piezas de artillería, muchas de ellas *llevadas de Francia*, que no tuvieron la precaucion de quitarlas las lises ni las inscripciones; municiones, armas y pertrechos se cogieron en cantidades fabulosas; tomáronse en el canal *cuarenta y dos galeras y cuarenta y cuatro galeotas*, inclusa entre las primeras la misma capitana en que el pirata Barbaroja habia ido á Túnez desde Constantinopla. Cogiéronse, además, otras ochenta y seis entre galeotas pequeñas, fustas, berganlines y otras menores.

Al penetrar en la Goleta el bizarro emperador con su cuñado el infante de Portugal, volviósse á Muley, que tambien le acompañaba, y le dijo: *Ved aquí la puerta por donde entrareis en vuestro reino*. Muley dió gracias al emperador casi en silencio, porque estaba asombrado de ver cómo se batian los españoles.

No quiso D. Cárlos detenerse un momento, sino pasar sobre la marcha á Túnez; mas hubo tal diversidad de pareceres, que fué forzoso convocar un consejo extraordinario, al cual llamó á todos los capitanes de cuenta, y todos tuvieron que decir *sí*, porque tal fué la decision y energía del emperador al expresarse en el consejo, que arrastró tras de sí á todos, comenzando por su cuñado y por el célebre duque de Alba, cuyo voto era á la sazón decisivo.

Resuelta la marcha á Túnez, diéronse tres dias de descanso al ejército. Quedó nombrado gobernador defensor de la Goleta el celeberrimo Andrea d'Oria, y el emperador, armado de punta en blanco, se puso á la cabeza del ejército y salió de la Goleta el dia 20 de Julio: llevaba veinte mil hombres de todas armas; Barbaroja tenia defendiendo á Túnez más de cien mil.

Los cuerpos del ejército iban mandados por los siempre célebres marqués del Vasto, D. Fernando de Alarcon, el duque de Alba, el príncipe de Salerno y el marqués de Mondéjar. El emperador caminaba conversando con Muley-Hacen, quien iba enterándole de las costumbres y modo de pelear de los de Túnez, así como de la posicion de la ciudad, sus cercanías, accidentes del terreno, etc.

Penosísima fué la marcha, á consecuencia de un sol canicular, al atravesar largos y desiertos arenales. Las piezas mayores se hundian y atascaban en la arena; y siendo impotentes los esfuerzos de los tiros, los hombres á brazo, con una fuerza colosal y una paciencia sin ejemplo en la historia, tenian que sacarlas de los atolladeros.

Por fin se llegó á un sitio en que Muley dijo á Cárlos I: *Señor, habeis puesto los piés de nunca llegado ejército ninguno de cris-*

tianos. El emperador, sonriendo, le contestó: *Más adelante los pornemos, placiendo á Dios.*

Lo que más molestó á tan sufrido y valeroso ejército, por aquellos abrasados arenales, fué el irresistible tormento de la sed. Habíase previsto lo que podria suceder; y al dar á la tropa racion para algunos dias, diósele asimismo una bota de agua por soldado; empero el agua se acabó antes que la marcha, y para buscarla abandonaban las filas los soldados, y el marqués del Vasto y el mismo emperador tuvieron que ordenar á los soldados á cuchilladas.

Al dar vista á Túnez se vió tambien á Barbaroja con su innumerable ejército; y como cien mil hombres, por apiñados que estén, ocupan muchísimo terreno, no faltó quien al ver aquel viviente mar de cabezas, vaciló, y volviéndose al valeroso marqués de Aguilar, le dijo: *¡Muchos son, y muy pocos nosotros!* A lo que el marqués imperturbable contestó: *Mejor; así venceremos á más, y tocaremos á mayor parte en el despojo: Á MÁS MOROS, MÁS GANANCIA.* Palabras que dichas tranquilamente al frente de un grande peligro por un hombre valeroso, pasaron á ser un adagio vulgar, que ha llegado hasta nuestros dias.

No quiso el intrépido Barbaroja dar descanso á las huestes imperiales. Sabia que llegaban cansadas del camino y fatigadas por la sed; y sin dejar que se repusiesen y casi sin dar tiempo á que formasen las haces, lanzó su innumerable morisma sobre el ejército imperial, acompañando la acometida con feroces gritos y espantosas contorsiones.

Ni el número, tan infinitamente mayor, ni la ventaja del terreno, ni otras muchas que militaban en favor de los agarenos de Barbaroja pudieron con el sereno valor, la buena táctica y la severa disciplina de los imperiales. Cinco horas, poco más ó menos, duró el combate, al cabo de las cuales el ejército mahometano se declaró en abierta fuga.

Tal fué el pánico de turcos y moros, que arrollaron al mismo Barbaroja, sin que sirviese á este de nada su sereno valor. Arrastrado por la multitud penetró en Túnez, decidido á defenderla hasta morir; mas al entrar en la ciudad encontró que los doce ó catorce mil cautivos cristianos á quienes mandó encerrar en la alcazaba, ó por ruegos ó por promesas, habian ganado á dos de sus guardianes, habian salido como quien al cabo de muchos años y sufrimientos recupera la amada libertad, habian desarmado á los pocos turcos que permanecian dentro de Túnez, y vuelto la artillería contra Barbaroja y los fugitivos que llegaban de la batalla.

Grande fué la ira de Barbaroja, quien habia decidido quemar

á los cristianos antes de ir á la batalla, y no lo hizo porque el gobernador de Túnez, que lo era Sinau, israelita renegado, más humano que él, aunque con él habia sido pirata, se opuso á semejante ferocidad. Luego, empero, el feroz Barbaroja se lamentaba de no haber seguido los impulsos de su corazón, y maldecía de Sinau, cuya humanidad se habia perdido.

Poco tiempo permaneció allí el inhumano corsario: Carlos I avanzaba sobre Túnez, y él tenia casi tantos enemigos dentro como fuera de la ciudad; así fué que, entre melancólico y abochornado, abandonó á Túnez con algunos pocos que le siguieron, y tomó el camino de Bona.

El valeroso emperador nada sabia de lo ocurrido con los cautivos cristianos; mas impulsado por su valor y decision, seguia hácia Túnez para posesionarse de ella, cuando vió sobre la alcazaba, con gran sorpresa suya y de su generales, una bandera blanca.

Pronto supo la verdad del suceso, por una comision de cautivos y de tunecinos, que odiaban á los turcos, que salieron á presentar á Carlos I las llaves de la vencida ciudad. Muley, que al fin habia sido rey de Túnez, trató de evitar el saqueo, y lo suplicó eficazmente á Carlos I; pero ¡quién, ni emperador ni caudillo, podria contener á aquellos hombres que tanto habian sufrido consolándose con la esperanza del botin!

El saqueo se verificó y produjo un botin inmenso, siendo muy sensible, como lo fué para el mismo Muley, que entre los desmanes que se cometieron pereció la famosísima biblioteca, rica en manuscritos, rica en encuadernaciones, y rica en iluminaciones de *oro y azul*, que dicen valian una incalculable suma: de aquí provino el vulgar adagio para ponderar de rico y ostentoso un objeto, decir que *es de oro y azul*, palabras que despues se han aplicado de diversas maneras.

El dia 21 de Julio hizo el emperador su pública y triunfal entrada en Túnez, siendo muy grande su satisfacion al encontrar dentro de la ciudad muchos de los despojos perdidos en la desastrosa jornada de los Gelbes, y entre aquellos, el *arnés dorado que habia sido del infortunado D. Garcia de Toledo*.

Libráronse en aquel dia de gloriosa memoria cerca de diez y seis mil cautivos cristianos, y se apresaron diez y ocho mil cautivos moros; y el emperador, despues de dar gracias por tan notable triunfo al Dios de las batallas, y de despachar pliegos de aviso á todas las naciones cristianas y á su amada esposa la emperatriz Isabel, acordó con Muley-Hacen las siguientes condiciones, al devolverle su perdido y antiguo reino:

1.ª Muley-Hacen se obligaba á dar libertad á todos los

» cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir
 » que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

» 2.ª Ni él ni sus sucesores cautivarían jamás, ni consentirían
 » cautivar cristianos de ninguno de los dominios del emperador,
 » ni de los de su hermano D. Fernando.

» 3.ª El rey de Túnez permitiría en su reino iglesias cristianas,
 » sin que se estorbara la celebracion de los oficios y culto
 » católico.

» 4.ª No consentiría vivir en sus tierras ningun moro de los
 » nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

» 5.ª Cedia Muley-Hacen al emperador y reyes de España
 » las ciudades de Bona, Bisérta y otras fuerzas marítimas que
 » Barbaroja tenia usurpadas en el reino de Túnez.

» 6.ª Dejaba á Carlos y sus sucesores la posesion de la Goleta
 » con dos millas de terreno de circunferencia, con la sola
 » condicion de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar
 » agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

» 7.ª Libre trato y circulacion por todo el reino á los cristianos
 » que guarneciesen la Goleta.

» 8.ª El rey de Túnez pagaria para el sostenimiento de la
 » fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

» 9.ª Todos los súbditos del emperador podrian comerciar
 » librementé en el reino, teniendo un juez imperial para sus
 » causas.

» 10. Muley-Hacen y sus sucesores pagarian al rey de España
 » y los suyos, todos los años, perpétuamente el día 25 de
 » Junio, en reconocimiento de vasallaje, seis buenos caballos
 » moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo
 » se establecieron.

» 11. Mútua y perpétua amistad entre el emperador y sus
 » sucesores y el rey de Túnez y los suyos, y libre negociacion y
 » comercio entre sus respectivos vasallos.

» 12. El de Túnez no recogería, antes se obligaba á echar
 » de sus reinos á todos los corsarios y piratas que anduviesen
 » por el mar y fuesen enemigos del César.»

Estas condiciones se escribieron en español y en arábigo, y
 después de firmadas por el emperador, por el rey tunecino y por
 los testigos, el primero dió solemnemente posesion al segundo
 del reino de Túnez.

El emperador, cuya nobleza de corazón no pudo conocerse
 hasta que, obrando libre é independientemente de los que un
 tiempo le rodearon y abusaron de su niñez, obró segun se propio
 corazón le dictaba, se despidió de Muley-Hacen, al cual dirigió
 estas nobles y notables palabras, recordando por los sangrientos

medios que Muley habia subido al trono: *Yo gané este reino con sangre de los míos: tú, si quieres conservarle, procura ganar el corazón de los tuyos: jamás olvides los beneficios que hayas recibido, pero trabaja mucho por olvidar las injurias que te hayan hecho.*

Marchó, pues, el magnánimo César, en tanto que Andrea d'Oria se dirigia apresuradamente con cuarenta galeras contra Bona, á consecuencia de no haberse atrevido á llegar á ella el capitán Adan Centurion, que fué comisionado para perseguir á Barbaroja.

Quando el bizarro d'Oria llegó á Bona, ya Barbaroja habia huido; el valeroso genovés tomó la ciudad y su castillo, dió su gobierno al capitán Alvar Gomez, y despues de dejar guarnicion española, regresó á la Goleta.

Cárlos, I quiso perseguir al pirata Barbaroja hasta lanzarle tambien de Argel; empero consideraciones de alta política que le fueron presentadas, le obligaron á renunciar á sus deseos. Guarneció la Goleta con mil españoles bajo las órdenes de don Bernardino de Mendoza, y él se dirigió á Italia y desembarcó en Trápani el día 20 de Agosto, desde donde pasó á Monreal y despues á Palermo.

Gran renombre dió á Cárlos I la famosa campaña de Túnez, así por el valor é inteligencia que demostró, como por su nobleza y desinterés. En un tiempo en que los soberanos de Europa, todos sin excepcion, estaban dominados, como casi siempre sucede, por la fatal y perniciosa política del egoismo, resaltó infinito la nobleza y desinterés de Cárlos I, que sufrió y se expuso tanto como el último soldado por defender el nombre cristiano; y despues de haber vencido al fuertemente célebre pirata, terror de la cristiandad, sin tomar para sí ni la más mínima parte de los despojos, colocó en el trono que él habia reconquistado al mismo que fuera destronado por Barbaroja. Todos los elogios que quisiéramos prodigar á Carlos I serian insuficientes, y su conducta en Túnez hace tomar colosales proporciones á su figura histórica y la esclarece hasta el punto de borrar los lunares que en los primeros días de su vida de soberano hemos notado.

GUERRA CON FRANCIA.

Al fallecimiento de Clemente VII ciñó la tiara de San Pedro el Pontífice Paulo III. El rey Francisco quiso atraerle á su partido, empero el Santo Padre se propuso sostener una política de

neutralidad. Acudió el francés á Enrique VIII, y éste exigió de él que se separase absolutamente de la Santa Sede; y aunque este era un paso que difícilmente podia dar el soberano de Francia, púsose, sin embargo, en directas relaciones con los protestantes que, retirados tiempo atrás á Smalkalde, se dispusieron á la resistencia.

Tal era el odio que Francisco alimentaba contra Carlos I, que le hizo ponerse en contradiccion consigo mismo. Al propio tiempo que se ponía de acuerdo con los protestantes alemanes, que pedía á Melancton, uno de los jefes de aquellos, pasase á Francia para tratar de asuntos pertenecientes á la reforma, y que recibía á un enviado del sultan de Turquía, todo esto en odio de su noble rival, iba en procesion por las calles de Paris, exhortaba al pueblo francés á contenerse firme en la fé católica, y *quemaba vivos* á seis individuos de los que fijaron en los puestos del Louvre y en otros sitios unos pasquines contra la religion católica.

El bárbaro suplicio irritó á los protestantes contra Francisco I, quien comprendió que era necesario buscar otros auxiliares contra el emperador, y encontrar algun pretexto para declararle la guerra.

Poco tiempo antes de verificarse la gloriosa jornada de Túnez, el duque de Milan, Francisco Sforzia, condenó á muerte á un súbdito francés, por habérsela él dado á un criado del duque. Esto bastó para que el rey Francisco acusase á Carlos I, por quien suponía inspirado á Sforzia, como protegido que era del emperador.

Dispuso Francisco I un ejército que penetró en Italia para tomar venganza del duque de Milan; y no contento con esto, se dirigió tambien contra el duque de Saboya, pretextando derechos, más ó menos quiméricos, al ducado, y sin otra razon que ser el duque cuñado y muy protegido del emperador.

Por este tiempo casi llegó á Italia Carlos I, de vuelta de su gloriosa expedicion de Túnez, y el entusiasmo de los italianos rayó en frenesí, hasta el punto de hacer públicos festejos, tan lucidos y magníficos como no habia habido ejemplo hasta entonces, celebrando el fausto suceso hasta con corridas de toros á *la española*.

Falleció por este tiempo sin hijos el duque Sforzia, y el francés, firme siempre en su propósito de no cumplir palabra que diese ni compromiso que aceptase, faltando escandalosamente al tratado de Madrid, firmado ocho años antes, reclamó la reversion del ducado á la corona de Francia.

El emperador, que fué muy hábil político, ni recordó el tratado de Madrid, ni tampoco negó al francés lo que solicitaba: le-

jos de esto, le daba esperanzas y se mostraba propicio á ceder el ducado á uno de los hijos del francés, y no hacia sino entretenerle, mientras en España, Italia, Alemania y Flandes aprestaba tropas y reunía recursos para emprender la guerra. Con hombres de las condiciones del rey Francisco siempre fué permitido el ser tan *político* cuanto sea necesario.

En tal estado quedaban las cuestiones entre España y Francia al terminar el año 1535.

ESPAÑA.

Fija la atención en los asuntos exteriores, que tanto debían llamarla, nada de notable ocurrió, fuera del placer que causó el célebre triunfo del emperador en Túnez, si bien el gozo estaba contrapesado con los dispendios que tanta empresa y tanto acrecentamiento de dominios llevaban consigo, y que empobrecía á España y perjudicaba á las artes y á la industria.

La hermosa emperatriz, la discreta y virtuosa Isabel, gobernaba el reino con toda la cordura é interés necesarios; mas no alcanzaban su talento y tacto á remediar un mal que no tenía remedio: la falta de dinero. Un rio de oro venía del Nuevo-Mundo; pero todo lo consumían las guerras y las empresas; y cuando el año estaba para terminar, lejos de haber fundada esperanza de remedio, el emperador preparaba una expedición á Argel, y escribía á su virrey de Aragon para procurar que las Cortes de aquella corona le facilitasen recursos.

En este mismo año fundó Francisco Pizarro en el Perú la hermosa y magnífica ciudad de Lima.

AÑO 1536.

GUERRA CON FRANCIA.

Ya caminaba á su fin el primer tercio del año 1536, cuando hizo Cárlos I su pública y solemne entrada en la antigua ciudad de los césares, después de su regreso de Africa.

En Roma se hallaba todavía cuando Francisco I, viendo que los meses trascurrían sin que tuviese término el asunto relativo al ducado de Milan, envió sus embajadores, á fin de que exigiesen del César una respuesta terminante.

Los embajadores, que para serlo como debian no podian ser distintos en condiciones de la persona á quien representaban, permitiéronse decir verdaderas calumnias del emperador, tan en público, que llegaron á noticia del calumniado.

Vivamente irritado Carlos I con aquella nueva infamia, sobre tantas como habia ya disimulado, contestó á todo en una solemne y pública sesion, presidida por el Sumo Pontífice, y á la que asistieron el sacro colegio y todos los embajadores de las potencias europeas que se hallaban á la sazón en Roma.

Toda la paciencia que el emperador habia tenido se agotó en aquel dia, en el cual pronunció un enérgico discurso, manifestando cuántos sacrificios habia hecho por sostener la paz de Europa; cuánta habia sido la mala fé del rey de Francia, su falta de cumplimiento á todos los tratados, y terminó diciendo:

«Pues sepa el rey Francisco y sepan cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni tengo de dar á nadie lo mio, ni tomar tampoco lo ageno, ni disimular las injurias del duque de Saboya. Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le quiero engañar ni tomarle de sobresalto: de aquí me iré con el favor de Dios á Lombardía, juntaré allí el mayor ejército que pudiere, y con él entraré por Francia, y procuraré vengar mis injurias y las de los míos, como á mi oficio conviene hacerlo. Mas lo mejor de todo (continuó con arrogancia) será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros de bueno á bueno: pongamos el negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mía, que desde agora digo que le desafío y provoco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un rio..... que yo confio en Dios, que como hasta agora me ha sido favorable y me ha dado victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y míos, me ayudará ahora en una causa tan justa.....» (Lafuente, tomo XXII, cap. XX, pág. 95.)

Dícese que fué tal la exaltacion del emperador al terminar su vehemente discurso, que Paulo III no pudo menos de acudir públicamente á tranquilizarle con dulces y lisonjeras palabras.

Era disculpable la irritacion de Carlos I, puesto que el francés llegó á culparle de haber fomentado la herejía luterana: ¡él, que tantas veces estuvo en tratos con los protestantes, á Carlos que tan trabajó para extinguir la herejía! ¡Qué miserable y ridícula es la envidia, y cuán miserables y ridículos hace aparecer á los envidiosos!

Un embajador francés, creyendo sin duda que no circulaba sangre española por las venas de Carlos I, despues de terminada la sesion pidió á aquel el discurso que acababa de pronunciar, y el César no le hizo esperar mucho tiempo para entregársele.

Salió de Roma el emperador, y despues de recorrer varios puntos de Italia, llegó á Fossano, ciudad á la sazón sitiada por el veterano Antonio de Leiva.

Pasada muestra al ejército imperial, resultó una cifra de setenta mil hombres de todas armas y cien piezas de artillería, bajo las órdenes de tan expertos y valerosos caudillos como el duque de Alba, Antonio de Leiva, el marqués del Vasto, el de Aguilar, el conde de Benavente, D. Fernando de Gonzaga, Ascanio Colonna, el príncipe de Salerno y el de Visignano.

Hé aquí unos documentos curiosos, á propósito de la campaña de Francia:

Sumario de la relacion de gente de guerra de pié y de caballo que hay en el ejército de S. M., segund las muestras tomadas en principio de Julio de 1536.

CABALLERÍA.

Gente de armas.	580
Caballos ligeros.	4,740
	<hr/>
	5,320

INFANTERÍA.

Infantería española.	9,850
Infantería alemana.	24,080
Infantería italiana.	9,700
	<hr/>
	43,630

ITALIANOS.

Que van con el príncipe Andrea Doria.	6,900
Los que quedan en Milan y Vercelli en guarda de los castillos de Crémone, Lodi, Pavía, Alejandría.	2,100
La que debe quedar en Turin.	6,200
	<hr/>
	15,200

Sumario que se pone al fin de la relacion, cuyas partidas por mayor son las que anteceden.

Gente de armas (lanças).	590
Caballos ligeros de todas naciones.	4,790
Infantes españoles.	9,850
<i>(Créese que llegarán á 10,000.)</i>	
Infantes alemanes.	24,600
Infantes italianos.	25,950
Caballos de artillería.	2,000

Mas la gente de córte de caballo y de pié.

Acuerdo consultado con S. M. en Saviñan, lunes 10 de Julio de 1536.

Hánse de hacer por el camino donde ha de ir S. M. desde Cuni á Niça seis jornadas, y dos de aquí á Cuni, que son ocho jornadas.

La gente de armas y caballos han de hacer diez jornadas desde esta villa de Saviñan hasta Niça.—(Archivo de Simancas: estado, leg. núm. 34.)

El siguiente notable documento, cuyo autor se ignora, se supone por algunos escrito por el célebre Antonio de Leiva, ó por otra persona de la íntima confianza del emperador. Héle aquí:

«En Saviñan á 13 de Julio de 1536.

Las dificultades que ocurre ay en la pasada de S. M. en Francia.

» El primer inconveniente es la falta del dinero, porque aunque se busque y halle para cumplir lo que será menester para este mes de Julio, pasado el mes, si no se halla algund expediente para anticipar los dineros que se esperan, á lo menos para media paga del mes de Agosto, para poder entrar en Francia, seria cosa de mucho peligro y inconveniente; y si para entonces no llegan los dineros de Spaña, lo que se cree que no llegará, parece que buscarles acá, segund está la tierra y el tiempo, será muy dificultoso, aunque se harán todas las diligencias que sean posibles, así en Génova y Milan, como enviando á Nápoles y Roma.

» Lo segundo en lo de las vituallas, porque aunque se ha proveído lo que es menester para ir hasta Niça, seria menester sa-

»ber lo que hay adelante, y para esto parece que se debe enviar
 » persona expresa con gran diligencia, que vaya y vuelva para
 » tomar á S. M. antes que parta de aquí ó en la primera jornada,
 » con la certinidad de lo que en esto hay, y qué la informacion
 » sea así de lo que hay en Niça, como de lo que de Génova se
 » ha enviado allí, y de lo que el rey de Francia ha proveido en
 » quemar y gastar las vituallas de allí adelante, y hasta saber la
 » certinidad de lo uno y de lo otro, paresce que se debe caminar
 » mas despacio que estaba acordado.

» El tercio es que el tiempo está muy adelante, que no quedan
 » sino dos meses para guerrear, y se va á parte y reyno muy
 » apercebido y proveido y fortificado por la parte de la mar y de
 » la tierra.

» El cuarto es lo que se dice que tienen concertado en siendo
 » S. M. pasado los montes, juntar la gente que tienen acordada
 » en Italia y enviar más de Francia, y hacer un cuerpo de toda y
 » de la que queda en Turin, y mover todas las cosas de Italia y
 » apoderarse de todo lo que pudieren, para lo cual hacen funda-
 » mento que el Papa y venecianos tienen celos de la pasada de
 » S. M. en Francia, y de su grandeza, y no estarán firmes en la
 » devocion de S. M., y se mostrarán por ellos y se alterarán to-
 » das las cosas de Italia de manera que se pongan en condicion
 » y aventura.

» El quinto qué se ha de hacer del ejército pasado Agosto y
 » Setiembre, porque se tiene por dificultoso podello deshacer es-
 » tando dentro en Francia, no lo pudiendo sostener adelante.

» Los inconvenientes que ay en dexar de passar S. M.

» Lo primero, que por lo que hasta agora está hecho y la publi-
 » cacion que se ha hecho desta entrada, habiendo venido S. M.
 » para ello de tan lejos, dejarse de hacer seria perder mucha re-
 » putacion y crédito, que es en lo que más se debe mirar, y aun
 » no podría dejar de ser deshonra.

» El mismo inconveniente que hay en la falta del dinero para
 » pasar en Francia, hay dejado de pasar.

» Lo otro, que el rey de Francia, dejando de pasar, y hallán-
 » dose, como está, armado, podría dar sobre España, para donde
 » ya tiene encaminada mucha parte de su gente.

» Lo otro, que M. de Nasao quedaria en evidente peligro de
 » perder el ejército, y quedarian las tierras de Flandes en mucha
 » aventura, y seria faltar á lo que S. M. les ha prometido, que
 » entrarian por acá, y retirándose el armada, dejarian de pagar el
 » servicio que han otorgado, y se amotinarian los yasallos y po-
 » drian rescibir mucho daño de Gueldres.

»Lo otro, que el duque de Saboya quedaria perdido, y de su estado á lo menos lo que tiene de los montes allá, y asimismo lo de Salucio.

»Lo otro, que el rey de Francia, no pasando S. M., quedaria tan soberbio, que no vernia á paz sino con grand ventaja suya, y tractaria de tratar al turco el año que viene y no se haria el concilio.

»Lo otro, que no se halla lugar para la persona de S. M. ni adonde debria ir.

»Que con esta pérdida de reputacion, se cree que el Papa ni los otros potentados de Italia no vernán en mas liga con S. M. que la que tienen hecha, antes se cree que con este favor el rey de Francia terná mas parte de la que tenia.

»Que el rey de Inglaterra, con quien se tiene esperança de tractar conveniblemente, y aunque se declarara á ayudar contra el rey de Francia en esta empresa, se meterá en más estrecha amistad con el rey de Francia, ya nunca tornará á la obediencia de la Iglesia romana, y meterá en notorio inconveniente las tierras de Flandes, Lubech y Dunquerque y otras de aquellas partes.

»Que con esta derreputacion, no solamente S. M. perderá el crédito con los soldados alemanes que han tenido esperança desde la pasada en Francia, mas aun con los electores, príncipes y estados del imperio, y tomarán para esto mas atrevimiento los desviados de la fee para juntarse y colligarse estrechamente con los reyes de Francia y Inglaterra en perjuicio de S. M., del rey de romanos y de sus dignidades, y para continuar con sus errores y atraer por desesperacion lo demás de Alemania.

»Demás desto, el vayvoda que es en punto de concertarse con el rey de romanos, y que segun se escribe de allá no spera otro sino ver que S. M. entre en Francia, dexará de concertarse y ocupará todo el reyno de Hungría irremediablemente.

»Y no solamente esta derreputacion dañará á S. M. y á la cristiandad, mas aun el turco tomará osadía, aunque el rey de Francia no le ayudase y sollicitase, de emprender contra S. M. y la cristiandad.

»Por los cuales inconvenientes entre otros, puede parecer que menos mal es pasar en Francia, aunque no se hiciese otro efecto, y que allí se harán otras excusaciones mas convenientes que dejando de pasar.»

Al final tiene la nota siguiente:

«Trasladadme esto esta noche de letra que parezca á la mia, haciéndola algo pequeña, y nadie la vea.»

Cárlos I, á pesar de que aquella jornada no era popular, por

efecto de las circunstancias generales de los reinos, preparó su ejército, al mismo tiempo que su hermano D. Fernando, el rey de romanos, formaba otro, y otro la princesa María, gobernadora de Flandes, también hermana del emperador, á fin de que se hiciese por tres puntos la acometida.

Entre todos los generales que representaron á Carlos contra el proyecto de invasion en Francia, excedió á todos el entendido y valeroso marqués del Vasto; en cuanto al veterano Leiva, no opinaba decididamente mal ni bien, al menos en público; pero al tratar del punto en cuestion hacia sus prudentes observaciones, las cuales siempre venian á parar en que para terminar su discurso dijese: *A los animales bravos, háseles de buscar en sus mismas cuevas.*

La campaña comenzó con un suceso favorable al emperador, y con otro adverso. El marqués de Saluzzo, que defendía por el francés el Piamonte, se pasó al campo de Carlos I inopinadamente, defeccion que facilitó al emperador la entrada en Francia. No sucedió lo mismo en la plaza de Foscano que, ya antes lo dijimos, estaba sitiada por Leiva.

Defendíala Mompezat, el cual despues de completamente perdido, aun resistió cerca de un mes, en cuyo tiempo los franceses meditaron y redactaron un plan bien combinado de defensa y resistencia.

Supónese autor del plan á Montmorency: consistía aquel en no presentar ni aceptar batalla sin una completa seguridad del triunfo; no poner en estado de defensa más que las plazas de Marsella, Avignon y Arlés, concentrándose en ellas; destruir, las demás plazas no defendibles; quemar, talar y quitar todas las subsistencias hasta de los puntos extremos; obligar á los moradores de pueblos indefendibles á retirarse al corazon del reino ó á las montañas; devastacion general y completa desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los términos del Delfinado. Este plan revela lo mucho que la amenaza del emperador impuso á los franceses.

Este soberano, desentendiéndose de cuanto los generales y consejeros le decian, puesto al frente de la vanguardia penetró en Francia por la Provenza, sin curarse de dejar resguardado el Piamonte (Agosto).

Grande fué la sorpresa del emperador al encontrar todo el país desierto y devastado: entonces comprendió tarde ya su ligereza, y se resignó á esperar los socorros que debia mandarle Andrea d'Oria. Este bizarro guerrero habia ya tomado á Tolon; mas no podia moverse, porque el mar, agitado por contrarios vientos, lo impedia.

El emperador envió á explorar á unos oficiales, intentando caer sobre Avignon; pero las noticias que aquellos trajeron le hicieron desistir de su propósito, y se dirigió sobre Marsella, mandando al marqués del Vasto que fuese en direccion de Arlés. Este fué un golpe estratégico: el emperador creyó que llamando por dos partes simultáneamente la atencion de Montmorency, este abandonaria sus fuertes posiciones y dividiria su ejército, mas no lo hizo así: las guarniciones de ambos puntos atacados rechazaron á los invasores, y el emperador comprendió la inutilidad de la invasion y cuánto exponia con no regresar á España. En el campo no habia enemigos contra quienes combatir; pero hallábanse otros de aquellos, contra los cuales de nada sirve el valor: las enfermedades y el hambre.

Cárols I regresó á España, con el doble sentimiento de haber hecho un vano y costoso alarde, y de haber perdido en aquella mal llamada campaña á su amigo y fiel consejero Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, el inmortal defensor de Pavia. Murió de enfermedad y de años, y dejó á su hija única doscientos mil ducados próximamente; suma en aquellos tiempos fabulosa.

Otro gran disgusto experimentó Cárols I en Francia. Al salir de Provenza hubo un choque que motivó el asalto de la torre de Muey, y en él fué mortalmente herido, de una pedrada en la cabeza, el celebérrimo poeta *Garcilaso de la Vega*, señor de Bares, muy querido del emperador. Cara costó esta muerte á los franceses; porque irritado Cárols, y las tropas que mucho querian al ilustre poeta por su valor y afabilidad, entró por asalto y pasó á cuchillo á todos los defensores de la fortaleza, sin dejar uno con vida (Octubre).

De las otras proyectadas invasiones la única que se realizó fué la de los flamencos, mandados por el conde de Nassau, el cual tan bizarramente se condujo, que llamó la atencion de toda la Francia y la puso en verdadera alarma. Los esfuerzos hechos para detenerle, y la retirada del emperador, hicieron retroceder al de Nassau.

Tampoco faltó á Francisco I su amargo recuerdo de aquella época. Durante la campaña falleció el delfin de Francia: la causa de su temprana muerte fué el haber bebido un vaso de agua helada estando sudando. Se dió en decir que habia sido envenenado, como si por ser delfin de Francia hubiera de haber tenido asegurada hasta la vejez la vida.

Quisose echar la culpa á los generales del emperador; mas como muy bien dice un erudito y juicioso historiador, «ni el »emperador ni sus generales habian usado jamás de tan abominables artificios, ni tenian el menor interés en la muerte del del-

»fin, puesto que quedaban al rey de Francia otros dos hijos en edad de sucederle.»

Sin embargo de que la causa de la muerte del delfin fué tan conocida, dieron en suponer que era culpable de ella el sumiller del difunto príncipe, conde de Montecuculli, y bárbaramente le despedazaron despues de haberle hecho sufrir la tortura.

Historiadores respetables ha habido que no miran como una impostura la especie del envenenamiento; mas hacen recaer la sospecha sobre la funestamente célebre Catalina de Médicis, la cual era esposa del duque de Orleans, hermano del delfin, en quien habia de recaer la corona si aquel fallaba ó moria sin hijos.

Regresó á Italia Cárlos I, y dejó guarnicion de españoles en Niza, en cuya ciudad falleció á consecuencia de la pedrada el célebre *Garcilaso de la Vega*; y despues de haberse detenido algunos dias en Génova por falta de salud, tomó rumbo á España, desembarcando en Barcelona cuando casi tocaba á su término el año.

AÑO 1537.

Viendo Paulo III cuánto perjudicaban á la Europa y á toda la cristiandad las continuas discordias de Cárlos y Francisco, trató de avenir á ambos soberanos, y sostuvo contestaciones con el emperador con el expresado objeto. Era, empero, difícil el llegar á un acuerdo, porque el francés era tan tenaz en su envidia, como perseverante en su odio.

Cierto es que el emperador respondió al Sumo Pontífice presentando condiciones que no podian agradar al rey Francisco; pero debe tenerse muy en cuenta que Cárlos I era el ofendido, y ofendido mil veces; y si se quiere decir otra cosa, vea el lector, como muestra de las intenciones pacíficas de Francisco I, las siguientes líneas.

Cuando por mediacion de Paulo III se sostenian tratos de paz, en Paris, en pleno parlamento, presidido por Francisco I con asistencia de toda la real familia, se acusó al emperador *de haber faltado al vasallaje que debia á la corona de Francia, por la posesion de los condados de Flandes y de Artois*. Como á súbdito rebelde se le mandó comparecer ante el juez competente; y no habiéndose verificado la comparecencia, *se le condenó en rebeldía á la confiscacion de ambos condados*, sentencia que á voz de pregon y con timbales y clarines fué publicada.

Como entre reyes son las armas las que en última instancia deciden y las que dan ó quitan posesion, Francisco I pasó personalmente á Flandes, acompañado del delfin, antes duque de Orleans, y del condestable Montmorency, y comenzó á hacer la guerra para desposeer á D. Carlos y realizar la sentencia.

La reina de Francia, hermana del emperador, y su cuñada la reina de Hungría, esposa de D. Fernando, intervinieron eficaz y oportunamente, y lograron que se estableciese una tregua de diez meses (Julio).

La tregua, empero, no se extendia más allá de Flandes; y la guerra encarnizadamente continuaba en el Piamonte. Tambien allí intervinieron las dos princesas, y alcanzaron una tregua de tres meses.

Estaba dividida la atención del emperador en muchas partes á un tiempo; porque tampoco el pirata Barbaroja le habia dejado tranquilo. No habia olvidado el desastre y la vergüenza sufridos en Túnez, y buscaba la ocasion de tomar una venganza de corsario.

Habia Barbaroja reunido una armada de cuarenta ó más naves entre grandes y pequeñas, y colocó en ellas banderas cristianas. Como el ejército del emperador despues de la victoria de Túnez no habia regresado á España, sino ido derechamente á Italia, los mahoneses, á cuyo puerto arribó el corsario, al ver la armada y sus banderas, dieron puerto por seguro que la armada que se acercaba era la victoriosa de Túnez. Por esto la recibieron con salvas de artillería y repiques de campanas, hasta que tristemente desengañados los mahoneses, quisieron oponerse á la entrada del pirata en la ciudad; pero era ya tarde: habia ganado toda la parte más difícil, mientras se creyó por las banderas y aparato que la armada era cristiana.

Inútil sería el querer describir hasta qué exceso llevó aquel bandido el saqueo y las violencias: baste decir que, á pesar de ser almirante del turco, jamás dejó de ser pirata.

Presentóse este ante el feroz Soliman lleno de placer y de orgullo, como si su triunfo no hubiera consistido en una sorpresa y en una infame traicion. Entonces trató el sultan con su digno almirante de declarar la guerra al emperador, á cuyo fin le instaban algunos, y muy particularmente un enviado secreto y extraoficial del *rey-caballero*, llamado Laforet, el cual rogaba á Soliman para que, abandonando la guerra de Persia, la hiciese á Carlos I por mar, al mismo tiempo que Francisco I la hacia por tierra, en Flandes y Lombardia. Tal era el rey de Francia, tal su rencorosa envidia y tal su poquísimos decoro, que no rehusaba ni la amistad de los infieles como Soliman, ni la de los

malhechores como Barbaroja, con tal de satisfacer su odio, su rencor y su envidia. ¡Tal era Francisco I, rey *caballero y cristianísimo!*

Ni Soliman ni Barbaroja eran hombres que necesitasen de muchos empeños para emprender todo aquello que pudiera darles posiva utilidad; y puestos de acuerdo con el rey Francisco, dispúsose una armada turca, compuesta de más de CUATROCIENTAS NAVES, CON DOSCIENTOS MIL HOMBRES Y MIL TRESCIENTOS CAÑONES, la cual tomó rumbo á Hungría y pasó despues á las costas de Italia, mandada por Barbaroja y por un italiano desterrado, llamado Pignatelli, que habia tambien instado mucho á Seliman para que llevase á cabo aquella empresa.

ESPAÑA.

Cuando el emperador desde Italia pedia al duque de Alburquerque, virey de Aragon, que allegase recursos, negáronse con respeto los aragoneses á proporcionarlos, mientras las Córtes no votasen el nuevo subsidio.

Cárlos I volvió á instar al virey, encargándole hiciese entender á todos que lo apremiante de las circunstancias no daba tregua para cumplir con ninguna formalidad de las establecidas; pero los aragoneses con firmeza y respeto insistieron en que si las Córtes no se reunian y votaban el subsidio, no era posible dar al emperador el servicio que pedia.

Apresuró entonces la vuelta Cárlos I, y en 1537, ya en España, convocó al momento las Córtes generales de Castilla, en Valladolid. La primer petición de los procuradores fué para rogar al rey en nombre del reino cesase ya de empresas y de viajes, y permaneciese en España, sin exponer su vida á tantos riesgos y gastarla en tantas faligas, dejando, además, abandonado su verdadero reino.

En aquellas Córtes diéronse leyes buenas para la represion del lujo, haciéndole causante de la pobreza del reino, no siendolo en realidad; mas, sin embargo, llamamos buenas á aquellas leyes, porque si no eran á propósito para lograr el fin que los legisladores se proponian, tendian á cortar el inmoderado lujo, verdadero causante de la inmoralidad y de la perversion de las costumbres.

Era, en efecto, muy apurada la situacion interior del reino; los gastos ascendian con mucho á los ingresos, y siendo esto así, cada año adquiria el erario nuevos empeños y gastaba por

anticipado las rentas de los años sucesivos, á pesar de los rios de oro que del Nuevo-Mundo llegaban. Las guerras eran muchas, y los gastos de trasportar los ejércitos en aquel tiempo montaban mucho.

No puede negarse que Cárlos I fué muy bien quisto de los súbditos de la corona aragonesa. Queríanle por su bizarría, por ser nieto de su querido rey Fernando V, el Católico, y por el respeto con que siempre se avino á las decisiones de aquella gente, esclava de sus fueros y costumbres.

Terminadas las Córtes de Castilla, Cárlos I convocó las de Aragón, Cataluña y Valencia, en Monzon. Las Córtes de los tres reinos votaron un subsidio, oidas las razones que expuso el emperador en su discurso de apertura. Aragón votó 200,000 libras jaquesas; Cataluña 300,000, y 100,000 Valencia (Agosto, día 13).

De los asuntos religiosos no nos ocupamos todavía; porque se acerca el momento de que aparezca en el mundo la *Compañía de Jesus*, como antemural interpuesto entre el catolicismo y la herejía de Lutero, y este importante punto no debe, al darse cuenta de él, presentarse fraccionado.

NUEVO-MUNDO.

D. Fernando Pizarro, hermano de D. Francisco, vino á España cargado de inmensísima riqueza, siendo esta tan grande que solo el *quinto* perteneciente al emperador ascendia á una suma fabulosa. Con este motivo se confirmó á Pizarro en el gobierno de Nueva-Castilla; expidiósele el título de marqués de las Charcas; añadióse una extension de setenta leguas á la jurisdiccion del conquistador del Perú por la costa meridional, y dióse á Almagro el título de adelantado, con un gobierno independiente en Chile, pero que estaba por conquistar todavía.

La enemistad que entre Pizarro y Almagro existia desde el principio de la conquista, estaba amortiguada, però no extinguida; y con motivo de éstos nombramientos se reavivó. Los amigos de uno y de otro compañeros de conquista lograron avenirlos nuevamente, y Almagro se dirigió á conquistar el país cuyo gobierno le habia sido adjudicado.

Ya sordamente comenzaba á rujir á lo lejos la terrible tormenta que debia estallar sobre la cabeza de Pizarro. Aquella tormenta la fraguaban los mismos compañeros del conquistador y los hechos de este; antes, empero, estalló una formidable in-

surrección, que se anunció por un degüello general é imprevisto de los destacamentos españoles.

Al frente de la insurrección estaba colocado un Inca, llamado Mango, el cual reunió en pocos momentos tantos soldados como indios habia en el país: baste decir que sobre Cuzco fueron doscientos mil soldados, y casi otros tantos sobre Lima.

Defendian á Cuzco los tres hermanos de Pizarro, de los cuales Juan murió en la lucha, y Fernando y Gonzalo fueron estrechados hasta el punto de quedar como prisioneros en un barrio de Cuzco.

El marqués de las Charcas, Francisco Pizarro, al mismo tiempo que defendia á Lima, mandaba cuantos refuerzos podia á sus hermanos; mas ninguno de aquellos llegaba, que estaban bien tomados y guardados los caminos.

Afortunadamente, y cuando la insurrección presentaba peor aspecto para los conquistadores, apareció milagrosamente en el valle de Jauja un hermano de Pedro de Alvarado, llamado Alfonso, con buen número de tropas escogidas; y con ellas y las suyas el bizarro conquistador, que fué un verdadero valiente, hizo piezas al enjambre que sitiaba á Lima.

Este suceso hizo cambiar de aspecto el de la insurrección; mas Almagro, que también era ambicioso y acababa de dirigirse á Chile, pretendiendo que la provincia de Cuzco debia pertenecer á su gobierno, se presentó á reclamar con las armas y á favor de la insurrección lo que, segun él, le pertenecia.

Presentóse, pues, con sus tropas delante de Cuzco Diego de Almagro; coge desprevenidos á los insurrectos, y los vence y destroza; prende á Fernando y Gonzalo Pizarro que estaban sitiados en un barrio de la ciudad; marcha contra Alfonso de Alvarado, el hermano del gobernador de Goatemala, y también, más que por fuerza por seducción de tropas, le hace prisionero; y hecho todo esto con la rapidez del rayo, regresa á Cuzco y pone la ciudad en estado de defensa.

Al terminar el año, Francisco Pizarro permanecia en expectativa en Lima, y Diego de Almagro también esperaba en Cuzco.

AÑO 1538.

PERÚ.

Habia salido Almagro herido de las refriegas que habia sostenido para apoderarse de Cuzco. Hallábase además con no pocos

achagues y muy agravado de años. Procedió, en medio de su ambicion, con nobleza, desentendiéndose de los consejos que le daban para que quitase la vida á los hermanos de Pizarro. Lejos de esto, no tardó mucho en darles libertad, así como á Alvarado.

Menos noble y leal fué Francisco Pizarro; es verdad que, ya lo hemos otra vez dicho, fuera del valor personal, que era mucho, ninguna condicion de las que concurrían en el célebre conquistador de Méjico se hallaba en el del Perú.

Estuvo Pizarro durante algun tiempo engañando, que así debe decirse, al anciano Almagro, tratando de una reconciliacion verdadera entre ambos caudillos; pero fué para ganar tiempo, hasta que pudo traer á sus dos hermanos á su lado. Unidos los tres á Alvarado se dirigen contra Almagro, y abiertamente le declara Pizarro la guerra.

Almagro, que estaba muy cercano á los ochenta años, hallábase á la sazón con un fuerte ataque de gota, y siéndole imposible colocarse al frente de su tropa, comisionó á su segundo, llamado Rodrigo Ordoñez, hombre que era de mucho valor.

Fué la accion tan reñida como sangrienta: Ordoñez cayó prisionero, y en el acto fué bárbaramente degollado. El mismo Almagro, que se hallaba poco distante del sitio del combate, cayó prisionero y fué llevado á Cuzco entre cadenas.

Nada fué bastante para ablandar el feroz corazon de Pizarro. Ni los méritos, ni el valor, ni la ancianidad, ni súplicas, ni promesas, nada, en fin, hizo variar de propósito á aquel hombre cruel y sanguinario, y el anciano Almagro sufrió la pena de muerte en garrote. De este modo agradeció el marqués de las Charcas á Almagro el que hubiese perdonado la vida á sus dos hermanos. Hay cosas que no deben comenzarse, porque una vez empezadas no deben suspenderse. El que en cierta clase de revoluciones no se decide en ocasiones dadas á parecer verdugo, tiene que resignarse á ser víctima.

Pizarro, que por sus arbitrariedades y por su despotismo era muy poco querido, acabó de ser odiado al mostrarse tan cruel con el anciano y valeroso Almagro.

CÁRLOS I EN AGUAS-MUERTAS.

Segun el aparato de guerra desplegado por Soliman II y los proyectos de su aliado Francisco I, el emperador iba á perder cuanto en Italia poseia. Sin embargo, el carácter del monarca

francés era ya demasiado conocido, é inspiraba por lo tanto muy poca confianza aun á sus mismos aliados.

En aquella ocasion inspiraba á Paulo III menos confianza que nunca, viéndole unido al más encarnizado enemigo de la cristiandad; por esto el Pontífice levantó un ejército y una armada, que unió á la imperial y á la de Venecia, para defender á toda costa á Italia, y con ella á la cristiandad entera, de las iras del turco feroz.

Los víreyes y caudillos del emperador tambien contribuyeron con su valor, inteligencia y celo, á rechazar al osado invasor; pero el verdadero héroe de aquella breve campaña fué Andrea d'Oria, que mandaba las fuerzas marítimas, y con ellas rechazó á Soliman y á su almirante el *corsario*. Francisco I, por otra parte, no cumplió lo que habia ofrecido respecto de auxiliar por tierra al sultan, ni le era posible tampoco el cumplirlo; mas tuvo al menos la satisfaccion de dar á la Europa una nueva muestra del rencor que en su corazon guardaba, hijo de una rabia envidiosa que le tenia siempre intranquilo.

El Pontífice Paulo III demasiado claro veia que era necesario disminuir el poder y enfrenar la arrogante osadía del turco; y para lograrlo era muy importante el separar al francés de la deshonrosa amistad con el infiel, á fin de atraerle despues á la confederacion; porque habia dos enemigos formidables contra quienes luchar: el mahometismo y el luteranismo.

Logró Paulo III que se tratase de un arreglo pacífico, y entonces aspiró á más: trató de que se viesen y hablasen los dos soberanos rivales, y al efecto eligió á Niza para realizar la entrevista.

Aceptaron Carlos y Francisco la proposicion y se dirigieron á las inmediaciones de Niza; mas ninguno de los dos queria demostrar que buscaba al otro. El Pontífice se fijó en Niza; Francisco I se aposentó en Villanova, y el emperador en Villafranca. Diariamente conversaban Carlos y Francisco con Paulo III, mas nunca se encontraron de frente: si fué casualidad, lo fué muy grande; pero es lo cierto que siempre, al llegar uno de los dos, acababa de marchar el otro.

Conoció el Pontífice que los dos competidores median y calculaban los pasos á fin de no encontrarse, y desentendiéndose de todo, se dedicó á negociar la paz entre ambos, para bien general de la cristiandad y de Europa.

Logró, por fin, su deseo Paulo III: el dia 18 de Junio se acordó definitivamente una tregua de diez años, que en nombre del emperador firmaron su secretario D. Francisco de los Cobos y el marqués de Aguilar con el señor de Granvella, y por parte del

rey de Francia el cardenal de Lorena y Montmorency. Esta paz fué solemnizada y festejada con procesiones y regocijos públicos en ambas naciones.

Volvia á España ya Carlos I, cuando con gran sorpresa suya recibió una invitacion del rey Francisco, rogandole se acercase al puerto de Aguas-Muertas, en donde tendria gran placer de recibirle; cosa verdaderamente rara, despues de haber estado tanto tiempo huyendo la presencia del emperador.

Carlos I aceptó sin vacilar la invitacion; y cuando la galera imperial se acercaba al puerto, el rey mandó al condestable Montmorency para que hiciese saber al emperador que pasaria á verle á la misma galera. D. Carlos le envió algunos personajes de la córte para evitar al monarca francés aquella molestia, cuyos personajes tuvieron que detenerse á mitad de camino, porque ya en una hermosa falúa bogaba el rey en direccion de la galera imperial. El mismo emperador y rey de dos mundos ayudó al de Francia á subir á la galera, y fué muy de ver la cordial efusion con que, segun pareció, se abrazaron. ¿Es posible que despues de veinte años consecutivos de rencor, de odio y de venganza, se cambie en pocos minutos, y aquellas feas pasiones se truequen en amor y amistad? El lector podrá creer lo que guste: por parte del emperador pudo haber mucha sinceridad en la entrevista, porque jamás demostró el odio ni rencor del francés; no hizo sino atacar para defenderse; pero Francisco I, que buscaba con tanto afan y cuidado las ocasiones de perjudicar al emperador, con un odio inveterado de casi un cuarto de siglo, ¿pudo cambiar tan pronto? Dificilmente puede creerse.

Dos horas estuvieron reunidos (15 de Julio), hablando con la mayor amistad y alegría. Al despedirse manifestó el rey al emperador que si queria desembarcar, tendrian inmenso placer en recibirle y festejarle, lo mismo la reina, que era hermana del emperador, que los principes y toda la córte.

Dícese que el emperador vaciló un momento, pero que no reconociéndole bien el mostrar ni desconfianza ni temor, accedió con muestras de placer á la proposicion del rey Francisco.

No permaneció el emperador en Aguas-Muertas un solo dia; alargóse el plazo, y en cada uno de aquellos era más obsequiado de la real familia y de los caballeros y damas de la córte: por manera que al ver tanto cariño, tanta amistad, tanto obsequio, ni podia creerse lo que habia anteriormente ocurrido, ni dudar de que las antiguas escenas de odio y de guerra habian pasado para jamás volver. Por desgracia, debia dudarse mucho de esto último.

En cuanto á los obsequios de que fué objeto el emperador, y

á la cordialidad, real ó aparente, demostrada en la larga entrevista, oigamos al mismo Carlos I en su carta dirigida al marqués de Aguilar:

«Despues que á los cuatro del presente nos embarcamos en Génova como visteis, habemos siempre estado en mar, navegando la mayor parte del tiempo con vientos contrarios, y algunas veces tan recios, que era imposible el pasar adelante: de manera que, haciendo lo último de diligencia y esfuerzo, llegamos el domingo pasado, que se contaron quince de este, al puerto de Aguas-Muertas, por donde habemos hecho nuestro viaje, por causa de vernos con el cristianísimo rey de Francia, nuestro hermano.

«No fué sin dificultad y peligro nuestra llegada al dicho puerto de Aguas-Muertas, porque como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las pomégas de Marsella el sábado á la tarde, trece del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de las galeras, no se viendo las unas á las otras, se hubieron de dividir; y la galera en que Nos veniamos, por el poco fondo que hay en aquellas marinas, encalló y quedó en tierra, y en el mismo instante la investió por la popa otra que la seguia, sin podello excusar; pero, en fin, con ayuda de Nuestro Señor, todo sucedió bien y llegamos al dicho puerto el domingo siguiente despues de medio dia, y luego vino á visitarnos el condestable de Francia, que era venido delante y estaba allí dos ó tres dias habia, bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del rey con la demostracion y certification de buen ánimo y amor de su rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas-Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca de la reina, y el dicho condestable nos dijo que queria y habia de venir á Nos y entrar en nuestra galera confidentemente; y luego enviamos al duque de Alba, comendador mayor de Leon, y al señor de Granvella para visitarle de nuestra parte en la villa, que es lejos del puerto mas de una legua, y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada; pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya á la entrada del puerto, que se viene por un rio, el cual venia en seis barcas muy bien aderezadas y acompañado de príncipes y personas de Estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros en breves palabras segun se pudo hacer de una barca á otra, pasó sin dete-



»nerse, mostrando grandeza de vernos, y no paró hasta llegar á
»nuestra galera, en la cual entró, y nos recibimos y comunica-
»mos con demostracion de muy grande amistad, alegría y con-
»tentamiento, como á la verdad lo habia en la una y en la otra
»parte; y despues de haber estado y hablado juntos cerca de dos
»horas, que se pasaron en palabras graciosas y certificatorias de
»la voluntad de cada uno y de ser y quedar verdaderos amigos,
»sin hablar ni tratar de otras particularidades, remitiendo la de-
»claracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y
»que agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por otra
»cosa no haya mudanza en esta nuestra amistad, y con esto se
»partió el dicho rey de Francia de Nos, mostrando muy gran
»deseo y que le seria gran satisfaccion que quiesse ir al lugar,
»pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulces y graciosas
»palabras, diciendo que la reina mi hermana y las damas me lo
»rogarian tan eficazmente, que no se sufriria en cortesía ni bue-
»na crianza rehusarlo; y aunque por entonces no nos resolvimos
»en ello, despues, habiendo considerado la buena voluntad que
»el dicho rey habia mostrado, y la confianza que usó con Nos, y
»el bien que se podria seguir de esta vista, y el sentimiento de lo
»contrario si no correspondiamos á la confianza que hizo el dicho
»rey; y habiendo respeto á lo que nos envió á pedir y rogar la
»reina nuestra hermana, nos determinamos en ir al lugar el lu-
»nes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las
»diez horas, y llegando á la lengua del agua y fin del canal que
»se extiende hasta la puerta de Aguas-Muertas, hallamos fuera
»de la dicha puerta al rey, á la reina, al delfin y duque de Or-
»liens, y todos los príncipes, grandes, princesas y damas que si-
»guen la córte del rey, y fuimos recibidos con gran humanidad
»y con mayor demostracion de amistad que el rey habia hecho el
»dia de antes, y con muy gran alegría y placer de todos los que
»allí estaban de la una y de la otra parte; y seria cosa muy lar-
»ga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo
»el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cor-
»diales palabras que el dicho rey, la reina nuestra hermana y
»Nos habemos pasado privada y familiarmente, que sin duda no
»podrá ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entra-
»ñable y cordial afeccion y buena voluntad del dicho rey, y sin-
»gular placer y contentamiento de habernos hecho esta confianza
»de venir á él; y Nos, en todo lo que nos ha sido posible, le ha-
»bemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y clara-
»mente se ha comprendido que sin esta confianza, y vernos y
»hablarnos como se ha hecho, fuera imposible poder jamás re-
»conciliarnos ni hacer amigos como lo quedamos.

» Lo que mas entre el dicho rey y Nos ha pasado en substan-
 » cia, es persistir y quedar perpétuamente verdaderos y buenos
 » hermanos, aliados y amigos, y no creer, procurar ni hacer
 » ninguna cosa donde quiera que sea el uno en perjuicio del otro;
 » procurar la honra y beneficio el uno del otro respetuosamente
 » entre Nos; que los que son amigos y servidores del uno lo sean
 » del otro, y no puedan quedar ni estar de otra manera, y que
 » nos avisaremos confidente, llana y abiertamente de todo lo que
 » subcediere, y con comun consejo y con toda sinceridad enten-
 » deremos en el remedio de los negocios públicos de la cris-
 » tiandad.

» Asimismo se platicó en términos generales de la parte del
 » dicho señor rey de hacer alianza de casamiento entre nosotros,
 » sin venir á ninguna particularidad, y con protestacion que,
 » agora se encaminen y concierten ó no, la dicha nuestra amistad
 » quedará siempre firme y entera, y hemos bien entendido
 » que el dicho rey y sus ministros han dejado de particularizar
 » esto porque no pueda parecer que estando con ellos lo qui-
 » sieren tractar á su ventaja, y que solamente lo han querido
 » tocar para mostrar la afeccion que tienen de extender esta
 » amistad no solamente entre Nos, mas entre nuestros hijos y
 » descendientes y los del rey de romanos nuestro hermano.

» Finalmente, habiendo estado juntos todo el dicho dia lunes, y
 » dormido aquella noche, y otro dia hasta despues de comer en
 » la tarde nos volvimos en la galera, y el dicho cristanísimo rey,
 » el delfin y duque de Orliens y el señor de..... nos acompaña-
 » ron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los prínci-
 » pes y grandes y personas principales de su córte, en lo cual,
 » demás de la buena y cordial afeccion que ha mostrado, no po-
 » dia hacer de Nos mayor confianza, por donde tanto mas se
 » puede esperar que Dios que ha querido y encaminado esta tan
 » buena obra será servido que la cristiandad resciba beneficios,
 » y nuestros reynos, tierras y vasallos reposo y tranquilidad, y
 » se evitarán los inconvenientes y daños que han sucedido de las
 » guerras pasadas. Dareis razon á Su Santidad de lo que ha pa-
 » sado en esta vista, y de la paz y buena amistad en que queda-
 » mos con el cristianísimo rey de Francia, y de la buena volun-
 » tad que muestra para lo del turco, hablando en ese punto con
 » desteridad, de manera que no se dé ocasion de juzgar mal del
 » rey de Francia por causa de la tregua que tiene con el turco,
 » que aun dura por seis ó siete meses, porque no queremos,
 » como es razon, que por nuestra parte se publique cosa que no
 » le esté bien, y podria ser fuera de su voluntad, y entenderéis

» como toman ahí esta paz y lo que sienten de ella, y ayisarnos
» heis de todo lo que hubiere que decir.»

Tal es la relacion que hace el mismo emperador de su entrevista con el rey Francisco en Aguas-Muertas. Todos los que la presenciaron creyeron que la enemistad y rivalidad habian concluido; pero esto era muy difícil, tratándose de un rey á quien su odio y su envidia no solamente le llevaron hasta el exceso de moverle guerras injustas, si que tambien le impulsaron, siendo rey cristianísimo, á aliarse con el mayor enemigo de la cristiandad, con Soliman II.

La entrevista de Aguas-Muertas fué una consecuencia del tratado de Niza, en virtud del cual ganó Paulo III el glorioso nombre de pacificador y el aliarse más estrecha é íntimamente con el emperador, por medio del matrimonio de su nieto Octavio Farnesio con una hija natural de Carlos I, llamada Margarita de Austria, que era ya viuda de Alejandro de Médicis. Octavio y Margarita fueron padres del gran Alejandro Farnesio, de cuyos célebres hechos habremos de ocuparnos en el siguiente reinado.

A consecuencia del tratado de Niza se disgustó vivamente el duque de Saboya; porque toda la parte que de éste ducado habia adquirido el rey Francisco, quedó adjudicada á favor de éste. Quejábase con razon el duque de haber sido abandonado por su deudo y protector Carlos I; mas la política exigia que se firmase el tratado de Niza tal como redactado estaba, y la política está antes que los vínculos de la sangre, antes que las promesas, y aun si fuere preciso, antes que la honradez.

En tanto el emperador recibia obsequios de la corte francesa y gozaba de los festejos con que se procuraba distraerle, el ejército vencedor en Túnez permanecia en Italia sin pagas y sin recursos.

Viendo los tercios que se hallaban en la Lombardia que sus clamores eran desoidos, y no pudiendo resistir más la triste posicion en que aquellos valientes se encontraban, perdieron la paciencia y se declararon en abierta insurreccion. No fué tan malo el que se sublevasen, como la manera de sublevarse; porque á mano armada penetraron en las casas de los comerciantes y de otros ciudadanos pacíficos, y los saquearon como si sus mortales enemigos fueran.

Pasados los primeros dias, ya no robaban los soldados; repartian contribuciones á proporcion de los haberes de cada uno, que se cobraban puntualmente, amenazando con pena de la vida al que desobedeciese las órdenes emanadas de la insurreccion.

El gobierno, ó más bien el marqués del Vasto, para remediar el mal, repartió una contribucion extraordinaria entre los pueblos de la Lombardia, como si hubiesen los lombardos padecido poco, con cuyo expediente se reunieron 120,000 ducados que se repartieron entre la tropa, hecho lo cual se sacó del Milanesado á los tercios insurrectos, y unos fueron á Génova y otros á Hungría.

Al mismo tiempo que aquellas salian de Milan, marchaban precisamente las que guarnecian la Goleta, á las cuales sacó de esta fortaleza D. Bernardino de Mendoza y mandó á Italia, por haberse tambien amotinado, cansados de esperar en vano las pagas.

Llegaron á Sicilia confiadas en que Mendoza, para hacerlas salir, les habia dicho que en Sicilia les pagaria el virey Gonzaga. No era posible que esto sucediese, porque el virey no tenia medios de satisfacer aquella gran deuda.

Defraudados en su esperanza los tercios, quisieron imitar á los de Milan: insurreccionáronse en Sicilia, como habian hecho en la Goleta, y se repitieron las escenas de Milan, respecto de robos y atropellos.

Los sicilianos llevaron pesadamente la conducta de los soldados; y Gonzaga, que vió como cosa muy posible una insurreccion popular contra los tercios, que pudiera terminar en que la isla se perdiese para España, echó mano del rigor, como veterano general que era.

Veinticinco de los principales amotinados cayeron en poder de Gonzaga cerca del anochecer. Cuando amaneció, el sol dejó ver el funesto espectáculo de veinticuatro horcas, y una más elevada en el centro de aquellas, y en cada horca un insurrecto, ocupando la del centro el cabeza del motin, con la mano derecha mutilada. De este modo terminó la insurreccion militar.

ESPAÑA.

El dia de Todos los Santos, 1.º de Noviembre, habiendo regresado el emperador de su viaje, se reunieron las Córtes en Toledo, en el célebre convento de San Juan de los Reyes.

Comenzaron las sesiones por la exposicion de los sucesos políticos y del estado general de los públicos asuntos, cuya exposicion terminó por hacer ver á las Córtes la necesidad de buscar recursos para hacer frente á los cuantiosos gastos ocasionados por las pasadas guerras.

Hallábanse reunidos en aquellas Córtes, y fué la última vez que se reunieron, los tres brazos del Estado: clero, magnates y procuradores, ó representantes de las ciudades y villas de voto en Córtes; y precisamente en el eslamento de próceres fué en donde la petición del rey encontró oposicion. Accedió el clero, aunque con ciertas condiciones, pero sencillas; mas D. Iñigo Lopez de Velasco, condestable de Castilla, en nombre de la grandeza tomó la palabra en contra del asunto en cuestion.

El emperador pedía el impuesto denominado *sisá*; y en vista de las dificultades que la grandeza presentaba, insistía en su petición, aunque accediendo á que la concesion fuese temporal.

A pesar de la firmeza con que el emperador sostenía su petición, la grandeza, firme también, nombró una comision de su seno para que diera su dictámen, despues de examinar maduramente el asunto, y confesando la necesidad de buscar arbitrios para hacer frente á los perentorios compromisos; pedían, empero, al soberano asegurase que en lo sucesivo no se desmembraría ni por venta ni por empeño parte alguna de las coronas de Castilla y de Leon.

Componíase la comision nombrada de los grandes siguientes: el condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, el duque de Nájera, el adelantado de Castilla, el marqués de los Velez, el marqués de Villena, el marqués de Comares, el conde de Benavente, el conde de Oropesa, el conde de Ureña y D. Juan de la Vega, señor de Grajal.

Hasta el día 25 de Noviembre duraron las consultas, presidiendo el emperador muchas de las reuniones; mas en dicho día 25, y en su nombre, se presentó á la comision el cardenal don Juan de Tavera, arzobispo de Toledo, para manifestar á aquella que era la voluntad del emperador que se aprobase el impuesto de la *sisá* como el más conveniente y menos gravoso, y que *mandaba* que los votos se diesen públicamente y de viva voz.

No podemos resistir al deseo de insertar aquí una parte del valiente discurso que con este motivo pronunció el condestable:

«Señores, dijo, pues que S. M. nos manda que votemos públicamente en lo de la *sisá*, y que libremente diga cada uno su parecer..... lo que, señores, entiendo de este negocio es que ninguna cosa puede haber más contra el servicio de Dios y de S. M. y contra el bien de estos reinos de Castilla, de donde somos naturales, y contra nuestras propias honras, que es la *sisá*. Contra el servicio de Dios, porque ningun pecado deja de perdonar, habiendo arrepentimiento de él, sino el de la restitucion, que no se puede perdonar sin satisfaccion: la cual no

»podríamos hacer, á mi parecer, de daño tan perjudicial como es-
 »le, para honra y hacienda de tanta manera de gente. Para S. M.
 »ningun deservicio puede ser igual del que se le podría recrecer
 »de esto. Y aunque se podrían dar muchos ejemplos de levanta-
 »mientos que en tiempos pasados hubo en estos reinos con pe-
 »queñas causas, yo no quiero decir sino del que ví y vimos
 »todos, de las comunidades pocos dias há, que fué tan grande
 »con muy liviana ocasion, que estuvo S. M. en punto de perder
 »estos reinos, y los que le servimos las vidas y las haciendas.
 »No sé yo quién se atreva con razon á decir que podría agora
 »suceder otro tanto; y la buena ventura que Dios nos dió á los
 »que vencimos y desbaratamos las comunidades, no se puede
 »tener por cierto que la tendríamos si otro tal caso acaesciese;
 »y los grandes príncipes se han de escusar de dar ocasion para
 »que sus vasallos les pierdan la vergüenza y acatamiento que
 »les deben.

»Y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y ge-
 »midos que entre toda la gente pobre habia sobre esto; y pues
 »estos tales no pueden suplicar á S. M. nada sobre esto, nos-
 »otros, que podemos verle y hablarle, es muy gran razon que
 »supliquemos por el remedio de semejantes cosas; que nos hizo
 »Dios principales personas en el reino, que no vivimos para que
 »fuésemos solos nosotros, sino para con humildad y acatamiento
 »suplicar á S. M. lo que toca á la gente pobre, como á su rey y
 »señor natural.

»Y por todas estas razones, y otras muchas que se podian
 »dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo man-
 »dare, que no haya sisa. Y que yo no la otorgo ni soy en otor-
 »galla, y que fuera de sisa á mi parecer será muy bien que
 »se busquen todos los otros medios que fueren posibles para
 »que S. M. sea servido..... Los cuales tengo por cierto que se
 »hubieran hallado si nos hubiéramos comunicado con los procu-
 »radores. Y que asimismo se suplique á S. M. que trabaje de
 »tener paz universal con todos por algun tiempo. Que aunque la
 »guerra de infieles sea tan justa, muchas veces se tiene paz
 »con ellos, como la tuvieron reyes de Castilla..... y que su real
 »persona resida en estos reinos, y que modere los gastos que
 »tuviese, demasiados con los que tuvieron los Reyes Católicos:
 »que no aprovecharia algun servicio que á S. M. se hiciese, si
 »no hace lo que es dicho, antes serian muy mayores cada dia
 »sus necesidades; que por el camino que vino á tenellas, se han
 »de ir desechando á mi parecer.»

Después de siete horas consecutivas de sesion, la peticion del

rey fué denegada; y no limitándose el conde de Ureña á dar su voto negativo, redactó un escrito, que puso de su mano, de acuerdo con sus colegas, pidiendo en él al emperador que, para evitar gastos y gravámenes, diese de mano á las guerras y residiese en España, y que de no hacerlo así, *todos los estamentos del reino pensarían de comun acuerdo el remedio más conveniente para desempeñar el patrimonio.*

Disgustado el emperador insistió, á pesar de todo, en su petición, y la grandeza insistió asimismo en la negativa; pero entonces se separaron algunos de los próceres, aunque pocos, entre ellos el duque de Alba y el del Infantado, y el año terminó sin que concluyesen las sesiones.

AÑO 1539.

Del mismo modo y en demandas y respuestas comenzó el nuevo año, hasta que se presentó el cardenal arzobispo de Toledo ante la Asamblea, reunida casi á toda hora, y en nombre del emperador declaró disueltas las Córtes. Es fama que desde entonces, disgustado el emperador con los grandes, no volvieron estos á ser llamados á las Córtes, bajo el pretexto de que era inútil congregarlos cuando se habia de tratar de pagar tributos, puesto que ellos por su clase estaban exentos de pagarlos.

Algunos dias despues de disueltas las Córtes continuaron las contestaciones, como consecuencia de la disolucion, entre el soberano y algunos de los próceres; y con nadie, segun se asegura, fueron más agrias que con el condestable. Pareció que un dia llegó á irritar tanto al emperador el teson é inquebrantable firmeza de D. Iñigo, que en un arrebato de furor le dijo: *Mirad de reportaros; donde no, os arrojaré por una ventana de esta galeria.* El condestable, hombre de probadísimo valor, recordando quién era el que le hablaba, y no queriendo, sin embargo, dejar de dar á entender que recordaba su calidad y que cedía ante el emperador, no ante el hombre, respondió con mucha dignidad: «Mirarlo há mejor V. M., que *si bien soy pequeño, peso mucho.*»

El emperador, sin embargo, respetó la decision de las Córtes; y no volviendo á hablar del impuesto que habia sido negado, se limitó á escribir á algunas ciudades y villas, exponiéndolas el compromiso en que estaba colocado, y pidiendo auxilios en forma de súplica.

De Toledo se trasladó el emperador á Madrid, y de Madrid al

Pardo; y como si no fuera bastante lo que habia oido de boca del condestable, del de Ureña y de otros próceres, estando un día cazando por el monte del Pardo, le ocurrió con un aldeano lo siguiente:

Persiguiendo á una res, habíase Cárlos adelantado á la comitiva y á los monteros, y acosando siempre al venado, logró matarle junto al camino real.

Hallóse solo y sin poder arrastrar la res, á tiempo que apareció un aldeano que antecogía un asno cargado de leña, y el emperador pidió al labriego que tirase la leña y cargase el venado sobre el asno, seguro de que le pagaría mucho más de lo que á su juicio valiese la leña. El aldeano, al oír la oferta, dijo al emperador:

—¡No, pardiobre! El venado solo pesa más que el burro y la leña juntos. Cargad vos con él, que á fé sois mozo y recio.

—Me place vuestro genio, repuso el monarca. Decidme, buen anciano, ¿cuántos reyes de España habeis conocido?

—¡Oh, señor; soy muy viejo, y he conocido cinco! D. Juan el II, cuando ya era mozuelo de barba; á D. Enrique IV, su hijo; á D. Fernando V, á D. Felipe I y al que agora tenemos.

—Y decidme, por vuestra vida, de todos esos reyes ¿cuál fué el mejor, y cuál el más ruin?

—El mejor, por Dios Padre, muy poca duda cabe en eso: el mejor fué el rey D. Fernando. De cual fué el más ruin, ninguno por mi fé fué más ruin que el que agora tenemos. El va de Italia á Alemania, y de Alemania á España, y de España á Flandes, y ni reposa él ni deja reposar á los suyos. Por sus marchas y sus guerras deja abandonada á su mujer, que es un cielo, y á sus hijos, que son perlas. ¡Y si fuera esto solo! Pero todo el dinero lo saca de España, y gasta lo de España y los ríos de oro que vienen de las Indias, que bastarian ellos solos para conquistar cien mundos. Y ni esto le basta, sino que ha de echar siempre nuevos pechos y tributos sobre los pobres labradores, que los tiene destruidos. ¡Pluguiera á Dios se contentara con ser rey de España, que aun así solo fuera el más poderoso soberano de la tierra!

—Pues yo sé bien, dijo tranquilamente D. Cárlos, que el emperador ama mucho á su mujer y á sus hijos; y si los abandona y deja su reino, es porque le precisa la necesidad de sostener tantas guerras contra los enemigos de la nacion y del nombre cristiano, y esto ocasiona tantos gastos, que las rentas ordinarias no bastan á cubrirlos.

Y al llegar á este punto de su contestacion, sin haber abandonado el emperador su tranquila amabilidad, aparecieron di-

versos personajes de la córte. El labriego, que nada de torpe tenia, comprendió al momento por las muestras de respeto que los recién llegados daban á su interlocutor, que habia estado hablando con el emperador en persona; mas sin desconcertarse, le miró con sosiego y le dijo:

— ¡Aun si fuéredes vos el emperador!

— Y á saberlo tú antes, ¿hubiéramse dicho lo que poco há me dijiste?

— Hubiéraos dicho mucho más; que los reyes deben de saber la verdad desnuda, y es difícil la sepan en los palacios; no así en los montes y por boca de rústicos que nada esperan del adular.

Parece que D. Carlos, con la mayor afabilidad, le mandó pedir todo cuanto desease; que el labriego pidió lo que le pareció conveniente, y le fué concedido. Al despedirse de él le dijo el emperador que no olvidaria jamás lo que de su boca habia oido, pero que tampoco olvidase él las razones que habia dado como cierta disculpa de su conducta.

En este mismo año tuvo el emperador el inapreciable disgusto de perder á su esposa doña Isabel, cuando solo contaba esta hermosísima señora treinta y ocho años de edad. Falleció en Toledo en el día 1.º de Mayo, poco despues de haber dado á luz un niño, que tambien nació sin vida.

Era esta señora hija del rey D. Manuel de Portugal y de la reina doña María, hija de los Reyes Católicos; por manera que ambos emperadores eran nietos de Isabel I y de Fernando V.

La historia dice que fué esta señora tan hermosa de alma como de cuerpo; bellísima de rostro y de corazón; muy virtuosa y discreta, y que ayudó mucho á su esposo, gobernando el Estado en las frecuentes ausencias de aquel, siempre atenta y vigilante á cumplir su difícil misión, y á la perfecta educación de sus hijos. De estos no dejó más varon que al príncipe D. Felipe, y dos hijas, doña María y doña Juana: esta última fué, andando el tiempo, reina de Portugal.

Debía ser el cadáver de aquella hermosa y excelsa señora trasladado á la capilla real de Granada, segun su expresa voluntad; y el afligido emperador mandó verificar la traslación con toda la imponente y severa pompa que en tales casos usa la córte de Castilla, para que ningun honor faltase en la muerte á la que tanto habia amado en vida. Entre los cortesanos que debían acompañar aquellos tristes despojos, se contaba al marqués de Lombay el primero, como caballero mayor que habia sido de la emperatriz.

El pueblo por do quiera recibia con lágrimas bien sinceras al cuerpo de aquella soberana tan querida, que fué siempre el con-

suelo de los afligidos, el auxilio de los necesitados y la intercesora cerca del emperador para remediar males y enjugar lágrimas.

Llegado el cadáver á Granada, y al hacer el reconocimiento para verificar la entrega, fué forzoso el abrir las cajas de tisú y de plomo, y causó tanta sorpresa como espanto el encontrar horriblemente descompuesto y feo aquel rostro que tan hermoso habia sido. Tal y tan extraordinario era el cambio, que ninguna persona se atrevió á afirmar que fuese aquel cadáver el de la emperatriz Isabel; y el mismo Lombay, como caballero mayor, solo se atrevió á decir que, segun el cuidado que se habia puesto en guardar el cadáver, del cual no se habia separado ni un punto, como su oficio requería, *aquel debía ser el cadáver de la emperatriz, y no podía ser otro alguno.*

Pero en vano quería el marqués llevar á otra parte la vista; una irresistible fuerza la tenía fija en aquel repugnante y feísimo rostro, otro tiempo el más hermoso quizá de toda la corte española, y mudamente á sí propio se decía: *¿Y puede ser esta aquella misma Isabel, tan celebrada por su celestial hermosura! ¿Dó fueron tantas gracias? ¿Qué se hicieron aquellas excelsas virtudes? ¿Dó fué aquel inmenso poder? ¿Es esta la esposa del poderoso César, señora de dos mundos, gobernadora de tantos reinos? ¿La que tan hermosa era que hacia brotar flores cuando su leve planta tocaba ligeramente la tierra..... aquella cuyo hechicero rostro tanto debía asemejarse al de los ángeles del empireo?*

Y sin mandar cerrar las cajas, sin poder cesar en la triste contemplacion, fué forzoso se le recordase que estaba detenida la ceremonia. Vuelto en sí el marqués de Lombay, que debía ser un dia duque de Gandía tambien, dejó terminar la ceremonia, abismado en profunda y dolorosa meditacion, y desde Granada salió á despedirse del emperador, renunció á sus bienes y honores, trocó los ricos y vistosos trages por el tosco sayal, y entregado á la penitencia y á la vida contemplativa, hoy le veneramos en los altares y le corocemos por SAN FRANCISCO DE BORJA.

DESASTRE DE CASTELLNOVO.

Exigian del emperador que suspendiese todo belicoso proyecto y permaneciese en España; y aunque esta exigencia era tan conveniente como justa, no era tan fácil de realizar. Se oponía á su realizacion, de una parte, el creciente poder y ambicion de

Soliman II, impulsados por el inquieto genio de su ministro el corsario; de otra lo impedían las continuas asechanzas de Francisco I, que se aliaba con el turco, y era mahometano y protestante cuando de serlo pudiera perjudicar á Carlos I; y últimamente, no lo permitía la excesiva extension de sus dominios, extension que excitaba la agena envidia y obligaba al César á subdividir su atencion, exigiendo muchas veces su presencia el cuidado de sus vastos estados. La fortuna de un particular, como la de una nacion, es tanto más sólida y segura cuanto menos rebasa los límites de la medianía; dado el momento en que desmesuradamente crece, se ofrece por blanco á los continuos tiros de la envidia, y su posicion se hace penosa, peligrosa y difícil.

Era imposible para Carlos I el desentenderse de la liga que formada tenia con los príncipes y señorías de Italia, incluso el Pontífice, y esta liga exigía el constante mantenimiento de un ejército en pié de guerra. La permanencia de esta respetable fuerza militar era mal elemento para realizar la economia que justísimamente deseaban ver realizada los pueblos de España, porque los dominios de esta corona eran vastísimos; mas España era la única tierra de promision, y España tenia que hacer frente á todo, á pesar de la aparicion del Nuevo-Mundo.

Mandaba en jefe el ejército coaligado el general D. Fernando de Gonzaga, el mismo que tan duramente castigó la insurreccion de los que reclamaban sus pagas, y la armada estaba como siempre á las ordenes de Andrea d'Oria, príncipe de Melfi.

¡Y cómo separarse de la coalicion ni disolver el ejército, existiendo Soliman II y su almirante el *pirata*, que impensadamente se arrojó como un torrente desbordado sobre Candía con una armada de ciento y treinta galeras!

Las armas del emperador; príncipe á la sazón el más poderoso de Europa, tenían que acudir á todas partes; y en el año 1539 no siempre tuvieron fortuna al encontrarse con las del famoso Barbaroja. Por esto, y para herir al turco de una manera sensible, el almirante español y Vincenzo Capello, que lo era de la escuadra veneciana, determinaron tomar la plaza de Castellново.

Sitiarla y tomarla fué obra de tres dias, y de ella sacaron ricos despojos y mil seiscientos cautivos; pero tal como lo habian previsto los sitiadores, la pérdida de Castellново irritó excesivamente á Soliman II.

Barbaroja habia querido acudir á socorrer la plaza; mas su armada quedó casi deshecha por efecto de una violenta tempestad, y fué forzoso rehacerla. Cuando esto estuvo hecho, acudió el pirata por mar y por tierra Ulámen, gobernador de Bosnia.

Tres mil españoles, mandados por un bizarrísimo caudillo llamado Francisco Sarmiento, defendían la plaza, y atacaba á esta tan innumerable ejército, que solo Ulamen llevaba consigo treinta mil infantes y diez mil caballos de tropas regulares, y de irregulares más de cincuenta mil. Barbaroja acababa de reforzar su numeroso ejército con diez mil turcos y cuatro mil genizaros: por manera que excedían de ciento treinta ó ciento cuarenta mil los soldados que iban á atacar una plaza defendida por TRES MIL nada más.

Cinco días con sus noches estuvo la artillería de Barbaroja batiendo la plaza, sin cesar ni un minuto los disparos. Tres veces ganaron y otras tantas perdieron los turcos el castillo, y en diversos combates sostenidos cuerpo á cuerpo habian dejado existir las dos terceras partes de los heroicos defensores; ya no existía el castillo, que los proyectiles le habian derruido, y el valeroso Francisco Sarmiento apenas se sostenía sobre la silla del brioso corcel, porque llevaba más de una hora derramando por diversas heridas la generosa sangre.

El feroz Barbaroja, el pirata, entró en Castellново, ó más bien, pisó sus ruinas el día 7 de Agosto. ¿Y pudo darle crédito este triunfo? Vencer innumerable falanje á un puñado de héroes nada tiene de extraño; empero falta decir que aquellos TRES MIL LEONES DE CASTILLA hicieron perder la vida á DIEZ Y SEIS MIL TURCOS Y TRES MIL OCHOCIENTOS GENIZAROS.

SUBLEVACION EN GANTE.

Gante, que era la ciudad en que el César habia visto la primera luz del sol le dió no pequeño disgusto.

Tenia la ciudad entre sus privilegios uno en virtud del cual no se la podia imponer tributo ninguno sin que voluntariamente consintiese ella misma en pagarle.

Cuando el emperador hizo su poco meditada invasion en Francia, fué necesario reunir de todas partes recursos; y la princesa doña Maria, hermana del emperador, y por él gobernadora de los estados de Flandes, pidió y obtuvo de estas provincias una fuerte contribucion para aquella guerra.

Gante, en uso de su privilegio, se negó á satisfacer la suma que le habia correspondido, porque no habia la ciudad consentido en la exaccion; y la gobernadora alegaba que no era determinacion suya, sino acuerdo tomado por los estados flamencos; los ganteses acudieron en última instancia al emperador, y este les mandó obedecer á la gobernadora como á su misma persona,

acudiendo al tribunal supremo de Malinas si agraviados se creian: el tribunal mandó á Gante abonar el impuesto, y Gante se puso en armas, se posesionó de las fortalezas, redujo á prision á los oficiales reales y nombró un consejo de gobierno. Todo esto parecerá mucho al lector, pero en verdad, es nada. Los ganteses, los *paisanos* del César, enviaron una embajada secreta al rey de Francia, para ofrecerle la soberanía y auxiliarle si queria posesionarse de Flandes. Esta última parte es indisculpable, y ella sola bastaria para afeár la más santa de las causas; ¡y algun autor moderno increpa á Carlos I porque fué severo al castigar á Gante! El mismo achaca la conducta del monarca francés á que era dado á los golpes caballerescos, cosa que hasta ahora no hemos visto; y á decir verdad, en la conducta observada con motivo de la insurreccion de Gante, le encontramos tan poco caballero como siempre.

Francisco I no podia aceptar la oferta que se le hacia, porque á la sazón se fingia amigo de Carlos I; empero no se nos diga fué caballero un rey que, en una evolucion *de las suyas*, pagó el ofrecimiento que *bajo reserva* le hicieron los ganteses apresurándose á dar aviso al emperador, y *mandándole las cartas originales* que confidencialmente se le habian enviado desde Gante.

Comenzada la sublevacion por Gante, era fácil cundiese el contagio, y propagándose rápidamente, diese por resultado la pérdida de aquellos dominios. Por esto, aunque se murmure de la decision del César al determinar su viaje á Flandes cuando tan recientes estaban las peticiones y debates de las últimas Cortes, no le quedaba más camino que seguir que el de marchar personalmente á sofocar la insurreccion, ó exponerse á la pérdida de los dominios de Flandes.

Habiendo de ser tan lento el viaje por Italia y Alemania, como costoso en aquellas circunstancias el hacerle por agua, Carlos I decidió pasar por Francia, contra la opinion general, que reprobaba el que se pusiese el emperador voluntariamente en poder de su perpétuo rival; mas el César pidió permiso á Francisco I, que este otorgó sin vacilar, y en el mes de Noviembre salió de Madrid Carlos I en direccion de Francia.

Fué recibido en la raya por los hijos del rey Francisco (el delfin y el duque de Orleans), que se ofrecieron á quedar en España como en rehenes hasta el regreso del emperador, á lo que este galantemente contestó que la real palabra era para él más que bastante seguro.

Llegó á Castellreaut, en donde el rey de Francia esperaba. El recibimiento que se hizo á Carlos I fué suntuosísimo; todos los personajes de la corte, con las respectivas servidumbres, vestidas

de toda gala, se presentaron á recibir al emperador, así como los personajes oficiales de toda ceremonia, y en cada pueblo se detenía la régia comitiva, porque en todos había preparados notables festejos; y era tanto el placer y el regocijo y la fiesta, que de muy lejos se descubría en tan ilimitado lujo menos de espontaneidad que de combinacion ó de órden prévia; porque ¿de dónde tanto y tan universal placer entre los franceses porque por allí pasaba el vencedor de Pavia? Francisco I, que tan mal había siempre procedido con el emperador, comprendía muy bien lo que hacía, y no tardará mucho el lector en comprenderlo también.

Los puntos principales por donde transitó el emperador fueron Amboise, Orleans y Fontainebleau, de donde pasó á Paris, siempre obsequiado, festejado y victoreado.

A pesar de todos estos festejos, no falta quien asegura que se atentó á la vida del César de más de una manera. Según Sandoval, en el castillo d'Amboise, un criado, francés se supone, prendió fuego á un tapiz del dormitorio del emperador; si acaso ó de pensado no se refiere. El tapiz comunicó á los demás el fuego, pero como el tejido era de los que no hacen llama, no se veía aquel, aunque en cambio el humo se hizo tan denso é insoportable, que al despertar el emperador estaba medio asfixiado. El rey de Francia mandó ahorcar al que resultó culpable, aunque no sufrió la pena, porque el emperador tuvo formal empeño en que se le indultase: este sí es un rasgo noble y generoso; y hubiera sido bien triste para el criado que, sin el perdón del emperador, hubiesen ejecutado la pena, y pereciendo quizás un hombre que tal vez procedió mandado.

La entrada en la capital de Francia fué imponente y ostentosa, pero terminó el año antes de que entrase en Paris Carlos I.

NUEVO-MUNDO.

Desde la muerte del anciano Almagro había acabado Pizarro de perder el poco prestigio que aun conservaba. Todos le veían valeroso sí, pero ambicioso, cruel, egoísta, avaro, sanguinario. Sin estas malas circunstancias se tiene siempre enemigos cuando se llega á cierto grado de la escala social, como sucedió á Cortés; júzguese lo que sucedería á un hombre de las condiciones y cualidades de Francisco Pizarro.

Temíanle, sin embargo, porque decía era como máxima suya, que muy á menudo repetía: *El poder que tengo para cortar á*

los demás la cabeza garantiza la mia. Así es que frente á frente, pocos se determinaban á declararse sus enemigos.

Acudieron, sin embargo, á España, y al emperador se quejaron de Pizarro los que por él estaban oprimidos, con cuyo motivo Fernando Pizarro, hermano de Francisco, pasó á la península para defender la causa de aquel, que era la suya propia.

Dícese que escandalizó con su lujo; porque al lado de Fernando Pizarro, aun el emperador, en su traje, quedaba desairado, y el mismo profuso y deslumbrante lujo ostentaban sus allegados sirvientes.

Aunque el defensor de la mala causa de los Pizarros puso en juego todos los medios y elementos de que pudo disponer, no le fué posible oscurecer la verdad de los hechos, y Fernando tuvo que darse á prision en el alcázar de Madrid, de donde fué trasladado al castillo de la Mota, en Medina del Campó.

Al mismo tiempo que se procedía á la prision de Fernando Pizarro, se investia de todas las facultades necesarias á un comisario régio, á fin de que pasase al Perú á residenciar la conducta de Francisco, el hermano de Fernando, y en caso necesario, le depusiese é hiciese cuanto creyese conveniente y justo en favor de los peruanos y de los mismos españoles, que estaban oprimidos por el feroz despotismo de aquel hombre egoista, cruel y avaro.

El comisario llamábase Vaca de Castro, y era muy á propósito para desempeñar aquel cargo, puesto que la historia le califica de hombre morigerado, íntegro, severo, pundonoroso é incorruptible; esto es, el reverso del cuadro que ofrecia Pizarro.

Al terminar el año, bogaba ya Vaca de Castro con rumbo al Nuevo-Mundo, mientras en el Perú, tenebrosamente y con el mayor sigilo, se tramaba una conjuracion para acabar con el despótico poder de Pizarro.

AÑO 1540.

CÁRLOS I EN GANTE.

Algunos dias se detuvo en Paris el emperador, á pesar de que prefirió el atravesar por Francia para ganar terreno. Dicese que tambien se trató de fascinarle ligándole por medio de alguna discreta hermosura, y que el emperador se aficionó bastante á la duquesa de Etampes, quien descollaba entre las discretas y her-

mosas. Sea de esto lo que quiera, el emperador entró en Paris con la mayor ostentacion. Hé aquí de qué modo se refiere su entrada en la capital de Francia: «A media legua de la ciudad »salió á recibirle procesionalmente el clero, tan numeroso que, »segun un historiador, de solo frailes se contaban seiscientos »franciscanos, cuatrocientos dominicos, trescientos agustinos, y »así de otras religiones. Iban doscientos arcabuceros á caballo, »trescientos arqueros y doscientos ballesteros vestidos de librea »recamada de plata; todos los oficiales comunes con trages de »escarlata; veinticuatro regidores, de morado con forros de va- »rias pieles; cien mancebos de la nobleza, de terciopelo con »guarniciones de oro; doscientos cincuenta oficiales de la corte, á »caballo, con ropas talares; el preboste de Paris con los aboga- »dos y procuradores; el parlamento con doce vireyes, en mulas »y con vestidos de grana; los tribunales con sus presidentes; el »consejo real y el gran canciller de Francia; doscientos gentiles- »hombres con la guardia ordinaria de suizos; el duque de Alba, »Saint-Paul y Granvela; los cardenales Tournon y Borbon; cer- »ca de ellos el emperador, en medio de los dos hijos del rey, y »detrás seis cardenales, con los duques de Vendome y de Lore- »na y otros grandes señores. Pasó la procesion por vistosos ar- »cos triunfales, y el emperador era llevado debajo de un pálio »de brocado, y todo esto en medio de una poblacion de seiscien- »tas mil almas puestas en movimiento.»

Pasados siete dias abandonó á Paris el emperador, y se dirigió á Flandes. El rey le acompañó hasta San Quintin, y hasta Valenciennes fueron con él el delfin y el duque de Orleans, en cuyo punto, rayano de los dominios franceses y flamencos, esperaba á Carlos I su hermana la reina doña Maria.

Cuando los de Gante supieron que se acercaba el soberano, temieron, porque no habia entrado en su cálculo el que aquel hiciese tan largo camino. Viéndole tan cerca, sabiendo que don Fernando, rey de romanos y hermano del César Carlos I, se aproximaba tambien con doce mil alemanes, y defraudada su esperanza de que otras provincias de Flandes, siguiendo su ejemplo, secundasen el movimiento, determinaron apelar á la clemencia del emperador, único medio, si no de eludir el castigo, de evitar al menos su completa ruina.

Recibió Carlos I el mensaje de la ciudad para ofrecerle las llaves y recomendarse á la real clemencia: el emperador contestó que entraria como soberano; con el cetro en una mano y en la otra la espada.

Tacha algun autor moderno de excesivamente severo al César por los castigos que dictó. Nosotros los repetiremos tal cual se

encuentran; pero casi hemos llegado á recelar si en los antiguos escritos habrá algo de exageracion. Decimos esto, porque además de ser muy notoria la predileccion con que Cárlos, como flamenco, miró siempre á sus paisanos, antes de penetrar en la ciudad ocurrió un suceso que prueba la benevolencia con que, á pesar de su rebelion, miraba á los ganteses.

Sin embargo de no haber terminado el mes de Enero, determinó el emperador no entrar en Gante hasta el 24 de Febrero, aniversario de su nacimiento. Hallábase una tarde contemplando su ciudad natal subido sobre una montañuela, y volviéndose hácia el duque de Alba, que era quien más cerca del César estaba, le dijo: *¿Qué hariais, duque, en mi lugar, si Gante se os hubiera rendido?—Si yo fuera VUESTRA CESÁREA MAGESTAD, respondió el de Alba, cuya excesiva severidad es bien conocida, no dejaría piedra sobre piedra, y arrasaria por completo la ciudad.—¿Y cuántas pieles de gamuza juzgais que necesarias serian para hacer un guante como ese? así añadió Cárlos, aludiendo al nombre de la ciudad.—Quizá, señor, no se hallarán en el mundo, dijo el duque.—Pues entonces, dejemos á Gante en pié, que no es bien deshacer lo que dificilmente pudiera deshacerse.*

Estas palabras con que el emperador terminó el diálogo, claramente prueban que no estaba animado de ideas vengativas y crueles.

Si es positivo cuanto se refiere, es tambien indudable que el emperador se mostró excesivamente duro con los ganteses; pero falta examinar si, aun siendo todo exacto, fué esta dureza merecida.

Después de posesionarse el emperador de todos los fuertes, se formó un proceso sobre la rebelion, y como resultado de aquel, se anuló la antigua forma de gobierno, y quedaron abolidos todos los privilegios de la ciudad. Los magistrados fueron privados de oficio, se confiscaron sus rentas, y los vientiseis ganteses que resultaron principales fautores de la rebelion, fueron ajusticiados. Pero nosotros preguntaremos ahora: ¿Convenia dejar impune la rebelion? ¿Hubo ó no hubo en esta delito? ¿No fué milagroso el que las demás provincias flamencas no siguiesen el ejemplo de Gante, y se perdiesen aquellos dominios? ¿No fué un crimen muy punible y deshonesto el ofrecer la soberanía de Flandes al irreconciliable enemigo del emperador?

Cuando se nos conteste á las anteriores preguntas, podremos decidir si el emperador procedió en justicia, ó si fué excesivamente severo; y en ningun caso le daremos la calificacion de cruel, como hace algun autor moderno; porque en los castigos

ejecutados en Gante podrá encontrarse severidad y aun dureza, segun de la manera que se consideren, pero nunca crueldad. Si Carlos, como tambien dicen, debió considerar que Gante era su propia patria, la misma consideracion debieron tener presente los ganteses para no sublevarse. Pasemos ahora á defender al emperador de otro cargo que, segun nos parece, injustamente se le hace; nosotros, que en otras ocasiones no le hemos defendido, porque no tenia defensa, y que aplaudimos y vituperamos alternativamente á un mismo personaje histórico, segun le creemos acreedor á vituperio ó alabanza.

En Gante se hallaba el emperador todavía cuando el condestable Montmorency y el cardenal de Lorena, como representantes de Francisco I, le pidieron una resolucion definitiva acerca del ducado de Milan. Carlos I respondió «que estaba decidido á no dar á nadie el ducado en cuestion, puesto que legitimamente le poseia; pero que en cambio daria la mano de la mayor de sus hijas al duque de Orleans, hijo del rey Francisco, y por via de dote los estados de Flandes con título de rey.»

Con motivo de esta respuesta llaman artificioso y falaz é hipócrita á Carlos I, y denominan al rey Francisco *generoso rival* del emperador. Este *generoso rival* es aquel mismo que se humilló en el polvo prisionero, que quiso escalar el cielo despues de libre. Este *generoso rival* es aquel mismo que conculcó los tratados de Madrid y de Cambray; es el mismo, en fin, que buscó la amistad de los protestantes, que se alió con el turco y descendió hasta el vergonzoso extremo de servir de espía al corsario Barbaroja, solo por perjudicar á Carlos I. Este es el llamado *generoso rival* del emperador, el ambicioso é inquieto Francisco I, de quien nada más decimos por no cansar la paciencia del lector, no porque nos falte qué decir de él.

Llámase tambien hipócrita á Carlos porque disimuló su determinacion respecto de Milan, cuando estuvo en París de paso para Flandes, y porque eludió el contestar de una manera categórica á las preguntas del rey Francisco; y, cierto, no comprendemos el por qué algunos autores han de alabar en unos lo que en otros vituperan. ¿Por qué han de alabar á Fernando V, por ejemplo, de excelente político, cuando ponderaba su amistad hácia el desventurado rey Chico de Granada y este le daba sentidas gracias por los auxilios que *generosamente* le facilitaba, auxilios facilitados únicamente para avivar más y más la guerra civil y hundir á Boabdil con su tío el Zagal? Este género de política es muy parecido á la infamia; pero ¿por qué se ensalza, y al mismo tiempo se vitupera á Carlos I porque con verdadera política, que no costó ni sangre ni destrozos, como la observada

en la guerra granadina, disimuló su intencion acerca del ducado de Milan, hasta que las circunstancias le permitieron ser explícito? ¿Merecia consideraciones el prisionero de Pavia, cuyos hechos respecto de su *generoso* rival, que así puede llamarse con más exactitud á Carlos I, fueron tan notablemente malos como el lector recordará todavía y puede ver otra vez muy fácilmente?

Los obsequios hechos al emperador al pasar por Francia no merecen siquiera mencionarse, ni los debió agradecer el emperador como muestra de amistad cordial y sincera: se trataba de congraciarse con él y predisponerle para la cesion de Milan, y Carlos lo comprendió y fingió no comprenderlo; se le dijeron algunas indirectas respecto del apetecido ducado, y eludió hábilmente el descubrir lo que en realidad pensaba; y esto es ser buen político y merece más alabanza que vituperio, porque, lo repetimos, no llevaba consigo las fatales y sangrientas consecuencias que la política que se observara al frente de Granada, tan encomiada y aplaudida. Y aun cuando hubiese algo que decir sobre ella, nunca seria bastante para llamar hipócrita, falaz é ingrato á Carlos I. Y así es que despues de decir tanto y tan malo del emperador, el mismo autor no puede menos de agregar á los denuestos que la conducta observada por Carlos I en aquella ocasion pudo parecer «como una merecida expiacion de las muchas veces que él (Francisco I) habia quebrantado los más sermiales pactos y las más solemnes palabras empeñadas con el emperador.» Esto basta, y pudiéramos haber ahorrado lo demás.

D. Carlos no se curó del efecto que pudiera producir en el francés su decision, y aprovechando su estancia en los paises flamencos, recorrió aquellas provincias y pasó á Holanda y Zelanda.

En su excursion le pidieron diversas veces audiencia unos enviados protestantes, y con peticiones le fatigaban hasta que de una vez les contestó que acudiesen á Worms, para donde iba á convocar la Dieta, en donde podrian saber á qué atenerse, y que entre tanto ni paz ni guerra les prometia.

Vése, pues, que estaba el emperador atento á todo, y que siendo tantos y tan graves sus cuidados, y tan excesivamente extensos sus dominios, era más fácil de aconsejar que de realizar la idea de que permaneciese quieto y tranquilo en España.

DECENIO QUINTO.

AÑO 1541.

DESASTRE EN ARGEL.

Así como hemos defendido á Cárlos de un cargo, á nuestro parecer injusto, que se le hace, del mismo modo vituperamos los tratos secretos que entabló con el pirata Barbaroja para apartarle del emperador turco. Cierta es que todo en la guerra parece lícito; empero hay en el mundo personas con quien no es honroso el tratar ni hacer pactos, y á quienes se debe perseguir hasta vencerlas.

Estos tratos que mediaron entre Cárlos I y Haradin Barbaroja fueron secretos, y de ellos ningun historiador antiguo se ha ocupado: el primero que de ellos ha hablado ha sido el Sr. Lafuente, fundándose en documentos inéditos y originales. Algunos tenemos nosotros que tratan de este asunto; empero no poseiamos el que poco mas abajo insertamos, tomado del precitado autor, que creemos muy interesante.

El objeto del emperador era el quitar á Soliman II el poderoso auxilio de un hombre que, por pirata que hubiese sido, estaba investido ya de un carácter elevado en el imperio turco, y aunque vencido en la Goleta y en Túnez, se habia hecho, y con justa razon, temible en los mares.

El mediador entre Cárlos y Barbaroja era un capitán español llamado Alarcon (Alonso, no el célebre Fernando; custodio de Francisco I); é intervenian únicamente en el asunto el gran almirante d'Oría y Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia.

Hé aquí el documento á que hemos aladido, y que se escribió tiempo antes, cuando estaban en su comienzo las negociaciones:

«Muy poderoso señor (dirigese Alarcon al corsario Barbaroja).

«—Yo escribí á V. A. desde el cabo de Santa María con Dragut
 «Arraez, dándole aviso de mi llegada allí, y de cómo el príncipe
 «Doria era venido con gruesa armada del emperador á Corfú.

.....
 «Y por procurar lo que al servicio de V. A. conviene, segun me
 «lo tiene mandado, acordé de suspender mi viaje para España,
 «y con un correo escribí al emperador mi llegada á Pulla, y co-

»mo me quedaba por volver á esta armada á ver el estado en
»que estaba, y por hablar al dicho príncipe Doria y al visorey
»de Sicilia, que aquí viene, y ver si con ellos se podría concluir
»ó tomar algun buen apuntamiento en los negocios de V. A.,
»pues ambos juntos y cada uno por sí tienen comision y poder
»del emperador para entender en ellos como su propia persona,
»y llegué aquí á la Parga anoche, donde los he hallado, y hol-
»garon con mi venida; y habiendo platicado largamente sobre
»cada cosa en particular, entiendo que estos dos señores serian
»muy contentos, y tienen deseo de ver el efecto de estas vuestras
»pláticas, porque tal persona como la de V. A. la querrian ver
»prosperada estando en devocion y buena amistad con el empe-
»rador, y particularmente cada uno le procuraria de hacer todos
»los placeres y servicios que fuese posible; pero estos señores
»me dicen que la principal cosa que les conviene hacer es pro-
»curar que la palabra y promision del emperador en manera
»ninguna se quebrante con amigos ni enemigos, por mal ni bien
»que pueda seguirse, porque S. M. ha tenido y tiene siempre
»por cosa muy principal el mantener su palabra, y no consenti-
»rá que *directe ni indirecte* se quebrante, y que hablar en dar
»á V. A. el reino de Túnez por la órden que se ha platicado no
»se podría hacer, si primero V. A. no mostrase razones bastan-
»tes y suficientes para que todo el mundo vea y sepa cómo el
»rey de Túnez le ha faltado á lo que le tiene capitulado y pro-
»metido; y que si el dicho rey hubiera faltado á su prome-
»sa, el emperador, en tal caso, no seria obligado á guardar-
»lo ni defenderlo en el dicho su reino, ni á darle ningun fa-
»vor ni ayuda, y podrian libremente capitular con V. A. Pero
»paréceles á estos señores que si V. A. se contentase de ir en
»Berbería y estar allí á la devocion del emperador, le podría
»dar luego á Bona, que la tiene en su mano, y le podría dar á
»Bujía, que es suya; pero porque aquel puerto es el mejor y más
»importante de aquellas partes, dicen que V. A. habia de prome-
»ter de tenerlo limpio de corsarios y malhechores, y que para
»conquistar el reino de Bujía y todo lo que hay desde Bona has-
»ta el reino de Tremecen, el emperador le daria á V. A. todo el
»favor que le demandare, y las cosas de bastimentos y merca-
»derías, y contratacion de sus reinos y vasallos serán comunes
»con los vuestros, y se tratarán como buenos amigos y aliados
»con toda seguridad, y S. M. holgará y tendrá por bueno todo
»el acrecentamiento de estado y de honra que V. A. tenga; y
»dicen que la plática de lo de Túnez podrá quedar para adelan-
»te, si no se halla manera y causa justa como el emperador, sin
»quebrantar su feé y palabra, pueda desamparar agora al rey

»de Túnez. Y en lo que toca á lo de Trípoli, dicen que aque-
»lla ciudad está en poder de la órden de los caballeros de
»San Juan de Rodas, á los cuales el emperador se la dió que la
»defendiesen y hiciesen allí su frontera, pero que muy bien po-
»dria V. A. tornarla á pedir al gran maestre, y creen estos se-
»ñores que luego se la restituya, y desta manera el emperador
»la podrá dar á V. A.; y cualquier otra cosa que esté en manos
»del emperador ó que se pueda hacer buenamente en beneficio
»vuestro, estos señores holgarán que se platique en ello, y lo
»otorgarán y concederán con buena voluntad, contando que V. A.
»con brevedad se aparte de la gobernacion de esa armada, y se
»vaya con sus servidores y amigos á Argel, ó otra parte de Ber-
»bería, donde pacificamente pueda estar, y les deje á ellos que
»se avernan con el resto de la armada del gran señor, que cier-
»to, segun están poderosos estos príncipes de galeras y naves y
»gente, con razon parece que pueden emprender cualquier gran
»cosa, é yo les he dicho quanto V. A. me mandó, y lo que yo
»sabia de como se pudieran haber hecho grandes daños en las
»tierras del emperador, y que V. A. lo ha suspendido esperando
»de venir á la conclusion de su amistad por no enojar á S. M.,
»y que no haciéndose agora lo que pide, podrá hacer V. A. tal
»tratamiento en sus tierras de los reinos de Nápoles y Sicilia, y
»aun de España, que todo el mundo conocerá que V. A. no tenia
»gana hasta aquí de enojar á S. M. ni de deservirle, y estos se-
»ñores príncipe Doria y viso-rey de Sicilia me dicen que bien
»creen que V. A. pudiera haber hecho mas daño en tierras del
»emperador, porque por muchas partes estaban sus capitanes y
»ejércitos ocupados en las guerras contra el rey de Francia. Pero
»agora ya tienen echa tregua por diez años, en los cuales no po-
»drá haber guerra entre ellos, ni el uno podrá ser contra el otro;
»antes, despues de concertada la tregua, el emperador y el rey
»se han visto y hablado en Aguas-Muertas. De manera, que el
»poder del emperador, que es tan grande como á todos es no-
»torio, no se empleará sino en fortificar y defender bien sus rei-
»nos y tierras, y aun segun sus altos pensamientos, no dejará
»que sus enemigos le vayan á buscar, antes saldrá ó mandará
»tener siempre fuera su gruesa armada para ofender sus contra-
»rios: y sobre cada cosa destas habemos dicho y platicado muy
»larga y particularmente todo lo que se podia y debia decir..... Y
»en caso que V. A. no sea contento con esto, yo me partiré lue-
»go en viendo su respuesta para el señor emperador, etc. De la
»Parga, sábado XXI dias de Setiembre 1536.»

No dejaban de ofrecerse dificultades para llegar á un definiti-
vo arreglo con Barbaroja: de su parte la exigencia de España,

relativa á la destruccion de la armada de Soliman II, de la cual el pirata habia de quemar una parte, y otra traerla consigo; de la parte del emperador, que Barbaroja queria ser rey de Túnez, y D. Carlos no se determinaba á proceder contra Muley-Hacen, mientras este no faltase á sus compromisos.

Por fin Barbaroja remitió escritas sus condiciones, que insertamos aquí para conocimiento del lector:

- »1.ª Que será amigo de amigo y enemigo de enemigo.
- »2.ª Que se vendrá á servicio de S. M., con cincuenta y cinco ó sesenta galeras.
- »3.ª Que enviará su hijo á España para que esté con S. M.
- »4.ª Que desarmará las galeras todas, y hará los arraices »alcaides y limpiará la mar de corsarios.
- »5.ª Que si S. M. hiciere la guerra al turco, que le ayudará »con todas sus fuerzas, y á donde quiera que fuesen nuestras »galeras irán las suyas si S. M. quisiere.
- »6.ª Que será la contratacion libre entre los vasallos de S. M. »y la Berbería, sin diferencia alguna, como si todos fuesen de »una ley.....
- »7.ª Que si S. M. por algunos respectos hiciere la guerra á »venecianos, que le ayudará con todas sus fuerzas á tomar á »Venecia, y á todo lo demás que S. M. quisiere.
- »8.ª Que si el rey de Francia hiciere la guerra á S. M., que »le ayudará á tomar á Marsella, y á tomar todo el reino si S. M. »quisiere.»

Continuaba la guerra, á pesar de las negociaciones, y á pesar de estas tambien Barbaroja continuaba sirviendo bien al turco, como hemos visto al tratar de la invasion en las costas de Italia.

El rey de Túnez, amenazado en su trono, se creía seguro en él, porque confiaba en el emperador, á cuyo secretario Francisco de los Cobos escribia lo siguiente, temiendo únicamente al turco feroz:

«Alabanza á Dios solo.—Del siervo de Dios en cuya confian-
za pone todas sus cosas públicas y privadas, el rey de los mo-
ros Mohamad Al-Hacen, rey de Túnez, á quien Dios haga vic-
torioso; al secretario grande entre los de su generacion, y hon-
rado y nombrado entre los de su ley, Cobos, el comendador
mayor, á quien Dios Altísimo honre: Hacemos saber, que esta-
mos con el amor y amistad que sabeis os tenemos: siempre
procuramos saber nuevas de vos; muchas veces habemos escri-
to al emperador y á vos, haciéndoos saber la aventura en que
estamos y lo que padecemos, por habernos tomado todas nues-
tras ciudades, que no nos queda sino solamente la ciudad de

» Túnez, y que los turcos han tomado y poseen todas las ciuda-
 » des de la costa, de las cuales salen los corsarios y van á vues-
 » tras ciudades, y nos han ocupado á nosotros y á vosotros, de lo
 » cual sereis avisados por el capitán Francisco; y pues teneis allá
 » armada que gana sueldo sin trabajar (y Dios os encamine
 » á ello), enviádnosla para que nos libre de estos turcos, y será
 » utilidad vuestra, porque en esa corte del emperador otro de
 » quien nos ayudar sino de vos no tenemos. Una carta os darán
 » con esta para el emperador, por la cual le avisamos de la es-
 » trechura en que estamos. Queremos de vos tengais de ello cui-
 » dado, y que aconsejéis como seamos librados.
 » Fecha á 20 dias de la luna de Moharram, año de 946 (1539).
 » Dios nos haga partícipe de sus bienes.—Al secretario grande
 » entre los de su generacion.»

Comenzaba á correr el año 1540, cuando apareció en Constantinopla un capitán español, llamado Juan de Vergara, vestido de peregrino, que despues de haber visitado el Santo Sepulcro, segun figuraba, por penitencia voluntaria corria los países de infieles, viviendo de la agena caridad. Mandábale el virey de Sicilia con tal disfraz para seguir la negociacion con Barbaroja, el cual tuvo escondido en su propia casa al fingido peregrino.

Mostróse muy alegre el antiguo corsario de que el emperador estuviese decidido á ultimar aquel negocio, y se lamentó mucho de que se hubiese hecho tan público, que el mismo Soliman se habia mostrado receloso de él. Despues de manifestar esto, propuso que el emperador mandase su escuadra á Levante contra Lepanto; y que él no saldria á proteger la plaza, hasta que supiese su rendicion; que entonces el sultan le daria orden de perseguir á la escuadra española, que él saldria, y al alejarse se reuniría á aquella.

Todo indicaba que los tratos iban á tener felice término; Barbaroja, discutido todo con el capitán Vergara, le hizo salir mezclado con unos cautivos que acababan de ser rescatados, y así salió seguro sin necesidad del disfraz de peregrino.

La única dificultad que antes se oponia habia del todo desaparecido: Carlos I accedia á dar á Barbaroja el reino de Túnez y el de Argel, y el pirata, que estaba por su parte pronto á todo, prometió el rescate de los valerosos capitanes que estaban aun cautivos en Castellново.

Tal resultado habian dado las secretas conferencias, cuando un capitán español tambien, y llamado Andrés del Rincon (Antonio, segun otros), supo cuanto pasaba. Este hombre fatal, de quien nadie logró saber si era en su corazón cristiano ó turco, y



que casi siempre residia en Constantinopla, haciendo negocios con Soliman II, dió á este parte de cuanto entre Barbaroja y el emperador se trataba.

No se llegó á saber del modo que las negociaciones acabaron; pero sí que Barbaroja no volvió á tratar de aquel asunto, que el sultan destinó á Túnez para su hijo segundo y se dirigió á tomar dicho reino, y el emperador se decidió á defenderle á toda costa, lo que redundó en beneficio del temeroso Muley-Hacen.

Los tratos con Barbaroja son una de las maniobras políticas que más honran á Carlos I, como político, se supone, si bien fué reprochable el tratar como de igual á igual con un antiguo facineroso y el mayor enemigo del nombre cristiano. Ciertamente es que el emperador tenia el ejemplo que tomar del rey francés y de Venecia; mas el ejemplo de lo malo no debe servir de enseñanza, ni puede autorizar á nadie para obrar mal.

Carlos I, desengañado de no poder llevar á cabo su propósito con Barbaroja, tuvo el verdadero mal pensamiento de conquistar á Argel. Era un poco, quizá en demasía, aferrado á su dictamen, y no sirvió la oposicion del consejo para hacerle cambiar de propósito.

En Italia tomó rumbo á las Baleares, padeciendo muchísimo en la travesía, á causa de recios y frecuentes temporales, hasta llegar á Cerdeña, en donde el emperador recibió refuerzos y se ordenó una armada de doscientos buques con veinte mil infantes, dos mil ginetes, bastante artillería y los aprestos necesarios.

No fué menos peligrosa la navegacion por las costas de Africa, si bien fué breve, y la infantería comenzó sin dificultad el desembarco. Los primeros obstáculos se removieron felizmente, y llegó á Argel la expedicion, mandando el emperador intimar á la plaza la rendicion.

Gobernaba en Argel Hacen-Agá, que habia sustituido á Barbaroja, luego que este fué nombrado almirante de Turquía. Pirata tambien en otro tiempo, y eunuco renegado además, habia llegado al elevado puesto de virey ó bey, no desmintiendo su origen ni costumbres en la fiereza y barbarie; porque dicese que en su carrera de corsario habia excedido en dureza y barbarie al mismo Barbaroja.

Contaba Hacen-Agá con poca guarnicion (unos seis mil hombres entre turcos y africanos); mas sin embargo, se negó á entregar la plaza, como era muy natural. Hé aquí su respuesta dada á Carlos I: «Si traeis muchas naves y muchos soldados, yo los tengo tambien muy buenos y en lugar fuerte, y cuento con una mar brava; y en todo caso moriré á manos de tan exce-

»lente emperador. No olvideis, sin embargo, cómo les ha ido en
» estos sitios á otros capitanes españoles tan famosos como Diego
» de Vera y Hugo de Moncada.»

La respuesta de Hacen-Agá fué la señal de prepararse á la
lucha. El plan de ataque estaba perfectamente combinado por el
emperador y sus generales, mas todos ignoraban que habian de
presentarse en la lucha otros enemigos que los moros, contra los
cuales no habria resistencia posible.

De repente el cielo se oscureció, comenzó á bramar el huracán
que en tres segundos deshizo las tiendas, y dejó á los imperiales
por blanco del espeso y grueso granizo y de la lluvia que
en verdaderos torrentes de las nubes se desprendia. El suelo, de
movediza tierra y en una hondonada, se convirtió bien pronto en
un lago, sirviendo de receptáculo á los gruesos arroyos que de
la parte alta á la baja rápidamente corrian. Y sin ningun abrigo,
sin resguardo alguno, sin más escudo ni defensa que una paciencia
y un sufrimiento á toda prueba, pasaron aquellos valientes toda
la tarde y toda una eterna noche, sin que el temporal cesase
y sin que bastase el humano sufrimiento á resistir tan ruda
y terrible prueba.

Cuando ya amanecia, los enemigos, que muy seguros de la
inmovilidad forzada de sus contrarios, á cuerpo cubierto habian
descansado, hicieron una salida. Los imperiales, ateridos como
estaban, no podian hacer uso de las manos: en cuanto á las armas
de fuego, eran completamente inútiles; porque en aquel tiempo
la pólvora no iba encartuchada, sino que la llevaba cada soldado
á granel en una bolsa, y se habia convertido en verdadero barro;
y aun hubo más: faltaron las raciones, y no habia podido el ejército
tomar ninguna clase de alimento. No es, pues, extraño que aquel
llevase la peor parte, aunque se defendió con valor, haciendo lo que
ningun otro ejército en su lugar hubiera hecho.

La historia hace grandes elogios del emperador, quien habiendo
sufrido tanto como el último soldado, siempre en el sitio donde
mayor era el peligro, por sí mismo rechazó á los moros, mostrándose
valiente hasta el heroismo.

Ya entrado el día recomenzó con más furia el espantoso temporal,
sintiéndose en el mar de una terrible manera. Los cables fueron
deshechos, arrancadas las áncoras; algunos buques, chocando
contra otros, se hicieron astillas; otros, dando la vuelta á
impulso del violento Nordeste, arrojaron al agua hombres y
cargamento; varios tambien se estrellaron contra las peñas, y pocos
quedaron sanos.

En tan horroroso conflicto, el querer resistir hubiera sido

loca é inútil temeridad. Al mismo tiempo el célebre d'Oria, que confesaba no haber visto tan horrorosa tormenta *en cincuenta años que llevaba de navegar*, habíase podido refugiar con algunos buques no del todo sanos en el cabo de Metafuz, y desde allí escribió al emperador, mandándole el aviso por medio de una galera, para decirle que si no quería perder hasta el último soldado, abandonase la empresa y se reuniese con él.

Desconsolado el emperador al ver malograda la empresa, leyó el aviso de Andrea, elevó al cielo los ojos, y con un doloroso sentimiento imposible de expresar dijo solamente: *Fiat voluntas tua*, y dió la órden de retirada.

Salieron los de Argel á picar la retaguardia; y á pesar de que los mahometanos de las montañas desde los cerros hostilizaban al ejército, este se retiró en buen órden y los imperiales supieron hacerse respetar.

En la retirada hubo necesidad de pasar un rio, que á consecuencia de los temporales iba tan sumamente crecido, que al atravesarle los guerreros les llegaba el agua casi al cuello.

Nada faltó en aquella desastrosa jornada de cuanto pudiera hacerla más horrorosa é inolvidable. Raro fué el caudillo que no vaciló y estuvo á pique de flaquear: solo el emperador no se desmintió ni un momento. Para que no se crea que exageramos en obsequio á su memoria, hé aquí lo que de él dice una moderna y elegante pluma:

«Lo único que infundia aliento á todos era la serenidad, la presencia de ánimo, la magnanimidad con que el emperador sufría todos los trabajos é infortunios como el último de sus soldados, comiendo lo mismo que ellos, acudiendo á todos los peligros, ayudando y consolando á los más débiles, y no dando una sola señal de flaqueza. Con tan heróico comportamiento consiguió que los mismos generales que se habian opuesto á la expedicion le perdonaran las desgracias que su obstinacion habia acarreado.»

El tiempo habia mejorado y la travesía se hizo felizmente, hasta llegar al cabo de Metafuz, en donde todos repusieron sus fuerzas con el descanso y la abundancia de provisiones que en las naves de Andrea d'Oria encontraron.

Pasadas veinticuatro horas destinadas absolutamente al descanso, se trató de deshacer el camino, y de nuevo y con más ahinco todavía cargar sobre Argel.

Entre los que de este modo opinaban se contó al célebre inmortal Hernan Cortés, al héroe de Méjico, quien se ofrecia á volver él solo con la tropa que eligiese y tomar la plaza; empero casi se burlaron del inolvidable conquistador, y todos unáni-

memente, excepto muy pocos, se decidieron por el regreso á Europa.

Los últimos que se embarcaron fueron los españoles y el emperador. Apenas habían tomado rumbo, una nueva tormenta puso en inminente riesgo al ejército: fué aquella jornada de desastres y trabajos y peligros. La armada fué deshecha, y los buques fueron arrojados á las costas de Italia, otros fueron á Oran, algunos á Argel, y el emperador, con otros, apareció en Bujía. Cuéntase de una nave, en que iban cuatrocientos tudescos, que estuvo perdida y á merced de las olas durante cincuenta dias, al cabo de los cuales los infelices náufragos, todos los cuatrocientos, de hambre y de frío perecieron.

En cuanto al emperador, tambien sufrió mucho y estuvo en grave riesgo de perder la vida antes de llegar á Bujía. En este puerto dispuso que en las naves italianas que habían llegado pasasen tropas á Sicilia con D. Fernando de Gonzaga, y en las españolas el resto, con el conde de Oñate, á España. El tomó rumbo á Mallorca y despues á Cartagena, en donde desembarcó ya en el mes de Diciembre.

Fué recibido D. Cárlos como si resucitase, puesto que, segun las noticias que habían circulado, se creia por el pueblo que hubiese perecido; y aunque algunos de él murmuraban por sus expediciones, la generalidad y especialmente el pueblo, naturalmente valeroso, queria mucho á un soberano tan arrojado, tan magnánimo y tan sufridor de trabajos.

GUERRA CON FRANCIA.

Francisco I de Francia, que aun sin tener ostensible motivo, siempre estuvo dispuesto á hacer mal á su antiguo glorioso vencedor, desde que este se negara á entregarle el ducado de Milan, solo pensaba en hacerle guerra, y guerra sin tregua y á muerte. Estaba la dificultad en encontrar un motivo que la justificase; pero este se vino á la mano, si no justificado, al menos con bastante fuerza para servir de pretexto y dar margen á disgustos.

Un mal español, llamado Andrés del Rincon (ó Antonio), á quien hemos visto no há mucho en Constantinopla, siempre ocupado contra España, era tan decidido enemigo del emperador, como fiel servidor del rey de Francia.

Hacia poco tiempo que Soliman II había ajustado la paz con la república veneciana, y el rey Francisco determinó imitar el ejemplo del turco; tratar de paz con Venecia, y despues las tres potencias unidas proceder contra el emperador.

En cierto punto del camino debia unirse Rincon con un genovés, tambien agente de Francisco, para unidos continuar despues á Venecia, y encontráronse por fin y tomaron la acertada disposicion de enviar los papeles al embajador de Francia en Venecia, por si casualmente eran asaltados; y en efecto lo fueron. Al embarcarse en el Tessino, unos enmascarados dieron de puñaladas á Rincon y al genovés, que se llamaba César Fregoso.

Sospechóse que el asesinato habia sido ordenado por el marqués del Vasto, que á la sazón era gobernador de Milan, el cual estaba perfectamente enterado de cuanto Rincon y Fregoso meditaban; y á las quejas que el francés dió al emperador sobre este punto, el marqués contestó protestando enérgicamente contra la que él llamaba miserable calumnia.

Francisco I, activo como pocos hombres, y decidido como pocos soberanos cuando se trataba de perjudicar á D. Carlos, buscó alianzas para proceder contra este sin dejar ni un rincón de Europa; mas ninguno contestó á sus invitaciones, excepto los reyes de Dinamarca y de Suecia y el duque de Cleves, que sostenia contra Carlos sus derechos, verdaderos ó imaginarios, al ducado de Güeldres.

Cuando mayor calor daba el francés á los preparativos de guerra, enfermó gravemente, á consecuencia, segun voz pública, de sus estragadas costumbres. Mejoró, sin embargo, y dispuso cinco ejércitos: uno mandado por su favorito el almirante Annehaut, que destinó al Piamonte; otro cuyo mando dió á su hijo el duque de Orleans, que debia ir contra el Luxemburgo; otro que debia dirigirse contra las fronteras españolas por el Rosellon, mandado por el delfin; el cuarto, que debia operar en los Países-Bajos, á las órdenes de Antonio Borbon, duque de Vendôme, y el último á las órdenes de Martin Van Rossen, mariscal de Güeldres, que debia cargar sobre el Brabante.

Todo este aparato tuvo más de apariencia que de realidad en sus resultados: el que hizo más de todos aquellos caudillos fué el duque de Orleans, que se apoderó del Luxemburgo y de una parte del Brabante; empero apenas se alejó de allí, dejando encomendado el gobierno al duque de Guisa, el príncipe de Orange, fiel al emperador, recuperó todo lo perdido, arrojó de allí á Guisa con sus franceses, y pasó en seguida contra el duque de Cleves, que tan eficazmente habia contribuido á la pérdida de los dominios del Brabante, ya recuperados por Orange.

El delfin tuvo necesidad de habérselas en el Rosellon con el veterano duque de Alba, y aquel no era hombre para hacer frente á este: por manera que todo aquel aparato no fué otra

cosa que vana alarma, y como ya hemos dicho, aparato y nada más.

Todo el resto del año se invirtió en preparativos y en amenazas de guerra por una y otra parte, no dejando el francés de comunicar con Soliman II, quien jamás perdía de vista á Hungría, para que por tierra avanzase sobre los dominios alemanes del emperador, en tanto Barbaroja por mar recorría las costas sici-lianas y las españolas.

Mientras esto sucedia, el emperador fortificaba las plazas fronterizas y escribía á todos sus dominios, excitando á sus súbditos á que, como *buenos y leales*, acudiesen con todo género de auxilios. Trató tambien de atraer á Paulo III, cerca del cual no se adelantó cosa, porque aquel se propuso seguir ese fatal sistema de neutralidad, que, segun hoy se observa, es muy parecido al egoismo. Debemos, empero, hacer observar, en obsequio á la memoria del Pontífice, que el no decidirse abiertamente por el emperador y contra el francés, aliado como vergonzosamente estaba con el turco, fué por el racional temor de que, conociendo como conocia la ligereza del rey Francisco, imitase al desventurado Enrique VIII de Inglaterra, para tomar de algún modo venganza, separándose con su reino de la obediencia del Vicario de Cristo y de la comunión de la Iglesia católica.

El sacro colegio estaba más decidido que el Santo Padre: queria se declarase á Francisco I *enemigo comun*, y se le privase del título de *Cristianísimo*. El Pontífice no se adhirió á este dictámen, temiendo como siempre exasperar al soberano francés, en cuyo caso por despecho podia imitar á Enrique VIII de Inglaterra. Esta prudente conducta de Paulo III disgustó fuertemente al emperador, como veremos al tratar del año siguiente.

PERÚ.

Aun no habia llegado á Nueva-Castilla (Perú) el comisario régio, cuando la conjuracion latente que contra Pizarro existia comenzó á dejarse ver casi al descubierto.

Era el alma de la conjura un capitan llamado Juan de Rada, el cual se unió á un oficial que era hijo del sacrificado Almagro; y como la conspiracion se hizo casi pública, no fallaron avisos, más ó menos secretos, al amenazado Pizarro. Este los despreció y continuó mandando despóticamente, segun su costumbre.

Por fin recibió un aviso secreto en que se fijaba dia para dar el golpe, y esta circunstancia le hizo creer que habia alguna co-

sa, cuando se señalaba el momento de estallar el motin; mas sin embargo, no dió gran importancia á la noticia. Y era que Dios le cegaba para que expiase sus criminales desmanes; porque á medida que el día se acercaba, más sin rebozo tenia el jóven Almagro en su casa las reuniones de los conjurados; por manera que la existencia de la conjuracion solo podia ignorarla el que no quisiera saberla.

Llegó el dia fatal: era domingo (20 de Junio). Pizarro no adoptó más precaucion que la de no salir de su palacio, y aun no era medio dia cuando Rada, al frente de diez y ocho ó veinte guerreros con las espadas desnudas, salió á la calle gritando: «¡Viva el rey! ¡Muera el tirano!»

Para probar el odio que todos á Pizarro tenian, cuéntase que los que al paso veian correr á Rada y los suyos, se decian unos á otros con la indiferencia más grande: *Esos sin duda van á matar al marqués (Pizarro) ó á Picado, su secretario.*

En el momento en que el tumulto se sintió dentro del palacio, cuantos acompañaban á Pizarro huyeron, excepto su hermano Fernando, dos pajes y un oficial. Francisco, á quien ni un momento abandonó su valor, no teniendo tiempo para ponerse las armas, abrazó un broquel y empuñó la espada, hecho lo cual cayó como un rayo sobre los conjurados.

Fué larga y bien sostenida la lucha, pero el número venció; y poco despues de haber perecido Fernando Pizarro, dejó de existir el valeroso Francisco, marqués de las Charcas, batiéndose denodadamente.

Tal y tan desastroso fué el fin del animoso conquistador del Perú: hombre ignorante, pero de un gran talento natural; muy valiente, mas de un carácter fuerte, irascible y muy dominado por la sórdida avaricia.

FIN DEL TOMO VII.

APÉNDICE.

Siendo generalmente apreciados los documentos antiguos y curiosos, y leídos siempre con gusto y consideracion, tomamos los siguientes del Sr. Lafuente, cuya historia es la más rica en este punto, como lo es tambien en otros. Con ellos hemos formado para el tomo VII el presente *Apéndice*.

AÑO 1528.

DESAFIO DE CARLOS V Y FRANCISCO I.

Real cédula que el emperador dirigió á Sancho Martinez de Leiva, capitan general de la provincia de Guipúzcoa, dándole cuenta del desafio á que él habia provocado al rey de Francia Francisco I, negativa de este á aceptarle, y consulta que el mismo emperador hizo sobre ello á sus consejos y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas.

El Rey.—Sancho Martinez de Leiva, nuestro capitan general de la provincia de Guipúzcoa, y alcalde de la villa y fortaleza de Fuenterrabía: Ya habreis sabido parte de lo que con el rey de Francia sobre nuestro combate habemos pasado, y aquello y todo lo demás vereis más entera y cumplidamente por el traslado de todo ello que aquí os enviamos. Es la verdad que con el gran deseo que tenemos de ver fin á estas nuestras contiendas y debates, por el reposo y sosiego de la cristiandad, holgábamos y aun deseábamos poner vuestra vida en peligro, por redimir con ella tanta sangre cristiana como á causa de estas discordias se

derrama; mas como esto no dependiese solamente de nuestra voluntad, mas tambien debiese para ello concurrir la del rey de Francia, y él, como vereis por la relacion que Borgoña nuestro rey de armas truxo, ha rehusado el combate, no queriendo oir nuestra respuesta ni recibir nuestro cartel en que le señalábammos el campo, antes asombrando con rigurosas palabras nuestro rey de armas despues de haberlo muchos dias en los limites de su reino detenido, cosas que jamás por ningun rey ni principe fueron hechas ni consentidas; aunque sin más parecer de otros viésemos claramente haber satisfecho á nuestra honra, pues el rey de Francia rehusaba el combate, todavia por ser la cosa tan delicada y tocar tanto á nuestra honra, la quisimos comunicar con los de nuestros consejos y perlados, grandes, caballeros, letrados y otras personas en semejantes casos experimentadas, pidiéndoles su parecer sobre ello, los cuales, visto todo lo que habia pasado, determinaron que habiamos suficiente y enteramente cumplido y satisfecho, no solamente á nuestra honra, mas tambien á lo que debemos á Dios y á nuestros súbditos y al bien de toda la cristiandad, de lo cual os habemos querido avisar por que tengais entera relacion de todo y lo enviéis y publiqueis donde mejor os pareciere, de manera que á cada uno sea notorio. Fecha en nuestra ciudad de Toledo á último de Noviembre de 1528. — Yo el Rey. — Por mandado de S. M., Alonso Valdés.

DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA Y HACIENDA

II.

ESTADO ECONÓMICO DEL REINO DE CASTILLA EN LOS

AÑOS QUE EXPRESA ESTE DOCUMENTO.

SUMARIO DE TODA LA CUENTA DEL AÑO DE 536.

El Rey. — Sancho Martínez de Ibeja, nuestro capitán general de la provincia de Puentevedrado de Francia sob...

Montan lo que valen las rentas cuatrocientos cuatro quentos, quinientos veinte y siete mil porque lo que mas han crecido desde el año de 534 y los situados consumidos es para desampenar juros, como está dicho.	404.527,000	} 412.027,000
Que montarán la moneda forera que se cobra en estos reinos el dicho año de 536 á respecto de los años pasados, 7.500,000.	7.500,000	

Monta el situado y prometido y suspensiones que hay en las dichas rentas con los 10 quentos que se han de situar por el dinero que se tomó de las Indias y con otros maravedís de los que están á cargo de Alonso de Baeza para los vender y cumplir con los ginoveses lo del asiento de Toledo que aun no están todos situados 10 é 11 al millar de los partidos encabezados. 269.530,000

Ansi quedarían en las rentas de 536 é en la dicha moneda forera, 142.497,000. 142.497,000
 Están librados en las dichas rentas á los Belzares é á otras personas particulares, como toda va por menudo en los pliegos. 119.243,000
 Quedarían 24.252,000. 24.252,000

Es de saber que en el dicho año de 536 no están situados enteramente los 10 quentos que se han de situar por el dinero de las Indias, é dicese que no ha de ser tanta cantidad la situacion, porque algunos de estos dineros se dejaron de tomar é otros algunos que se tomaron, se libraron en las Indias, y ansimismo otros situados que están á cargo para los vender de Alonso de Baeza para cumplir el asiento que se tomó en Toledo con los ginoveses que no están vendidos, y todo esto ay mas en las dichas rentas demás de los dichos 24.252,000, é podria servir para los gastos de dicho año.

RELACION DE LO QUE ES MENESTER PARA ESTE AÑO DE QUINIENTOS Y TREINTA Y SEIS A RESPECTO DE LO QUE SE LIBRÓ EL AÑO PASADO DE QUINIENTOS TREINTA Y CINCO.

Para la casa de S. M. 170,000 ducados.	170,000
Para embaxadores y correos é otros gastos extraordinarios del Estado; 70,000 ducados.	70,000
Para guardas del año de 534, 200,000 ducados, é otros tantos se han de proveer en el año de 536 para cumplir con los guardas de 535.	200,000
Para las galeras de Andrea Doria, 90,000 ducados.	90,000
Para las 10 galeras de España, 60,000 ducados.	60,000
	<u>590,000</u>

Para las fronteras de Africa, 70,000 ducados.	70,000	
Para la casa de la Reyna nuestra Señora.	37,330	
Para la casa del Príncipe, acrecentando el salario del maestro que se quita de la casa de Tordesillas y se pasa acá.	8,800	
Para la paga de los del Consejo é oficiales de la Côte.	37,330	182,260
Para continos de 535.	10,000	
Para tenencias de las fronteras y costas del mar.	14,000	
Para salarios del gobernador é alcaldes mayores de Galicia y Canaria é Toledo, é otros corregidores é gobernadores que se libran en el reyno.	4,800	
Para mercedes de tres en tres años.	14,000	
Para el condestable y su mujer é duque de Alba y de Nájera é marqués de Astorga y conde de Osorio é otros grandes que se libran en sus tierras.	1,060	
Para acostamientos del marqués de Astorga é conde de Oropesa é de Medellin é D. Francisco de Monroy é otros caballeros que se libran en sus tierras sus acostamientos cada año.	2,400	18,660
Para derechos de escribano mayor de rentas é mayordomo mayor é chanciller é notarios é sello é otros derechos de partidos encabezados.	1,200	
Así montan los dichos gastos nuevecientos noventa mil nuevecientos veinte ducados.		990,920

LO QUE HAY PARA CUMPLIR LOS DICHS GASTOS.

En rentas ordinarias é moneda forera, con algo que se podrá aprovechar de los juros que estan por vender, podrá haber 28 quantos, poco mas ó menos, que son 74,565 ducados.	74,565
Por la necesidad grande que ai se podrán tomar de las rentas de 537, 80 quantos para cumplir con los gastos de 536, que serán 213,333 ducados.	213,333
Que habrá en las rentas de las órdenes en el año de 537, 20 quantos, poco mas ó menos, que se han	

de tomar para cumplir los gastos de dicho año de 536.	53,333
Que habrá en el dicho año de 537 en el asiento de Juan Vosmediano é Juan de Enciso de la Cruzada é otras cosas en el asiento de las buelas 40 quentos que se han de tomar para este año, que serian.	106,666
Ansi monta lo susodicho 447,998 ducados, y caso que esto sea cierto, faltarán para cumplir con los dichos gastos 342,922 ducados, y más lo que montarán los intereses é cambios, que serian gran suma, ha de mandar S. M. de donde y como se cumpla y lo que en todo se hará.	342,992

AÑO DE 37.

Monta lo librado hasta 15 de Noviembre de 535, 20 quentos 738,000, los cuales descontados de los dichos 134 quentos 997,000, quedará 114 quentos 259,000.	114.259,000
---	-------------

Desto se ha de tomar los 80 quentos para los gastos de 36, y lo que quedare, será para la casa de la Reyna nuestra señora, consejo y oficiales de Côte.

III.

PRECIO DE LAS RENTAS DEL REINO.—AÑO DE 1553.

Las rentas de las alcabalas y tercios y otras rentas ordinarias del reino que entran en el encabezamiento general del reino este año de 553 años, sin ciertos pescados que en Sevilla y Xerez de la Frontera y Galicia se pagan demás de los precios de sus encabezamientos, los cuales no se cargan aquí porque la mitad dellos se libran para la despensa de la Reina nuestra señora, y la otra mitad para la despensa del Emperador nuestro Señor y se distribuyen en limosnas, y con las rentas de las tierras que fueron de la Emperatriz nuestra Señora que haya gloria, que para desde el año de

1547 entraron en el dicho encabezamiento general y van cargados en este precio, y con las rentas de la villa de Valladolid é su tierra é partido que entran en el dicho encabezamiento general para desde este año de 553 en adelante, 333 quentos 602,000, del cual dicho precio van abaxadas las alcabalas y tercias de ciertas villas é lugares que SS. MM. han vendido. 333.602,000

CARGO DE PARTIDOS Y RENTAS Y OTRAS COSAS QUE NO ENTRAN EN EL ENCABEZAMIENTO GENERAL DEL REINO QUE SE COBRAN DEMÁS DEL DICHO PRECIO PRINCIPAL.

En la merindad de Búrgos el crecimiento que ovo en el encabezamiento de las tercias de Isar.	4,000
En la merindad de Burnueva las alcabalas de Ovarenes y tercios de Berçoso y Fuente Burneva y Rojas, y otros lugares y ciertos situados consumidos.	97,000
En la merindad de Rioja las alcabalas de Tirgo y otros lugares de D. Juan de Leyva y las tercias de Cirumuela y Ervías y otros lugares.	45,000
En el partido de Miranda de Hebro el valle de Valdegovia.	55,000
En la merindad de allende de Hebro el pedido de Salvatierra é situado consumido.	22,000
Las salinas de Buradon.	73,000
Las alcabalas y pedidos de la cibdad de Victoria é su tierra.	269,000
La provincia de Guipúzcoa que está encabezada perpétuamente.	1.170,000
El diezmo viejo de Seguras.	6,000
Las herrerías de Vizcaya, sin la suspension que en ellas se hace.	170,000
En la merindad de Logroño, la cibdad de Logroño y martiniega de Calahorra.	809,090
En la merindad de Santo Domingo de Silos, las alcabalas de Langa y Rejas y Oradero.	104,000
En la merindad de Villa Di.º, las tercias de San Cebrian de Buena madre y el crecimiento de Amaya y peones y otros lugares.	10,000

Continúa el documento expresando las partidas de cargo por menor, designando los productos de las rentas en cada parte, y concluye:

Total del sumario... 300.620.000.

TÉRMINO DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES QUE SOBREVIVIERON AL DESENLACE DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

Doña María Pacheco, viuda de Padilla.—Después que esta ilustre y desgraciada heroína se refugió en Portugal, anduvo algunos meses errante de población en población, á causa de las reclamaciones que el emperador hacia al monarca de aquel reino para que hiciese salir de él á los comuneros refugiados, hasta que pudo alcanzar del portugués que la permitiese subsistir allí, y entonces fijó su residencia en Braga, cuyo arzobispo le dió un magnífico hospedaje. Allí permaneció de tres á cuatro años, hasta que lo delicado de su salud la obligó á trasladarse á Oporto, y se hospedó en las casas del obispo D. Pedro de Acosta, que se hallaba en Castilla de capellan mayor de la emperatriz. Este prelado trabajó por espacio de tres años consecutivos por alcanzar el indulto imperial para doña María; le obtuvo para sus criados, pero no le fué posible conseguirle para la viuda de Padilla, que al fin falleció, agobiada de disgustos y llena de achaques, en Marzo de 1531.

Dejó encargado en su testamento que se la enterrase en San Gerónimo de Oporto, y que después de consumido su cuerpo, se llevasen sus huesos á Villalar, para unirlos con los de su malogrado esposo. Mas esto no pudo tener efecto, á pesar de las vivas diligencias que para ello practicó el bachiller Juan de Losa, su capellan.—Dícese que era muy versada en la Sagrada Escritura, en historia y en matemáticas, y muy docta en latin y en griego.

D. Pedro Giron.—Hemos visto este personaje, que tan poco envidiable papel hizo en la guerra de las comunidades, entre los exceptuados del perdón, sin que hubiera sido bastante recomendación para con el monarca su inuoble comportamiento con los populares. Sin embargo, debió después tenérselo en cuenta este servicio, puesto que fué el único que alcanzó el indulto y logró reconciliarse con el emperador. Verdad es que habia abrazado con ardor la causa imperial en la guerra de Navarra, en la cual salió herido, y valiéronle además los empeños y ruegos del con-

de de Ureña, su padre, y la intercesion del almirante, su deudo, que fué más afortunado con él que el conde de Benavente con Maldonado. D. Carlos le perdonó, á condiccion de que fuese á Oran á hacer la guerra á los turcos. Hizolo así Giron; en ella recibió una herida peligrósísima en la cabeza; y una sorpresa importante que hizo á los turcos, le volvió á la gracia del emperador, el cual le permitió regresar á España y le colmó de gracias y mercedes, de que disfrutó poco tiempo, pues murió en Sevilla en Abril de 1531, muy poco despues que doña Maria Pacheco.—Gudiel, *Historia de los Girones*, folios 151 y siguientes.

El obispo Acuña.—Preso, como dijimos, este famoso y turbulento prelado antes de ganar la frontera de Navarra, cuando se fugó de Toledo, y encerrado á cargo del duque de Nájera en la fortaleza de Navarrete, fué despues trasladado de orden del emperador á la de Simancas, de lo cual se sintió no poco aquel magnate, tomándolo como una señal de desconfianza y como un agravio hecho á su persona. Encargó el emperador el proceso del obispo de Zamora al de Oviedo. Pero elevado el cardenal Adriano, regente de Castilla, al pontificado, admitió á su gracia y clemencia al procesado obispo, y le hizo remision de todos los crímenes cometidos en tiempo de los comunidades. Muerto por su desgracia el Papa Adriano (Setiembre, 1523), fué de nuevo encausado por el obispo de Búrgos, de cuyo proceso salió triunfante. Otra vez, sin embargo, se procedió contra él por breve del Papa Clemente VII (Abril, 1524), que encomendó las actuaciones al arzobispo D. Antonio de Rojas, presidente del Consejo. A los pocos dias se presentó contra él una terrible acusacion como promovedor principal de las revueltas pasadas, como desleal á su patria y á su rey, y como mal ministro de la Iglesia. Notificósele el auto del presidente para que en el término de quince dias diera sus descargos por medio de procuradores: alegó el obispo haber sido perdonado ya por el Pontífice, pero acusado en rebeldía, tuvo que nombrar sus procuradores.

Durante este tercero ó cuarto proceso no perdonó medio el obispo para ver de ablandar la cólera del emperador. Dirigiale frecuentes cartas y exposiciones, recordando sus antiguos padecimientos por servicios á su abuelo y padre, D. Fernando y don Felipe, y en una de ellas le traia á la memoria que por obra suya se habian sostenido Fuenterrabía y San Sebastian. Otras veces ponía por intercesor al duque de Nassau. Ni las súplicas del preso, ni los motivos de júbilo que al emperador deparaban la prosperidad de sus armas, alcanzaban á ablandar el corazon de Carlos. Ni siquiera la alegría de sus bodas con doña Isabel de

Portugal inspiró al emperador un rasgo de clemencia para con Acuña, por más gestiones que este hizo, con ocasion de tan fausto acontecimiento.

El proceso parecia haberse estancado; el obispo llevaba ya cinco años de prision, insoportable para un genio inquieto, vivo y bullicioso como el suyo, y no viendo el término que podria tener, y cansado de la inutilidad de los ruegos, le entró la desesperacion, y meditó recurrir á su propia industria para ver de lograr por la violencia lo que ya por otros medios habia perdido toda esperanza de conseguir. Al efecto procuró entenderse con el alcaide Mendo de Noguerol y con otras personas de las que habitaban en la fortaleza ó entraban en ella, como una esclava de aquel, llamada María, un criado del mismo, nombrado Estéban, y el clérigo D. Bartolomé Ortega, que celebraba misa en el castillo, decidido á emplear para su evasion el soborno, y cuando este no alcanzase, la fuerza. Con el capellan llegó á carterarse, y con los otros á tener entrevistas y entenderse. Así logró proveerse de tres armas; una especie de maza y dos cuchillos, uno de los cuales habia sujetado á la punta de un palo con clavos y cuerdas, á manera de pica, y además un guijarro que guardaba en una bolsa de cuero (1), como si fuese el breviario. Sus medios de seduccion parece que se estrellaron contra la incorruptibilidad del alcaide Noguerol, que, sin faltar á los miramientos que debia á la alta dignidad del preso, no se olvidaba de su deber como guardador y responsable de su persona.

Una tarde (25 de Febrero, 1526), en una larga conferencia entre el obispo y su guarda, parece que aquel esforzó sus artificios para obtener de este alguna más libertad y desahogo en la prision, y que este se mantuvo inaccesible á los halagos, que versaban principalmente sobre cesion de beneficios que Noguerol deseaba para sus dos hijos Francisco y Leonardo. Entonces el obispo ya no pudo reprimir su arrebatado de genio, y con el guijarro que guardaba en la bolsa descargó un terrible golpe en la cabeza del alcaide, que le dejó aturdido, derribóle al suelo, y con uno de los cuchillos le remató á puñaladas, echándole despues encima el brasero para asegurar más su muerte, y por último, le ató al pié de su cama. Hecho esto, aprestó el prelado homicida sus dos cuchillos, sonó una campanilla, á cuyo llamamiento subió el hijo del alcaide, Leonardo. *Entra*, le dijo el prelado saliéndole al encuentro, *porque tu padre está escribiendo y te necesita*. En el azoramiento de Acuña, y más todavía en alguna mancha de

(1) Otros dicen que para aparentar la forma del breviario era un grueso ladrillo lo que en el forro de cuero ocultaba.—(N. del A.)

sangre que observó en su vestido, comprendió el mancebo lo que habia pasado, corrió por una espada, volvió á subir á la prision y acometió al obispo. Defendióse este con su pica, y despues de alguna lucha, retrocedió el jóven, bajó la escalera, tras él marchó Acuña, pero los sesenta y cinco años y la poca agilidad de sus piernas, despues de tanto tiempo de prision, no le permitieron alcanzarle: el fugitivo mancebo cerró tras sí la puerta del castillo y se dió á vocear por el pueblo, dejando al obispo encerrado, el cual se dirigió á las almenas del castillo, con intento de arrojarse fuera de la fortaleza y emprender su fuga.

A caballo en el adarve le encontraron los vecinos de Simancas, que á las voces del hijo de Noguero acudieron corriendo desde la iglesia. Rogáronle los alcaldes que se volviera al cubo, y bajo el seguro y la confianza de sus personas, lo ejecutó el prelado, no sin que el hijo de su víctima se tomara el atrevimiento de poner su mano con violencia en las espaldas del obispo. Juntos se encaminaron á la prision, donde hallaron caliente todavía el cadáver. Inmediatamente pasaron de Valladolid á instruir el correspondiente proceso los alcaldes Menchaca y Zárate. En las declaraciones pintó el obispo el suceso de la manera mejor y menos desfavorable que le sugirió su maña: tomadas estaban tambien las confesiones á sus cómplices, y en tal estado, muy adelantado ya el proceso, no pareciendo á la córte del rey bastante rígidos en sus actuaciones los alcaldes Menchaca y Zárate, se envió á Simancas de real órden al terrible y famoso alcalde Ronquillo, con un asignado de mil quinientos maravedís al dia, y con un escribano y dos alguaciles, para que fallara sumariamente la causa. Sabido es que el feroz Ronquillo, sobre ser el más furioso enemigo de los comuneros, lo era personal de Acuña, y deseaba vengarse de haberle tenido preso en el castillo de Fermoselle.

Indignó á Acuña verse sometido á un juez como Ronquillo, y tener que comparecer á su presencia con grillos en los piés y sujetas con esposas las manos. A todas las preguntas del nuevo magistrado, ó contestó negando, ó respondió con evasivas. Examinados los cómplices y testigos, y puestos á tormento y martirizados, nada averiguó Ronquillo que no hubiesen confesado ya á los otros alcaldes. Procedió en seguida á dar tormento al prelado. *Lo que tengo dicho es la verdad*, dijo este al prepararse á sufrirle, *y no sé más; pero en el tormento diré lo que sepa y lo que no sepa*. En efecto, de órden del alcalde, el verdugo de Valladolid, Bartolomé Zaratán, ató las manos y los piés al obispo, sujetó además estos con grillos y con una cadena á una pesa de hierro de cuatro arrobas, y de las manos subia una maroma colgada de una garrucha. Por tres veces tiró el verdugo de ella

hasta levantar al obispo del suelo: á cada tiron prometia decir la verdad, y luego respondia evasivamente. Sintió al fin que se le descoyuntaba el cuerpo, y no pudiendo sufrir aquel dolor horrible, hizo algunas declaraciones incompletas y vagas, concluyendo por suplicar al alcalde que se abstuyese de hacerle más preguntas, pues serian inútiles. Pidió un abogado y un procurador, conforme á derecho, y le fué negado. Lleváronle al fin á la cama, donde habia de pasar la última noche de su agitada y azarosa vida.

A la mañana siguiente (23 de Marzo) entró el escribano con los alguaciles á notificarle la sentencia del alcalde, que le condenaba, así por haber movido escándalos y bullicios en Castilla en ausencia del rey, como por haber dado muerte al alcaide de la fortaleza de Simancas, Mendo Noguero, á ser agarrotado á una de las almenas por donde quiso fugarse. En la misma mañana otorgó Acuña su testamento, en que ordenó se le enterrara en San Ildefonso de Zamora, é hizo bastantes mandas á varias iglesias, entre ellas á la de Simancas, á la cual dejó una renta anual de doce mil maravedís, con cargo de una misa todos los viernes por su ánima y las de sus bienhechores y de Mendo Noguero. Concluido el cual, se preparó á bien morir, y todo se hizo con tal precipitacion, que antes de la tarde se le sacó al suplicio. Acompañáronle todos los clérigos de Simancas, atribulados de verle en tan terrible trance, y asombrados de la presencia de ánimo con que marchaba al patíbulo, entonando con más entera voz que ellos el salmo de David. Al llegar al lugar de la ejecucion se prosternó el obispo, oró con devocion, puso la cabeza sobre el repostero, y le dijo al verdugo: *Yo te perdono, y empezando tu oficio, procura apretar recio.* El ejecutor le echó al cuello el lazo fatal, y le dejó colgado de la amena.

Tal fué y tan desastroso el fin del famoso D. Antonio Acuña, obispo de Zamora.

De los cómplices en su tentativa de fuga, el criado del alcaide, Estéban, fué condenado en ausencia á ser ahorcado donde quiera que fuese habido: el presbítero D. Bartolomé Ortega fué puesto bajo la jurisdiccion eclesiástica por aquel mismo Ronquillo, que no habia tenido escrúpulo en entregar al verdugo un prelado de la Iglesia, bien que criminal é indigno: á la esclava Juana le dió tormento metiéndole astillas de tea por las uñas, y la sentenció á ser azotada por las calles, y por último, á que le cortaran la lengua, todo lo cual fué ejecutado.

Hemos tenido presente para esta reseña el proceso original del obispo Acuña, que existe en el archivo de Simancas, cuyo edificio es la fortaleza misma en que estuvo preso y fué ejecutado; y

muchas veces hemos visitado el lugar de su prision y la pieza destinada al tormento, en cuyas paredes y bóveda subsisten aun garfios y argollas. Tambien hemos consultado la historia MS. de Simancas por el licenciado Cabezudo, que da muy curiosas noticias, suministradas por testigos de vista de la calástrofe.

Restanos rectificar una inexactitud de las muchas de esta especie en que incurrió Sandoval, por empeñarse en defender la clemencia del emperador. Hablando del proceso y suplicio de Acuña dice: *Todo esto se hizo sin saberlo el emperador, á quien pesó mucho de ello.* Lib. IX, pár. 28.

Tan lejos estuvo de ignorarlo el emperador, ni de pesarle de ello, que lo mandó él mismo, y felicitó á Ronquillo por lo bien que habia desempeñado su comision. *Lo que habeis fecho en lo que llevásteis mandado (le decia) ha sido como vos lo soleis hacer y habeis siempre fecho en lo que entendeis: yo os lo tengo en servicio; y pues ya eso es fecho, en lo que resta, que es mandar por la absolucion, yo mandaré que con diligencia se procure tan cumplida como conviene al descargo de mi real conciencia y de los que en esto han entendido.* La absolucion vino, como era de esperar, interesándose en ello el emperador.

IV.

NEGOCIACIONES CON ROMA.

CARTA DEL REY SOBRE CONFERENCIA CON EL NUNCIO, Á D. DIEGO DE MENDOZA, EN 17 DE MARZO DE 1547.

A D. Diego de Mendoza.

Desde Ulma os srebimos muy largo lo que habiamos passado con el Nuncio de Su Santidad, el qual, habiendo tenido despues cartas de Roma, nos pidió estos dias audiencia, y habló en tres puntos, comenzando la plática con decir que no habia podido dejar de avisar á Su Santidad de lo que se hablaba y decia en esta córte; que lo sucedido en Génova habia sido con sabiduría é inteligencia suya, y que Su Santidad estaba muy maravillado que se dixesse ni pensasse de su persona semejante cosa, añadiendo que habia de ser una de dos cosas: ó que Nos dábamos crédito á ello, ó no; que si lo creiamos nos rogaba que quisiésemos informarnos bien de la verdad, porque sabiéndola se librase

de tal opinion, y no se pensase que habia de intervenir ni ser parte en una tan señalada bellaquería por este mismo término, siendo Su Santidad tan hombre de bien; y si no lo creiamos podriamos muy bien ver cuán grande era la malignidad de la gente, que queria poner sombra y turbar la union tan sincera y buena amistad entre Su Santidad y Nos, de la cual procedian tan buenas obras como se veian, señalando lo de esta empresa y el buen efecto del concilio. A lo cual le respondimos, que ni lo creiamos ni lo dexábamos de creer, y que assi no hacia la distincion cumplida, porque de una parte parecia cosa tan lexos de lo que se podia imaginar, y fuera del dever y correspondencia de su dignidad, que no parecia verisimille, y de la otra que habia tantos indicios, y entre otros la cifra que se habia hallado en Roma y caidosele al otro en tiempo que no se puede dejar de presumir que en Roma se tratasse algo dello, y que asi se podia con gran trabajo excusar de alguna nota á lo menos algunos ministros, pero que Dios y el tiempo darian al fin testimonio de lo que era verdad, y á aquellos nos remitiamos.

Y porque el Nuncio nos replicó á esto, apretándonos si podria darle esta consolacion al Papa de certificarle que Nos no creiamos tal cosa de su persona, le diximos que por lo que en esto le haviamos respondido, bien veia no lo podiamos afirmar, sino era diciendo lo que era falso, pues le haviamos claramente dicho que ni lo creiamos ni lo dejábamos de creer; á lo qual tornó á replicar que verdaderamente no se hallaria que Su Santidad hubiese tenido parte ni sabido dello en ningun manera, sino que habia sido invencion de personas que querian estorvar la apariencia que ay de tan buenas obras, que como arriba está dicho, se siguen de la buena correspondencia y amistad de entre ambos; como son lo de la dicha empresa y progreso del concilio, en el qual en el artículo de la reformation se tracta de que los obispos, assi cardenales como otros que tienen dos obispados dexen el uno, y que los que son de la provision de Su Santidad se renuncien dentro de seis meses, y los que á la provision de los príncipes dentro de un año, y los cardenales que no residieren en sus iglesias estén cerca de Su Santidad en Roma, á lo cual nos pareció no responder muy largo, sino solamente que la reformation conveniente de lo que escedia de la razon, seria en todo tiempo muy á propósito.

Acabada esta materia, entró luego en otra, diciendo, que habiendo Su Santidad entendido la muerte del rey de Inglaterra, le habia parecido muy oportuno tiempo para la reduccion de aquel reino á nuestra feé cathólica, y que por no dejar passar una tal coyuntura determinaba de requerir y pedir ayuda para ello á

todos los príncipes cristianos, y designaba de crear legados para este efecto, uno para Nos, otro para el rey de Francia, y otro para el reino de Escocia, exhortándonos mucho á que no dexásemos passar una tal ocasion; á que Nos le respondimos, que no sabiamos aun muy enteramente los términos en que quedaban las cosas de aquel reino despues de la muerte del rey viexo, sino solamente se entendia que habia escludido del Consejo secreto á los otros, aun á los que estaban apasionados en la opinion del rey, y que haviamos embiado á ellos de Chantonay á visitar al nuevo rey, y que con su vuelta se podria por ventura hacer una informacion de lo que allí passaba, y que segun se entendiesen los andamientos, assi sabriamos hacer lo que éramos obligado, y el buen oficio que en todo acostumbraamos. El tercero y último punto fué dezirnos que en lo que solicitaba D. Francisco de Toledo no habia podido Su Santidad tomar hasta entonces resolution, por ser cosa nueva, y de que no era muy bien informado, temiendo que seria de consecuencia para Francia, demás de estar el ecclesiastico de España tan cargado, y que esto de la plata y fabricas subiria por lo menos tres millones arriba, demás que por estar ya señalada sobre ellos la recompensa de los vasallos de los monasterios, seria esta muy gran sobrecarga, con otras particularidades en esta conformidad: á lo cual le respondimos que no dudabamos que Su Santidad creia que lo que del expediente se sacasse seria del valor de los tres millones que decia, y pluguiera á Dios que fuera assi, porque vernia bien á propósito para esta empresa, pues no se podia emplear en cosa mejor; no dejándole tocar en lo de la consecuencia de Francia, que lo habian usado en aquel reino tantas veces, demás de ser cosa que los otros tenian poder para ello, para cosa tan pia y necesaria; y que quanto á lo que decia que de lo mismo se habian de sacar los 400,000 escudos, que no era tal la intencion, sino que á los que habiesen contribuido en esto se les descontase la parte que assi se hubiese cobrado, cumpliéndolo á la mitad, pero que lo que sospechabamos no era sino que cobraria tan poco, que muchas veces haviamos propuesto de no entrar en ello ni pedirlo; y replicando el dicho Nuncio que Su Santidad habia siempre hecho y haria todo lo que en sí fuesse, le diximos que muy bien se havia visto lo que por lo passado havia hecho y hacia, y que de lo que se haria no se veia aun la muestra; y con esto se acabó por aquella vez la plática.

Despues, á las once de este, nos tornó á pedir audiencia, y dijo como habia sido avisado que Su Santidad habia hecho election de los dos legados, y que el de Inglaterra era reservado in pectore, y que esperaba en Dios que en lo de la reduccion de

este reino podriamos ganar tanta honra como en esta jornada de Alemania, pues era la misma causa, que no dexáramos pasar la ocasion; y atajándole Nos si pensaba Su Santidad, que con la fuerza de las armas se habia de tractar esto de Inglaterra, y respondiendo él que no sabia en ello la mente de Su Santidad, pero que pensaba que aquello holgaria pudiéndose hacer sin la fuerza ni ruido; le diximos que no faltariamos de hacer con Inglaterra el oficio que se puede pedir de príncipe christiano, pero que en tomar las armas no solo no las tomaríamos para contra este rey por Su Santidad, pero ni contra el mas mal hombre que hoy vive, pues vemos sus andamientos, y que habiendo metido nos en esta empresa y persuadido á ella, nos dejaba asi en tal tiempo; pero que Nos esperabamos en Dios que el que nos havia dado tan buen principio, nos ayudaria á salir con ellos; á lo cual, aunque el dicho Nuncio respondió lo mismo que arriba, que Su Santidad haria y aconteceria, le tornamos á decir que se veia muy bien lo que hacia por mas que era lo tratado, y que nos remitiamos al effecto.

Luego tornó á entrar otra vez en lo de la comision de don Francisco de Toledo, diciendo que Su Santidad no havia podido por entonces hacer mas en ella, hata ver cómo iba la cosa en lo de los trescientos mil escudos que se habian concedido en lugar de los quinientos mil del vasallage de los monasterios, lo cual no pudimos entender si lo dijo así por yerro, ó si quiere tornar atrás de los quatrocientos mil que nos tiene ofrecidos; y prosiguiendo su plática y ponderándola con que allá habian añadido D. Francisco y Juan de Vega, que cuando Su Santidad no concedieseolo de la plata y fábricas que Nos estabamos determinados de tomarlo, le respondimos que era verdad, que Nos lo habiamos así escrito y dado por instruccion al D. Francisco: y tornando el Nuncio á decir que tenia por cierto que por ser cosa de mal ejemplo, siendo Nos tan cathólico príncipe, no era de creer que haríamos semejante cosa sin autoridad apostólica, se le dijo que nuestra demanda era tan justa y que tan absolutamente se nos habia negado sin tener respecto á la ocasion, y necesidad tan grande que habia para concedérnosla, era de manera que Su Santidad podia tener por muy cierto, que si la cosa llegaba á la mitad de la suma de lo que aquella le habia estimado, háme sido dicho que se sacarian tres millones, que Nos los cobraríamos sin esperar mas assensu de Su Santidad, pues lo podiamos muy bien hacer, y los Reyes Católicos, mas católicos que Su Santidad, pues no era saneto, habian hecho lo mismo con madura discusion y consejo y por guerra contra Portugal, tanto más en esta habiéndose de emplear contra hereges: y tocando él en que

no pensásemos que lo podríamos hacer con buena conciencia, le respondimos que sí podíamos, y con harta mejor que no la de Su Santidad, guardando en este tiempo los dineros en el arca para engrandecer su casa, y que el Papa Clemente, aunque no lo teníamos todos por bueno, hacia al cabo buenas obras, y que de Su Santidad se veían bien cuales eran, y que por lo de arriba no dejaríamos de ser muy buen cristiano, pues habíamos harto acatado y respectado en esto á Su Santidad, y que de aquí adelante pensábamos acatar á San Pedro, pero no al Papa Paulo, pues assi iban las cosas y no podíamos dejar de maravillarnos de la hermosa excusa que agora habia hallado para excusarse de no hacer nada en lo de la comision de don Francisco, con decir que no teníamos ya mas menester, como si todo lo de acá estuviera acabado. A lo cual habiendo replicado el Nuncio que Su Santidad no lo entendia assi, sino que fácilmente se acabaria lo que quedaba, pues nos hallábamos tan prósperos, le respondimos, que á Dios gracias, era verdad que lo estábamos, aunque pesaba al Papa, y no lo tomaba de buena gana. Pero que assi impedido como nos veia, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperábamos de ir á acabar lo que quedaba; y que, pues Su Santidad no nos daba otra asistencia ni ayuda, que si venia á la jornada, haríamos cuenta de meter al Nuncio y al legado que venia á la primera hilera, porque diessen ejemplo á los otros, y se viese el efecto que harian con sus bendiciones; á que no respondió.

Queriéndose ya despedir de Nos, añadió, que Su Santidad atendia á apaciguar las cosas de Petillano, pero que el hijo estaba recio con esperanza de nuestro favor, rogándonos de parte de Su Santidad que no diésemos lugar á que las cosas se alterasen mas de lo que estaban. A lo que les respondimos, que lo que habíamos pasado con el hijo del conde no era mas, de que habiendo aquí servido con la gente de Su Santidad, le dijimos al tiempo de su partida que nos acordariamos de sus servicios en lo que se ofreciese, sin decir que queríamos ni pensábamos hacer mas ó menos en su negocio, dejándole irresoluto si le favoreceríamos ó no; y no sin causa quisimos usar en esta plática de mas vigor que las otras veces por desmentir lo que en Roma se publicaba, que ya habíamos ablandado y aflojado del sentimiento que antes mostrábamos, y tambien para ver si podria aprovechar para otras cosas; y lo que dijimos arriba que si lo de la plata y fábricas montaba la mitad de lo que Su Santidad le estimaba, que seria millon y medio, no esperaríamos consentimiento suyo para tomarlo, fué necesario tocallo por aquellos términos, porque no lo poniendo en ejecucion, piense que lo hayamos

deseado por no llegar á aquella suma, y no por no haver dado para ello el Papa su consentimiento. De lo qual todo nos ha parecido advertiros assi particularmente, para que tengais entendido lo que ha passado y os gobernéis conforme á ello, hablando Su Santidad, teniendo siempre fin, como os lo escribimos en la precedente, á mirar si por esta via y mostrar poca satisfaccion de lo que hasta aquí será mejor camino para atraer á ese hombre y reducirle á la razon.

V.

NEGOCIACIONES CON ROMA.

PARRAFOS DE UNA CARTA DE S. M.

Á D. DIEGO DE MENDOZA, SU EMBAJADOR, FECHA Á 25 DE ABRIL DE 1547,
SOBRE LA TRASLACION DEL CONCILIO.

Juan de Vega nos escribió lo que Su Santidad habia respondido en lo que se le habló de nuestra parte, tocante á la traslacion del concilio, como se os escribió y dél habreis entendido. Despues, habiéndolo el Nunzio tenido cartas de Su Santidad de 5 del presente, nos pidió audiencia á los 14, y habiéndosela dado, luego comenzó su plática con quejarse de Juan de Vega por la prisca con que despachó el correo con la respuesta de Su Santidad sin aguardar las cartas del cardenal Fernes, no habiendo sido aquella resoluta, con decir que por hacer el oficio antes que vos llegásedes ó por alguna otra causa havia usado de mas diligencia de la que hiciera, si no hubiera de por medio estos respectos, alargándose en disculpar á Su Santidad y justificar sus cosas, con venir á decir que Su Santidad holgaria de que el concilio volviese á Trento, pero que seria menester que hubiese alguna dilacion en medio, y que entretanto, por la autoridad del concilio, los perlados que están en Trento fuesen á Boloña para tractar entre todos de la vuelta, y lo que mas cerca de ella converná, pues él de sí solo no era parte para hacer volver; y pidiéndonos con mucha instancia que quisiésemos oír la carta que de Roma se le habia escrito, la qual era bien larga, le dijimos que pues no contenia otra cosa mas de lo que de palabra nos

habia antes dicho, que lo pudiera muy bien escusar. Y que cuanto á lo que se quejaba de Juan de Vega, que no véiamos que su plática hubiese tenido mas sustancia de lo que el dicho Juan de Vega nos habia escrito, y que todo lo de Su Santidad y los suyos se reducía siempre á palabras, y al fin paraban en decir que no era parte para hacer volver el concilio; añadiendo que no podiamos entender á Su Santidad, pues unas veces se hacia superior dél, y otras inferior como agora, á lo cual replicando el Nuncio, y queriendo alargarse en disputar de la autoridad del Papa, le dijimos que no era tiempo de disputar de ella ni queriamos meternos en semejante plática, pues no era para remediar el efecto de lo que se pedía y era tan necesario, y que lo que agora convenia no era sino que el concilio volviese en todo caso á Trento, como justamente se habia pedido; y discutiendo el dicho Nuncio por la plática, y viniendo á tocar en la seguridad del concilio con decir que no nos tocaba ni era menester sino cuando fuésemos requeridos de los perlados y que Boloña era lugar seguro y donde podrian decir y hablar libremente, le respondimos que Nos sabiamos muy bien cuál era nuestra autoridad, y lo que como á emperador nos pertenecía de la dicha seguridad y protección, requerido ó no requerido, y que assi no habia para qué tratar della.

Y tornando el Nuncio á repetir otra vez que convenia que en todo caso mandásemos á los perlados que están en Trento que fuesen á Boloña por lo que tocaba á la autoridad del concilio, y escusar el inconveniente que por ventura se podria causar de scisma, y paresciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le respondimos que no solamente á Boloña si fuese menester, pero que á Roma los haríamos ir y les acompañariamos con nuestra propia persona como convenia para asegurarlos; alargándonos en decir y encarescer la no buena intencion y acciones del Papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas.

Pero que Nos esperábamos en Dios que aunque Su Santidad se descuidase desto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querría. Y el Nuncio entonces quiso escusar al Papa y abonarle con decir, que al cabo no faltaria de hacer todo lo que pudiese en beneficio de mas cosas, confiando que le correspondieramos á su buena voluntad, aun hasta darnos los roquetes de los prelados de la cristiandad; á que le respondimos que asi lo teniamos creído, que nos daria los roquetes viejos y rotos, y él se quedaria con los dineros, y que al cabo no conociamos dél otra cosa sino ser un

viejo obstinado: á lo cual habiendo el Nuncio replicádonos que puesto esto se conocia de Su Santidad era bien regalarle y darle mas satisfaccion que hasta aquí en lo tocante á la empresa de Alemania, y justificar las causas por que no se habia hecho mencion dél en los tractados, y ablandar la aspereza que en estos dias se habia usado con él: le respondimos que siempre habiamos hecho lo que debiamos, de que podrán ser buenos testigos todos los del mundo, el cual estaba lleno de cuán lejos iba Su Santidad de todo lo que era obligado por su dignidad y oficio; y tocándonos á este propósito no sé qué de los legados, no pudimos escusar de decir lo que sentiamos del cardenal Santa Cruz, y del ruin oficio que siempre hacia en las cosas públicas de la cristiandad y particulares nuestras, llamándole de poltron, y que con el tiempo veria muy bien lo que haciamos.

Dejando suspensa esta materia del concilio y lo que mas de ella se siguió, pasó á tratar de la venida del legado Sfondrato, y de cómo se habia Su Santidad resuelto de enviarle con resolucion de algunas cosas, asi sobre lo del concilio como de la plata de las iglesias y comision de D. Juan de Mendoza, de manera que seriamos satisfecho, no dejando de tocarnos en que Su Santidad habia sentido y notado lo que dijimos que no tomariamos las armas contra el rey de Inglaterra por su respecto; lo cual le tornamos á confirmar por los mismos términos que la vez pasada, y mas claros, por habernos dejado al mejor tiempo; y hablando el dicho Nuncio sobre las cosas de Levante, y queriendo encarecer los avisos que se tenian de armada del turco por este año, le respondimos que ya se tenian por acá los verdaderos y que lo que Su Santidad decia no dudábamos que serian tales como él mismo los deseaba. Y queriendo el Nuncio replicar sobre este punto y los arriba dichos, le respondimos que no queriamos mas disputa con él, pues su manera de negociar era tal, que nos forzaba á decir cosas que aunque verdaderas, las pudiéramos dejar si no fuéramos irritado, y que ya nos tenia mohinos con traernos continuamente palabras y repiquetes sin ningun efecto ni sustancia, y que si tal pensáramos, no le hubiéramos dado audiencia, y que de aquí adelante tuviese entendido que no negociáramos mas con él, añadiendo que si acerca de lo arriba dicho quisiese decir cosa alguna, hablase con nuestros ministros, que ellos le darian la respuesta; y con esto le despedimos.

La precedente carta en que el emperador manifiesta lo ocurrido en su entrevista con el Nuncio, en la cual estuvo tan mal humorado, que tocó en irreverente respecto del Sumo Pontífice, demuestra lo duro que se hace á los soberanos el que se ponga



en cuestion su poder, que por grande que sea, siempre ha de ser en ciertos casos limitado.—(N. del A.)

VI.

COPIA DE OTRA CARTA DE D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA, EN LA QUE CUENTA MINUCIOSAMENTE LO QUE LE ACAECIÓ CON EL PAPA PAULO III: SU FECHA DE 27 DE DICIEMBRE DE 1548.

Habiendo yo hecho instancia con Su Santidad para que me diese respuesta cerca el mandar que los perlados congregados en Boloña volviesen á Trento, me hizo entender que ya tenia respuesta de los mismos perlados, y assi me mandaria hoy responder despues de la misa de congregacion. Yo fui á recibir respuesta, y hablé particularmente con el cardenal de Trana, que es decano, y con Frenes, trayendo mi protesto en la mano para hacerle en caso que la respuesta no fuese conveniente á la presente ocasion y necesidad; y assi cerrándose la congregacion, estuve aguardando que me llamasen dentro del consistorio con todos los embajadores y agentes de los príncipes y repúblicas que aquí se hallan más de dos horas. Salieron á hablarme Trana, Frenes y Coria, de parte de Su Santidad y de toda la congregacion de cardenales, y propusieronme dos cosas: la una, que yo oyese y recibiese la respuesta de los perlados de Boloña, y tal cual era, la enviase á S. M., y tuviese veinte dias de término para tener aviso y respuesta de S. M. de lo que me mandaria hacer sobre dicha respuesta, y que en estos veinte dias, los perlados que están en Boloña no harian sesion ni acto conciliar alguno, de esto me daban ellos tres su fé y palabra en nombre de Su Santidad y de todo el colegio de cardenales y de los de Boloña. La otra, que Su Santidad deseaba que se juzgase si la traslacion de Trento á Boloña habia sido buena y legitima, y que este juicio yo consintiese que lo hiciese Su Santidad, pues tocaba á él como cabeza de la religion. Respondí, que, pues sin yo demandar cosa ninguna me proponian este partido, que me contentaria de recibir la respuesta y enviarla á S. M., con tal que en ella no hubiese cosa que me forzase y obligase á protestar, porque en tal caso protestaria; y que me reservaba facultad y quedaba libre para protestar dentro de los veinte dias si me cumpliese: ellos se contentaron y me prometieron que la respuesta no contenia cosa que me forzase. Quanto al juicio de la tras-

lacion, respondí que no tenia poder de S. M. para diferir el juicio de Su Santidad. En esto sobrevino el cardenal de la Cueva, enviado por Su Santidad y los otros cardenales que estaban en congregacion, á solicitar y hacer instancia conmigo que acetase aquellos partidos y concluyese, y concluí de la manera que arriba digo, y asi ellos fueron á referir á Su Santidad y á la Congregacion lo que habia pasado conmigo, y desde á un cuarto de hora me llamaron, y entré dentro con todos los embajadores y agentes de los príncipes y mis secretarios Montesa y Ximenez, y hecho debido acatamiento, dije á Su Santidad en sustancia, que habiendo yo en aquel mismo lugar suplicado con instancia á Su Santidad de parte de S. M. que mandase volver los perlados de Bolonia á Trento para continuar y acabar el concilio, al que me fué respondido por Su Santidad que en el primer consistorio me mandaria responder, que ahora venia á demandar de nuevo la respuesta, y le suplicaba que fuese tal, cual convenia al servicio de Dios y al beneficio de la cristiandad, y en particular de las ánimas de la provincia de Germania, y cual yo esperaba de la bondad é integridad de Su Santidad y del grado y dignidad que tenia. El Papa respondió, que á instancia mia, con el celo que siempre habia tenido de la union de aquella provincia, habia enviado á consultar con los perlados de Bolonia, y que era venida con diligencia respuesta dellos, la cual mandó á su secretario Blosio que la leyese en voz alta, y él, puesto de rodillas, lo hizo; cuya copia va con esta. Yo, acabada de oír, comencé á hablar, y el Papa me interrumpió diciendo, que ya se me habia dado la respuesta, de la cual me darian traslado, y asi no habia para que hablar, porque seria menester responderme y entrar en disputas y réplicas, y seria nunca acabar. Yo, con mucha humildad, supliqué á Su Santidad que me oyese, porque era necesario, y me convenia decir dos palabras. Su Santidad calló, é yo dije que habia oido la respuesta; y porque la dilacion en la presente ocasion y necesidad era muy perjudicial á la reduccion de Germania y remedio de las ánimas, suplicaba á Su Santidad que con toda diligencia pusiese el remedio que convenia; y porque en la respuesta se nombraba muchas veces el concilio de Bolonia, yo por no haberlo contradicho ni replicado en tanto que se me leia, no entendia que por ello se causase perjuicio alguno al concilio de Trento, y lo mismo decia y entendia de la dilacion que hubiese en el remedio, y esto decia en presencia de los reverendísimos cardenales asistentes. El Papa dijo, ¿luego vos protestais? Y respondí que no protestaba, sino que declaraba esto, porque perdiéndose la ocasion, no se pudiese imputar á S. M. El Papa replicó, que aquello era

protestar por ambajes y acusarle la negligencia, la cual no habia habido por su parte, porque las prorogaciones y suspensiones que hasta ahora se habian hecho, las habian procurado por parte de S. M. como yo sabia; respondí que yo diria la verdad como convenia en aquel lugar, y dije que yo nunca tal cosa habia procurado por parte de S. M., como muy bien lo sabian los señores cardenales Frenes y Crescentio que estaban presentes, y tambien lo sabia Su Santidad. Que en Perosa á ellos y á él habian parecido bien la suspension y prorogacion en Bolonia por algunos dias, para que en aquel medio se pudiese reducir el negocio sin escándalo á los términos que convenia, pero que yo nunca hablo de parte de S. M. como ministro, ni Su Santidad como Pontífice en suspension ni prorogacion, como muy bien sabian los dichos cardenales, los cuales comprobaron y dijeron que yo decia verdad, de que se enojó el Papa, diciendo que conmigo no tenia que hacer sino fuese como ministro de S. M. Respondí que fuese como Su Santidad mandase, pero que dejado lo pasado aparte, tenia la ocasion en la mano para remediarlo todo, y así le suplicaba que lo hiciese, y á los reverendísimos que estaban presentes, que no diesen lugar á dilacion, y concluí diciendo que ni aprobaba ni reprobaba la respuesta que allí se me daba, y declaraba en presencia de los reverendísimos y los demas que se hallaban presentes, que no entendia que se perjudicase en cosa alguna al emperador mi señor, ni al concilio de Trento por haber oido ni recibido dicha respuesta; y con esto, haciendo mi acatamiento me salí, dejando á Su Santidad bien en cólera. Esto pasó el tercer dia de Pascua, á los 27 de Diciembre.

El dia de Navidad, entrando con el Papa en capilla, hallé en mi lugar, que es el primero junto á la silla del Papa, su nieto Oratio, casado con hija bastarda del rey, y el marqués Dunsala, hermano del cardenal de Guisa cabe él; vinieron aposta con sabiduría del Papa, segun pareció en el suceso; yo llegué á ellos, y me les puse delante arrimado á la silla del Papa, llamando al embajador de Francia cabe mí: luego vino un maestro de ceremonias á decirse que aquel lugar era de los duques, no de los embajadores, y así que debia ceder á Oratio como á duque de Castro. Respondí que no entendia aquel lenguaje.

En esto los cardenales Paris y Ridolfo, que eran asistentes cabe el Papa, me comenzaron á persuadir que lo hiciese; respondiles que no me entendia de ceremonias de capilla, pero que estaba en el lugar que habia estado otras veces.

El resto de la carta se reduce á referir la cuestion y que el

embajador no abandonó el puesto en que se habia colocado, y termina diciendo:

«De aquí me partí á Pemblin á los 30 de Diciembre, habiendo despachado correo á S. M. con la respuesta de los de Bolonia que me dió el Papa, porque pudiese tornar dentro de los veinte dias, y saber lo que S. M. ordenaba.

El cardenal de Guisa se partió á los 3 de este la vuelta de Ferrara y Venecia; deja acordada la liga defensiva con el Papa desta manera: que siendo el rey acometido, el Papa le valga con diez mil infantes y trescientos caballos, y para esto ha de hacer un depósito de dinero en Leon dentro de tres meses; y si lo fuere el Papa, le ha de valer el rey con veinte mil infantes y mil caballos, y dentro del mismo tiempo ha de hacer un depósito de dinero en Venecia; para esto no hay nada firmado aun mas de platicado.»

VII.

PREGON DE ROMPIMIENTO DE LA PAZ CON FRANCIA.

FECHA EN ZARAGOZA, 1.º DE ENERO DE 1553.

El Principe:

Á todos se hace saber de parte de la Cesárea y Católica Magestad y del príncipe nuestro señor, como el año pasado de mil quinientos cincuenta y uno, estando S. M. en Alemania entendiéndose en las cosas de la fé, y procurando el acierto della, y que se llevase adelante la celebracion del concilio que con tanto cuidado S. M. ha instado y solicitado, poniendo para venir á conseguirlo á su imperial persona en diversos viajes y trabajos, el rey de Francia, Enrique, sin haberle dado S. M. ocasion ninguna para ello estando en paz y amistad con él, como quedó asentada de vida de su padre, sin hacerle dar aviso de quejas que de S. M. tuviese, como fuera razon, y entre principes y reyes se acostumbra, comenzó á traer pláticas con algunos principes de Alemania para que se confederasen con él é hiciesen guerra contra S. M., y asi se concertó y confederó con ellos y con el turco, enemigo de nuestra santa fé católica, contra ella, á que enviase su armada en daño de la cristiandad, y principalmente

en daño de los reinos, estados y señoríos de S. M., como mas cercano al peligro; y no contento con tratar y tramar esto por medio de sus criados y embajadores, procuró de hurtar algunas tierras de las que posee S. M. en el Piamonte, yendo diversos navíos destes reinos á Flandes, y volviendo de allá otros, hizo salir muchos navíos de su reino armados de guerra con orden que los combatiesen y tomasen, como lo hicieron en efecto, en que se perdieron muy grandes cantidades de dinero y mercaderías, y lo mismo mandó hacer al prior de Cápua, su capitán general en el mar Mediterráneo, de ciertos navíos y una galera que estaban surtas en la costa de Barcelona, como ya lo debeis tener entendido, viniendo con engaño y disimulacion á ejecutallo, y pasando adelante con su dañada intencion, hizo juntar muy poderoso ejército, yendo en persona dentro en el ducado de Lorena, que es un hijo de la duquesa, sobrina de S. M., y le ocupó y usurpó todo y la mitad de Metz, que es del imperio, y juntamente tres ó quatro plazas del dominio de las tierras bajas de Flandes, é hizo otros muchos daños é incursiones, y á un mismo tiempo tomó algunas otras tierras en el Piamonte por engaño ó por dineros que recibió á los que las tenian en guardas; y asimismo hizo venir el armada del turco tan poderosa como habreis entendido, la cual estuvo en la costa del reino de Nápoles, esperando que él enviase sus galeras con algunos rebeldes de S. M., que iban en ellas para alterar y conmovier aquel reino; y demás de esto dió favor y calor á los de la ciudad de Sena, que es sujeta al imperio, para que se rebelase contra él y le entregase y pusiese su gente dentro de ella, usando en todo esto de tales términos y malos modos cuales nunca se han usado; y asimismo procediendo contra los naturales de este reino de Aragon, que estaban estudiando en la universidad de Tolosa, haciéndolos buscar y echar en prisiones, como á todos es notorio, y haciendo otras vejaciones y malos tratamientos á los vasallos y súbditos de S. M. y de estos reinos, asi por mar como por tierra; de manera, que aunque la inclinacion é intencion de S. M. Cesárea ha sido siempre de poner paz en la cristiandad y convertir sus armas contra los enemigos de la fé, viendo que por tantas partes y tan poderosamente el dicho rey de Francia se ha movido contra él y sus tierras, y ayudándose de tantos enemigos tan conjurados y concertados, y movido con tan justa ocasion como son los daños que ha hecho en sus estados y tierras y lo que tan justamente le ha ocupado de ellos, no ha podido dejar de armarse contra ellos, como lo ha hecho con juntar un poderoso ejército y procurar de dañar al dicho rey de Francia y á sus amigos y aliados, como perturbadores de la paz de la cristian-

dad y dañadores de sus reinos, señoríos y vasallos. Y para que venga á noticia de todos, S. M. por la presente declara y da por sus enemigos al dicho rey de Francia, Enrique, y á sus amigos, aliados y confederados, de cualquier estado, grado ó condicion que sean, y á todas sus tierras y vasallos, y á las de sus amigos y aliados, para que se le pueda hacer guerra por mar y por tierra, por todas aquellas vias, formas y modos que entre enemigos capitales declarados se suele, puede y debe hacer, y la manda pregonar y publicar en este reino para que llegando á noticia de todos procuren de hacer al dicho rey de Francia, y á todos sus amigos y vasallos de él y de ellos, todos los daños, incursiones y males que se pudieren hacer sin entrar en sus reinos, sin licencia nuestra ó de nuestro capitan general, y que donde quiera que los hubieren y hallaren los traten como á tales; y da facultad, licencia y permission para ello, sin que por ello hayan de incurrir ni incurran en pena ninguna, y manda á su capitan general en este reino y á todos los oficiales y ministros dél, de cualquier estado, grado ó condicion que sean, que lo hagan publicar, para que esté notorio á todos, como la guerra entre S. M. y el rey de Francia está rompida, y que ninguno pueda pretender ignorancia de ello agora ni en ningun tiempo.

Y porque aprovecharia poco pregonar la guerra si no se ejecutasen las cosas que resultan de ella, entendiendo que el reino de Francia y los naturales dél, y por consiguiente el rey y sus aliados y sus vasallos y súbditos reciben muy gran provecho y utilidad del comercio que tienen con los naturales de este reino, y que quitándosele y prohibiéndoseles aquel vendrán á recibir notables daños para hacerles la guerra en todas las maneras que se puede, es la voluntad de S. M. y de S. A., y asi lo manda espresamente, que de aquí en adelante estén cerrados y se cierran todos los puertos y pasos que hay entre el presente reino de Aragon y los reinos de Francia, y las tierras de sus aliados y confederados de cualquiera estado, grado ó condicion que sean, y que ningun natural ni habitador de este reino sea osado de pasar ni llevar ningunas mercaderías ni otra cosa alguna al dicho reino de Francia ni á las dichas tierras de sus aliados, ni menos traellas al dicho reino de Francia, á este por sí ni por tercera persona, so pena que los que lo contrarió hicieren estén á merced de S. M. y de S. A. y sean perdidas todas las mercaderías y otras cosas que asi sacaren de estos reinos ó de allá trajeren, y lo mismo se vieda y prohibe á los vasallos del dicho reino de Francia y de sus aliados, con los cuales no quiere S. M. que se haga comercio ni tratacion alguna, avisándoos á todos que se ejecutarán todas las dichas penas muy rigurosamente contra los

que hicieren lo contrario, sin remision alguna. Asimismo manda S. M. que no puedan entrar ni entren en este reino de Aragón ningun francés, bearnés ni gascon, y que si alguno entrase sea preso y detenido, y la persona esté á merced de S. M. segun lo ordenare su capitan general en este reino; y para la ejecucion de esto manda que dentro de diez dias que se cuentan desde hoy que se publica, salgan fuera de este reino de Aragón todos los franceses, bearneses y gascones que se hallaren en él si no fuesen casados ó mostraren que há diez años que viven en el reino, esceptuados tambien los molineros y pastores, los cuales quiere S. M. que en esto no sean comprendidos, y que el que se hallare en este presente reino pasados los diez dias pueda y deba ser preso, y su persona esté á merced de S. M., y porque haya órden en esto, manda S. M. que todos los gascones, bearneses ó franceses que entraren en este reino pasados los dichos diez dias, donde quiera que fuesen hallados, hayan de ser presos y entregados á la justicia de la villa ó lugar mas cercano de donde le prendieren, y que aquel avise al capitan general de como los tiene, para que él cumpla la órden que de S. M. ó de S. A. tuviere sobre ello. Demas de esto, porque del comercio ó contratacion que hay de cambios deste reino para los de Francia se sigue mucha utilidad á aquel reino, y el rey tiene mas forma y manera de haber dineros para hacer guerra á S. M., queriendo tambien por esta via estorbarle el provecho que recibe, pues no es justo que de reino á quien él tiene tanta enemiga se le siga ningun fructo ni comodidad, manda S. M. y espresamente vieda y prohíbe que del dia de la publicacion de esta en adelante ningun mercader ni tratante, ni otra persona alguna de este reino, haga cambio ninguno de ninguna calidad para la dicha cibdad de Leon de Francia por sí ni por tercera persona, ni menos resciba, acepte ni cumpla las letras de cambio que de ellos se les remitieren ó vinieren, y que de aquí adelante los cambios que se remitian á la ciudad de Leon, se remitan á la ciudad de Besanzon, donde S. M. ha mandado y ordenado á todos sus vasallos que pasen el trato y correspondencia que tenian en Leon, y que ninguno sea osado de hacer lo contrario, so pena de la desgracia de S. M. y de dos mil ducados y la persona á merced de S. M., por cada vez que lo contrario hiciere: todo lo cual ha mandado pregonar S. M. por los lugares públicos de esta cibdad, y por otros lugares que se acostumbre en este reino, para que llegue á noticia de todos, y ninguno se pueda excusar ni pretender ignorancia. Dada en Zaragoza el 1.º de Enero de 1553.

VIII.

EFECTOS DEL EMPERADOR EN YUSTE,

ELEGIDOS POR SU HIJO D. FELIPE II.

Sumario de lo que montan las cosas que S. M. señaló se le guardasen y no se vendiesen de los bienes de Yuste.

CÁMARA.

La piedra filosofal.	7,500
Un cofrecito de plata.	11,250
Una bolsa de sirgo morado, con retratos.	11,250
Una bolsa con el retrato de la duquesa de Parma.	1,500
Un librito de oro con retratos.	21,957
Las piedras bezuar.	48,750
Un librito de oro con tres cuadrantes, dos de oro y uno de plata.	46,545
Un cuadrante y un silbato de oro.	8,544
Un cuadrante de oro como polvorin.	17,731 ¹ / ₂
Otro cuadrante de oro, redondo.	4,500
Otro cuadrante dorado.	2,250
Otro cuadrante quebrado y dorado.	2,250
Otro como este.	3,750
Otro como librito dorado.	3,000
Otro plateado y dorado.	4,974
Otro pequeño de plata.	1,056
Otro dorado con armas imperiales.	1,500
Otro de plata llano.	1,500
Otro de oro, de sol.	3,401
Otro dorado.	3,000
Un reloj de arena, de ébano.	204
Un cuadrante de plata.	2,250
Otro cuadrante dorado.	4,500
Un cofrecillo con anteojos de camino.	8,557
Una tabla de las palabras de la consagracion.	16,500
Un libro de mano del Cavallero determinado, iluminado, en francés. (No está tasado.)	
Un libro intitulado Bohecio. (Idem.)	
Otro intitulado Astronomicum Cesaris.	9,375
Otro libro del Cavallero determinado, en romance. (No se tasó.)	

Otros dos libros en francés, de molde, de meditación. (No se tasó.)	
Dos Bohecios. (Idem.)	
Un libro de mano de Santa Cruz, de astronomía, y este va tasado con el de Pero Apiano.	
Otro de la jornada de Alemania del comendador mayor. (No se tasó.)	
Otro de pergamino de dibujos y patrones.	7,500
Los Comentarios de César, en italiano. (No se tasó.)	
Un paño con cuadernos de la coronica de Florian. (Idem.)	
Un almohadilla de olores.	15,000
Dos breviarios romano y de San Gerónimo, y un oficio de la Semana Santa. (No se tasó.)	
Un misal pequeño.	3,400
Unas horas iluminadas.	3,400
Dos saeterios pequeños.	272
Un libro de memoria, de oro.	2,250
Una sortija con piedra de restañar sangre.	7,500
Otra de la misma virtud, engastada en oro.	15,000
Dos brazaletes y una sortija de oro y otra de hueso.	10,024
Una piedra azul para la gota.	1,125
Un cuadrante de plata.	11,250
Otro dorado con unos anteojos.	2,625
Un estuche con ocho piezas de geometría.	1,125
Un compás de hierro.	187
Otro de hierro con su regla.	1,125
Una pluma y dos dedos para las uñas.	166
Un rosario de madera con cruz y medalla de oro.	2,250
Diez cuentas esculpidas con cruz, medalla y sortija de oro.	6,750
Una cadenilla de oro con una cruz.	6,623
Otra con el tuson de oro y una cinta roja. (Esta tiene S. M. y no la ha pagado.)	21,963
La órden pequeña del tuson con cordon negro.	3,121
Otro tuson con una cinta de seda negra. (Tiénele S. M. y no lo ha de pagar.)	
La órden grande del tuson. (Idem.)	
Cuatro callues y cuatro esclavones de oro. (Idem.)	
Otro collar de diez ocho esclavones y callues. (Tiénelo S. M. y no lo ha pagado.)	52,316

Un libro de mano de la dicha orden. (Entre- góse.)	
Una tabla con crucifijo iluminado. (Tomólo en Yuste el Sr. Luis Quijada, y quemóse.)	
Una tablilla de Nuestra Señora, que era de la emperatriz nuestra señora.	1,500
Un crucifijo de madera con que murieron sus magestades, y unas deciplinas. (No se tasó.)	
Dos dagas y una espada con su talavarte.	1,875
Dos libros de devociones, de mano.	3,750
Una carta de marear, como libro que dió el príncipe Doria.	9,375
Un estuche con dos compases.	187
Una caja con cuatro compases de hierro y laton.	750
Una pluma de plata.	110
Una carta de Italia, de papel. (No se tasó.)	
Otra de la discrepcion de España. (Idem.)	
Dos envoltorios de cartas de pergamino. (Idem.)	
Cuatro pinturas de certificaciones. (Idem.)	
Una carta general de la discrepcion de Alema- nia. (Idem.)	
Otra de Flandes. (Idem.)	
Otra de Alemania y Hungría. (Idem.)	
La pintura de Renti. (Idem.)	
Otras dos chiquitas de Constantinopla. (Idem.)	
Una escritura de las tablas de dimension. (Idem.)	
Una bolsa de terciopelo negro, de papeles que llevó el Señor Luis Quijada. (Idem.)	
Una medida de geometría. (Idem.)	
El arcabuz que era de S. M. y aderezos dél.	750
Una ballesta con sus gafas y aparejos. (Tiene- la S. M. y no la ha pagado.)	7,500
La capilla pequeña de plata en que hay un cru- cifijo, un cáliz con patena, un hostiario, dos vinajeras, dos candeleros, una fuentecica, una palmatoria que sirve de candelero.	57,034
Un libro de pergamino, de mano, iluminado, de la missa.	39,750
Otro iluminado, de mano, historiado.	52,500

BARBEROS.

Dos espejos de cristal y un cristalino. 37,500

Dos estrolabios.	6,000
Un anillo estronómico.	3,750
Tres pares de anteojos de cristal de montaña.	1,125
Dos estuches con herramientas para las uñas y otros dos para los piés.	750
Tres almohadillas chiquitas de olores. (No se tasó.)	

PANATERÍA.

Dos braseros de plata para calentar la vianda.	38,968
Dos volas de plata juntas para llevar á caça duraznos.	2,635

LA CAVA.

Dos brocales de plata con sus tornillos para botas de vino.	4,772
Tres cañutos de plata con que S. M. tomaba el caldo, y dos medidas de onzas.	1,828

SAUSERÍA.

Dos platos para servir lechones, de plata.	66,245
--	--------

DEL CARGO DE GUARDA-JOYAS.

Una cruz que dió el cardenal de Trento.	25,717
Otra cruz de oro pequeña con lignum crúcis.	1,815
Una custodia de oro, y dentro una medalla de Nuestro Señor, de metal.	5,690
Un pedazo de unicornio. (No se tasó, y háse de ver lo que vale.)	
Una pintura de la Trinidad, de Ticiano.	75,000
Otra grande de Cristo, que lleva la cruz. (Esta quedó en Yuste.)	
Otra de Cristo crucificado.	11,250
Otra de mano de Ticiano, en piedra, de Cristo azotado, con Nuestra Señora.	37,500
Otra de Nuestro Señor, que lleva la cruz, con otra imágen de Nuestra Señora.	37,500
Otra pintura de Nuestra Señora, de mano del Ticiano.	7,500
Otra de Nuestro Señor, sobre tela.	7,500

Dos tableros pequeños de ébano, de Nuestro Señor, y otras figuras.	75,000
Un retrato del emperador y emperatriz, en tela.	11,250
Un retrato del emperador, armado, en tela.	5,650
Otra pintura en tela, de la emperatriz.	7,500
Otro retrato de la reina de Inglaterra, en madera.	37,500
Un retrato en tabla con cuatro hijos del rey de Francia.	3,750
Una pieza pequeña de tapicería de oro y seda.	41,250
Un tablero de madera con nueve medallas de oro y un camafeo.	424,060
Dos astrolabios de cobre y una sortija y libro.	82,500
Una pintura, en tabla, del Santísimo Sacramento.	3,000
Dos libros grandes de pinturas de las Indias. (No se tassaron.)	
Otro libro menor de lo mismo. (Idem.)	
El reloj grande que tiene Juanelo. (Idem.)	
Otro de cristal que hizo Juanelo. (Idem.)	
Otro llamado el Portal.	56,250
Otro llamado el Espejo.	63,750
Tres relojes pequeños para traer en los pechos.	41,250

COSAS DEL CARGO DE GUARDA-JOYAS.

Tres colchas de pluma de Indias. (No se tassaron.)

Otras dos colchas de pluma, cubiertas de tafetan. (Idem.)

PANATERÍA.

Veinte y cuatro tablas de manteles de damasco.	90,000
Cinco cofres á la manera de Flandes.	7,500
Dos cajas blancas de madera.	1,125
Una rapa con su cuchillo.	102
Una caldera de azófar.	221

FURRIERÍA.

Una estufa de metal con su aparejo.	7,650
Un frasco de hierro para aceite.	102
Otro para mostaza; es de estaño.	170

Una mesa de nogal con sus piés.	1,125
Dos bancos de nogal.	680

CAVA.

Nueve barriles de vino.	3,672
Un cántaro de cobre (16 ½ se tasó.)	
Un cubo como errado.	459
Dos medidas de estaño.	535 ½
Una caldera de cobre para enfriar vino.	867
Cinco embudos de cobre.	867

COCINA.

Nueve formas de metal.	2,250
La piezas de moldura para hacer gilea con los maniles de las nueve formas. (No se tassaron.)	
Dos mangas para gileas. (Idem.)	
Dos calderas grandes de azófar.	2,550
Un candelero de azófar.	51
Una bolsa con tornasol.	204
Cuatro barriles para vinagre y agraz.	816
Dos cofres para plata, de Flandes.	3,000
Dos hachas de hierro y tres cuchillos.	170

1.945,212

Suma todo lo que, como está dicho, S. M. ha mandado que se le guarde de los dichos bienes de Yuste, como arriba va dicho y declarado, un cuento nuevecientos y cuarenta y cinco mil y doscientos y doce maravedís, sin las cosas que va dicho, que no están tasadas y otras que tiene S. M. que no ha pagado.	1.945,212
Todos los bienes que al presente hay en ser de los del dicho monesterio de Yuste, contando los que arriba están escriptos, montan 3.645,294 ½, y descontados delles los dichos 1.945,212 que montan los bienes arriba contenidos que S. M. ha mandado guardar, restan liquidamente 1.670,082 ½.	1.670,082 ½
Cuando S. M. mandó poner casa al Sr. D. Juan, ordenó se le diesen de los dichos bienes de Yuste cierta cantidad de tapicería y otras	

cosas, cuya paga mandó fuese á su cargo, en lo qual monta.	
Monta todo lo contenido en los bienes que estaban en Simancas, segun el inventario y tasacion que se hizo últimamente dellos, sin los que no están tasados, como abajo se apuntará.	11.271,851
Dejóse de tasar en esta tasacion de Simancas un Hércules de bronce, el cual visto por Pompeyo, escultor de S. M., lo tasó en 150 ducados.	56,250
Tambien hay algunos mapamundis y cartas de marear por tasar.	
De lo que dice Juanelo del estrolabio de Simancas.	

(Parece estar incompleto, y en su lugar se halla el memorial que se copia á continuacion, el cual está en medio pliego separado y de marca más pequeña que los dos en que está la relacion que antecede.)

MEMORIAL

DE LAS COSAS QUE S. M. MANDÓ SE LLEVASEN Á PALACIO PARA VERLAS, DE LAS QUE ESTABAN EN LA FORTALEZA DE SIMANCAS, QUE ESTABAN SEÑALADAS CON UNA CRUZ.

Una imágen de Nuestra Señora, de plata dorada, con Nuestro Señor en brazos y con su diadema y corona, que pesó todo treinta y nueve marcos y siete onzas.

Un Sanct Hierónimo, de plata dorado, con un chapeo y un leon, y un libro que pesó veinte y seis marcos y una onza.

Un Sanct Francisco de plata dorado, con una diadema y un crucifijo, que pesó veinte y ocho marcos, siete onzas y cuatro ochavas.

Un Sanct Miguel con un diablo á los piés, con dos alas, y una manzana y una lanza, todo de plata dorada, que pesó treinta y nueve marcos y cuatro onzas.

Una imágen de Santo Domingo, de plata dorada, con una diadema y un ramo en la mano, que pesó veinte y seis marcos, cinco onzas y seis ochavas.

Una imágen de Sanct Gabriel, con dos alas, de plata dorada, que pesó cuarenta marcos y tres onzas.

Otra imágen de un ángel, con dos alas de plata dorada, que pesó trece marcos, dos onzas y dos ochavas.

Otra imágen de otro ángel de plata dorada, con dos alas, que pesó doce marcos, siete onzas y siete ochavas.

IX.

RELACION DE LAS EXEQUIAS

QUE FELIPE II HIZO EN BRUSELAS POR EL ALMA DE SU PADRE, EN 29 DE DICIEMBRE DE 1559.

Miércoles 28 de Diciembre de 58, á la noche, vino la magestad del rey Felipe á Bruselas; jueves á los 29 comenzaron los oficios funerales por Carlos V, su padre, los cuales hizo tan suntuosamente quanto era digno se hiciesen por tan grande é insigne príncipe, y dignos de tal y tan buen hijo, que mostró en su muerte lo mucho que le habia amado viviendo.

Salieron antes las dos horas despues de medio dia de palacio, el cual estaba todo colgado de negro; á la puerta de la capilla de dicho palacio, sobre un paño negro que estaba colgado, y por medio de dicho paño, habia un pedazo de terciopelo, así como sale de la pieza, entero; sobre este pendia un escudo grande con las armas imperiales y el Toison. A la puerta principal de palacio estaba otro escudo, por la misma orden y manera, y otros dos en la iglesia, uno á la puerta y otro en el altar donde se decia la misa, la cual celebró el obispo de Lieja, hermano del marqués de Vargas.

El modo de proceder fué en la manera siguiente: Desde palacio hasta la iglesia estaba hecha una calle cerrada con vallas de una parte y otra, porque no atravesase gente ninguna que pudiese impedir á los que iban de ordenanza. Arrimados á dichas vallas estaban los de villa, con sus antorchas encendidas, por su orden todos los oficios que acá llaman guildes y en España cofradías, eran buen número, que pasaban de tres mil.

En palacio se juntaron todos los señores grandes y pequeños, todos los criados del emperador y pensionarios y los del rey, la justicia del pueblo, y todos los principales y los de los Estados.

Vinieron asimismo todas las órdenes y clerecía del pueblo, todos los abades y obispos: puestos en orden comenzaron á mandar que caminasen en procesion; salieron las cruces de la iglesia

mayor delante, como guiones, y los monacillos por su ordenanza con ella; á cada uno le dieron su vela de cera.

Luego siguieron las órdenes, procediendo cada una por su antigüedad; los frailes de todas ellas, revestidos de sus munizas, casallas, almáticas y pluviales, y de todo lo mas rico que tenían.

De la misma manera fueron los clérigos de todas las parroquias, capellanes y canónigos de la iglesia mayor, los cantores de la capilla del rey, los capellanes, con muy ricas pluviales; los abades y obispos vestidos de pontifical, eran fasta veinte mitras; doscientos pobres vestidos de luto, cada uno su antorcha en la mano encendida; en ella dos escudos con el águila imperial, uno que guardaba adelante, otro atrás. Tras de estos iban los juristas, advocatos y procuradores, todos de luto. Los deputados de todos estos Estados. Los presidentes de la Cámara de Cuentas y los oidores dellas, el chanciller de Bravante y los de la Chancillería, el drosart y prevoste, la casa de S. M. Los oficiales de manos de la caballeriza y los demas ayudas de furrieles y furriel, las ayudas de oficios de la casa, las ayudas pensionarios de la magestad imperial, los porteros, los alguaciles, los aposentadores de la casa, los gefes de oficios de la Casa Real, los gefes pensionarios de la magestad imperial, los médicos y zurujanos de la casa, los médicos y zurujanos de cámara, las ayudas de cámara, guarda-joyas y guarda-ropa, los pages del rey, con su ayo, capellan y ayuda; los costilleros.

Los gentiles hombres de la casa de S. M. Los gentiles hombres pensionarios de la magestad del emperador: los gentiles hombres de la boca: los gentiles hombres pensionarios de la boca del emperador. Los trompetas y alabarderos con sus banderas desplegadas, y al contrario un rey de armas con la cota de armas del emperador, con otros dos á los lados, á mano derecha el uno, por sirviente del pais de Henao; á la izquierda el otro, por el pais de Artois.

Sacáronse 27 estandartes y cornetas y 24 caballos muy bien aderezados, cada uno con sus colores y armas y devisas. Á cada caballo guiaban dos caballeros; cada uno le tenia de su parte de un cordon negro echado á la brida. Asimismo sacaron una nave muy rica que significa la conquista de las Indias; dentro de ella las tres virtudes y muchos estandartes y cornetas; guiábanla dos grifos marinos. Junto de ella iban las dos columnas de Hércules, las cuales guiaban dos elefantes marinos, y tras de ellos, en medio las columnas, un delfin, todo ello muy al natural. Iban tan contiguas las columnas á la nave, que parecia que ella misma les daba cabo; todo tan natural, que fué cosa muy de ver. En torno de la nao estaban pintadas todas las jornadas y triun-

fos de la Magestad Cesárea; asimismo habia muchas letras en ellos y en los estandartes.

Las cornetas (*estandartes*), caballos y las demas insignias fueron repartidos por la órden siguiente:

La corneta de colores, D. Pedro de la Cerda. El guion de colores, M. de Castro. La tarjeta y yelmo de Justa, juntos, Próspero de Lalam y D. Juan de Castilla.

El navío y las columnas de Hércules y el caballo de Justa, cubierto hasta el suelo, con sus colores, Francisco Marles y Antonio de Bersille.

El grande estandarte de colores, Stéfano de Oria.

Los gentiles hombres de la cámara del emperador, los señores de título, barones, condes y marqueses, un rey de armas con cota del imperio á la mano derecha, otro con las armas de Brabante, y á la izquierda otro de Flandes.

El caballo de Flandes, D. Juan Mausino y Guen de Bert. La bandera de Flandes, Felipe de Lanoy.

El caballo de Gueldres, D. Pedro de Reinosa y Sile. La bandera de Gueldres, M. de Champane.

El caballo de Bravante, D. Juan Nuño de Portugal y Charran. La bandera de Bravante, D. García Sarmiento.

El caballo de Borgoña, Juan Bautista Juarto y Charles de Armes Pogf. La bandera de Borgoña, Héctor Espinola.

El caballo de Austria, D. Martin de Goni y Andrés Bacanora. La bandera de Austria, D. Juan Tavera.

Un rey de armas con su cota de armas del imperio: á los dos lados otros dos, á la derecha con las armas de Austria, á la izquierda con las armas de Borgoña.

El caballo de Córdoba, M. de Saxie y D. Felipe de Silva. La corneta, Lebio de Oria.

El caballo de Cerdeña, D. Carlos de Mellano y Charles Baudemoy. La corneta de dicho reino, D. Pedro Manuel.

El caballo de Sevilla, Mos. de Mol y M. de Maumon. La corneta, el conde de Salma.

El caballo de Mallorca, D. Diego de Rojas é Juan de Brausion. La corneta, D. Gonzalo Chacon.

El caballo de Galicia, D. Pedro de Velasco y Barambarque. La bandera, D. J. de Avalos de Aragon.

El caballo de Valencia, D. Josepe de Acuña y Felipe de Beni-ert. La bandera, D. Rodrigo de Moscoso.

El caballo de Toledo, D. Francisco Manrique, caballero, y Charles de Longan. La bandera, M. de Mingonal.

El caballo de Granada, Gomez Jerez de las Marinas y Gerónimo de Mol. La bandera, Antonio de Velasco.

El caballo de Navarra, D. Luis de la Cerda y Juan Bastin de Nobega. La bandera, Mos de Pexeten.

El caballo de Jerusalem, Arnut de Chinunghen y Felipe Brandosere. La bandera, D. Luis de Ayala.

El caballo de Sicilia, D. Felipe Manrique y Jaques de Juarez. La bandera, M. de Sobrenon.

El caballo de Nápoles, D. Luis Brique y Felipe Escanova. La bandera, Garcilaso Puertocarrero.

El caballo de Aragon, Juan de Herrera y Guillaume Inzarte. La bandera, M. de Baos.

El caballo de Leon, D. Pedro Bazan y Felipe de Cortavilla. La bandera, D. Francisco de Mendoza.

El caballo de Castilla, D. Juan Vibero y Pierre de Merbeque. La bandera, M. Stranguier.

Dos reyes de armas con cotas de armas del emperador.

El estandarte general con las armas del imperial, el conde Fuensalida.

El guion con las armas imperiales, el vizconde de Gante.

El caballo cubierto todas las bardas de brocado con las armas del emperador, D. Pedro de Ulloa y Mos de Berten.

El grande estandarte del imperio, el conde de Policastro.

El caballo con la cubierta de brocado hasta el suelo, con las armas del emperador, D. Pedro de las Rueles y D. Camilo de Correo. La gran corneta cuadrada con las armas imperiales, el conde de Castellar.

Los cuatro cuartos del escudo, el marqués de Cerralbo, el conde Rus, el conde de Cruna y el conde de Rivadavia, todos cuatro cuartos juntos; el duque de Seminara y yelmo con su lumbre, á la mano derecha; á la izquierda del escudo doble con su corona, el duque de Atri.

La espada de armas, el príncipe de Asculi. La cota de armas, el príncipe de Salmona.

Los maceros, tres reyes de armas con las armas imperiales.

El caballo con lasa de terciopelo negro hasta el suelo, y su banda de raso carmesí, D. Manrique de Lara y D. Carlos Ventemille.

El collar de la orden, el conde de Xuarzemberg.

El cetro imperial, el marqués de Aguilar.

La espada imperial, el duque de Villahermosa.

El mundo, el Principe de Orange.

La corona imperial, harto rica, D. Antonio de Toledo, prior de San Juan.

Los mayordomos, el conde de Olivares, el marqués de las Navas, mayordomo mayor; el duque de Alba, el Tuson de Oro, su

Magestad Real, y á la mano derecha, que levantaba la falda, el duque Rico de Brunzvig, y á la izquierda, el duque de Arcos; la falda atrás llevaba Rui Gomez, conde de Melito; el duque de Saboya solo, y capirote por la cabeza, como el rey, llevábase él mismo su falda.

Los caballeros de la órden del Tuson iban dos á dos.

Los tres oficiales de la órden, contralor, tesorerero y grafier.

El consejo de España y regentes de las provincias y reinos.

El consejo de Estado, privado de estos estados.

Los del consejo de Finanzas. Bureo.

El teniente de los archeros, y archeros.

Otras personas que entendian en que se guardase el órden.

Embajadores del emperador, Portugal y Venecia.

Esta fué la órden que se tuvo. Los embajadores fueron en su plaza. Por la misma órden vinieron viernes á la misa, pero sin la clerecía, y sin caballos y sin las demas insignias, porque la vigilia quedaron en la iglesia, la cual estaba tambien adornada, como para semejante acto se requeria, toda colgada de paño negro, y sobre él, por lo alto, terciopelo; estando atajada la capilla mayor de dicha iglesia y cerrada por todo él, de manera que nadie pudiese estar, sino los que convenia que entrasen, y todo el tablamento estaba teñido de negro.

Bajo del altar buen espacio estaba hecho un cadalso grande del alzar que la altura del templo sufría, á modo de castillo todo lleno de candeleros. El chapitel dél le abrazaban tres coronas, á lo extremo del alto dél estaba la del imperio. Pusiéronse en él cerca de tres mil velas de cera de á libra, ultra las antorchas que estaban por los cuatro cantos de dicho cadalso. Bajo de él estaba una tumba grande cubierta con un paño de brocado negro, rico, á lo alto de los paños colgados. Todo en torno habia una galería de candeleros, y era cosa agradable á la vista verlos todos arder sus candelas. A las gradas de la iglesia hicieron un tablado por do entrasen los caballos, y por el cuerpo de la iglesia otro por do pasasen de una parte á otra, y por la manera que vinieron en la procesion los llevaron á ofrescer con todas las demas insignias. Despues hubo prédica en francés, buena. Acabáronse los officios á las dos horas despues de medio dia, y con ellos se cumplió con Carlos V. Sea en el cielo.

COMUNIDADES DE CASTILLA.

CARTA DEL CABALLERO D. PEDRO DE AYALA Á SU HIJO D. JUAN.

«D. Juan: Oy me trujo una carta de la cibdad un correo, y el traslado de la carta del condestable y la respuesta que la cibdad envia; yo envié allá la respuesta á la cibdad, á otras ciertas escrituras que se han hecho en lo que agora te contaré. Aqui vino Fray Francisco de los Angeles habrá cinco ó seys dias y truxo una creencia del almirante, la cual llevó primero á esta villa, y ella deputó ciertos deputedos para que viniesen con el dicho frayle á nosotros, para que tuviésemos por bien la conferencia: é como nosotros no queremos otra cosa sino paz, acordamos que fuese con tal medio que ligiésemos nosotros á dos que fuesen á conferir á un monesterio que está un tiro de ballesta de Tordesillas, é otros dos de Tordesillas que viniesen á Prado, un monesterio que está dos tiros de ballesta de aqui, á conferir con nosotros: é hicimoslo entonces saber á la villa, y á ellos les pareció muy bien; é despachamos al frayle con una carta al almirante, é enbiamoste seguro para los que de allá habian de venir, é que enbiasen seguro de allá para los que de acá hubiesen de ir. Elegimos para que fuesen el Sr. D. Pedro Laso, é el bachiller de Guadalajara, procurador de Segovia, y ellos mismos fueron á decirlo á la junta de la villa como estaban elegidos, y la villa olgó mucho dello. Estando en esto, anoche que se contaron 20 de este mes vino el frayle, é trujo el despacho del traslado que allá enviamos, é á la puerta fué muy mal tratado, é tomáronle las cartas, é hubímonos de juntar á las diez de la noche en nuestra junta, é enbiamos por ellas é truxeronnoslas, é despachamos á los dichos que habian de ir; y estando el procurador de Valladolid delante, determinamos que por otro dia de mañana no hubiese alguna falta, porque los menudos no muestran buena voluntad al Sr. D. Pedro Laso ni al bachiller de Guadalajara, que fuesen otro dia de mañana su camino, é amostriamos el despacho á la villa, é ge los enbiaríamos con sus criados é azémilas. Oy jueves fueron á mostrar el despacho á la villa, é tuvieron por muy grande desaire porque se habia ydo el Sr. D. Pedro Laso sin hacerlo saber á toda la villa, no obstant quél avia demandado lizencia, é dicholo en la villa. Mas dixeron que á todas las quadrillas se habia de decir, é fué tanto el alboroto que le saquearon todos sus caballos y acémilas, é

quanto tenia, é dieron de palos á sus criados é los maltrataron, diziendoles asy mismo muchas palabras feas é injuriosas, en lo qual trabajó su parte Moyano, ensuciando muchas veces su lengua en palabras perjudiciales; y la misma junta de la villa a sentido á lo que a parescido, lo que a acaecido oy. Estamos muy peligrosos aquy, y pasamos mucho trabajo, é no sabemos qué hazemos. Por una parte estamos apremiados que no nos dejan salir del lugar, é por otra querriamonos yr cada uno á su tierra, sino que se acabe de perder todo el negocio del reyno. Mirese todo allá, é tórnemme á despachar un correo, porque me parece que debe describir largo esa cibdad á Valladolid el mal tratamiento que pasamos, é como non castigan ningun escándalo destes, y como delante dellos nos dicen cada dia que nos han de matar. Yo te juro á Dios que querria mas ser uno de los procuradores que estan presos en Tordesillas questar en Valladolid, porque non ternya tan grandes sobresaltos como tengo: *como aquel señor que de allá vino con la gente nos mete todo el trabajo que puede por deshacer la junta: y yo no sé qué ganancia le verná á él, que á mi pareceme quél queda perdido si nos vamos.* Y tengo tanta pasion, que se me ha olvidado todo lo que te habia describir. Plega á Dios que lo remedie todo con paz, aunque á mí no quede qué comer. Amuestra esta carta al señor Anton Alvarez, porque vea su md. qué cosa es gobernar, y que le beso las manos myll véces. Fecha oy jueves XXI de hebrero en la noche á las diez.

» Agora vienen los criados de D. Pedro Laso con todo lo que yo e trabajado hoy por la villa y predicado á dezirme como poco á poco an cobrado todo lo de D. Pedro Laso. Plaziendo á Dios, si tenemos mejor dicha, mañana ge lo enbiaremos; y enbiame á decir la junta de la villa que querrian escribille demandándole perdon de lo pasado, é asy mismo lo hará nuestra junta: no dexé de entender en los negocios por lo acontecido, aunque ternya mas razon de tornarse moria (así) que entender en ellos, pues tan buena paga le dan que yo creo que en Castilla no hay cosa mas ingrata que la que con él se ha hecho, no mereciendo mas que un angel; porque asi viva yo que despues que nací nunca yo tal hombre conocé de tener tal ynclinacion, é tan recta é entera al bien comun, sino que los zapateros le hacen perder cuanta devocion tiene hombre á ello. Y en lo de las pazes torno á dezir que ay tanta voluntad en los buenos de la una parte é de la otra, é veen tan renocido el destruyamiento del reino como los menores se van soliviando, é como están pobres, é como no pueden desear otra cosa sino robar, habemos de trabajar con todas nuestras fuerzas de dar un corte para que aya pazes, porquesto cum-

ple á todos los buenos é zelosos de nuestro Señor: por esto por amor de mi que agora mas que nunca se hagan plegarias en todos los monesterios de esa cibdad, para que Nuestro Señor no mire á nuestros pecados, sino que nos dé paz verdadera. Valladolid á 21 dias de Febrero de 1521.—D. Pedro de Ayala.

P. S.—En todo caso despache luego la cibdad un correo para ver lo que me manda, que aunque sepa que me han de cortar la cabeza en este lugar, yo esperaré el correo. Mas vien seria que me diesen ó nos diesen libertad para quando nos viesemos, ó me viese en peligro, que mas no pudiesemos, y en todo provea brevemente. E de una cosa me place, que si en la villa me dejan, ya que me saqueen no me saquearán mucho que me duela. Estéban y Rybadeneyra están buenos y te besan las manos.»

Como una muestra del imperio que sobre el hombre tienen las pasiones, y para demostrar tambien cuánto degenera el religioso por su estado que, abjurando de las santas máximas que debieron servirle de guia, se liga con compromisos de que debiera huir, insertamos las siguientes noticias, tomadas del señor Lafuente:

.....

«Fray Antonio de Guevara, partidario de los imperiales, más amigo del mundo que del claustro, por más que predicaba las ventajas y excelencias del retiro; más palaciego que religioso, por más que reprendia los vicios de la corte; orgulloso de su cuna aristocrática y despreciador del pueblo, por más que hiciera profesion de humilde; hombre que no carecia de erudicion, aunque indigesta y de mal gusto, fué el que preparó, instigó y negoció en Villabraxima la traicion de D. Pedro Giron á la causa de los comuneros. Este famoso franciscano, intrigante infatigable y realista furibundo, en sus cartas al obispo Acuña, á Padilla, á la esposa de este, doña Maria Pacheco, y á otros personajes, exhortándolos á que abandonaran la causa de la comunidad, usaba siempre de un lenguaje el más destemplado, el más violento y grosero que puede salir de la boca ó de la pluma del hombre más deslenguado. Omitiendo las insultantes frases de sus escritos á los jefes del movimiento popular, sirva de muestra de su impudencia, de su grosería y de su encono, la manera como trataba á la esposa de Padilla, sin considerar siquiera que escribia á una señora, y señora de tan noble cuna y limpia sangre como pudiera serlo cualquiera otra.— «Si las historias (le decia »en una ocasion) no nos engañan, Mamea fué superba, Medea »fué cruel, Marcia fué envidiosa, Populia fué impúdica, Zenobia

»fué impaciente, Helena fué inverecunda, Macrina fué incierta,
 »Mirtha fué maliciosa, Domicia fué mal sobria; mas de ninguna
 »he leído que sea desleal y traidora sino vos, señora, que ne-
 »gásteis la fidelidad que debíades y la sangre que teníades.....»
 — «Suelen ser (le decia luego) las mujeres piadosas, y vos, se-
 »ñora, sois cruel; suelen ser mansas, y vos, señora, brava; sue-
 »len ser pacíficas, y vos sois revoltosa; y aun suelen ser cobar-
 »des, y vos sois atrevida.....» Así, poco más ó menos, en todas
 las cartas.

»Por el contrario, el dominico Fr. Pablo de Villegas, comu-
 ro acérrimo, uno de los enviados por la Santa Junta al empera-
 dor con el Memorial de capítulos, cuando volvió de Flandes y
 vió que se andaba en tratos de concordia y de paz, lleno de in-
 dignacion, y como le pinta un escritor de nuestros dias, «sa-
 »liéndosele de las órbitas los ojos, pálido el semblante y trémulo
 »de ira, » pronunció en las conferencias los más vehementes y co-
 »léricos discursos contra toda idea de paz, de tregua ó de transac-
 cion. Peroraba á los corrillos en las calles, concitaba á las tur-
 bas y provocaba á tumultos. El padre Villegas proclamaba la
 guerra á todo trance hasta acabar con todos los nobles, y quedar
 los comuneros y los procuradores de la Junta dueños únicos y
 absolutos de Castilla.

»El incendio de la iglesia de Mora, donde se hallaba encerrada
 toda una poblacion; la mortandad de más de tres mil personas,
 entre ellas una gran parte ancianos decrepitos, débiles mujeres
 é inocentes párvulos, aplastadas por los escombros ó derretidas
 por las llamas, tragedia horrible, propia solo de los tiempos de
 la mayor barbarie, ordenada por el prior de San Juan, D. Anto-
 nio de Zúñiga, revela harto tristemente toda la negrura de alma
 de este caudillo de los imperiales.

»No tuvieron los comuneros entre todos sus capitanes y caudi-
 llos uno que igualara en decision, en energía y en entusiasmo
 por su causa al obispo de Zamora. Abominable en su conducta
 como prelado de la Iglesia, pero sin ser cruel como su competi-
 dor el prior Zúñiga, como comunero, más exaltado,
 más fogoso, más avanzado, más comunero, en fin, que el mismo
 Padilla. De seguro sus ideas en punto á libertad iban más ade-
 lante que las de todos los castellanos, y si él hubiera sido intér-
 prete de la Junta, no hubiera mostrado tanto respeto como aque-
 lla mostraba en todos sus memoriales y escritos á la autoridad
 del emperador.

»Lo mismo pudiéramos decir en menor escala de otros ecle-
 siásticos que militaban en los dos opuestos bandos, y duélenos
 por lo mismo observar que los hombres de la Iglesia fuesen los

más apasionados y más fogosos en cuestiones políticas y en contiendas profanas.»

Así se expresa el erudito Sr. Lafuente, con sobrada razón. Afortunadamente ese prurito político y profano no fué general en los hombres de Iglesia, y consuela el volver los ojos, para comparar con aquellos, á los eminentes y virtuosos prelados que ya el lector conoce, los cuales tan perfectamente comprendieron su santa y digna misión sobre la tierra.

SENTENCIA

CONTRA JUAN DE PADILLA, JUAN BRAVO Y FRANCISCO MALDONADO.

«En Villalar á veinte é cuatro dias del mes de Abril de mil é quinientos é veinte é un años, el señor alcalde Cornejo por ante mí Luis Madera, escribano, recibió juramento en forma de derecho de Juan de Padilla, el cual fué preguntado si ha seido capitán de las comunidades, é si ha estado en Torre de Lobaton peleando con los gobernadores de estos reinos contra el servicio de SS. MM.: dijo que es verdad que ha seido capitán de la gente de Toledo, é que ha estado en Torre de Lobaton con las gentes de las comunidades, é que ha peleado contra el condestable é almirante de Castilla, gobernadores de estos reinos, é que fué á prender á los del consejo é alcaldes de SS. MM.

»Lo mismo confesaron Juan Bravo é Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia é Salamanca.

»Este dicho dia los señores alcaldes Cornejo, é Salmeron é Alcalá dijeron que declaraban é declararon á Juan de Padilla é Juan Bravo é á Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona real destos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban é condenaron á pena de muerte natural, é á confiscacion de sus bienes é oficios para la cámara de SS. MM., como á traidores, é firmáronlo.—Doctor Cornejo.—El licenciado Garci Fernandez.—El licenciado Salmeron.»

CARTA DE JUAN DE PADILLA Á LA CIUDAD DE TOLEDO.

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos de san-



gres extrañas como de las tuyas cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legitimo hijo Juan de Padilla, te bago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me rescibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre: que yo el menor de los tuyos morí por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.»

CARTA DEL MISMO Á DOÑA MARÍA PACHECO, SU ESPOSA.

«Señora: Si vuestra pena no me lastimara mas que mi suerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demas que aqui falta, y asi quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

INSCRIPCION

PUESTA SOBRE UN PILAR, EN EL SOLAR QUE OCUPÓ LA CASA DE JUAN DE PADILLA.

«Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, su muger, en la cual por ellos é por otros, que á su dañado propósito se allegaron, se ordenaron todos los levantamientos, alborotos y traiciones que en esta ciudad é en estos reinos se hicieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla derribar el muy noble Sr. D. Juan de Zumel, oidor de S. M. é su justicia mayor en esta ciudad, é por su especial mandado, porque fueron contra su rey é reina é contra su ciudad, é la engañaron so color de bien público por su interese é ambicion particular, por los males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado perdon fecho por SS. MM. á los vecinos de esta ciudad, que fueron en lo susodicho, se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha doña María Pacheco, queriendo tornar á levantar esta ciudad é matar todos los ministros de justicia é servidores de S. M. Sobre ello pelearon contra la dicha justicia é penden real, é fueron vencidos los traidores el lunes, dia de San Blas, 3 de Febrero de 1522 años.»

Posteriormente, por órden de Felipe II, se trasladó esta columna á la puerta de San Martin, y se la añadió la inscripcion siguiente: «Este padron mandó S. M. quitar á las casas que fueron de Pedro Lopez de Padilla, donde solia estar, y ponerlo en este lugar, y que ninguna persona sea osada de le quitar, so pena de muerte y perdimiento de bienes.» MS. de la Real Academia de la Historia.

 CURIOSA RELACION

DE LAS PERSONAS ESCEPTUADAS DEL PERDON GENERAL CONCEDIDO POR EL EMPERADOR, Á CONSECUENCIA DEL LEVANTAMIENTO Y FORMACION DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

.....
 «Declaramos y mandamos que deste nuestro perdon y remision no haya de gozar, ni gocen, ni sean comprendidos, ni en-

tren en él, antes queden fuera dél para proceder contra ellos y contra sus bienes conforme à justicia, las personas siguientes:

D. Pedro de Ayala, conde que fué de Salvatierra.

D. Pedro Giron, capitan general de la junta.

D. Pedro Laso de la Vega, veino de Toledo, procurador en la junta.

Juan de Padilla, vecino de Toledo, *justiciado*.

Doña María Pacheco, su mujer.

D. Pedro Maldonado, vecino y regidor de Salamanca, *justiciado*.

D. Antonio de Quiñones, vecino de Leon, procurador en la junta.

Ramiro Nuñez de Guzman, vecino y regidor de Leon (y cuatro hijos).

Diego de Ulloa Sarmiento, vecino de Toro.

D. Fernando de Ulloa, vecino y regidor de Toro, procurador en la junta.

Gomez de Ávila, vecino de Avila, procurador en la junta.

Suero del Aguila, vecino y regidor de Avila, capitan de la junta.

Luis de Quintanilla y Alonso, su hijo mayor, vecinos de Medina del Campo, capitanes que fueron de la junta.

D. Carlos de Arellano, vecino de Soria, capitan de la junta.

D. Juan de Figueroa, capitan de la junta.

D. Juan de Luna, capitan de la junta.

D. Juan de Mendoza, capitan de la junta, hijo del cardenal

D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

D. Juan de Guzman, vecino y veinticuatro de Sevilla.

D. Pedro de Ayala, vecino de Toledo, procurador de la junta.

Fernando de Avalos, vecino y regidor de Toledo.

Juan de Porras y el comendador Fernando de Porras, procurador en la junta, su hermano, vecino de Zamora.

Francisco Maldonado, vecino de Salamanca, *justiciado*.

Diego de Guzman, vecino de Salamanca, procurador de la junta.

Juan Bravo, vecino y regidor de Segovia, capitan de la junta, *justiciado*.

D. Juan Fajardo, vecino de Murcia, procurador de la junta.

Gomez de Hoyos, *que está preso*.

García Lopez de Porras, hijo de Juan de Porras, vecino de Zamora.

Juan Zapata, vecino de Madrid, capitan que fué de la junta.

Alonso Sarabia, vecino de Valladolid, procurador que fué de la junta, *justiciado*.

Gonzalo Barahona, vecino de la merindad de.....

Gonzalo Gaitan y Juan Gaitan, vecinos de Toledo.

Juan Carrillo, vecino de Toledo.

Francisco de Rojas, vecino de Toledo.

Fernando de Rojas, vecino de Toledo.

Fernando de Ayala, vecino de Toledo.

Francisco de Guzman, vecino de Illescas.

Pedro de Tovar, vecino y regidor de Valladolid, capitan de la junta.

El jurado Pero Ortega, vecino de Toledo.

Francisco de Mercado, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.

Pedro de Sotomayor, vecino de Madrid, procurador de la junta, *justiciado*.

El licenciado Bartolomé de Santiago, vecino de Soria, procurador en la junta, *justiciado*.

El doctor Alonso de Zúñiga, procurador en la junta por Salamanca.

El licenciado Manzanedo, vecino de Valladolid, alcalde en la junta.

Diego de Esquivel, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.

El doctor Francisco de Medina, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.

Juan de Órvina, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.

El doctor Martinez, vecino de Toledo.

El licenciado Rincon, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.

El licenciado Urrez, vecino de Búrgos, *justiciado*.

El licenciado Sancho Ruiz de Maluenda, vecino de Valladolid.

El bachiller Tordesillas, vecino de Valladolid, fiscal en la junta.

Juan de Solier, vecino de Segovia, procurador de la junta, *justiciado*.

El comendador Fr. Diego de Almaraz, vecino de Salamanca, procurador en la junta.

Pedro Bonal, vecino de Salamanca; Diego de Torremocha, comendador de la cámara.

El doctor Juan Gonzalez de Valdivieso, vecino de Salamanca.

Francisco de Anaya, defuncto, vecino de Salamanca, hijo del doctor Gabriel Alvarez.

El licenciado Lorenzo Maldonado, vecino de Salamanca.

El licenciado Gil Gonzalez de Avila, alcalde que fué de nuestra córte.

..... de Villarroel, vecino de Avila, capitan de la junta.

Sancho de Zimbron, vecino y regidor de Avila, procurador en la junta.

El licenciado Juan de Villena, el Mozo, vecino de Valladolid.

Antonio Montalvo, vecino de Medina del Campo.

Gonzalo de Ayora, coronista, vecino de Palencia.

Pedro de Ulloa, vecino de Toro, procurador en la junta.

El bachiller Alonso de Guadalajara, vecino de Segovia, procurador en la junta.

Francisco de Campo, vecino de Zamora.

Francisco de Porras, vecino de Zamora.

El licenciado de la Torre, vecino de Palencia.

Antonio de Villena, vecino de Valladolid, *justiciado*.

El licenciado del Espina, vecino de Palencia.

Pedro de Losada, vecino de Madrid, procurador en la junta.

El doctor de Aguerria, vecino de Murcia.

El bachiller Zambrana.

El bachiller García de Leon, vecino de Toledo, alcalde que fué en la junta.

El licenciado Dobravo, alcalde que fué en la junta.

D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora, capitan general de la junta.

D. Juan Pereira, dean de Salamanca.

D. Alonso Enriquez, prior de Valladolid.

El doctor D. Francisco Alvarez y Zapata, maestre-escuela de Toledo.

Alonso de Pliego, dean de Avila.

Luis Godinez, vecino y regidor de Valladolid, capitan de la junta.

El licenciado Bernaldino, vecino de Valladolid, *justiciado*.

El doctor Juan Cabeza de Vaca, vecino de Murcia, *justiciado*.

El jurado Montoya, vecino de Toledo, procurador en la junta, *justiciado*.

D. Juan de Collados, maestre-escuela de Valladolid.

D. Francisco Zapata, arcedianio de Madrid.

Rodrigo de Acevedo, canónigo de Toledo.

D. Alonso Fernandez del Rincon, abad de Cumpludo y de Medina del Campo.

D. Pedro de Fuentes, chantre de Palencia.

Gil Rodriguez Juntero, arcedianio de Lorca.

Juan de Benavente, conónigo de Leon.

D. Pedro Gonzalez de Valderas, abad de Toro.

- Fr. Alonso de Medina.
 Fr. Pablo y Fr. Alonso de Villegas, y el maestro Bustillo, religiosos dominicos.
 Fr. Francisco de Santa Ana, de la órden de San Francisco.
 Fr..... de la órden de los mínimos, y Fr. Juan de Bilbao, guardian de San Francisco de Salamanca.
 Fr. Bernardino de Flores, de la órden de San Agustin.
 Francisco Pardo, vecino de Zamora, *justiciado*.
 Juan Repollo, vecino de Toro, *justiciado*.
 Juan de Bobadilla, tundidor, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.
 Valloria, pellejero, vecino de Salamanca, *justiciado*.
 El alguacil Pacheco y Francisco Gomez Delgado, vecinos de Palencia, *justiciados*.
 Gervas, artillero, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.
 Pedro Merino, vecino de Toro, *justiciado*.
 Pedro Sanchez, vecino de Salamanca, *justiciado*.
 El licenciado Ubeda, vecino de Toledo, alcaide que fué en el ejército de la junta.
 Antonio de Linares, escribano del número.
 Francisco de San Miguel, Pero Gonzalez, joyero.
 El bachiller Andrés de Toro, escribano, y siete vecinos de Salamanca.
 Alvaro de Bracamonte y..... de Henao, capitan, y otros trece vecinos de Avila.
 El bachiller Alcalá, relator de la Audiencia y otros seis vecinos de Valladolid.
 Bernardo de Gil y otros ocho vecinos de Leon.
 Alonso de Beldredo y otros diez vecinos de Medina del Campo.
 Garcia Gimeno y otros catorce vecinos de Aranda.
 Francisco Delada y otros tres vecinos de Toro.
 Garcia del Esquina y otros diez y ocho vecinos de Segovia.
 Alonso de Arreo, vecino de Navalcarnero, tierra de Segovia.
 Alonso, pescador, y otros seis vecinos de Zamora.
 Diego de Villagran, y otros veinte y cinco vecinos de la Puebla.
 Ricote, Miguel de Aragon, batidor; Andrés de Villadiego, el Mozo, vecinos de Palencia.
 Juan Negrete y otros quince vecinos de Madrid.
 Garcia Cabrero y otros siete vecinos de Murcia.
 Martin Alonso y otros siete vecinos de Cartagena.

Francisco de Santa María y otros ocho vecinos de Huesca.
 Juan de la Bastida, Juan de Losa, Juan Gonzalez, criados y
 vasallos del duque de Nájera.

RELACION NOMINAL

DE LOS INDIVIDUOS PENADOS EN LOS AUTOS DE FÉ CELEBRADOS EN
 VALLADOLID Y OTRAS CIUDADES.

Año 1559.

.....
 » Salió el primero, y sentáronle en la silla más alta del teatro
 (que así le llamaban), el doctor D. Agustín de Cazalla, canóni-
 go de Salamanca y predicador del emperador y del rey, hijo de
 un contador, acusado y condenado á muerte por hereje luterano
 dogmatizante: habia negado primero y confesado despues; se
 confesó, comulgó y reconcilió con ejemplar arrepentimiento con
 Fr. Antonio de la Carrera.

.....
 » 2. D. Francisco de Vivero Cazalla, hermano del doctor,
 párroco del obispado de Palencia: se confesó, murió en garrote
 y fué quemado.

» 3. Doña Beatriz de Vivero Cazalla, hermana tambien, bea-
 ta: se confesó, murió en garrote y fué quemada. Llevaba sam-
 benito, corozca en la cabeza y cruz en la mano.

» 4. La estatua y huesos de doña Leonor de Vivero, madre
 de los Cazallas.

.....
 » 5. D. Alonso Perez, presbítero y maestro de teología: de-
 gradado, agarrutado y quemado.

» 6. D. Cristóbal de Ocampo, vecino de Zamora, caballero
 del orden de San Juan, limosnero del gran prior de Castilla y
 Leon; id.

» 7. D. Cristóbal de Padilla, caballero de Zamora: id.

» 8. El licenciado Antonio Herrero, abogado de Toro:
 murió impenitente y fué quemado vivo.

» 9. Juan Garcia, platero de Valladolid: se confesó, murió
 en garrote, y se quemó su cadáver.

» 10. El licenciado Francisco Perez de Herrera, juez de con-
 trabandos de la ciudad de Logroño: id.

» 11. Doña Catalina Ortega, hija de Hernando Diaz, fiscal del Consejo real de Castilla, y viuda del comendador Loaisa: idem.

» 12. Isabel de Estrada, vecina de Pedrosa: id.

» 13. Catalina Roman, beata, del mismo pueblo: id.

» 14. Juana Velazquez, criada de la marquesa de Alcañices: id.

» 15. Gonzalo Baeza, portugués, vecino de Lisboa, por judaizante: id.

» Todos estos, despues de haber abjurado, y confesados como verdaderos penitentes, fueron condenados.

» 1. D. Juan de Vivero Cazalla, hermano del doctor: sambenito, confiscacion, cárcel perpétua irremisible.

» 2. Doña Juana de Silva, su mujer: sambenito hasta la cárcel.

» 3. Doña Constanza de Vivero, hermana de los Cazallas, mujer del contador del rey, Hernando Ortiz: sambenito, confiscacion, cárcel perpétua irremisible.

» 4. D. Pedro Sarmiento de Rojas, caballero del orden de Santiago y comendador mayor de Quintana, hijo del primer marqués de Poza: id., id.

» 5. D. Luis de Rojas Enriquez, sobrino del antecedente: sambenito hasta la cárcel, confiscacion de bienes, destierro, privacion de armas y caballo.

» 6. Doña Francisca de Zúñiga, hija del licenciado Baeza, contador del rey: sambenito, cárcel perpétua y confiscacion.

» 7. Doña Mencía de Figueroa, mujer del Sarmiento: idem, idem.

» 8. Doña Ana Enriquez, hija del marqués de Alcañices: sambenito, confiscacion.

» 9. D. Juan de Ulloa Pereira, vecino de Toro, caballero de San Juan de Jerusalem: sambenito, nota de infamia, confiscacion de bienes y privacion de honores.

» 10. Doña María de Rojas, hermana de la marquesa de Alcañices, monja en Santa Catalina de Valladolid: condenada á ser la última de la comunidad en su convento y á privacion de voto activo y pasivo.

» 11. Doña Leonor de Cisneros, mujer del licenciado Herreuelo: sambenito, confiscacion y cárcel perpétua.

» 12. María de Saavedra, mujer del hidalgo Cisneros: idem, idem.

» 13. Anton Waser, inglés, criado de D. Luis de Rojas: reclusion por un año en un convento.

» 14. Isabel Dominguez, criada de doña Beatriz de Vivero: sambenito y cárcel perpétua.

» 15. Anton Dominguez, su hermano: id., id.

» 16. Daniel de la Cuadra, labrador, vecino de Pedrosa: idem, idem.

» Predicó en este célebre auto el sermón de la fé el maestro Fr. Melchor Cano, obispo electo de Canarias, y uno de los teólogos más distinguidos que asistieron al concilio de Trento.» — (Laf., t. XIII, cap. II, páginas 66 y siguientes.)

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO VII.

SIGLO XVI.

DECENIO SEGUNDO.

Año 1511.

	Páginas.
Concilio de Pisa, convocado por Luis XII de Francia, contra el legítimo Pontífice.—Usurpaciones hechas por el mismo soberano.—Intenta coronar Pontífice á un antipapa.—Concilio en San Juan de Letran, convocado por Julio II.—Alianza entre Roma, España y Venecia.— <i>Santisima Liga</i> .—Deberes que imponía esta confederacion.	5
Ejército de la Liga.—Nemours, general en jefe del ejército francés.	6

Año 1512.

Dirigese D. Ramon de Cardona contra los franceses.—Sitia Cardona á Bolonia.—Acércase Nemours.—Levántase el sitio.—Imprudencia de Cardona.—Dirigese á Rávena.—Célebre batalla.—Imprudencia de Pedro Navarro, jefe de la infantería española.—Valor de esta.	6
Muere el general francés Ivo d'Allegre.—Rehácense los españoles.—Triunfan los franceses, pero Nemours perece y otros caudillos.—Sagacidad de Fernando V.	7
Entran en Italia veinticuatro mil suizos con veinte piezas de artillería.—Derrota de los franceses.	8

CONQUISTA DE NAVARRA.

Año 1512.

Antecedentes.	8
Amenaza á Navarra Juan de Foix, señor de Narbona.—Invoca la ley sálica.—Declárase su contrario Fernando V, y favorece á los monarcas navarros.—Intrigas políticas del monarca aragonés.—Gaston de Foix pretende tambien el tro-	8

- no (el duque de Nemours) de Navarra.—Ingratitud de dichos reyes con D. Fernando V.—Unense al francés.—Críticas circunstancias en que este se encontraba.—Depone Julio II á doña Catalina y D. Juan, reyes de Navarra, y concede sus dominios *al primero que en justa guerra los ocupase*.—Recibe Fernando V la bula pontificia. 9
- Intenta Fernando atraer á los reyes de Navarra.—El rey de Francia pide á D. Juan y doña Catalina la mano del príncipe de Viana para una princesa francesa.—Vacilan los navarros entre España y Francia, para aliarse.—Diligencias que practica Fernando V para despejar la situación.—Manifiestan los de Navarra abiertamente su ingratitud á España y la alianza con el francés.—Tratado secreto entre Navarra y Francia. 10
- Llega á noticia de Fernando V.—Prepárase el ejército en Vitoria.—Dispónese otro en la frontera aragonesa.—Escuadra inglesa en las aguas de Pasajes, al mando de lord Grey.—Embajada de Navarra, temiendo al guerrero aparato de España. 11
- Pídesse el paso del ejército del duque de Alba por Navarra.—Avanza aquel sobre Pamplona.—Ambigua política de Enrique VIII de Inglaterra.—Artera contestación de los monarcas navarros.—Invade el duque de Alba el territorio navarro.—Da vista á las murallas de Pamplona.—Retírase el rey D. Juan á Lumbier. 12
- Disgusto de los navarros.—Reúnense los primeros personajes de Pamplona.—Deciden entregar la capital al rey católico.—Acepta la propuesta el duque de Alba.—Jura en nombre de Fernando V los fueros navarros (24 Julio).—El navarro pide auxilio á Francia.—Imitan á Pamplona las principales ciudades de Navarra.—Resolución de Fernando V.—Dirigese á Logroño.—Avanza en dirección de Tudela el ejército de D. Alfonso de Aragón. 13
- Jura D. Alfonso en Tudela.—Mensaje que dirige Fernando V á D. Juan d'Albret.—Es portador del pliego el funestamente célebre D. Antonio de Acuña.—Préndenle en Salvatierra.—Ordena el rey católico al duque de Alba se apodere de Sangüesa y Lumbier.—Continúa la ambigua política de Inglaterra. 14
- Egoísmo inglés, como en todas épocas y edades.—Atraviesa el de Alba los montes y se apodera de San Juan de Pié de Puerto.—Acuden á Navarra D. Juan d'Albret, ex-rey de dicho estado, el conde d'Angouleme (después Francisco I), y Carlos de Borbon, duque de Montpensier, con tres cuerpos de ejército.—El ejército del rey católico franquea los Pirineos por el Roncal.—Toma por asalto á Burguete y pasa la guarnición á cuchillo.—Impericia de D. Juan d'Albret. 15
- Vandalismo de los franceses en Irun, Oyarzun, Hernani, etc.—Pone sitio á San Sebastian el conde de Lautrec.—Heróica defensa de los españoles.—Levanta el francés el sitio.—Entrégase Estella al primo del conde de Lerin.—Retírase don Juan á Francia.—La retaguardia de su ejército es deshecha

en los desfiladeros de Elizondo: pierde bagajes y cañones.	16
Instan al rey católico para que mande á Italia al Gran-Capitan.—Dispónelo el rey.—Previsiones que gozoso hace aquel inmortal caudillo.—Su gran prestigio.	17
Derrota de los franceses en Novara.—Por esto suspéndese la marcha á Italia del Gran-Capitan.—Sigue la ingratitud del rey con aquel eminente varon.—Sacrificio pecuniario que hace.	18

Año 1513.

Fallece Julio II.—Sube al trono pontificio el cardenal Juan de Médicis (Leon X).—Confedérase Francia con la señoría de Venecia.	18
Tregua entre España y Francia.—Disgústase el emperador.— Tratado entre franceses y suizos, á consecuencia de la batalla de Novara.—Fundamentos del tratado.—Atraviesa don Ramon de Cardona el Milanésado.—Pasa á Venecia.—Dirigese á Vicenza.—Gran botin que lleva.—Ataca Bartolomeo Albiano á Cardona.	19
Batalla de Vicenza.—Notable triunfo de Cardona y los españoles.—Interviene el Sumo Pontífice.—Accede Cardona.—Pasa á Pamplona el rey católico.—Tregua entre Fernando V y Luis XII.	20
Bien entendida política del rey de España.—Es nombrado virey de Navarra D. Diego Fernandez de Córdova, célebre y valeroso alcaide de los donceles.—Embajada de los ex-reyes de Navarra á Fernando V.—Contestacion de este.—Unése definitivamente Navarra á la corona de Castilla.— Toma el rey, por el pronto, el título de <i>depositarario</i> .	21
Reflexiones acerca de la importante conquista de Navarra, y reunion de la nacion española.	22
Declárase la <i>anexion</i> de Navarra á España (1515).—Carta de Gonzalo de Córdova á Fernando V.—Fragmento de otra del mismo Gran-Capitan.	23
Suspiciacia del rey.—Aconseja á Gonzalo permanezca en Loja.—Respuesta de aquel á D. Fernando.	24
Solicitudes que, por via de pruebas, hace Gonzalo al monarca.—Son denegadas.—Disgústase el Gran-Capitan.—Recibe aviso del rey para que pase á Valladolid á donde estaba la córte.—Contestacion evasiva de Gonzalo.	25

Año 1514.

Comienza á quebrantarse la salud del rey.—Paz entre Inglaterra y Francia, contra España.—Proyecto matrimonial.—Ruptura de relaciones entre Fernando V y Enrique VIII, á pesar de las eficaces diligencias de la reina doña Catalina, esposa del último é hija del primero.	25
--	----

Año 1515.

Fallece Luis XII de Francia (1.º Enero).—Sube al trono el duque de Angouleme, Francisco I.—Circunstancias de este	
---	--

rey.—Sus proyectos ambiciosos.—Continúa Fernando V, á pesar de su enfermedad, siendo el primer político de su época.	26
Proyectos matrimoniales.—Prepárase Fernando V para los acontecimientos que en Europa se esperan.—Agrávase el estado de su salud.—Declárase en las Cortes de Búrgos la union definitiva de Navarra á Castilla.—Dispónense Cortes de Aragon en Calatayud.—Peticiones del rey á las Cortes.—Respuesta de estas.	27
Divergencia entre los procuradores.—Agrávase el rey.—Apé-lase á subsidios y préstamos particulares.—Priva de oficio á los disidentes.—Regresa á Castilla.—Es hecho prisionero en Italia Próspero Colonna, general de los españoles, por el señor de la Paliza.—Ingratitud del rey con Pedro Navarro, conde de Olivetto.	28
Pásase á Francia Pedro Navarro.—El rey trata de enmendar su ingratitude, fuera de tiempo.—Batalla entre suizos y franceses.—Distínguese en ella el rey Francisco I.—Vencen los franceses.—Batalla de Marignano, llamada <i>Combate de los gigantes</i> .—Alianse Leon X y Francisco I con la república de Venecia.	29
Alianza España é Inglaterra.—Enferma el celeberrimo Gran-Capitan, de cuartanas.—Enferma tambien de espíritu, más que de cuerpo.—Llévanle á Granada su esposa y su hija.—Palabras que pronuncia poco antes de espirar.—Fallece.—Colócanse en su túmulo DOSCIENTAS BANDERAS Y DOS PENDONES REALES, QUITADOS POR ÉL Á LOS ENEMIGOS.—Curiosa noticia.	30
Sus títulos y honores.—Su elogio.—Escribe Fernando V el pésame á la viuda de aquel hombre insigne.—Su nuevo elogio.	31
Año 1516.	
Llega el doliente Fernando V á la Abadía.—Se le presenta el ayo y préceptor de D. Carlos, nieto del rey, llamado Adriano de Utrecht, dean de Lovaina.—Acuerdo entre el rey y el dean, como legado del príncipe de Asturias.—Conoce el rey que se apróxima su última hora.	32
Palabras del rey al saber la llegada del cardenal Adriano.—Determina el rey trasladarse á Guadalupe.—No puede llegar.—Otorga su testamento.—Llega desde Lérida la reina Germana.—Consulta al consejo acerca de la regencia del reino.—Es elegido para regente el gran cardenal Jiménez de Cisneros.—Disposiciones testamentarias.	33
Fallece el gran Fernando V de Aragon y de Castilla (23 de Enero) en Santa María, extramuros de Madrigalejo.—Inscripcion.—Su elogio.	34
Páginas dedicadas á los Reyes Católicos.	36
Pragmáticas y ordenanzas expedidas por dichos soberanos.	38
Elogio especial de la grande y magnánima Isabel I.	43
Del arte militar.	47

- Continúa el elogio de ambos soberanos. 48
 Elogio de Isabel I, hecho por el Dr. Londynski. 49

REGENCIA DEL CARDENAL CISNEROS.

- Dificultades que se presentan al regente.—Política de Cisneros para apoderarse del infante D. Fernando, hermano del príncipe D. Carlos.—Dedicase á traer á sí al dean de Lovaina, representante del príncipe D. Carlos. 51
 Carta de este al regente.—Queda Adriano de embajador en la corte.—Caminan de acuerdo los dos regentes.—Ambicion del príncipe.—Dirigese á Cisneros para que le reconozca como rey, á pesar de no haber fallecido su madre la reina doña Juana. 52
 El príncipe es manejado por sus favoritos extranjeros.—Reserva de la grandeza respecto de Cisneros.—Opónese aquella á las pretensiones del príncipe.—Enérgico carácter de Cisneros.—Proclamacion de D. Carlos como rey de España, etc. 53
 Preséntase á Cisneros una comision de la grandeza.—Energía del cardenal.—*Originales poderes* en que se apoya.—Creacion de una milicia ciudadana.—Circunstancias de esta.—Aprovéchanse de esta institucion los turbulentos. 54
 Sublévase Valladolid.—Imitanla Búrgos, Salamanca y Leon.—Serenidad imperturbable del cardenal.—Importante nota del Sr. Lafuente. 55
 Descabellada intentona de D. Juan d'Albret sobre Navarra.—Destruyela el cardenal.—Acertadas providencias de este.—Encuentro desgraciado con Barbaroja, corsario.—Disgústanse pueblo y regente con el nuevo rey.—Cisneros vuelve á América la vista, en favor de los negros. 56

Año 1517.

- Estado violento de los españoles.—Recuerdo de los Reyes Católicos. 57
 Desconcierto en la administracion, á pesar del regente y por culpa del rey.—Guillermo de Croy, señor de Chievres.—Viene á España, en calidad de co-regentes, el flamenco La-Chau, y el holandés Amerstoff.—Dignidad y firmeza de Cisneros. 58
 Desembarca en Villaviciosa (Asturias) el nuevo rey.

DINASTÍA AUSTRIACA.

D. CARLOS I.

- Sale de Madrid el cardenal á recibir al soberano.—Detiéndose aquel, enfermo, en Boceguillas.—Pasa adelante y vuelve á

detenerse en Roa.—Llega el rey al convento del Abrojo, cerca de Valladolid.	59
Carta fatal é injusta del jóven rey al benemérito cardenal.—Fallece este.—A qué se achacó su muerte.—Elogio de aquel eminente varon.	60
Juicio del autor.	61
Documentos importantes.	62
Célebre universidad de Alcalá de Henares.—BIBLIA POLÍGLOTA.	65
Extraordinario elogio de Cisneros, hecho en muy pocas palabras por Francisco I de Francia.	66
Retrato físico del célebre cardenal.—Sentimiento del pueblo por la muerte de aquel.—Entrada solemne y ostentosa de Carlos I en Valladolid.—Justas, torneos y regocijos.—Martín Lutero.—Principia á darse á conocer como heresiarca.	68

Año 1518.

Córtes en Valladolid.—Disgústanse los procuradores.—El doctor Juan de Zumel, procurador por Búrgos.—Su franca independencia.—Celebridad de las expresadas Córtes.—Escollo en que se tropieza para la proclamacion del rey.—Zumel y el canciller Sauvage.	69
Firme dignidad de los castellanos frente á los avaros y ambiciosos flamencos.—Circunstancias del rey.	70
Continúan las reyertas entre Zumel y Sauvage.—Sesion régia.—Jura el rey á gusto de las Córtes.—No quedan, sin embargo, satisfechos los procuradores.	71
Es jurado el rey por las Córtes.—Disposiciones que se adoptan para mientras viviese la reina doña Juana.—Proposiciones hechas al rey por las Córtes.	72
Respuesta del rey.—Valor y gallardía de este.—Trasládase el rey á Tordesillas.—Visita á su madre.—Manejos de los flamencos.	73
Pasa el rey á Aragon.—Jura los fueros en Calatayud.—Ratifica en Zaragoza la paz con Francia.—Entra el rey en la confederacion contra el turco, con Francia é Inglaterra.—Herejía de Lutero.	74

Año 1519.

Toma el rey la vuelta de Cataluña.—Dificultades que se encuentran para formular el juramento.—Fallece Maximiliano, emperador de Alemania.—Deja nombrado sucesor suyo á su nieto el rey de España.	75
Preséntase Francisco I como aspirante á la corona imperial.—Tambien le imita Enrique VIII.—Intrigas de Francisco.—Circunstancias de Europa.—Abrese la Dieta de Francfort.—Electores.—Es elegido emperador el duque de Sajonia, Federico el Prudente.—Renuncia.—Manifiesta el derecho y la conveniencia de que ciña la corona imperial Carlos I de Es-	

paña.—Es este elegido rey de romanos y emperador de Alemania.	76
Pasa á España el conde Palatino, á dar conocimiento de la eleccion al nuevo emperador.—Viaje, en aquellos tiempos, prodigioso.—Toma D. Carlos el título de <i>Magestad</i> .—Disgusto de los españoles.—Continúa avaricia de los flamencos.	77
Avaricia de Chievres.	78
Proyecta el emperador su viaje á Alemania.—Opónense casi todos los españoles.—Insurreccion de españoles.—Sale de Valladolid el rey.—Los vecinos tocan á rebato y se arman.—Cruelles castigos.	79
Estado alarmante de Valencia.—Armanse los artesanos.—Pretexto para verificarlo.—Desgracia de un tahonero.	80
Conviértese un cardador en jefe supremo del pueblo.—Unesele un tejedor.—Fórmase la junta de los Trece.—Germanias de Valencia.	81

Año 1520.

Detiéndose el rey en Villalpando para escuchar á los mensajeros de Toledo y Salamanca.—Acre y altanera contestacion dada por Chievres, en nombre del rey.—Sigue el rey á Galicia, y tras él los mensajeros.—Reúnense en Santiago los procuradores de todas las ciudades.—Son desterrados los procuradores de Toledo.—Sale desterrado el conde de Villalva.—Abrense las sesiones bajo la presidencia del canceller Gattinara.	82
Abre la sesion régia con un discurso el obispo de Badajoz, D. Pedro Ruiz de la Mota.—Toma el rey la palabra.—Comienza en las Córtes la divergencia de pareceres.	83
Segovia y Cuenca acceden á los deseos del rey.—Ganan partido los flamencos con dádivas é intrigas.—Suspéndense las sesiones.—Sale el rey para la Coruña.—Ciudades que votaron en pro y en contra de los deseos del rey.	84
Trasládanse las Córtes á la Coruña.—Abrense las sesiones.—Disgusto de los magnates.—Insurrecciónanse Segovia y Toledo.—JUAN DE PADILLA.—Sale de Toledo.—El pueblo le hace regresar.—Enciérranle, para ponerle á cubierto, en la catedral.	85
Rodean el templo <i>siete mil</i> populares.—Toman los sublevados la ciudad, el alcázar, las puertas y los puentes.—Llega don Pedro Laso de la Vega, comisionado por Toledo.—Sublévase Segovia.—Barbarie inaudita de los sublevados.	86
D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora.—Pronúnciase Zamora.—Siguenla Toro, Madrid, Avila, Cuenca, Soria, Alcalá, etc.	87
Horrores cometidos por los comuneros en Cuenca.—Comienza en Búrgos la insurreccion.	88
Propáganse las comunidades.—Regresa la corte á Valladolid.—Dirigense el rey á Alemania.—El alcalde Ronquillo.—Reúnense á Padilla Juan Bravo y Juan de Zapata, y acometen á Ronquillo.—Este es vencido.	89

Sublévase Salamanca.—Siguen Murcia y otras ciudades.—Dirigense los imperiales contra Segovia.—Choque con los de Medina.—Carta de Medina á Valladolid.	90
Carta de Segovia á Medina.	91
Estalla en Valladolid la insurreccion.—Triste espectáculo que ofrece la España de los Reyes Católicos.—Créase la <i>Junta Santa</i> .	92
Primeros actos de la Junta.—Preséntanse á la reina los jefes comuneros.—Recíbelos muy bien la reina.—Instálase la Junta en la residencia real.—Dirigese Padilla con su ejército á Valladolid.—Prende de los consejeros á los menos veloces.	93
Apodérase Padilla del real sello.—Dícese que la reina ha recobrado la razon.—Prosperan las comunidades.	94
Desfavorables circunstancias de Padilla.—Torpezas de los comuneros en no tomar por bandera el nombre del infante D. Fernando.	95
Capítulos de peticiones hechos al rey por los comuneros.	96
De los mensajeros que pasan á Flandes, es uno preso en Worms.—No quiere oírles el rey de Portugal.—Providencias adoptadas por el emperador.—Instrucciones dadas al almirante y al condestable.	98
Contentan á algunos las providencias adoptadas por el emperador.—Trasládase disfrazado el cardenal á Medina de Rioseco.—El condestable remite á Búrgos órdenes reservadas.—Rapidez y oportunidad en las operaciones de los regentes.	99
Choques entre los imperialistas y las comunidades.—Castigos.—Próceres que salen con ejército contra aquellos á campaña.—Inaccion y desconcierto de los comuneros.—D. Fadrique Enriquez.	100
Carta del almirante á la ciudad de Valladolid.	101
Mala conducta observada por las comunidades.—Conferencia el almirante con tres individuos de la <i>Santa Junta</i> .	103
Exigencias de los comuneros.—Triste suceso ocurrido con los comisarios de la Santa Junta que se dirigen á Búrgos.	104
Juan de Padilla y D. Pedro Laso de la Vega.—D. Pedro Giron.—Demuéstrase la ambición de Padilla.—Retírase á Toledo con sus parciales.	105
Siéntelo la Junta.—Llega D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora, al campo comunero.—Caudillos que mandaban el ejército imperial.—Llega Giron á Rioseco.	106
Provocan las guerrillas de las comunidades al ejército imperialista.—No aceptan estos, por razones poderosas, la batalla.—Diligencias pacíficas de la chancillería de Valladolid.—Entabla aquella negociaciones con los regentes.—Muéstrase el poco deseo de avenencia de los comuneros.	107
Fr. Antonio de Guevara.—Traicion de D. Pedro Giron.—Ataca á Tordesillas la hueste imperial.—Batallon de clérigos.—Valor de los próceres y del ejército del emperador.—Palabras del conde de Cifuentes.—Penetran los imperialistas en Tordesillas.—Batalla dentro de la villa.—Se apoderan los imperialistas de la reina doña Juana.	108
Desórdenes hijos del triunfo.—Enemistades, hijas de la ambi-	

cion, entre los jefes comuneros.—Continúa asolando á Castilla la guerra civil.	109
Giron y Acuña pasan á Valladolid.—Queda el segundo con el mando de la ciudad.—Miseria en Castilla.—Desórdenes y robos.—Repite el cardenal á Valladolid los pacíficos mensajes.	110
Imprevisión antigua de Padilla respecto de Simancas.—Continúan los choques.—Germanías de Valencia.—Individuos de la <i>Junta de los Trece</i> .—Determinan los próceres valencianos mandar al rey, que se hallaba en Barcelona, un mensaje.	111
Determinan los Trece mandar también al rey un mensaje.—Carta real expedida en Fraga, en favor de los insurrectos.—Una comision de la germania pasa á cumplimentar al cardenal.—Recíbela muy complaciente.—El rey en Lérida desaira á la comision de nobles.	112
Tristes sucesos ocurridos en Murviedro.—Horrores ejecutados por los agermanados.—Horrorosa y sangrienta escena ocurrida entre un noble y un artesano.—Debilidad del rey.—Imprudente determinacion.—El conde de Mérito.—El virey presenta sus poderes á los estamentos de Valencia.—Prepárase la pública entrada del virey.	113
Dirigese á la catedral.—Guillem Sorolla.—Su osadía.—Es jurado el conde de Mérito.—Protesta de los estamentos.—Fuertes palabras de Sorolla.—Llega la eleccion de jurados.—Vencen los <i>Trece</i> .—Escándalo.	114
Revista.—Desmanes de Sorolla.—Asalta el palacio.—Defensa heroica.—Infame ardid de Sorolla.—Produce aquel un motin.—Quieren los insurrectos arrastrar al virey.	115
Nueva y heroica defensa.—Huye el virey, taladrando tabiques.—Queda mandando en Valencia el marqués del Zente, hermano del virey.—Prudencia y bondad del anciano obispo de Segorbe.—Pasa el fugitivo virey á Játiva, y de aquí á Denia.—El vizconde de Chelva.—Horrible venganza de los <i>Trece</i>	116
Lealtad de Morella.—Atropello hecho con un infeliz salinero.—Horrible sacrilegio y feroz asesinato.	117
Juan Lorenzo.—Llega D. Carlos á Alemania.—Motivos de enemistad de Francisco I á Carlos V de Alemania y I de España.	118
Tratado que se firma entre ambos monarcas.—El cardenal Wolsey.	119
Pasa el emperador á Inglaterra.—Importantes resultados de dicho viaje.—Trasládase Carlos á Aquisgram.—Visita Enrique VIII á Carlos I, despues de haberse aquel avistado con Francisco I en el <i>campo de la Tela de Oro</i> .—Solemne coronacion del emperador.	120
Este convoca la Dieta imperial en Worms.—Atrevimiento de Martin Lutero.—Providencias adoptadas contra este por el Sumo Pontifice.—Notifícase al heresiarca la sentencia.—Punible osadía de Lutero.	121

DECENIO TERCERO.

Año 1521.

Páginas.

Dirigese Juan de Padilla contra Medina.—Prepárase un golpe igual contra Tordesillas.—Torpeza de los caudillos comuneros.—No se dan los golpes contra las ciudades amenazadas.—Tratan las comunidades de elegir jefe supremo por la defeccion de Giron.—Los procuradores prefieren á Laso de la Vega, y el pueblo á Padilla.	122
El pueblo tumultuosamente aclama á Padilla.—Es elegido Padilla.—Disgústase Laso de la Vega.—Compromiso en que se halla el condestable Velasco.—Búrgos trata de pronunciarse.—Recibe el condestable socorros.—Restablécese la paz en Búrgos.—Sublévanse Navarra, las provincias Vascongadas y las merindades.—El conde de Salvatierra.	123
Salen contra Ampudia Padilla y Acuña.—Abren brecha los comuneros en la muralla.—Ataca Padilla el castillo de Mormojon.—Ríndese este y el castillo de Ampudia.—Util política del condestable.—Fallece el arzobispo de Toledo.—Trata Acuña de reemplazarle.—Dirigese á la imperial ciudad.	124
Tumulto en Valladolid.—Entra en tratos secretos Laso de la Vega con el regente.—Motin en el campamento comunero.—Procura Padilla atajar el mal.	125
Salen Padilla, Bravo, Maldonado y Zapata contra Torrelobaton.—Refuerzos recibidos por los imperialistas.—Mal proceder de los comuneros.	126
Estupidez de los mismos.—Paz entre realistas y comuneros.—Peticiones de estos.	127
Desconfian los nobles de los comuneros.—Edicto publicado por el condestable.—Disposicion adoptada por los de Valladolid contra el edicto.	128

BATALLA DE VILLALAR.

Resolucion de los aragoneses.—El condestable con un cuerpo de ejército toma la vuelta de Tordesillas.—Reúne sus fuerzas militares Padilla.—Reúnese al condestable su hijo el conde de Haro, con otro cuerpo de ejército.—Triste aspecto del cielo, y desconcierto de los elementos al dirigirse Padilla á la batalla.—Toma dicho caudillo la vuelta de Toro.	129
Comienza la batalla á la vista de Villalar.—Desbándanse los comuneros.—Procura Padilla ordenarlos.—Rompe el fuego la artillería.	130
Gran valor de Padilla.—Restablece un poco la batalla.—Cae el célebre comunero prisionero.—Cobarde infamia de don Juan de Ulloa.—Quedan tambien prisioneros Juan Bravo y Francisco Maldonado.—Completa derrota del ejército comunero.	131
Sentencia de Padilla, Bravo y Maldonado.—Noble serenidad y heroica firmeza del primero.	132

Caminan al suplicio.—Palabras de Juan Bravo, dirigidas al pregonero.—Idem de Padilla, á Bravo.—Idem de Bravo, al verdugo.—Idem de Padilla, á D. Enrique de Sandoval.—Últimas palabras de Padilla.	133
Entran en Valladolid los imperiales.—Entréganse Madrid y otras ciudades.—El conde de Salvatierra es derrotado en el puente de Durana.—Quedan tranquilas las merindades.—Aparece D. Antonio de Acuña.—Es atacado por Zúñiga cerca del Romeral.	134
Vence Acuña.—Suspéndense las operaciones de campaña durante la Semana Santa.—Penetra el obispo en Toledo, disfrazado.—Recíbele el pueblo triunfalmente.—En medio de los oficios de tinieblas (viernes Santo) es proclamado arzobispo de Toledo el obispo Acuña.—Cae sobre Mora el prior de San Juan (Zúñiga).—Penetra en la villa.—Prende fuego á esta.	135
Sale Acuña en persecucion de Zúñiga con su hueste.—Hácese fuertes los imperiales en el cerro del Aguila.—Arrojo y resistencia del prelado.—Ardid de que se valen los sitiados.—Huyen los de Acuña.—Este da un nuevo escándalo.	136
Necia ambicion de Acuña.—Poca nobleza de los franceses.—Toledo.	137
DOÑA MARÍA DE PACHECO.—Suple heroicamente á su difunto esposo.—El gobierno manda tropas contra Toledo.—Zúñiga establece el sitio.—Bárbara crueldad del pueblo, y conducta poco digna de doña María.	138
Trata el gobierno de ganar á doña María.—Entra con este objeto en Toledo el marqués de Villena, tío de doña María.—Llega con el mismo designio el duque de Maqueda.—Tienen que escapar ambos á una de caballo.—Escápase Acuña disfrazado.—Es conocido y aprisionado en Navarra.	139
Choques entre imperialistas y comuneros.—Sorprenden al prior de San Juan.—Este es socorrido.—Destroza á los comuneros.—Trátase de paz.—Condiciones de esta.	140
Firmase el convenio.—No hay buena fé de ninguna parte.—Continúan en Valencia las germanías.—El carpintero Estellés.—Choca junto á Oropesa con el duque de Segorbe.	141
Este vence al carpintero, que es aprisionado y llevado á la horca.—Nuevo general, <i>confitero</i> , llamado Jaime Ros.—No puede tomar á Corvera.—Dirigese contra el castillo de Játiva, pero pasa á Mogente.—Retirase y vuelve sobre Játiva.—Entrégase la fortaleza.—Bárbaro asesinato de D. Guillel Crespi.—Moros valencianos.	142
Motin entre aquellos.—Sale el ejército agermanado y toma la yuelta de Murviedro.—Sale á encontrarle el duque de Segorbe.—Vence este.	143
Derrota de los de la germania.—Choque entre el conde de Mérito y Vicente Peris.—Este último dirigese contra los moros refugiados en el castillo de Polop.—Barbarie, so pretexto de religion, de los agermanados.	144
Toma á Elche el marqués de los Velez.—Ríndense otros puntos.—Terrible y decisiva derrota de los agermanados.—Es prisionero Pedro Palomares en la expresada batalla de Ori-	



huela.—Es ahorcado con los individuos de la junta de los Trece.—Llamam los agermanados en su auxilio al infante don Enrique.—Peris aparece en Valencia y todo lo trastorna.—Aniversario de la conquista de Valencia.	145
Ataque simultáneo por cuatro partes contra Valencia.—Ríndese la plaza.—Dirigese contra Alcira el conde de Mérito.—Peris en Játiva.—Su mala fé.—Traicion.—Prende al marqués del Zenete.	146

GUERRAS DE ITALIA.

Alianza entre Carlos I de España y Enrique VIII de Inglaterra.	147
Alíase Carlos también con el Sumo Pontífice.—Roberto de la Marca.—Traicion de este.—Mala fé de Francisco I de Francia.—Invasion francesa por Navarra.	148
Segunda invasion, y toma de Fuenterrabia.—Lautrec invade los estados del Papa.—Es nombrado general del ejército del César, Próspero Colonna.—Francisco I pide auxilio á Suiza.	149
Sorpresa de Milan por el marqués de Pescara.—Huye Lautrec á Venecia.—Vuelven al dominio del Pontífice Parma y Plasencia.—Fallece Leon X.—Reúnese el cónclave.	150

REFORMA LUTERANA.

Reúnese la Dieta en Worms.—Defiende siempre el elector de Sajonia á Lutero.—Decision de la Dieta.—Es llamado á ella el heresiarca.	151
Palabras que pronuncia Carlos I al ver á Lutero.—Es este preguntado por el arzobispo de Tréveris.—Contestacion de Lutero.—Solemne declaracion del emperador.	152
Dáse escape al hereje, cumpliendo con el salvoconducto, sin embargo de lo cual se expide la órden de prision contra él.—Necio orgullo del heresiarca, encerrado en Wartburgo.	153
Acuerdo tomado por la universidad de Paris contra Lutero.	154

Año 1522.

TÉRMINO DE LAS FAMOSAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

Es elegido Pontífice el cardenal Adriano, dean de Lovaina y ayo que habia sido del emperador.—Alegría en Castilla.	154
Imprudencia de un jóven.—Defiéndele su padre.—Este es preso.—Quieren libartarle los comuneros.—Es sentenciado á muerte.—Intercede por él doña María Pacheco.—Ejecútase la sentencia.—Gutierrez Lopez de Padilla.—Evacuan á Toledo los comuneros.	155
Sale disfrazada de Toledo doña María Pacheco.—Nobleza de un soldado castellano.—Excesos de los imperialistas.—	

Desaparece la casa solar de Padilla.	156
Perdon general del rey.—Regresa á España el emperador.— Nuevos procesos.—D. Pedro Maldonado Pimentel.—Su sup- plicio.	157

TÉRMINO DE LAS GERMANÍAS DE VALENCIA.

El ENCUBIERTO.—Su supuesta historia.—Sus circunstancias y cualidades.	158
Introdúcese Peris en Valencia.—Es atacada su casa.—Gran valor de una y otra parte.—Horrores.	159
Huyen la esposa é hijos de Peris.—Ríndese este al capitán D. Diego Ladron.—Es el prisionero bárbaramente asesina- do.—Barbarie del pueblo.—Perecen otros agermanados.— Determina el <i>Encubierto</i> pasar á Valencia, para vengar á Peris.—No entra en la ciudad.—Retírase á Burjasot.—Es sorprendido y asesinado.—Entran el cadáver del infeliz <i>En- cubierto</i> en Valencia.—Colocan su cabeza sobre la puerta de Cuarte.	160
Notable circunstancia en la defensa de Játiva.—Ríndese la ciudad.—Ríndese Alcira.—Perece Guillem Sorolla.—Queda destruida la junta de los <i>Trece</i> .—Sucumben las germanías.	161

GUERRAS DE ITALIA.

Año 1522.

Batalla de Bicoca.—Notable triunfo de los españoles.—Rin- dese Génova.—Pasa Carlos I á Inglaterra.	162
Reanuda el emperador su amistad con Wolsey.—Es nombra- do primer almirante de España el conde de Surrey.—Circun- stancias en que se encontraba Francisco I.—Dirígese á Calais el ejército francés.—Acude á la defensa del puerto Enrique VIII.—Surrey recorre las costas de Normandía y de Bretaña.—Regresa á España Carlos I.	163
Circunstancias del Papa Adriano VI.—Conciencia de este Pon- tífice.	164

Año 1523.

EL DUQUE DE BORBON.

Confedérase también Adriano VI contra el rey de Francia.— El duque de Borbon.—Injusta persecucion que sufre.—Odio que le profesaba la reina madre.	165
Decrétase la ruina del condestable Borbon.—Este queda ar- ruinado.—Irritado ofrece su brazo y espada al emperador.— Retírase á Moulins.—Pasa á visitarle Francisco I.—Falsedad innoble de Borbon.	166
Marcha á Italia el ejército francés.—Su general, Bonnivet,	

sitia á Milan con cuarenta mil hombres.—Fallece Adriano VI.—Es elegido Pontifice el cardenal de Médicis (Clemente VII).—Oféndese nuevamente Wolsey.—Penetra lord Suffolk en Picardía.—Franquean los españoles los Pirineos. 167

Año 1524.

GUERRA DE ITALIA.

- Jefes del ejército español que se hallaban en Italia.—Es diezmado el ejército francés por las escaseces y las enfermedades.—Bonnivet decide volver á Francia.—Detiéndenle los españoles junto al Sessia.—Batalla.—Es herido Bonnivét.—El caballero Bayardo salva al ejército francés de la completa derrota.—Es mortalmente herido. 168
- Su valor.—Últimas palabras que dirige á Borbon.—Decídese Bonnivét á regresar á su país con el destrozado ejército.—Atraviesa Francisco I el Mont-Cenis y dirígese á Milan.—Ejército del emperador.—El marqués de Pescara. 169
- Horrorosa peste en Milan.—Salen de la plaza Lannoy y Pescara.—Entra en ella el mariscal La-Tremouille.—Antonio de Leiva.—Miseria en el campamento del César.—Dirígese Francisco I contra Pavía. 170

SITIO Y ASALTO DE PAVÍA.

- Toma el francés los lugares circunvecinos.—Asalto.—Muere Longueville, general francés.—Heróica defensa hecha por el famélico ejército del César. 170
- Manda Francisco I suspender el fuego y los ataques.—Resolución tomada por el veterano Leiva.—Pasquin colocado en Roma.—Valerosa resolución del marqués de Pescara. 171
- Palabras de los centinelas avanzados de Melzo.—Idem del valeroso Pescara.—Heróico valor de los españoles.—Regresan á Lodi Pescara y sus españoles, con los prisioneros y el botín de Melzo. 172
- Nuevo pasquin que aparece en Roma.—Mensaje que manda Francisco I á Pescara.—Célebre y casi profética respuesta de Pescara.—Heróico sufrimiento de Leiva y de sus soldados. 173

ESPAÑA.

- Consulta el emperador á su consejo, acerca de la suerte de los moros bautizados violentamente por los agermanados.—Nobles palabras del emperador respecto de un comunero. 174

Año 1525.

CÉLEBRE BATALLA DE PAVÍA.

- El duque de Borbon entra en Lombardia.—Incorpórase al ejército del César.—Apuros en el campo imperial.—El alfé-

rez Cisneros.—Su astucia para socorrer á los sitiados de Pavia.	175
Palabras de Cisneros.—Su valor.—Mensaje por segunda vez mandado á Pescara por Francisco I.	176
Contestacion del marqués.—Reune Pescara á los caudillos.—Arbitrio que propone para pagar á los sediciosos alemanes.—Generoso desprendimiento de los españoles.	177
Pónese en movimiento el campo imperial.—Disposicion y órden del ejército.	178
Toma en pocas horas la villa de Santángelo.—Recibe Francisco I al campo enemigo con una salva de honor.—Táctica que adopta el entendido Pescara.	179
Resultado de dicha táctica.—Celébrase consejo de guerra.—Arenga Pescara á los famélicos españoles.	180
Incendia Pescara el campamento.—Engañase el rey de Francia.—Palabras de Francisco I.—Bando que manda publicar el rey Francisco, tan ridículo como cruel.—Palabras de Pescara al escuchar el bando.	181
Comienza la batalla.—Sus detalles.	182
Valor del rey de Francia.—Cae prisionero.—Peligro que corre.—Lealtad de la nobleza francesa.	183
Recibe con dignidad á los caudillos españoles.—Palabras que dirige al marqués del Vasto.—Disgusto que le ocasiona la vista de Borbon.—Príncipes y señores, muertos en la famosa jornada de Pavia.	184
Príncipes y capitanes prisioneros.	185
Dichos de los soldados al ver al rey prisionero.—Originales palabras de un soldado español.	186
Contestacion del rey.—Alójase el ejército imperial en el que fué campamento francés.—Cae prisionero el llamado rey de Navarra.—Infame traicion hecha por un aldeano al desgraciado príncipe de Escocia.—Es cobardemente asesinado.—Pescara manda ahorcar al asesino, aunque el príncipe era enemigo de España.—Elogia Francisco I á Leiva por la defensa de Pavia.—Despojos importantes fruto de la victoria.	187
Fragmentos de una carta de Francisco I al emperador.—Carta del rey prisionero á la reina Luisa su madre.—Carta de esta señora á Carlos I de España.	188
Respuesta del emperador á la reina madre, Luisa de Saboya.	189
Pacta el Sumo Pontifice con el conde de Lannoy.—Nueva sedicion de los alemanes.—Comienza á fraguarse entre varios soberanos una conjuracion contra el poder del emperador.	190

PRISION Y TRASLACION DE FRANCISCO I.

Consulta Carlos I á su consejo, acerca del real prisionero.—Decidese el César por el parecer del duque Alba.—Envíanse proposiciones á Francisco I.—Este, irritado, las desecha.—Cambia poco á poco de parecer.	191
Renuévanse las gestiones en favor de la libertad del rey.—Ofrecimientos del francés.—Traslacion á Madrid del rey prisionero.	192

Llega á Madrid el rey de Francia.—Córtes en Toledo.—Enferma Francisco I.—Dan parte al emperador del mal estado del enfermo.	193
Dirigese á Madrid el emperador.—Humildes y bajas palabras que dirige el rey al emperador.	194
Viene á Madrid la princesa Margarita, hermana de Francisco I.—Administran á este los Santos Sacramentos.—Hácese públicas rogativas.—Mejora el rey.—Trátase de la libertad de este.—Llega á España el duque de Borbon.—Obsequios que se le hacen.	195
Trata la princesa de proporcionar á su hermano la fuga.—Se frustra el proyecto.—Figura querer abdicar en su hijo el rey Francisco.—Regresa á Francia la princesa.	196

ITALIA.

Intrigas de la reina Luisa, madre de Francisco I.	197
Gerónimo Moron, canceller de Milan.—Sus circunstancias y cualidades.—Disgusto del marqués de Pescara con el emperador.—Diligencias del canceller para atraer á Pescara.	198
Consulta Pescara antes de decidirse á hacer traicion al emperador.—Poco noble decision del marqués de Pescara.—Su ambicion.	199
Traicion hecha por el marqués al canceller Moron.—Este es encerrado en el castillo de Pavia.—Marcha Pescara con tropas contra Milan.—Posesiónase de la ciudad y declara destituido al duque Sforzia.	200

Año 1526.

LIBERTAD DE FRANCISCO I.

Trátanse en el consejo las condiciones de la libertad.	200
<i>Concordia de Madrid</i> .—Bases de aquella.	201
Fírmase la concordia.	202
Mala fé de Francisco I.—Casamiento de este con doña Leonor de Portugal.—Palabras del rey, dirigidas al emperador.—Contestacion del segundo al primero.	203
Sepáranse ambos soberanos.—Palabras de despedida.—Programa del acto de libertad.	204
Verifícase la libertad del rey Francisco.—Palabras de este al verse libre.—Reúnese en San Juan de Luz con la reina Luisa, su madre.—Reclamaciones del rey, luego que se ve libre.—Instrucciones que da el emperador á sus representantes.	205
Ocurrencia con los moros valencianos.—Consulta el emperador al consejo.—Edicto real relativo á la expulsion de los moros.—Preséntanse los expulsados á la reina Germana, gobernadora de Valencia.	206
Ofertas de los mahometanos.—Mensajes y réplicas.—Piden los moros el bautismo.—Rebélanse los moros de Benaguacil.—	

Marchan tropas contra los sublevados.—Ríndense.	207
Refúgiansen muchos en la sierra de Espadan.—Eligen rey.— Marcha á la sierra el duque de Segorbc.—Triunfan los moros, á favor del terreno.—Bárbara crueldad de los moros en Chilches.—Sale de nuevo al campo el duque de Segorbe.	208
Pide refuerzos la reina doña Germana.—Disposiciones que toma el duque de Segorbe.—Son vencidos los moros.—El alférez Martín Vizcaino.—Acógense todos á la clemencia del emperador.—Quejas de los moros granadinos.	209
Concesiones que se les hacen.	210

ITALIA.

Da el emperador al duque de Borbon la investidura del ducado de Milan.—El mismo duque es agraciado con el cargo de general en jefe del ejército de Italia.—Fallece el marqués de Pescara.— Noticias acerca del mismo.	210
Alíase Francisco I con Clemente VII.—Fírmase la alianza en Cognac, llamada <i>Liga Santa</i> y <i>Liga Clementina</i> .—Bases del tratado.—Mala conducta de Clemente con el emperador.— Este nombra embajadores extraordinarios, que se dirigen á París.—Falacia del rey-caballero.	211
Falsas palabras del francés.—Refuerza el emperador el ejército de Italia.—Alianza con los Colonnas.—Entrega Sforzia á Borbon el castillo de Milan.—Indigna conducta de Francisco I.— Ordenes que expide el emperador.—Entran en Roma las huestes imperiales.	212
Refúgiase el Pontífice en el castillo de Sant'Angelo.—Capitula el Pontífice con D. Hugo de Moncada.—Sale este de Roma con sus tropas.—Levanta el duque de Urbino el sitio de Génova.—Refuerza el emperador el ejército de Italia.— Quebranta Clemente VII la tregua hecha con Moncada.—Este toma la vuelta de Roma.—Abandona Clemente la ciudad santa.	213

Año 1527.

ASALTO Y SAQUEO DE ROMA.

El duque de Borbon propone al canciller, sentenciado á muerte, el perdón y la libertad.—Por qué y para qué lo hizo.— Sale de Milan el duque con su ejército.	214
Sosiega un motin entre los soldados.—Pacto de Clemente VII con el virey Lannoy.—Este pide á Borbon que no se acerque á Roma.—El duque se desentendiende del mensaje.—El virey le pide una entrevista.—No la concede Borbon, y se dirige á Florencia.	215
No pudiendo llegar, se dirige á Roma.—Pónese en defensa la ciudad eterna.—Fulmina Clemente VII la excomunion contra el duque y su ejército.—Dáse el asalto.—Son rechazada-	

- dos los soldados de Borbon.—Este, para reanimar á los suyos, sube el primero por la escala.—Es herido mortalmente.—Animosas palabras que pronuncia.—Fallece. 216
- Continúa el asalto.—Horrores de todo género.—Palabras de un autor extranjero. 217
- Toma el mando del ejército imperial Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, también francés y proscrito.—Pone en orden el ejército.—Dirigese contra Sant'Angelo, en donde se encerró Clemente VII.—Faltan á este sus aliados.—Despojo que estos hacen para sí de los dominios del Pontífice. 218
- Este capitula con Orange.—Condiciones de la capitulación.—Fernando de Alarcon es nombrado jefe de la guardia de Clemente VII.—Epitafio de Borbon.—Reprobable conducta del emperador. 219
- Alianza contra este entre Francia é Inglaterra.—Confederanse también contra Carlos I Florencia y Venecia.—Llegan á Roma el virey de Nápoles, el marqués del Vasto y D. Hugo de Moncada.—Continúan los desórdenes en Roma.—Quiere contenerlos Lannoy y tiene que huir de Roma.—El príncipe de Orange, no queriendo mandar á tan indisciplinada turba, resigna el mando.—Fallece en Gaeta el conde de Lannoy, virey de Nápoles.—Toma el mando D. Hugo de Moncada. 220
- Francisco I de Francia manda á Italia un ejército, á las órdenes de Lautrec.—Este toma á Génova.—Lautrec se apodera de Pavía, hallándose poco menos que abandonada.—El francés se dirige á Roma.—Comienzan negociaciones sobre la libertad del Sumo Pontífice. 221
- Este accede á todo.—Se fuga de Sant'Angelo, y llega al campamento de los coaligados, en Orvieto. 222

ESPAÑA.

- Córtes en Valladolid.—Pidese un nuevo subsidio.—Dignidad de los procuradores.—No se vota el servicio. 222

Año 1528.

ESPAÑA.

- Córtes generales de Aragon, Cataluña y Valencia, en Monzon.—Es jurado el infante D. Felipe príncipe de Asturias.—Peticiónes hechas por las Córtes.—Accede á ellas el emperador.—Otórganle las Córtes un servicio de 200,000 libras.—Trasládanse las Córtes á Zaragoza. 223
- Se nombra un virey para Aragon.—Prepara Carlos I su viaje á Italia.—Carta de Alarcon al emperador.—Determina, con gran contento de los aragoneses, hacer de su cuenta el *Canal imperial de Aragon*.—Entra en Barcelona Carlos I, y es recibido con grandes muestras de placer.—Embácase para Italia.—Condiciones de libertad de los hijos de Francisco I. 224

GUERRA DE ITALIA.

- No acepta el francés las condiciones del rescate.—Cambio que se obró en el carácter del emperador.—Insolencia del francés y firmeza de Carlos I.—Francia é Inglaterra declaran la guerra á España.—Cartel de desafío que manda el mal caballero rey Francisco. 225
- Acepta con dignidad Carlos I.—Poco deseo de batirse demostrado por el retador.—No se verifica el duelo, merced á las diligencias de Francisco I.—Saca el príncipe de Orange al ejército imperial de Roma. 226
- Dirigese hácia los Apeninos.—Prudencia de los caudillos imperiales.—Lautrec la traduce por miedo.—Penetran en Nápoles el príncipe de Orange y el marqués del Vasto.—Queda burlado Lautrec.—Es derrotada la armada imperial por la genovesa.—Muere en la accion naval D. Hugo de Moncada y queda prisionero el marqués del Vasto.—Circunstancias que favorecieron la causa del emperador.—El célebre almirante Andrea d'Oria pasa al servicio de Carlos I.—Por qué lo hizo. 227
- Andrea d'Oria da vista á Nápoles.—Muere Lautrec.—Toma el mando del ejército francés el marqués de Saluzzo.—Retírase á Awersa, y perseguido por Orange, deja en poder de este la artillería, los bagajes, heridos, enfermos y hasta su propia recámara.—Queda prisionero el traidor Pedro Navarro. 228
- Orange pone sitio á Awersa.—Es gravemente herido el marqués de Saluzzo.—Capitula de bochornosa manera.—Sale avergonzado de Italia el diezmando ejército francés *sin armas ni bagajes*.—Muere su general Saluzzo en Nápoles, á consecuencia de las heridas. 229
- Abnegacion y desinterés de Andrea d'Oria.—Valor y grandes servicios del enfermo y veterano Antonio de Leiva. 230

Año 1529.

- Circunstancias en que se hallaban Francia y su rey.—Trátase de paz entre Clemente VII y Carlos I.—Ajústase la paz.—Condiciones de esta. 230
- Paz de Cambray, llamada *Paz de las Damas*.—Tratado humillante para Francisco I.—Disgústase con este su pueblo.—Elogio de Carlos I.—Desembarca en Génova el emperador.—Ejército de doscientos cincuenta mil turcos en Hungría. 231
- Cáptase el emperador con su trato y presencia la voluntad general en Italia.—Sus disposiciones en favor de la paz.—Manera con que Carlos demostró su aprecio al veterano Leiva.—Recibe cariñosamente al duque Sforzia. 232
- Pide Venecia la paz.—Celébrase la magnanimidad del emperador.—Condiciones de paz con Venecia.—Trasládase el emperador á Bolonia.—Recíbele el Sumo Pontífice con el sacro colegio.—Ostentosa entrada del emperador en Bolonia.—Solemne espectáculo. 233
- Nobleza y generosidad de Carlos con el duque de Milan.—

Tratado de paz y de alianza ofensiva y defensiva entre el emperador, Inglaterra, Francia, Portugal, Escocia, Polonia, Dinamarca, Bohemia, Milán, Ferrara, Venecia, Génova, Luca, Siena y los cantones católicos de Suiza.	234
---	-----

Año 1530.

Publicase el tratado de paz.—Solemne coronacion del emperador por el Sumo Pontífice.	234
Queda fuera del tratado de paz la república florentina, por culpa de esta.—Dispone el emperador un ejército contra Florencia.—Penetra aquel en los dominios florentinos.—Pone sitio á la capital.—Heróica defensa.—Muere el bizarro príncipe de Orange.	235
Denuedo de D. Pedro Velez de Guevara.—Ríndese Florencia.—Determina el emperador pasar á Alemania.—Reúñese en Niponte á su hermano D. Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, infante de España.	236

REFORMA LUTERANA.

Convoca el emperador la Dieta en Spira.—Triunfa en ella el partido católico.—Sepáranse del acuerdo general el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el mandgrave de Brandemburg y otros.	236
Formulan su protesta.—Son por esto llamados <i>protestantes</i> .—Preséntase el emperador en Augsburgo.—Cuánto agrada su presencia y afabilidad.—Asiste á la procesion del <i>Corpus</i> .—Por qué fué llamado el elector de Sajonia Juan el <i>Testarudo</i> .—Profesion de fé de los protestantes, ó sea <i>Confesion de Augsburgo</i> .— <i>Contra-confesion</i> .—Edicto del emperador, dirigido á los luteranos.—Los jefes protestantes se retiran á Smakalde.	237
Prepáranse á la resistencia.—Termina el emperador la Dieta general.—Pasa á Colonia.—Pide á los electores del imperio que elijan rey de romanos á su hermano D. Fernando, y quédase él con el reino de España.	238

ESPAÑA.

Libertad de los hijos de Francisco I.—La reina Leonor es entregada tambien con los príncipes franceses.	238
---	-----

CONQUISTA DE MÉJICO.

Grijalva en <i>Nueva-España</i> .—Isla de los Sacrificios.—Regresa Juan de Grijalva á Cuba, cargado de riquezas.	239
Diego Velazquez, gobernador de Cuba.—HERNAN CORTÉS.—Sus antecedentes.—Es nombrado capitán general del ejér-	

cito que ha de dirigirse á Méjico.	240
Conjúranse contra Cortés los envidiosos.—Velazquez piensa en deponer á Cortés.—Este se da á la vela.—Llega á Trinidad de Cuba y se encuentra con su destitucion.—Prosigue su viaje como si nada supiese.—Arriba á la Habana, en donde encuentra la orden para que se dé á prision.—No se entrega, y continúa su viaje.—Hace alto en la isla de Cozumel.—Exiguo ejército que lleva á sus órdenes.—Sus primeras providencias militares.	241
Llega Cortés al rio Grijalva.—Dirigese á Tabasco.—Bátese contra cuarenta mil hombres.—Hace frente con quinientos cincuenta soldados á los cuarenta mil indios.	242
Estos son derrotados.—Ríndese Tabasco.—Llámase el sitio de la batalla <i>Santa María de la Victoria</i> .—Recibe Cortés en Tabasco muchos regalos.—Doña MARINA.—Sorpréndese el emperador Motezuma con la noticia de la toma de Tabasco.—Envia á Cortés una embajada.—Utilidad de doña Marina al lado del conquistador.	243
Regalos de Motezuma.—Objeto de la embajada.—Respuesta de Cortés.—Simulacro en obsequio de los embajadores.—Quedan aterrados con las armas de fuego y el ejercicio de los caballos.—Política de Cortés con sus subordinados.—Nombra ayuntamiento en Vera-Cruz.—Resigna el mando.—Reeligenle por aclamacion.	244
Embajada del cacique de <i>Zempoala</i> .—Pasa Cortés á Zempoala.—Pónese de acuerdo con el cacique para hacer la guerra á Motezuma.—Alíase el conquistador con el cacique de <i>Quiabitslan</i> .—Funda Cortés la verdadera ciudad de Vera-Cruz.—Golpe en vago dado por Cortés.	245
Acuden los indios á la defensa de sus ídolos.—Ceden aquellos á las persuasivas razones de la discreta doña Marina.—Sorpréndense al ver las solemnes ceremonias del culto cristiano.—Conspiracion de los españoles contra Cortés.—Heróica é inaudita resolucion de Cortés.—QUEMA LAS NAVES.	246
Entusiasmo del pequeño ejército por Cortés.—Embajada de Tlascala.—Dase una batalla contra los tlascaltecas.—Venice Cortés.—Original regalo de Xicotencal.—Segunda batalla y segundo triunfo de Cortés.—Ardid de los sacerdotes mejicanos.	247
Perecen algunos sacerdotes indios, á manos de estos, á consecuencia del engaño.—Tlascala propone la paz á Cortés.—Traicion de <i>Cholula</i> .—Doña María salva á Cortés y á su tropa.—Degüello general de cholulanos.—Dirigese Cortés á la capital del imperio.—Sale el emperador Motezuma á recibirle.	248
Trage del emperador.—Respeto con que este trata al conquistador.—Ataca Qualpopoca, general mejicano, por sorpresa á Vera-Cruz.—Desastre que sufre la guarnicion española.	249
Audacia de Cortés.—Prende al emperador Motezuma, en medio de su corte: le pone grillos y lleva al cuartel de los españoles.—Qualpopoca y sus caudillos son entregados á Cortés.—Son castigados.—Motezuma pide á Cortés se aleje de su imperio.—Pide el conquistador á Motezuma brazos y	

medios á fin de construir naves para complacerle.—Aparece en el imperio Pánfilo de Narvaez, mandado por Diego Velazquez contra Cortés.	250
Encomienda este á Pedro de Alvarado la guarda de Motezuma, y él se dirige contra Narvaez.—Vence y hace prisionero á Narvaez, y reúne el ejército de este al suyo.—Lucha dentro de Méjico: el emperador Motezuma recibe una pedrada en la cabeza.—Fallece.—Es elegido emperador un hermano de Motezuma, llamado Quetlavaca.—Sangrientas escenas.—Evacua Cortés á Méjico durante la noche.	251
Prepárase la célebre batalla de <i>Otumba</i> .—Recuerda Cortés unas palabras de doña Marina, que le dan la victoria.—Horrible carnicería hecha en los mejicanos.—Triunfa Cortés en <i>Otumba</i>	252
Muere el emperador Quetlavaca.—Es proclamado emperador un sobrino de Motezuma, llamado Guatimozin.—Conspiracion en el campo español.—Bloquea Cortés á Méjico.—Asalto general.—Peligra la vida de Cortés.—Quien desertar los auxiliares.—Sosiégales Cortés y desisten.	253
Cae prisionero el emperador Guatimozin.—Crueldad ejecutada con él.—Muere ahorcado.—Queda terminada la célebre y memorable conquista de Méjico.	254

CONQUISTA DEL PERÚ.

FRANCISCO PIZARRO.—Únese con Diego de Almagro y Fernando Luque para conquistar el Perú.—Piden la venia al gobernador de Panamá.—Salen de Panamá y llegan á Quito.—Desembarca Pizarro en Tucamas.	255
Trabajos sufridos por el conquistador.—Saltan á tierra los exploradores en Tumbes.—Recibe Pizarro regalos de los indios.—Regresa Pizarro á Panamá y pide auxilios al gobernador, presentándole el oro que ha reunido.—No concede el gobernador la peticion.—Embárcase Pizarro con rumbo á Sevilla, para presentarse al emperador.—Encuéntrese en Toledo con Hernan Cortés.—Recibe el emperador muy bien á Pizarro: le premia y nombra capitán general y adelantado mayor de <i>Nueva-Castilla</i> (hoy Perú).—Regresa Pizarro al Nuevo-Mundo.—Disgústase Almagro con él.	256
D. Fernando de Luque reanuda la amistad de Pizarro y Almagro.	257

DECENIO CUARTO.

Año 1531.

ESPAÑA.

Gestiones del consejo de Castilla para que regrese á España el emperador.—Gestiones directas de los aragoneses en favor de sus fueros y privilegios.	257
--	-----

REFORMA LUTERANA.

- Los protestantes de Smalkalde imploran el auxilio de Francia é Inglaterra. 257
- Amores de Enrique VIII con Ana de Boulen (Ana Bolena).—Contestaciones del inglés con la Santa Sede.—Aliase secretamente Francisco I con los de Smalkalde. 258

PERÚ.

- Llega á Tumbez Francisco Pizarro con su reducido ejército.—Encuentra mal preparados á los peruanos, á consecuencia del mal comportamiento de los europeos.—Carga Pizarro de flanco sobre los enemigos.—Gana el conquistador la batalla. 258

Año 1532.

ESPAÑA.

- Córtes generales de Castilla, en Segovia.—Presidelas la emperatriz.—Presentan los procuradores 119 peticiones.—Quedan sin resolver, por la ausencia del emperador.—Los aragoneses mandan á Alemania un mensaje, por medio de don Hugo de Urries, señor de Ayerbe. 259

REFORMA LUTERANA.

- Tratado de paz en Nuremberg, entre el nuevo rey de romanos y los protestantes. 259
- Reunen sus fuerzas militares el emperador y su hermano don Fernando.—Levanta su campo de Hungría el feroz Soliman II, huyendo de D. Carlos y D. Fernando.—Pasa á Italia Carlos I.—Avistase con Clemente VII para tratar de la celebracion de un concilio general.—Desavenencia entre católicos y protestantes para la celebracion de aquel. 260

PERÚ.

- El cacique de Tumbez pide á Pizarro la paz. 260
- Funda el conquistador la colonia de San Miguel.—Atahualpa, emperador del Perú, solicita de Pizarro una entrevista.—Infame conducta de Pizarro. 261

Año 1533.

ESPAÑA.

- Regresa á España Carlos I.—Dirígese á Monzon.—Córtes generales de la corona aragonesa, en Monzon. 261

- Enferma en Barcelona la emperatriz.—Concede el emperador las peticiones hechas en Córtes.—Estas conceden al emperador un servicio de 200,000 escudos (de á 10 rs. de plata cada uno). 262

REFORMA LUTERANA.

- Liga general defensiva de los soberanos de Italia con el emperador.—Prepárase un fuerte ejército, bajo las órdenes de Antonio de Leiva.—Exceptúase Venecia de la confederacion. 262
- Mala fé de Francisco I.—Proposicion que hace al Pontífice.—Disgústanse por ella con el francés los protestantes. 263
- Sepárase Enrique VIII de Inglaterra de la comunión de la Iglesia católica.—Es proclamada Ana Bolena reina de Inglaterra.—Anula Clemente VII el matrimonio de Enrique, y fulmina la excomunion sobre él y su ilegítima esposa. . . . 264

PERÚ.

- Proposicion que hace el prisionero Atahualpa al avaro Pizarro.—Aceptala este. 264
- Manda algunos agentes á examinar los depósitos de oro que tiene el Inca.—Despojos y violencias cometidos por los españoles.—Infamia cometida con el emperador peruano.—Su horroroso suplicio.—Bárbara crueldad de Pizarro. . . . 265

Año 1534.

ESPAÑA.

- Trasládase á Madrid Carlos I.—Dispone se ponga en ejecucion la bula de Clemente VII contra los moriscos de Aragon. 265
- Córtes en Madrid.—Su objeto y resultado. 266

REFORMA LUTERANA.

- Sentencia definitiva é inapelable de Clemente VII, relativa al matrimonio ilegítimo de Enrique VIII con Ana Bolena.—Queda abolida, por un acta del Parlamento, la autoridad pontificia en Inglaterra.—Por otra acta son declarados Enrique VIII y sus sucesores, jefes supremos de la iglesia anglicana.—Fallece Clemente VII. 269

PERÚ.

- Toda la familia del desventurado Atahualpa es ferozmente sacrificada.—Avanza Pizarro sobre la capital del Perú.—Enriquécense muchos.—Declárase independiente el capitán Belalcázar. 269
- Este se posesiona de Quito.—Pasa al Perú el famoso Pedro de Alvarado, gobernador de Goatemala.—Zánjanse todas las cuestiones, que lo eran solamente de sórdida avaricia. . . 270

Año 1535.

CÁRLOS I EN TÚNEZ.

Páginas.

Haradin Barbaroja y su hermano Horuc.	270
El marqués de Comares, gobernador español de Orán, derrota á Horuc.—Muere este peleando.—Derrota el célebre d'Oria varias veces á la armada turca.—Soliman II nombra al pirata Haradin almirante de su armada.—Dirigese el pirata contra Túnez.	271
Grande armada turca.—Haradin se posesiona de la Goleta.—Toma por engaño á Túnez y proclama á Soliman II.—Fortifica el fuerte de la Goleta y pasa á las aguas de Italia.—Pónese de acuerdo el emperador con Roma y con los principales caudillos, y prepara la expedición contra Túnez.—Documentos curiosos.	272
Príncipes y personajes que toman parte en la empresa.	273
Infame conducta de Francisco I de Francia.—Toma el emperador la vuelta de Barcelona.—Brillante armada auxiliar portuguesa.—Magnífica y lujosa escuadra imperial.—Impétrase el auxilio del Dios de los ejércitos.—Toma la armada el derrotero de las Baleares.—Siguese con rumbo á Cerdeña.	274
Armada pontificia.—Respuesta de Carlos I al almirante Andrea d'Oria.—Disposicion de la armada.—Desembarca el ejército cristiano y acampa sobre las ruinas de la famosa Cartago —Palabras del orgulloso Barbaroja.—Rompe el fuego la armada imperial contra la Goleta.	275
Refuerzos que recibe el emperador.—Numerosísimo ejército turco.—Caudillos españoles.—Un moro en el campamento español.—Nobleza de Carlos I.—Horrible temporal.	276
Notable ardid del príncipe de Melfi (d'Oria).—Muley-Hacen, ex-rey de Túnez, en el campamento cristiano.—Discurso que dirige al emperador.	277
Prepárase la batalla general.—Palabras del emperador.—Disposicion del ejército de España.—Empieza la batalla.—Valor del emperador.—Tómase la Goleta.	278
Importantes despojos encontrados en ella.—Dirigese el emperador contra Túnez.—Caudillos primeros de la expedición.—Trabajos sufridos durante la marcha.—Palabras de Muley, dirigidas al emperador.	279
Contestacion de este á aquel.—Notables palabras del valeroso marqués de Aguilar.—Lanza Barbaroja su innumerable morisma sobre los cristianos.—Decláranse en fuga los mahometanos.—Repléganse á Túnez.—Los cautivos cristianos completan su obra.	280
Abandona á Túnez Barbaroja.—Presentan á Carlos I las llaves de la ciudad.—Saqueo y destrozos.—Recupéranse algunos objetos perdidos en los Gelbes.—Libranse diez y seis mil cautivos cristianos y quedan cautivos diez y ocho mil moros.—Devuelve el generoso Carlos I su reino á Muley.—Condiciones de esta devolucion.	281
Palabras que dirige el emperador á Muley, al despedirse de él.	282

- Pasa d'Oria á Bona y la guarnece.—Guarnécese la Goleta.—
Pasa á Italia Carlos I.—Elogio de este soberano. 283

GUERRA CON FRANCIA.

- Sube al trono pontificio Paulo III. 283
Continúa Francisco I en su fea conducta, por odio al emperador.—Crueldad del francés con algunos protestantes.—Ejército francés que penetra en Italia.—Dirigese aquel tambien contra Saboya.—Entusiasmo de los italianos al aparecer entre ellos el glorioso vencedor de Túnez.—Festejos.—Reclama el francés la reversion del ducado de Milan á la corona de Francia.—Política del emperador. 284

ESPAÑA.

- Circunstancias en que se encontraba este hermoso reino.—
Fundá Pizarro á Lima, en el Perú. 285

Año 1536.

GUERRA EN FRANCIA.

- Entra triunfalmente en Roma el emperador.—Recibe en la ciudad eterna á los embajadores franceses. 285
Calumniosas palabras de aquellos.—Enérgica y fuerte contestacion del emperador.—Reta cuerpo á cuerpo á Francisco I. 286
Sale el emperador de Roma.—Pasa muestra al ejército imperial.—Famosos caudillos.—Documentos auténticos y curiosos. 287
Palabras de Antonio de Leiva.—Pásase el marqués de Saluzo al campo imperial.—Plan de batalla de Montmorency.—Penetra el emperador en Francia por la Provenza.—Toma á Tolon Andrea d'Oria. 291
Dirigese el emperador á Marsella.—El del Vasto va contra Arlés.—Inutilidad de estas empresas.—Muere el célebre Antonio de Leiva.—Es herido el insigne poeta *Garcilaso de la Vega*.—Terrible enojo del emperador.—Valor del conde de Nassau.—Fallece el delfin de Francia.—Sospechas acerca de la causa de esta muerte. 292
Suplicio del conde de Montecúculi.—Cúlpase á Catalina de Médicis de la muerte del delfin.—Fallece *Garcilaso*, á consecuencia de la herida. 293

Año 1537.

- Paulo III trata de avenir á Carlos y Francisco.—Conducta de este con aquel. 293
Tregua de diez meses con Francia.—Continúa la guerra en el

Piamonte.—Tregua de tres meses en dicho punto.—Infame ardid de Barbaroja usado en Mahon.—Barbarie del pirata.	
—Rencor y villania de Francisco I.	294
Formidable armada turca contra Hungría é Italia.	295

ESPAÑA.

Firmeza de los aragoneses.—Córtes en Valladolid.—Peticion de las Córtes al emperador.—Resultado de dichas Córtes.	
—Situacion del reino.	295
Córtes en Monzon, de la corona aragonesa.—Subsidios que las mismas facilitan al emperador.	296

NUEVO-MUNDO.

Viene á España Francisco Pizarro.—Gracias que le son concedidas.—Comienza á fraguarse una conspiracion contra Pizarro.	296
Insurreccion del Inca Mango.—Muere en la lucha Juan Pizarro, hermano de Francisco.—Quedan prisioneros Fernando y Gonzalo, hermanos tambien de Pizarro.—Refuerza á este con tropas Alfonso de Alvarado, y es vencida la insurreccion en Lima.—Preséntase Almagro en son de guerra.—Hace prisioneros á dos hermanos de Pizarro y á Alfonso de Alvarado.	297

Año 1538.

PERÚ.

Es herido Almagro en Cuzco.	297
Da libertad á los hermanos de Pizarro.—Este hace la guerra á Almagro.—Bárbara crueldad de Pizarro.—Suplicio de Almagro.	298

CÁRLOS I EN AGUAS-MUERTAS.

Circunstancias de la guerra entre Francia y España.—Paulo III influye para el arreglo de un tratado pacifico.—Aceptan el César y el rey de Francia la proposicion.—No llegan ambos á avistarse.—Firmase la paz en Niza.	299
Invitacion de Francisco I al emperador.—Acepta este y pasa á Aguas-Muertas.—Cariño mútuo, al menos aparente, de ambos monarcas.—Desembarca el emperador.—Obsequios que se le prodigan.	300
Carta del emperador al marqués de Aguilar.	301
Llábase pacificador á Paulo III.—Matrimonio de Octavio Farnesio con Margarita de Austria, hija natural del emperador.—Disgusto del duque de Saboya á consecuencia de	

la paz.—Sus quejas.—Insurreccion de los tercios de Lombardía.—Desórdenes de aquellos.	304
Córtase el motin.—Motin de los de la Goleta, que pasan á Sicilia.—Insurrecciónanse en Sicilia.—Castigos que ejecuta Moncada, virey de Sicilia.	305

ESPAÑA.

Córtes en Toledo.	305
Pídese por el emperador el impuesto de la <i>sis</i> a.—Cuestion con la grandeza de España.—Comision de la grandeza para arreglar la cuestion.—Entrevistas.—Valiente discurso del condestable.	306
Firmeza de la comision.—Es denegada la peticion del emperador.—Queda este disgustado y tambien la grandeza.	307

Año 1539.

Disuélvense las Córtes.—Palabras del emperador dirigidas á D. Inigo de Mendoza.—Digna contestacion de este.—Trasládase el emperador á Madrid.	308
Curiosa anécdota.	309
Fallece la bella emperatriz, doña Isabel de Portugal.—Su elogio.—Es llevado el cadáver á Granada.—El marqués de Lombay.	310
Conversion del caballero mayor, marqués de Lombay (San Francisco de Borja).	311

DESASTRE DE CASTELLNOVO.

Circunstancias en que se encontraba el emperador.—Determina ir contra Castellново.—Es tomada la plaza.—Es deshecha por una furiosa tormenta la escuadra de Barbaroja.	312
Numeroso ejército de los turcos.—Exiguo ejército imperial.—Gran valor de los españoles.—Enormes pérdidas de los turcos.	313

SUBLEVACION DE GANTE.

Motivo de la insurreccion.	313
Los de Gante quieren entregarse á Francisco I.—Dirigese el emperador á Gante.—Pasa por Francia y es muy obsequiado.—Llega á Castellraut, en donde le espera Francisco I.	314
Grandes obsequios hechos en Francia al emperador.—Sospechas de traicion contra el emperador.	315

NUEVO-MUNDO.

Máxima de Francisco Pizarro.	315
Manda á España quejas contra aquel.—Es preso en Madrid	

Fernando Pizarro.—Es nombrado un comisario régio para el Perú.	316
--	-----

Año 1540.

CÁRLOS I EN GANTE.

Hállase Carlos en Paris.	316
Su entrada en la capital de Francia.—Mensaje de Gante al emperador.—Contestacion de este.	317
Pregunta del emperador al duque de Alba.—Contestacion de este, y palabras de aquel.—Destruye Carlos I la insurreccion.—Discúlpase al emperador por los castigos de Gante.	318
Defensa del emperador.	319
Este pasa á Holanda y Zelanda.	320

DECENIO QUINTO.

Año 1541.

DESASTRE DE ARGEL.

Tratos entre Carlos y el pirata Barbaroja.—Antiguo y curioso documento.	321
Condiciones remitidas por Barbaroja.	324
Juan de Vergara.—Andrés del Rincon.	325
No tienen buen término las negociaciones con Barbaroja.—Piensa el emperador en la conquista de Argel.—Penosa navegacion.—Llega á Argel la expedicion.—Intimacion hecha al gobernador de Argel.—Contestacion de este.	326
Horrible tormenta.—Desastre.	327
Llama d'Oria al emperador desde el cabo de Metafuz.—Valor heróico del emperador.—Retírase á Metafuz.—Hernan Cortés en Argel.	328
Valor y constancia de los españoles.—Disposiciones adoptadas por el emperador.—Desembarca en Cartagena.	329

GUERRA CON FRANCIA.

Vuelve á aparecer Antonio del Rincon.—Mala conducta de Francisco I con el César.	329
Es asesinado Rincon y su compañero César Fregoso.—Sospechas acerca del asesinato.—Alianzas hechas por el francés.—Este enferma.—Mejora, y dispone cinco ejércitos.—Resultado de estos preparativos.—Bátese con gloria el duque de Alba contra los franceses, mandados por el delfin, en el Rossellon.	330

Diligencias del emperador con Paulo III para prepararse á la guerra.—Decisión del sacro colegio contra Francisco I. 331

PERÚ.

Juan de Rada.—Conjuracion contra Pizarro.—Estalla aquella.—Enojo é ira, generales en el Perú contra Pizarro.—Lucha.—Es asesinado Pizarro. 332
Apéndice interesante. 333

317
318
319
320

DECENIO QUINTO.

Año 1561.

DESASTRE DE ARELL.

321
322
323
324
325
326
327
328
329

GUERRA CON BRANCO.

330
331
332

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
24	3	y desprecio	y más desprecio
31	44	rance	trance
32	44	que anunciarle	que al anunciarle
34	44	á las rentas	las rentas
47	44	contrametacion	castrametacion
57	1	tenian	tenia
60	25	<i>Speravit</i>	<i>Speravi</i>
65	22	los gastos	por los gastos
72	12	tres años	en tres años
73	10	presenteros	presentero
79	7	que	que
95	32	perder	á perder
101	28	los	lo
112	13	hubiesen	se hubiesen
140	11	intentaron	intentaran
141	14	otras	otra
147	9	retenian	retenia
155	13	á su	en su
170	17	conservarse	conservar
179	16	su	un
179	17	su	un
183	38	supieron	supo
183	39	volvieron	volvió
191	22	<i>vent</i>	<i>veut</i>
192	14	y á devolverle	y devolverle
195	32	de	del
199	17	resaltan	resalta
207	37	los	sus.
210	43	que era	que no era
227	7	aceptaban	aceptaron
227	9	con	como
232	14	habian	habia
235	2	Mouza	Monza
252	17	permanece	permaneciese
271	6	Gomares	Comares
281	28	que	que
284	14	contenerse	mantenerse
284	15	los puestos	las puertas
286	25	Hayámoslo	Hagámoslo
291	18	Foscano	Fossano
295	6	positiva	positiva
305	8	aquellas	aquellos
315	27	y pereciendo	perciendo

ERRATAS.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Placa	Dice	Dice de atrás
315	7 y portento	7 y más desprecio
314	22 que	franco
313	14 contenerse	que al anunciarla
312	15 los puertos	las tentas
311	28 Hayamoslo	contratación
310	18 L'osano	tenia
309	6 positiva	25
308	2 aquellas	12
307	8 Comares	10
306	32 que	11
305	14 contenerse	12
304	14 contenerse	13
303	7 aquellos	14
302	17 Comares	15
301	17 Comares	16
300	14 Comares	17
299	14 Comares	18
298	14 Comares	19
297	14 Comares	20
296	14 Comares	21
295	14 Comares	22
294	14 Comares	23
293	14 Comares	24
292	14 Comares	25
291	14 Comares	26
290	14 Comares	27
289	14 Comares	28
288	14 Comares	29
287	14 Comares	30
286	14 Comares	31
285	14 Comares	32
284	14 Comares	33
283	14 Comares	34
282	14 Comares	35
281	14 Comares	36
280	14 Comares	37
279	14 Comares	38
278	14 Comares	39
277	14 Comares	40
276	14 Comares	41
275	14 Comares	42
274	14 Comares	43
273	14 Comares	44
272	14 Comares	45
271	14 Comares	46
270	14 Comares	47
269	14 Comares	48
268	14 Comares	49
267	14 Comares	50
266	14 Comares	51
265	14 Comares	52
264	14 Comares	53
263	14 Comares	54
262	14 Comares	55
261	14 Comares	56
260	14 Comares	57
259	14 Comares	58
258	14 Comares	59
257	14 Comares	60
256	14 Comares	61
255	14 Comares	62
254	14 Comares	63
253	14 Comares	64
252	14 Comares	65
251	14 Comares	66
250	14 Comares	67
249	14 Comares	68
248	14 Comares	69
247	14 Comares	70
246	14 Comares	71
245	14 Comares	72
244	14 Comares	73
243	14 Comares	74
242	14 Comares	75
241	14 Comares	76
240	14 Comares	77
239	14 Comares	78
238	14 Comares	79
237	14 Comares	80
236	14 Comares	81
235	14 Comares	82
234	14 Comares	83
233	14 Comares	84
232	14 Comares	85
231	14 Comares	86
230	14 Comares	87
229	14 Comares	88
228	14 Comares	89
227	14 Comares	90
226	14 Comares	91
225	14 Comares	92
224	14 Comares	93
223	14 Comares	94
222	14 Comares	95
221	14 Comares	96
220	14 Comares	97
219	14 Comares	98
218	14 Comares	99
217	14 Comares	100

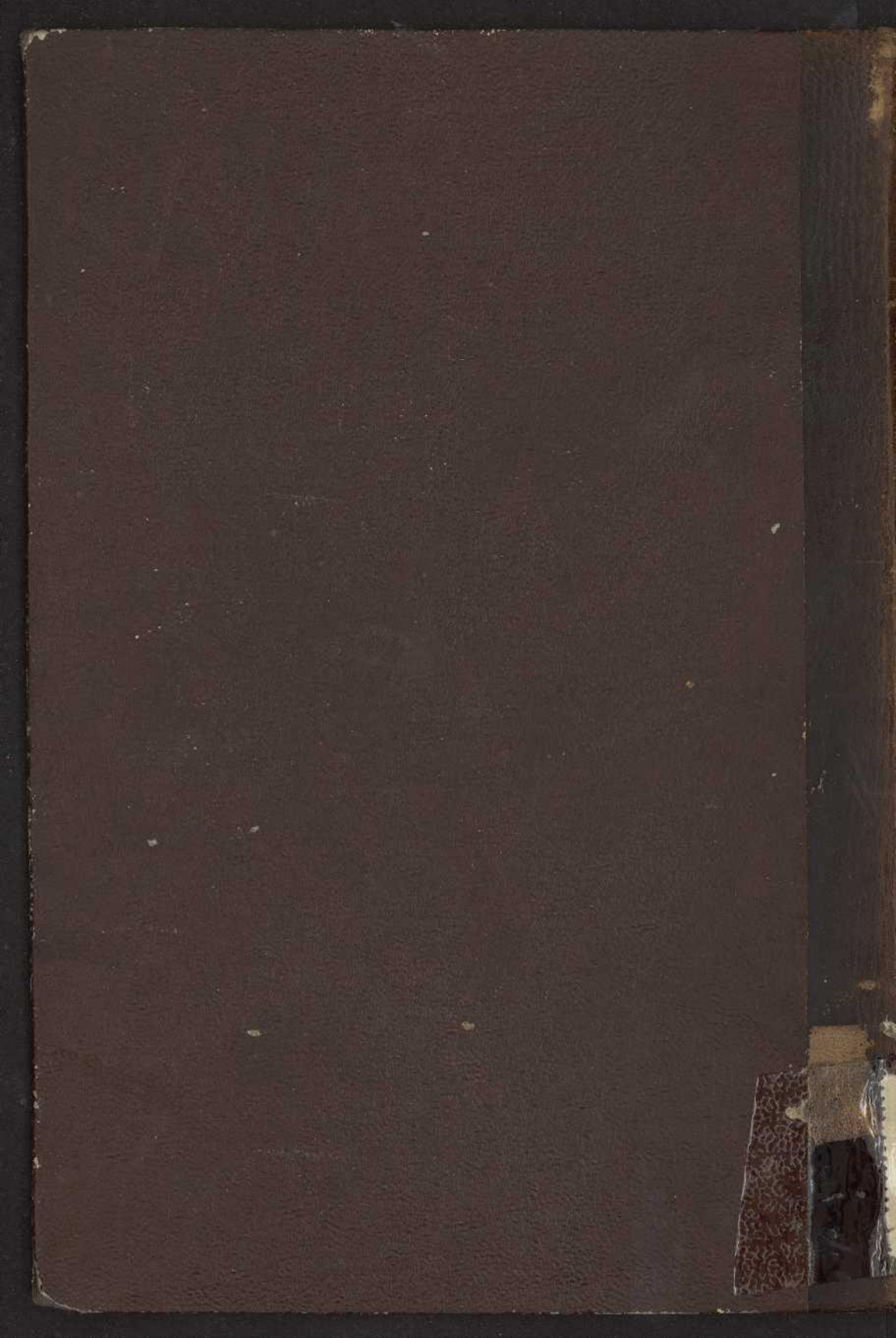
RETRATO DE CARLOS I DE ESPAÑA (V DE ALEMANIA) ; página 73, dando frente á la 72.

BATALLA DE VILLALAR; pág. 131, dando frente á la 130.

PRISION DE FRANCISCO I DE FRANCIA, EN PAVIA; pág. 182, dando frente á la 183.

RETRATO DE HERNAN CORTÉS; pág. 245, dando frente á la 246.







HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA

7

4331

